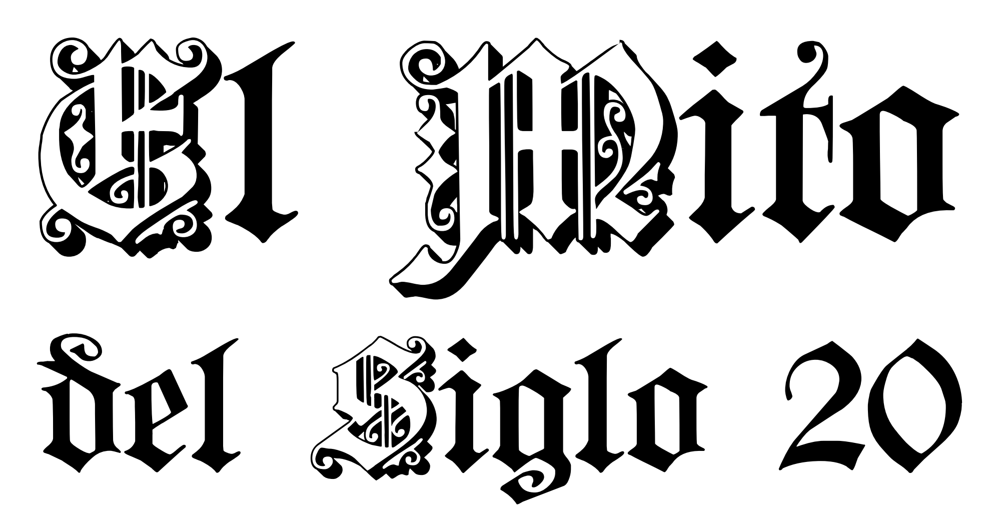
Alfred Rosenberg

CO-FUNDADOR DEL NSDAP – REICHSLEITER
MINISTRO DE LOS TERRITORIOS OCUPADOS DEL ESTE
RESPONSABLE DE LA FORMACIÓN DOCTRINARIA DEL NSDAP



UNA VALORACIÓN DE LAS LUCHAS ANÍMICO-ESPIRITUALES DE LAS FORMAS EN NUESTRO TIEMPO

> ***Este discurso no está dirigido a nadie, fuera del que ya lo considera como su propia vida o que, por lo menos, lo posee como un anhelo de su corazón.***
>
> **MAESTRO ECKEHART**

Título del original en alemán: **Der Mythus des 20. Jahrhunderts**

Traducción de Adalberto Encina y Walter del Prado

(Primera versión en español)

A PROPÓSITO DEL SUBTÍTULO DE ESTA OBRA

Para Rosenberg las formas ("*Gestalten*") no son conceptos teórico-abstractos sino percepciones concretas vivientes manifestaciones histórico-políticas del alma racial de grupos humanos que llevan el cuño biológico y cultural de su peculiaridad. [Confr. Heinrich Härtle: *Gross-Deutschland, Traum und Tragödie* (*Gran Alemania, sueño y tragedia*), Münich 1970 y Alfred Baeumler: *Rosenberg und der Mythus des 20 Jahrhunderts* (*Rosenberg y El Mito del Siglo 20*), Munich 1943]

Los Traductores

Ediciones Wotan

Depósito legal: B.43343-1992

I.S.B.N.: 84-604-4683-2

Primera reimpresión, 1992

Versión informática: 2002 Última revisión: 15-nov-2002

Ediciones Wotan, con la presente edición, desea iniciar un nuevo camino hacia la publicación de obras que son claves en el pensamiento europeo del siglo XX y que por un motivo u otro han sido silenciadas o simplemente ignoradas, persiguiendo como único objetivo la decidida contribución a fomentar la multiplicidad de ideas y el debate intelectual. Con este fin se ha realizado una minuciosa selección de títulos y autores para que todo el público tenga libre acceso a ellos. En nuestro ánimo está el eliminar todo tipo de anatema que pese sobre cualquier vertiente del mundo de las ideas, convencidos de que sólo así podremos suprimir obstáculos que aún hoy en día dificultan la claridad y la compresión racional de muchos procesos y ámbitos del saber.

Ediciones Wotan ha decidido reeditar en primera instancia, una edición impresa en Argentina hace algunas décadas, de la obra de Alfred Rosenberg "El mito del siglo XX", al considerar que por su contenido es una de las aportaciones más decisivas, no sólo al pensamiento del vigente y concluso siglo, sino también a toda una cosmovisión milenaria de la civilización y del hombre. A nivel filosófico, los expertos, la valoran como el instrumento fundamental para profundizar en los movimientos de masas de los años 30 en Europa. A nivel histórico estamos, posiblemente, ante una monumental interpretación racial de la historia.



Alfred Rosenberg

«*El proceso ha sido realizado por lo menos un año demasiado temprano. Entretanto se han encontrado gran cantidad de otros documentos. Hoy ya no condenaríamos a Rosenberg*».

ROBERT KEMPNER. Judío "alemán". Fiscal suplente de USA en el Tribunal Militar Internacional de Nuremberg. [Cfr. Otto Bräutigam- *So hat es sich zugetragen* (*Así aconteció*), Ed. Kolzner, Würnzburg, Alemania, 1968]

SEMBLANZA DE ALFRED ROSENBERG

Rosenberg nació en Reval, Estonia, una de las antiguas provincias bálticas de colonización alemana. Era, por lo tanto, uno de los numerosos alemanes de frontera y del exterior —Volksdeutscher— que han tenido una vivencia tanto más consciente de su alemanidad cuanto que estaban en contraste con su entorno. Allí cursó sus estudios, dedicándose simultáneamente con gran talento y vocación a las artes plásticas y a la arquitectura. Siendo aún estudiante secundario fue distinguido con diversos premios. Después de finalizar el Politécnico en Riga, visitó por primera vez Alemania: Berlín, Dresden, Münich y —estudiante de arte— siempre en primer lugar las pinacotecas, así como cuando en 1914 llegó a París, su primera peregrinación lo llevó al Louvre.

Al poco tiempo de su regreso estalló la guerra. Rosenberg se había trasladado a San Petersburgo y luego a Moscú para completar sus estudios, diplomándose de arquitecto con un brillante trabajo que le valió la invitación de integrar el estudio del famoso arquitecto profesor Klein en la metrópoli rusa, pero declinó para volver a Reval. Allí fue decisivo y característico para su destino el discurso que el 30-11-1918

pronunció en un gran salón por él alquilado, sobre el tema: “la cuestión judía”, identificando (tal como había podido comprobar) judaísmo con bolchevismo. Finalmente encontró el camino desde su hogar báltico rusificado a la patria alemana, cuyo aciago destino hizo que “...un hombre totalmente entregado al arte, a la filosofía y a la historia, que nunca había pensado mezclarse en política”, tuviera la más directa participación política en los días venideros.

Se presentó en la redacción de la revista combativa dirigida por el ardiente patriota Dietrich Eckart, Auf *gut deutsch!* [*¡En buen alemán!* N. del T.] *con* las palabras: “*¿Necesitáis un combatiente contra Israel?*”. Tomó contacto con la comunidad política y la camaradería de otros que pensaban como él, el pequeño grupo del DAP [*Deutschen Arbeiter Partei - Partido Alemán de los Trabajadores*. N. del T.] y en una visita que Adolf Hitler hizo a Dietrich Eckart, Rosenberg conoció al hombre del que dijo después del fracasado *putsch* de noviembre de 1923 (en el que también participó exponiendo su vida en las primeras filas): “*En los campos de batalla en Francia, ante miles de sus amigos y enemigos, ante el Tribunal, en todas partes, él siguió siendo idéntico a sí mismo: el Führer, el hombre que encarnaba el anhelo de los mejores, que dio expresión a sus ansias hasta llegar a la acción, y más allá de la acción*”.

Con el propósito de aglutinar a los nacionalsocialistas y mantener viva la fe mientras durase el encarcelamiento del Führer y la prohibición del NSDAP, junto con Julius Streicher y Hermann Esser el 1 de enero de 1924 fundó la *Grossdeutsche Volksgemeinschaft.*[*Comunidad Popular Gran-Alemana*. N. del T.]

En 1928 escribe EL MITO DEL SIGLO 20 (tenía sólo 35 años) que, publicado en millones de ejemplares, tuvo una repercusión enorme y suscitó grandes polémicas.

Ya el Nacional socialismo en el poder, como *Reichsleiter* ejerció por encargo especial del Führer la supervisión general sobre la totalidad de la difusión de la *Weltanschauung* nacional socialista. Durante la guerra mundial 1939-1945 fue ministro de los territorios ocupados del Este. En enero de 1943, en ocasión de su quincuagésimo natalicio, Hitler le dirigió un mensaje de congratulación en el que declaró que Rosenberg había sido el único entre sus colaboradores que en cuestiones fundamentales *siempre había finalmente probado tener razón.* Cabe recordar que ya en 1937 había sido honrado con la máxima distinción al serle conferido el Premio Nacional Alemán para el Arte y las Ciencias. En presencia de Hitler, el ministro Goebbels leyó entonces la fundamentación: “*Como primero entre los vivientes, el Führer otorgó el Premio Nacional Alemán para el Arte y las Ciencias al Pg* [*Parteigenosse: compañero del Partido*. N. del T.] *Alfred Rosenberg. Alfred Rosenberg contribuyó con sus obras en medida descollante a fundamentar y afianzar científica e intuitivamente la concepción del mundo del Nacionalsocialismo. En una lucha incansable por mantener la pureza de la concepción nacionalsocialista se ha conquistado méritos especiales. Recién un tiempo posterior podrá apreciar plenamente cuán profunda es la influencia de este hombre sobre la estructuración espiritual y cosmovisional del Reich Nacionalsocialista. El Movimiento Nacionalsocialista y más allá de él, todo el pueblo alemán celebrarán con la más profunda satisfacción que el Führer distingue en Alfred Rosenberg a uno de sus co-combatientes más antiguos y más fieles, mediante el otorgamiento del Premio Nacional Alemán para el Arte y las Ciencias*”.

Aún después de la tragedia de 1945 y ante el tribunal erigido por sus enemigos mortales para asesinarle, Rosenberg mantuvo con su invariable firmeza los principios de siempre... y subió sonriente al cadalso. [Corresponde señalar que la forma de ejecución consistió en la muerte por estrangulamiento en lugar del método usual de ruptura de la cervical. Este procedimiento sádico de los asesinos judeo-demomarxistas daba una vez más la razón a la lucha nacionalsocialista de Alfred Rosenberg. N. del E.].

Alfred Rosenberg —como todos sus gloriosos y abnegados camaradas— murió por un mundo nuevo determinado por EL MITO DEL SIGLO 20, es decir, el Mito de Adolf Hitler de la Sangre y del Honor, del Trabajo y de la Libertad.

JUICIOS SOBRE “EL MITO DEL SIGLO 20”

“*Los mejores medios auxiliares para ello* (*para la educación doctrinaria del NSDAP*)*, son las clásicas obras de nuestro Führer,* Mein Kampf y EL MITO DEL SIGLO 20 *de Rosenberg*”.

OTTO GOHDZS *
Miembro del Reichstag
Jefe de Adoctrinamiento del Reich

*Der *Schulungsbrief* [*Carta de Adoctrinamiento,* N. del T.], Marzo *de* 1934, Fase. 1, p. 15.

"*Una obra clásica de cosmovisión... Alfred Rosenberg reune en su persona al docto poli-historiador, al agudo pensador lógico, al artista que siente y plasma intuitivamente y al apasionado político con voluntad de poder. Lo que otorga a esta obra su especial encanto es la combinación de una cierta universalidad de los puntos de vista y una ingeniosa arquitectónica de la estructura y una forma lingüística impresionante, aunque con frecuencia de la índole de palabras-impacto... No solamente lectores jóvenes, sino también maduros sienten algo de esta fuerza magnética. Yo mismo pocas veces en los últimos años he leído un libro con tanto suspenso como éste, lo que no se explica solamente por la índole saturada de vida y apasionada de esta erudicción... Con arrebatadora fuerza profética y con ardientes colores de artista dibuja Rosenberg su germánica visión del mundo, de la religión y de la Iglesia. La imagen de ensueño que pone ante nuestros ojos muestra una incondicional consecuencia y una arquitectónica acabada*".

FRIEDRICH HEIBER **
Dirigente del Movimiento episcopal, adversario declarado.

*** Hochkirche.* [*Iglesia Episcopal,* N. del T.]. Cfr. *Nationalsozialistische Monatshefte* [*Cuadernos Mensuales Nacionalsocialistas,* N. del T.]

"EL MITO DEL SIGLO 20: EL LIBRO DEL HONOR ALEMAN. *Un tesoro de conocimientos, como a un pueblo probado en sufrimientos sólo en raros momentos de su historia le es obsequiado*".

VOLKISCHER BEOBACHTER***
Diario Oficial del NSDAP

*** *El Observador Popular.* [N. del T.]

"*¡El libro del honor alemán! Estamos en la entrada de un nuevo siglo. Alfred Rosenberg escribió en su* MITO DEL SIGLO 20, *con concluyente inexorabilidad el programa filosófico-cultural para la Nueva Alemania. El que haya leído* Mein Kampf *de Hitler* y EL MITO DEL SIGLO 20 *de Rosenberg perderá las últimas escorias de un pasado liberal y será totalmente libre y espiritual, totalmente erguido y desde el fondo de su ser gozoso y esperanzado, portador del porvenir*".

HANNS JOHST
Presidente de la Academia de Poetas

TEXTO DE PRESENTACIÓN DEL EDITOR ALEMÁN

EL MITO es una visión grandiosa de psicología racial que nos transmite conocimíentos fundamentales de índole filosófico-religiosa, filosófico-cultural y de historia de la humanidad, en una plenitud casi abrumadora que, lisa y llanamente, enseña una nueva historia mundial. Rosenberg se acredita en su obra, sostenida por un estupendo saber, como un pensador genial y un visionario dotado de excepcionales condiciones, que con la mirada infalible de sus claros ojos retrospectivamente atraviesa la niebla de milenios, y luego, mirando nuevamente hacia adelante, señala el único camino justo hacia el porvenir.

EL MITO DEL SIGLO 20 es el Mito de la Sangre, que bajo el signo de la svástica desencadena la revolución mundial racial, es el despertar del alma racial. que después de largo sueño pone fin victoriosamente al caos racial.

A NUESTROS LECTORES

Al encontrarnos frente a la tarea de traducir EL MITO DEL SIGLO 20 de Alfred Rosenberg, tuvimos plena conciencia de la responsabilidad asumida, ya que se trata de la máxima obra histórico-filosófica del Nacionalsocialismo, del texto básico para la cabal comprensión de la visión del mundo que encierra en sí la certeza de un futuro venturoso para los pueblos. Nuestra norma fue, como hasta ahora —pero llevada a un grado quizás mayor—, la *fidelidad* al texto original, aún cuando el castellano de la traducción pudiera no ser siempre totalmente ortodoxo. El autor usa un lenguaje extraordinariamente denso, expresivo, plástico, y a fin de ser comprendido por toda persona culta no utiliza términos técnicos ni extranjeros, sino las expresiones correspondientes en el alemán corriente, para lo que, por cierto, pudo valerse de las posibilidades únicas que ofrece el idioma alemán, que es viviente y permite la construcción ilimitada de nuevas palabras, lo que hace posible expresar también nuevos pensamientos con toda precisión. En consecuencia, no se extrañe, por lo tanto, el lector, sí encuentra palabras, conjuntos de palabras o construcciones no muy usuales en nuestra lengua, pues puede tener la plena seguridad de que no se ha procedido con ligereza al usarlos, sino ponderando cuidadosamente y con la consulta de bibliografía autorizada. Por otra parte, se está operando un cambio en el modo de traducir, imponiéndose cada vez más la traducción que no ve ya su meta en una versión interpretativa lingüísticamente inobjetable desde el punto de vista académico, sino que se ajusta al estilo del original, asegurando de esta manera una captación más exacta de las ideas y de la idiosincracia del autor.

Confiamos, por ello, que la presente traducción será vehículo idóneo para hacer llegar los pensamientos expuestos en EL MITO DEL SIGLO 20 a un amplio sector del mundo de habla castellana.

WALTER DEL PRADO

ADALBERTO ENCINA

A LA MEMORIA DE LOS DOS MILLONES DE HÉROES ALEMANES QUE CAYERON EN LA GUERRA MUNDIAL POR UN ESTILO DE VIDA ALEMÁN Y UN REICH DEL HONOR Y DE LA LIBERTAD

INTRODUCCIÓN

La totalidad de las actuales luchas exteriores por el poder constituyen repercusiones de un desmoronamiento interior. Ya se han derrumbado todos los sistemas estatales de 1914, aun cuando en parte siguen subsistiendo formalmente. Pero se han desmoronado también ideas y valores sociales, eclesiásticos y de interpretación del mundo. Ningún principio rector que esté por encima de todo, ninguna idea superior a todo domina de un modo incontestado la vida de los pueblos. Grupo contra grupo, partido contra partido, valor nacional contra dogmas internacionales, imperialismo rígido contra pacifismo en expansión. La finanza envuelve con cuerdas doradas los Estados y los pueblos, la economía es nómade, la vida desarraigada.

La Guerra Mundial, como comienzo de una revolución mundial en todos los terrenos, ha puesto en evidencia el hecho trágico de que si bien millones ofrendaron su vida, esta ofrenda, no obstante, ha beneficiado a otras fuerzas distintas de aquellas por las cuales los ejércitos estaban dispuestos a morir. Los muertos de la Guerra son las víctimas de la catástrofe de una época devenida carente de valores, pero al mismo tiempo —y eso lo comienza a comprender en Alemania un número, aunque hoy todavía reducido, de seres humanos—los mártires de un nuevo día, de un nuevo credo.

La sangre que murió comienza a revivir. Bajo su signo místico está teniendo lugar una nueva estructuración celular del alma popular alemana. El presente y el pasado aparecen repentinamente en una nueva luz, y para el futuro surge una nueva misión. La historia y el objetivo del futuro no significan ya lucha de clase contra clase, no ya conflicto entre dogma eclesiástico y dogma eclesiástico, sino la controversia entre sangre y, sangre, entre raza y raza, entre pueblo y pueblo. Y esto significa: combate de valor anímico contra valor anímico.

La interpretación de la historia sobre base racial constituye un concepto que pronto será considerado lógico y natural. A ella sirven ya hombres meritorios. Otros podrán completar en un futuro no muy lejano la construcción de la nueva imagen del mundo.

Mas los valores del *alma* de las razas, que son las fuerzas impulsantes tras la nueva imagen del mundo, no han llegado a constituir aun conciencia viva. *Alma, empero, significa raza vista desde adentro. E inversamente es la raza el lado externo de un alma*. Despertar a la vida el alma de la raza quiere decir reconocer su valor máximo, y bajo su dominio atribuir a los otros valores su posición orgánica: en el Estado, en el Arte y en la Religión. Es este el deber de nuestro siglo: partiendo de un nuevo mito de la vida, crear un nuevo tipo humano. Ello requiere coraje. Coraje por parte de cada uno en particular, coraje por parte de toda la nueva generación, y hasta aun de muchas generaciones venideras. Es que el caos no es refrenado jamás por hombres sin coraje y jamás aun ha sido estructurado un mundo por cobardes. Quien quiera ir adelante, debe entonces también quemar puentes tras de sí. El que se dispone a realizar un largo peregrinaje, ha de abandonar viejos enseres. El que aspira al Bien más elevado, debe doblegar lo inferior. Y frente a todas las dudas e interrogantes, el hombre nuevo del Primer Reich *Alemán* venidero conoce una sola respuesta: ¡mas *yo quiero*!

Por numerosos que sean los que ya hoy aprueban en su interior más recóndito estas palabras, no puede, pese a ello, ser comprometida ninguna comunidad en las ideas y las conclusiones expuestas en este escrito. Constituyen confesiones absolutamente *personales*, no puntos programáticos del movimiento político al cual pertenezco. Este tiene su gran tarea peculiar y debe, como *organización*, mantenerse alejado de las controversias de naturaleza religiosa y político-eclesiástica, al igual que del compromiso con una determinada filosofía del arte o con un especial estilo arquitectónico. No puede tampoco, por consiguiente, ser responsabilizado de lo aquí expuesto. Inversamente, las convicciones filosóficas, religiosas, artísticas, pueden ser fundamentadas con real seriedad solamente sobre la premisa de la libertad de conciencia personal. Tal es el caso presente. Sin embargo, la obra no se dirige a seres humanos que viven y actuan felices y bien afirmados dentro de sus comunidades religiosas, sino a todos aquellos que interiormente se han desligado de éstas pero aun no se han abierto paso, luchando, hacia una nueva concepción del mundo. El hecho de que éstos se cuentan ya hoy en día por millones, obliga a cada camarada de lucha, mediante reflexiones más profundas, a ayudarse a sí mismo y a otros buscadores.

El escrito, cuya idea fundamental se remonta a 1917, ya había sido terminado en lo esencial en 1925, mas nuevos deberes del momento retardaron permanentemente su finalización. La posterior aparición de diversas obras tanto de camaradas de lucha como de adversarios exigieron luego el tratamiento de problemas antes relegados. De ninguna manera creo que aquí se tenga a la vista una realización acabada del gran tema que hoy en día nos ha sido planteado por el destino. Pero sí espero haber puesto en claro

diversas preguntas y haberlas respondido en el contexto, como base para promover la venida de un día con el cual todos soñamos.

Munich, febrero de 1930.

El Autor.

PARA LA 3ª TIRADA

¡Oh, camaradas de mi tiempo! No preguntéis a vuestros médicos y tampoco a los sacerdotes, si os vais extinguiendo interiormente.

Hölderlin

La aparición del presente escrito ha provocado de inmediato una lucha de opiniones de la índole más vehemente. Si bien eran de esperar controversias intelectuales gracias a los problemas claramente formulados y a las expresiones conscientemente agudizadas, confieso abiertamente, empero, que ese odio concentrado con que tuve que enfrentarme, y esa tergiversación inescrupulosa de las exposiciones hechas por mí, tal como comenzaron, respondiendo parecería a una voz de mando, me han conmocionado; pero también me alegraron. Pues la salvaje, desenfrenada polémica especialmente de los círculos romanos, me ha demostrado cuán justificado es el juicio que en esta obra ha recaído sobre el principio romano-sirio. Siguiendo el método probado, de antigua data, se escogieron del voluminoso escrito determinadas conclusiones y formulaciones y se desarrollaron ante el lector creyente en la prensa romana, solamente escrita en alemán, y en panfletos, las "blasfemias", el "ateísmo", el "anticristianismo", el "Wotanismo" del autor. Los mistificadores ocultaron que yo hasta llego a postular para la totalidad del arte germánico un punto de partida y un fundamento religioso, que con Wagner declaro que una obra de arte es religión representada en forma viviente. Se ocultó la gran veneración que en la obra se tributa al fundador del cristianismo; se ocultó que las exposiciones religiosas tienen el evidente sentido de ver a la gran personalidad sin los desfigurantes adimentos posteriores de diversas Iglesias. Se ocultó que presenté al Wotanismo como una forma religiosa *muerta* (pero que, naturalmente, tengo gran respeto por el carácter germánico que dio vida a Wotan lo mismo que a Fausto), y se me atribuyó en forma mendaz e inescrupulosa la intención de volver a introducir el "culto pagano de Wotan". En fin, no hubo nada que no fuera desfigurado y adulterado; y lo que aparecía correctamente trascripto, recibía un matiz totalmente distinto por ser arrancado del contexto. Sin excepción, por ser incontestables, la prensa romana dejó de lado todas las comprobaciones históricas; sin excepción todos los razonamientos que conducían a determinadas concepciones fueron distorsionados, callándose, además, las fundamentaciones de las exigencias formuladas. Los prelados y los cardenales movilizaron las "masas creyentes", y Roma, que con el marxismo ateo, es decir, con el apoyo del poder político de la subhumanidad (*Untermenschentum*) lleva una lucha de aniquilamiento contra Alemania, también con el sacrificio de las masas católicas alemanas mismas, tuvo el descaro de vociferar repentinamente acerca de una *Kulturkampf*. Las disquisiciones de esta obra, que por su forma y su contenido, por cierto, están por encima del nivel cotidiano, no fueron materia de una crítica objetiva y, por lo tanto, satisfactoria, sino utilizadas para la lucha diaria más desenfrenada. No contra mí solamente -esto no me hubiera afectado- sino también contra el Movimiento Nacionalsocialista al que pertenezco desde su comienzo. A pesar de que en la Introducción y también en la obra misma he declarado expresamente que un movimiento político, que abarca muchas confesiones religiosas, no puede solucionar problemas de naturaleza religiosa o de filosofía del arte, que por consiguiente *mi* profesión de fe en una visión del mundo es *personal*, a pesar de todo ello, los oscurantistas hicieron todo lo que podían para distraer la atención de sus propios crímenes políticos cometidos contra el pueblo alemán y de lamentarse una vez más por la "religión amenazada"; no obstante que la genuina religión no estuvo ni está amenazada más que por la promoción sistemática del marxismo á través del Centro, dirigido por prelados romanos. El Movimiento Nacionalsocialista no ha de practicar ninguna dogmática religiosa, ni en pro ni en contra de una confesión, pero el hecho de que se quiere negar a una persona que participa activamente de la vida política el derecho de defender una convicción religiosa que contraría a la romana, muestra hasta qué punto ya ha crecido el amordazamiento espiritual. Según la valoración de la dogmática romana se juzga la aceptabilidad de la actividad en el campo nacional, en lugar de que tal exigencia prepotente se presentase de entrada como psicológicamente imposible. Un intento sin duda serio de depurar la personalidad de Cristo de aditamentos no cristianos -paulinos, agustinianos y otros-, tiene como consecuencia en los beneficiarios reinantes del falseamiento de la figura espiritual de Jesucristo, una manifestación unánime de furor, no

porque hubieran sido afectados altos valores religiosos, sino porque una posición de poder político, obtenida mediante la provocación de la angustia anímica de millones, aparecía amenazada por un orgulloso despertar. Las cosas se presentan de manera tal que a la Iglesia romana, que no sintió temor ante el darwinismo y el liberalismo, dado que los vio solamente como intentos intelectualoides, sin fuerza para crear comunidad, el renacimiento nacionalista del ser humano alemán -que ha perdido la vieja interrelación de valores por la conmoción de 1914-1918-, empero, se le aparece tan peligroso por el hecho de que amenaza generar un poder *formador de tipos*. Esto lo husmea ya desde lejos la casta sacerdotal reinante, y precisamente porque ve que este despertar se esfuerza por fortalecer todo lo noble y orgulloso, por eso su alianza con la subhumanidad roja es tan estrecha. Esto sólo cambiará cuando el frente alemán se muestre victorioso; en esta hora Roma tratará de obtener como "amigo" lo que como enemigo no pudo llevar a cabo. Mas perseguir estas posibilidades no está dentro del marco de este libro; aquí se trata por consiguiente, de *hacer surgir como por un trabajo de cincel, los tipos espirituales*, resultantes de la toma de conciencia de los seres humanos empeñados en la búsqueda, además del despertar del sentimiento por los valores y de la aceración de la resistencia del carácter frente a todas las seducciones enemigas. Toda la excitación alrededor de mi escrito ha sido tanto más significativa cuanto que no fue vertida palabra alguna para distanciarse de las injurias a los grandes alemanes, lo que desde hace tiempo pertenece a la labor literaria de los jesuitas y sus secuaces. Se promovieron calladamente los insultos a Goethe, Schiller, Kant y otros, no se hizo objeción alguna cuando los abremarcha de Roma vieron su misión religiosa en evitar la formación de un Estado nacional alemán; cuando en asambleas pacifistas católicas se exigía rehusar el saludo al soldado alemán; cuando religiosos católicos osaron negar públicamente las acciones de los francotiradores belgas y culpar a los soldados alemanes del asesinato de sus camaradas, a fin de contar con un pretexto para la persecución de los belgas; cuando, completamente acorde con la propaganda francesa, el ejército nacional alemán fue acusado de la profanación de altares y hostias, cometida en iglesias belgas. Contra *estas* conscientes profanaciones de la alemanidad, del honor de sus defensores caídos y vivientes, no se ha alzado ningún obispo ni cardenal alguno; pero sí se produjo por parte de éstos un violento ataque tras otro contra el nacionalismo alemán. Y si esto se denunciaba públicamente, los grupos romanos políticos y religiosos proclamaban su sentir nacional.

La Iglesia romana de Alemania no puede negar su plena responsabilidad por la labor devastadora del pueblo de sus numerosos clérigos pacifistas, ya que en otros casos en que sacerdotes católicos honorables hallaron palabras de genuina voluntad nacional alemana, les impuso sin más la prohibición de hablar en público. Existe, por tanto, un trabajo político-ideológico realizado sistemáticamente, que puede ser probado, para robar al pueblo alemán su orgullo por los defensores de la Patria de 1914, para profanar su recuerdo y para enlodar la ardiente voluntad de amparar al pueblo y a la Patria. Constatar esto lo exige la más elemental veracidad; cómo los creyentes se entienden con su autoridad eclesiástica, es cuestión de su propia conciencia. Pero no es el caso de que ellos, a fin de silenciar conflictos nacientes, puedan presentar los hechos incontrovertibles simplemente como deslices, sino que se trata de armarse de valor para la defensa precisamente contra la política de las más altas instancias *eclesiásticas*. Ahora bien: si estas fuerzas nacientes, además de ello, reconocen toda la antítesis de la cosmovisión o no, podrá quedar como su propio asunto. Lo importante es que despierte la seria voluntad de defender el honor nacional alemán, no solamente contra los marxistas sino de la misma manera, es más, con mayor acritud aun, contra el Centro y sus aliados eclesiásticos, como propulsores del marxismo. Soslayar también *este* punto, no haría más que poner de manifiesto una mentalidad no-alemana.

No entraré a considerar en forma pormenorizada aisladas voces antagónicas. Anotaremos solamente para caracterizar los métodos inescrupulosos, que el jesuita Jakob Nötges tiene la audacia de afirmar entre otras cosas que la protección del idioma materno pertenece al "régimen católico", a pesar de que precisamente su Orden ha sido la más sangrienta adversaria del derecho a la lengua materna; que el amor al pueblo y a la Patria es exigido por "todos los grandes teólogos moralistas", cuando precisamente su Orden lucha contra el nacionalismo alemán; hasta que finalmente el cristiano amor al prójimo de este señor se descarga en las palabras: "Este báltico es luchador por la cultura como se es boxeador. El pobre hombre padece de la incurable angustia de la Plaza de San Pedro, que se manifiesta en furia y vociferación". Luego se le da a Hitler el consejo de meterme "en un chaleco de fuerza", ya que la exposición al frío ya no sirve: "para eso soportó demasiadas veces el invierno ruso". Este odio rabioso del jesuita que por un golpe de sol romano ha perdido toda forma, es completado por otros miembros de la Orden mediante una lucha de índole contraria. El jesuita Koch, por ejemplo, ya se siente obligado a hablar también de un alma racial alemana, designa la vivencia tal como se desprende de *El Mito* como seria y honorable, para celebrar al final a Bonifacio como el más grande de los *germanos*. Esta forma de adulteración al cien por cien la encontraremos con frecuencia en el futuro, por haberse llegado a la convicción de que la difamación ya no surte efecto; por eso han de recibirse con especial prudencia también tales intentos "germánicos". La destrucción del alma alemana es siempre la meta tanto de los apóstoles del azuzamiento como también de los maliciosos hombres de bien de la Sociedad de Jesus y sus compañeros de lucha. Ayer, hoy y mañana.

También en círculos *evangélicos* mi obra provocó una violenta conmoción. Innumerables artículos en diarios y revistas atestiguan que evidentemente tocó puntos muy sensibles. En sínodos evangélicos, en congresos de la Liga Evangélica, *El Mito* ocupó frecuentemente el lugar central del debate, y muchos folletos de teólogos protestantes dan testimonio de que se ha hecho sentir, nueva y profundamente, una pugna de valores en medio del luteranismo. Mi predicción de que los eclesiásticos evangélicos se comportarían frente al nuevo sentimiento religioso en forma similar a como antaño lo hizo dogmáticamente Roma ante la Reforma, lamentablemente se ha confirmado. Los teólogos y profesores que se alzaron contra mi escrito, en plena posesión de la "verdad evangélica", tomaron por el camino más fácil: se limitaron simplemente a constatar la herejía de mis exposiciones, alabaron el "sentimiento nacional" —pero sin comprometerse—, se regocijaron por poder comprobar (presuntas) inexactitudes, y luego rechazaron.

Se me informó que en uno de esos sínodos, después de un informe de este tipo un sencillo pastor de blanca cabellera se levantó y declaró que no podía adherirse al orador, ya que era evidente que con la nueva ciencia racial Dios había encomendado a nuestro tiempo, un gran problema para su solución, al que todos nosotros debíamos dedicamos con sagrada seriedad! ¡Descubrámonos ante este hombre venerable! Indistintamente si su búsqueda da el mismo resultado que la mía, al honesto investigador adversario todo luchador verdadero le brindará respeto, pero no a los viejos custodios de dogmas que creen su deber el mantener sus posiciones a *cualquier* precio.

En conversaciones con teólogos eruditos pude comprobar siempre, por otra parte, lo siguiente: convenían conmigo en que la valoración histórica anímico-racial de la antigüedad era justa y que también la apreciación del hugonotismo era, sin duda, exacta. Pero cuando luego sacaba la conclusión final que, en realidad, también los judíos debían tener su carácter muy determinado, una representación de Dios ligada a la sangre y que, consiguientemente, esta forma de la vida y del espíritu nos era absolutamente extraña, entonces se alzaba como un muro entre nosotros el dogma del Antiguo Testamento; entonces aparecía repentinamente el judaísmo como una excepción entre los pueblos. ¡Muy seriamente sostenían que el Dios cósmico sería idéntico que las dudosas concreciones espirituales del Antiguo Testamento! Justamente el politeísmo hebraico fue elevado como modelo de monoteísmo. De la gran concepción original ario-persa del mundo, así como de su concepción cósmica de Dios, la teología luterana no había recibido conocimientos más profundos. A ello se agregó luego la veneración de Pablo, un pecado original del Protestantismo, contra el cual, como es sabido, ya Lagarde -atacado por la totalidad de la teología académica de su tiempo-, había luchado infructuosamente.

También los teólogos evangélicos repiten en todas partes, aun habiendo general asentimiento a la cosmovisión nacional (*völkisch*), la frase presuntuosa de la Iglesia romana: la valoración racial de los pueblos significa una anticristiana "idolatría" de la nacionalidad (*Volkstum*). Estos señores, sin embargo, pasan por alto al respecto que la posición de excepción que atribuyen a los *judíos* no representa otra cosa que idolatrar al pueblo parasitario *hebraico*, siempre enemigo nuestro [1]. *Esto* les parece lógico y natural y tienen a bien igualmente pasar por alto al respecto que esta glorificación del judaísmo nos ha obsequiado en forma directa, al quedar liberada la faz impulsiva judía, ese envilecimiento de nuestra cultura y de nuestra política, contra el cual la actual conducción del Protestantismo ha demostrado ser incapaz de actuar y luchar con éxito precisamente gracias a esa actitud de idolatría hacia los judíos.

Produce aflicción que los representantes contemporáneos de la teología evangélica sean tan poco luteranos como para hacer pasar las ideas por las cuales Lutero comprensiblemente aun debía estar dominado, como dogmas por siempre inamovibles. La magna obra de Lutero fue, en primer término, la destrucción del exótico pensamiento sacerdotal, en segundo lugar, la germanización del Cristianismo. Pero la alemanidad naciente condujo después de Lutero todavía a Goethe, Kant, Schopenhauer, Nietzsche, Lagarde, y hoy se acerca a pasos agigantados a su total florecimiento. La teología evangélica asestaría al luteranismo genuino el golpe mortal si quisiera oponerse incondicionalmente al desarrollo ulterior de su esencia, Si D. Kremers, un dirigente de la Liga Evangélica, declara en un escrito que *El Mito* es "devorado" especialmente por la juventud académica, pone en evidencia de este modo que tiene plena conciencia de cuán intensamente actua ya la nueva vida en la joven generación protestante. Ahora bien: ¿no es más importante promover esta *vida* anímica arraigada en el pueblo, que mantenerse adicto interiormente a ídolos dogmáticos ya derribados hace tiempo? Esta joven generación, por cierto, no quiere sino contemplar la gran personalidad del fundador del Cristianismo en su auténtica grandeza, sin aquellos agregados deformantes que zelotas judíos como Mateo, rabinos materialistas como Pablo, juristas africanos como Tertuliano, o productos de poli-mestizaje sin firmeza moral como Agustín, nos han obsequiado como el más terrible lastre espiritual. Ellos quieren comprender el mundo y el Cristianismo sobre la base de su naturaleza, captarlo

---

[1] Es también significativa la respuesta que D. Strathmann dio en un folleto al ataque de que las Iglesias debieran preocuparse por el pueblo alemán en vista de su miseria y no por las misiones entre negros: "¡Cómo si esto fuera su misión! ¡En aras del culto racial han de renegar de la tarea humanitaria de las Misiones!". La raza y el alma de los negros valen —junto con los buenos judíos— llegado el caso, por lo tanto, más que la Nación a la cual se tiene el honor de pertenecer.

partiendo de valores germánicos, su derecho lógico y natural en este mundo, pero que precisamente hoy en día debe de nuevo ser conquistado penosamente.

Si la ortodoxia en función no es capaz de comprender todo esto, no podrá sin embargo, cambiar el curso de las cosas, a lo sumo lo podrá retardar algo. Una gran época habrá encontrado así una vez más a una generación pequeña. Mas esta época, que de todos modos vendrá, reconoce el valor tanto de la Catedral de Estrasburgo como la de Wartburg, reniega en cambio del presumido Centro romano, lo mismo que del Antiguo Testamento jerusalemítico. Succiona de las raíces de la dramaturgia germánica, de su arquitectura y de su música, más fuerza que de las desconsoladoras narraciones del estéril y árido pueblo judío, reconoce más de un profundo simbolismo nacional dentro de la Iglesia católica, y lo conecta con la veracidad del luteranismo genuino. Reune bajo la gran cúpula de una visión del mundo anímico-racial todo lo individual en el organismo pleno de sangre de una esencialidad alemana.

Aquí el joven religioso *evangélico* debe marchar adelante, dado que sobre él no pesa aquella disciplina paralizante del alma que inhibe a los sacerdotes católicos. Hasta que haya madurado el tiempo en que también de entre éstos resuciten los rebeldes germánicos, y conduzcan la obra del monje Roger Bacon, del monje Eckehart, hacia la libertad de la vida práctica, tal como, dándoles el ejemplo, lo han vivido, sufrido y luchado con anterioridad los otros grandes mártires del Poniente.

Por parte del *lado nacional*, *El Mito* por temor al Centro, fue silenciado medrosamente. Sólo unos pocos osaron defender sus razonamientos. Pero la crítica negativa desde este sector consistió casi siempre en imputarme querer llegar a ser el "fundador de una nueva religión", y que en este aspecto había fracasado. Ahora bien: en el capítulo sobre la Iglesia Nacional (*Volkskirche*) he rechazado de antemano esta imputación; de lo que se trata *hoy*, junto a la fundamentación de la interpretación racial de la historia, es de poner uno frente al otro *los valores* del alma y del carácter de las diferentes razas, pueblos y sistemas ideológicos, estructurar para la alemanidad una jerarquía orgánica de estos valores y perseguir las manifestaciones de la *voluntad* del germanismo en todos los campos. El problema es, por consiguiente: promover, contra la confusión caótica, una *orientación* única de las almas y de los espíritus e incluso señalar las *premisas* de un renacimiento general. Según *esta* intención debe ser medido el valor de mi obra y no por la crítica de aquello que de ninguna manera me propuse realizar, lo que será cometido de un reformador, que recién podrá surgir de una generación que ya posea claros anhelos. Las voces del exterior son, en conjunto, más objetivas que el eco en Alemania de los círculos necesitados de reformas. Pero más importante que todo esto son los numerosos asentimientos provenientes de los más diversos países, y ante todo de aquellos alemanes que han tomado conciencia cabal de la actual gran hora decisiva espiritual tanto de Alemania como también de todos los pueblos de Occidente. Los problemas ante los cuales nos encontramos colocados nosotros también están ante la puerta de las otras naciones, solamente que a nosotros un duro destino nos obliga a una rendición de cuentas más sincera y a tomar un nuevo camino, pues de otro modo, junto con el colapso político, se produciría necesariamente también la *catástrofe* anímica, y el pueblo alemán desaparecería de la historia como verdadero *pueblo*. Un genuino renacimiento, empero, no es nunca obra de la política de poder solamente, mucho menos aun un problema de "saneamiento económico", como lo creen presumidas cabezas huecas, sino que significa *una* vivencia central del alma, el reconocimiento de un valor máximo. Si esta vivencia se transmite millones de veces de hombre a hombre, si finalmente la unificada fuerza del pueblo se coloca ante esa transformación interior, entonces Ningún poder del mundo podrá impedir la resurrección de Alemania.

El campo *democrático-marxista* había tratado primeramente de no dejar que se propagase la obra, mediante su silenciamiento total. Pero, luego viose obligado a tomar posición. Dicha gente atacó así el "falso socialismo" que presuntamente sería enseñado en esta obra, en perjuicio de la clase trabajadora. El "verdadero" socialismo de la socialdemocracia al parecer consiste —sin preocuparse por una literal esclavización de todo el pueblo durante muchos decenios, debido a la continuada pignoración de todos los valores aun existentes— en proseguir con la sumisión a los dictados de la finanza internacional. El "verdadero" socialismo estriba, asimismo, en continuar dejando librado, sin freno alguno, al productivo y decente pueblo alemán a una infame propaganda fílmica y teatral, que solamente conoce tres tipos de héroe: la prostituta, el rufián y el criminal. El "verdadero" socialismo del grupo dirigente marxista seguramente consiste en que el hombre común al realizar un mal paso va a parar al presidio, en tanto que los grandes defraudadores permanecen sin sufrir condena alguna, tal como ya fue hasta ahora práctica aceptada por los sectores influyentes relacionados con la democracia y la socialdemocracia. El marxismo en su totalidad, como no era posible de otro modo, ha probado ser el disolvente de toda comunidad orgánica en favor de instintos nómades extraños, por lo cual debe conceptuar a una nueva fundamentación y arraigo de un tal sentimiento socialista *popular* formador de estilo, como un ataque a su existencia.

El marxismo y el liberalismo se encuentran hoy en día a lo largo de todo el frente en desordenado combate de retirada. Durante muchos decenios era considerado como especialmente progresista hablar solamente de "humanidad", ser ciudadano del mundo y rechazar el problema racial como anticuado. Ahora todas estas ilusiones no sólo están acabadas políticamente, sino que también la cosmovisión que las

fundamenta está resquebrajada, y no pasará mucho tiempo más, para que en las almas de los conducidos y seducidos aun medianamente sanos, se derrumbe completamente. Acorralado, el marxismo “científico” no tendrá otra salida que intentar la prueba de que ¡también Karl Marx reconoció expresamente la influencia del pueblo y de la raza en el acontecer mundial! Esta misión, la de incorporar el irrefrenable despertar de la sangre del trabajador alemán a la ortodoxia marxista, que durante decenios atacó furiosamente el “desvarío racial”, la emprendió entre otros cometidos la “Educación Socialista”. Una tentativa que por sí misma caracteriza el catastrófico derrumbe espiritual interno, aunque después de la legitimidad admitida a regañadientes del punto de vista racial en sí, se afirma que Marx descartó el “fetichismo racial”. Lo que es lógico y natural, de otra manera hubiera debido trasladarse a *Siria* como maestro, adonde en verdad pertenece. Reconocer esto y erradicar el materialismo marxista y la retaguardia capitalista financiera como una planta extraña sirio-judía de la vida alemana, esa es la gran misión del nuevo movimiento alemán de los trabajadores, que de esta manera conquistará el derecho de ser enrolado en la conducción del futuro alemán.

Nosotros, por nuestra parte, no negamos en absoluto muy diversas influencias: paisaje, clima y tradición política; pero todo esto es sobrepasado por la sangre y el carácter ligado a la sangre. De la recuperación mediante la lucha de *esta* jerarquía, se trata.

Restablecer la natural espontaneidad de la sangre sana, este es quizás el más alto objetivo que un ser humano puede hoy proponerse; simultáneamente, esta comprobación atestigua la triste situación del espíritu y del cuerpo, ya que tal acción ha llegado a ser una necesidad vital. *Una* contribución a esta venidera gran acción liberadora del siglo 20 debía ser el presente escrito. La sacudida de muchos que ya están despertando, pero también de los adversarios, ha sido la consecuencia deseada. Espero que la controversia de un nuevo mundo en formación con los viejos poderes se extienda cada vez más, penetre en todos los terrenos de la vida, genere fecundando siempre algo nuevo, ligado a la sangre, orgulloso, hasta el día en que estemos en el umbral de la plena realización de nuestro anhelo por una vida *alemana*, hasta la hora en que todas las fuentes palpitantes se reunan en una gran corriente del renacimiento nórdico-alemán.

Es este un ideal digno de ser enseñado y vivido. Y esta vivencia y esta vida solamente es reflejo de una eternidad presentida, la misión misteriosa en este mundo, en el cual hemos sido puestos para llegar a ser lo que somos.

Munich, octubre de 1931.

A. R.

PARA LOS 500.000 EJEMPLARES

En diciembre de 1936 la tirada de *El Mito* sobrepasó el medio millón de ejemplares. Es éste un hecho que ya no puede ser designado con la palabra “éxito literario”, más bien muestra que mi obra ha llegado a constituir un *pedazo de vida* del pueblo alemán, que ha tomado posesión interior de millones que tuvieron el valor de arrojar lejos de sí lo perimido, a fin de marchar valerosamente hacia un nuevo futuro.

He vuelto a revisar ahora nuevamente el escrito y no he tenido casi nada que corregir. Las formulaciones tales como fueron asentadas en tiempos de la más encarnizada lucha política, han atestiguado su profunda justificación actual. Solamente en el plano de lo político-estatal en la actualidad fueron superados en parte algunos aspectos, por lo que se efectuaron los ajustes correspondientes.

Mayor fundamentación encontraron los pensamientos formulados en *El Mito* en disertaciones posteriores, que han sido recopiladas en dos volúmenes: *Blut und Ehre* [*Sangre y Honor*. N. del T.] y *Gestaltung der Idee* [*Plasmación de la Idea*. N. del T. - Ambas obras fundamentales serán publicadas oportunamente por EDICIONES ODAL. N. del Editor]. A mis adversarios *romanos* les he contestado en el escrito *An die Dunkelmänner unserer Zeit* [*A los oscurantistas de nuestro tiempo*. N. del T.] (Tirada: 680.000).

La transmutación decisiva de los espíritus y de las almas se produce en toda Alemania. A su servicio se halla hoy en primera línea, entre otros, *El Mito del Siglo 20*.

Berlín, enero de 1937.

A. R.

Libro Primero:

LA LUCHA DE LOS VALORES

Rey soy solo,
en tanto que soy libre.

Federico el Grande.

I. RAZA Y ALMA RACIAL

1.

Comienza hoy una de aquellas épocas en las cuales la historia universal debe ser escrita de nuevo. Las viejas imágenes del pasado han empalidecido, los contornos de las personalidades actuantes aparecen desdibujados en sus líneas, fuerzas motrices internas falsamente interpretadas, la totalidad de su ser, por lo general, completamente mal comprendido. Un sentimiento vital joven y que, sin embargo, se reconoce a sí mismo como antiquísimo, urge su plasmación. Una visión del mundo es dada a luz y comienza con energía la controversia con viejas formas, usos santificados y contenidos aceptados. No ya históricamente, sino fundamentalmente. No solamente en las cimas, sino también en las raíces.

Y el signo de nuestros tiempo es: apartamiento del absoluto ilimitado. Quiere decir, renuncia a un valor único que sobrepase todo lo que puede ser vivencia, todo lo orgánico que el Yo solitario sentó otrora, a fin de producir, pacífica o violentamente, una comunidad sobrehumana de las almas de todos. Una meta final de tal naturaleza fue un día la “cristianización del mundo” y su salvación por la vuelta del Cristo. Como otra meta fue considerado el sueño de la “humanización de la humanidad”. Ambos ideales han sido enterrados en el caos sangriento y en el renacimiento de la vivencia de la Guerra Mundial, a pesar de que precisamente ahora tanto el uno como el otro encuentran un sacerdocio y una comunidad de prosélitos cada vez más fanatizados ambos. Estos son procesos de paralización, no ya vida viviente; un credo que murió en las almas ya no puede ser resucitado de entre los muertos.

La humanidad, la iglesia universal y el Yo autocrático, desatado de los nexos sanguíneos, ya no constituyen para nosotros valores absolutos, sino dogmas de una violación de la naturaleza, carente de polaridad y a favor de abstracciones. La evasión del siglo 19 hacia el darwinismo y el positivismo fue la primera gran protesta, aunque puramente bestial, contra los ideales de potencias devenidas vacuas de vida y de aire, que en tiempos pasados nos cubrieron, provenientes de Siria y Asia Menor, habiendo preparado una degeneración espiritual. El curso de la vida real, roja de sangre, que atraviesa rumoreante el sistema circulatorio de toda especie popular genuina y de toda cultura, fue desdeñado por la cristiandad y por el humanismo, diluyéndose en el universo; o, de otro modo, la sangre fue privada de su alma y reducida a una fórmula química, y así “explicada”. Hoy, en cambio, toda una generación comienza a vislumbrar que solamente se producen y conservan valores allí donde la ley de la sangre determina aún las ideas y las obras de los hombres, sea consciente o inconscientemente. A nivel inconsciente el ser humano ejecuta en el culto y en la vida los mandamientos de la sangre, en cierto modo, como en un sueño activo, “visionario de la naturaleza”, como se ha designado con feliz expresión la esencia de esta concordancia entre naturaleza y civilización. Hasta que la civilización, colmando toda actividad subconsciente de contenido consciente y doctrinario, se hace cada vez más intelectual, originando en un escalón tardío no una tensión creadora, pero sí discrepancia. De este modo, la razón y el intelecto se van alejando de la raza y de la especie, desligados de los vínculos de la sangre y de las progresiones de generaciones, el ser individual cae víctima de construcciones intelectuales absolutas, carentes de representatividad, se desenlaza cada vez más del mundo circundante específico, se mezcla con sangre enemiga. Y por causa de este incesto perecen luego la personalidad, el pueblo, la raza y la cultura. A esta venganza de la sangre no ha podido sustraerse nadie que desdeñó la religión de la sangre: ni los indios ni los persas, tampoco los griegos, tampoco los romanos. A esta venganza no escapará tampoco la Europa nórdica, si no realiza una reversión y se aparta de productos secundarios espiritualmente vacíos, de exangües ideas absolutas, comenzando nuevamente a

escuchar con plena confianza la fuente soterrada de su, desde tiempo inmemorial, peculiar jugo vital y sus valores.

Una imagen nueva, rica en asociaciones, colorida, de la historia de la humanidad y de la Tierra comienza hoy a revelarse, si lleno de respeto reconocemos que la controversia entre sangre y mundo circundante, entre sangre y sangre constituye el último fenómeno asequible para nosotros, *detrás* del cual no nos ha sido concedido buscar e investigar. Este reconocimiento arrastra consigo de inmediato, empero, la concepción de que el combate de la sangre y la mística presentida del acontecer de la vida no son dos cosas diferentes, sino que representan una sola de distinta manera. Raza es la parábola de un alma, la totalidad del bien racial un valor en sí, sin referencia a valores exangües que pasan por alto lo pleno de naturaleza, y sin conexión con los adoradores de la materia, que se percatan tan sólo de lo que acontece en el tiempo y en el espacio, sin comprender este acontecer como el más grande y último de todos los misterios.

La historia racial es, por tanto, historia natural y mística anímica simultáneamente; la historia de la religión de la sangre está constituida, inversamente, por el gran relato mundial del ascenso y hundimiento de los pueblos, de sus héroes y pensadores, de sus inventores y artistas.

Más profundamente de lo que jamás se osó pensar anteriormente, la mirada retrospectiva plasmadora de historia puede hundirse en el pasado. Los monumentos históricos de todos los pueblos se hallan actualmente extendidos ante nosotros las excavaciones de los testimonios más antiguos del arte plástico humano permiten comparar entre sí las fuerzas impulsoras de las culturas, los mitos desde Islandia hasta la Polinesia han sido reunidos, los tesoros de los Mayas desenterrados en gran parte. A ello se ha agregado la geología, capacitada para diseñar actualmente los mapas geográficos de decenas de milenios antes de nuestra Era. Exploraciones submarinas alzaron desde las grandes profundidades del Océano Atlántico masas rígidas de lava de las cimas de cadenas de montañas repentinamente hundidas, en cuyos valles se habían originado antaño culturas, antes de que una o muchas catástrofes terribles les sobrevinieran. Los investigadores geólogos nos delinean bloques de tierra firme entre Norteamérica y Europa, cuyos restos conservados vemos aún hoy en Groenlandia e Islandia. Ellos nos demuestran que, por otra parte, las islas del lejano Norte (*Nowaja Semlja*) presentan viejas líneas de agua que se encuentran más de 100 metros por encima de las actuales: es probable, por consiguiente, que el Polo Norte haya sufrido un desplazamiento, que en el Ártico actual haya reinado un clima mucho más templado. Y todo ello, en conjunto hace aparecer la antiquísima saga sobre la Atlántida bajo una nueva luz. Parece no del todo imposible que en lugares sobre los cuales braman actualmente las olas del Océano Atlántico y se desplazan gigantescas cadenas de montañas de témpanos, haya emergido antaño un continente floreciente de entre las aguas, sobre el cual una raza creadora engendró una grande y vastísima cultura, enviando a sus hijos como navegantes y guerreros al exterior, a todo el mundo; pero aún si esta hipótesis de la Atlántida resultara insostenible, deberá ser admitido un centro cultural prehistórico nórdico.

Ya hace mucho que hemos tenido que desistir de creer en una producción homogénea de mitos y formas artísticas y religiosas en todos los pueblos. La prueba rigurosamente fundada de muchas migraciones de sagas de pueblo en pueblo y su establecimiento en distintos grupos populares ha mostrado, al contrario, que la mayor parte de los mitos fundamentales poseen un punto de irradiación exactamente determinado, su lugar de creación, que en cuanto a su forma exterior también son comprensibles únicamente dentro de un mundo circundante exactamente determinado, de modo que asimismo para los tiempos más primigenios adquieren seguridad las grandes migraciones de las razas y de los pueblos. De este modo, el mito solar, junto con sus concomitancias, no se ha originado como “escalón general del desarrollo” automáticamente en todas partes, sino que ha nacido allí donde la aparición del sol debe haber constituido una vivencia cósmica de la mayor penetración: en el lejano Norte. Solamente allí pudo ser efectuada la separación nítida de las mitades del año, solamente allí el Sol pudo llegar a ser hasta lo más íntimo del alma la seguridad del contenido primigenio creador, renovador de la vida, del mundo. Y por tal razón la vieja y ridiculizada hipótesis alcanza hoy día probabilidad, que partiendo de un centro nórdico de la Creación, llamémoslo, sin comprometernos a la admisión de un continente atlántico hundido -la Atlántis- hayan emigrado antaño en forma radiada enjambres de guerreros, constituyendo los primeros testigos de esa ansia nórdica de lejanía que siempre de nuevo se materializa para conquistar, para estructurar. Y estas corrientes de humanos atlántidos se trasladaron por mar en sus barcos en forma de cisne o de dragón hasta dentro del Mediterráneo, hasta África; por tierra a través del Asia Central hasta Kutscha, y quizás también hasta China; a través de Norteamérica hasta el Sud de ese continente.

Si Ahura Mazda le dice a Zarathustra: “Una vez solamente al año se ve ponerse y emerger estrellas y luna y sol; y los habitantes consideran como un día, lo que es un año”, ello constituye un lejano recuerdo de la madre patria nórdica del dios de la Luz de los persas, pues únicamente en la zona polar el día y la noche duran cada uno seis meses, la totalidad del año, empero, es únicamente aquí un día y una noche. Del héroe indio Ardschuna, el Mahabaratam sabe referir que durante su visita al monte, Meru el sol y la luna corrían diariamente de izquierda a derecha, idea que nunca pudo originarse en el tropical Sud, ya que solamente en

el más lejano Norte, la rueda solar gira a lo largo del horizonte. A los Adityas indios también se dirige la solicitud: “No venga sobre nosotros la larga oscuridad, y con referencia al luminoso Agni se lamenta que había permanecido “demasiado tiempo en la larga oscuridad”, todo lo cual puede ser retrotraído únicamente a la larga noche hiperbórea.

Al igual que estos antiquísimos recuerdos ario-atlántidos se presentan las parábolas del culto; los trajes y los dibujos comprensibles únicamente como de procedencia nórdica. El bote nórdico ¡con el cuello de cisne y la hoja triple lo encontramos en el Egipto pre-dinástico, pero sus remeros fueron el posterior pueblo señorial de los amoritas, reconocidos ya por Sayce como de piel clara y ojos azules. Antaño cruzaron el Norte de África bajo forma de linajes de cazadores firmemente estructurados, que poco a poco dominaron todo el país, prosiguiendo un sector sus migraciones a través de Siria hasta Babilonia. Los beréberes, en parte hasta la actualidad de piel clara y ojos azules, no tienen su origen en las migraciones de los vándalos, sino en la antiquísima onda humana atlántico-nórdica. Los kabilios cazadores, por ejemplo, son en no pequeña medida aún hoy de procedencia nórdica completamente inobjetable (así los beréberes rubios de la región de Constantine constituyen el 10 por ciento y cerca de Djebel Scheschor son aún más numerosos). La clase gobernante de los antiguos egipcios presenta rasgos pronunciadamente más finos que el pueblo gobernado. Estos “hamitas” constituyen presuntamente ya una mixovariación entre atlántidos y la población primitiva negroide. Alrededor de 2.400 a. C. aparecen luego relieves de seres humanos de piel clara, cabellos rubios rojizos y ojos azules, aquellos “libios rubios” de los cuales habla más tarde Pausanias. En los monumentos fúnebres de Tebas hallamos reproducidas las “cuatro razas” de Egipto: asiáticos, negroides, libios, egipcios. Estos últimos son reproducidos de color rojo, los libios en cambio siempre de ojos azules, barbudos y de color blanco la piel. Tipos puramente nórdicos presentan la tumba de Senye de la 18º dinastía, la mujer sobre el pilón de Horemheb en Karnak, las gentes del bote en forma de cisne en el relieve del templo de Medinet-Habu, el Tsakkarai (*Teukroi*), el fundador de la navegación marítima “fenicia”. Seres humanos de piel clara con cabello rubio oro muestran los tipos en las tumbas de Medinet-Gurob.[2] En las más recientes excavaciones en las mastabas junto a la pirámide de Keops (1927) se encontró la “princesa y reina Meres-Aneh” (2633-2564 a. C.) reproducida con cabello rubio. La reina legendaria, envuelta en mitos, Nitokris, es considerada en todas las sagas también como rubia.

Todo esto son monumentos raciales de una tradición nórdica antiquísima de Nordáfrica.

Los amoritas fundaron Jerusalén, ellos formaron la capa nórdica en la posterior Galilea, esto es, en la “Comarca de los Paganos”, de la que debía surgir alguna vez Jesús. Ellos hallaron refuerzo luego por los filisteos, que igualmente cruzaron hacia Siria en naves de tipo nórdico, con hacha y trifolio con símbolos en la roda, anteriormente del todo desconocidos en Siria.

Quede aún sin dilucidar dónde se encuentra la cuna de la raza nórdica. Así como los atlántidos del sud se dispersaron hacia África y Sud de Asia, así se supone que los atlántidos del norte llevaron al Dios solar desde Europa hasta el Norte de Asia, hasta los súmeros, ¡cuyo año calendario antaño había comenzado con el día del solsticio de invierno! Muy recientes investigaciones en Islandia y Escocia declaran como posible una inmigración en la época neolítica; también el antiguo ideal de belleza irlandés era la piel blanca como la leche y cabellos rubios, pero que más tarde se esfumó por el avance de una raza oscura, de cabeza redonda. Si bien mucho puede ser dudoso, si bien recién la investigación del futuro podrá dilucidar si los mas antiguos signos de cultos, los primeros dibujos en rocas de la edad de piedra, han sido también la base de la escritura linear egipcia pre-dinástica, si a este simbolismo “atlántido” se remiten también otras escrituras de la tierra como, a su base primigenia, el resultado de esta investigación no puede, empero, modificar nada del *único* gran hecho de que el “sentido de la historia mundial” irradiando desde el Norte, se ha extendido sobre toda la Tierra, portado por una raza rubia, de ojos azules, que en sucesivas grandes oleadas determinó el rostro espiritual del mundo, lo determinó aún allí donde tuvo que sucumbir. Estos períodos de migraciones los denominamos: la marcha envuelta en sagas de los atlántidos a través de Nordáfrica; la marcha de los arios hacia Persia-India, seguida por dorios, macedonios, latinos; la marcha de la migración de los pueblos germánicos; la colonización del mundo por el Occidente de cuño germánico.

Cuando la primera gran oleada de sangre nórdica peregrinó por encima de las altas cadenas de montañas de la India, ya había pasado por muchas razas enemigas y exóticas. De un modo casi inconsciente los “indios” se apartaron de lo extraño, de lo oscuro que se mostró ante sus ojos. El régimen de castas fue la consecuencia de la sabia defensa natural: *Varna* quiere decir casta, pero *Varna* también quiere decir color. Los *arias* claros partieron, pues, conscientemente, de la imagen aparente (fenotipo) asible y abrieron una sima entre ellos como conquistadores y las figuras pardo-negruzgas del Indostán. Después de esta segregación entre sangre y sangre, los arios se estructuraron una imagen del mundo que aún hoy no puede ser superada por ninguna filosofía en cuanto a profundidad y vastedad, aunque después de

[2] Comp. al respecto Herman Wirth: *Der Aufgung der Menschheit* [*La Eclosión. de la Humanidad*, N. del T.], Jena 1928; también E. Dacqué: *Erdzeitalter* [*Edades de la Tierra*, N. del T.] Munich, 1930. Wirth ha estimulado fuertemente la investigación de la prehistoria, si sus concepciones serán confirmadas, eso lo dirá recién el futuro.

prolongadas contiendas con las imaginaciones de los aborígenes de raza inferior, siempre de nuevo introducidas. El período, p. ej., que se intercala entre los cantos heroicos de los *Vedas* y de las *Upanishads* equivale en su significado a una expansión de y simultáneamente a una lucha contra la brujería y el bajo extatismo. La práctica de los sacrificios para conjura de espíritus y dioses comienza a corroer. A estas ideas de brujería también sucumbe el sacerdote que enarbola la cuchara de sacrificios y apila los leños para el holocausto. Cada manejo y cada movimiento recibe un "sentido" misterioso. Como Deussen lo constata, entre la era mitológica y la filosófica se intercala una era ritual; la plegaria, originariamente sólo una fuerte elevación del alma (para el brahmán genuino), se transforma en un acto mágico de brujería para obligar a los dioses o a los demonios. En medio de este proceso de empantanamiento apareció luminosa la doctrina del Atmán. No se trata de un "acto de evolución psicológica", que sería completamente imposible de interpretar (tampoco Deussen no ensaya explicación), sino que aparece como un re-despertar del espíritu ario frente a las concepciones supersticioso-mágicas de los no-arios subyugados. Esta interpretación se hace propiamente certeza al comprobarse que la gran doctrina del valor propio del Yo anímico, sin magia ni demonismo alguno, que se difunde partiendo de las cortes *reales,* tuvo su punto de partida en la casta de los guerreros, a pesar de que los brahamanes son más tarde los maestros del nuevo pensamiento de la igualdad de la esencia del alma del mundo y del alma individual, no han podido, pese a ello, silenciar la verdadera procedencia de la nueva doctrina, y así sucede que el rey Ajatacatru adoctrina al brahmán Gârgya Bâlâki acerca del Atman, el dios de la guerra Sanatkumâra al brahmán Nârada, el rey Pravâhana Jaivali al brahmán Aruni. Gracias a esta toma de conciencia aristocrática desaparece cada vez más la práctica mágica no-aria de los sacrificios, para volver a cubrir de nuevo recién más tarde a la India al producirse también la decadencia racial de los Chatrias.

Como señor nato, el indio siente expandirse su propia alma en el hálito vital que llena a todo el universo, e inversamente percibe el aliento del mundo actuar en su pecho como su propio Yo. La naturaleza foránea, rica, que casi todo lo regalaba, no pudo apartarlo suficientemente de esta hondura metafísica. La vida activa, que por los viejos maestros de los *Upanishads* siempre aún fue exigida como premisa insoslayable también de los pensadores apartados del mundo, empalidecía cada vez más ante el peregrino hacia el universo del alma, y este camino desde el colorido hacia la luz blanca del conocimiento condujo al ensayo más grandioso de la superación de la naturaleza por la razón. No hay duda de que muchos indios, como personalidades individuales y aristócratas, lograron en este mundo esta superación del mundo. Pero al ser humano posterior le quedó solamente la doctrina, no ya su precondición racial viva. Pronto ya no se comprendió en absoluto el sentido colorido, pleno de sangre, de la *Varna,* que hoy como subdivisión técnica de las profesiones representa el escarnio más horroroso del pensamiento más sabio de la historia mundial. El indio de las postrimerías no conoció la Sangre, el Yo y el Universo, sino únicamente las dos últimas realidades. Y sucumbió en el intento de considerar el Yo aislado. Por una profanación racial, cuyos productos imploran hoy como miserables bastardos en las aguas del Ganges un saneamiento de su existencia tullida.

El monista indio, después de haber "superado" la polaridad de ideas Yo-Universo en favor de una de las partes mediante una decisión de la razón, procuró destruir también los contrarios -que condicionándose polarmente, de ambos lados conducen hacia ellas- violentar la libertad por la naturaleza, la naturaleza por la libertad. Por eso, asimismo estaba inclinado a considerar la raza y la personalidad como absorbidas en el supremo concepto y, por lo tanto, como no existentes realmente. De ahí que el monista espiritualista indio postrero vea a la naturaleza, en cierto modo, como algo irreal, como un sueño nefasto. Lo único real para él es el alma del mundo (el brahman) en su eterno retorno a el alma individual (en el atman). Con el apartamiento de la naturaleza en general, también la representación anteriormente clara y el concepto de raza se toman cada vez más vacilantes; por ende, el conocimiento dogmático-filosófico afloja el instinto en la raíz. Si el alma del mundo es lo único existente y si el atman se identifica con ella en su esencia, entonces se esfuma simultáneamente la idea de la personalidad. Lo incorpóreo Todo-Uno ha sido alcanzado.

Con esto la India dejó de ser creadora. Se paraliza, la sangre oscura, extraña, de los sudras, considerados ahora como portadores equivalentes del atmán, penetra, destruye el concepto originario de la casta como raza y la bastardización comienza. Los cultos de serpientes y del falo de los aborígenes comienzan a proliferar, las expresiones simbólicas del Siva de cien brazos son materializadas plásticamente; cual plantas trepadoras de la selva virgen se origina un espantoso arte bastardo. Únicamente en las cortes de los reyes florece aún tardíamente el viejo canto heroico, resuena la lírica de un Kalidasa y otros grandes poetas, por lo general desconocidos. Un Cáncara intenta una reestructuración de la filosofía india. Es en vano. Debido a una inspiración demasiado vasta, las arterias del cuerpo racial han sido reventadas, la sangre ario-india fluye, se rezuma y abona sólo aún en algunas partes el oscuro terreno de la vieja India que la absorbe, deja tras sí para la vida únicamente un régimen de disciplina filosófico-técnico, que en su posterior distorsión demencial domina la vida hindú de hoy.

No afirmaremos intolerantemente que el indio ha abandonado primero su raza, luego su personalidad o inversamente, sino más bien existe aquí un proceso metafísico, que en el ansia ardorosa, de superar en

forma total el fenómeno de la dualidad también abolió simultáneamente los escalones inferiores, que se condicionan mutuamente, de la última polaridad.

Observando desde *afuera,* en la India la cognición filosófica de la gran igualdad atman-brahman procedió al decaimiento de la raza. En otros países éste no resulta con posterioridad a la implantación de una idea filosófica sino es la consecuencia de una mezcla continuada puramente física entre dos o muchas razas opuestas, cuyas cualidades no se acrecientan o complementan en medio de este proceso, sino que se aniquilan mutuamente.

El *Irán* experimenta a partir del siglo 6 la expansión de los persas arios. Bajo Arschama les nace un maestro religioso conductor, una de las más grandes personalidades de la historia indo-europea: Spitama (Zarathustra). Preocupado por el destino de la minoría aria, surge también en él una idea que recién hoy vuelve a despertar a la vida en el Occidente nórdico: la idea de la protección de la raza, la exigencia del matrimonio dentro del linaje. Pero como la dominante capa superior aria vivía dispersa, Zarathustra tuvo como objetivo, más allá de estas exigencias, una comunidad de igual modo de pensar ligada por su concepción del mundo: Ahura Mazda, el eterno Dios de la luz, crece hasta constituir una idea cósmica, el protector divino de la arianidad. Él no tiene casa (como el Levante lo exigía para sus dioses y Roma lo continuó) él es la "santa sabiduría" por antonomasia, la perfección y la inmortalidad misma. A él se le opone como enemigo el oscuro Angromayniu y lucha con él por el dominio del mundo. Aquí aparece ahora un pensamiento genuinamente nórdico-ario de Zarathustra: en esta lucha el ser humano debe combatir del lado de Ahura Mazda exactamente como los *Einherier* [En nórdico antiguo: héroes caídos en combate. N. del T.] por Odín en el Walhalla contra el *Fenriswolf* [ídem: monstruo-lobo. N. del T.] *y la Midgardschlange* [ídem de idem: serpiente de Midgard, esto es, de la Tierra creada para los hombres. N. del T.]

Por consiguiente, él no debe perderse en contemplación apartada del mundo y el ascetismo, sino sentirse como portador combativo de una idea conservadora del mundo, a fin de despertar y acerar todas las fuerzas creativas del alma humana. El hombre se encuentra, por lo tanto, siempre al servicio de lo supremo, ya sea pensador o arranque fertilidad a un desierto. Sirve, donde esté y camine, a un principio creador; cuando siembra y cosecha, cuando se acredita como leal y cada apretón de manos significa una palabra inquebrantable. Así como el Vendidat expresa todo esto en forma grande y sublime: "Quien siembra trigo, siembra santidad."

Pero en todo el derredor del hombre que lucha acecha el mal y la tentación.

Para poder enfrentarse a ello con éxito, Zarathustra se remite a la sangre aria: ésta obliga a todo persa al servicio por el Dios claro. Después de la muerte se separa lo bueno y lo malo para la eternidad. En una lucha formidable vence luego Ahura Mazda al Angromayniu y erige su imperio de la paz.

De esta magna obra poética religiosa los persas extraían antaño su fuerza. Pero cuando a pesar de esta tentativa heroica la dilución de la sangre aria en la asiática no pudo ser evitada y el gran imperio de los persas se fue desvaneciendo, el espíritu de Zarathustra y su mito siguió sin embargo actuando por todo el mundo. El judaísmo se creó del Angromaynui su Satanás, de la natural conservación de la raza de los persas todo su sistema artificial de la cría de una mezcla de razas, unido a una ley religiosa obligatoria (por cierto puramente judía); la Iglesia cristiana se apropió la idea persa del Salvador, del Príncipe de la Paz Mundial, *Caoshianc,* aún cuando desfigurada por la idea judía del Mesías. Y hoy despierta en el corazón y en el Norte de Europa con fuerza mítica la misma alma racial, que antaño estaba viva en Zarathustra, con un grado de conciencia más elevado. Mentalidad ética nórdica y cría racial nórdica -así reza también hoy la consigna frente al Levante sirio [El calificativo de sirio utilizado por Rosenberg se explica en razón de que el hebreo —como indica Chamberlain— es un bastardo entre el semita y el sirio primitivo, el cual personificó cabalmente el asiatismo. N. del E.], que bajo la figura del judaísmo y bajo muchas formas del universalismo a-racial, se ha anidado en Europa.

La cultura persa se transformó en un vástago injertado en el tronco de la capa inferior semítico-oriental. Fue corrompida cada vez más a medida que la economía y el dinero de las razas de negociantes crecían en influencia material y sus representantes finalmente ascendieron a puestos de poder y altas dignidades. De esta manera, el matrimonio dentro del linaje fue disuelto y la "compensación" de las razas se realizó bajo la forma necesaria de la bastardización...

Antaño un rey persa hizo esculpir en la pared rocosa de Behistun las siguientes palabras: "Yo, Darío, el Gran Rey, el Rey de los Reyes, de tronco ario..." Hoy el arriero de mulas persa pasa desaprensivamente junto a esta pared: un signo entre miles de que la personalidad nace conjuntamente con una raza y muere conjuntamente con ella.

2.

De la manera más bella fue soñado el sueño de la humanidad nórdica en la *Hélade.* Ola tras ola viene del valle del Danubio y cubre con nueva creatividad la población primigenia, anteriores inmigrantes arios y no-arios. Ya la cultura micénica antigua de los Aqueos está determinada predominantemente por la raza nórdica. Troncos dorios posteriores asaltaron de nuevo las fortalezas de los aborígenes de raza extraña, esclavizaron a las razas subyugadas y quebraron el dominio del legendario rey fenicio-semítico Minos, quien hasta entonces con su flota de piratas comandaba el territorio que más tarde se llamó Grecia. Como señores y guerreros rudos, los troncos helénicos terminaron con la degenerada forma de vida del mercantilismo pro-asiático, y con los brazos de los subyugados un espíritu creador sin igual se creó leyendas en piedra y se procuró por la fuerza ocio para componer y cantar eternos relatos heroicos. Una constitución genuinamente aristocrática impidió la mezcla de sangre. Las fuerzas nórdicas que disminuían por combates, eran reforzadas por nuevas inmigraciones. Los dorios, luego los macedonios, protegían la sangre rubia creadora. Hasta que también estos troncos se agotaron y la múltiple superioridad de fuerzas del elemento pro-asiático se infiltró por miles de canales, envenenó a la Hélade y en lugar del griego engendró el posterior levantino enclenque, que con los griegos sólo tiene el nombre en común. Para siempre el heleno abandonó la Tierra, y únicamente las inanimadas imágenes de piedra, solamente algunos pocos dan testimonio aún de aquella espléndida alma racial que una vez creó la Pallas Atenea y el Apolo. En ninguna parte el rechazo desprejuiciado nórdico de todo lo mágico se muestra con más claridad y grandeza que en los valores religiosos de Grecia todavía demasiado poco tenidos en cuenta. Y cuando los investigadores se ocuparon del aspecto religioso de los helenos, entonces recién consideraron dignos de estudio minucioso aquellos tiempos en que el ser humano griego ya estaba disociado, en desarmonía consigo mismo, y vacilaba entre valores de la propia especie y la actitud mental foránea. En cambio, precisamente aquella majestad confiada en el destino de la época homérica, antecesora de esta problemática, es una era de la más auténtica religiosidad, por la cual el siglo 19 de la decadencia interna, ciertamente ya no fue capaz de ofrecer una verdadera comprensión, porque aquella Era dorada y plateada no se escindía en “problemas”. Y las figuras luminosas de Apolo, de la Pallas Atenea, del Padre Celestial Zeus son signos de una grande y genuina devoción. El de cabellos de oro (Chrysokomos, Apolo) es el guardián y protector de todo lo noble y alegre, preservador del orden, maestro de la armonía de las fuerzas anímicas, de la mesura artística. Apolo es la luz ascendente de la aurora, al mismo tiempo el protector de la visión interior y el mediador del don profético. Él es el dios del canto y de la danza de movimiento rítmico, pero no extática. Al dios le está consagrado el cisne proveniente del Norte, un símbolo de lo claro, majestuoso; apoyándose en lo sureño, le está consagrada la palmera. En el templo délfico estaban grabadas las palabras: “Nada en demasía”, “Conócete a ti mismo”, dos confesiones homérico-apolíneas.

Al lado de Apolo está la Pallas Atenea, el símbolo del rayo vivificador, que nace de la cabeza de Zeus, la hija de ojos azules del Tronador, la virgen prudente y sabia, guardiana del pueblo helénico y fiel protectora de su lucha.

Estas creaciones espirituales griegas altamente piadosas muestran la vida interior recta, aún pura, del hombre nórdico; son, en el sentido más elevado, confesiones religiosas y expresión de una confianza en el propio modo de ser, y en las divinidades concebidas en forma genial-ingenua y de amables intenciones hacia el ser humano. “Homero no muestra ni polémica ni dogmática”, dice Erwin Rohde [3] y caracteriza con esta sola frase la esencia de todo sentimiento religioso genuinamente ario. Además, dice este profundo conocedor de la naturaleza helénica: “Homero tiene para los presentimientos y hasta para lo extático poco interés y absolutamente ninguna inclinación propia.” Esta es la más misteriosa rectitud de la mejor raza, que surge de cada verso genuino de la Ilíada y resuena en todos los templos de la Hélade. Pero, bajo esta creación vivieron y actuaron valores pelásguicos, fenicios, alpinos, más tarde sirios, en cada caso según la fuerza de estas razas, sus dioses se impusieron. Si los dioses griegos eran héroes de la luz y del cielo, entonces los dioses de los no-arios pro-asiáticos mostraban todos rasgos terrenos. Dmeter, Hermes y otros son creaciones esenciales de estas almas raciales. Si la Pallas Atenea es una protectora guerrera de la lucha por la vida, el Ares pelásguico, el monstruo chorreando sangre; si Apolo el dios de la lira y del canto, Dionisio (al menos su lado no-ario) el dios del éxtasis, de la voluptuosidad y del menadismo desenfrenado.

Por la interpretación del helenismo hemos luchado ahora conscientemente durante doscientos años. Desde Winckelmann, pasando por el clasicismo alemán hasta Preller y Voss, se desarrolla la adoración de lo luminoso, de lo abierto al mundo, de lo real, pero descendiendo cada vez más esta línea de investigación, haciéndose más y más plana su curva. Los pensadores y los artistas llegaron a ser pronto seres individuales desligados de la sangre y del suelo. Desde el Yo solamente, desde la “psicología” se trató de “explicar o criticar la tragedia ática; Homero fue comprendido únicamente en sentido estético-formal, y el racionalismo heleno tardío tuvo que dar su bendición a una literatura del día de gruesos tomos, profesoral, exangüe. La

---

[3] *Psyche*.

otra tendencia -romántica- se sumergió en las corrientes subterráneas anímicas que se manifiestan hacia el final de la Ilíada en las ceremonias fúnebres o en Esquilo a través de la acción de las Erinias, penetra en las almas de los contra-dioses quetónicos [*chthonisch. Del griego Chthon: tierra.* N. del T.] del Zeus olímpico, venera, partiendo de la *Muerte y* sus enigmas, los dioses matemos con Demeter a la cabeza y, fríamente, se desfoga en el dios de los muertos en Dionisio. Aquí es señalada especialmente por Welcker, Rohde y Nietzsche aquella "madre tierra", como generadora, ella misma desprovista de forma, de la vida que muere y que en su regazo vuelve a confluir. Con estremecimientos de veneración el gran romanticismo alemán se percata por el sentimiento, cómo velos cada vez más obscuros son corridos delante de los luminosos dioses del cielo, y se hunde profundamente en lo impulsivo, sin forma, demoníaco, sexual, extático, quetónico, en la veneración de la madre. Pero designado todo esto todavía siempre como griego.

Aquí se separa una concepción de otra concepción. Sin tomar en consideración el hecho de que los troncos griegos incorporaron física y espiritualmente esencia extraña, no obstante para el genuino investigador no es tanto de interés, esta aleación a menudo sólo artificial, sino, en primer lugar, el contenido y la forma de aquel material que sin duda era el *dominante.* Si, p. ej., Jakob Burckhardt expresa: "Lo que ellos (los griegos) hicieron y sufrieron, lo hicieron y sufrieron *libremente* y en forma distinta que todos los pueblos anteriores. Ellos aparecen como originales, espontáneos y conscientes allí donde en todos los demás impera un "estar obligado más o menos sordo", [4] entonces ilumina con *un* cono de luz espiritual hasta la más recóndita profundidad del griego. Habla también más tarde de los helenos como de arios, nombra otros pueblos y troncos, pero que él mismo ha descubierto una *ley* racial-anímica, de esto, luego ya en ninguna parte tiene clara conciencia. Él describe a los "griegos" del siglo 5 o 4 "como un todo " pero la lucha dramática de las razas, las almas y los dioses se pierde en una confusión de todas las particularidades; en último término, a pesar de miles de hechos, indicaciones y sospechas, la personalidad griega queda borrada. Esta libertad interior del heleno antiguo, empero, estaba realmente en lucha contra el Asia Anterior sofocante, *y este* gran drama de todo un pueblo es lo que quizás inflama los mayores rendimientos, pero también ha hecho más infelices a los helenos "de lo que la mayoría de los seres humanos creen". Y si luego este sospechado antagonismo en la historia de la Hélade más tarde fue interpretado también por otros, tampoco aquí se avanzó hasta el núcleo.

Görres fue el primero que (como lo demuestra Baeumler) retrotrajo conscientemente una polaridad histórica mundial a la tensión entre lo masculino y lo femenino, pero Bachofen, fue el gran perfeccionador y realizador de este pensamiento, que hoy, en la época de la desintegración de todas las formas y figuras, celebra su resurrección.

La Madre, la Noche, la Tierra y la Muerte, estos son los elementos que se manifiestan a la investigación romántico-intuitiva como lo subyacente de una vida presuntamente "griega antigua". Desde la Etruria pasando por Creta hasta bien adentro del Asia Menor impera bajo muchas formas el matriarcado -aún dentro de la tiranía masculina- en las costumbres y el derecho. Como sus consecuencias se desarrollan, de acuerdo con relatos míticos, el amazonismo y el hetairismo, pero también el culto poético a los muertos y los misterios ligados al espíritu de la Tierra. Las *madres* aparecen, cada una individualmente, como las representantes de la misteriosamente grande y única Madre Tierra, ellas son consideradas como sagradas e invulnerables, y en caso de asesinato aunque sea de una sola madre esta Tierra misma se alza bajo forma de las Erinias sedientas de sangre; éstas no descansan hasta que la sangre del asesino haya corrido y haya sido absorbida como expiación por la Tierra. No se indaga por el delito o la razón de *esa* madre, el valor en sí está representado por cada una y exige su absoluta invulnerabilidad. De la madre la hija hereda el bien que ha de asegurar su independencia, su nombre, el derecho terreno, y así aparece la mujer como la encarnación de la inmortalidad de la materia, mas exactamente, como alegoría de la *indestructibilidad* de la materia en sí carente de forma. Así pensaron los liquios, los cretenses.(que son los únicos que emplearon la palabra *Mutterland*) [*matria,* país materno], así pensaron las islas "griegas", es más, así pensó inicialmente Atenas misma hasta que el Teseo nórdico venció a las Amazonas ante sus puertas y ya no fue una Madre la diosa protectora de la ciudad, sino la Virgen carente de madre y de hijos Pallas Atenea, como hija de Zeus celestial.

En el suelo de Grecia fue librada la primera gran batalla decisiva de la historia mundial entre los valores *raciales,* en favor del ser nórdico. Desde el *día,* desde la vida, se acercó desde ahora el ser humano a la vida; a partir de las leyes de la luz y del cielo, del espíritu y de la voluntad del *padre* se originó todo lo que llamamos cultura griega, como aquella más grande herencia de la antigüedad para nuestro ser. Pero no por eso es como si el matriarcado con todas sus consecuencias no estuviera "condicionado por ningún parentesco nacional", que el nuevo sistema luminoso fuera únicamente un "grado de evolución posterior", en lo que la mujer y su dominio representaban "lo originariamente existente" (Bachofen). Este *único* gran malentendido, junto a lo mucho visto con exactitud, oscurece todas las otras concepciones por más hondas que sean y trae consigo el desconocimiento de todo el desarrollo anímico de la antigüedad helénica y romana. Mas con ello también de lo más íntimo de todas las luchas anímicas y de todas las contiendas

[4] *Griechische Kulturgeschichte*, [*Historia de la Cultura Griega*, N. del T.], t. I, p. 11.

espirituales de la posterior cultura germánica-occidental. Pues cualesquiera hayan sido las concepciones y los valores romanos tardíos, cristianos, egipcios o judíos que puedan haber penetrado en el alma del ser humano germánico, es más, en algunas partes hasta han aniquilado a éste: si es que la historia ha de ser interpretación del carácter, representación de un ser en la lucha por la plasmación de su más propio Yo, entonces deberemos separar los valores germánicos de todos los demás, si es que no queremos envilecernos a nosotros mismos. Pero lo humillante es que como consecuencia, por un lado, de una posición solamente pan-cristiana, luego de una humanística ulterior, *este* cometido de la historia fue llevado cada vez más al fondo, el dogma de una presunta “evolución general de la humanidad”, empero, al primer plano. Una idea abstracta comenzó, envuelta en distintos, ropajes a desarraigar la vida; la reacción en el romanticismo alemán fue, por consiguiente, beneficiosa como una lluvia después de una larga sequía. Pero precisamente en nuestra época de las internacionales de masas en todos los terrenos, es necesario profundizar este romanticismo ligado a la especie hasta su núcleo racial, y liberarlo de ciertos arrobamientos nerviosos que aún le están adheridos. Los germanos, los alemanes, no se han “desarrollado” sobre la base de una meta nebulosa, inventada por sacerdotes o eruditos, sino que o bien se han impuesto, o han sido corrompidos o subyugados. Ahora bien: con *este* conocimiento se desplaza el panorama de la totalidad de la historia de las razas, pueblos y culturas de la Tierra. Tampoco las poblaciones pre-griegas alrededor del Mar Egeo se “desarrollaron” antaño desde la creencia en los dioses quetónicos al culto solar-celestial de Zeus-Apolo, sino que fueron cubiertas en largas luchas, en parte sometidas políticamente, en parte también asimiladas espiritualmente, pero siempre de nuevo esperaron momentos de debilidad de los griegos nórdicos para hacer valer nuevamente sus viejos derechos y con ello sus viejos dioses. Ni influencias climáticas ni geográficas ni de otra índole del medio ambiente pueden ser tomadas aquí en consideración como últimas interpretaciones; pues el sol de Homero brilló también anteriormente para los adoradores de Isis y de Afrodita. Y también iluminó con posterioridad el mismo pedazo de tierra cuando Grecia se extinguió.

Los troncos nórdicos de los helenos, por su parte, *no* reconocieron al matriarcado antes de su entrada a su posterior patria, como primer escalón de la evolución, sino que obedecieron desde el primer día de su existencia al mandamiento del Padre. Pues de otro modo no sería comprensible por qué los dioses griegos no trabaron íntima amistad con los dioses pelásquico-cretenses-etruscos-libios originarios-egipcios, reconociéndose a sí mismos en ellos, así como más tarde volvieron a encontrar en figuras de dioses indios su Helios o Heracles. Todo lo contrario, los mitos griegos están llenos de combates y victoria. Los helenos quiebran en Lemnos el sangriento dominio de las amazonas mediante la expedición de Jasón; dejan que Belerofonte haga vacilar este dominio en Licia; muestran en las nupcias de sangre de las Danaidas la superación de las potencias oscuras, telúricas de la Tierra y de los Infiernos por Zeus y el gran mediador-salvador Heracles. En oposición a la mitología nórdico-germánica, la griega es también tan ricamente plasmada, tan entrelazada (pero, sin embargo, en todos sus lineamientos -triunfo de la luz sobre la noche- tan uniformemente típica), porque los dioses germánicos habían librado menos combates semejantes contra sistemas de dioses de otras razas. Por esta razón, la Ilíada también es un único gran canto de *triunfo* de la luz, de la vida sobre la oscuridad y la muerte. Homero era consciente de que no son antitéticas la muerte y la vida sino que al contrario, se condicionan mutuamente (como Goethe lo reconoció de nuevo). Nacimiento y muerte son los que se enfrentan el uno al otro; pero ambos conforman la vida. El reconocimiento de *esta* necesidad radicada en una ley interior significa también el reconocimiento del gobierno de la Moira impersonal: Thetis prevee el fin de su vida, consciente de que el cielo personificado en él igualmente está sometido a una ley cósmica, simbolizada por la balanza del destino. Las Morias (véase también las Nomas del mundo germánico de dioses) son femeninas, porque en la mujer impera lo impersonal solamente, y es la portadora de las leyes carente de voluntad, similar a las plantas.

Aquí se revela de nuevo un valor nórdico: Apolo como “aniquilador de los demonios primigenios” (Esquilo), lo que significa como aniquilador de la hechicería a-nórdica. Si el licio Glaukos dice melancólicamente a Diómedes, cuando éste le pregunta por su linaje, que iguales a las hojas del árbol son los linajes de los humanos, entonces se pone de manifiesto aquí la concepción carente de figura y de personalidad del pre-helenismo, a pesar del culto solar apolíneo introducido también en Licia. Pero, en la tragedia griega, que nació en una época cuando Grecia había tenido que librar los combates más duros, que conmocionaron su existencia, los helenos son obligados nuevamente a enfrentarse con las viejas potencias quetotónicas primigenias. Esto ya no ocurre con el claro y autoritario espíritu de victoria de Homero,

> *No, al que haya quedado muerto, llóreselo con lamentos*
> *un día, y luego sepúlteselo con el corazón endurecido,*

sino bajo la forma de los *combates* más encarnizados de dos concepciones del mundo como expresiones de distintas almas raciales.

Eriphyle traiciona por un collar a su esposo; éste es vengado por su hijo, que mata a la madre. El derecho del pre-helenismo no pregunta por la culpa de la madre, sino que automáticamente se alza la Tierra

como tal como vengadora de su sangre derramada, y las Erinias persiguen a Alkmaion hasta la locura; solamente el consejo de Apolo de apoyar su pie en un lugar de la Tierra que en el momento del asesinato de la madre aún estaba invisible, lo salva por de pronto cuando descubre una isla recién emergida... En la forma más grandiosa ha sido concebida la lucha de las almas raciales en la Orestíada, con la más clara conciencia aquí se ha puesto en acción la rivalidad entre las viejas y las nuevas fuerzas, lo que eleva esta obra a una eterna alegoría para todos los tiempos.[5]

La vieja ley de los pro-asiáticos del matriarcado quetónico, no pregunta por el derecho y el delito de Clitemnestra, sino que envía a sus servidoras furiosas para tomar venganza sangrienta en el matricida. Pero delante de Orestes se colocan los protectores de la nueva alma nórdica y resguardan al vengador del *padre* asesinado. “Ella no tenía parentesco consanguíneo con el hombre al cual mató”, clama la Erinia, ¡Oh!, dioses nuevos, la ley y el derecho antiquísimo vosotros los arrancáis de mi mano.” A ella se enfrenta Apolo como personificación de lo nuevo: “No es la *madre* la engendradora de sus hijos, el que engendra es el padre...” Y Atenea, la hija de Zeus, declara: “Con el corazón rebosante elogio todo lo masculino.” Pero magnánimamente Atenea (y Apolo) tiende luego la mano a los poderes vencidos para la reconciliación, y promete a las potencias que residen “profundamente en la noche vacía de sol” apaciguadas, la alta estima, de los hombres:

Pero yo, ceñida siempre para la lucha audaz de los combates
de la gloria, no descansaré hasta que todo el mundo
tenga en el mayor honor mi ciudad de la victoria.

Así concluye, pues, también Esquilo, igualmente portentoso y consciente de su fuerza como Homero.

La magnanimidad, empero, del Apolo-Luz después de la derrota del mundo de los dioses quetónicos tiene como consecuencia que siguen su vida subterránea, transfigurada por Apolo. *Y después* de la mezcla de razas entre griegos y aborígenes, más tarde ni el elemento quetónico ni el celestial se destacó en forma pura, sino que ambos se mezclaron en los ritos dionisíacos. Ciertamente, también Dionisio representa el patriarcado, pero él se transforma en el dios de los muertos (al que también clama Antígona), pierde el carácter claro y fuerte del Apolo, se vuelve blando y embriagado, se hunde finalmente en lo demoníaco, en el menadismo, en la noche. Oscuros son los animales consagrados a este dios-demonio, en cavernas nacen los dioses y únicamente durante la noche se les tributa homenaje. Como algo racial y anímicamente extraño —aun cuando quizás antiquísimo— todo lo dionisiaco entra en la vida griega, más tarde la más fuerte alegoría de la decadencia nórdica que en lo puramente psíquico va unido a ello. A la luz vacilante de las antorchas, bajo el estruendo de platillos metálicos, acompañados de bombos de mano y sonidos de flautas, los que festejan a Dionisio se reúnen para un torbellino de danzas en círculo. “Por lo general eran las mujeres las que en estas danzas en remolinos daban vueltas hasta el agotamiento: ellas vestían bassares, vestimentas largas y ondeantes, cosidas de pieles de zorro... Desordenadamente se agitan los cabellos, víboras, sagradas a Sabazios, sostienen las manos, enarbolan puñales... así sigue el frenesí hasta la extrema excitación de todos los sentimientos, y en delirio sagrado se abalanzan sobre los animales elegidos para el sacrificio, agarran y despedazan la presa capturada y arrancan con los dientes la carne sangrienta que engullen cruda”. [6]

Estos usos fueron en todo la completa antítesis del helenismo ellos representaban aquella “religión de los poseídos por el demonio” [*Religion der Bessenheit.* N. del T.] (Frobenius), que imperaba en todo el Este del Mar Mediterráneo, mantenida por las razas africano-proasiáticas y sus mezclas. Desde el poseído por los demonios rey Saúl se extiende una única línea hasta las embriagueces ligadas a la tierra de Dionisio (que de todos modos fue ennoblecido por los griegos) hasta los derviches bailarines del tardío Islam.

Símbolo de la cosmovisión “griega” postrera llega a ser el falo. Por consiguiente, no es griego lo que en el arte y en la vida hallamos con referencia a esta imagen, sino lo enemigo de lo griego, lo pro-asiático.[7]

En todas partes, por ende, actuaron bajo el espléndido helenismo los pro-asiáticos y sus dioses. Así el antiquísimo dios de la Tierra, Poseidón, rechazado por Atenea: “Él habita debajo de su templo en el suelo bajo forma de serpiente; él es la serpiente del castillo de la Acrópolis; que mensualmente es alimentada con un bizcochuelo de miel” (Pauly-Wissowa). También el dragón-pitón pelásguico está sepultado en Delfos bajo el templo de Apolo (cada 8 años era representada nuevamente la matanza de este dragón por Apolo), allí donde también se encontraba el lugar de sepultura de Dionisio. Pero no en todas partes el Teseo nórdico mató a los monstruos del Asia Anterior; al primer relajamiento de la sangre aria renacieron siempre de nuevo los monstruos foráneos, es decir, mestizaje proasiático y robustez física del ser humano éstico. Este

[5] Muy bellamente expuesto en Baeumler, el re-editor de Bachofen. [*Der Mythus von Orient und Okzident*, (*El Mito de Oriente y Occidente*, N. del T). Munich, 1926]

[6] Rohde: *Psyche*, p. 301.

[7] Como el más meritorio estudio al respecto puede recomendarse Dr. K. Kynast: *Apollon und Dionysos* [*Apolo y Dionisio*, N. del T.], Munich, 1927.

conocimiento es de tal modo decisivo para la interpretación de la historia mundial y mítica en su totalidad, que ya aquí es indicado investigar la gran contraposición de las almas raciales *allí* donde la victoria del principio nórdico-apolíneo de la luz (de "Danaos, de rubios rizos" habla Píndaro) fue solamente pasajera, las viejas potencias se alzaron y se originaron muchas formas híbridas. Esta bastardización espiritual naturalmente se desarrolló con mayor claridad allí donde la capa griega conquistadora era sólo muy delgada y no pudo defenderse en forma suficientemente duradera contra los innumerables portadores del modo de ser quetónico: en el Asia Menor, en algunas islas y en la Cólquida. Las grandes y prolongadas luchas naturalmente son condensadas en la saga y el mito: en la expedición de los Argonautas del Apolónido Jasón. Los Argonautas navegan, como refiere la saga, con viento norte —un recuerdo manifiesto de la procedencia nórdica de Apolo—, del Norte llegan, las ofrendas anuales, del Norte se espera al héroe de la luz.

En todas partes adonde llegan los jasonitas a modo de vikingos griegos, se ven enfrentados por dioses quetónicos oscuros, por el dominio de las amazonas y la más sensual concepción. de la vida. El "amazonismo" es explicado por el hecho de que las bandas vagabundas de guerreros a menudo abandonaban durante largo tiempo sus lugares de descanso o de residencia de modo que las mujeres dejadas atrás debieron organizar su vida sin ellos, probablemente también armarse contra los ataques. Las más de las veces finalmente, los hombres —si es que en realidad volvían—, regresaban con mujeres foráneas, lo que frecuentemente traía como consecuencia una irrupción repentina de asesinato de los hombres; esta acción referida, p. ej., de las mujeres de Lemnos, resonó por toda Grecia como el crimen más espantoso y como tal fue contado siempre de nuevo con horror. Estas bandas de mujeres vueltas furiosas por abstinencia sexual cayeron entonces en ocasión del primer sometimiento en un hetairismo desenfrenado, una forma de vida que siempre apareció donde el principio apolíneo no mantuvo su dominio, a pesar de que éste al comienzo, en el momento de su victoria, fue en realidad celebrado interiormente, dado que sentaba los primeros fundamentos reales de una continuidad de las costumbres, contra las que más tarde se sublevaron nuevamente los viejos impulsos.

Así Jasón fue recibido por la lemniense Hypsipyle, así se unió con la Medea, e instauró, en contra del amazonismo y del hetairismo, el matrimonio. Mediante la instauración del matrimonio dentro del principio nórdico-apolíneo, la mujer, la madre, recibe una posición nueva honrosa; el lado noble, fecundo, del culto de Demeter se destaca (compárese la transformación de Isis en la madre de Dios del hombre germánico); todo lo cual desaparece allí donde Apolo, o sea, el griego, no logra mantenerse como soberano. Este aspecto de la lucha queda de manifiesto por el relato acerca del mismo Jasón, el que, en el Corinto muy entremezclado por elementos fenicios, se vuelve infiel al matrimonio; igualmente acerca del enemigo de las mujeres, Heracles, que vence a todas las amazonas, atraviesa en todas direcciones el África del Norte entera hasta el Atlántico, y sin embargo, cae de rodillas en Libia ante Onfalia.

Así los apolónidos tampoco pueden mantenerse en el Este, y el compromiso se denomina: "religión" dionisíaca. Por esta razón el claro Jasón recibe una piel de leopardo sobre los hombros para caracterizar el debilitamiento dionisiaco de lo apolíneo. La masculinidad de naturaleza luminosa se une al extatismo hetáirico, surgido de la tierra. La ley de Dionisio de la satisfacción sexual sin fin, significa la mezcla desenfrenada de razas entre los helenos y los pro-asiáticos de todos los troncos y variedades. Las amazonas, antaño enemigas de los hombres aparecen como ménades ávidas de hombres, el principio apolíneo del matrimonio es quebrado nuevamente, y como la naturaleza del Sabazio está dirigida enteramente a la mujer, también el sexo masculino va al encuentro de su descomposición, en tal forma que los hombres participan de las fiestas de Dionisio únicamente con vestimenta femenina. Partiendo de esta mezcla de razas del Asia Anterior, el bastardismo de Dionisio se extiende de nuevo hacia el Oeste y domina en todo el Mar Mediterráneo. En Roma las bacanales se difunden significativamente, en especial en los círculos hampescos. En 186 el Senado, después de una larga tolerancia del culto presuntamente religioso, se vio obligado a perseguir severamente las reuniones báquicas. Alrededor de 7000 falsificadores de testimonios, defraudadores y conspiradores fueron deportados o ejecutados. Únicamente en la Hélade misma se mantiene aún el claro principio apolíneo que pone orden en el caos.

De este modo, pues, Dionisio ostenta en representaciones griegas una gifura helénica, pero afeminada, y vive en un entorno de sátiros proásiáticos, que luego aparecen en los monumentos fúnebres como estridentes figuras grotescas de un derrumbe mundial. Acertadamente dice Bachofen que Apolo, que aparentemente penetró como vencedor en Asia, volvió como Dionisio; pero lo que él y todos los demás pensadores —a pesar de diversas tentativas intelectuales— han pasado por alto es el hecho que Zeus-Apolo representaban el lado espiritual-volitivo de la sangre nórdica-griega, al igual que la forma hetáirica de vida representa una manifestación de los grupos raciales no-nórdicos pro-asiáticos y nordafricanos. La mezcla de los mitos y valores entrañó simultáneamente la bastardización de la sangre y las *muchas* sagas del pueblo griego son la expresión figurativa de esta lucha de los distintos espíritus condicionados por la sangre.

En la forma más consciente fue luego destacado este submundo pro-asiático-africano por una figura indiscutiblemente histórica: por Pitágoras. De acuerdo con la saga había viajado por Babilonia y la India; él mismo es designado como *pelasgo* y ejerció su sabiduría de misterios especialmente en Asia Menor, donde todas las "mujeres místicas" se le unieron embelesadas. En Grecia misma no pudo hacer pie y grandes griegos como Aristóteles y Heráclito hasta se expresaron despectivamente acerca de él porque evidentemente no habían encontrado gusto en su cabalística de números. Aristóteles dice que la gloria de Pitágoras se basa en la sustracción de propiedad intelectual ajena lo que es también la opinión de Heráclito, dado que expone que Pitágoras se construyó, tomándolo de muchos escritos, "un falso arte y una polimatía". "Pero la polimatía, agrega el sabio helénico, no instruye el espíritu".[8] Así, pues, Pitágoras viajó al Occidente, al sud de Italia, edificó allí (un Rudolf Steiner más Annie Besant de la antigüedad) sus escuelas de misterios con sacerdotisas femeninas, y fue considerado en toda la periferia africana, desde donde la doctrina de "misterios" sexual-colectivista del egipcio Karpokrates le salió al encuentro apoyándolo, como el más sabio de los sabios. La igualdad de todos es proclamada una vez más por el telurismo democrático, la comunidad de los bienes y de las mujeres sentada como meta, a pesar de que todo esto había sido una vez el punto de partida del pensar mediterráneo no-nórdico, cuando Apolo se trabó en lucha con esta forma de vida que le era antagónica. No puede recalcarse suficientemente en este lugar que expresiones tales como "que el fin de la evolución humana volverá a traer las condiciones bestiales más primitivas"[9] representa un engaño grotesco, tanto más cuanto que la inteligencia de que el círculo cultural pitagórico conduce nuevamente "a los pueblos pre-helénicos y sus culturas", a veces surge como un relámpago, para volver a ser oscurecida sin esperanza por tesis tales como que el helenismo se ha "liberado" de la naturaleza quetónica (como si alguna vez hubiera estado dentro de ella).

La totalidad de la estructuración dramática de la vida del helenismo tiene lugar por consiguiente en dos planos: en uno, la evolución de la esencia transcurre en forma completamente orgánica: partiendo del simbolismo natural, coronado por los dioses de la luz y del cielo, culminando en el padre de los dioses Zeus, desde este escalón mítico-artístico al testimonio dramático artístico de estas esencias espirituales, hasta la doctrina de las ideas de Platón, es decir, a la concepción filosófica de lo ya creado míticamente. Toda esta evolución se encuentra en constante lucha con otros sistemas míticos y luego también racionales ligados a otra sangre, que en parte son infundidos ennoblecidos al helenismo, pero que en el resultado final se levantan en todos los lados de los pantanos del Nilo de las aguas del Asia Menor, de los desiertos de Libia y junto con la figura nórdica del griego corrompen, falsean, destruyen también su ser interior.

Esto último, sin embargo, *no* significa una evolución o una descarga respectivamente de tensiones naturales dentro de un todo orgánico, sino la lucha dramática de almas raciales enemigas, cuyos espectadores conmovidos somos nosotros aún hoy si seguimos de cerca la victoria y el hundimiento del helenismo con la mente alerta; de qué lado estamos, eso nos lo dice la sangre; únicamente eruditos exangües pueden exigir aquí "igualdad de derechos de dos grandes principios".

Con eterna tristeza observarnos que como fenómeno concomitante de la decadencia anímico-racial el griego de Homero, que antaño subió a la escena de la historia mundial con las orgullosas palabras del poeta:

Ser siempre el primero y adelantarse a los demás,

se desgasta en la lucha contra lo extraño, contra la propia corrupción: cómo el gran Theognis se lamenta de que el *dinero* mezcla la sangre de los nobles con los innobles, y que de este modo la raza, que es cuidada severamente en los asnos y los caballos, es mancillada en los seres humanos. Cómo en el *Gorgias,* Platón hace proclamar a Kallikles inútilmente el evangelio más sabio: "La ley de la naturaleza quiere que el más importante domine sobre el inferior." Por cierto distinta es "*nuestra* (ateniense) ley", según la cual los más capaces y vigorosos sor atrapados jóvenes como leones, a fin de descaminarlos mediante los "cánticos de encantamiento y las charlatanerías" de los sermones de la igualdad. Pero si uno se volviera a levantar, aplastaría todos estos falsos hechizos y se alzaría radiante como el "derecho de la naturaleza". Pero fue en vano este anhelo por un heroico ser humano de raza: el dinero, y con él el subhombre, había triunfado ya sobre la sangre; sin rumbo comienza el heleno a dedicarse al comercio, la política y la filosofía; se retracta hoy de lo que ayer ensalzara; el hijo olvida el respeto frente al padre; los esclavos de todas las partes del mundo claman por libertad, la igualdad de mujeres y hombres es proclamada; es más, bajo el signo de esta democracia empujan —como Platón observa sarcásticamente— los asnos y los caballos a los seres

[8]-Y aun cuando Pitágoras no hubiera sido un pro-asiático pleno, fue, por cierto, esencialmente un mestizo interesante de distintos valores. Sus alocuciones comenzaban con la afirmación que no toleraría concepciones opuestas a las suyas (véase la similitud con el Pablo fanáticamente intolerante), y por consiguiente es del todo significativo que le asigna a *Homero* los más terribles castigos en los infiernos. Esto se realizó bajo el pretexto de que Homero no habría respetado suficientemente a la divinidad, pero en realidad porque el plasmador espiritual del helenismo fue demasiado genuino y grande, y por consiguiente fue sentido como un reproche viviente. En toda época ha habido casos semejantes [véase Heine-Börne contra Goethe]

[9] Bachofen, *Mutterrech*. [*Matriarcado*, N. del T.]

humanos que no quieren cederles el paso. Las guerras merman los linajes, se producen siempre nuevas admisiones de ciudadanos. “Por escasez de hombres” seres totalmente extraños se transforman en “atenienses”, como más tarde los judíos del Este, en ciudadanos “alemanes”. Y lamentándose, dice Isócrates después de la expedición egipcia (458) que las familias de las casas más grandes que habían sobrevivido las guerras persas, están extinguidas: “Pero no debe ser reputada como feliz *aquella* ciudad que desde todos los extremos acumula al azar muchos ciudadanos, sino aquella que mejor preserva la raza de los afincados desde los comienzos”. Y así es inevitable que un Jakob Burckhardt constate apesadumbrado: “desde la penetración de la democracia existe en su interior (de los griegos) la constante persecución contra todos aquellos individuos que *pueden* significar algo...! Además, la oposición inexorable al talento...” [10] Esta democracia, sin embargo, *no* es dominio del pueblo, sino dominio del Asia Anterior sobre los troncos griegos que dispersan sus seres humanos y sus fuerzas; en todas partes la escoria humana desenfrenada domina sobre los hoplitas debilitados, no fortalecidos por un campesinado emparentado racialmente. Demagogos inescrupulosos azuzan a las masas contra los romanos, para denunciarse más tarde mutuamente ante éstos. Pero al producirse su avance, comenzó una huída en masa desde las ciudades amenazadas, una miserable rendición a los venideros dominadores del mundo, con el posterior dicho: “Si no nos hubiéramos rendido tan rápidamente, no hubiera habido salvación para nosotros”. En la idea desvariada de “volver a reconstruir” el país, comenzó la democracia caótica con amnistías, condonación de deudas, parcelamiento de tierras, y sólo quedó sumida en un estado mayor de abandono que antes. En cruentas luchas económicas se consumieron las ciudades o terminaron por quedar desiertas y vacías por la emigración de los helenos hacia todas las partes del mundo de entonces: abono cultural para pueblos rudos, unido a la descomposición del carácter y al aniquilamiento físico. Allí donde antes se alzaban ciudades florecientes, en las cuales los griegos libres habían luchado en el estadio y sus templos fulgurantes habían dado testimonio del espíritu creador, peregrinos de tiempos posteriores encontraron ruinas desiertas, tierras despobladas, columnas derrumbadas, y únicamente los zócalos vacíos hablaban aún de estatuas de héroes y de dioses que antaño se habían alzado sobre ellos.

En tiempos de Plutarco probablemente apenas hubiera sido posible aún, reunir a 3000 hoplitas, y Dio Chrysostomos observa que el tipo de los antiguos griegos había devenido una apancion sumamente rara: ¿No es que el Peneios corre a través de una Tesalia solitaria y el Ladon a través de una Arcadia asolada?...¿Qué ciudades son ahora más desiertas que Crotona, Metaponto y Tarento? Así estaban desoladas Hysiä, Tirinto, Asine, Orneä; el templo de Zeus en Nemea estaba derrumbado, hasta el puerto de Nauplia despoblado; de la Lacedemonia “la de las cien ciudades” habían quedado treinta aldeas; en territorio mesénico Pausanias registra los escombros de Dorion y Andania; de Pylos quedaban solamente ruinas, de Letrinoi aún algunas viviendas; la “gran ciudad” (megalópolis) en la Arcadia era ya sólo una “gran soledad”; de Mantinea, Orchomenes, Heröa, Mänalos, Kynätha, etc., se contaban únicamente pobres vestigios; Lykosura sólo había conservado la muralla de la ciudad, de Oresthasion se alzaban ya únicamente las columnas del templo al cielo, la Acrópolis de Asea estaba destruida quedando sólo restos de paredes... Demolidas estaban Daphnus, Augeia, Kalliaros, ensalzadas antaño por Homero; Oleanus había sido desmantelada, las joyas de la Hélade, Kalydon y Pleuron, hundidas en la nada, y Delos estaba tan devastada que, cuando Atenas envió, una guardia para el templo situado allí, ésta constituía toda la población...

Y a pesar de ello: también en su hundimiento el hombre griego había frenado el avance del Asia, había dispersado en todo el mundo sus brillantes dones, que ya en los romanos nórdicos ayudaron a crear una nueva cultura, y más tarde llegaron a constituir para el Poniente germánico el relato de maravillas más lleno de vida. Apolo se denomina, por tanto, la primera gran victoria de la Europa nórdica, a pesar del sacrificio de los griegos, porque detrás de ellos, de nuevas profundidades hiperbóricas, crecieron portadores de los mismos valores de libertad anímico-espiritual, de plasmación orgánica de la vida, de fuerza de creación investigadora. Roma ahuyentó luego por mucho tiempo con su espada el aquelarre pro-asiático vigorizado, impuso con más brusquedad y más conscientemente que la Hélade el principio paternal apolíneo, afirmó on

[10] *Griechische Kulturgeschichte*, t. 4, p. 503.

esto la idea estatal en sí y el matrimonio como precondición del pueblo y de la protección racial. Hasta que la Germania llegó a ser bajo nueva forma la representante del Dios celestial.[11]

3.

En lo esencial el mismo acontecer que en la Hélade, pero más grandioso en cuanto a sus dimensiones territoriales y su estructuración política de poder, muestra la historia de Roma. También Roma es la fundación de una ola de pueblos nórdicos que mucho tiempo antes de los germanos y galos se vertió al fecundo valle al sud de los Alpes, quebró el dominio de los etruscos, este pueblo extraño “misterioso” (pro-asiático), presumiblemente se unió en matrimonio con troncos de la raza mediterránea aborigen, aún pura, generando un carácter preponderamente nórdico de la mayor firmeza y tenacidad, en el que se aparearon señorío, campesinado y heroicidad con mente inteligente y energía férrea. *La vieja* Roma, de la cual la historia no sabe contar mucho, devino, a través de la cría y de un carácter definido, en la lucha contra la totalidad del orientalismo, un Estado genuinamente nacional (*völkisch*). En esta época “prehistórica” en cierto modo, fueron premoldeadas aquellas cabezas, acumulada aquella fuerza de la que se nutrieron pródigamente siglos posteriores, cuando los romanos se vieron envueltos en conflictos mundiales. Los 300 linajes nobles dominantes suministraban los 300 senadores, de entre ellos se nombraban los Jefes de las provincias y los conductores del ejército. Rodeada de razas de navegantes del Asia Anterior, Roma se vio obligada a usar cada vez con mayor frecuencia la corta espada de su autoconservación. La destrucción de Cartago fue desde el punto de vista de la historia de las razas una acción extraordinariamente importante: mediante ella también la posterior cultura centro y oeste europea fue preservada de las emanaciones de este foco pestilento fenicio. La historia mundial quizás hubiera tomado otro curso si al igual que la demolición de Cartago también hubiera sido lograda en forma completa la destrucción de todas las demás centrales sirias y pro-asiáticas semítico-judías. La acción de Tito llegó demasiado tarde: el parásito ya no se encontraba en Jerusalén, sino que había extendido sus más fuertes tentáculos succionadores desde Egipto y “la Hélade” contra Roma. ¡Y ya actuaba también *dentro* de Roma! Todos los que estaban poseídos de ambición y ansia de enriquecimiento se marcharon a la ciudad capital junto al Tíber y se esforzaron, mediante promesas y dádivas, por determinar en sus decisiones al pueblo “soberano” autocrático. Del plebiscito antes justificado de caracteres de idéntica orientación, unidos a la tierra, se originó por la inmigración de raza extraña un montón de seres humanos desmoralizados y encanallados como amenaza permanente del Estado. Como una roca solitaria en este oleaje cada vez más cenagoso se alzó más tarde a modo de símbolo el gran Catón. Como pretor de Cerdaña, como cónsul de España, luego como censor en Roma, luchó contra el soborno, la usura y el despilfarro. A semejanza del otro Catón, que después de una lucha infructuosa contra la descomposición del Estado se arrojó sobre su espada. Romano-antigua se denominó esta acción. Es cierto. Pero lo romano-antiguo es idéntico, en su esencia, a lo nórdico. Cuando más tarde los germanos se prestaron a dedicar sus servicios a los emperadores débiles, depravados, rodeados de bastardos impuros, vivía en ellos el mismo espíritu del honor y de la fidelidad que en el antiguo romano. El emperador Vitelio, un cobarde sin igual, fue capturado por sus adversarios en un escondite, arrastrado con una soga a través del Foro y estrangulado, pero su guardia personal germánica no se rindió. Aunque estaba desligada de su juramento, se dejó, sin embargo, matar hasta el último hombre. Esto era espíritu nórdico en Catón, en los germanos. Lo vimos nuevamente en 1914 en Flandes, junto a Coronel y durante Muchos años en todo el mundo.

A mediados del siglo 5º se había realizado el primer paso en dirección al caos: el matrimonio mezcla entre patricios y plebeyos fue permitido. El matrimonio de mezcla racial fue así, lo mismo en Roma que en Persia y en la Hélade, un impulso para el hundimiento nacional y estatal. En el año 336 ya ingresan los

---

[11] Léase nuevamente desde este punto de vista la maravillosa obra de Rohde, *Psyche.* Mientras que Rohde recién completamente al final, en vista del caótico helenismo tardío, habla de “alucinaciones provenientes de todos los rincones del mundo”, del “foráneo... abuso de la nigromancia”, del “tumulto de ídolos foráneos y potencias demoníacas que fluctúan en regiones bajas”, toda su obra exige directamente una investigación respecto a cómo estas fuerzas primitivas pre-griegas, ya mucho antes presentes, habían recibido distinta interpretación, fueron apropiadas o superadas. Hoy seguramente no omitiría declarar que el Pitón enterrado “bajo la piedra umbilical de la diosa de la tierra” era el “demonio quetónico”, el antiquísimo dios del Asia Anterior, cuyas funciones tomó en traspaso Apolo, en cuanto no lo pudo vencer. Igualmente Erecteo “que viviente moraba en el templo” es una figura anímico-racial foránea. Constituye una prueba de desprejuiciamiento genial de Rohde su constatación algo acongojada de que en “la penetración cada vez más profunda de una aprehensión temerosa ante potencias espirituales de acción invisible en todas partes, superstición que la época de Homero no conoció”, habría consistido la fuerza del oráculo posterior. También el entremezclamiento del culto griego de los héroes con los dioses quetónicos le hubiera parecido hoy a Rohde una lucha dramática o un compromiso respectivamente de dos almas raciales distintas. Toda su obra es, por consiguiente, una confirmación de la concepción del mundo anímico-racial como nace hoy. Léase también desde este punto de vista *La cité antique,* de Fustel de Coulanges. Ante todo, empero, la imperecedera *Griechische Kulturgeschichte* de Burckhardt, cuyos datos reciben recién hoy, mediante la separación anímico-racial, su verdadera interpretación e importancia.

primeros plebeyos a la asamblea comunal romana; alrededor del año 300 ya se sabe informar acerca de sacerdotes plebeyos. En 287 la asamblea popular plebeya hasta llega a constituir una institución estatal. Mercaderes y financieros adelantan sus criaturas, sacerdotes renegados ambiciosos como los Gracos ceden a las inclinaciones democráticas, quizás también impulsados por una benevolencia magnánima pero mal aplicada, otros se ponen ostensiblemente a la cabeza de la gentuza de la comuna romana, como Publius Clodius.

En estos tiempos de caos emergían ya sólo unos pocos: el gran Sila, de ojos azules, la cabeza puramente nórdica de Augusto. Pero ya no pudieron detener el destino. Y así sucede que el dominio sobre la marca de pueblos romana —yesto significa dominio sobre un imperio gigantesco—llega a ser un juguete de la cruel casualidad, según quién impere sobre los pretorianos o en el momento encabece una multitud hambrienta: se levanta una vez un gran hombre, otra vez un cruel tirano sanguinario. Las fuerzas raciales anteriormente poderosas de Roma se han agotado casi por completo en el transcurso de 400 años de democracia corruptora de razas. Los soberanos provienen ahora de las provincias. Trajano es el primer español vestido de púrpura, Adriano el segundo. Se origina el cesarismo por adopción, a modo de una última tentativa de salvación, surgida de la intuición que ya uno no puede fiarse de la sangre y que únicamente la selección personal es capaz de asegurar la supervivencia del Estado. Marco Aurelio, también un español, ya está debilitado por el cristianismo en sus valores: proclama abiertamente la protección de los esclavos, la emancipación de la mujer, la ayuda a los pobres, ayuda provisional a los que no se ganan la subsistencia, como diríamos hoy [Nótese que el autor alude a los elementos racialmente residuales a los que halagaba la democracia de la “Roma” bastarda y, que, por cierto, eran impotentes para hallar en el trabajo su realización plena. N. del E.], como principios básicos del Estado, quita su derecho a la única fuerza aún formadora de tipos, la más fuerte tradición de la Roma republicana, el dominio del pater familias. Luego sigue Séptimo Severo, un africano. “Haced ricos a los soldados, despreciad a todos los demás”, reza su consejo a sus hijos Caracalla y Geta. Influenciado por su madre siria (hija de un sacerdote de Baal en Asia Menor), el repugnante bastardo sobre el trono de los césares, Caracalla, declara a todos los habitantes “libres” del territorio romano como ciudadanos (212).

Esto fue el fin del mundo romano. Macrinus asesina luego a Caracalla y llega a ser él mismo César. Después de haber sido asesinado también él, le sigue el monstruo Heliogábalo, el sobrino del africano Severo. De por medio aparecen el semi-germano Maximus “Thrax”, y Philippus “Arabs”, un semita. En los asientos de los senadores se arrellanan casi únicamente no romanos. La “cultura” de esta época la transmiten Marcial, un español, los griegos Plutarco, Estrabón, Dio Cassio, etc. También Apólodoro, que construyó el foro, fue un griego...

Entre los posteriores, Aureliano es un ilirio nacido en Belgrado, Diocleciano igualmente el hijo de un esclavo ilírico (quizás de ascendencia semi-germánica), un César rival, Constancio Chlorus, también es oriundo de Iliria, pero de procedencia más elevada. Después de su muerte, un poderoso es proclamado Augusto por las Legiones: Constantino, el hijo de Constancio Chlorus y de una moza de taberna de Bitinia. Este Constantino venció a todos los competidores. Con esto termina la historia de la Roma cesárea y comienza la de la papal y la germánica.

En esta diversidad confusa se mezcla lo romano, lo asiático-menor, lo sirio, lo africano, lo griego. Los dioses y los usos de todos los países se mostraban en el venerable Foro, el sacerdote de Mitra sacrificaba allí sus toros, a Helio lo adoraban postreros griegos. Astrólogos y hechiceros orientales pregonaban sus milagros, el “César” Heliogábalo enganchó seis caballos blancos delante de un enorme aerolito y lo hizo conducir como símbolo del Baal de Emesa por las calles de Roma. Él mismo bailaba a la cabeza del cortejo. Detrás de él eran arrastrados los viejos dioses y el “pueblo” de Roma daba gritos de júbilo. Los senadores se inclinaban, Cantantes callejeros, barberos y mozos de cuadra llegaban a ser senadores y cónsules. Hasta que también Heliogábalo fue estrangulado y arrojado al Tíber, aquel último lugar de descanso de tantos miles durante más de dos mil años.

Esta interpretación del pasado romano hubiera debido imponerse también sin necesidad de las recientes investigaciones histórico-raciales, especialmente en el estudio de prescripciones estatales y jurídicas de costumbres, y mitos romanos antiguos, pues en *todos los* terrenos vemos valores antiquísimos, estrechamente ligados al África y Asia Anterior, transformados poco a poco o repentinamente, conservando el mismo nombre, en su contrario. Así nuestros historiógrafos de escuela “constataron” —lo hacen aún hoy—que en el norte y el centro de Italia habitaron etruscos, sabinos, oskeros, sabelios, áqueros, samnitas, en el sud fenicios, síkulos, pueblos pro-asiáticos, colonos y comerciantes griegos. Y repentinamente, no se sabe cómo y por qué, se origina una lucha contra una parte de estos troncos y pueblos, contra sus dioses y diosas, contra sus conceptos de derecho, contra sus pretensiones de poder político, sin que se mencione un *nuevo portador* de esta lucha, o si se le menciona no se pregunta por su naturaleza. Aquí el mundo erudito salió del paso con la famosa “evolución de la humanidad”, la que con el fin del “ennoblecimiento” presuntamente habría intervenido, y los acopiadores de realidades estaban concordes en este punto con sus adversarios, los románticos intérpretes de mitos, a pesar de que los etruscos seguramente poseían una

"cultura superior" a los campesinos latinos. Pero como este concepto de la repentina "evolución" milagrosa hacia una espiritualidad más alta, hacia formas estatales más elevadas, etc., con el tiempo se hizo sospechoso, nuevos intérpretes de la historia inventaron la así llamada doctrina de los círculos culturales. Una fórmula nueva igualmente tan carente de contenido como la "evolución general" que sólo puede ser hallada en el cerebro del erudito o del sacerdote como su fe privada, porque sucede que igualmente no se habló en absoluto de *los creadores* de estos círculos culturales, así como no se habló de ellos en las obras de los Papas de la Evolución del siglo 19. Tal círculo cultural indio, persa, chino o romano bajaba un buen día sobre un territorio y provocaba gracias a este contacto milagroso una completa modificación de los mismos seres humanos que antes, no tocados por él, observaban ciertas costumbres. Y luego nos enteramos del crecimiento, florecimiento y perecer "vegetativo" de este círculo mágico, hasta que los maestros de la "morfología de la historia", a raíz de violentas críticas, murmuraron al final del segundo o tercer tomo algo sobre sangre e interconexiones sanguíneas.

También este nuevo encantamiento intelectualista comienza ahora a esfumarse. El "círculo cultural romano", la "nueva evolución" no se origina de las creaciones de la sangre etrusco-fenicia aborigen, sino contra esta sangre y sus valores. Los portadores son columnas de inmigrantes nórdicos y la nobleza guerrera nórdica, que sobre suelo italiano comienza a despejarlo de los ligures, la primitiva raza negroide (oriunda de África) y de los etruscos pro-asiáticos (expulsión del último rey etrusco Tarquino el Soberbio) y, por cierto, debe rendir más de un tributo a este entorno, pero exalta su ser más íntimo en la lucha más encarnizada y lo hace prevalecer más desconsideradamente que el pueblo de los helenos, cuya creatividad era de tendencia más artística; muchas de estas obras siguieron siendo un bien común europeo, pero las oleadas del caos de los pueblos, que más tarde volvieron a encresparse fuertemente, llevaron mucho de lo corrupto y extraño hacia Europa.

Los etruscos, ligures, sikulos, fenicios (púnicos) no fueron, por consiguiente, un "escalón anterior de la evolución", no fueron "troncos del pueblo romano", que aportaron cada cual lo suyo a la "cultura general", sino que los plasmadores del Estado romano se les oponían a todos como enemigos racial-populares (*rassisch-völkisch*), los dominaron, los exterminaron parcialmente y únicamente el espíritu, la voluntad y los valores que aquí se pusieron de manifiesto en esta *lucha,* merecieron ser llamados romanos. Los etruscos ofrecen un ejemplo típico del hecho de que para ellos la forma de vida y religión griega no constituía ningún progreso, ningún ennoblecimiento posible. Al igual que los demás pro-asiáticos, habían encontrado antaño mitos atlántido-nórdicos, que ciertamente fueron cubiertos también por la cultura griega, imitaron lo mejor que pudieron la plástica y el dibujo griegos, se apropiaron también del Olimpo helénico, y a pesar de ello todo esto ha sido degenerado, transformado en su contrario. Razón suficiente para que ciertos "investigadores" desvaríen aun hoy sobre la "enorme herencia espiritual", el "fundamento del crecimiento", la "consagración histórica mundial" del "destino trágico" de los etruscos, [12] evidentemente debido a aquella simpatía interior que hoy vincula la ascendente humanidad del asfalto de las metrópolis con todos los productos de desecho del asiatismo de un modo muy significativo.

Y, sin embargo, la saga y los monumentos funerarios de los etruscos ofrecen suficientes puntos de partida como para hacer comprensible por qué el sano y fuerte pueblo campesino romano se lanzó a una lucha desesperada contra el etrusquismo. Dos tipos son los que caracterizaban la naturaleza túsquica: la hetaira divina y el sacerdote con poderes de hechicero, quien mediante espantosos ritos sabe conjurar los horrores de los infiernos. "La Gran Ramera de Babilonia", de la que habla el Apocalipsis, no es una leyenda, una abstracción, sino una realidad histórica atestiguada centenares de veces: el hetairismo reinando sobre los pueblos del Asia Anterior y Central. En todos los centros de estos grupos raciales estaba entronizada en los máximos días festivos la hetaira estatal como personificación de la sensualidad que nivela a todos y de la voluptuosidad dominante del mundo, en la Fenicia al servicio de la Cibele y Astarte, en Egipto en honor de la gran Rufiana Isís, en la Frigia como sacerdotisa de un colectivismo sexual absolutamente desenfrenado. A la soberana sacerdotisa del amor se juntaba, cubierto con vestimentas libias transparentes, su amante. Ambos se untan con exquisitos ungüentos, se adornan con brazaletes preciosos, para luego realizar ante todo el pueblo (como también Absalón con las concubinas de David, 2º Sam. 16,22) la cópula. El ejemplo fue seguido por el pueblo en Babilonia, entre los asirios, en Libia, en la Roma etrusca, donde la sacerdotisa-diosa Tanaquil lleva a su punto culminante el desarrollo del hetairismo, en la mejor colaboración con los "sacerdotes" de los etruscos. [13] Si bien anteriormente se "interpretaban" las inscripciones

---

[12] P. ej. Hans Mühlestein: *Die Geburt des Abendlandes.* [*El Nacimiento de Occidente*, N. del T.] Berlín, 1928.

[13] El sumamente cauteloso investigador de Etruria, Karl Otfried Müller, quien en la primera mitad del siglo 19 naturalmente aún no podía abarcar en su conjunto todo el problema racial como nosotros actualmente, escribe en su gran obra *Die Etrusker* (re-editada por Dr. W. Deecke, Stuttgart, 1877) sobre las fiestas de Dionisio evidentemente emparentadas al carácter etrusco, que por de pronto solamente fueron iniciadas las mujeres; recién mucho después, en Roma hacia 550 de la ciudad, también se iniciaron hombres, y los *sacerdotes* etruscos habrían luego "*organizado aquellas orgías repugnantes en las cuales la psique narcotizada por música frigia de címbalos y bombos, enardecida de placer báquico y apetito desenfrenado, cometía todos los horrores, hasta que el Senado romano (568)... abolió con sana severidad todos las bacanales*". [Tomo II, p. 78]

túsquicas en sepulturas, vendajes de momias, rollos, etc., recién Albert Grünwedel logró descifrar realmente esta escritura, [14], y ello con resultados que muestran al etrusquismo en una luz espantosa. El mito solar griego también es incorporado aquí; que el sol muere, pero que luego el dios solar emerge de la noche oscura con fuerza duplicada y pasa luminoso por encima de nosotros, esto es también un motivo etrusco. Pero bajo las manos de los sacerdotes túsquicos ello se transforma en una magia asiática, brujería, unida a pederastia, autocópula, asesinato de niños varones, apropiación mágica de la fuerza del asesinado por parte del sacerdote-asesino y vaticinios leídos de las heces y de la pirámide visceral del sacrificado.

La virilidad del sol realiza con el falo mágico una auto-cópula en el disco solar (esto es el "punto" egipcio en el sol) al que finalmente atraviesa. De ello resulta un niño dorado, el "feto de un niño que tiene la abertura" un "esquena mágico"; esto es el llamado "sello de la eternidad". El ímpetu del falo mágico es conceptuado como un toro que procede tan brutalmente que el disco solar brama y "el portador del falo de la cornamenta" se transforma en fuego, "el falo de aquél que tiene el cielo". En perpetuas y siempre iguales obscenidades el mito solar es denigrado aquí a asquerosos amores ilícitos entre hombres, que se prolonga en los dibujos murales de las Sepulturas (sepultura de Golini), donde el difunto festeja su ágape con su niño amante en el más allá y donde de un fuego de sacrificio brotan dos falos gigantescos como resultado de un acto satánico de hechicería. Esto es, según la inscripción, "el rayo del perfeccionamiento, persona de una matriz falo, que tiene vapores de putrefacción y de este modo ha llegado a la perfección". Esto quiere decir, traducido del idioma mágico, que la criatura nacida de la mujer, divinizada después de su putrefacción, deviene un falo. De la inscripción del Cipo de Perugia resulta una reunión de sacerdotes satánicos, que "perfeccionan" una aparición, "para arder en obsesión", "él, que tiene a este niño, que tiene el cuchillo demoníaco. Eterno es el fuego del niño... una persona mágica del sello cumplido". Y el niño asesinado se transforma ahora en un "cabrito". El trueno personificado es luego una variante del hijo obtenido por violación, del cabrito perfecto. "Aquí está el origen del fantasma cornudo por un lado, del diablo con cabeza de cabrón por el otro, cuya aparición en la literatura sobre brujería y hasta en las sagas populares, era hasta ahora completamente enigmática. Los tipos antiguos son el Minotauro (así especialmente encima de la conocida sepultura de Corneto: *tomba del tori*) y el tipo del sátiro griego, que resultó bueno para ilustrar un crimen que clama al cielo" (*Grünwedel*). El sentido de todos los usos, que siempre se repiten, del pueblo "religioso" de los etruscos es que el niño amante, abusado vergonzosamente, hendido, ha de "simbolizar" el nacimiento del nuevo día solar a partir del huevo, que ha recibido su fantasma a través del esperma (que es recogido en vasijas); así se origina un toro fantasma, erectivo, ardiente como el sol y realiza cada vez de nuevo la auto-cópula demoníaca. Durante la realización de este ritual presuntamente la fuerza del torturado pasa al sacerdote, el representante de los "elegidos" (Rasna, Rasena), como los etruscos gustaban llamarse a semejanza de los judíos, que luego hace ascender al cielo el vaho de las vísceras. A ello se agrega el empleo "mágico" de excrementos, nuevamente en escarnio del mito solar griego: el querubín mágico se transforma en la mayor potencia cuando echa de sí seis rollos de oro (heces), produciendo el rubor del cielo.

Un elegido puede llegar a serlo mediante el suministro de su pirámide visceral, de lo que informan suficientemente espejos etruscos en los cuales brujas tratan de inducir por dinero a jóvenes a esta entrega, para ascender luego en llamas al cielo, un nuevo testimonio de la patria primigenia de la brujería y del satanismo en suelo europeo. Comprendemos que un investigador como Grünwedel (que encuentra aquí el más estrecho parentesco con los Tantras tibetanos del lamaísmo) [15] declare: "Una nación que es capaz de pintar cuadros murales encima de las puertas de entrada de tumbas como las dos escenas en la *Tomba dei tori,* que se permite escribir y pintar en las sepulturas tales inmundicias como en el sepulcro Golini I, cubrir sarcófagos con las más repugnantes representaciones —recuerdo solamente los sarcófagos de Chinsi— poner en las manos de representaciones de difuntos un texto como el llamado Rollo de Pulena y cubrir artículos de tocador con las vilezas más horripilantes, ofrece de esta manera la infamia más indigna del hombre como bien hereditario nacional, como convicción religiosa.

Es necesario formarse de una vez una idea clara sobre esta naturaleza del etrusquismo para poder, por fin enfocar firmemente el hecho de que a los latinos, nórdicos, *los genuinos* romanos, les ha ocurrido lo mismo que más tarde a los germanos nórdicos, y antes aún, a los helenos nórdicos. Como pueblo numéricamente pequeño sostuvieron una lucha desesperada contra el hetairismo mediante la más enérgica acentuación del patriarcado, de la familia; ennoblecen a la gran ramera Tanaquil transformándola en una madre fielmente preocupada y la representan como guardiana de la familia con rueca y hueso. A la hechicería mágica de un sacerdocio brutal oponen su dura ley romana, su magnífico Senado romano. Y con la espada limpian a Italia de etruscos (en lo que se destacó especialmente el gran Sila) y de cartagineses a quienes éstos siempre llamaban. Pese a todo, la mayoría, la tradición y la usual unidad internacional de toda la truhanería y la charlatanería penetró cada vez más en la honorable vida romana antigua, cuanto más esta se vio obligado, a fin de asegurar sus valores, a echar mano del lado de pueblos del Mar Mediteráneo. Especialmente al arúspice y los augures no pudo vencer Roma, hasta Sila mismo estaba acompañado de

---

[14] *Tusca*, Leipzig, 1922.

[15] Véase su otra gran obra: Die Teufel des Avesta. [Los Diablos del Avesta, N. del T.]

un arúspice, Postumio, y Julio César más tarde del arúspice Spurinna. Una sospecha de estos hechos hoy bien afirmados —y por lo tanto, silenciados por nuestros "etruscos" cosmopolitas— ya la tuvo Burckhardt. Escribe en su *Griechische Kulturgeschichte* [16]:

"Pero si luego en Roma, al desencadenarse todas las pasiones hacia el fin de la República, el sacrificio humano vuelve a aparecer bajo la forma más horrenda, si sobre las vísceras de niños degollados se prestan juramentos y cosas por el estilo, como en Catilina y Vatinus (Cicerón, en Vatin. 6), es de esperar que esto ya no tenga nada que ver con la religión griega, y tampoco con el presunto pitagorismo del Vatinus. Pero las luchas romanas de gladiadores, contra las cuales Grecia conservó una permanente repugnancia, habían venido de la *Etruria,* al principio como festejo fúnebre para difuntos distinguidos. "Aquí está involucrada claramente la cognición de que también el sacrificio humano era un bien hereditario "religioso" túsquico. [17] El sacerdote etrusco Volgatius, quien en ocasión de los funerales de César anunció en éxtasis el último siglo del etrusquismo, era solamente uno de los muchos que dominaban la vida romana y sacaban provecho de las penurias del pueblo en favor del espíritu del Asia Anterior. Cuando Aníbal se hallaba ante las puertas de Roma, estos arúspices declararon que una victoria sería solamente posible mediante la reimplantación del culto de la "Gran Madre". Esta fue efectivamente traída del Asia Menor y el Senado tuvo que avenirse a salirle al encuentro a pie hasta el mar. De este modo un nuevo sacerdocio asiático-menor hizo su entrada con la "Gran Ramera" de los pelasgos o la "hermosa, querida ramera" de Nínive (Nahum 3,4) a la "ciudad eterna" y estableció domicilio sobre el venerable Palatino, el asiento del pensamiento creador de cultura de la antigua Roma. Siguieron las usuales procesiones "religiosas" pro-asiáticas, pero los licenciosos debieron más tarde limitarse a los sectores situados detrás de los muros del templo, a fin de sustraerse a la indignación de la parte mejor del pueblo. El arúspice venció, el Papa romano se alzó como su inmediato sucesor, mientras que el predominio del templo, el Colegio de los cardenales, representa una mezcla del sacerdocio de los etrusco-sirio-proasiáticos y de los judíos con el Senado nórdico de Roma. A este arúspice etrusco se remite luego también "nuestra" concepción medieval del mundo, aquella espantosa creencia desvariada en brujas, por la que fueron sacrificados millones en Occidente, la que tampoco de ninguna manera se ha extinguido con el "*Hexenhammer*", [Designación alemana de la obra *Malleus maleficarum* escrita por Krämer y Sprenger en 1489 para instrucción de los jueces. N. del T.] sino que sigue viviendo alegremente en la literatura eclesiástica actual dispuesta en cualquier momento a irrumpir abiertamente; aquella fantasmagoría que no raras veces desfigura las catedrales nórdico-góticas, yendo mucho más allá de una representación grotesca natural. También en *Dante,* plasmada grandiosamente, revive la antigüedad bastardeada por el espíritu etrusco [18]: el Infierno con el barquero infernal, el pantano infernal Estigia, las Erinnias y Furias sanguinarias pelásguicas, el Minotauro cretense, los Demonios de la más repugnante figura de aves, que atormentan a los suicidas, el ser horroroso en forma de anfibio, Geryon. Ahí corren los condenados en el desierto candente bajo la lluvia de copos de fuego, los malhechores se transforman en broza arbórea que engullen las harpías y cada vez que son quebradas las ramas mana de ellas sangre y eterno lamento, perras negras persiguen a la carrera a los condenados y los despedazan, ocasionándoles tormentos espantosos; labios cornudos azotan a los defraudadores, y las rameras son hundidas en excrementos hediondos. Aprisionados en estrechas gargantas languidecen los Papas simonísticos mismos, sus pies en rotación están expuestos a llamas dolorosas, y alto eleva Dante el clamor contra el Papado decadente, la Ramera babilónica.

Que todas estas imágenes de los Infiernos son etruscas los muestran ante todo los dibujos sepulcrales de los tuscos. Al igual que en la Edad Media en el mundo de la superficie "cristianizado", se ve aquí como representación de la eternidad a seres humanos colgados de las manos torturados con antorchas encendidas y otros instrumentos de martirio. Las asesinas Furias de la venganza son representadas por los etruscos como "en su totalidad feas, con rasgos fisonómicos animales o negroides, orejas puntiagudas, cabello erizado, colmillos. etc."[19] Así, una furia semejante con pico de ave tortura mediante sus víboras venenosas a Teseo (¿odio antiquísimo contra el legendario vencedor de los demonios primitivos ante Atenas?), tal como lo representa una pintura mural de la Tomba dell *Orco* en Corneto. Al lado de estas furias actúan aquellos horrendos demonios de la muerte masculinos y femeninos, con piernas como

---

[16] Tomo 2, p. 152

[17] Una de las primeras hazañas del gran vándalo Stilico como regente de Roma fue la supresión de estas crueldades asiáticas. Exactamente lo mismo ordenó más tarde el ostrogodo Teodorico, quien transformó las luchas de gladiadores en torneos de caballeros. También en detalles de esta naturaleza se separa un carácter del otro para toda la eternidad. Las corridas de toros y las riñas de gallos de los españoles y mejicanos son, por su parte testimonio de ello, mas el testimonio de un sucio caos de pueblos que ha resultado vencedor de lo germánico.

[18] Quizás pueda también incorporarse aquí la figura de Macchiavello. A pesar de que luchó contra la Iglesia y por un Estado nacional italiano, a pesar de que el negocio de la política en todas las épocas no ha sido precisamente una escuela de veracidad fundamental: un sistema de este tipo, basado únicamente en la ruindad humana y una *fundamental profesión de fe* por el mismo no ha brotado de ningún alma nórdica. Macchiavello era oriundo de la aldea Montespertoli; que, como explica su biógrafo Giuseppe Prezzolini [*La Vita de Nicolo Macchiavello,* en traducción alemana, Dresden, 1929], tuvo "carácter predominantemente etrusco".

[19] Müller-Deeeke: *Die Etrusker.* [*Los Etruscos*, N. del T.], t. II, p. 109.

serpientes, denominados Tifón y Equidna, tuertos, con cabellos como serpientes. También, por lo demás, los etruscos se detienen con amor sádico en todas las representaciones del tormento, del asesinato, del sacrificio, el degüello de seres humanos mismo era un hechizo especialmente apreciado.

Sin inventiva musical, en lo esencial enteramente carentes de poesía, incapaz de una arquitectura orgánica propia, sin esbozo alguno de una genuina filosofía, vemos a este pueblo pro-asiático dedicado con la mayor perseverancia a la observación de aves y de vísceras, al complicado ritual de hechicería y de sacrificios; a menudo técnicamente capaz, entregado casi exclusivamente al comercio, y tenaz, ha envenenado la sangre romana, transferido a las iglesias su espantoso mundo de ideas sobre los tormentos infernales en el más allá, los horribles demonios bestia-hombres han devenido permanentes medios de influenciamiento del papado y dominan el inundo de ideas de nuestra "Edad Media", envenenada por la Iglesia romana, de lo que da cuenta espantosa ya de por sí la pintura, hasta en el Altar de Isenheim, sin hablar de los viajes al Infierno de otros artistas plásticos. Recién cuando se ha comprendido todo este modo de ser extraño, cuando se ha adquirido conciencia de sus orígenes y se reúne la voluntad de resistencia para deshacerse de toda esta espantosa fantasmagoría, recién entonces habremos superado la "Edad Media". Pero con ello habremos derribado interiormente a la Iglesia romana, por siempre ligada a los tormentos de los Infiernos etruscos.

Toda la terrible mistagogia del Infierno dantesco significa, por consiguiente, la más estremecedora representación del satanismo antiguo-etrusco-proasiático, unido al Cristianismo. Sin embargo, despertó en Dante junto a este enlazamiento de un demonismo milenario, a pesar de todo, de inmediato el espíritu germánico. [20]

En el Purgatorio hace decir a Virgilio con respecto a Dante: "La *libertad* es lo que busca"; esta era una palabra que contradecía a todos los espíritus de los cuales nacieron antaño las concepciones fantasmagóricas del demonismo y la brujería, hasta que finalmente Virgilio pudo abandonar alegremente a su protegido, ya que éste había adquirido suficiente fuerza propia.

> "*Mi saber, mi palabra, no puede explicarte ya nada,*
> *libre, recto, sano, son de tu voluntad los signos:*
> *Desvarío sería no otorgarle obediencia.* "

Son éstos dos mundos, que desgarraban el corazón medieval del ser humano de condición nórdica: la idea pro-asiática, terrorífica, propulsada por la Iglesia, del cruel Infierno, y el ansia de ser "libre recto y sano". Únicamente en cuanto es libre, el germano puede ser creativo, y solamente allí donde el desvarío de la creencia en brujas no dominaba se originaron centros de cultura europea.

A esta Roma libertina bastardizada llegó el Cristianismo. Trajo consigo un concepto que en primer lugar hace comprensible su victoria. la doctrina de la pecaminosidad del mundo y unido a ello la prédica de la Gracia. Para un pueblo de carácter racial íntegro la doctrina del pecado hereditario habría sido incomprensible, pues en tal nación vive la segura confianza en sí misma y en su voluntad sentida como destino. Los héroes de Homero conocen el "pecado" tan poco como los antiguos indios y los germanos de Tácito y de la saga de Teodorico. En cambio, el permanente sentimiento de pecado es un fenómeno concomitante del bastardizaje físico. La ignominia racial genera caracteres polifacéticos, falta de orientación del pensar y del actuar, inseguridad interior, la sensación como si toda esta existencia fuera la "paga del pecado" y no un cometido necesario misterioso de autoplasmación. Este sentimiento de abyección llama necesariamente, empero, el ansia por una Gracia, como única esperanza de salvación de la existencia incestuosa. Fue, por tanto, lógico y natural que bajo las condiciones dadas todo lo que en Roma aun poseía carácter se defendiese contra el Cristianismo que hizo su aparición, tanto más cuanto que éste, junto a la doctrina religiosa, representaba una corriente política enteramente proletario nihilista. Las persecuciones a los cristianos descritas como exageradamente sangrientas no eran, por lo demás, como lo exponen las historias eclesiásticas, avasallamientos del modo de pensar (el Foro era libre para todos los dioses), sino supresión de una manifestación política conceptuada como peligrosa para el Estado La introducción de concilios doctrinarios, inquisición y hogueras con la finalidad de la destrucción de almas quedó reservada a la Iglesia en su forma paulina-agustiniana. La antigüedad clásico-nórdica no conoció nada semejante y el mundo germánico se ha sublevado igualmente siempre contra esta mentalidad siria.

El Cristianismo eclesiástico ha sido tomado especialmente por *Diocleciano* como centro de sus ataques. Este soberano fue, ciertamente de procedencia humilde, pero presumiblemente un mestizo

---

[20] Que Dante era de ascendencia germánica esta al presente firmemente establecido. Se llamaba *Durante Aldiger*, que es un nombre puramente germánico. El padre de Dante era bisnieto del Cacciaguida mencionada en la Comedia, quien participó en la Cruzada bajo Conrado III y fue armado caballero por el emperador mismo. Su esposa era una mujer del linaje germánico antiguo de los Aldiger. Dante durante toda su vida se había puesto del lado de la idea nórdica de la independencia del poder terrenal del gobierno del sacerdocio, es decir, se había unido a los gibelinos; tan es así que no tuvo reparos en trasladar a los Papas degenerados a los tormentos infernales, llamar a Roma misma una cloaca y, ante todo, escribió su poema en la lengua del pueblo, a la que dedicó un ensayo especial contra el latín abstracto.

germánico (de piel blanca, de ojos azules), personalmente un hombre sin mácula, que veneraba a Marco Aurelio y llevaba una vida familiar ejemplar. En todas las medidas gubernamentales Diocleciano se mostró muy cauteloso y como enemigo de toda presión innecesaria frente a los ciudadanos de su imperio, como un hombre de tolerancia religiosa que únicamente ordenó proceder contra los ventrílocuos, adivinos y hechiceros egipcios. El César Galieno había reconocido el culto cristiano (259); los edificios cristianos pudieron ser erigidos sin reparos; pero lo que perturbaba el desarrollo orgánico era en primer lugar la riña de los obispos que competían entre sí. Diocleciano dispensó a sus soldados cristianos de toda participación en los sacrificios paganos y simplemente exigía disciplina política y militar. Pero, precisamente en este terreno, fue desafiado por los dirigentes de la Iglesia africana, de modo tal que los reclutas se negaron invocando el Cristianismo a realizar su servicio. A pesar de amables exhortaciones un pacifista antiguo se rebeló, hasta que finalmente tuvo que ser ejecutado por amotinamiento. Estos síntomas amenazadores indujeron entonces a Diocleciano a exigir la participación también de todos los cristianos en las ceremonias religiosas estatales: pero los cristianos que no participaron aún no fueron perseguidos todavía por él, sino únicamente los dio de baja en el servicio militar. Esto trajo como consecuencia injurias desenfrenadas por parte de los "cristianos", cuyo desgarramiento sectario y mutuo antagonismo también amenazaba en otra forma toda la vida cívica. El Estado procedió luego finalmente con el objeto de su autoconservación, en forma similar como actualmente Alemania, si no quiere hundirse del todo, debe erradicar el movimiento pacifista. Pero también aquí Diocleciano no impuso a los renuentes la pena de muerte —tal como lo había decretado en caso de fraude comercial— sino el estado de esclavitud. La respuesta fue una revuelta y un inceno intencional en el palacio del emperador. Los desafíos de las comunas cristianas de todo el imperio que hasta ahora no habían sido molestadas y, por lo tanto, se habían vuelto prepotentes, se sucedieron uno tras otro. Las "horribles persecuciones de cristianos" del "monstruo Diocleciano" que se iniciaron a raíz de ello importaron nueve obispos instigadores a las revueltas ejecutados y en la provincia de la resistencia más violenta, Palestina, tanto como 80 condenas a muerte cumplidas. El "muy cristiano" duque de Alba, empero, hizo asesinar solamente en los pequeños Países Bajos a 100.000 herejes.

Todo esto es necesario tenerlo presente para quebrar de una vez la hipnosis de una falsificación sistemática de la historia. Así también Juliano el Apóstata quien se mantenía por completo en el punto de vista de la paridad de los cultos, aparece bajo otra luz, dado que no tenía reparos, precisamente en base a su espíritu piadoso, en luchar contra los doctrinarios de la "lugartenencia de Dios".

Por lo demás supo de qué se trataba cuando escribió: "Debido a la tontería de estos galileos nuestro Estado casi sucumbió, por la Gracia de los Dioses ahora llega la salvación. Por tanto, queremos honrar a los Dioses y a cada ciudad en la que aún hay devoción". [21] Esto estaba completamente justificado, pues apenas hubo llegado a ser el Cristianismo, por disposición de Constantino, la religión del Estado, se puso de manifiesto en forma terrible el espíritu antiguo-testamentario del odio: con referencia al Antiguo Testamento los cristianos exigieron la aplicación de las penas allí establecidas contra la idolatría. De resultas de su exigencia los templos de Júpiter en Italia (con excepción de Roma) fueron cerrados. Se comprende por consiguiente, el hondo suspiro de Juliano, pero se ve por todo esto que también en lo referente a la época del desarrollo del Cristianismo la historia debe ser escrita de nuevo y que el obispo Eusebio no representa una fuente histórica.

El Cristianismo, tal como fue introducido en Europa por la Iglesia romana, se remite como es sabido a muchas raíces cuyo examen más detenido no es el caso de efectuarlo aquí. Únicamente algunas observaciones.

"La gran personalidad de Jesucristo, cualquiera haya sido su configuración, fue cargada y fusionada inmediatamente después de su desaparición, con todo el fárrago de la vida pro-asiática, judía y africana. En el Asia Menor los romanos ejercían una disciplina severa y recolectaban inexorablemente sus impuestos; en la población oprimida se generó en consecuencia, la esperanza de un jefe de esclavos y libertador: esta era la leyenda del Chrestos. Desde el Asia Menor este mito del Chresto llegó hasta Palestina, fue tomado con vivacidad, enlazado con la idea del Mesías judío, y trasladado finalmente a la personalidad de Jesús. A él se le atribuyeron, junto a sus propias prédicas, las palabras y las doctrinas de los profetas pro-asiáticos, y eso bajo la forma de una sobrepuja paradójica de antiguas exigencias arias, como. p. ej., el sistema de los 9 mandamientos, que ya antes había sido adaptado por los judíos en sus 10 prohibiciones para ellos mismos.[22] De esta manera se ligó Galilea con toda la Siria y el Asia Anterior.

La corriente cristiana, que removía las viejas formas de vida, le pareció al fariseo Saulo muy prometedora y aprovechable. Se unió a ella con repentina decisión y, munido de un fanatismo indómito, predicó la revolución mundial internacional contra el Imperio Romano. Sus enseñanzas constituyen hasta el presente, a pesar de todas las tentativas de salvación, la base espiritual judía, en cierto modo la faz

[21] Más detalles en Theodor Birt: Charakterbilder Spätroms, [Imágenes de caracteres de la Roma postrera, N. del T.], Leipzig, 1919

[22] Erbt: Weltgeschichte auf rassischer Grundlage [Historia mundial sobre fundamento racial, N. del T.]

talmúdico-oriental de la Iglesia romana pero también de la luterana. Pablo, lo que en círculos eclesiásticos nunca será admitido, ha dado a la sofocada revuelta nacional-judía la derivación internacional, allanó aún más el camino al caos racial del Viejo Mundo y los judíos de Roma habrán sabido muy bien por qué pusieron a su disposición su sinagoga para sus discursos de propaganda. Que Pablo mismo (a pesar de ocasionales críticas de lo judío) tenía conciencia de defender con todo una causa judía, surge de algunos pasajes en demasía francos de sus cartas: “Obstinación ha venido en una parte sobre Israel, hasta que haya entrado la plenitud de los Gentiles, y luego todo Israel será salvo, ellos los elegidos y los predilectos por razón de sus padres. Los que son de Israel, de los cuales es la adopción, y la gloria, las alianzas, la legislación, los oficios divinos, las promesas, de los cuales proviene Cristo según la carne... Porque si el pagano cortado del olivo silvestre por su naturaleza, y contra la naturaleza fue injertado en el noble, cuanto más estos, a cuya naturaleza corresponde, serán injertados en su árbol originario”. [23]

Contra todo este bastardizaje, orientalización y judaización del cristianismo se alzó ya el Evangelio de San Juan, que respira un espíritu aún completamente aristocrático Hacia 150 se levanta el griego Markion, defiende de nuevo el pensamiento nórdico de un orden mundial que descansa en tensión orgánica, y grados de jerarquía. en oposición a la idea semítica de un poder divino arbitrario y su tiranía ilimitada. Por lo tanto, también desecha el “código” de un tal falso dios, es decir, el así llamado Antiguo Testamento. Algo semejante fue intentado por algunos de entre los gnósticos. Pero Roma, gracias a su descomposición racial, se había vendido irremisiblemente al África y la Siria, había ocultado la llana personalidad de Jesús y amalgamado el antiguo ideal romano del Imperio Mundial con la idea de la Iglesia Mundial a-nacional.

La lucha de los primeros siglos de la era cristiana no puede ser comprendida de otra manera que como una lucha de distintas almas raciales con el caos racial multicefálico, en la que la concepción si no-proasiática con su superstición, su creencia desvariada en la hechicería y sus “misterios” sensuales, reunió tras de sí todo lo caótico quebrado y corrompido, imprimiendo al cristianismo el carácter bífido del que aún hoy padece. De este modo una religión imbuida de servil beatitud, protegida por el uso abusivo de la gran personalidad de Jesús entró en Europa. [24] La aparición del cristianismo alimentado por muchas fuentes, muestra en forma especialmente impresionante, una relación íntima, extraña entre espiritualidad abstracta y hechicería demoníaca, sin tener en cuenta otras corrientes que además fueron absorbidas por él. La idea de la trinidad, por ejemplo, era conocida en muchos pueblos de la cuenca del Mar Mediterráneo bajo la forma de padre, madre, hijo, además por la cognición: en tres partes se divide todo” (los estados de agregación de la materia única). La madre simbolizaba la tierra que pare, el padre el principio engendrador de la luz. El lugar de la madre lo ocupó ahora el “Espíritu Santo”, en consciente apartamiento de lo puramente corporal, el *hagion pneuma* de los griegos, el Prána de los indios. Pero esta espiritualidad marcada no estaba envuelta en un tipismo racial-nacional (*rassisch–völkisch*), no estaba condicionada en forma polar por una vida *orgánica,* sino que devino una fuerza a-racial. “Aquí no hay ni judío ni griego, aquí no hay ni siervo ni hombre libre, aquí no hay ni hombre ni mujer”, así escribe Pablo a los gálatas (los últimos remanentes de una gran expedición céltica desde el valle del Danubio hasta el Asia Menor). Sobre la base de este nihilismo que reniega de todo lo orgánico, exige luego la creencia en Cristo, es decir, una inversión de todos los valores creadores de cultura del helenismo y del romanismo, que ciertamente ya estaba dada de todos modos debido a la completa descomposición de los mismos y que, gracias a la fuerte exclusividad, finalmente aglomeró alrededor de sí a los seres humanos desorientados.

Un paso más hacia la negación de todo nexo natural se produjo por la dogmatización de la partenogénesis, que como un mito solar es comprobable en todos los pueblos, desde la Oceanía hasta el norte de Europa. [25]

Pero esta espiritualidad abstracta estaba acompañada por todos los hechizos de Asia Menor-Siria-África. Los demonios que fueron exhorcizados por Jesús y entraron en las marranas, y el apaciguamiento del mar tormentoso atribuido a su orden, la “testimoniada” resurrección y ascensión después del martirio, todo esto fue, en realidad, el punto de partida “efectivo” del cristianismo y generó sin duda poderosas fuerzas de sufrimiento. No de la vida del *Soter* (del Salvador) partió por consiguiente el mundo, sino de su *muerte* y las consecuencias maravillosas de la misma, el único motivo de las epístolas paulinas. Goethe, empero, consideró precisamente la vida de Cristo como importante, no la muerte, y

---

[23] Romanos 11, 15, 9, 4; 11, 24. Esto es lo mismo que hoy enseña la secta bastardizada de los “Investigadores serios de la Biblia”.

[24] En lo que se refiere a la procedencia de Jesús, no existe, como ya lo recalcaron Chamberlain y Delitzsch, ni la menor razón perentoria para admitir que Jesús haya sido de procedencia judía, aun cuando se crió en círculos de razonamiento judíos. Algunas indicaciones interesantes, pero con todo únicamente hipotéticas, se encuentran en el Dr. E. Jung: *Die geschichtliche Persönlichkeit Jesu,* Munich, 1924 [*La personalidad histórica de Jesús*, N. del T.]. Desde un punto de vista estrictamente científico la procedencia de Jesús probablemente siempre quedará indemostrada. Debe sernos suficiente poder reconocer la probabilidad de la ascendencia no-judía. La doctrina enteramente antijudía, mística, del “reino de los cielos dentro de nosotros” refuerza esta admisión.

[25] Leo Frobenius: *Das Zeitalter des Sonnengottes.* [*La Era del Dios solar*, N. del T.]

atestiguó en esta forma el alma del Occidente germánico, el cristianismo *positivo* frente al *negativo* del dominio del sacerdocio y de la creencia desvariada en la brujería que se remiten a concepciones etrusco-asiáticas.

Como anteriormente expusiéramos, induce a error y nada dice, si nuestros eruditos explican las transformaciones de la vida griega tal como si ésta hubiera evolucionado desde los dioses quetónicos hasta la divinidad de la luz, del matriarcado al patriarcado; igualmente erróneo es si hablan de una concepción ingenua-popular que se hubiera acrecentado hasta el razonamiento elevado; más bien existe también precisamente al lado de la lucha anti-quetónica, en el posterior predominio de los sistemas doctrinarios intelectualistas, en la tentativa de estatizar la vida antes desprejuiciada, un agotarse de las fuerzas raciales creadoras al final la reacción platónica de conseguir mediante un esquema aquello para lo cual la sangre sola ya se había vuelto demasiado débil. El griego nórdico no conoció estamento teológico alguno; sus sacerdotes le surgieron de entre los linajes nobles. Sus bardos y poetas le contaban de la historia y del heroísmo de sus héroes y dioses. Completamente adogmático, como anteriormente los indios, más tarde los germanos, nos sale al encuentro el espíritu libre de los griegos.

Gimnasia y música fueron el contenido de su educación, ella bastaba para crear las precondiciones necesarias para criar al hoplita, al ciudadano del Estado. Recién en Sócrates pudo predicar la locura de que la virtud es *enseñable,* enseñable para *todos los* seres humanos (lo que Platón sutilizó en este sentido: el verdadero conocedor de la esencia del mundo de las ideas es espontáneamente bueno). Con el perfeccionamiento de semejante cosmovisión intelectualoide e individualista-aracial fue colocada el hacha en la raíz de la vida griega, al mismo tiempo empero, el intelectualismo sin substancia aflojó precisamente de nuevo las costumbres asiáticas que habían sido reprimidas por la disciplina apolínea griega. Aquí podemos seguir por vez primera, en la forma más evidente, el juego cruzado que tiene lugar entre el intelectualismo y la magia. Razón y voluntad son ambas, aunque no siempre *conscientes de su meta,* sin embargo *perseguidoras de una meta,* es decir, son genuinamente naturales, próximas a la sangre, condicionadas orgánicamente. En la medida en que esta razón cosmovisional (*Weltanschuliche-Vernunft*) se hace más insegura debido a sus portadores modificados, en esa medida se anquilosa en construcciones intelectuales. Al mismo tiempo, la parte propia de la voluntad desciende a impulsos mágico-hechiceros y da a luz superstición tras superstición. La consecuencia de la descomposición del alma racial volitiva-racional es entonces una construcción "cosmovisional" mágico-intelectualista o la bifurcación en un individualismo sin sustancia y una bastardización de los instintos. El primer caso nos lo suministra la Iglesia católica (en una medida atenuada también el Protestantismo), la que fundamenta y corona intelectualmente una creencia mágica (debiendo en este caso emplearse esta palabra sin ningún desprecio), el segundo nos lo muestra la época del helenismo tardío. El cristianismo negativo y el positivo estuvieron desde siempre en lucha y lidian con más encono aún que antes precisamente en nuestros días. El negativo hace valer su tradición sirio-etrusca, sus dogmas abstractos y costumbres de antigua consagración, el positivo llama de nuevo a las fuerzas de la sangre nórdica, en forma consciente, así como antaño en forma ingenua los primeros germanos, cuando entraron en Italia y dieron nueva vida al país enfermo.

Como un poderoso destino primitivo amenazador había irrumpido antaño la avalancha de los cimbros desde el Norte. Su rechazo no pudo evitar que celtas y germanos nórdicos amenazasen cada vez más las fronteras de Roma. Una campaña militar tras la otra muestra la acción inútil de la táctica romana aguerrida contra la fuerza de pura cepa. "Esclavos" gigantescos rubios aparecen en Roma, el ideal de belleza germánico se pone de moda en el pueblo decadente carente de ideales También los germanos, libres ya no son cosa rara en Roma, la lealtad germánica del soldado se vuelve poco a poco el sostén más fuerte del César. Pero al mismo tiempo también, el peligro más amenazador para el Estado vuelto miserable y carente de valores. Augusto intenta levantar "su" pueblo mediante multas a los solteros, concertación de matrimonios y auxilio social. En vano. Los germanos son decisivos en la elección de Claudio, de Galba, de Vitelio. Marco Aurelio envía a sus prisioneros germánicos desde Viena hacia Italia, y en lugar de hacer de ellos gladiadores, los transforma en labradores sobre el antiguo y desolado suelo romano. En tiempos de Constantino casi todo el ejército romano es germánico... El que aquí no sea capaz de ver la obra de fuerzas raciales, ese debe ser ciego para todo devenir histórico, pues tan palpable es aquí la descomposición y la reforma, que luego pasando por Constantino conduce a Stilico, Alarico, Ricimer, Odoacro, Teodorico, los longobardos, los normandos, quienes erigen un reino desde el Sud, hasta aquel inconcebiblemente grande Federico II, el Hohenstaufen, quien plasma el primer Estado mundano, el Reino Siciliano y provee de señores de la nobleza alemana a sus provincias.

En la historia de la nordificación de Italia se destaca especialmente Teodorico el Grande. Por más de treinta años este hombre fuerte y, sin embargo, clemente y generoso, gobernó el Imperio romano. Prosiguió lo que Marco Aurelio y Constantantino amenazaron: los germanos llegaron a ser no solamente arrendatarios y labriegos, sino también grandes terratenientes; un tercio de toda propiedad de tierras pasó a manos del ejército puramente germánico; más de 200.000 familias germánicas se afincaron —lamentablemente dispersas— en Toscana, Ravena y alrededor de Venecia. De este modo, nuevamente puños nórdicos tiraron el arado a través de la tierra del Norte y del Centro de Italia, y volvieron a hacer fructífero el terreno

yermo completamente abandonado, independizándolo de los cereales de Nordáfrica. Separados mediante las prohibiciones de matrimonio y la religión arriana de los “aborígenes”, los godos (más tarde los longobardos) se hicieron cargo del mismo rol formador de carácter que la primera ola nórdica que antaño edificara la vieja Roma republicana. Recién con la conversión al catolicismo comenzó una refundición racial; el “Renacimiento” finalmente llegó a constituir una nueva anunciación rumorosa de la sangre nórdica, esta vez germánica. Aquí surgió, con repentino derrumbe de barreras sociales muy defendidas, un genio tras el otro del suelo previamente labrado, mientras que la Italia del Sud, africanizada a partir de Roma, permaneció muda, a-creativa. Hasta hoy, cuando el fascismo que nuevamente viene del Norte trata de despertar de nuevo valores. ¡Trata!

4.

Que todos los Estados del Occidente y sus valores creadores han sido generados por los germanos, ciertamente ya desde hace mucho tiempo había sido una afirmación generalizada, sin que antes de H. St. Chamberlain se hubieran extraído de ello las necesarias conclusiones. Pues éstas comprenden en sí el conocimiento de que al desaparecer por completo esta sangre germánica de Europa (y poco a poco, por consiguiente, también al irse extinguiendo las fuerzas creadoras de tipos y naciones engendradas por ella) toda la cultura de Occidente debería sucumbir simultáneamente. La nueva investigación de la prehistoria, complementaria de Chamberlain, en unión con la ciencia de las razas, ha provocado luego, además, una reflexión interior más profunda: aquella terrible conciencia de que hoy nos hallamos ante una decisión *definitiva.* O bien nos elevamos mediante una nueva vivencia y la cría de perfeccionamiento de la antiquísima sangre, apareada con una voluntad de lucha intensificada, hacia un rendimiento purificador, o bien hasta los últimos valores germánico-occidentales de la cultura y la disciplina estatal se hunden en las sucias mareas humanas de las metrópolis, se atrofian sobre el asfalto ardiente y estéril de una a-humanidad bestializada, o se escurren como gérmenes patógenos bajo la forma de emigrantes que se bastardizan en Sudamérica, China, Indias Holandesas y África.

Además, aparece hoy, como de importancia decisiva, otra idea constructiva de la aceptación del mundo de H. St. Chainberlain junto a la acentuación, de la nueva fundación del mundo por el germanismo: que entre la antigua Roma de acento nórdico y el nuevo Occidente determinado por los germanos se intercala una época que se caracteriza por un desenfrenado entremezclarse de razas, es decir, bastardización, por todo lo enfermo surgido del remolino, por éxtasis sensuales llevados al extremo, por la inflada falsa religión siria y por el estado febril de todas las almas humanas de todo un mundo. Chamberlain para denominar esta época acuñó una expresión que revela al artista genuino, plasmador de la historia: *el caos de pueblos.* Esta denominación de un determinado estado, aun cuando éste en lo temporal no puede delimitarse exactamente ni hacia atrás ni hacia adelante, ha llegado a constituir hoy una conciencia general, un bien lógico y natural de todos los que miran más hondo. Pero esta nueva división de compases, en lugar de “antigüedad” y “medioevo” fue, en el más elevado sentido de la palabra, uno de los descubrimientos más grandes en lo que se refiere a las leyes de la vida y de la ciencia del alma de fines del siglo 19, que ha llegado a constituir un fundamento de nuestra concepción total de la historia del siglo 20 en progresión. Pues este conocimiento significa que, si a los Caracalla no hubiesen seguido los Teodoricos, “eterna noche” se hubiera extendido sobre Europa. Las aguas cenagosas revueltas de los mestizos del Asia, del África, de toda la cuenca del Mar Mediterráneo y sus brazos, seguramente después de excitaciones disolutas se hubieran asentado paulatinamente, la vida siempre ondeante seguramente hubiera desechado mucho de lo corrupto, contrahecho, pero para siempre se hubiera perdido la fuerza creadora de un alma cultural que siempre de nuevo da a luz, y hubiera desaparecido para siempre el genio transformador de la Tierra del ser humano de condición nórdica, investigador del Universo. Únicamente hubiera seguido vegetando aquella “humanidad” como la que en partes de la Italia del Sud actualmente no vive, sino, estropeada, va tirando, sin audaz fuerza de impulsión del organismo y del alma, sin aquella ansia genuina, viviendo en la más profunda y sumisa sobriedad sobre masas de lava o en el medio de desiertos de piedra.

Por eso: si aún hoy, alrededor de 2000 años después de la aparición de los germanos, en cualquier lugar actúan culturas nacionales, fuerza creadora y audaz espíritu de empresa, entonces estas fuerzas, por más que entre ellas quizás se combatan encarnizadamente, deben su existencia única y exclusivamente a la nueva ola nórdica que, cubriendo y fecundando todo, pasó en tormentosas oleadas sobre toda Europa, bañó los pies del Cáucaso, llegando su rompiente más allá de las columnas de Hércules para extinguirse recién en los desiertos de Nordáfrica.

Considerada en sus lineamientos más generales, la historia de Europa consiste en la lucha entre esta nueva humanidad y las masas de millones de las fuerzas del caos romano de pueblos que alcanzaban. hasta el Rhin y más allá del Danubio. Esta resaca oscura llevó en su superficie valores brillantes, transmitió apetitos excitantes; sus olas sabían contar de un dominio mundial pasado, pero antaño formidable, y de una

religión mundial que daba solución a todos los problemas. Grandes sectores de la sangre nórdica que se prodigaba despreocupada e infantilmente, se rindieron a las fascinantes seducciones, hasta devinieron ellos mismos portadores de una semi-soñada antigua magnificencia romana, con demasiada frecuencia desenvainaron su espada contra todo el mundo al ser vicio de una fantasía, y en lugar de llegar a ser ancestros, para lo que habían nacido, devinieron simples *herederos.* Así se plasma hasta Martín Lutero la lucha entre un heroísmo anclado en la naturaleza y una heroicidad al servicio de un espejismo ajeno a la naturaleza, y no pocas veces son representantes de la misma sangre los que se enfrentan con el arma en la mano en provecho de valores archi-enemigos.

Era muy natural, por cierto, que los portadores de la raza que se volcó de las planicies nord-alemanas hasta la Galia, España e Italia, que irrumpieron en una forma tan naturalmente portentosa, no tuvieran conciencia de todas las conexiones internas de su esencia anímica, que con ojos maravillados absorbieran en su interior lo nuevo, lo foráneo y que —como señores— gobernaron, transformaron este mundo nuevo, pero (dado que estaban en minoría) también tuvieron que pagar su tributo al nuevo contenido. Si aun hoy "juristas del derecho público" predican el "ideal de un ordenamiento uniforme de la humanidad" prodigan su elogio a una visible Iglesia mundial única organizada, que debe determinar y reunir partiendo de un dogma único todas las ciencias, todo el arte, toda la ética, [26] entonces esto es el precipitado de aquellos pensamientos del caos de pueblos que desde siempre envenenaron nuestro ser; especialmente cuando un investigador de esta clase aún agrega: "lo que Austria persigue, todo el mundo debe alcanzarlo en gran escala". Esto es peste racial y asesinato de almas elevado a nivel de programa político mundial. El Kaiser y el Papa lucharon antaño *dentro* de esta idea universalista, antinacional, pero la realeza alemana en contra de ella; Martín Lutero opuso a la monarquía mundial-papal política la idea nacional política; Inglaterra, Francia, Escandinavia y Prusia significaron un fortalecimiento de este frente contra el caos; el renacimiento de Alemania en 1813, en 1871, ulteriores etapas, sin embargo, siempre persiguiendo aún su meta, en cierto modo inconscientemente. El derrumbe de 1918 nos había desgarrado hasta lo más profundo de nuestro ser, pero al mismo tiempo había puesto al descubierto ante el alma indagadora los hilos que aquí habían urdido su textura de bendición y desgracia. A partir de la conciencia étnica de la antigua Germania, pasando por la idea de la realeza alemana, de la nueva conducción prusiana, del sentimiento pangermánico, de la estructura formal del Reich, nace hoy la conciencia nacional ligada a la especie como la flor más grande del alma alemana. Después de esta vivencia proclamamos como religión del porvenir alemán que nosotros, hoy políticamente arrojados al suelo, humillados y perseguidos, hemos hallado la raíz de nuestra fuerza, en realidad la hemos *descubierto* recién y la hemos vivido de nuevo con una potencia tal como ninguna generación anteriormente. El conocimiento mítico y el conocimiento consciente en el presente, por fin, una vez no se enfrentan en el sentido de la idea de renovación alemana como enemigos, sino acrecentándose mutuamente: el nacionalismo más ardiente, no ya dirigido hacia troncos, dinastías, confesiones, sino hacia la sustancia primigenia, hacia la nacionalidad específica misma, es el mensaje que alguna vez fundirá todas las escorias a fin de extraer lo noble y desechar lo innoble.

Un estudio que investigue más hondo podrá reconocer junto a las fuerzas en lucha del germanismo y del caos de pueblos, las líneas de acción de las demás razas aborígenes o infiltradas de Europa. Apreciará a la raza mediterránea (oéstica), de mayor dominio formal, más fría, pero no demasiado alejada de los valores germánicos, y registrará aquí más de una mezcla (en cuanto no se presente como fenómeno en masa) con la nórdica no necesariamente como una pérdida, sino a menudo como un enriquecimiento del alma. [27] Reconoce a la raza dinárica, de menor creatividad cultural pero agraciada con el más fuerte temperamento a menudo como actuando en más de un gran apasionamiento en Europa, pero además también que sus ingredientes proasiáticos provocan a menudo fenómenos de bastardización (como, p. ej., en Austria, en los Balcanes). El observador, con nueva orientación ve entonces cómo la raza alpina oscura avanza, se multiplica, sin espíritu de empresa, pero resistente y paciente. Ella no se rebela abiertamente contra el victorioso ser humano germánico, aclarada en cierta medida, le rinde como escudero obediente y labrador grandes servicios, acrecienta en individuos en algunas partes las fuerzas germánicas hasta una tenaz resistencia, pero penetrando en masas ensombrece, encostra, ahoga las potencias creadoras. Grandes partes en Francia, en Suiza y en Alemania se hallan hoy ya bajo el signo de esta influencia alpina que va desmontando todo lo grande: la democracia en el terreno político, la falta de intereses espirituales, el pacifismo falto de osadía unido a una astuta y desconsiderada capacidad para los negocios al perseguir

---

[26] Z. B. k. v. Kralik*: Oesterreichische Geschichte,* [*Historia austriaca,* N. del T.], 1913.

[27] Hago notar que no puedo tratar aquí los pormenores de las diferencias entre los tipos raciales. Si, p. ej., Kern (*Stammbaum und Artbild der Deutschen*) [*Árbol genealógico e imagen específica de los Alemanes*, N. del T.], restringe el concepto "nórdico" al separar lo "dálico", o si Günther representa lo dálico (o faliano) como fusionado en su esencia con lo nórdico, constituye una cuestión de detalle no muy importante para lo esencial. También la controversia sobre la madre patria primigenia de la raza nórdica no es esencial históricamente. En forma sobresaliente es tratado el problema de los germanos consustanciados con la naturaleza por Darré en *Das Bauerntum als Urquell der nordischen Rasse* [*El Campesinado como fuente primigenia de la Raza nórdica*, N. del T. (Esta obra fundamental será publicada próximamente por EDICIONES ODAL,.N. del E.)]

empresas comerciales lucrativas, son los terribles signos del crecimiento exagerado de lo alpino en la vida europea en general.

Todas las grandes y sangrientas luchas entre germanismo y caos romano de pueblos conducidas por el hombre nórdico, disminuyeron frecuentemente por largo tiempo la fuerza de su sangre. Y aun cuando las guerras no pocas veces tuvieron lugar sobre las espaldas del ser humano alpino, él sin embargo quedó más preservado que los rebeldes nórdicos, quienes por de pronto crearon como "herejes" vía libre para un pensar libre, es decir, específico.

Si en este punto dejamos de lado las tempranas luchas de los arrianos por la libertad religiosa, entonces la totalidad de Occidente, aún después de la consolidación del poder político de Roma, no ofrece el cuadro de un ensamble vital orgánicamente enraizado, cerrado en sí. Si la Iglesia universal romana victoriosa era la continuación en línea recta del antiguo Imperialismo mundial romano a-racial, si bien el Cesarismo romano llegó a constituir el brazo armado más poderoso de esta idea, si hasta figuras geniales de linajes germánicos se pusieron a disposición de este pensamiento que hechizó a siglos enteros, sin embargo, en todos lados y en todos los terrenos se movilizaron inmediatamente también las fuerzas opositoras. De índole política bajo la forma de la Realeza alemana, del Galicanismo franco-francés, de naturaleza eclesiástica en la lucha del Episcopalismo contra el Curialismo, de esencia espiritual en la exigencia por una libre investigación de la naturaleza, de especie filosófico-religiosa en el clamor por la libertad personal de religión y de pensamiento. Todas estas fuerzas, aunque en los primeros tiempos aun reconocían a Roma como idea y a menudo no tuvieron en absoluto conciencia de toda la proyección de sus exigencias; aunque hasta en algunos lugares fueron sostenidas precisamente por el concepto infantil de querer sanear la Iglesia, todas ellas son en último término fuerzas de un ferviente nacionalismo, si hemos de entender bajo esta idea un modo de pensar y un modo de sentir ligado a la raza, volitivo y subconscientemente fiel a la especie, frente a un Universalismo de cualquier forma. La idea de Rey y Duque, de Epicopalismo limitado en el espacio, de libertad de la Personalidad, todo esto arraiga directamente en la tierra, por más que estas potencias hayan luchado entre sí y luchan aún hoy por el predominio. Y si bien ahora resulta enteramente palpable que los Estados, pueblos y troncos más puramente nórdico-germánicos fueron los que, llegado el momento, se defendieron en la forma más decidida y más consecuente contra el universalismo romano y contra el unitarismo espiritual antagónico a todo lo orgánico, entonces también ya *antes* de este gran despertar victorioso de la hipnosis romano-pro asiática podremos ver en acción estas fuerzas —en seguimiento directo de los germanos "paganos"— en una lucha heroica. La historia de los albigenses, valdenses, cátaros, arroldistas, stedingos, hugonotes, reformados y luteranos traza, junto a la historia de los mártires de la libre investigación y al papel de los héroes de la filosofía nórdica, el cuadro enaltecedor de una gigantesca lucha por *valores del carácter,* es decir, por aquella precondición anímico-espiritual sin cuya imposición no hubiera habido ninguna cultura occidental, ninguna cultura nacional (*Volkisch*).

Quien hoy echa una mirada sobre la Francia democratizada, desgobernada por astutos abogados, saqueada por banqueros judíos, espiritualmente tornasoleante y, a pesar de todo, viviendo ya únicamente a expensas de un pasado, apenas puede imaginarse que este país antaño, desde el Norte hasta el más profundo Sud, estuvo en el foco de luchas heroicas, que engendraron durante más de medio milenio figuras de la más audaz especie, y que recíprocamente fueron encendidas en forma permanente por hombres de espíritu heroico. ¿Quién de entre la "gente culta" sabe hoy *realmente* algo del Toulouse gótico, cuyas ruinas aún nos dicen tanto, de una humanidad orgullosa? ¿Quién conoce los grandes linajes señoriales de esta ciudad que fueron aniquilados, exterminados en cruentas guerras? ¿Quién vivió la historia de los condes de Foix, cuyo palacio se ha desmoronado hoy en lastimosos montones de piedras, cuyas aldeas yacen desiertas, cuyos territorios están ocupados ya tan sólo por miserables habitantes? "El Papa, declaró hacia 1200 uno de aquellos audaces condes, no tiene nada que ver con mi religión, porque la fe de cada ser humano debe ser libre".

Este pensamiento primigenio germánico, aún hoy realizado sólo parcialmente, costó a todo el Sud de Francia su mejor sangre, y con su erradicación fue ahogada en esta región para siempre. Como último remanente de la cultura visigoda existe aquí ya solamente la única universidad protestante de Francia: Montauban.

El mismo heroísmo fue insuflado a un pequeño pueblecito en medio de los Alpes italiano o franceses. También aquí la voluntad forjadora de unión se remite a una grande y misteriosa personalidad, un negociante de Lyon, quien (aún no se sabe de dónde) había inmigrado a esta ciudad, de nombre Pedro, que recibió más tarde el apellido Valdo o Waldes. Vivió durante largos años honorablemente para su oficio, tenía fama de hombre piadoso y presumiblemente no pensó en rebeldía alguna. Pero se percató cada vez más del abismo entre el sencillo evangelio y la actitud pomposa de la Iglesia, y sintió luego cada vez más profundamente el efecto paralizante de los dogmas coercitivos. Y en la fiel creencia de servir a la cabeza eclesiástica, Peter Waldes peregrinó a Roma, exigió allí, simplicidad de las costumbres, honorabilidad en el proceder y libertad de pensamiento en cuanto al Evangelio, libertad de enseñanza sobre la base de las

palabras de Cristo. Mucho se le quería conceder, lo esencial, empero, no. Entonces Waldes distribuyó su fortuna, se separó de su mujer y expresó al representante de Roma, que quiso obligarlo a una retractación: "Hay que obedecer más a Dios que a los hombres."

Esta fue la hora del nacimiento de un gran hereje y de un gran reformador, a quien tienen motivo de estar agradecidos la totalidad de los europeos —to dos los católicos incluidos—, aún en la actualidad. La sencilla grandeza de Pedro Waldes debe haber tenido una influencia enorme sobre la formación de las comunidades de los "pobres de Lyon", de los éxitos de sus viajes al Rhin, a Bohemia, el nacimiento de comunidades valdenses en Austria Central, en Pomerania, en Brandenburgo, muestran que su demanda de libertad de enseñanza había hecho sonar vivamente una antigua cuerda germánica, echó fuertes raíces en las almas y no pudo ser erradicada: la misma exigencia que también formularon Peter von Bruys, Heinrich von Cluny y Arnold von Brescia. La escultura de Maguncia nos exhibe a Waldes como una cabeza puramente nórdica: un cráneo tal como lo muestran los antiguos germanos, una frente alta y vigorosa, grandes ojos, una nariz enérgicamente prominente con muy ligera curvatura y una boca firme, bellamente formada. El mentón rodeado por una barba.

Desterrada de Lyon, la comunidad se dirigió hacia distintas direcciones predicando y reclutando adeptos. En la Provenza gótico-albigense fueron recibidos amigablemente, lo mismo que en la Renania. En Metz los valdenses pronto se habían vuelto tan fuertes que los miembros del consejo municipal se negaron a arrestarlos; y eso con la misma fundamentación que Waldes mismo había formulado, que hay que obedecer más a Dios que a los hombres. Después de esto intervención del Papa (Inocencio III), destrucción por el fuego de los escritos latinos traducidos al idioma materno, ejecución de un número de los sectarios mismos. A continuación, huída de los restantes a través de toda la Lorena, a los Países Bajos, a la otra Alemania que les abrió sus puertas en todos aquellos lugares donde la mano de Roma no podía llegar directamente. Otro grupo se dirigió a la Lombardía, donde halló difundidos pensamientos herejes semejantes, entre otros, por los patarios en Milán, las doctrinas del Arnold von Brescia, que yendo más allá de lo puramente evangélico propugnaba una reforma tanto eclesiástica como también política, que negaba al Papado el derecho al poder temporal, como base de su saneamiento espiritual.

Y luego la comunidad de los valdenses se vertió a los valles de las estribaciones occidentales de los Alpes, hizo pie en las magras regiones que poco a poco, gracias a la laboriosidad de sus manos, florecieron como fructíferos jardines; ella no tenía otra ambición que vivir callada y modestamente para su fe y cumplir con su deber evangélico en esta Tierra. Numerosos herejes albigenses expulsados hallaron luego en la región difícilmente accesible, una acogida amistosa, hasta que las campanas de la Inquisición, que sonaron estridentes a través de todo el Occidente, también pusieron en alboroto los tranquilos valles con las dos pequeñas ciudades y las veinte aldeas. Hacia mediados del siglo 14 los valdenses tuvieron luego que pagar pesados tributos para calmar a la Iglesia y al soberano, lo que naturalmente fue infructuoso; y en la época en que en las comarcas alemanas hacía estragos la Muerte Negra, las tropas de Francia bajo las órdenes directas del inquisidor entraron a los tranquilos valles alpinos. Atados, por de pronto doce valdenses ataviados con vestiduras amarillas pintadas de infernales llamas de fuego, debieron trasladarse a la iglesia; allí se pronunció sobre ellos el anatema, se les quitaron los zapatos, a cada uno se le ató una soga alrededor del cuello, para hacerles sufrir luego a todos la muerte en la hoguera. Esta y otras torturas quebraron a muchos y los indujeron a abjurar, pero a estos reincidentes su defección sólo les trajo ulteriores humillaciones; las rebeliones que necesariamente siguieron a esto, provocaron nuevas opresiones y comienza una epopeya de luchas humanas como pocas veces las hubo más heroicas. Despojados de sus bienes y sus pertenencias, los valdenses llenaron las cárceles de la Inquisición en forma tal que solamente gracias a la magnanimidad del pueblo pudieron ya ser alimentados; [28] por tal razón se produjo su disminución mediante la usual muerte en la hoguera por los representantes de la religión del amor. Durante trece años un solo inquisidor (Boselli) persiguió a la familia de los valdenses y siempre de nuevo logró "agarrar a uno" [29] que había pronunciado una palabra hereje cualquiera; los prisioneros fueron luego torturados, castigados cortándoseles la mano, ahorcados o quemados. Y a pesar de todo, el arzobispo de Embrun tuvo que informar al Papa que los valdenses habían permanecido fieles a su vieja creencia.

En la época en que ya en todas partes de Europa las tempestades de un renacimiento sacudían las puertas de Roma, el representante del Vaticano se dirigió, con tropas francesas nuevamente a los valles de los Alpes, a fin de aplastar con el último poder militar las resistencias que aún quedaban. Precisamente el vicioso Inocencio VIII fue el que en 1487 exhortó en una Bula al último exterminio de los valdenses. La cruzada comenzó bajo las órdenes de La Palus, las casas de los herejes fueron saquedas y ellos pasados a cuchillos; la mayoría de los sobrevivientes huyeron, únicamente unos pocos quedaron sobre las ruinas de la prosperidad de sus padres, quebrados al parecer, prontos a hacer la paz con la todopoderosa Iglesia. A ellos se les devolvió luego su propiedad.

---

[28] Chorier: *Hist. Gén. du Dauphiné* II, 391.

[29] Perrin: *Histoire*, p. 114.

Épocas más calmas no resultaron, empero, de paz sino de tranquilidad engañosa antes de nuevas tempestades. Apenas cuarenta años después y la *fe* llana triunfó nuevamente sobre el poder exterior del terrorismo medieval. Y nuevamente Roma levantó la mano para el golpe mortal, después de que el Edicto de Fontainebleau (1540) había dado nuevamente alimento al odio a los herejes. En base a las denuncias obispales, por de pronto, tuvieron que justificarse 16 valdenses de Merindol. Ellos no se presentaron, ya que sabían lo *que* les esperaba. Después de esto fueron puestos fuera de la ley, sus casas, mujeres y niños pasaron a ser propiedad del Estado; la pequeña ciudad de Merindol iba a ser echada abajo, todos los depósitos destruidos y todos los árboles del pueblo derribados. Si abjuraban, el rey iba a hacer imperar clemencia, pero los valdenses declararon querer hacer esto solamente en el caso de que por las Escrituras se les pudiesen probar errores.

Y ahora vino la prueba más difícil (1545). Tropas del gobierno se trasladaron a Merindol, estrangularon a todos los seres humanos que encontraron y destruyeron toda la pequeña ciudad; el mismo destino sufrieron Calvieres y las otras aldeas. Los que habían huido a las montañas rogaron por libre paso hacia Alemania. El pedido fue denegado, *murieron de hambre* solitarios en sus escondites. Más de 22 aldeas fueron destruidas, 3000 personas asesinadas, más de 600 valdenses condenados a la pena de las galeras, otros de los herejes trasladados a París... A pesar de ello, las torturas de la soldadesca instigada y de los monjes sádicos llegaron a oídos de Francisco I y todavía en su lecho de muerte indujo a Enrique II a procurar alivios a los valdenses, lo que éste también hizo.

Si la comunidad de los valdenses, a pesar de su expansión no era muy grande y por consiguiente tampoco de actividad agresiva, en cambio la idea de la resistencia contra la corrupción monjil y el amordazamiento espiritual, cundió bajo cien otras formas a través de Francia en aquel tiempo aún preponderantemente germánico-nórdica y bien complementada por la raza oéstica, hasta que estas corrientes se reunieron en el audaz movimiento de los hugonotes, cuyo triunfo hubiera dado a la historia de Occidente una dirección distinta, hacia arriba.

El número de los luchadores por el modo de ser específico fue antaño en esta Francia, extraordinariamente grande: en todas las profesiones y estamentos se los encontraba, hasta arriba entre los cardenales y los príncipes reales, y hacia abajo, hasta el artesano más simple. Por centenares nos han quedado atestiguados los casos de que gente sencilla, llevadas ante el tribunal eclesiástico-estatal, eran más versadas en las Escrituras que sus jueces, opinaban más inteligentemente sobre problemas de concepción del mundo que los eruditos inquisidores. Este sentimiento de superioridad interior les dio el valor de sobrellevar los tormentos de la hoguera, y todo esto condujo muchas veces a que los jueces se hicieran partidarios de las ideas herejes. Esto no es de extrañar si se sabe que la más espantosa incultura era lógica y natural no solamente en el clero inferior, sino, que hasta hubo (como nos lo trasmite Robert Stephanus) profesores de teología de la Sorbona que en su furia contra los herejes declararon que ellos habían llegado a la edad de cincuenta años sin saber algo del Nuevo Testamento, por consiguiente, los sectarios tampoco tenían motivo de ocuparse de él. Si alrededor de 1400 el Papa extrajo de los países alemanes en dos años tanto como 100.000 florines solamente en dineros de indulgencia, si en 1374 en el parlamento inglés se expuso que el representante de Cristo embolsaba cinco veces más tributos que el rey legal, así también de todas las partes de Francia se levanta la misma muy justificada queja. Todos los estamentos del Reino suspiran bajo el peso de los impuestos de la Iglesia, es más, hasta monjes honestos (como los franciscanos Vitriarius y Meriot) exigen la supresión del indigno comercio de las indulgencias. Así como con la “sangre sagrada” de Wilsnack también con la “casa sagrada de Loreto” (que los ángeles habrían llevado desde Palestina a Europa) se hacían negocios detestables, probando ser estos lugares de milagro verdaderas minas de oro. Las canonjías se multiplicaron en forma tal que Calvino llegó a ser ya a la edad de doce años capellán, a la de dieciocho años cura párroco, sin haber realizado antes en ningún momento estudios teológicos: las entradas de las canonjías debían ser aseguradas, no importa mediante qué personas.

Estos daños que pueden ser captados en forma directa, condujeron a consideraciones más profundas, y por consiguiente, una serie de grandes caracteres mira desde las llamas de las hogueras. Ahí está el arzobispo de Arlés, Ludwig Allemand, quien defiende con todas sus fuerzas (en el Concilio de Basilea) el principio del sistema conciliar contra la dictadura papa); ahí actúa el viejo inteligente Jakob Lefévre en la educación de una joven generación libre; su discípulo Brigonnet prosigue con esta actividad; Wilhelm Farel, una mente ardiente, ya se coloca en el medio de la lucha, es más tarde reformador dirigente en Neuenburg, Losen y Ginebra y junto a ellos Casoli y Michael d´ Arande. Además Languet, el borgoñés noble, el inteligente Beza, Hotoman. Pero ante todo se destaca de ese numeroso grupo el valiente y audaz noble de Artois, Louis *de Berquin.* Un hombre creyente, lleno de franqueza y de agudeza intelectual, un escritor brillante, al que no injustamente se le ha llamado el Ulrich v. Hutten francés. Al lado de él, el sencillo ex-peinador de lana de Meaux, *Johann Leclere,* quien predicaba la revolución contra el anticristo de Roma y quien al igual que Lutero fijó sus proclamas en las puertas de la catedral. Se agrega el valeroso Pouvan, quien tomó sobre sí la muerte de mártir, Franz Lambert, un franciscano, y cientos de otros que predicaban la libertad del Evangelio y del pensamiento en bosques, en sótanos, como antaño los mejores de los cristianos primitivos en las catacumbas de Roma.

Y antes aún de que el movimiento hugonote hubiera tomado posesión completa de Francia y encontrado protección bajo la conducción de Condé y del gran Coligny, comenzó la misma persecución en todo el país que en los tranquilos valles de los Alpes Cottiennes, en la Provenza; Berquin, el temerario, es apresado y condenado a abjurar, a la perforación de la lengua con un hierro candente y a prisión perpetua. El no abjura, apela al Rey. Es inútil. Entonces es quemado el 22 de abril de 1527. Aún desde la hoguera habló al pueblo. Su alocución fue sofocada por la gritería de los ayudantes del verdugo y de los monjes. Se le temía aún en la muerte. Así como se dice de Nerón que había iluminado sus jardines con antorchas humanas encendidas, así en el siglo 16 después de Cristo, el muy cristiano Rey se dirige con gran procesión desde St. Germain l´ Auxerrois a Notre Dame y desde allí a su palacio. Y en las plazas que tuvo que atravesar están para adorno y honor de la Iglesia, las hogueras en *las* cuales los inflexibles heréticos sufren la muerte por las llamas. [30] Veinticuatro herejes murieron ese día en París. Comenzó una huída de los perseguidos hacia Alemania, así huyeron entre otros también Calvino, Roussel, Marot. Solamente en Estrasburgo encuentra Calvino 1500 fugitivos franceses y funda aquí la primera comunidad calvinista. Severos edictos para la persecución de los herejes se suceden rápidamente después de los primeros hechos. En Meaux (la primera comunidad protestante de Francia) *fue* sorprendida una reunión, catorce de los participantes al negarse a abjurar sufrieron la muerte por el fuego y murieron dirigiéndose mutuamente oraciones. Al día siguiente un erudito de teología de la Sorbona demostró luego que los quemados están condenados a eterna perdición, para agregar además: “Y si un ángel viniera del cielo y nos quisiera asegurar lo contrario, esto tendríamos que repudiarlo; porque Dios no sería Dios si no los condenara para toda la eternidad”. [31] Al igual que en Meaux las hogueras llameaban en todas las partes *de* Francia, pero siempre de nuevo las crónicas deben referir sobre el valor inquebrantado de los condenados. Johann Chapot, llevado por los verdugos al patíbulo porque los torturadores le habían quebrado antes las piernas, se pronunció una vez más por su fe. Por miedo al contagio herético de los espectadores fue estrangulado de inmediato... Dado que casos semejantes se repitieron por doquier llegó a ser usual cortar la lengua a los herejes impenitentes antes de su conducción a la hoguera... Ad majorem gloriam Dei.

La historia conoce un gran número de relatos atestiguados sobre el valor en la hoguera, pero ella sabe también muchas conversiones de los jueces. Así nombra al valiente du Bourg, quien recibió con entereza su posterior sentencia de muerte y fue estrangulado. Así un gran número de otros hombres de la *vieja* Francia. Es una única gran tragedia del sufrimiento heroico, pero que luego se transforma prontamente en temerario pero al mismo tiempo inteligente espíritu de ataque, cuando de los mejores hombres de la alta nobleza francesa se pusieron como “hugonotes” a la cabeza de las luchas por la libertad de pensamiento. En ocho guerras sangrientas fue llevada en todas las regiones de Francia esta lucha contra Roma, y aun cuando la controversia sobre la Comunión como problema dogmático, aparentemente importante, aparece por doquier en la cúspide de las controversias espirituales, esto fue, sin embargo, únicamente un símbolo de una separación mucho más honda de los espíritus. Coligny, cuando más tarde llegó al poder, probó su concepción fundamental mediante la acción, que no exigía la libertad de religión solamente para sí, sino, que la confirió también a los católicos de Chatillon. [32] Pero como el hugonotismo se vio frente a determinadas formas de vida y los representantes de Roma exigían respuestas desde este fundamento dogmático, los protestantes no tuvieron otra posibilidad que elaborar poco a poco igualmente un programa nítidamente demarcado que “naturalmente”, por ser antinatural en su esencia, tuvo que poner en conflicto entre sí a los distintos Movimientos protestantes mismos. Pero detrás de ello estaba en todas partes algo mucho más profundo: el primitivo pensamiento germánico de la libertad interior; doctrinas y nuevas formas llegaron a ser solamente alegorías, que se destacaban sobre el fondo de los dogmas romanos, siendo significativo al respecto que la misa es lo más combatido por parte de los hugonotes.

Dentro de la nobleza hugonote tenía lugar una lucha entre dos almas, que dificultaba mucho el lidiar. Mientras sus adeptos exigían impávidamente libertad de conciencia y de enseñanza, estuvieron obligados a plantear estas exigencias a un rey por el que en sentido estatal-político sentían devoción como leales y antiguos seguidores francones. Este, sin embargo, encerrado en la tradición católico romana, debió ver en la religión uniforme también la garantía del Estado político. Y así sucede que, mientras los ejércitos hugonotes se reúnen más tarde en Orléans o La Rochelle contra el Rey, mientras luchan junto a Jamac, St. Denis, Moncontour con las tropas del Rey, declaran, pese a ello, con toda honestidad su sumisión frente a la realeza y emiten proclamas en las que afirman que el Rey no está libre sino que es prisionero del partido romano; lo que también por otra parte tuvo que serles confirmado después de cada concertación de paz.

Pero aún en las más grandes épocas del movimiento hugonote éste fue minoritario. Su fuerza residía en la inteligente energía de sus dirigentes, en el heroísmo de un nuevo sentimiento de la vida, en la fuerza

---

[30] Al respecto dice el jesuita Daniel “Francisco quiso, para atraer la bendición del cielo sobre sus armas, dar este ejemplo señalado de piedad y de celo contra la nueva doctrina” *Histoire de France*, V., 654.

[31] Du Plessis: *Hist. de l´Eglise de Meaux, I,* 348; Soldan: *Geschichte des protestantismus in Frankreich,* [*Historia del Protestantismo en Francia*, N. del T.], I, 200.

[32] Comp. lo dicho sobre él por E. Marcks: *Gaspard von Coligny,* Stuttgart, 1892.

ascensional de su vieja sangre, mientras del lado de sus adversarios las rencillas entre dirigentes paralizaban las fuerzas y el Rey vivía en el permanente temor de que su conductor de ejércitos (quizás Anjou) podría superarlo en influencia.

La masacre de Vassy, donde el duque de Guise hizo asesinar sin más a hugonotes que estaban orando fue uno de los fanales de que todo estaba en juego. Y así acudían los hugonotes, siempre dispuestos al sacrificio, cuando sonaba el llamado de Condé. A pesar de derrotas conquistaron cada vez más nuevos fuertes, ciudades, castillos, buscando unas veces en el Norte, otras en el Sud, sus puntos de apoyo. Mas en estas guerras la flor de la antigua sangre francesa quedó de ambos lados muerta en los campos de batalla. Así también el viejo condestable Montmorency, que no combatía por su Rey por odio a la Iglesia como los Guises, sino que luchaba como viejo vasallo y terminó su vida a los 74 años en St. Denis. Entonces caen uno tras otro todos los dirigentes, con Andelot y Condé a la cabeza. A pesar de tener fracturado el muslo, el gran Príncipe galopa cerca de Jarnac al frente de su ejército: “Y bien, nobles de Francia, aquí está la lucha que hace tanto hemos estado esperando.” Su caballo herido cae, y un capitán enemigo lo abate por la espalda.

Pero un destino horrible espera también después de una paz favorable a las tropas hugonotes que vuelven a sus lares. La mayoría de los católicos azuzados saqueó sus casas, echó a sus familias, asesinó a los combatientes. Después de la paz de Longjumeau, p. ej., tales campañas fueron organizadas intencionalmente desde arriba; Lyon, Amiens, Troyes, Rouen, Soissons y otras ciudades fueron testigos de una embriaguez de sangre que exigió de los protestantes en tres meses más víctimas que medio año de guerra. Escritores contemporáneos calcularon el número de muertos solamente después de esta concertación de paz, en 10.000, mientras que la posterior y quizás más sangrienta batalla de Moncontour costó únicamente 6.000 caídos. A ello se agregaba un azuzamiento constante desde Roma. que ordenaba siempre el completo exterminio de los herejes. Pío V condenó al Rey de Francia por el solo hecho de haber hecho concesiones a los hugonotes y elogió a aquellos de entre sus súbditos (p. ej., el duque de Nemours), que contra el decreto del Rey proseguían con el exterminio. El Papa prometió dinero y combatientes, exhortando a un mayor derramamiento de sangre. Su biógrafo Gabutius ensalza, por consiguiente, también al viejo Pío V como autor de la tercera guerra hugonote. Ni siquiera después de la victoria de Jarnac y de la muerte de Condé, el Papa estaba satisfecho. Unió su felicitación con la orden de exterminar a todos los herejes, también a los prisioneros. Maldijo de antemano toda transigencia con la ira de Dios. Esta conducta la mantuvo Pío V incluso después de la paz de St. Germain, soliviantando además a los súbditos del Rey contra la Corte.

A pesar de todo, pereció que el antiguo carácter germánico iba a imponerse. Ya una vez la Corte había sido hugonote y en lugar de fiestas frívolas ya entonces había hecho su entrada a los palacios del Rey una seriedad dura, a veces poco generosa. Una vez más los hugonotes hicieron su entrada cuando Carlos IX llamó a Coligny al poder: “Os doy la bienvenida como mejor no ha sido bienvenido ningún noble desde hace veinte años”, le dice al conductor de los herejes. Y así por un corto tiempo una nueva mano asió el destino de Francia. Hasta que todo sucumbió en las Bodas de Sangre de París. Vacilante, sin carácter, iracundo, el Rey prestó oídos a las insinuaciones del partido romano, que le imputó luego el asesinato de Coligny. No había ya retroceso posible. La ola germánica que pereció triunfar sobre el Reino de los francos se derrumbó. Cuando el sangriento cadáver de Coligny le fue echado ante los pies al duque de Guise, éste le enjugó la sangre del rostro y dijo sarcásticamente: “Sí, éste es él” y le dio un puntapié. Pero en el Castillo de Sant Angelo en Roma se celebró la matanza con regocijos públicos y se acuñó una moneda en memoria del asesinato de Coligny. Por su parte la piadosa chusma de París, además, cortó las manos al más grande héroe de Francia y arrastró el cadáver durante tres días por el lodo de la calle.

Después se fue aproximando el fin. Los conductores hugonotes que aún quedaban reunidos en París para la boda, sufrieron la muerte sangrienta o fueron asesinados alevosamente después de la huida en otras regiones. En Orléans cayeron en el curso de cinco días 1.500 hombres, además mujeres y niños, en Lyon 1.800, las ciudades de la Provenza vieron diariamente cadáveres mutilados llevados por las aguas, de tal modo que Arlés durante varios días no pudo sacar agua para beber del río. En Rouen la turba incitada hasta el frenesí asesinó en dos días a 800 personas y Toulouse contaba 300 muertos. Las consecuencias de la Noche de San Bartolomé costaron más de 70.000 víctimas. En Roma misma, empero, se dispararon tiros de júbilo y el Papa de la religión de la paz hizo acuñar una medalla en honor del asesinato de herejes.

Cuando tampoco las luchas posteriores trajeron éxito alguno, cientos de miles prefirieron abandonar la Francia que amordazaba las conciencias. Prusia, los Países Bajos, cuentan descendientes de estos emigrantes (que en total se indican como casi dos millones) entre los mejores de sus conciudadanos.

El hecho decisivo de esta pérdida de sangre es, no obstante, una modificación del carácter de la nación francesa. Aquel genuino orgullo, aquella inflexibilidad y aquella hidalguía que personificaron los primeros conductores hugonotes había desaparecido para siempre. Cuando en los siglos 17 y 18 la filosofía francesa “clásica” *ahuecó* y derribó nuevamente los dogmas eclesiásticos, por cierto estuvo munida de gran agudeza mental y dotada de gran ingenio, pero —obsérvese a Rousseau y hasta al mismo Voltaire—

carecía de toda auténtica gran nobleza de pensamiento, que distinguía a Berquin lo mismo que a Condé, Coligny Téligny. Pero hasta este gran despliegue intelectual se hallaba interiormente alejado de la vida, era abstracto; de este modo, el 14 de julio de 1789 llegó a ser un símbolo de una impotencia caracterológica. La revolución francesa, que fue genuina y pletórica de sangre bajo Coligny, fue en 1793 tan sólo sanguinaria, interiormente estéril, por no ser sostenida por ningún gran carácter. Por eso, en los girondinos y jacobinos tampoco se ha entusiasmado genio alguno, sino únicamente pequeños burgueses enloquecidos, demagogos vanidosos y aquellas hienas de los campos de batalla políticos que roban los bienes de los que han quedado postrados. Así como durante el bolchevismo en Rusia el subhombre tartarizado asesinaba a aquellos que por su elevada estatura y su porte audaz parecían sospechosos de ser señores, así el populacho jacobino negro arrastraba al patíbulo a todo aquél que era esbelto y rubio. Expresado en idioma histórico-racial: debido al hundimiento de los hugonotes en el Reino de los francos la fuerza racial nórdica, si no completamente quebrada, había sido de todos modos fuertemente reprimida. La Francia clásica ya muestra tan sólo espíritu sin nobleza, una decadencia del carácter que el pueblo hambriento captó instintivamente, a raíz de lo cual se unió con el subhombre ávido de robo para eliminar las últimas cabezas. Desde entonces el ser humano alpino mezclado con el mediterráneo sale a primer plano (no el "celta"). El mercachifle, el abogado, el especulador deviene el señor de la vida pública. Comienza la democracia, es decir, no el dominio del carácter sino el dominio del dinero. Esto ya no cambia, indistintamente si domina el Imperio o la República, porque el *hombre* del siglo 19 era en ambos casos igualmente a-creativo por su condición racial. Pero por este motivo también, el banquero judío se va corriendo al primer plano, luego el periodista y el marxista judíos. Únicamente la tradición de una historia milenaria, junto a los efectos de iguales influencias del mundo circundante geográfico, determinan aún las líneas de propulsión de la política de poder de Francia. Pero todo esto lleva otros signos característicos que en los siglos 14 a 16. Lo que aún pensaba noblemente en Francia se apartó del sucio negocio de la política, vive en los palacios de la provincia, en exclusividad conservadora, o envía a sus hijos al Ejército para servir de algún modo a la patria. Especialmente a la Marina. ¡Todavía a fines del siglo 19 espectadores de bailes de la Marina pudieron hacer el sorprendente descubrimiento de que la totalidad de los oficiales eran rubios! [33]

A esta fuerza del Norte de Francia todavía potente (la Normandía era conceptuada durante la época de la herejía siempre como "pequeña Alemania") se vio enfrentado en 1914 el Reich Alemán. Pero de esta fuerza no disponían ya personalidades de igual sangre, sino los banqueros Rothschild y los otros poderes financieros emparentados racialmente a ellos. Agregado a esto tipos como Fallares, Millerand, o la impotencia alpina de muchos dirigentes marxistas. Así se completa hoy más que nunca el escurrirse de la última sangre valiosa. Comarcas enteras en el Sud están propiamente desiertas y aspiran ahora ya a los seres humanos de África, como antaño Roma, Tolón y Marsella envían siempre nuevos gérmenes de bastardización al país. Alrededor de Notre Dame en París se agita una población cada vez más descompuesta. Negros y mulatos van del brazo de mujeres blancas, se va generando un barrio puramente judío con nuevas sinagogas. Repelentes ricachones mestizoides infestan la raza de las mujeres aún hermosas, que de toda Francia son atraídas por París. Así presenciamos en la actualidad algo que ya se desarrolló en Atenas, Roma y Persépolis. Por tal razón una estrecha unión con Francia, dejando de lado por completo el aspecto político-militar, es tan peligrosa desde el punto de vista histórico-racial. Antes bien la consigna aquí es resistencia contra la penetración africana, clausura de la frontera sobre la base de signos antropológicos, una coalición nórdico-europea con el fin del saneamiento de la madre patria europea de los gérmenes patógenos del África y Siria que se expanden. También para bien de los franceses mismos.

5.

La historia del Reino de los francos está hoy concluida. Indistintamente si la voluntad clerical de poder o el estúpido librepensanúento se alternen en el gobierno: en cualquier caso el gran impulso creador faltará. Francia estará sostenida por consiguiente por un instintivo miedo racial como consecuencia del oprobio racial, que no abandona *nunca* a todo hombre producto del cruzamiento indiscriminado, a lo sumo victorioso exteriormente. De ahí el miedo que aún hoy impera ante la Alemania derribada gracias a la ayuda de todo el globo terráqueo. La Alemania que tiene todo motivo de observar la línea vital de su pueblo vecino, a fin de despertar todas las fuerzas interiores de defensa contra el mismo curso de su destino.

La Alemania preponderantemente protestante no necesitó un 14 de julio.

Aunque rechazado por el espíritu alpino-asiático menor que otrora había irrumpido, alrededor de la cuenca del Báltico se extendió, sin embargo, un fuerte círculo de resistencia del carácter contra el afán de nivelación romano, que obligó propiamente a Roma a reformar su vida ética a fin de poder siquiera subsistir. Pero lamentablemente el germano no estuvo vigilante. Generosamente cedió a sangre extraña los mismos

---

[33] Stackelberg: *Ein Leben im baltischen Kampfe,* [*Una vida en la lucha báltica*, N. del T.], Munich, 1927.

derechos que él se había conquistado mediante grandes sacrificios propios a través de siglos. Trasladó la tolerancia del pensamiento rey científico también a un terreno en el cual hubiera debido trazar nítidas limitaciones: al terreno de la estructuración del pueblo, de la formación de seres humanos, de la plasmación del Estado como primera premisa de la de la vida orgánica en sí. Le había pasado desapercibido que la tolerancia entre protestantes y católicos con referencia a sus convicciones sobre Dios y la inmortalidad no podía ser equivalente a la tolerancia frente a valores de carácter germánicos. Que el hombre heroico no puede tener el mismo derecho que el especulador de Bolsa; que al que profesa las leyes talmúdicas a-germánicas inmorales no se le podían conceder los mismos derechos a la estructuración de la nación que a un hanseata o a un oficial alemán. De este pecado contra la propia sangre surgió la gran culpa contra el pueblo, se originaron las "Dos Alemanias" que ya se mostraron en 1870-71 y que después de 1914 estaban enfrentadas intransigentemente y que en 1918 discreparon definitivamente y hoy luchan entre sí a vida o muerte, a pesar de que aún no en todas partes están separadas por la conciencia de la sangre. Lo que sucedió durante las guerras contra los herejes, en la época de Gustavo Adolfo, vuelve a repetirse en nuevas luchas solamente bajo otros símbolos. Y por lo que parece, no bajo alegorías de índole eclesiástico-abstracta, sino finalmente ya con fuerte conciencia del enfrentamiento orgánico: hombre nórdico-germánico (o bien sangre nordificada) y subhombre en unión con la mentalidad de Siria.

El sacrificio de sangre de la Nación en todos los campos de batalla del mundo, dio a los seres humanos ésticos [Denominación del Prof. Hans Günther. Según otros científicos: alpinos. N. del T.] democráticos y a sus ayudantes bastardizados de las metrópolis, la oportunidad para el ascenso. El tipo humano que hace 150 años comenzó a surgir a la superficie como dominante en Francia, desde 1918 también se hallaba en Alemania, munido del dinero de Siria, en la cúspide de la democracia. Él no conocía los viejos valores, sino que los combatía y descaradamente en todas las calles y plazas ("el más estúpido ideal es el ideal del héroe" dijo el *Berliner* Tageblatt), el especulador exitoso devino hombre de honor, el banquero judío del Este, financista de los partidos "conservadores del Estado", pero el combatiente contra el escarnio del ser germánico fue encerrado en la prisión por "ofensa a la forma estatal". Esta subversión de los valores es equivalente a la modificación de la sangre dominante y ya una sola mirada a la fila de los dirigentes marxista-democráticos prueba de un modo espantoso la decadencia racial que existe entre el dominio de las cabezas de un Moltke, Bismarck, Roon y Guillermo I, y aquellos parlamentarios que administraron hasta 1933 la colonia bursátil Alemania.

El predominio de esta capa alpino-judía llevada a la superficie en horas de una espantosa desesperación de la parte valiosa del pueblo, pareció asegurado por el hecho de que, por instinto, inmediatamente se alió con los poderes fuertes en la actual Francia. Aquella Francia con cuyas ideas raídas habían sufragado anteriormente la pobreza espiritual de la revuelta de 1918. Habían llegado a ser grandes mediante aquellas mentiras, y no pudieron ya desviarse de su dirección. La forma de la política con respecto a Francia de la democracia en Alemania, por consiguiente, se remitía en último término a la simpatía "natural" de los seres humanos de la decadencia, quienes sienten como un vivo reproche el carácter recto y por lo tanto tratan de aliarse con la ruina. Esta es también la explicación esencial de la simpatía que la Rusia post-revolucionaria provocó en todos los centros de la subhumanidad marxista. Detrás del tornasolear de los presuntos principios, de las reflexiones de "realismo político", etc. se extiende una corriente de fuerza racial subconsciente, vale decir, aguas agitadas que llevan productos residuales del caos racial. Esto sin tener para nada en cuenta las tradiciones históricas y la legitimidad de la política de espacio vital, y por lo tanto, en perjuicio de la Nación alemana.

Todos los historiadores que tratan la historia dolorosa de las controversias entre Roma y la herejía, declaran únicamente que las cosas deben ser tratadas según el panorama mundial y las condiciones de la época correspondiente. Esto lo hacen tanto defensores como también adversarios de Roma, que en esto han sido víctimas conjuntamente de un error nefasto: como si no hubiera al lado de las circunstancias pasajeras también leyes esenciales inmutables, que por cierto luchan entre sí bajo diversas formas, pero que en cuanto a la dirección de su acción, pese a todo, siguen siendo idénticas a sí mismas. La lucha del ser humano nórdico contra el unitarismo espiritual romano es un hecho de esta naturaleza desde hace ya dos mil años, que *siempre* fue simultáneamente también una "condición temporaria". Por tal razón un juicio valorativo con respecto a la época actual conserva su justificación hondamente fundamentada también para la interpretación de las fuerzas similares en la lucha de las razas y del caos racial del pasado. Pero lo *que* sucumbió en esta lucha, que causó la modificación de naturaleza caracterológica y racial, precisamente esto no ha sido considerado por los historiógrafos profesionales: la destrucción de la sustancia racial en el Sud de Francia, también el exterminio de la sangre creadora en el núcleo aún fuertemente germánico de Austria mediante la Contra-Reforma y las demás "circunstancias" originadas en ello. La historiografía corriente ha tratado, por lo tanto, de negar lo inmutable, ha valorado por lo general unilateralmente lo condicionado por la época y sólo ha puesto a prueba sus descripciones en los símbolos exteriores. Mediante este conocimiento, para el venidero intérprete e investigador, en base a valores anímico-raciales inmutables ha sido creado un nuevo fundamento apropiado para hacer posible un paso hacia la altura para todos aquellos de fuerte voluntad.

Lo que precede requiere no obstante una contraparte, para no permitír que surja una interpretación chata de los grandes problemas. Por ejemplo, la historia de los husitas. El movimiento protestante en Bohemia presenta un rasgo *especialmente* distinto que en Francia. En Francia imperaba una lengua, una tradición estatal y estaban dado principios claros de un sentimiento nacional uniforme; en Bohemia, en cambio, estaban unos frente a los otros, alemanes y checos como fuerzas separadas también en gran parte por la raza. Los checos, por su parte, estaban racialmente estratificados en nobleza nórdico-eslava, mientras que los estamentos inferiores presentaban un cuño alpino-dinárico, es decir, mostraban aquel tipo que el checo actual personifica tan nítidamente. Bajo influencia anglosajona (Wiclef) el chequismo eslavo se separó en igual forma del universalismo romano que la Alemania que estaba evolucionando hacia la alemanidad y la Francia hugonótica. Este movimiento generó la así llamada orientación utraquista, que en los Artículos de Praga (10 de agosto de 1420) puso en el primer lugar de todas las exigencias la prédica libre, sin influencias, de las autoridades eclesiásticas superiores. Luego siguió la acostumbrada pretensión de la Comunión, el clamor por la derogación de la propiedad temporal de las iglesias y la exigencia de eliminación de los pecados mortales y su expiación por intermedio de la autoridad temporal. Con el fin de defender estas pretensiones que recibieron por respuesta bulas de excomunión papales, el clero checo libre tuvo que servirse de sus masas populares inferiores. Y aquí se mostró la naturaleza racialmente distinta alpino-dinárica, que se reveló en un salvajismo carente de cultura, unido a una espantosa superstición. El tuerto, el furioso Ziska von Trocnow (cuya cabeza en el Museo Nacional de Praga lo identifica como un hombre éstico-proasiático), fue la primera expresión del movimiento desvastador de los taboritas, al que los checos le deben el exterminio tanto de las fuerzas germánicas que en ellos aún actuaban, como también la relegación de las genuinamente eslavas.

Como impelidos por una locura proasiática, se levantaron fanáticos taboritas y declararon, que “en esta época de desquite todas las ciudades, aldeas y castillos deberían ser devastados, arruinados y quemados”, también Praga, “la Babilonia de las ciudades”. [34] El *kiliasmo* [Creencia en un reino de 1.000 años después del retorno de Cristo. N. del T.] absorbido del Antiguo Testamento (que también a otros movimientos protestantes le ha incorporado hasta hoy un peligroso veneno) indujo a los labradores checos a abandonar sus fincas y bienes en espera del “Reino de Dios sobre la tierra”, lo que luego tuvo por consecuencia el saqueo de las propiedades alemanas.

Los taboritas declararon más tarde la guerra a los utraquistas y ya en 1420 proclamaron una doctrina que desde siempre ha brotado de las gargantas de los subhombres oscuros rebelándose contra el espíritu de investigación y el genio: “Todo hombre que estudia las artes libres es vanidoso y pagano”. Los patriotas checos genuinos “perdían el conocimiento”, exactamente igual que en el año 1917 les pasaba a los intelectuales rusos en vista de la turgescente marea humana bolchevique. Fue éste el reconocimiento de la inferioridad checa que indujo a Franz Palacky (1846) a la confesión de que en todas las cuestiones culturales los alemanes se habían conquistado una posición cada vez más fuerte en el siglo 15 y 16: “De esto extraímos el conocimiento desagradable y entristecedor de que en la esencia de ambos pueblos, del checo y del alemán, reside algo que a éste con respecto a aquél, también prescindiendo de las condiciones políticas, le confiere una mayor fuerza de expansión y le asegura una preponderancia. permanente: que nosotros *poseemos un defecto hondamente arraigado que como* un *secreto veneno* roe el núcleo de nuestro valor”. Y cuando la “causa nacional checa” venció, triunfando totalmente el chequismo, precisamente por este motivo imperaba una terrible decadencia espiritual y ética. El patriota Hassenstein declaró acongojado: “De la patria huye el que aspira a vivir con rectitud”, mientras otro nacionalista checo, Viktorin von Wschehrd, confiesa: “No puede hallarse en nuestro Estado casi ningún miembro que no esté quebrado o debilitado”. Y como un ansia por otros hombres, anticipando la interpretación de Palacky sobre el veneno dentro del chequismo y señalando a la raza germánica como curación, suenan las palabras de Hassenstein de 1506 a un amigo en Alemania. Después de haber descripto la devastación y el derrumbe del pueblo checo, escribe: “Antaño ciertamente, bajo los Otones, Enriques, Federicos, cuando Alemania florecía, también creció nuestro poder... como la parte más noble del Reich era considerada Bohemia; ahora, empero, cuando vuestro Estado tambalea, nosotros no solamente tambaleamos, sino que nos derrumbamos completamente... A vosotros os desgastan las guerras, a nosotros nos devora la herrumbre”

El elemento alemán desde un comienzo y a pesar de muchas simpatías por el pensamiento anti-romano, se vio desplazado por el movimiento husita-taborita, lo que tuvo como consecuencia natural su identificación con el campo papista. Aquí, por consiguiente, por puro espíritu de auto-conservación frente a los seres humanos dinárico-alpinos sublevados, se llevó a cabo una coincidencia externa, sin la necesaria concordancia interna. En épocas de grandes revoluciones naturalmente nunca puede pensarse mucho en la preservación, pero el taboritismo costó al chequismo casi todo lo que poseía en cuanto a fuerzas culturales específicas. Desde entonces este pueblo ha permanecido a-creativo y debe su restablecimiento cultural posterior a las fuerzas formadoras alemanas que nuevamente volvieron a afluir. Salvajismo, unido a

---

[34] Höfler: *Geschichtsschreiber,* [*Historiógrafos,* N. del T.] III, p. 159.

mezquindad de carácter, ha seguido siendo hasta hoy desgraciadamente una característica de grandes partes del chequismo.

La ecuación Reforma igual Ser Nórdico no puede ser empleada, en consecuencia, con esta uniformidad, porque el gran pensamiento nórdico de libertad interior en muchos lugares también disoció de formas que les eran beneficiosas, a seres humanos que no poseían un alma libre ni un espíritu investigador alado.

Este enfoque de la historia checa es sumamente instructivo para la investigación histórica racial venidera en su totalidad, y enseña a distinguir muy bien libertad de "libertad". Libertad en el sentido germánico es independencia interior, posibilidad de investigación, estructuración de un concepto del mundo, sentimiento genuinamente religioso; libertad para los elementos proasiáticos introducidos y emparentados con ellos, significa desenfrenada destrucción de otros valores culturales. Lo primero tuvo en Grecia como corolario un máximo desarrollo cultural, pero después de la "humanización" también de los esclavos proasiáticos, la completa destrucción de esas creaciones. En la actualidad otorgar a todos sin diferencias una "libertad" exterior, significa entregarse al caos racial. Libertad significa sujeción a la especie, sólo ésta puede garantizar el despliegue más amplio posible. Pero la sujeción a la especie también exige la protección de esta especie. Todo esto enseña y exige también un examen más profundo de la historia checa.

Los 300.000 hugonotes que llegaron a la Europa Central eran o bien de especie puramente nórdica o al menos portadores de una sangre determinada por el ser germánico y podían constituir con el alemán una armonía fraterna. También cuando la revuelta francesa de 1789 de nuevo se lanzó a la caza no solamente de cortesanos venidos a menos, sino también de seres genuinamente nobles, muchos "franceses" hallaron en Prusia una nueva madre patria. Un Fouqué, un Chamisso, un Fontane, un gran número de héroes alemanes de la Guerra Mundial llevan nombres franceses. Por otro lado, un Kant hacía partir a sus antecesores de escoceses, Beethoven de holandeses, un H. St. Chamberlain alza como inglés los más hermosos tesoros de la psique germánica desde profundidades ocultas a la luz. Todo esto muestra un ir y venir de seres humanos y de valores sobre el plano del sentimiento vital germánico. Pero un ser totalmente distinto se muestra, sin embargo, en el así llamado pan-europeísmo actual, fomentado por todas las Internacionales y los judíos. Lo que aquí sucede no es una adecuación de elementos de condición germánica en Europa, sino una reunión de desechos del caos racial de las grandes metrópolis, un convenio comercial pacifista de grandes y pequeños negociantes, en último término, un sojuzgamiento de las postradas fuerzas germánicas en Alemania —yen todas partes del mundo—promovido por la finanza judía con la ayuda de las fuerzas armadas francesas actuales.

La forma estatal externa de autoconservación del pueblo alemán está rota, el Estado aparente hasta el cambio de 1933 dominado por fuerzas antigermánicas, en el Oeste amenazado por el francesismo agresivo, siempre aún enemigo de todo lo alemán; a esto se agrega que lo alemán en sí está rodeado también en el Este por olas tormentosas. Antaño Rusia fue fundada por los vikingos, elementos germánicos erradicaron el caos de la estepa rusa y presionaron a los habitantes dentro de formas estatales posibilitadoras de cultura. Este rol de la sangre vikinga en extinción lo retomaron más tarde las Hansas alemanas, y en general, los emigrantes oésticos a Rusia; en la época desde Pedro el Grande los bálticos alemanes en las postrimerías del siglo 19 y comienzos del 20 los pueblos bálticos fuertemente germanizados. Pero bajo la capa superior portadora de cultura dormitaba en Rusia siempre el ansia por una ilimitada expansión, la voluntad impetuosa de pisotear todas las formas de vida, sentidas como simples barreras. La sangre mezclada con la mongólica entraba en ebullición en todas las conmociones de la vida rusa, aún en fuerte dilución, y arrastraba a los hombres a acciones que al individuo mismo a menudo le han parecido incomprensibles. Este repentino vuelco de todos los signos éticos y sociales que retoman continuamente en la vida rusa y en la literatura rusa (desde Tschaadajew hasta Dostoiewski y Gorki) son un indicio de que corrientes sanguíneas enemigas luchan entre sí y que esta lucha no terminará antes de que una fuerza sanguínea haya triunfado sobre la otra. El bolchevismo significa la rebelión del mongoloide, contra las formas culturales nórdicas, es el deseo por la estepa, es el odio del nómade contra la raíz de la personalidad, significa la tentativa de desembarazarse de Europa en sí. La raza báltica-este, dotada de muchos dones poéticos, resulta —al estar impregnada de sangre mongoloide—arcilla, ductil en la mano de conductores nórdicos o de tiranos judíos o mongólicos. Ella canta y baila, pero asesina y da rienda suelta a su furor simultáneamente; es devotamente fiel, pero, al desprenderse en formas relajadas, desenfrenadamente traicionera. Hasta que es forzada dentro de nuevas formas, aunque sean de naturaleza tiránica.

Si en alguna parte, se muestra la profunda verdad de la actual concepción histórica sobre fundamento racial, pero simultáneamente la gran hora de peligro en que ya se encuentra la sustancia, de la raza nórdica es en el Este. Estas fuerzas que roen en el interior de cada país y las aguas revueltas del hampa, imponen a todo aquél preocupado por la cultura global de Europa la necesidad de un frente único de la comunidad de destino nórdica, que atraviesa transversalmente el actual así llamado frente de los vencedores y de los

vencidos de la Guerra Mundial (ver al respecto en el 3er. libro). Pero este conocimiento impone a todos los investigadores que cavan más hondo un gran deber y exige el despliegue de inusuales fuerzas de carácter.

Antaño los cristianos primitivos tuvieron la poderosa fe como para tomar sobre sí todos los martirios y persecuciones. Y vencieron. Cuando Roma abusó de estos hechos, surgieron nuevos cientos de miles fuertes en su fe en Europa, que todavía en la hoguera luchaban por la libre fe y la libre investigación. Otros se dejaron expulsar de la casa y de la madre patria, se dejaron encadenar a las galeras junto a negros y turcos, lucharon como stedingos y valdenses, hasta el último hombre por su existencia conforme a su especie. Y crearon así *todas* las bases de la cultura occidental-nórdica. Sin Coligny y Lutero, no habrían existido ni Bach y Goethe, ni Leipniz ni Kant. Y al respecto la ingenua fe en la Biblia de los protestantes hoy ha desaparecido tan irremisiblemente como antaño la fe en la "misión divina de la Iglesia" se había extinguido.

Pero hoy despierta una *nueva* fe: *el Mito de la Sangre, la fe de que con la sangre se defiende también la esencia divina del hombre.* La fe identificada con el saber más nítido de que la sangre nórdica representa aquel misterio que reemplaza y ha superado a los viejos sacramentos.

Y después de una retrospección desde el más lejano pasado hasta la mas reciente actualidad se extiende ante nuestra mirada la siguiente multiformidad de la fuerza creativa nórdica: la India aria brindó al mundo una *metafísica* que en cuanto a profundidad hoy aún no ha sido alcanzada; la Persia aria nos creó el mito *religioso,* de cuya fuerza nosotros todos todavía hoy nos nutrimos; la Hélade dórica imaginó soñando la *belleza* en este mundo, como nunca más fue realizada dentro de la perfección que descansa en sí misma, que tenemos ante nosotros; la Roma itálica nos mostró la *disciplina estatal* formal como ejemplo, de qué manera una colectividad humana amenazada debe estructurarse y defenderse. Y la Europa germánica obsequió al mundo con el más luminoso ideal de la humanidad: con el mensaje del *valor del carácter* como fundamento de toda cultura, con el cantar de los cantares a los más altos valores del ser nórdico, a la idea de la libertad de conciencia y del *honor.* Por ella se luchó en todas los campos de batalla, en todos los gabinetes de eruditos, y si esta idea no triunfa en la venidera gran lucha, el Poniente y su sangre sucumbirá así como la India y la Hélade desaparecieron antaño para siempre en el caos.

Con este conocimiento de que Europa en todas sus producciones ha sido hecha creadora únicamente por el carácter, ha quedado al descubierto el tema, tanto de la religión europea como también de la ciencia germánica, pero también del arte nórdico. Formarse conciencia interior de esta realidad vivirla con todo el fervor de un corazón heroico, significa, crear la precondición para todo renacimiento. Este conocimiento es el fundamento de una nueva visión del mundo, de un pensamiento estatal nuevo-antiguo, el Mito de un nuevo sentimiento vital, que él sólo nos dará la fuerza para echar por tierra el dominio que se ha arrogado el subhombre y para la creación de una cultura específica que impregne todas los ámbitos de la vida.

6.

Una crítica de la razón pura tiene la finalidad de hacemos tomar conciencia de las premisas formales de toda posible experiencia y de limitar las diferentes fuerzas activas del ser humano a un terreno determinado librado a ellas solas. El soslayamiento de esta concepción de la crítica del conocimiento ha conducido a los mayores deterioros en todos los terrenos; por tal razón la crítica del conocimiento de Kant significó el despertar a la plena conciencia en medio de una época que empezaba a cansarse de los sistemas religioso-escolásticos, chatamente naturalistas o sofocantemente sensualistas. Al reconocer este máximo aporte de la crítica de la razón, aun no se ha determinado nada que sobrepase lo formal, acerca de la naturaleza interna y el modo de empleo de las fuerzas anímicas y de la razón, es decir, una valoración de la esencia íntima de las distintas culturas y cosmovisiones no ha sido involucrada. De esto se han preocupado con creces el sistema romano el judaísmo y el fanatismo islámico. Es que en lo más profundo de su ser ningún pueblo de cultura otorgará a nadie el derecho de juzgar sus creaciones con los términos del censor de bueno y malo, justo y erróneo. Pues las culturas no son cosas que desde lejanías nebulosas se posan como círculos acompasados —no se sabe por qué— ya sobre una, ya sobre otra región de la tierra, sino que son creaciones pletóricas de sangre que *existen, cada* cual arraigada metafísicamente a su modo (racional o irracional), agrupadas alrededor de un centro inasible, referidas a un valor máximo, y todas poseen, aun en posterior adulteración, un contenido de verdad prodigando vida. Cada raza tiene su alma, cada alma su raza, su propia arquitectónica interna y exterior, su forma aparente y el gesto de su estilo de vida característicos, una relación privativa de ella entre las fuerzas de la voluntad y de la razón. Cada raza desarrolla en último término solamente un ideal máximo. Si éste es transformado o hasta destronado por otros sistemas de selección (*Zuchtsysteme*), por infiltración preponderante de sangre extraña e ideas extrañas, la consecuencia de este cambio interior está caracterizada exteriormente por un caos, por épocas de catástrofes. Pues un valor *máximo* exige una agrupamiento determinado condicionado por él, de los otros mandamientos de la vida, es decir, él determina el estilo de la existencia de una raza, de un grupo de

pueblos emparentados con esa nación. Su eliminación significa, por tanto, la disolución de la totalidad del estado de tensión interior orgánico-creativo.

Después de tales catástrofes puede suceder que las fuerzas del alma se agrupen de nuevo alrededor del viejo centro y den a luz, bajo nuevas condiciones, también una nueva forma de existencia. Ya sea después de una victoria definitiva sobre los valores extraños que por un tiempo habían irrumpido, ya sea después de tolerar un segundo centro de cristalización a su lado. Pero una yuxtaposición en el espacio y en el tiempo de dos o más concepciones del mundo referidas a distintos valores máximos, de las que han de participar los *mismos* seres humanos, significa una solución intermedia que augura infortunio, que lleva en sí el germen de un nuevo derrumbe. Si el sistema intruso logra debilitar la fe en las antiguas ideas y también corromper físicamente y subyugar al portador de estas ideas, es decir, a las razas y los pueblos, entonces esto significa la muerte de un alma cultural, que luego desaparece también en su encarnación exterior de la superficie de la tierra.

La vida de una raza, de un pueblo, no es una filosofía que se desarrolla lógicamente, tampoco un proceso que se desenvuelve según leyes naturales, sino la plasmación de una síntesis mística, de una actividad del alma que no puede ser explicada mediante raciocinios ni puede ser hecha comprensible a través de la exposición de causa y efecto. Interpretar una cultura en cuánto a su esencia, consiste, por consiguiente, en poner al descubierto el valor máximo religioso, ético, filosófico, científico o estético que determina todo su ritmo, pero al mismo tiempo condiciona también las relaciones y la jerarquización de las fuerzas humanas entre sí. Un pueblo de tendencia preponderantemente religiosa dará a luz una cultura distinta que aquel al cual el conocimiento o la belleza le prescriben su forma de existencia. *En último término es también, pues, toda* filosofía *que va más allá de una formal crítica de la razón, menos un conocimiento que una confesión;* una confesión anímica y racial, una confesión por valores de *carácter.*

Nuestra caótica era actual ha estado siendo evocada desde hace siglos. Gracias a determinadas circunstancias se ha logrado debilitar las leyes vitales de los pueblos de condición nórdica por la intervención de otras fuerzas, quitarnos en muchas partes la fe en los propios valores máximos establecidos, o incorporar éstos en un nuevo sistema como factores subalternos. Contra estas manifestaciones de decadencia el alma racial de Nord-Europa estuvo en ininterrumpida lucha. Hasta que a pesar de ello se formaron nuevos centros de fuerza antagónicos a ella.

El siglo 19 mostró en toda Europa tres sistemas existentes elaborados uno al lado del otro. Uno era el Occidente nórdico originario, basado en la libertad del alma y la idea del honor; el otro, el dogma romano perfecto del amor humilde y sumiso al servicio de un sacerdocio gobernado centralizadamente; el tercero era el franco precursor del caos: el desenfrenado individualismo materialista, con el fin de un dominio mundial político-económico del dinero como fuerza unificadora y formadora de tipos.

Estos tres poderes lucharon y luchan por el alma de todo europeo. Para el combate y la muerte se llamaba también en el último siglo en nombre de la libertad, el honor y la nacionalidad. Pero en 1918 habían vencido las potencias de la plutocracia y la Iglesia romana. Sin embargo, en medio del más espantoso derrumbe despertó la vieja alma racial nórdica a una nueva y más elevada conciencia. Ella comprende finalmente que no puede haber una yuxtaposición en *igualdad de derechos* de distintos valores máximos, que necesariamente se excluyen, como antaño creyó poder concederlo magnánimamente para su presente perdición. Ella comprende que lo racial y anímicamente emparentado puede ser incorporado, pero que lo extraño debe ser imperturbablemente segregado y, de ser necesario, vencido. No porque sea “falso” o “malo” *en sí,* sino porque es *específicamente extraño y destruye* la estructura interna de nuestro ser. Sentimos actualmente como un deber rendirnos cuenta sobre nosotros mismos hasta la última claridad, o bien pronunciarnos por el valor máximo y las ideas sustentadoras del Occidente germánico, o desecharnos anímica y corporalmente. Para siempre.

La *verdadera* lucha de hoy, entonces, no se libra tanto por desplazamientos exteriores del poder con compromiso interior como hasta ahora, sino inversamente por la reconstrucción de las células del alma de los pueblos preponderantemente nórdicos, por la reinstauración de aquellas ideas y valores en sus derechos soberanos, en los que ha tenido origen todo lo que para nosotros significa cultura, y por la conservación de la sustancia racial misma. La situación, de poder político puede quizás ser desplazada más aún durante mucho tiempo en perjuicio nuestro. Pero una vez que un nuevo y sin embargo antiquísimo tipo del alemán ha sido vivido y creado en cualquier parte, que consciente de su alma, de su raza y de su historia anuncia y personifica imperturbablemente los viejos-nuevos valores, entonces alrededor de este centro se reunirá *todo lo* que está buscando aunque sea a tientas y esté arraigado aún en el suelo de la antigua madre-patria Europa.

Anticipamos esto para constatar ya de entrada que no queremos aparentar una “ciencia sin premisas” como solían hacerlo y lo hacen los oscurantistas científicos, a fin de dar a sus concepciones el barniz de dogmas de validez general. No *existe una ciencia sin premisas, sino únicamente ciencia con premisas...* Uno de los grupos de las premisas lo constituyen las ideas, teorías, hipótesis que guían hacia *una* dirección

las fuerzas indagadoras dispersas y son probadas mediante el experimento en cuanto a su contenido de verdad objetivo. Estas ideas están tan condicionadas racialmente como los valores volitivos. Pues una determinada alma y raza se enfrenta al universo con una interrogación también de naturaleza especial. Las preguntas que formula un pueblo nórdico no constituyen para el judío o el chino absolutamente ningún problema. Cosas que para el occidental llegan a ser un problema son para otras razas enigmas solucionados.

En todos los concilios democráticos se oye aún hoy preconizar el dogma de la "internacionalidad del arte y de la ciencia". Los pobres de espíritu que han desacreditado a todo el siglo 19 con estos testimonios de incomprensión de la vida y carencia a-racial de valores, por supuesto, ya no pueden ser instruidos sobre la estrechez de este "universalismo". La joven generación, no obstante, que comienza a dar la espalda a este ambiente de invernáculo, descubrirá después de una sola mirada desprejuiciada sobre la diversidad del mundo que un "arte en sí" no existe, nunca ha existido y jamás existirá. El arte es siempre la creación de una determinada sangre y la esencia formal de un arte sólo es comprendida realmente por criaturas de la misma sangre; a otras les dice poco o nada (al respecto más detalles en el segundo libro). Pero también la "ciencia" es una consecuencia de la sangre. Todo lo que hoy llamamos en forma completamente abstracta, ciencia, es un resultado de las fuerzas creadoras germánicas. Este pensamiento occidental-nórdico de una sucesión de acontecimientos en el universo atribuible a leyes, la investigación de esta sujeción a leyes no únicamente no es una "idea en sí" con la que debería dar también cualquier mongólico, sirio y africano, sino todo lo contrario: este pensamiento (aparecido bajo otra forma en la Hélade nórdica) se vio durante milenios enfrentado por el antagonismo furioso de las muchas razas extrañas y sus cosmovisiones. La idea de la sujeción a leyes internas y la sujeción a leyes propias fue un golpe en la cara de toda concepción que edificaba su imagen del mundo sobre un despotismo arbitrario de uno a muchos seres munidos de poderes mágicos. De una cosmovisión como nos la transmite el Jahvé del Antiguo Testamento tan poco podía surgir una ciencia de nuestro cuño como de la creencia en demonios y de las hipótesis evolucionistas de seres humanos africanos. De esta eternamente extraña oposición también resultó la lucha del sistema eclesiástico romano contra la ciencia germánica. Esta ha seguido su luminoso curso a través de ríos de sangre propia, pero vertida por Roma. Monjes nórdicos piadosos, que atribuyeron mayor valor al testimonio del ojo captador del mundo que a pergaminos sirios amarillentos fueron perseguidos con veneno, la cárcel y el puñal, (véase Roger Bacon, véase Scotus Erigenal).

Lo que hoy llamamos "*la* ciencia" es creación originadísima de la raza germánica, no es un resultado técnico cualquiera sino la consecuencia de una forma singular de interrogación al universo. Como Apolo a Dionisio, así Copérnico, Kant, Goethe están frente a San Agustín, Bonifacio VIII, Pío IX. Así como el menadismo y las costumbres fálicas trataron de corromper la cultura griega antigua, así la doctrina del Infierno y la creencia desvariada en brujas de los etruscos desbarataron en lo posible todo brote de concepción del mundo nórdica. Con el relato de la expulsión de los espíritus malignos por Jesucristo esta magia siria se adhirió hasta hoy al cristianismo; el viaje a los Infiernos y la ascensión al Cielo, el fuego del Infierno y los tormentos del Infierno devinieron de ahora en adelante ciencia cristiana, las *succubi* e *incubi,* doctrinas científicas firmes, y no fue un proceder consecuente que los libros que se pronunciaron por la doctrina heliocéntrica de Copérnico fueran finalmente con todo borrados por Roma del Index en 1827 (¡!).

Pues sobre la base de la "verdad" romana solamente su doctrina es ciencia verdadera. Que a través de casi dos milenios *no* pudo imponer esta concepción a pesar de todo el derramarniento de sangre, lo tuvo que tolerar a regañadientes, pero también hoy está ininterrumpidamente en la obra de emponzoñar el espíritu de investigación nórdico por las viejas doctrinas mágicas. La más evidente encarnación de esta tentativa es la Orden Jesuita con sus secciones "científicas". El jesuita Cathrein declaró: "Una vez que una verdad queda bien afirmada a través de la fe (*lo que* está "afirmado" eso lo determina Roma), entonces toda afirmación contradictoria es falsa y, por tanto, tampoco puede ser nunca el resultado de un verdadera ciencia... " Y el moderno teórico de la "ciencia" jesuítica, el Dr. J. Donat, profesor en Innsbruck, declara que toda duda en las verdades de la fe es inadmisible. "Triste es el panorama de una ciencia, exclama, que no puede ofrecer otra cosa que una eterna búsqueda de la verdad". [35]

Con más nitidez posiblemente no puede evidenciarse la profunda diferencia en la postura espiritual, que mediante estas palabras de un hombre alpino completamente sumergido en el demonismo sirio: significan no menos que la pretensión al derecho del aniquilamiento de la voluntad de investigación europeo-germánica en nombre de un dogma arbitrario. Otro ejemplo más muestra el peligro actual de transformar en un caos el reconocimiento de la sujeción a leyes internas mediante la introducción de una especulación arbitraria: la actual "ciencia" de las finanzas.

El investigador europeo en cuanto trata de aplicar prácticamente un descubrimiento, siempre apunta, sin embargo, a una verdadera *realización* que quiere ver incorporada a la relación de causa y efecto, de motivo y consecuencia, como algo producido, creado. Siente trabajo, la invención y la propiedad como

---

[35] *Die Freiheit der Wissenschaft* [*La Libertad de la Ciencia,* N. del T.], 1910.

fuerzas formadoras de la sociedad en medio de una comunidad racial, nacional (*völkisch*) *o* estatal; hasta norteamericanos como Edison y Ford se pronuncian por esta postura anímica. También la Bolsa tuvo antes sólo el único sentido de posibilitar una transición sin fricciones entre acción y resultado, entre invento, producto y venta. Ella era un medio auxiliar similar al dinero. De esta posición de servicio se ha desviado hoy hacia una función completamente distinta. La "ciencia de las finanzas y de la Bolsa" ha llegado a ser al presente, un juego con valores ficticios, una magia de números, una perturbación realizada sistemáticamente por determinados círculos entre el pasaje de la producción hasta la venta. Hoy los amos de la Bolsa actúan con la hipnosis de las masas mediante noticias falsas, a través de la producción del pánico; excitan conscientemente al máximo todos los impulsos patológicos y de una natural actividad intermediadora en el engranaje de la economía se ha hecho arbitrariedad, corrupción del mundo. Esta "ciencia de las finanzas", por otra parte, tampoco es internacional, sino es puramente judía, y la enfermedad de la economía de todos los pueblos determinados nórdicamente proviene del hecho de que ellos se afanan por incorporar a su sistema de vida esta arbitrariedad siria, antinatural, originada en instintos parasitarios. Algo, que si se lograra hasta el final, traería tras de sí la destrucción absoluta de todas las premisas naturales de nuestra vida. La "ciencia" del peritaje de Dawes, la vigilancia del servicio de informaciones políticas por banqueros y su prensa, es antigermánica hasta la médula y se encuentra por eso también en consciente enemistad a muerte hacia los grandes pensadores alemanes de la actividad económica nórdica, es decir, hacia Adam Müller, Adolf Wagner, Friedrich List. Aquí se muestra también la naturaleza del marxismo judío, que combate "al capitalismo", pero no toca el centro de este capitalismo, la finanza bursátil.

La precondición de la "ciencia" romana es, por consiguiente, el estatuído, arbitrario dogma coercitivo de la Iglesia; la precondición de la "ciencia" judía es la ficción, en alemán: el fraude; la base, en cambio, de la ciencia germánica es el reconocimiento de una sujección a leyes (*Gesetzmassigkeit*) del universo y del alma humana, que se manifiesta en distintos efectos. Pero estas confesiones y conocimientos son fundamentales para la *valoración* de la vida en su totalidad, también de aquellos fenómenos que (como el sonambulismo, la clarividencia, ctc.) aún no pueden ser incorporados integralmente a esta forma de interpretación.

Y todo esto significa: si hoy hablamos de conocimientos y confesiones, entonces siempre sentamos muy determinadas *precondiciones.* Examinamos los distintos valores máximos que luchan por las almas de todos los europeos, constatamos la correspondiente arquitectónica de las fuerzas referidas a estos valores máximos, y nos pronunciamos por uno de estos sistemas. Esta confesión y el asentimiento a por lo menos las ideas básicas de la misma sólo puede venir de almas iguales, emparentadas, pero hasta ahora cegadas, los demás la rechazarán y deberán rechazarla, y si no pueden silenciarla la combatirán y deberán combatirla con todos los medios.

Tal desprenderse y apartarse tanto el individuo como todo un pueblo de las fuerzas aún poderosas de un pasado que interiormente fenece, es doloroso y dejará profundas heridas. Pero solamente tenemos la disyuntiva: asfixiarnos o emprender la lucha por la salud. Iniciar esta lucha con clara conciencia y fuerte voluntad es el cometido de nuestra generación. Terminarla es cosa de una generación posterior.

7.

Al hombre primitivo "el mundo" le ha sido dado como una alineación a-casual de imágenes en el espacio y sensaciones en el tiempo. El intelecto crea luego la relación causal, la razón, la unidad de lo diverso mediante el establecimiento de ideas directrices. La interrelación resultante de estas actividades la llamamos nuestra experiencia. Este es el fundamento formal de toda vida. Pero este fundamento es empleado en forma totalmente distinta. Una fuerza preponderante de la razón formadora de ideas conducirá a reunir las distintas unidades bajo cada vez menos ideas sumarias, para llegar finalmente a un único principio de explicación del mundo. Este monismo formal a su vez se manifiesta de modo distinto según que se haga originar la idea del Mundo de la idea de la Materia (la Materia absoluta, o sea una completa abstracción, *es* idea), o de la idea "Fuerza". El mecanicista consecuente califica a las moléculas, átomos y electrones como seres primigenios, cuya forma y combinaciones diversas crean el espíritu y el alma; el energetista consecuente reconoce a la materia únicamente como fuerza aglomerada, latente, que se descarga como oscilación eléctrica, luminosa o calórica. Tanto el monista materialista como el espiritualista son dogmáticos porque pasan por encima del último fenómeno originario del "mundo", fenómeno éste de apariencia tanto formal como material, con una única pero del todo decisiva afirmación, ya sea esta afirmación una tesis filosófica, científica, o una creencia religiosa. Este fenómeno primigenio es, también después de la superación del pluralismo, *la polaridad de todos los fenómenos,* pero también de todas las ideas. La duplicidad de toda existencia se evidencia físicamente como luz y sombra, caliente y frío, finito e infinito; espiritualmente como cierto y falso; del oralmente como bueno y malo (lo que sólo puede ser impugnado en cuanto estos conceptos también se refieren a algo fuera de ellos), dinámicamente como movimiento y reposo; como positivo y negativo; religiosamente como divino y satánico. Polaridad significa

siempre *simultaneidad* de los contrarios, cuyas magnitudes y caracteres (de ambos) no pueden, por consiguiente, ser explicados como destacándose uno *después* del otro. El concepto de lo bueno no es concebible en absoluto sin el de lo malo, recién recibe por él delimitación, es decir, forma. La electricidad “negativa” aparece siempre simultáneamente con la “positiva”; ambas formas son igualmente positivas, solamente con signo contrario. El No sienta el Sí y el espíritu como idea está dado simultáneamente con la idea de la corporalidad. Por consiguiente, entre los grupos que aparecen como polares una una relación causal no puede ser comprobada en ninguna parte, hasta los últimos límites de nuestro conocimiento que avanza a tientas. Pero de la contrariedad siempre existente de Sí y No nace toda vida, todo lo creador y hasta el monista dogmático —ya sea materialista o espiritualista— vive solamente de la existencia del eterno antagonismo. Únicamente en el espejo del cuerpo ve el espiritualista el “espíritu”, únicamente bajo la premisa de distintas calidades puede el materialista descubrir modificaciones de forma y desplazamientos materiales.

Así también el “Yo” y el “Universo” se enfrentan el uno al otro como dos últimos condicionamientos polares, y el peso que un alma pone sobre uno u otro (con reconocimiento subconsciente de la eterna antítesis), contribuye a determinar la naturaleza, el colorido y el ritmo, de la concepción del mundo y de la vida.

De esta ley metafísica primaria de todo ser y devenir (también éstos son dos contrarios polares que en forma puramente empírica se excluyen mutuamente en todo momento!) resultan, por de pronto, dos tipos de sentimiento vital: *ser dinámico o fijación estática de valores.*

Una observación del mundo preponderantemente estática tenderá al monismo de cualquier especie; ella tratará de imponer una síntesis espiritual única, un símbolo único, es más, también una forma única de la vida, contra toda polaridad, contra todo pluralismo. En lo religioso exigirá un severo monoteísmo, revestirá este dios unitario con todas las cualidades de la fuerza y esplendor, retrotraerá a él la creación, es más, tratará de eliminar por razonamiento lo satánico mismo. Un dios así llegó a ser Yahvé, que luego irrumpió como ayuda de la Iglesia cristiana, en el pensamiento occidental. Los israelitas y judíos habían estado encerrados originariamente en una vida religiosa enteramente pluralista; cierto es que su Dios nacional se preocupaba por ellos y ellos por él, pero nadie ponía en duda que los “otros dioses” eran tan reales y operantes como Yahvé. Durante el cautiverio entre los persas recién supieron los judíos de un Dios universal (cósmico) y su polo opuesto: del Dios Luz Ahura Mazda y tenebroso Angromainyu, que se transformaron más tarde en Yahvé como soberano absoluto y Satanás como su rival. El judío se desligó paulatinamente de todos los pluralismos, ubicó a Schaddai-Yahvé en el centro del universo, se puso a sí mismo como un siervo plenipotenciario y se creó mediante esta acción un centro gobernante, que ha criado por selección y preservado su mentalidad, su raza, su —aunque puramente parasitario— tipo, hasta el presente, sin tomar en consideración todos los fenómenos fronterizos causantes de mezcla. Y aún allí donde judíos “renegados” suprimieron a Yahvé, colocaron en su lugar el mismo ser, solamente bajo otro nombre. Se llamaba ahora “humanidad”, “libertad”, “liberalismo”,” clase”. En todas partes estas ideas se transformaron en el viejo rígido Yahvé y éste continuó criando bajo otras denominaciones a sus granaderos. Como Yahvé es imaginado como actuando en forma totalmente material, en el caso del judaísmo el monoteísmo rígido se entreteje con la adoración práctica de la sustancia (materialismo) y la más estéril superstición filosófica para lo cual el así llamado Antiguo Testamento, el Talmud y Karl Marx proporcionan el mismo conocimiento de causa. Esta autoafirmación estática es el fundamento metafísico de la tenacidad y fuerza del judío pero también de su absoluta esterilidad cultural y de su actuación parasitaria.

Esta estática instintiva constituye también la columna vertebral de la Iglesia romana. Sienta *una* síntesis ella misma como sucesora del destituido “pueblo de Dios” y desarrolla la misma imperturbable rigidez formal-dogmática que el Yahveísmo o el posterior Mahometismo. Tal sistema conoce *únicamente* la “ley”, es decir, la propia arbitrariedad, en ninguna parte la personalidad; allí donde llega al poder destruye necesariamente organismos, y sólo al hecho de que no pudo vencer *del todo* le debemos que aún haya pueblos, culturas, en una palabra, vida real. Nosotros hasta somos testigos de que el movimiento de oposición contra el peso paralizante de la Iglesia fue en Europa lo suficientemente potente como para incorporar al fundamento judeo-eclesiástico-romano un permanente pluralismo anímico, por amor al cual únicamente partes de los pueblos occidentales también aceptaron obligadamente el rígido centro, de modo que se puede hablar con toda razón del catolicismo y de sus santos (como fenómeno religioso, no como Iglesia y liga unitaria de política de poder) como de una fe condicionada por el politeísmo. Pero de cualquier modo, su centro ha reforzado en Europa una posición estático-monista, y mediante el reconocimiento del Nuevo Testamento ha introducido de contrabando también el espíritu del Antiguo Testamento dentro del protestantismo originariamente individualista.

El protestantismo se revela desde un comienzo como escindido espiritualmente. Considerado como movimiento de defensa significaba el alzamiento de la voluntad germánica de libertad, de la vida nacional autónoma, de la conciencia personal. Sin duda alguna, ha abierto el camino para todo lo que hoy llamamos obras de nuestra máxima cultura y ciencia. Pero en lo religioso ha fallado porque se quedó a mitad de

camino y en lugar del centro romano puso el jerusalemítico: el derecho soberano de la letra bloqueó la irrupción de aquel espíritu que antaño había predicado el Maestro Eckehart, pero que tampoco pudo imponer aún frente a la Inquisición y las hogueras. Lutero realizó, al colocar en Worms la mano simultáneamente sobre el Nuevo y el Antiguo Testamento, un acto considerado por sus adeptos como simbólico y venerado como sagrado. En la letra de estos libros se medía en lo sucesivo la devoción y el valor del protestante. Nuevamente la pauta para nuestra vida espiritual se hallaba fuera de la esencia alemana, aun cuando geográficamente no puede ser comprobado con tanta claridad como en el caso del “Anticristo” de Roma. El encuentro de Lutero con Zwingli muestra hasta qué punto aún llevaba las antiguas cadenas. Su doctrina de la Comunión, adoradora de la materia, la seguimos arrastrando hasta hoy en el texto de fe protestante. Recién muy tarde Lutero se desembarazó de los “judíos y sus mentiras” y declaró que ya no tenemos nada en común con Moisés. Pero mientras tanto la “Biblia” había llegado a ser un libro popular y la “profecía” antiguo testamentaria, religión. Con ello la judaización y congelación de nuestra vida había sido impelida un paso más hacia adelante, y no es de extrañar que a partir de entonces niños alemanes rubios tuvieran que cantar todos los domingos: “A ti, a ti, Jehová, quiero cantarte, pues ¿dónde habrá un Dios como tú?... “

Los judíos habían tomado (como tantas otras cosas) la idea de un Dios universal (cósmico) de los persas. Aquí, encontramos el testimonio más portentoso del reconocimiento filosófico-religioso de la existencia polar. El gran drama cósmico se consuma en una lucha que abarca muchas edades de la Tierra, entre la Luz y las Tinieblas, hasta que —como quedó expuesto anteriormente— después de un combate terrible el Salvador del mundo, el Caoshianç, viene y separa las ovejas negras de las blancas, es decir, una figura como aquélla en la que Jesús apareció a un mundo posterior. El dramatismo debe hallar naturalmente un punto culminante en la victoria, pero en ninguna parte la dinámica del alma ha quedado formulada en forma más consciente y grandiosa que aquí, en la antigua doctrina persa. Y por esa razón a nosotros, que hoy comenzamos a desembarazamos de la estática foránea de todo lo jerusalemítico, junto a las sagas de los pueblos nórdicos, este drama de Persia nos parece de parentesco próximo y primigenio. La concepción supraterrenal (metafísica) va unida además a una acerba enseñanza moral y complementa una comunidad de almas en sentido ético-religioso, tal como desde siempre ha sido sentida por los hombres conscientemente nórdicos.

El ser humano germánico en el momento de su aparición en la historia mundial por de pronto, no se ocupó de filosofía. Pero sí hay algo característico de su modo de ser es la dinámica de su vida interior y exterior, apareada por imperio de la naturaleza con la aversión contra un monismo inmóvil, de cualquier índole, contra una especie de rigidez eclesiástica, tal como más tarde le fue impuesta por Roma a través de una superioridad técnica y diplomática, en una época de debilidad, cuando el tiempo juvenil de su raza llegaba a su fin, los viejos dioses estaban agonizantes y se estaba a la búsqueda de nuevos.

Si la controversia entre Europa y Roma terminó en un compromiso que como tal ahora perdura a pesar de numerosas rebeliones durante 1500 años (pero que no es sentido tan pesadamente sólo porque las viejas costumbres hogareñas con todo siguen subsistiendo tal como fueron practicadas antes de la cristianización, y únicamente recibieron una nueva interpretación) este compromiso probó ser imposible en los campos del arte, la filosofía y la ciencia. Aquí la lucha, ha sido llevada en la forma más consciente y más tenaz, y terminó con la derrota del terror del Index y de las hogueras, aun cuando esto no haya penetrado aún en la conciencia de las masas de sensibilidad más lerda y también de las personas cultas de falsa cultura. En esto se revela el espíritu europeo en toda su dinámica y en su captación polar de la existencia, netamente separadora, pero al mismo tiempo evidencia que la disputa por las formas ha conmovido menos al europeo nórdico que la veracidad como valor interior del carácter, tal cual era condición previa en la ciencia y la filosofía.

La realidad fundamental del espíritu europeo-nórdico es la separación realizada consciente o inconscientemente de dos mundos, el mundo de la libertad y el mundo de la naturaleza. En Emmanuel Kant este fenómeno primario de la metodología del razonamiento de nuestra vida alcanzó su conciencia más luminosa y no debe nunca más perderse ante nuestros ojos. Pero este auto-despertar da testimonio de una concepción muy especial de aquello que debe ser considerado como “verdadero”. Al indio de las postrimerías se le disolvió al final todo el universo en simbolismo; también el Yo devino finalmente solo la insinuación de algo eternamente idéntico. “Verdadero” era para el metafísico indio no una realidad expresable por circunloquios que en nuestro sentido pueda ser incorporada a la cadena de causa y efecto o de hecho y consecuencia, sino la acepción puramente subjetiva referente a un acontecimiento o aun relato. Por tal razón, el indio exige para los hechos milagrosos de Rama o Krisna no una creencia como si se tratara de realidades, sino que declara aquellos como “reales” desde el momento en que se cree en ellos. En base a este concepto de la realidad, en el teatro indio se transforman sin contradicción las niñas en flores, sus brazos en lianas y los dioses en miles de figuras humanas... Por ser, como simbolismo, dependiente de la fe, el “milagro” es despojado de su significado material. Distinto es para el ser humano en el este del Mar Mediterráneo. Aquí la libertad fue introducida en la naturaleza como acto de hechicería y la historia de estos países está colmada de milagros “verdaderos” en los que se cree en forma puramente

material. Un ejemplo claro de la conciencia de dominar dos mundos diferentes nos lo da Adriano. En el noroeste preponderantemente germánico de su Imperio mundial se muestra como servidor heroico del Estado, participa de todas las fatigas del viaje al igual que el simple soldado, es señor y amo, pero no dios y hacedor de milagros. Pero como tal aparece el sabio conocedor de los seres humanos en sus viajes a través de regiones africanas, sirias y helénicas. De esta manera, Adriano fue adorado como Salvador en el sud y sudeste del Imperio, fue admitido en la dirección de los Misterios Eléusicos, se dejó venerar tranquilamente como Helio, introdujo el Antinous como dios en Egipto, cuya muerte y genuina resurrección fueron luego igualmente creídas y proclamadas por los sacerdotes como la muerte y la "verdadera" resurrección de Cristo: Adriano curaba enfermos, sanaba a lisiados mediante el contacto de su mano, y los relatos sobre sus hechos milagrosos recorrieron como la más auténtica crónica todos los Estados del Mar Mediterráneo oriental. Al círculo de estas mezclas de naturaleza y libertad unidas en la creencia en la brujería de ciertos pueblos, pertenecen naturalmente también las leyendas cristianas, que con toda seriedad son pregonadas aún hoy a los europeos: "parto virginal", "resurrección" material de Cristo, "ascensión al Cielo y viaje a los Infiernos", agregado a ello las distintas "visiones" de los santos católicos, a los cuales la Virgen María se les apareció tan realmente como Jesucristo, quien según relato del jesuita Mansonius se le apareció en persona a la virgen Juana ab Alexandro el 7 de junio de de 1598, expresando satisfacción por la obra de "su" Sociedad.

Hasta qué punto este mundo de hechicería de África-Asia había echado su sombra sobre Europa y amenazaba con estrangular todo razonamiento aún de los más libres, de ello da fe el juicio de Lutero sobre Copérnico, a quien llamó embustero y defraudador solamente porque la Biblia mágica lo quería de otro modo del que enseñaba el gran *Kopperning.* Pero millones aún no han comprendido que Copérnico, quien en lugar de la imagen estática del mundo del disco terrenal inmóvil con el Cielo arriba y el Infierno abajo, colocó la dinámica de los sistemas solares en eterno girar, superó sin dejar restos la totalidad de nuestra doctrina eclesiástica compulsiva, la totalidad de la mitología de resurrección y de viaje a los infiernos y terminó con ellos de una vez por todas. La profesión de fe de Nicea, resuelta con mayoría de votos de sacerdotes disputadores por *orden* del emperador romano, los dogmas originados en sínodos de bandoleros donde a palos se decidieron problemas religiosos, están muertos, son interiormente falsos, y nada pone de manifiesto con mayor nitidez la impotencia y la falta de veracidad de nuestras Iglesias, que la circunstancia de que quieren imponer cosas que con la religión no tienen absolutamente nada que ver, de que defienden aún dogmas en los que ellos mismos ya no pueden creer. Tienen razón cuando declaran: en caso de que el "Antiguo Testamento" o la profesión de fe de Nicea fueran desmontados de la estructura de las Iglesias, faltarían entonces las piedras angulares, por lo que toda la construcción se desmoronaría. Esto podría ser cierto, pero nunca aún mediante una excusa oportunista poco convincente, calculada sólo para algunos decenios, se ha evitado un derrumbamiento. Por el contrario, cuanto más tarde tal derrumbamiento tuvo lugar, tanto más terrible llegó a ser. Cuando ya no se cree en dioses, éstos se vuelven ídolos. Cuando formas de la vida devienen fórmulas desnudas, se produce la muerte anímica o la revolución. No hay otra alternativa.

"No he venido a traer la paz, sino la espada". "Quiero encender fuego sobre la Tierra, y quisiera que ya estuviese ardiendo", dijo el rebelde de Nazaret. Él fue *una* revelación, y los sacerdotes más tarde, preocupados por su poder pusieron esta revelación como *única* en el mundo, la apuntalaron ingeniosamente mediante profecías "cumplidas", nuevos señalamientos para el futuro, y procuraron con todas sus fuerzas hacer de la vida, muerte.

8.

El ideal estático, de acuerdo a su esencia, exige "tranquilidad". Pero esta exigencia no puede imponerse frente al eterno fluir de la naturaleza, a pesar de toda la negación de los mandamientos dinámicos de la vida. Esto requiere la dedicación a pocos momentos limitados en el tiempo. Estos son las "revelaciones" que luego son transformadas por un tiempo lo más largo posible en su "ser" en la "eterna verdad". El ser humano que siente dinámicamente (volitivamente), en cambio aunque deja actuar consciente o inconscientemente un "ser", investiga, sin embargo, el devenir como expresión del ser, sin que necesite revelaciones mágicas —nunca habidas— como "milagros" para una vivencia anímica. Esta permanente pugna "en devenir" por el "ser" es religión germánica, que hasta en la mística más apartada del mundo aún se hace notar. "Revelación" dentro del sentir nórdico puede ser únicamente *gradación ascendente,* "*coronación*" de un devenir, no destrucción de las leyes de la naturaleza. Pero esto lo quiere la teodicea judía lo mismo que la romana. El golpe más rudo lo asestaron a esta concepción la ciencia germánica y el arte nórdico. El Yahvé eclesiástico está hoy tan muerto como Wotan 1500 años atrás. Pero luego, el espíritu nórdico adquirió conciencia filosófica en Emmanuel Kant, cuya obra esencial consiste en la separación, por fin una vez realizada, de las competencias de religión y ciencia. La religión tiene que ver únicamente con el "reino de los cielos en nuestro interior", la ciencia genuina únicamente con la mecánica, la física, la química,

la biología. Esta separación crítica significa, realizada, la primera premisa de una cultura nórdica específica pero significa también la superación de los dogmas determinados sirio-judaicamente y la liberación (*Frei-Werden*) de nuestra vida dinámica conscientemente polar: libertad-mística y naturaleza-mecanicismo, que asegura ella sola una auténtica unidad. Si el movimiento de renovación que ahora está naciendo en Alemania tiene una misión histórica, ésta es: afianzar con plena conciencia los *fundamentos* de nuestra cultura que han sido transformados por las doctrinas eclesiásticas romano-judías y la visión del mundo sirio-africana, y llevar a la victoria sus valores principales.

Todas estas reflexiones sobre la crítica del conocimiento y la psicología racial y las referencias históricas muestran, por una parte, una gran diversidad de las diferentes fuerzas de naturaleza anímico-racial o caótico-racial que luchan entre sí por el predominio, pero luego también una cierta unidad en la postura de los elementos nórdicos o al menos preponderantemente nórdicos. A nivel de la “visión de la naturaleza” todos los dioses de la familia de pueblos indogermánicos son dioses del cielo, de la luz, del día. El Varuna indio, el Uranus griego, el padre de los dioses Zeus y el dios del cielo Odín, el Surya (el “Radiante”) de los indios, Apolo-Helio y Ahura Mazda, todos ellos pertenecen a la misma esencia en el mismo escalón específico de desarrollo. Con esta religión de la luz se enfrenta a los distintos grupos raciales de orientación quetónica-matriarcal, el principio paternal.[36] En otro plano la mitología está impregnada heroico-éticamente, unida a la voluntad de investigación y el ansia de conocimiento, de modo tal que los dioses devienen portadores de distintos impulsos volitivos y espirituales, desde el dios Sol de los antiguos indios, a quien en la temprana mañana se le ruega no solamente por la fertilidad sino también por la sabiduría, hasta Odín, que en la búsqueda por conocimiento del mundo sacrifica él mismo un ojo. Y en la cúspide de la compenetración filosófica de los problemas vemos que, a pesar de profundas diferencias formales, los Upanishads, Platón y Kant llegan al mismo resultado de identidad de espacio, tiempo y causalidad.

La diversidad reconocida no es, por lo tanto, ningún caos; la unidad revelada, por su parte, ningún Uno amorfo, únicamente lógico. (*Gestaltlose, ploss logische Eins*).

Este conocimiento es de importancia decisiva, porque no sólo nos pone en la más aguda oposición de todos los sistemas “absolutos” “universalistas”, que partiendo de una presunta humanidad nuevamente quieren llegar a la unidad de todas las almas por todos los tiempos; él nos conduce también a un conflicto con fuerzas nuevas, genuinas, de nuestro tiempo, que igualmente han enterrado a sus muertos, con las cuales nos relacionamos con simpatía en muchos puntos, pero que, al rechazar justificadamente un racionalismo árido, terrible, que amenazaba con ahogar nuestras almas, creen ahora deber refugiarse en “profundidades primigenias”, declarar la guerra al “espíritu” como tal, para volver a “re”-encontrarse con la “unidad cuerpo-alma” en oposición a la razón, al intelecto, a la voluntad, cuyo conjunto se llama “espíritu”.

Aunque una referencia a la sentimental “vuelta a la naturaleza” y la glorificación de lo “primitivo”, tal como surgió hacia el final del siglo 18, es lógica, ella resulta demasiado barata naturalmente frente, por ejemplo, a un Ludwig Klages o un Melchior Palagyi. Lo que persigue la actual nueva ciencia del alma (psicología) y la caracterología se halla a mucho mayor profundidad; a veces las controversias claman justamente por la fundamentación psíquico-racial, a fin de deslizar debajo de toda la estructura una base desarrollada orgánicamente. Algo se desmoronaría con ello, pero mucho aparecería como cimentado aún más fuertemente.

En la aparición de una conciencia nítidamente delimitada se percibe la primera alienación frente a un estado original natural-vegetativo, creativo-premonitorio del ser humano venerador y, heroico de una era primaria. Este estado es presentado él solo como vida auténtica, que fue falseada por sentencias y dogmas puramente racionales. Ya se ve aquí en el punto de partida cuán próximas y cuán extrañas simultáneamente. se enfrentan nuestra visión del mundo anímico-racial y la nueva psico-cosmogonía. El intelecto es, como ya hemos expuesto, una herramienta puramente formal, es decir, vacía, de contenido. Su misión consiste únicamente en establecer la serie de causalidad. Pero si se le ve entronizado como soberano legislador, esto significa el fin de una cultura. (Y ello como testimonio de un envenenamiento racial, lo que no es advertido por los vitalistas). Hasta este punto hay concordancia. Pero no es en absoluto necesario en este espíritu que la razón y la voluntad se enfrenten como enemigos a la vida. Hemos visto como, en oposición a todos los pueblos semitoides, la postura del alma, de la voluntad, de la razón, por parte de los pueblos nórdicos fue frente al universo esencialmente semejante En este sentido, por ello, no tenemos que vernos con un ser humano primigenio abstracto, a quien esté justificado atribuir una absoluta

[36] Es completamente desorientador si Hermann Wirth en *Aufgang der Menschheit* [*Amanecer de la Humanidad*, N. del T.] trata de presentar precisamente el matriarcado como una forma de vida primitivo nórdica-atlántica, pero simultáneamente reconoce también el mito solar como un bien nórdico. El matriarcado está ligado siempre con la creencia en dioses quetónicos, el patriarcado siempre con el mito solar. La alta estima de la mujer en el ser humano nórdico se basa precisamente en la estructura *masculina* de la existencia. La femenina en el Asia Anterior de la época precristiana ha producido siempre solamente betairismo y colectivismo social. Las pruebas que Wirth aduce son, por consiguiente, también más que escasas.

"seguridad frente al mundo", sino con un carácter racial nítidamente acuñado. Y resulta el hecho curioso que los enconados adversarios del actual racionalismo contrario a la vida se crearon ellos mismos, de una manera totalmente racionalista, un primitivo ser heroico, inconscientemente creador.

Porque el estado primigenio —al menos en cuanto de alguna manera sea posible descender a él— no está caracterizado en todas partes por la mentalidad heroica. El pueblo judío comienza con historias de cría de animales, pero carentes de toda heroicidad; en su posterior éxodo de Egipto lo acompaña la Biblia misma con el relato de los objetos de alto valor robados a los egipcios; en las trapacerías y en el parasitismo entre los pueblos de la "Tierra Prometida" misma, se pone de manifiesto luego igualmente todo lo contrario de una postura heroica. Una auténtica heroicidad falta además a los fenicios, por mas que estos se hayan atrevido a realizar lejanos viajes marítimos, a lo largo de las costas. Y aún cuando el semita puro (P. ej., el árabe) dispone de valentía y salvajismo, le falta en cambio el distintivo de lo creador casi por completo. Luego los etruscos nos han legado, por cierto, un montón de las más obscenas costumbres y monumentos, pero ni siquiera un indicio que permitiera suponer facultades interiores creativas. La heroicidad es, empero, el rasgo fundamental de todos los pueblos nórdicos. Esta heroicidad de los viejos tiempos míticos —y esto es lo decisivo— nunca se ha perdido, a pesar de muchas épocas de decadencia, mientras esta sangre nórdica estaba aún de algún modo viva. Cierto es que el heroísmo tomó diversas formas, desde la nobleza de la espada de Sigfrido y Heracles hasta la nobleza del investigador de Kopperning y Leonardo, de la nobleza de la religión de Eckehart y Lagarde, a la nobleza política de Federico y Bismarck, la esencia siguió siendo la misma.

La supuesta unidad en la antigüedad remota, por consiguiente, no existe, es una abstracción moderna; además la razón y la voluntad, también después de finalizar una era "visionaria de la naturaleza", no se alejan de la sangre y de la vida en la medida en que no han sido sofocadas por la jungla espiritual del Oriente Anterior. Pues no es el caso, como trata de presentarlo la nueva doctrina de cuerpo-alma, de que únicamente el ser humano telúrico, instintivo, está próximo a la naturaleza y es más íntegro, más pletórico de vida que el espiritual, alejado necesariamente de todo esto. No es el caso de que la concepción quetónica, en la que se entusiasma esta nueva doctrina (fecundada por la poesía extravagante de Bachofen), acusa un grado especialmente elevado de profundidad vital, y seguridad ante el mundo. Pues los pueblos que parten del mito del sol y de la luz y lo siguen desarrollando, se enlazan con ello directamente con el generador y guardián visible de todo lo orgánico, ya que únicamente de la tierra soleada brotan también los favoritos de Afrodita y de Demeter, de Isis y de Astarté.

El mito solar de todos los arios no es "espiritual" únicamente sino es sujeción a las leyes de la vida, cósmica y próxima a la naturaleza, simultáneamente. Pronunciarse contra él en nombre de una "unidad instintiva", y hasta con miradas añorantes al Asia Anterior, significa, en consecuencia, un volver a caer en estados de caos racial y anímico, semejantes a aquellos que en la Roma postrera bulleron tan nefastamente. Pero por más que nuestra actual caracterología y doctrina de la unidad cuerpo-alma también se diferencia de la ingenua exaltación por la naturaleza de Rousseau y Tolstoi, sin embargo ambos movimientos tienen en común dos cosas: un pesimismo cultural y una fe conmovedora en la "seguridad ante el mundo" del ser humano no corrompido por el "espíritu". La vida refinada, el atletismo de equilibrio espiritual de los grandes enciclopedistas del esclarecimiento creó un páramo anímico, provocó una resistencia interior —después también exterior— contra todas las sentencias religiosas y so ciales vigentes hasta entonces. Los Bandidos, Posa, Fausto, Clarita, Margarita, son todos testimonios de este *Sturm und Drang* [*Ataque e Impulso. Sturm und Drang*, que significa también excitación y anhelo vehemente, designa una época literaria en la Alemania del siglo 18. N. del T.] contra barreras y ataduras bajo el signo de algo nuevo, personal o individual, respectivamente. [37] Pero esta entrega del Yo a su presunta esencia primitiva natural condujo o bien a la catástrofe —del idilio de Werther a los sufrimien tos de Werther— o al reconocimiento de la problemática de la naturaleza imaginada tan "natural". El pesimismo cultural fue suplantado por una duda con respecto al retorno a la naturaleza, pleno de bendiciones. Y esta última fase tampoco será ahorrada a los neovitalistas que declaran la guerra a la totalidad de la cultura actual, también a la cultura de mañana al servicio de un puramente *abstracto* —esto es importante señalarlo— misticismo de la naturaleza. Una misión fructífera, sólo podrá surgir para este movimiento si del nebuloso universalismo "*de la naturaleza*", extrae las figuras orgánicas, las razas, reconoce su ritmo de la vida, investiga aquellas condiciones en medio de las cuales han sido creadoras y bajo qué circunstancias se produjo la decadencia o la declinación respectivamente de la genuina fuerza anímica de empuje. Pero el nuevo romanticismo naturalista tendrá que despedirse tanto de un universalismo abstracto —como reacción frente a un individualismo racionalista desenfrenado— como también del odio por principio a la voluntad y la razón. Se trata, por ende, de reconocer la ley más profunda de toda cultura genuina: *ella es la plasmación en la conciencia de lo vegetativo-vital de una raza.*

Un hondo abismo se abre entre lo vegetativo en cuestión y la esencia de la conciencia, pero la tensión provocada de este modo es al mismo tiempo la premisa de toda creación. El abismo es abierto por el hecho

---

[37] Véase al respecto H. A. Korff: *Die Dichtung von Sturm und Drang*, [*La poesía del Sturm und Drang*, N. del T.], 1928.

de que todo nuestro ser animal-vegetativo se encuentra en un fluir ininterrumpido, pero nuestra capacidad de percepción es intermitente [38]. Únicamente gracias a las percepciones individuales circunscriptas, al establecimiento de divisiones del tiempo, esquemas, y posibilitadas por esta intermitencia, están dadas las precondiciones tanto para el idioma como para todo arte y ciencia. Por otro lado, existe aquí la raíz *vital* más profunda de la comprobación de la crítica del conocimiento de Kant, de que la idea y la experiencia *nunca* coinciden completamente, es decir, que la cultura, posibilitada recién por la intermitencia de la conciencia, nunca puede ser comprobada como enteramente "vital". Por consiguiente, estos "dos mundos" demuestran ser también desde este punto de vista una ley primigenia de todo nuestro ser polarmente duplo. Si de este modo la obra genial individual aparece en todos los campos de la existencia creativa como una síntesis artística de libertad y naturaleza, entonces la obra de todo un pueblo representa este simbolismo mitad martirizante, mitad produciendo gran dicha, de esta dominación de lo no-dominable. Las culturas nacionales son, por tanto, los grandes "pulsos del espíritu", en medio de la eternamente fluyente vida, muerte y devenir.

Ahora bien: dado que el ser humano nórdico parte justamente de esta vida en devenir, del *día,* él es del todo "naturalmente" vitalista. La mayor hazaña de su historia fue, sin embargo, *el conocimiento germánico de que la naturaleza no* se *dejaría dominar mediante la hechicería* (como el Asia Anterior creyó poder hacerlo), *pero tampoco por medio de esquemas del intelecto* (como lo hizo la Grecia postrera) *sino únicamente a través de la más intima observación de la naturaleza.* Aquí, pues, el piadoso Albrecht von Bollstedt (Albertus Magnus) se aproxima estrechamente a Goethe; el exaltado Francisco al escéptico religioso Leonardo. Este vitalismo, el Occidente germánico no se lo dejó robar tampoco por la Iglesia romana, a pesar de las excomuniones, el veneno y las hogueras. Y este vitalismo místico era al mismo tiempo cósmico, o inversamente, *porque* el ser humano germánico sentía de manera cósmico-solar, por eso también descubrió el imperio de leyes en el eterno devenir sobre la Tierra. Y quizás ha sido precisamente este más hondo sentimiento lo que también le posibilitó construirse los necesarios esquemas de la ciencia, producir un simbolismo de ideas que le proporcionó las armas para, a pesar de la intermitencia de la conciencia siempre plasmadora, aproximar esta conciencia muy estrechamente al "eterno fluir".[39].

El hecho de que hoy un sector adora estos símbolos y esquemas significa el mismo estado de decadencia que la idolatrización del "vitalismo" en sí. No para esto nos fue obsequiada antaño la ciencia germánica, en medio de un ejército de nueve millones de herejes asesinados como el más grande símbolo de la libertad de plasmación, para condenar o elevar a condición de ídolo las partes y los métodos para siempre unidos a ella. El que hoy con furia ciega vocifera contra "*la* técnica", y acumula sobre ella maldiciones sobre maldiciones, olvida que su aparición se remite a un eterno impulso germánico, el que debería entonces también desaparecer juntamente al hundirse aquélla. Pero *esto* nos entregaría tanto más a una barbarie, a aquel estado por el cual las culturas alrededor del Mar Mediterráneo antaño se hundieron. No "*la técnica*" *mata hoy todo lo vital, sino que el hombre está degenerado.* Fue deformado interiormente, porque en horas débiles de su destino le fue presentada la fantasmagoría de un motivo que en sí le era extraño: conversión del mundo, humanitarismo, cultura de la humanidad. Y por esa razón es necesario hoy quebrar esta hipnosis. en vez de profundizar el sueño de nuestra generación y predicar la "irreversibilidad de los destinos", sino mantener en alto aquellos valores de la sangre que —una vez reconocid os de nuevo— también pueden dar a una joven generación una nueva orientación, para posibilitar una cría de perfecciona-miento y un mejoramiento racial. Por una genuina percepción de la naturaleza de las luchas precedentes de los pueblos que forman la familia indogermánica, debilitados orgánicamente por potencias extrañas, una vez captadas las evoluciones dentro de su vida específica, después de la nueva vivencia de la postura interior siempre idéntica a sí misma del carácter frente al universo, reconocemos, no sentimos el ansia de nuestra generación, que llena de odio rechaza el presente *actual* en el sentido de un presente *eterno: hacer concordar la razón y la voluntad con la dirección de la corriente anímico-racial del germanismo. Es más si fuera posible, con la corriente de aquella tradición nórdica que desde la Hélade y Roma ha llegado a*

---

[38] Muy bellamente ha sido expuesto esto por Melchior Palagyi en sus *Naturphilosophischen Vorlesungen über die Grundprobleme des Bewusstseins und des Lebens,* [*Conferencias de filosofía de la naturaleza sobre los problemas fundamentales de la conciencia y de la vida*, N. del T.], Scharlottenburg, 1908, sin que sea necesario asentir a todas las conclusiones, que en parte revelan una interpretación errónea de Kant.

[39] Haber representado toda esta "legitimidad" *(Gesetzlichkeit)* es uno de los mayores méritos de Kant. Una descripción luminosa de este acto de crítica del conocimiento nos la ha dado especialmente H. St. Chamberlain en su *Goethe* y en la exposición sobre Descartes de *su Emmanuel Kant.*

nosotros aun no adulterada. Esto significa, hablando filosóficamente: *dar a la voluntad que hoy semeja al fuego futuro, un motivo grande que corresponde a su fondo original.*

Si en la postura artístico-heroica vemos aquí lo esencial indistintamente que se trate de guerreros, pensadores o investigadores, entonces sabemos también que *toda* heroicidad se agrupa alrededor de *un* valor máximo. Y este ha sido siempre la idea del *honor* anímico-espiritual. Pero el honor estaba —al igual que sus portadores en lo físico— empeñado en una lucha anímico -espiritual con los valores de portadores de raza distinta y las estructuras del caos de pueblos, respectivamente.

II. AMOR Y HONOR

1.

Un sinnúmero de guerras de los últimos 1900 años han sido definidas como guerras de religión. Muchas veces con razón, a menudo erróneamente. Pero *que* de cualquier manera hayan podido ser libradas guerras de exterminio por una convicción religiosa, muestra en qué gran medida se había logrado alienar a los pueblos germánicos de su carácter primigenio. El respeto ante una creencia religiosa era para los germanos paganos tan lógico y natural como para los posteriores arrianos; recién la imposición de la pretensión de exclusividad del otorgamiento de la bienaventuranza (*Alleinseligmachung*) por parte de la Iglesia romana endureció el alma europea y provocó con necesidad natural luchas de defensa en el campo contrario, las cuales, *dado que igualmente fueron llevadas por una forma extraña a la especie,* tuvieron que provocar por su parte un anquilosamiento espiritual (luteranismo, calvinismo, puritanismo). Pero, a pesar de todo, la mayoría de las luchas de los héroes conductores de nuestra historia fueron llevadas menos por dogmas teológicos sobre Jesús, María, la naturaleza del Espíritu Santo, el Purgatorio, etc., que por valores del carácter. Las Iglesias de todas las confesiones declararon: tal la fe, la religión, tal el ser humano. Esto fue necesario y prometedor de éxito para *cualquier* Iglesia, ya que de esta manera el valor humano se hacía depender de sus dogmas compulsivos, o sea que los seres humanos eran atados anímicamente a la organización eclesiástica en cada caso. En cambio, la confesión europeo-nórdica —consciente o inconscientemente— siempre tuvo el tenor: tal como el *ser humano, así su* religión, Más exactamente aún, así la *índole* respectivamente, el *contenido* de su fe. Si la religión escudaba los máximos valores del carácter, entonces era genuina y buena, indistintamente de qué formas el ansia humana pudiera haberla rodeado. Si no lo hacía, si reprimía orgullosos valores propios, debía ser sentida en la más profunda interioridad del germano como nefasta. Ahora bien: existen dos valores sobre todos los demás en los que se revelan desde hace casi dos milenios todas las antítesis entre Iglesia y raza, teología y fe, dogma religioso compulsivo y orgullo del carácter, dos valores arraigados en lo volitivo, por los cuales desde siempre se ha luchado en Europa para imponer el predominio de uno de ellos: amor y honor. Ambos pugnaban por ser considerados como valores *máximos;* las Iglesias querían —por extraño que esto pueda parecer— *dominar* por el amor, los europeos nórdicos querían vivir libremente mediante el honor o morir libremente con honor. Ambas ideas hallaron mártires dispuestos al sacrificio, pero su antagonismo *no* siempre llegó a hacerse lúcidamente consciente. Por frecuente que haya sido su manifestación efectiva.

Este conocimiento ha quedado reservado a nuestra época, él es una vivencia mística, y sin embargo, clara como la luz blanca del sol.

Amor y compasión, honor y deber, son esencialidades anímicas que, revestidas de diversas formas exteriores, representan para casi todas las razas y naciones de cultura, fuerzas impulsoras de su vida. Ahora bien: según que al amor en su versión más generalizada o al concepto del honor como tal le fue acordado el lugar, del modo correspondiente a esta orientación anímica a la meta se desarrollaron la visión del mundo y la forma de existencia del pueblo en cuestión. Una u otra idea constituía el cartabón según el cual eran medidos todos los pensamientos y las acciones. Pero para crear un signo *determinante* de una época debía prevalecer uno u otro ideal. Ahora bien: en ningún lado la lucha entre estas dos ideas puede ser observada más trágicamente que en las controversias entre la raza nórdica, y los pueblos por ella determinados diferentemente, con el mundo racial circundante y sus peculiares concepciones del mundo.

En vista del interrogante que surge de cuál ha sido el motivo decisivo que ha probado ser para la raza nórdica el formador de almas, de Estados y culturas, parece de una evidencia total que casi todo lo que ha mantenido el carácter de nuestra raza, nuestros pueblos y Estados, ha sido en primer término el concepto del honor y la idea del deber, proveniente de la conciencia de la libertad interior y unida inseparablemente al primero. Pero en el momento en que amor y compasión (o, si se quiere: el compartir el sufrimiento) llegaron a ser predominantes, comienzan las épocas de disolución racial-nacional y cultural en la historia de todos los Estados alguna vez determinados nórdicamente.

Hoy se predica hasta el hastío el hinduismo y el budismo. Ahora bien: la mayoría de nosotros no poseemos de la India otro concepto que el que nos transmiten teósofos y antropósofos. Hablamos de la India como de una visión del mundo de un espíritu tierno, que se diluye en el universo, que enseña el amor por la humanidad y la compasión como lo más alto. Sin duda, la filosofía tardía que se pierde en lo infinito, la doctrina del Vedanta-Atman-Brahman, el budismo que persigue la salvación del sufrimiento de este mundo, junto con miles de proverbios dispersos en toda la literatura india, justifican esta interpretación: “No hay nada que no pueda ser realizado mediante la benevolencia... Felices son los que se retiran a la selva después de haber colmado la esperanza de los menesterosos, y haber hecho bien hasta a los enemigos”, etc. Y sin embargo, en estos productos plenos de amor y compasión de la época tardía india penetran

concepciones más antiguas, completamente distintas, que no reconocen como única meta digna de ser perseguida un sentimiento personal de felicidad y ausencia de sufrimiento, sino el cumplimiento del deber y la afirmación del honor. En uno de los himnos indios más antiguos el deber hasta es ensalzado como “sexto sentido interior”, en el Mahabaratam (en su forma originaria) toda la lucha gira alrededor de esta idea. El héroe Fima, que sólo a desgana participa en la guerra, dice que abandonaría a su soberano, “si mi señor Juzischthira no me retuviera con la atadura del deber del Chatria, de modo que hasta debo alcanzar sin piedad a los caros nietos con sus flechas”.

El fuerte Karna dice:

El honor cual una madre otorga
al ser humano vida en el mundo,
el deshonor consume la vida,
aunque el bienestar del cuerpo prospere.

El rey Durjozana es abatido en contra de todas las leyes de la guerra y se lamenta:

¿No os avergonzáis de que Fimasen
deshonestamente me ha matado?
....
Nosotros siempre honestamente hemos combatido,
y honor nos queda en la victoria.
Vosotros siempre deshonestamente habéis luchado,
y tenéis con vergüenza vuestra victoria.
....
Pero yo he dominado el mundo
hasta la lejana orilla del mar,
valiente he estado frente al enemigo
y muero ahora como un héroe
deseo morir, al servicio del deber,
y asciendo, del grupo de amigos
acompañado, a la morada de los Dioses.

Estos son, ciertamente, sones por completo distintos de los que encontramos generalmente en los himnos conocidos. Pero éstos y cien otros pasajes de la literatura india demuestran que también el antiguo indio —*y este* fue el que creó la India—entregó su vida no en aras del amor, sino del deber y del honor. Un desleal también era condenado en la India aria no porque hubiera devenido falto de amor, sino falto de honor. “Es mejor renunciar a la vida que perder el honor: la entrega de la vida se siente sólo un instante, pero la pérdida del honor día tras día”, dice un proverbio popular. [40] “Al héroe le parece en su corazón como si un fin pudiese ser alcanzado mediante el valor heroico, a un cobarde mediante la cobardía”, constata otro proverbio y anticipa la valoración, Agúcense los ojos para este rasgo de la naturaleza india antigua hasta llegar al valeroso rey Poros, quien vencido por Alejandro en honesta batalla campal, sigue siendo, sin embargo, todo un caballero. Herido, no huyó del campo de batalla cuando todos los demás se dispersaron: “¿Cómo he de proceder contigo?” preguntó Alejandro al adversario vencido. “A modo de rey”, fue la respuesta. “Nada más?”, dijo el macedonio. “En la expresión a modo de rey, está contenido todo”, rezó la respuesta. Y Alejandro agrandó el área de dominio de Poros, quien de ahí en adelante fue un fiel amigo suyo. Si este relato es histórico o no, es indiferente. Pero muestra el sentido interior del honor, la lealtad, el deber y el coraje, que eran comunes, y hasta naturales, a ambos héroes y evidentemente también al historiador.

Este concepto viril del honor ha sostenido los reinos indios antiguos, ha dado la precondición de un vínculo social. Pero cuando este concepto el honor fue desplazado por sistemas filosóficos ritual-religiosos, ligados a la descomposición racial, y que negaban todas las barreras terrenales, se destacaron en forma decisiva puntos de vista religiosos dogmáticos, luego económicos. Con la filosofía del Atman-Braman trasplantada a la vida terrenal, el ario negaba —como ya hemos señalado— su raza, con ello su personalidad, pero con ello también la idea del honor como columna vertebral anímica de su vida.

El amor y la compasión —aún cuando aducen abarcar a “todo el mundo”— se dirigen siempre al ser amante o sufriente *individual.* Pero el deseo de liberar a otros o a sí mismo del sufrimiento es un sentimiento puramente personal, que no contiene ningún elemento realmente fuerte, formador de pueblos o Estados. El amor al prójimo o al más alejado puede generar acciones de la mayor voluntad de sacrificio, pero es igualmente un impulso del alma referido a lo individual, y ningún ser humano ha exigido aún en serio el

[40] Böthlingk: *Indische Spräche,* [*Proverbios indios*, N. del T.]

sacrificio de todo un Estado, de todo un pueblo en aras de un amor que no estuviera en relación con éste mismo. Y en ninguna parte aún ha caído un ejército por tal motivo.

Esencialmente más blanda que la antigua India nos sale al encuentro la vida ateniense. Cierto es que también aquí una epopeya habla de hazañas heroicas; pero ellas están fundamentadas más bien estéticamente. (Más detalles en el segundo libro.) Sin embargo, los trescientos espartanos ante las Termópilas constituyen para nosotros un símbolo del honor y del cumplimiento del deber. Nada constituye mejor testimonio de la fuerza que nos mueve a nosotros, los occidentales, que nuestros intentos de reconstrucción de la vida griega, que durante mucho tiempo pasaban por ser historia. No podíamos concebirlo absolutamente de otra manera sino que todos los helenos habían sido impulsados por el honor y el deber; recién muy tarde nos hemos debido convencer de la blandura de la vida griega en esa dirección. El griego dotado de fantasía no se ajustaba tampoco en la vida común muy estrictamente a su palabra, el valor jurídico desapasionado de una afirmación solemne apenas era reconocido por él. Aquí descubrimos por así decir el punto más vulnerable del carácter griego, en este aspecto se halla también la verdadera brecha para la invasión del pro-asiatismo mercantil-defraudador, de modo tal que la mentira y la falsedad constituyeron más tarde permanentes fenómenos concomitantes de la vida "griega", que indujeron a Lisandro, a la expresión "a los niños se los engaña con dados, a los hombres con juramentos." Pero, no obstante, el griego genuino estaba imbuido de un sentimiento de libertad que debe ser absolutamente definido como anclado en la conciencia del honor. El homicidio de las mujeres y el suicidio de los hombres vencidos en una batalla no es un hecho raro. "No te des en servidumbre mientras tengas la posibilidad de morir *libre*" enseña aún Eurípides. El recuerdo de la hazaña de los Fokios, que, antes de la batalla rodearon a su pueblo que quedaba atrás con una valla de madera con la instrucción de poner fuego a ésta en el caso de una derrota, sigue siendo un testimonio heroico de fuerte simbolismo. Los descendientes de Zakynthos prefirieron morir en las llamas antes que caer en las manos de los púnicos. Aún en época tardía (200 a.C.) pueden ser comprobados testimonios de heroicidad mítica, p. ej., en Abidos, que asediada por Filipo el Joven, no se entrega, más bien los hombres acuchillan a sus mujeres y niños, se arrojan ellos mismos a las cisternas y destruyen la ciudad mediante el fuego. Igual valoración de la vida, de la libertad y del honor se manifiesta también en las antiguas mujeres griegas cuando se trataba de protegerse contra la violación. Así se ahorcó, fuertemente inducida por su madre, Eurídice; al ser vencido el soberano de Elis en el siglo 3, se ahorcó la esposa de éste con sus dos hijas.

Pero de cualquier manera debe admitirse que la *estática* de la vida griega estaba determinada no por el carácter, sino por la belleza, lo que, como ya se dijo, tuvo como consecuencia nefasta la inconsecuencia política.

Por influencia de Alejandro —quien tuvo conciencia de su heterogeneidad también desde el punto de vista racial— volvió a apoderarse nuevamente un concepto de cría selectiva de la existencia predominantemente estética en la Grecia de las postrimerías. Alejandro no perseguía expresamente la meta de una monarquía mundial y la mezcla de pueblos, sino que quería solamente reunir a los persas y los griegos reconocidos como racialmente emparentados, llevarlos bajo *una* soberanía, para evitar ulteriores guerras. Reconoció las ideas impulsoras y los valores de carácter de la capa superior persa como ligados a su concepción macedónica del deber: en puestos directivos puso por tal razón únicamente a conductores macedónicos o persas, excluyendo deliberadamente a semitas, babilonios y sirios. Después de la muerte de Alejandro sus sucesores se esforzaron por imponer la concepción estatal del mismo en sus países y provincias. Como un héroe de tiempos primigenios descuella aquí el tuerto Antígono, quien siendo octogenario cae en el campo de batalla en la lucha contra los herederos "legítimos", dado que no pudo alcanzar la perseguida unidad del Imperio. Pero las culturas injertadas nórdico-macedónicas no fueron suficientemente duraderas. Cierto es que transmitieron saber, arte y filosofía griegos, pero no poseyeron la fuerza plasmadora de tipos, ni lograron imponer su concepto del honor. La sangre extraña subyugada venció, la época del helenismo sin carácter, frívolamente ingenioso, comenzó.

Si en alguna parte el concepto del honor ha sido el centro de toda la existencia, es en el Occidente nórdico, en el *germánico.* Con un señorío único y sin precedentes el vikingo se presenta en la historia. El indomable sentimiento de libertad, al producirse un incremento de población, empuja una ola nórdica tras la otra por sobre los países, Con derroche de sangre y despreocupación heroica el vikingo erigió sus Estados en Rusia, en Sicilia, en Inglaterra y en Francia. Aquí imperaban los instintos raciales originarios sin ninguna atadura ni disciplina, sin ser trabados por reflexiones educacionales de conveniencia o un orden jurídico determinado. El único peso gravitacional que el hombre del norte llevaba consigo era el concepto del honor personal. El honor y la libertad impulsaban a los individuos a la lejanía e independencia, a países donde había espacio para señores, o los hacían combatir por su autonomía en sus fincas solariegas y castillos hasta el último hombre. La genial ausencia de designios utilitarios lejos de toda reflexión mercantilista, era el rasgo fundamental del ser humano nórdico cuando a pesar de todo el salvaje ímpetu juvenil se presentó en el Occidente como creador de historia. En torno a las personas individuales se agrupaban los hombres del séquito más estrecho, lo que luego poco a poco tuvo que conducir necesariamente a la instauración de determinados preceptos de la vida social, dado que finalmente en todas partes después de una expedición

seguía un sedentarismo de naturaleza campesina (que en el sud ciertamente decayó con rapidez, sucumbiendo en la suntuosidad de la putrefacción oriental de las postrimerías). Pocas veces se presenta al observador un segundo ejemplo en la historia en el cual la postura de un pueblo es determinada tan pura y totalmente por un solo valor supremo: todo el poder, todos los bienes, todo nexo, toda acción, están al servicio del honor, al que, siendo necesario, también se sacrifica sin titubear y sin pestañear la vida. Así como la ley del honor domina la vida, así se refleja en la poesía y se extiende como principio fundamental a través del mundo de las sagas: ninguna otra palabra sale al encuentro allí con tanta frecuencia como el honor. Por esa razón el heroico mundo nórdico, a pesar de todo su salvaje desgarramiento, de su desbordante subjetivismo, es tan uniforme en su esencia y en la línea de su destino.[41] Causa satisfacción hallar estos conocimientos en círculos de maestros alemanes que hasta ahora estaban inhibidos por un esteticismo grecizante. Aquí ha sido tocado el nervio del destino de toda nuestra historia según la índole de la valoración del concepto del honor se decidirá también todo nuestro futuro alemán, nuestro futuro europeo. Aunque el ser humano nórdico antiguo procediera con violencia, el centro consciente del honor de su ser generaba también en el combate y en la muerte una atmósfera limpia. La guerra podía ser llevada brutalmente, pero pronunciarse por sus muertos era considerado como la primera premisa del hombre nórdico (Krieck). Este sentimiento de responsabilidad, exigido de cada personalidad individual, constituía la más eficaz defensa contra el pantano moral, aquella descomposición hipócrita de los valores que en el curso de la historia de Occidente se ha volcado sobre nosotros, bajo las distintas formas de la humanidad, como tentación enemiga. Ora se llamó democracia, ora compasión social, ora humildad y amor. El honor personal del nórdico requería valor, autodominio, no parloteaba durante horas como los héroes griegos antes de cada combate; no gritaba como éstos cuando era herido, sino que su conciencia del honor exigía serenidad y reunión de las fuerzas. Visto desde aquí efectivamente, el vikingo es el ser humano de cultura, *el* griego postrero estéticamente perfecto, empero, el bárbaro retardado, carente de centro. La expresión de Fichte, “verdadera cultura es cultura de la *mentalidad*”*, descubre* nuestra genuina esencia nórdica también frente a otras culturas, cuyo valor máximo no es la mentalidad, y esto es para nosotros equivalente a honor y deber, sino otro valor sentimental, otra idea, alrededor de la cual gira su vida.

Los destinos de los pueblos del Poniente se han plasmado muy diversamente en el curso de los tiempos, debido a distintas circunstancias. En todas partes donde predomina la sangre nórdica existe el concepto del honor. Sin embargo, también se mezcla con otros ideales. Esto se evidencia, para anticipar un resultado, en los dichos del habla popular. En los rusos ha llegado a ser dominante la idea de una eclesiasticidad, de un sentimiento religioso, que aún al más salvaje arranque le otorga un velo religioso fervoroso (véase, p. ej., en *El Idiota* de Dostoiewski que asesina por un reloj de plata, pero antes recita una plegaria), el ruso habla por consiguiente de su patria como de la “*Swjataja Rossija*”*,* es decir, como de la Santa Rusia. El francés concibe la vida formal-estéticamente; para él Francia es por tal motivo, la “*Belle France*”*.* Similarmente el italiano. El inglés está orgulloso de su evolución histórica consecuente, de tradición, de formas típicas firmes de la vida, Admira por lo tanto a su “*Old England*”*. Pero* entre nosotros se sigue hablando todavía, a pesar de muchas cualidades non-sanctas, con el mismo fervor de la “Lealtad Alemana”, lo que demuestra que nuestro ser metafísico aún siente la “médula del honor” como su polo en reposo.

Por este concepto del honor ha sido llevada, pues, también en último término la lucha de ya milenios de duración, cuando la Europa nórdica se vio frente al Sud romano en armas, y finalmente fue subyugada en nombre de la religión y del amor cristianos.

2.

Seguramente está fuera de duda de que también sin la intervención del cristianismo romano-sirio armado, llegaba a su fin una época de la historia germánica: la era mitológica. El simbolismo de la naturaleza hubiera cedido a un nuevo sistema metafísico-ético, a una nueva forma de religión. Pero esta forma, sin duda alguna, hubiera rodeado al mismo contenido anímico, hubiera tenido la idea del honor como medida *y Leitmotiv. A* través del cristianismo penetró ahora un valor anímico distinto y exigió el primer lugar al amor, en el sentido de humildad, misericordia, sumisión y ascetismo. Hoy día está claro para todo alemán sincero que con esta doctrina del amor que abarca uniformemente a todas las criaturas del mundo se ha asestado un sensible golpe contra el alma de la Europa nórdica. El cristianismo, tal como se había desarrollado como sistema, no conocía la idea de la raza y de la nacionalidad, porque representaba una refundizada en una unidad de diversos elementos; *tampoco conoció la idea del honor porque al perseguir metas romanas postreras de poder tenía en vista el subyugamiento no sólo de los cuerpos,* sino *precisamente también de las almas.* Pero, ahora bien: es significativo que también la idea del amor no pudo imponerse precisamente en la *conducción* de las instituciones eclesiásticas. La estructura del sistema

[41] Krieck: *Menschenformung*, [*Formación de los seres humanos*, N. del T.], p. 154.

romano desde el primer día ha sido, tanto organizatoria como dogmáticamente, por principio y conscientemente, intolerante y adversa frente a todos los demás sistemas, para no decir llena de odio. Donde pudo, ha procedido con la excomunión, la proscripción, el fuego, la espada y el veneno para imponerse él solo. Hagamos abstracción por completo de valoraciones éticas, y constatemos solamente este hecho, que ni siquiera es negado por escritores católicos romanos modernos. Pero este hecho demuestra más que todos los otros que a la idea "amor" no le es inherente ninguna fuerza formadora de tipos: pues *hasta la organización de la "religión del amor" ha sido levantada sin amor. Y* aún más carentes de amor que otros poderes formadores de tipos. Los antiguos godos toleraban —como lo atestigua Döllinger— tanto la religión católica como también otra fe y demostraron a esta necesidad anímica de fe como tal, profundo respeto. Lo que desapareció en todas partes donde el espíritu de "Bonifacio" y la ley compulsiva del "amor" triunfaron. [42] A ningún alemán le resulta fácil expresar una valoración negativa frente al sistema romano-judeo-etrusco: porque de cualquier modo que él se estructure, *está, sin embargo, ennoblecido por la entrega de millones de seres humanos alemanes. Ellos* aceptaron lo foráneo contenido en el mismo junto con lo que impresionaba como espiritualmente emparentado, prestaron menos atención a lo primero, desarrollaron con amor lo segundo y supieron imponer dentro del todo, más de un valor nórdico. A pesar de ello, constituye una exigencia de veracidad analizar hoy, en una época del mayor cambio en el plano anímico, lo que promueve la vida y lo que perjudica la vida dentro del esquema de Roma, con referencia a la esencia más originariamente peculiar del Poniente germánico. No desde el punto de vista de una malevolencia personal, sino abarcando con la mirada las grandes tensiones y descargas de una historia que pasa ampliamente los dos mil años, y examinando los valores anímico-raciales determinantes de estas conmociones. Y entonces vemos que la lucha igual en su esencia del helenismo y romanismo también le tocó al germano. No puede eludir esta lucha tan poco como las otras dos grandes olas nórdicas de pueblos, porque éstas, al fluir en retroceso, llevaron consigo los valores anímicos asiáticos, que ellos antaño habían vencido, y el material humano que personifica estos valores. Los llevaron consigo pasando por sobre la Hélade, por sobre los Alpes, por sobre los límites del espacio vital germánico, de cuando en cuando hasta el mismo corazón de la raza nórdica. Pero si se rastrean las causas de este gran éxito, se descubrirá, junto a la anterior superioridad técnica del viejo y experimentado Sud, y en el momento de una crisis religiosa en la vida de los germanos —lo que no hubiera explicado una victoria de tan larga duración—, el llamado a la *magnanimidad* germánica como una de las condiciones más importantes. Esta generosidad, plasmada simbólicamente para siempre en el Sigfrido, que presuponía en el adversario también idéntica honorabilidad y forma franca de combate, es más, en recta ingenuidad incluso más tarde todavía no podía admitir lo contrario, le ha acarreado al germano en el curso de su historia más de un serio derrumbamiento: en ese entonces, cuando comenzó a admirar a Roma, en tiempo más reciente cuando realizó la emancipación de los judíos y otorgó así al veneno la igualdad de derechos con la sangre sana. Lo primero se vengó terriblemente en las guerras contra los herejes en la lucha de los Treinta Años que llevó a Alemania próxima al abismo, lo segundo se venga hoy cuando el organismo popular alemán envenenado es presa de las más graves convulsiones. Y *siempre* aún ambas potencias enemigas nuestras apelan a la magnanimidad del enfermo grave, claman por su "justicia", predican el "amor a todo "lo humano", y se empeñan en roer definitivamente todas las resistencias del carácter aún existentes.

Una victoria absoluta de esta "humanidad" tendría las mismas consecuencias que antaño las victorias del Asia Anterior sobre Atenas y Roma, de tal modo que ésta, otrora el enemigo mortal del etrusco-pelasgo-sirianismo, llegó a ser directamente la representante principal de estos poderes, después de que los primitivos valores de la *vieja* Roma se habían derrumbado. Y en aquel entonces mediante la descomposición física y la prédica de la humanidad indiferenciada y del amor. La doctrina del amor, sin embargo, no fue tampoco en su más hermosa manifestación una fuerza formadora de tipos, sino un poder fundidor de obstáculos.

La Iglesia misma, como *sistema formador de hombres* (*Zuchtform*) no podía y no debía conocer el amor para conservarse como fuerza tipificadora y seguir imponiéndose como tal. Pero ella podía practicar una política de poder con ayuda del amor. Si la conciencia de la personalidad, la idea del honor combativo (*wehrhaft*) y del deber viril han sido transformadas en humildad y entrega afectuosas, entonces el impulso de resistencia contra el poder que organiza y conduce a estos creyentes, está quebrado. "¡Un rebaño y un pastor! " Esto, tomado textualmente tal como era exigido, fue la más clara declaración de guerra al espíritu germánico. Si este pensamiento hubiera triunfado totalmente, Europa sería hoy sólo un montón de seres humanos sin carácter sumando muchos cientos de millones gobernado con la ayuda del miedo indoctrinado

---

[42] Compárese por ejemplo, en oposición a la voluntad de persecución romana, la postura del duque "pagano" de los frisios, Radbod. Se mantuvo fiel a la fe de sus padres, pero no persiguió a los predicadores cristianos. Cuando algunos apóstoles cristianos especialmente celosos fueron llevados a su presencia y uno de ellos, pese a la rebelión provocada, no obstante, defendió valerosamente la nueva fe, el duque "pagano" dijo: "Veo que no temes nuestra amenaza y que tus palabras son como tus obras" y envió a los predicadores "con todos los honores de vuelta a Pipino, el duque de los francos". Así refiere Alcuin. En nobleza de alma este duque pagano de los frisios esta muy por encima de los "lugartenientes de Dios" de Roma, que perseguían el fin de desterrar del mundo esta libertad interior y este profundo respeto.

ante el fuego del Purgatorio y el eterno tormento en el Infierno, paralizado por el “amor” en su lucha por el sentimiento del honor, los restos mejores colocados al servicio de una beneficencia “humanitaria”, la “Caritas”. Esta es la situación que el sistema romano se empeñaba en alcanzar, debía empeñarse, en cuanto quería existir tan solo como tal y como poder político y espiritual.

No es mi misión escribir aquí una historia de los dogmas, sino sólo quisiera describir un sistema consecuente con el cual (en lo que a su esencia se refiere) un hombre nórdico que despierta debe necesariamente hallarse con el tiempo en los más graves conflictos interiores. O bien se subordina por completo a él, (como temporariamente en la Edad Media) o lo rechaza por principio instintiva y conscientemente. En el primer caso se logrará por un corto tiempo una uniformidad exterior, que, sin embargo, tiene que estallar a causa de su imposibilidad orgánica, como lo muestran las grandes luchas hasta Döllinger, en el segundo caso el camino estará libre para una genuina cultura orgánica y una genuina forma de religión de acuerdo a la sangre y a la especie. Los últimos siglos se hallaron bajo el signo de un compromiso carente de estilo, que no tocaba problemas básicos de la visión del mundo sino únicamente relaciones de poder estructurales y políticas.

Es característico del cristianismo romano que excluye en lo posible la personalidad del fundador, para colocar en su lugar la estructura eclesiástica de un gobierno sacerdotal. Jesús, ciertamente, es presentado como lo más elevado y santo, como la fuente de toda fe y de toda bendición, pero únicamente con el fin de rodear a la Iglesia que lo representa con la aureola de lo eterno e intocable. Pues entre Jesús y los seres humanos se intercalan la Iglesia y sus representantes con la aseveración de que el camino hacia Jesús pasa *únicamente* a través de la Iglesia. Y como Jesús no mora sobre la Tierra, el ser humano tiene que vérselas pues sólo con esta Iglesia, que tiene “plenos poderes” para atar o desatar por la eternidad. El aprovechamiento de la fe una vez cultivada en Jesús el Cristo,.(“el Cristo obrante” [*Der waltende Christ* N. del T.] como dice el poeta del *Heliand* [*El Salvador* N. del T.]), para la política de poder de una liga de sacerdotes que se deifica a sí misma, constituye tanto la esencia de Roma como bajo otro nombre ha sido la esencia de los políticos-sacerdotes en Egipto o en Babilonia y Etruria.

A fin de fortalecer los dogmas y mandatos que protegen el poder de la liga sacerdotal de hombres, se utilizó una gran dialéctica de individuos piadosos, quienes retrotrajeron todas las disposiciones de la Iglesia durante los 1500 años a los Evangelios, recalcando que la Iglesia posee también ella sola el derecho de decretar dogmas infalibles de validez general. El cristianismo eclesiástico de forma católica y de variante protestante está actualmente a nuestra vista como manifestación histórica; el comienzo y el fin pueden ser abarcados con claridad. El edificio está terminado, toda viguería tiene sus vigas de sostén, los decretos dogmáticos poseen todos sus “fundamentaciones”. Ahora se ha producido la solidificación; por consiguiente, puede hablarse de la estructura sin el temor de malintepretar en cuanto a sus fuerzas impulsoras un fenómeno viviente aún en devenir.

El Dr. Adam, un doctrinario católico conspicuo, asegura: “El catolicismo no es simplemente idéntico al cristianismo primitivo o hasta debe ser identificado con el mensaje de Cristo, tan poco como una encina desarrollada con la pequeña bellota. [42 bis] Aquí está expresado con áridas palabras la públicamente consagrada sobreposición de la Iglesia (la obra lleva el sello de *Imprimatur*) a Jesús, y todas las demás glorificaciones de Cristo sirven, como ya se ha dicho, únicamente para enaltecer el poderío de la Iglesia, no el “mensaje de Cristo”, la “pequeña bellota.” La función eclesiástica se halla por completo en manos del sacerdote, quién por imposición de las manos deviene un representante del poder apostólico. Para fundamentar esta doctrina se mencionan las palabras de Jesús dirigidas a Pedro, según las cuales él lo denomina la roca sobre la cual edificará su Iglesia. El hecho de que estas palabras han sido introducidas mucho más tarde como falsificación en los viejos textos por un fiel servidor de la Iglesia, [43] por supuesto no impide que este dogma comprobadamente falso sea repetido incansablemente en todo el mundo como mensaje de Jesús. “Cuando el sacerdote católico anuncia la palabra de Dios, no predica un simple mortal, sino Cristo mismo”. Con esto la auto-deificación del sacerdote ha sido elevada a dogma, que, por cierto, llega al máximo de su presunción en el concepto de que, si en algún lugar una personalidad de conductor hubiera “elevado el propio pobre Yo a portador del mensaje de Cristo”, la Iglesia debería expresar de inmediato su anatema: “Y este anatema lo pronunciaría aún cuando un ángel viniera del cielo y enseñara de distinta manera a lo que ella recibió de los apóstoles” (Adam).

La última exclusión de la autonomía humana a favor de un ministerio ficticio tiene lugar en los *sacramentos:* “La gracia sacramental no es generada, producida por los afanes ético-religiosos personales

---

[42 bis] Adam: *Das Wesen des Katholizismus* [*La esencia del Catolicismo,* N. del T.], 1925.

[43] Este pasaje (Mateo 16, 18-19) se caracteriza por sí mismo como una falsificación bastante burda de entre muchas piadosas, pues pocos versículos más adelante Jesús llama al mismo Pedro un Satanás que debía alejarse de él. Lo mismo dice Jesús según Marcos 8, 30 y sig. ¿Sobre éste, señalado tan inequívocamente, cuya traición Jesús igualmente previó, habría tenido la intención de edificar una Iglesia? Semejante pretensión equivale a un abierto insulto a la personalidad de Cristo. Merx dice para terminar: “La investigación histórica sobre Jesús no debe dejarse engañar por tal falsificación para toda la eternidad, debe tener fin” [*Die vier kanonischen Evangelien* (*Los cuatro Evangelios canónicos*, N. del T.), III, 320]

del receptor del sacramento, sino más bien por la ejecución objetiva del signo sacramental mismo". Con esto se exige el aniquilamiento de la personalidad, su carencia de valor anunciada como dogma "religioso". En medio de un pueblo que hubiera puesto sin consideraciones el honor —honor personal, honor del linaje, honor troncal (*Stammesehre*), honor del pueblo— en el centro de toda su vida, sin preocupación por *todo lo* demás, el abierto anuncio de tal exigencia nunca hubiera podido ser efectuado. Esto sólo se hizo posible mediante la hábil sustitución del concepto del honor por la idea del "amor", seguida de la humildad y la resignación. Acotemos aquí que el hecho de que este "signo sacramental" es presentado como "establecido" por Jesús mismo, es sólo como un pequeño indicio de la despreocupación con que se hace "historia" y se construyen "sistemas religiosos".

Ahora bien: es lógico que estas claras formulaciones de una doctrina que apunta a la magia no han podido ser impuestas en Europa con esta árida exposición, tampoco después de la destitución del honor como idea conductora suprema. Las costumbres conformes a su sangre del hombre nórdico y su modo caballeresco de pensar no pudieron ser erradicadas del todo ni a fuego y ni a espada. Por consiguiente, la Iglesia procedió a la incorporación de las alegorías populares precristianas al sistema ya terminado pretendidamente "antes del cristianismo primitivo". ("La Iglesia ya, existe en su esbozo, en forma de germen, virtualmente antes de que Pedro y Juan llegaron a ser creyentes". Adam).

Cierto es que la fe en Wotan se hallaba en agonía, pero las florestas sagradas en las cuales se veneraba al "*Wode*" siguieron siendo la meta de peregrinos germánicos. Todas las destrucciones de las encinas de Wotan y todas las maldiciones de la vieja fe no surtieron efecto. Así en el lugar de Wotan fueron colocados mártires y santos cristianos, como San Martín. Capa, espada y caballo eran sus distintivos (es decir, los atributos de Wotan), las florestas venerables del Dios de la Espada llegaron a ser de este modo los lugares de San Martín, del Santo de la Guerra, quien aún hoy es venerado por peregrinos alemanes (comp. la Capilla de Schwertsloch). También San Jorge y San Miguel son transnominaciones de antiguas figuras esenciales nórdicas, quienes mediante este "bautismo" llegaron a parar al ámbito de la administración de la Iglesia romana. La "diabla" Frau Venus se transforma en la Santa Pelagia; Donar, el Tronador y Dios de las Nubes, deviene el San Pedro que vigila el Cielo; el carácter de Cazador Salvaje propio de Wotan se le otorga a San Osvaldo y en capiteles y tallas de madera es representado el Salvador Widar despedazando al Lobo de la Muerte, (p. ej. en el claustro ojival de Berchtesgaden), Widar, quien quiere salvar a Odín tragado por el Lobo Fenris y mata al monstruo. La comparación con Jesús es palmaria. Hasta el piadoso Hrabanus Maurus, el más erudito doctor de la Iglesia de Alemania al final del siglo 8, hace morar a Dios en el Castillo *del Cielo,* idea ésta que no proviene de la Biblia sino de la antigua alma heroica germánica.

El 1º de mayo la Germania Antigua celebraba la Noche de Walpurgis, el comienzo de las doce Noches Consagradas del solsticio de verano. Era el día de las bodas de Wotan con Freya. Hoy la santa Valpurga festeja el 1º de mayo su onomástico, mientras todos los usos fueron modificados por la Iglesia como hechicería, actividad de brujas, etc., transformándose de esta manera el simbolismo de la naturaleza en demonismo oriental.

En Regensburg (iglesia de los Dominicanos) se custodia un cáliz, "una cáscara de coco sobre soporte bañado en oro cobrizo, del que sólo se bebía el "día frío de San Juan". Esta era la antigua forma del vino consagrado para la Cena de Comunión (que en el siglo 13 todavía era ofrecida por la Iglesia bajo ambas formas) el 27 de diciembre, la fiesta suplementaria del solsticio de invierno. Y en recuerdo de antiquísimos filtros de amor aún hoy (p. ej., en Ebersberg, Alta Baviera) "del cráneo de San Sebastián" se ofrece vino. Este "beber por amor" y beber por felicidad el día de San Juan Bautista, por San Martín y San Esteban, son todos antiquísimos usos. El piadoso católico Johann Nepomuk Sepp dice: "El cáliz de Cristo ha sido retenido por Roma al laico, pero el viejo cáliz pagano el pueblo no se lo ha dejado quitar.

Con los usos se transformaron los cánticos y las imágenes. En el libro de los Santos de 1488 vemos representado al santo Osvaldo. Está sentado en un trono ataviado con la vestimenta del rey y la corona. Pero alrededor de él vuelan los dos cuervos de Wotan. Únicamente la palma y el bastón de pastor son agregados cristianos. Bajo el nombre de Osvaldo, Odín es aún hoy venerado, y tiene, p. ej., su iglesia en Traunstein, pero también lugares santos en el bajo Rhin, en Holanda, en Bélgica. Hasta la leyenda de la santa *Kümmernis* (Aflicción) se remite a la figura de Odín, tal como nos la describe la Edda, cuando Odín durante nueve noches herido de lanza colgaba del "árbol movido por el viento". La figura de un hombre barbudo crucificado (Odín, Donar), el que arroja a quien reza a él un zapato de oro, vuelve en muchas obras de escultura viejas y como motivo de muchas canciones. De esta figura ha salido de una manera aún no del todo aclarada la femenina santa *Kümmernis* de la Iglesia.

Y la Iglesia tuvo que avenirse a sentar a sus santos sobre corceles fogosos, enviarlos blandiendo lanzas y espadas a la lucha con dragones y otros enemigos, a fin de alcanzar honor y fama o salvar a doncellas cautivas de las garras de un malhechor. Las columnas de Rolando y de San Jorge son ejemplos de esta índole que recién poco a poco fueron reemplazadas por columnas de María: en el lugar de los símbolos del honor se puso la alegoría del "amor" .

Los dioses nórdicos eran figuras luminosas con lanza y corona radiante, cruz y cruz gamada, los símbolos del sol, de la vida fructífera ascendente. Desde mucho antes de 3000 a.C. las olas de pueblos nórdicos llevaron comprobadamente estos signos a Grecia, a Roma, a Troya, a la India. Todavía Minutius Felix se encoleriza contra la cruz pagana; hasta que finalmente la horca (en forma de T) romana, en la cual había sido clavado Jesús, hubo de ser transfigurada en precisamente esta cruz pagana, ahora "cristiana", y el sol pagano o la cruz del cielo respectivamente, apareció como aureola sagrada sobre las cabezas de los mártires y mensajeros de la fe eclesiásticos. [44] El rayo de la tempestad, la lanza, deviene el símbolo del mando. El "dios cabalgante" con la lanza aparece, por consiguiente, siempre de nuevo en piedras conmemorativas y dibujos "cristianos": este era el eterno caminante Wotan que cabalga a través de la historia del cristianismo. Escindido, en muchas figuras, este dios vive y se mueve como San Osvaldo, como San Jorge, como San Martín, como caballero con lanza, es más, como la santa *Kümmernis* a través de los países católicos, y pasa aún hoy invisiblemente como el "*Wode*" por el alma del pueblo en la Baja Sajonia. "Mientras un pueblo vive, sus dioses son inmortales" [45]. Esta fue la venganza de Wotan después de su hundimiento. Hasta que Baldur resucitó y se designó el Salvador del mundo.

Por esta fuerza primigenia de la vieja tradición nórdica, que tampoco los "Bonifacio" y sus sucesores pudieron destruir del todo hasta el día de hoy, se estuvo profundamente indignado en Roma (también en Wittemberg). Pero no quedó más remedio que dar a las demás figuras de dioses el nombramiento de santos cristianos y trasladar de esta manera sus rasgos.[46]

Los días festivos de la Iglesia cristiana, empero, ocuparon los mismos días tal como el pueblo primigenio los festejaba, sea que ello fuera la fiesta de la Diosa Ostara, de la Fertilidad, que llegó a ser la fiesta de la Resurrección, o la fiesta del solsticio de invierno que llegó a ser el día del nacimiento de Jesús. De este modo, la Iglesia católica, en formas esenciales del norte de Europa, está condicionada también nórdico-racialmente. Lo grotesco de este hecho es únicamente que trata de convertir una necesidad en una virtud y se atribuye justamente a sí misma la la riqueza de la vida espiritual. Con toda seriedad el dogma coercitivo eclesiástico, declara que toda coloración nacional tiene su lugar en la Iglesia, que todas las distintas formas de devoción se encuentran bajo su cuidado; en ninguna parte "la libertad personal de la expresión religiosa" está tan protegida como en la Iglesia católica (Adam). Esto es naturalmente una inversión de todas las realidades que hablan demasiado claro. Desde "Bonifacio" pasando por Luis "El Piadoso", que se esforzaba por erradicar de cuajo todo lo germánico, pasando por los nueve millones de herejes exterminados, se extiende hasta el Concilio Vaticano, hasta hoy, una única tentativa de imponer una inexorable fe única (unitarismo) espiritual, de difundir una forma, un dogma coercitivo, una lengua y un rito uniforme para nórdicos, levantinos, negros, chinos y esquimales. (Compárese el Congreso Eucarístico de Chicago en 1926, donde obispos negros celebraron la misa.) Desde dos mil años se rebela contra esto la eterna sangre de todas las razas y pueblos. Pero así como el pensamiento de una monarquía mundial ejerció una influencia hipnotizante sobre personalidades fuertes desde Alejandro hasta Napoleón, así también el pensamiento de una Iglesia que domina todo el mundo. Y así como este primer pensamiento antaño cautivó a millones, así también el segundo como idea, sin que bajo su efecto se realizara un sometimiento total. Por eso también los grandes de la temprana Edad Media han considerado a la Iglesia romana como aliado, o al menos, como auxiliar para la realización de románticos planes de poder. Esta a su vez vio en el "brazo secular" armado un medio de obtener vía libre a su espíritu.

Examinada en cuanto a sus motivaciones internas, esta lucha fue esencialmente una pugna por el predominio de aquello que debía ser considerado como el valor supremo metafísico y caracterológico: amor, humildad, renunciamiento y sumisión u honor, dignidad, auto-afirmación y orgullo.

---

[44] Presenciamos en este momento el nacimiento de una nueva ciencia: la interpretación del antiguo simbolismo germánico. El círculo con los cuatro aparece rayos como cruz del cielo, es decir, como la proyección de las direcciones celestiales, la división en seis como los puntos del solsticio del verano, del invierno, etc. Este simbolismo de naturaleza cósmica es el que atraviesa, aceptado e incomprendido, todos los milenios, como restos de una época que asentó con símbolos en lugar de letras su imagen del mundo abarcando el Padre del Cielo, el nacimiento, la muerte y la eternidad. Las alegorías solares son un sector de esta imagen del mundo.

[45] A. Dietrich: *Untergang der antiquer Religion*. [*Hundimiento de la Religión antigua*, N. del T.]

[46] Cuán sistemáticamente fue realizada esta política lo muestran numerosas prescripciones papales. Así escribe, p. ej., el Papa Gregorio "El Grande" a Agustín el apóstol de los paganos", quien le pide consejo referente a la conversión: "Porque en nuestro tiempo (alrededor de 600) ciertamente la Santa Iglesia puede cambiar para mejor con celo ardiente, algunas cosas, pero otras las tolera indulgentemente, sin embargo, de tal modo que ella a menudo reprime el mal que ella combate precisamente mediante esta tolerancia y soslayamiento" (Beda 1, 27). Y el 22 de julio de 601 el mismo Papa escribe al abad Mellitus, que si los templos paganos no serían destruidos se los podría "transformar": "Si luego el pueblo no ve destruidos sus templos, podrá desprenderse de todo corazón de su error... y concurrir según vieja costumbre más gustosamente a los lugares que le son familiares". Y después de permitir el sacrificio: "Si de esta manera exteriormente (!) se les conceden algunas alegrías, podrán habituar su sentir más fácilmente a las alegrías internas. Pues con toda seguridad no puede ser que con espíritu riguroso se corte todo de una vez, pues también aquel que quiere ascender a la mía alta cúspide sube escalón por escalón... no a saltos" [Beda 1, 30, comp. Th. Hänlein: *Die Bekehrung der Germanen zum Christentum* (*La Conversión de los Germanos al Cristianismo*, N. del T). Leipzig 1914 y 1910, I, 57 y 64]

3.

Nuevamente: el amor fue exigido únicamente de *los partidarios y los* grados *inferiores* del sistema romano y practicado por éstos, la *conducción* necesitaba, para ser duradera y estimular a naturalezas fuertes, brillo, poderío, poder sobre las almas y los cuerpos de los seres humanos. Sin duda, mediante este sistema ha sido desarrollada una gran capacidad de sacrificio anímica: aquello que la Iglesia católica llama con orgullo *su* "*Caritas*" Pero justamente aquí, en su más hermoso resultado humano, se pone de manifiesto una diferencia igualmente grande en la valoración y el efecto de una acción aparentemente igual. Así como la gracia de Dios es transmitida únicamente por la Iglesia, así también la beneficencia y la misericordia son únicamente un *regalo* de la Iglesia al infeliz, al pecador. Es esto un cortejar, muy hábilmente dosificado, a un ser humano quebrantado, con el fin de atarlo a un centro de poder e inculcar en su alma su absoluta nadería ante Dios, pero al mismo tiempo el poder de éste, representado por la Iglesia triunfante. A este razonamiento le falta, sin embargo, todo, pero absolutamente todo lo que designamos como caballerosidad. A un pueblo nórdico regido por el concepto del honor la ayuda a una persona en situación de apremio le debería ser predicada no en nombre del amor y de la misericordia condescendientes, sino en nombre de la justicia y del deber. Esto tendría como consecuencia no una sumisa humildad, sino una elevación interior, no el quebrantamiento de la personalidad, sino su fortalecimiento, es decir, el re-despertar de la conciencia del honor.

Aquí *pertenece la compasión cristiano-eclesiástica,* que ha aparecido también en la "humanidad" francmasónica bajo nueva forma y ha conducido al mayor asolamiento de la totalidad de nuestra vida. Del dogma coercitivo del amor ilimitado y de la igualdad de todo lo humano ante Dios por un lado, de la doctrina del "derecho humano" democrático a-racial y no sostenido por ninguna idea del honor arriagado en la nacionalidad por el otro, la sociedad europea se ha "desarrollado" directamente como custodio de lo inferior, de lo enfermo y contrahecho, criminal y putrefacto. El "amor" más "humanidad" ha devenido una doctrina destructora de todos los mandamientos de la vida y las formas de existencias del pueblo y del Estado, y por esta razón se ha rebelado contra la naturaleza que hoy se venga, Una nación, cuyo centro estuviera representado por el honor y el deber, no mantendría a holgazanes y criminales sino que los excluiría. Vemos también en este ejemplo que el esquema a-racial ávido de unidad va aparejado con un subjetivismo malsano, mientras una comunidad social y política soldada por el honor y el deber, si bien por justicia debe preocuparse por eliminar la penuria exterior y acrecentar la auto-valoración del individuo dentro del marco de esta voluntad de perfeccionamiento, no obstante ello, estaría igualmente forzada a descartar a los racial y anímicamente inservibles para la forma de vida nórdica. Lo uno y lo otro resulta, si como valor máximo de todo actuar se establece el honor y la protección de la raza nórdico-occidental como portadora de esta idea.

Un ejemplo típico de cómo el sistema romano aprovechaba las debilidades humanas para sus fines, lo constituye el dogma *coercitivo de* la *indulgencia* Frente al pobre "pecador" la Iglesia afirma poseer un excedente de "plenitud de reparación sustitutiva" por parte de Jesucristo y los santos. En base a su "encargo divino" de separar y unir, dispone con respecto al malhechor en cuestión, del haber del Salvador (fue especialmente el africano Tertuliano quien perfeccionó esta doctrina mercantil con mucho alarde de sutileza jurídica). Se ha tratado de rodear este dogma de muchas explicaciones misteriosas, construyéndose toda una filosofía sobre esta expiación sustitutiva, pero a nadie que tenga visión más profunda podrá quedar oculto su fundamento mercantil. Mercantil, tanto en sentido espiritual como material. Fundamentalmente la idea de la indulgencia es, en último término, un ejemplo de aritmética, el reemplazo de cuyas incógnitas X e Y mediante números, voluntariamente se ha puesto en manos de la Iglesia. Esta es la cría de desmoralización caracterológica y anímica, sin tomar en cuenta las consecuencias exteriores, tales como, p. ej., se habían producido en tiempos de Lutero, cuando un representante comercial de los Fugger acompañaba permanentemente al hombre de bien Tetzel y le sacaba todo el dinero que entraba, porque de

otro modo el mercachifle de Augsburg no hubiera sido pagado por el endeudado Papa [47] . El dogma de la indulgencia fue posible únicamente parque la idea de un sentimiento personal del honor no había actuado durante su redacción. Además, también debía resultar en el socavamiento de la aún existente conciencia del honor y en la formación del pensamiento servil como modo de ser piadoso. Examinada exteriormente, la rebeldía alemana contra este oprobio ha obligado al sistema romano a ser más prudente en la práctica del abuso de las indulgencias. Pero, en lo fundamental, es defendido aún hoy por la Iglesia como un derecho y un hábito piadoso. (Comp. la Proclama de Indulgencia General de 1926.) Que este abuso sea retrotraído igualmente a "bienes originales bíblicos" se comprende por sí mismo. Una influencia milenaria sobre largas hileras de generaciones ejercida por un nuevo polo —Roma— ha actuado con tanta intensidad sobre los fundamentos no-nórdicos de los pueblos europeos que este llamado a la humanidad escindida no es sentido por ellos en absoluto como oprobio, sino como ayuda mutua de los "miembros del cuerpo de Cristo".

Partiendo de la misma mentalidad ajena a la idea del honor, puede también comprenderse la forma de la *intercesión eclesiástica.* Sobre la base de las resoluciones de los Concilios de Lyon, Florencia y Trento se introdujo con mayoría de votos el estado de purificación entre la vida, por un lado, y la condena eterna y la bienaventuranza eterna respectivamente por el otro, asignándose a la Iglesia el poder de llevar a buen fin el Purgatorio mediante su intercesión. Si se despoja esta doctrina de todas sus guarniciones, es decir, si se la toma tal cual es su intención, o sea, no como una verdadera rogativa y recuerdo espiritual de un extinto, sino como un acto que ejerce influencia sobre el viaje del alma también después de la muerte, entonces tenemos la más vulgar creencia en la hechicería, tal como los pueblos de Oceanía aún hoy le rinden tributo. Considerado filosóficamente, los dogmas de la indulgencia y de la eficaz intercesión (junto con un sinnúmero de otros, desde la doctrina del escapulario hasta los sagrados óleos y las reliquias milagrosas) se hallan a la altura de una visión del mundo cuyo tipo es el *médico-hechicero. El* médico-hechicero, cuya oración trae o impide la lluvia, cuya maldición mata, que con Dios (o los dioses) ha concertado un contrato y que lo (o los) puede obligar a todo o, al menos, influenciar mediante ritos mágicos. [48]

Al médico-hechicero como figura demoníaca no le puede servir el pensar autónomo de sus adeptos tan poco como el proceder consciente del honor. Consecuentemente, para afianzar su posición debe preocuparse por descartar tanto lo uno como lo otro con todos los medios a su alcance. Debe desarrollar todos los temores y predisposiciones histéricas demasiado humanos; debe predicar la creencia desvariada en brujas y el hechizo demoníaco; debe yugular con el *Index,* el fuego y la espada toda investigación que pueda conducir a otros resultados o a la liberación de toda la imagen del mundo enseñada por el médico-hechicero. El médico-hechicero tiene que echar a la cárcel a un Roger Bacon exactamente igual que a un Galilei; debe proscribir y excomulgar la obra de Copérnico y tratar de destruir todos los sistemas racionales que quieren hacer valer el honor, el deber y la lealtad del hombre —es decir, las doctrinas armonizadas con una personalidad de alto valor— como poderes formadores de la vida. *Describir la tentativa de imponer a nivel de política mundial la concepción del mundo mágico-demoníaca del médico-hechicero significa escribir la historia eclesiástica y la dogmática romana.* Roma, por consiguiente, ha sabido no solamente asegurarse la "lugartenencia de Dios" a los ojos de millones, sino, mediante acción

---

[47] Muchas entradas por indulgencias trajo el "Año Santo", inventado por Bonifacio VIII. La indulgencia del jubileo sólo podía ser adquirida en Roma. Al principio estaba previsto que cada 100 años debía ser festejado el "*Anno sancto* " Luego el jubileo fue celebrado cada 50, luego cada 33, finalmente cada 25 años, a fin de recibir con más frecuencia grandes sumas. El primer "Año Santo" (1300) trajo al Papa 200.000 extranjeros y 15 millones de florines de oro. En 1350 el Vaticano embolsó 22 millones, se comprende, por lo tanto, por qué después de los 33 años "en recuerdo de los años de vida" de Jesús (como rezaba en el segundo acortamiento del lapso de tiempo), se introdujo la pausa de únicamente 25 años: "por la cortedad de la vida humana". Se ve que hasta la muerte en martirio de Jesús puede ser buena para la fundamentación de los negocios de su "representante". Para obtener aún más dinero se introdujo la apertura y el cierre de la "Puerta de Oro" para el "Año Santo": quien entraba aquí dejando su óbolo también podía liberar a sus amigos de todos sus pecados. En 1500 Alejandro VI utilizó las entradas de la indulgencia del jubileo para la dote de su hija Lucrecia. Cada crimen tenía su precio fijo mediante el cual uno se podía redimir: el parricidio y el incesto debían ser pagados con sumas elevadas. Recién los ataques protestantes frenaron la mala práctica. Después de esto la indulgencia era concedida por hábitos de hechicería (llevar escapularios, altares privilegiados, etc.). Negocios similares se hacían en todos los cargos inferiores. El Monasterio Monte Cassino tenía, p. ej., entradas anuales de 500.000 ducados y comprendía alrededor del año 1500 4 sedes obispales, 2 principados, 20 condados, 350 palacios, 440 aldeas, 336 fincas rurales, 23 establecimientos portuarios, 33 islas, 200 molinos, 1662 iglesias! Un ejemplo entre miles. A esto se agregaba el comercio con cargos (entrega de sumas gigantescas al Papa para obtener el palio), denario de San Pedro, dineros de dispensas, etc. Más ávido de dinero no ha sido ni el peor déspota de la Tierra que el "representante" del hombre cuyo reino no era de este mundo.

[48] Un acontecimiento que exteriormente no cuadra con esta obra, pero que en *lo* más íntimo es de hondo significado, sea anotado aquí para la caracterización de esta orientación espiritual. *El* día de Corpus Christi de *1929,* en Munich, la procesión fue sorprendida repentinamente por una fuerte tormenta con lluvia. Los monjes, monjas, acólitos, etc. pusieron *sus* cirios y crucifijos bajo el brazo y se dispersaron corriendo hacia los cuatro puntos cardinales. Después de esto, el cardenal Faulhaber predicó en la *Frauenkirche y* exhortó a los fieles a no dejar que el temporal conmoviera su fe, aún cuando Jesucristo esta vez no haya aceptado el sacrificio que le fuera ofrecido... Jesús aquí, por consiguiente, es presentado como fabricante de lluvia y la procesión de Corpus malograda por la lluvia como una tentativa frustrada de hechizamiento! La palabra de la filosofía del médico-hechicero —dicho sea esto sin ninguna intención ofensiva— caracteriza exactamente, por ende, la postura espiritual de la Iglesia romana.

sobre la creencia siempre fomentada en la magia, de determinadas capas dentro de los distintos pueblos, también mantener despierta la creencia en la omnipotencia de sus usos (como la indulgencia, la extremaunción, etc.), practicables únicamente por los sacerdotes, sobre el más allá. Y simultáneamente, el Papa ha sabido sustraerse a la *responsabilidad* de esta hechicería. Otras instituciones de naturaleza similar en países extranjeros fueron en esto más consecuentes. El maestro y el cacique de una tribu "primitiva" que se arrogaba poderes mágicos, cuando sus ceremonias de sacrificios conducía a pesar de todo a la sequía o a la inundación devastadora, era muerto. El emperador de la China ha sido igual a Dios; como Hijo del Cielo gozaba de veneración, pero era responsable de la prosperidad del pueblo y el Estado. Pero, el Papa, ha hecho imposible a la humanidad creyente en él, la posibilidad del control de sus aseveraciones por el hecho de haber trasladado su efecto del más acá al más allá. (Pero si tiene éxito una curación hipnótica, los periódicos católicos están llenos de noticias al respecto, del mismo modo que callan absolutamente acerca de los miles que se alejan sin haber experimentado cambio alguno de los lugares de peregrinación y milagros). Como no se escatimaba ni se escatima con descripciones de los horrores del Infierno —un concepto que el piadoso Ulfilas no conocía y para el cual, por consiguiente, también faltaba el término germánico—, Roma encadena la esperanza de millones de atemorizados a sus ritos y a su efecto mágico, sin correr el peligro de ser rebatida por el experimento. También este medio ha contribuido mucho a la durabilidad del sistema romano.

Ahora bien: la tentativa de hechizamiento del mundo, ciertamente, ha fracasado, pero no del todo. La inicial superioridad técnica del Sud sobre el germanismo, la consecuente erradicación de lo libre, orgulloso y consciente del honor con la ayuda de todas las alianzas imaginables, el inteligente desvirtuar de usos nórdicos, que subsistieron como tales recibiendo únicamente una administración distinta..., todo esto no ha quedado sin efectos persistentes.

Las últimas consecuencias del sistema romano las ha extraído el jesuítismo. La piedra clave del arco en el edificio de la filosofía del médico-hechicero, la creó el Concilio Vaticano. Aquí el médico-hechicero fue declarado por el tiempo del ejercicio de su cargo como Dios, como Dios *infalible. Ahora* Jesús, considerado estrictamente, ya no está en representación, sino destituido. Destituido y reemplazado por el sistema romano, coronado por el médico-hechicero investido de todo el poder, que se denomina Papa. "La Biblia del Nuevo Testamento es, por cierto, una concreción significativa pero de ninguna manera exhaustiva de esta tradición apostólica que llena la totalidad de la conciencia de la Iglesia", escribe condescendientemente el mencionado doctrinario católico moderno Prof. Adam.

Jesús ha sido empujado afuera, pero la superstición sirio-etrusca que al principio se enredaba alrededor de su personalidad, como "tradición apostólica", ha ocupado su lugar.

Para el dogma romano el concepto del honor no está dado por sí mismo como problema. Desde su posición básica, que exigía únicamente sumisión, tuvo que eliminarlo sistemáticamente. La escuela para la consciente erradicación de esta fuerza espiritual de la vida occidental que a pesar de todo se presentaba en todas partes, la representa sin duda la Orden que como una burla se denomina "Sociedad de Jesús": el modo cómo Ignacio quería ver adiestrados a los seguidores de Jesús , significa poco más o menos el más lejano contraste del pensar y del sentir germánicos.

Que tipo de influencias, junto a los instintos primigenios de los vascos, fueron las más esenciales en la génesis y estructuración, en cuanto a esto las opiniones difieren aún hoy. Cierto es que las pías "voces desde Maria Laach" opinan que "el origen sobrenatural del Librito de Ejercicios... no fue puesto en duda por ninguna persona sensata", pero esta infantil tentativa de retrotraer al "dictado divino" también productos tan recientes resulta algo penosa hasta para el sacerdocio. Probadamente los escritos del Padre García de Cisneros de Manresa, los reglamentos de los Benedictinos y Franciscanos han ejercido gran influencia sobre Ignacio, pero igualmente los principios de las ligas secretas moriscas de carácter religioso-político, que a través de Nordáfrica se extendieron hasta España debieron serle perfectamente conocidos, ya que existe una concordancia sencillamente pasmosa entre las Ordenes musulmanes y los principios de la Sociedad de Jesús. Los textos musulmanes enseñan: "Tú serás bajo las manos de tu jeque igual a un cadáver en la mano del guardián de los muertos... Obedece a tu jeque en todo lo que él ordena, pues es Dios mismo el que manda a través de su voz. [49]

Ignacio exige lo mismo en su célebre carta sobre la obediencia: ciega obediencia, obediencia de *cadáver.* La claridad de la obediencia ciega desaparecería si interiormente de algún modo quisiéramos contraponer a una orden la pregunta de si es buena o mala. De ser necesario cumplir una orden del superior, "cualquiera que ella sea", un impulso ciego de obedecer nos arrastrará consigo "sin dejar a la reflexión el menor lugar". Fue *el 26 de marzo de 1553 cuando la exigencia de la obediencia de cadáver fue arrojada como abierto reto a la vida espiritual occidental-germánica.* "Despojáos, amados hermanos, escribe Ignacio, tanto como sea posible de vuestra voluntad y transmitid y sacrificad vuestra libertad... Vosotros

[49] *Livre de ses appuis*, por el jeque Si-Snoussi, traducido por M. Colas. Más detalles en Müller: *Les origines de la Compagnie de Jésus,* París, 1898. Comp. también Charbounel: *L Origine Musulmane des Jésuites.*

debéis obedecer con un cierto impulso ciego, con ávida voluntad, sin examen de ninguna naturaleza (!) dejaros impeler a hacer sea lo que fuere (!), lo que el superior dice...". En las "*Constituciones* leemos: "Cada cual debe estar convencido de que quien vive bajo la obediencia *debe dejarse conducir* por la Divina Providencia *a través del Superior como si fuera un cadáver* que se deja llevar y colocar de cualquier manera aquí y allá; o como si fuera el bastón de un anciano, que a aquel que lo sostiene le sirve dónde *y de la manera* que éste lo quiera..." En las *Reglas,* que Loyola agregó a los *Ejercicios, exigió* nuevamente la "*total* abolición del propio juicio" y además, "si algo aparece como blanco a nuestros ojos lo que la Iglesia ha definido como negro, declarar esto igualmente como negro". En alemán: se exige sumisión indistintamente si el servidor considera algo como pecaminoso o deshonroso; aquí hasta cae la limitación hecha anteriormente, poco convincente, por cierto que no es necesario obedecer únicamente cuando sea exigido un"pecado *evidente*".[50]

Esta franqueza, este coraje para llevar hasta la última conclusión las premisas del sistema romano ni siquiera lo soportaron ni los más celosos miembros occidentales de la Iglesia de *aquel entonces.* Hasta la Inquisición romana y la española se alzaron contra este lenguaje demasiado claro, de todos los rincones y de todos los confines del mundo surgieron protestas a causa del deshonor y servilismo de esta exigencia. Casi se hubiera llegado a una condena pública de la doctrina jesuítica, pero el taimado Belarmino consiguió —en el interés de la "unidad de la Iglesia"—desbaratarla. [51] La exigencia de Ignacio de llamar negro a lo blanco si la Iglesia lo ordena significaba la santificación del envenenamiento de las almas, era el reconocimiento del derecho de destrucción de las conciencias, era la abierta elevación de la mentira a obra piadosa. Que esta doctrina, que nos succionaba la médula espinal ética, no pudo ser realizada *plenamente* de nuevo, no fue debido a la buena voluntad de la Iglesia fuera de la cual no hay salvación, sino únicamente a la fuerza de resistencia del espíritu europeo y a la imposibilidad, pese a decenios de educación negativa, de cauterizar la conciencia europea del honor. Hoy se está obligado a no declarar ya como verídicas ni siquiera las palabras "dictadas por Dios" de Ignacio, no se osa exigir *abiertamente* en los colegios jesuitas la obediencia de cadáver y el renunciamiento al propio honor. Pero la meta y el camino a un estado de rebaño de siervos sin alma, están trazados con inconfundible claridad. Al quebrantamiento de todo sentimiento de dignidad sirven los ejercicios de la Orden, atemorizadores de la imaginación y subyugantes de la voluntad propia, de la misma manera que el sojuzgamiento de la personalidad anímica bajo la hipnosis de una fuerte voluntad central. El hecho de que la Iglesia *no* condenó la doctrina de cadáver muestra que ella perseguía el mismo fin que su herramienta, la Sociedad de Jesús. Y así como las Ordenes sirio-africanas quisieron actuar "por la mayor gloria de Dios", así trabaja la Orden de los jesuítas "Ad *majorem gloriam Dei*" consecuentemente en la descomposición del Occidente nórdico-germánico y se anida por necesidad natural en todos aquellos lugares donde se hace apreciable una herida en un organismo popular.

Aquí no se trata de buena y mala voluntad, sino de inmutables valores del carácter. Ignacio fue un hombre si bien ambicioso, sin embargo, valiente, pero su sistema de servidumbre es la reversión de todos los valores de Europa. Así como el materialista teórico puede ser personalmente un hombre bueno, frugal (también aquí la diferencia entre fe y valores del carácter), así también el belicoso Loyola pudo llegar a ser el símbolo de la lucha más inescrupulosa contra el alma de la raza nórdica. Para decirlo desde ya: nada es más falso que comparar los ejercicios de Ignacio con el sistema de disciplina prusiano, como se hace a menudo con el objeto de encubrir las realidades, antes al contrario, estas dos formas de la liga masculina plasmadora de tipos constituyen antítesis inconciliables. Ignacio suprime el hábito monjil, renuncia a un

---

[50] Un "Memorial" del Colegio de Jesuitas de Munich comenta las reglas 35 y 36 sobre la obediencia: "Obedece ciegamente el que como un cadáver o como el bastón de un anciano, que no tienen ni sentimiento ni juicio, obedece como si el propio juicio de tal manera lo hubiera atado y en cierto modo eclipsado por completo (*totum eclipsatum*) que propiamente no juzga ni puede ver por sí mismo, sino que se ha apropiado por completo un juicio distinto, es decir, el del Superior, y esto tan completa y perfectamente que sea lo que fuere lo que el Superior juzga y siente, juzgue y sienta realmente lo mismo y nada distinto que él, y que este juicio del Superior sea su propio juicio natural y no desvirtuado. Esta es la fuerza de la verdadera negación de sí mismo y de la verdadera negación de sí mismo (*excaecatio*): no ser impulsado ya por movimiento propio, sino por el movimiento extraño". [Reusch, *Archivalische Beiträge: Zeitschrift für Kirchengeschichte,* (*Contribuciones de archivo: Revista de Historia eclesiástica*, N. del T.), 1895, XV, 263]

[51] El jesuita francés Julian Vincint, que tuvo el coraje, aún en el año 1588 de declarar como hereje la carta de Ignacio, fue encerrado en la prisión por la Inquisición y luego proclamado loco. Gracias a los cariñosos cuidados de los "sucesores de Cristo" murió al año siguiente en la prisión.

El que quiera seguir un caso semejante de brutal sojuzgamiento de un hombre recto dentro de la actual Orden jesuítica, que lea las actuaciones procesales del padre jesuíta alemán Bremer acerca de su lucha contra el general de los jesuitas y el Papa que protegía contra todo derecho al primero. Bremer defendía como erudito reconocido las antiguas severas concepciones sobre moral, aquello que como molesto, sencillamente fue prohibido. Pero el pequeño Padre no se dejó simplemente estrangular como miles de otros y defendió su punto de vista sobre la base del derecho eclesiástico. Esto tuvo como consecuencia una brutalidad tras la otra, luego procesos del Padre, después la condena de Roma sin que fuera escuchado. Bremer formula contra el general de los jesuitas y el Papa, abiertamente, la acusación de falsificación de documentos. Ambos tuvieron que sufrir esto... Los hermosos tiempos de la Inquisición han pasado, de otro modo, Bremer ya se hubiera podrido hace tiempo en una prisión. Más detalles Dr. F. Ernst: *Papst und Iesuitengeneral,* [*El Papa y el General de los jesuitas*, N. del T.], Bonn, 1930.

excesivo ascetismo, ubica a sus representantes de incógnito en todas las ciudades (los “Afiliados”), dejándoles en su vida exterior una gran libertad. A cambio de esto, los jesuitas sacrifican a la Orden: investigación propia, personalidad, dignidad humana, en último término, su naturaleza anímico-racial. El soldado prusiano se hallaba exteriormente, en lo técnico, bajo ruda disciplina, interiormente era libre. El primer sistema no conoce la idea del honor, y donde tropieza con ésta, trata de pisotearla; el segundo gira *únicamente* alrededor de esta idea. El primero era y es un bacilo en medio de nuestra vida, un ácido corrosivo que destruye todo lo fuerte y grande de nuestro pasado más auténtico; el segundo era y es la célula primaria para la estructuración de toda nuestra existencia, como se manifestó cuando con el vikingo y el joven germano se presentó por primera vez abiertamente a la luz de la historia.

Después del vasco Ignacio fue Lainez —un judío—, como su sucesor, decisivo para el desarrollo del dogma romano en la dirección adversa a todos nosotros. Su eficacia especialmente en el Concilio de Trento y las consecuencias de las decisiones allí asentadas, merecerían una tesis doctoral alemana. Y el 18 de julio de 1870 el Concilio Vaticano jesuítico enunció su confesión final:

“Nosotros enseñamos y declaramos que según la disposición del Señor la Iglesia romana tiene sobre todas las demás la preeminencia del *poder administrativo* ordinario..., que por el fallo de la Silla Apostólica, por encima del cual no hay ningún poder superior, no está permitido que por nadie sea sometido a un nuevo conocimiento, así como a nadie le incumbe constituirse en tribunal sobre el fallo de la misma... la Silla de San Pedro queda siempre incólume de todo error... Nosotros lo declaramos como un dogma revelado por Dios: que el Papa romano cuando habla desde su cátedra si se refiere a la fe o a la moral..., decide una doctrina que debe ser mantenida por la Iglesia en su totalidad, posee, en virtud de la asistencia divina que le fuera prometida a San Pedro, aquella infalibilidad con la cual el Divino Salvador quiso ver provista su Iglesia en lo referente a la decisión de una doctrina acerca de la fe o la moral... Pero si alguien osara contradecir, lo que Dios quiere evitar, ésta nuestra decisión: sea excomulgado”.

Con esto el sistema romano-jesuítico de la destrucción de la personalidad ha quedado plenamente realizado. Cierto es que millones de católicos fielmente creyentes percibían oscuramente toda la monstruosidad de esta auto-deificación de un cargo en sí, y algunos hombres se levantaron para protestar contra esta deshonra del ser humano, que tal es la esencia del documento Vaticano. El rector católico de la universidad de Praga escribió horrorizado: “Uno se dejó sacrificar y se sacrificó a sí mismo, arrojó la convicción, la fe, el honor sacerdotal y humano. Este es el resultado de una evolución que ve en la ciega obediencia hacia el jerarca romano la esencia del cristianismo”. [52] El obispo Strassmeyer declaró que la Curia considera al Papado como una carroña, y esperaba la muerte de Pío IX, lo que significaría un “verdadero alivio para la humanidad”; J. Döllinger rechazó el dogma “como cristiano, teólogo y versado en historia”. Hasta el gran orgullo del Centro, Windthorst, fue con todo lo suficientemente valiente como para rechazar al menos entre amigos el nuevo dogma de la infalibilidad. Como informó Kurizer, el canónigo de Breslau, [53] le costó mucho apaciguar a Windthorst y “trató de calmar su furia contra los jesuitas, a los que declaró culpables de todo y contra cuya expulsión no movería un dedo”. Pero lo que en el siglo 16 aún pareció posible, fue ahora en vano; no hubo nada que hacer. Pío IX pudo también, pues, declarar orgullosamente de sí: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida”, [54] sin que el mundo católico avasallado, anímicamente corrompido, osara rebelarse contra esta usurpación...

Ahora bien: no se trata de ninguna manera de que el Papa decreta como infalibles cualesquiera disposiciones especiales, sino simplemente del hecho *de que* le fue asignada esta posibilidad. De nuevo una parte de ese algo inasible, que todo pueblo siente como centro de su alma, ha sido roído, desintegrado. El Papa tampoco exigirá abiertamente nada deshonroso; el *hecho* de la extensión de un poder en blanco por parte del mundo católico nos muestra, sin embargo, por sí solo que, efectivamente, uno había arrojado su honor de hombre al servicio del “amor”. El documento vaticano significó el quebrantamiento de los últimos caracteres de la Iglesia de aquel entonces. Y, por consiguiente, también de la actual: pues los presentes dignatarios ya han sido educados bajo el dominio de estos dogmas deshonrosos. El así llamado “catolicismo político” es únicamente la necesaria faz exterior del sistema romano-jesuítico, no un abuso, sino la aplicación consecuente de los principios romanos, aunque sí abuso de la verdadera religión. Pues si todo ser espiritual libre de Roma, toda potencia terrena independiente de Roma aparece como “defección” del “gobierno legítimo”, entonces todo medio está santificado por el fin de volver a ganar este dominio político-espiritual.

Este sistema ha sabido forzar la capacidad de sacrificio del ser humano amante, al servicio de una casta despiadada. Mediante el traslado del peso gravitacional interior de la conciencia del honor a la humildad y la compasión, la dignidad anímica de los pueblos nórdicos fue socavada. Guerras, revoluciones —en parte aprovechadas por Roma, en parte directamente provocadas por Roma— trajeron consigo

[52] Schulte: *Der Altkatholizismus in Deutschland,* [*El Viejo Catolicismo en Alemania,* N. del T.]

[53] *Nordd Allg.,* [*Periódico General del Norte Alemán,* N. del T.], del 11 de enero de 1871.

[54]*Obs. Catholique*, [*Observador Católico*, N. del T.] 1866, p. *357.*

ulteriores reblandecimientos físicos y espirituales, hasta que después del concurso democrático-judío se hizo posible colocar en 1870 la piedra clave en la cúpula del edificio. Y esto quiere decir: renunciamiento al honor del individuo, de los pueblos, de las razas, en favor de la pretensión de dominio de una sociedad de sacerdotes que se declara a sí misma Dios.

En este gran orden de ideas la magna hazaña de Lutero no está en el campo de la fundación de una Iglesia, sino que es mucho más significativa que la promoción de un cisma de la Iglesia. Por más que Lutero estaba aún profundamente arraigado en el Medioevo, su acción significa la gran revolución en la historia de Europa después de la invasión del cristianismo romano: Lutero negó el sacerdocio en sí, es decir, el derecho de una casta de hombres que aducía estar en relación más cercana con la divinidad que otros seres humanos, que en base a una llamada “ciencia de Dios” se arrogaba poseer mejor conocimiento de los planes de salvación de Dios y de las condiciones en el “cielo”. Con ello Martín Lutero frenó el avance de aquel abuso hechicero, que desde el Asia Central había venido hasta nosotros a través de Siria-Africa. Africano es el monacato, es la tonsura, centro-asiáticas son las flagelaciones antinaturales, mediante las cuales uno sería llevado “más cerca de Dios”, asiático es el rosario, que aún hoy es usado en el Tibet, cuyo mecanismo ha encontrado su perfeccionamiento en el molinillo de oraciones. Asiático es besar el pie del Papa; el Dalai Lama exige aún hoy lo mismo y algunas cosas más, lo que, sin embargo, no pudo ser impuesto con todo en Europa. Piénsese al respecto también en Alejandro el Grande. Cuando éste hubo conquistado toda el Asia Anterior, hizo arrodillarse delante suyo a los asiáticos cuando lo saludaban, pero con sus macedonios tuvo un trato de camaradas, un único intento de implantar también para ellos la prosquinesis fracasó de inmediato y Alejandro mantuvo la vieja relación. Ya allí se separó la Europa nórdica del orientalismo, pero el lamaísmo, bajo la forma de la casta sacerdotal romana había efectuado su invasión, prosiguiendo la política oriental de los babilonios, egipcios y etruscos. A esta totalidad espiritual Martín Lutero había declarado la guerra, quedó *vencedor y también* todos los católicos aún conscientes del honor deben agradecer a su obra que el Papado *se vio obligado* a reformarse, a depurarse, para poder siquiera subsistir aún en el mundo cultural de Europa, que estaba despertando.

Ahora bien: tómese conciencia *adónde* hubieran llegado los Estados, otrora germánicos, si hubiera triunfado aquel espíritu que quería asociar la santidad con la suciedad y la vida repugnante. San Eusebio andaba con cadenas de hierro que pesaban 260 libras, San Macario compró para sí la santidad al soportar los dolores de un montículo de hormigas dentro del cual se sentó, San Francisco —en muchos conceptos seguramente una personalidad de las mayores— rindió tributo al asiatismo revolcándose desnudo sobre espinas para complacencia de Dios. Especialmente las monjas piadosas bebieron saliva extraña, comían lauchas muertas y huevos podridos, todo para llegar a ser más “santas”. El “piadoso” Hilarión es ensalzado porque vivió solamente en la inmundicia. San Atanasio estaba orgulloso de no haber lavado nunca sus pies, lo mismo se informa de San Abraham y de Santa Sylvia. El convento de la Santa Eufrasia hasta había formulado el voto de que a sus monjas no les estaba permitido bañarse nunca... Bajo el irrefrenado desarrollo ulterior de este “olor de santidad” Europa habría llegado hoy al estado de los santos cubiertos de suciedad de la India y del Tibet, unido a un estado del más completo embrutecimiento, de la más horrorosa superstición, de la pobreza y de la miseria, asociado a un constante enriquecimiento de la casta sacerdotal. A través de la totalidad de los movimientos anti-romanos Europa fue salvada y el mayor salvador del Occidente es Martin Lutero por el hecho de que luchaba contra la esencia, de la cual emanaron las condiciones esbozadas como resultados necesarios: el sacerdocio con poder mágico de Roma, como continuación de las asociaciones de sacerdotes del Asia Anterior y Central. El hijo de campesino alemán llegó a ser así el eje de una nueva evolución del mundo, a quien todos los europeos deberían estar agradecidos, porque él no solamente hizo libres a los protestantes, sino también salvó a los católicos del naufragio anímico. La posterior vuelta de muchos apóstatas (Viena, Munich fueron otrora ciudades protestantes) al catolicismo sólo se hizo, por cierto, posible por la forzada depuración del olor de santidad, pero no se olvide nunca que si no existiera ya el espíritu protestante el mundo tibetano-etrusco se manifestaría de nuevo (España, que fue el país menos protestante, ha sentido más amargamente el dominio de Roma, en ninguna parte de Europa hubo semejante retraso anímico-espiritual que allí antes de la revolución de abril de 1931 [Por supuesto, Rosenberg no defiende la sucia república demomarxista surgida el 14 de abril de 1931, sino que señala la fecha a partir de la cual, con la caída de la seudomonarquía burguesa y decimonónica, comienza a desarrollarse en España un nuevo espíritu creador y juvenil que hallaría su concreción en el Nacionalsindicalismo. N. del E.]. Cuán profundamente la desvariada creencia en el satanismo impera aún hoy en los lugares más encumbrados, eso lo ha puesto de manifiesto ante el mundo asombrado el fraude Leo Taxil, al igual que los exorcismos del demonio de piadosos clérigos en todos los Estados.

4.

La esencia de la lucha entre el Emperador y el Papa fue, por de pronto, la lucha por el predominio entre el honor del caballero y la debilitante doctrina del amor. El símbolo viviente del primer compromiso concertado lo constituye la espada con la empuñadura en cruz, lo constituye el obispo cabalgando en un corcel de batalla. Sin duda, preponderó primero el honor de caballero; también un Carlomagno hubiera rechazado riente a un Pío IX. Mas consideró conveniente hacer que su dignidad fuera santificada por la religión y anunciar su mando sobre los pueblos como proveniente de la gracia de Dios. Emperador y Papa fueron, por consiguiente, aliados en la *política de poder* contra los "sajones nobles", para quienes —según Goethe— es título de honor que han odiado al cristianismo en la forma ofrecida. Widukind luchó por sí mismo, pero simultáneamente por la libertad de todos los pueblos nórdicos. Al respecto Carlos sigue siendo el rudo fundador del Reich Alemán como unidad política. Es muy dudoso que sin él esta estructura de poderse hubiera originado. Después del restablecimiento del honor de los bajo-sajones vituperados durante 1000 años, *ambos* grandes adversarios entran en la historia alemana: Carlos como fundador del Reich Alemán, Widukind como defensor de los valores germánicos de la libertad.

La lealtad de seguidor y la lealtad de varón estaban para el caballero antiguo tan por encima de la posesión y la felicidad como para el cantor de la *Edda.* El *Havamal* termina con las palabras:

La propiedad muere,
los linajes mueren,
tú mismo mueres como ellos;
una cosa sé,
que vive eternamente:
la fama de las proezas del muerto.

Es ésta la forma nórdica de la doctrina budista del Karma. En la epopeya de Beowulf se intenta un amalgamiento del sentimiento del honor germánico con la idea de redención cristiana, a saber, en cuanto Beowulf se propone salvar la humanidad atormentada, desgarrada; pero él no lucha con el auxilio del dogma "de no resistir al mal", sino como "un héroe que causa espanto al mal" (comp. al respecto las palabras de Visnú, quien aparece siempre en el mundo para el aniquilamiento de los malhechores). Un cierto subtono blanduzco se pone de manifiesto, empero, ya en el *Beowulf.* Mientras que para los germanos más antiguos era deshonroso volver del campo de batalla sin el conductor y señor, la actitud miserable de los "discípulos" de Cristo en el Jardín de Getsemaní (lo que también le resultó muy penoso al poeta del "*Heliand*") aquí ya ha hecho su impronta El séquito de Beowulf lo abandona, fuera de un sólo hombre leal, porque son presa de premoniciones de muerte! Este rasgo de blandura de un ánimo totalmente a-nórdico, por cierto, es compensado de nuevo mediante un consciente elogio del honor: "Ningún suceso puede debilitar el amor que el hombre noble siente por su sangre", "A todos nosotros nos amenaza el fin de esta vida: ¡por eso el que pueda logre para sí fama antes de la muerte!" Finalmente, los que deshonrosa y deslealmente huyeron fueron penados con la proscripción:

Ahora a todo vuestro linaje le sea vedada
la ofrenda de las espadas y de los tesoros luminosos,
el disfrute de la madre patria y del terruño
heredado: privado de los derechos de nuestra vida
ha de ser cada uno, cuando en la lejanía
los hombres nobles sepan de vuestra fuga,
la acción sin gloria. La muerte es mejor
para todo noble que una vida ignominiosa.

También el caballero germánico se hace pasible de acciones poco honrosas en estado de flaqueza de voluntad y al hacer irrupción bajos impulsos, pero si después responde de ellas, las confiesa y toma sobre sí las consecuencias entonces comprendemos esto más fácilmente que el comportamiento cobarde de los primeros apóstoles. A nosotros nos parece hasta una figura siniestra como Hagen considerablemente más grande que, por ejemplo, Pedro, la "roca". Hagen arroja de sí su honor al servicio del honor de su rey, y muere al final por ello orgulloso e inquebrantado. El parlanchín Pedro reniega de su Señor a la primera prueba doble y triplemente; el único arranque que lo hace aparecer simpático, cuando desenvaina la espada (lo que el poeta del *Heliand* describe con visible alivio), es oscurecido muy significativamente por sus posteriores cobardes mentiras. La tradición eclesiástica se afana infructuosamente por hacer de Pedro un héroe. El piadoso poeta del *Heliand,* empero, trata de disculpar el comportamiento de los discípulos en Getsemaní mediante sus preocupaciones, pues de otra manera su sueño hubiera parecido a sus sajones deshonroso y, por consiguiente, incomprensible:

..........El Nacido del Señor
Los encontró dormidos en preocupaciones / tenían el corazón acongojado
Porque el Buen Señor / debía abandonarlos.

La evolución de la caballería en estamento de caballeros comenzó ya bajo Conrado, y se mantuvo hasta bien entrado el siglo 14. Los caballeros se consideraban como "Hijos del Reich" y se obligaban a defender al Kaiser y al Reich contra los enemigos externos. Este hecho les otorgaba su razón de ser como estamento, y condujo al caballeresco concepto del honor propiamente dicho, que constituye la primera representación estamental de la idea del honor, unida a la tierra y puesta a tono con el fin supremo. *Después del subjetivismo casi completo del vikingo y del antiguo jefe germánico con su séquito, de esta manera una gran capa del pueblo es orientada hacia el punto central anímico de toda la raza.* Las costumbres del otorgarmiento de la espada, del ceñimiento, luego la acolada, representaban simbólicamente la elevación y ennoblecimiento interiores. Por más que al final la caballería haya representado, por su anquilosamiento y su encierro formalista, una porción remanente de la antigüedad dentro de la vida burguesa [Es decir, de las ciudades. N. del T.] en renovación, por más que las correrías de saqueos de los caballeros sin tarea durante la paz ofrecen una imagen poco grata, sin embargo, estas son cosas a las que no puede escapar ni la mejor idea en su corporización. Pero es un hecho que hasta hoy con el término "caballeresco" se designa únicamente una persona que defiende enérgicamente a un semejante y sabe preservar su honor.

5.

Por supuesto, el sistema romano se afanó por poner a su servicio también a esta caballería, lo que entre otras cosas halló su expresión a través de la consagración de la espada. Pues ya en el mismo comienzo de sus diez votos el caballero se obliga a servir a la religión, luego a prestar ayuda a los que se encuentran en apuros, y recién al final a prestar obediencia al Kaiser. Con ello fue establecida también formalmente tal influencia, tal como ya antes había sido realizada. Ciertos historiógrafos piadosos hasta trataron de retrotraer también la fundación de la caballería misma a Roma (tal como sus dogmas a Jesús), y al respecto Gregorio VII es nominado como fundador de la caballería. Aún cuando esto naturalmente sólo se realiza con el objeto de poner bajo la dependencia del Papa hasta la representación del pensamiento anti-romano mediante su remisión causal a éste, por supuesto con diferentes resultados que dimanan de ello también para el presente. Así, p. ej., el historiador Gfrörer nos sabe relatar con toda exactitud cómo también la idea caballeresca proviene de la santa Roma, para descubrir luego sin metáforas: "Recién a consecuencia de la poderosa influencia que la Iglesia obtuvo a través de la actuación de Gregorio VII sobre el estamento de los guerreros de los reinos cristianos del Poniente, y más precisamente en primer lugar del románico, la caballería alcanzó su pleno contenido como una institución o corporación *que se puso como meta, mediante obligaciones especiales, a poner el heroísmo del soldado al servicio de la religión.*" Fama, honor, tronco, pueblo, Kaiser y Reich fueron y son considerados, por ende, por los representantes del sistema romano, como meros nombres y cosas secundarias; como objetivo de la caballería falsificada que se retrotrae al representante de Cristo aparece únicamente el servicio por el Papa. Con esto también ha quedado completamente en claro la política inmutable de la Iglesia romana, y efectivamente, prédicas hipnotizantes han conseguido verter en las numerosas Cruzadas ríos de sangre por la Iglesia tiránica, "poner el heroísmo al servicio de la religión", someter el honor al "amor". "Yper y Arras" gritaban los flamencos, "Husta heya Beyerlant", rezaba el clamor de combate de los bávaros; esto Roma no lo pudo impedir, pero aprovechando la rivalidad de distintos intereses pudo sembrar discordia. Y esto lo ha considerado hasta hoy como su cometido esencial. Roma no puede, por instinto de auto-conservación, tolerar un estamento consciente de su pueblo y de su honor, y mucho menos toda una Nación afianzada en sí misma, consciente de su honor, por eso *debe* sembrar la desavenencia, la guerra y fomentar la descomposición racial. Esto pertenece a la esencia de su propio sistema a-racial y nunca cambiará mientras este sistema exista.

Otra falsificación más de la historia, aparentemente inerradicable, domina aún hoy a círculos que en lo demás se dan cuenta claramente de Roma y su sistema: como si la educación y la cultura que poco a poco invadieron al Occidente fueran una consecuencia de la actividad eclesiástica. Y eso que exactamente lo contrario es el caso.

Acosados por los longobardos, el Papa Esteban II (hacia 775) suplica a Pipino por ayuda y ruega que se le quiera invitar al país de los francos. Esto se hace; Pipino recibe al Papa a pie, pero éste, consciente de su debilidad, se muestra como pobre apóstol de Cristo, se envuelve con sus sacerdotes en vestimentas de crin, echa ceniza sobre su cabeza y suplica al Rey de rodillas que ayude al pueblo romano. Desde esta época Francia se considera como la hija mayor de Roma (pero renunció sabiamente desde Hugo Capeto a las seducciones de un título romano). El mismo Papa actúa luego contra un enlace de Carlomagno con una

longobarda. Escribe que Carlos no debía manchar "de una manera desleal y altamente pestilente" el "linaje real de suprema nobleza" de los francos con la sangre de los longobardos, y ruega al cielo en caso contrario de entregar a Carlos a las "llamas eternas". Pero como esta amenaza no hizo ninguna impresión en el Kaiser, el piadoso Padre se alía más tarde él mismo con el "pestilente" Rey de los longobardos.

En la época cuando presuntamente desde Roma se habría practicado la espiritualización del mundo, la actividad era, en realidad, sumamente a-espiritual. En el año 896 el Papa Esteban VI concibe la idea de escarbar de su sepulcro el cadáver putrefacto de su antecesor, condenar al muerto en un sínodo como malvado intruso a la pena capital, y hacer cortar a hachazos tres dedos al cadáver podrido "perjuro" y entregarlo al "pueblo" romano para que lo echase al agua. Después de esto cambian los Papas, se derrocan mutuamente, se aprisionan alternativamente, hasta que Sergio III, a su izquierda su concubina Marozia, asciende a la "silla de San Pedro". Esta mujer, junto con su madre Theodora, se asegura a obispos influyentes como amantes y sostenes de su dominio. Cuando Sergio estuvo terminado, después de una corta pausa la Marozia elevó a su hijo a Papa como Juan XI. A causa de esto su primer hijo Albrich estaba altamente encolerizado y derrocó el gobierno de su madre. Después de su muerte su hijo invistió el cargo papal como Juan XII. Pero la situación tampoco mejoró más tarde. En 893 el Papa expulsado Bonifacio VII logró poner en prisión y dejar morir allí a su competidor "reemplazante" de Jesús, Juan XIV. Pero tampoco Bonifacio disfrutó largo tiempo de la tiara, él a su vez fue echado por la nobleza real y por la señora Theodora, como ya se dijo, la famosa madre de la tan extraordinariamente capaz ramera Marozia, cuyo nieto Crescencio el Joven llegó a ser señor de Roma, quien ahora vendía la silla papal a criaturas dóciles. En 1024 ascendió un hombre al trono papal que nunca antes había sido eclesiástico. Compró la lugartenencia de Dios y se llamó Juan XIX. Además fue elegido el hijo de diez años de edad de un conde, como Papa Benedicto IX. Pero como éste ya a muy temprana edad se entregó a todos los vicios imaginables, hasta a los romanos esto les pasaba de la raya; eligieron, en consecuencia, un nuevo lugarteniente de Cristo, que se llamó Silvestre III. Pero el nuevo Papa pronto llegó a tener miedo de los peligros de su cargo y prefirió vender éste por 1000 libras a Gregorio VI, por lo que el expulsado Benedicto estuvo moralmente indignado y presentó de nuevo sus pretensiones a la silla de San Pedro. El honrado cardenal César Baronius llamaba a estos Papas simplemente "padrinos de prostitutas". Este escándalo recién llegó a su fin cuando intervino el Kaiser Enrique III.

Este fue el estado de cosas en Roma en los siglos 10 y 11, que todo alemán debería conocer, pero que prudentemente es callado por una historiografía por un lado mendaz, por el otro cobarde. Precisamente en esta época comenzó la unión nacional de los alemanes bajo Enrique I, el intento consciente de levantamiento y cultura nacionales bajo Otto I, el Grande. En la religión Otto veía un factor formador de almas y ennoblecedor. Gracias a él, el caballero alemán y los obispos recibieron gran influencia, ingresaron al rango principesco y transmitieron conocimientos espirituales, fomentaron la artesanía, los oficios y la agricultura. Conducidos y protegidos por el Kaiser, no por el Papa, florecieron los primeros centros de cultura en Quedlinburg, Reichenau, Hersfeld. Los Papas, por el contrario, hicieron asesinar a honrados amonestadores, tal como Adriano IV ordenó estrangular y quemar a Arnold von Brescia, cuando oyó de los sermones de éste. [55]

Los propósitos de Otto I tenían sin duda como base, la idea de una Iglesia nacional germánica, que pareció haberse extinguido con los godos arrianos desaparecidos. Por esta razón estableció que los sacerdotes fueran nombrados por el terrateniente: pero esto también lo indujo a someterse el Papado; los romanos tuvieron que jurar no elegir a ningún Papa sin el asentimiento del Kaiser. Otto III nombró autocráticamente a dos Papas. En forma semejante depuró Enrique III el Papado. En el gran conflicto entre el arzobispo Willigis de Maguncia contra el centralismo a-nacional romano, todos los obispos alemanes se unieron en abierto y consciente rechazo frente al Papa, quien finalmente tuvo que ceder. ¡En aquel entonces se era aún más libre en Alemania que en 1870 y 1930!

Un gran fortalecimiento obtuvo el Papado, sin embargo, a través de los cluniacenses que, sobrepasando el marco estatal, quisieron crear una organización internacional, dependiente únicamente del Papa. Cierto es que este movimiento se puso como meta una reforma de la vida monacal desmoralizada, pero mostró bien pronto su orientación espiritual a-germánica. Las prácticas de penitencia hasta ahora usuales contra la carne pecaminosa demoníaca, que el germano miraba con riente superioridad, fueron despojadas de su anterior forma burda y transformadas en un astuto martirio del alma (en cierto modo

---

[55] No puedo considerar aquí mayores detalles. Mencionaremos tan sólo aún, que los Papas se hacían pagar determinados porcentajes de las casas de prostitución, lo que Pablo II (1464-1471) perfeccionó en una fuente de ingresos permanente. Sixto IV recibía anualmente 20.000 ducados de oro de las casas de placer. Los eclesiásticos debieron pagar determinadas tasas por sus concubinas, mientras el Vaticano pagaba a sus empleados con cheques sobre los burdeles. Sixto IV permitía mediante un determinado pago también la pederastia. Inocencio VIII tenía que alimentar a 16 hijos. Pero Alejandro VI declaró que el Papa está colocado más alto que el Rey, más o menos así como el ser humano sobre las bestias. Por tal razón probablemente hizo asesinar una docena de obispos y cardenales que le parecieron peligrosos. Por 300.000 ducados de oro el Papa Alejandro VI eliminó al pretendiente al trono turco Dschem y embolsó el dinero del "infiel" Sultán con toda tranquilidad de alma. En 1501 Alejandro VI nombró a su hija Lucrecia, por un tiempo, su reemplazante.

precursor del jesuitismo). Para determinados sectores del convento de los cluniacenses imperaba la más severa orden de no hablar, toda alegría fue prohibida y no se toleraba la amistad. La práctica de la denuncia fue señalada como un deber piadoso, aplicándoseles a los culpables penas deshonrantes. Esta forma antinatural de disciplina proviene, evidentemente, de aquella raza ligúrico-éstica que antes de la inmigración de la nórdica estaba afincada entre otros lugares también en el sudeste de Francia. Este pisoteo de la propia alma, esta auto-castración interior y este ansia de sometimiento a demonios y poderes mágicos extraños, nos muestra el espíritu de la Iglesia romana en la más estrecha acción recíproca, condicionada racialmente, con toda sangre no-aria y grupos de población desintegrados. Por consiguiente, tampoco es una casualidad que la "reforma" de los cluniacenses hizo pie de inmediato en las partes de raza éstica de lotharingia (Lorena). Contra esta enfermedad anímica se levantó de inmediato el arzobispo Aribo de Maguncia y apoyó a Conrado II, consciente de su poder. En el Norte se agitó casi simultáneamente la vieja sangre: el obispo Adalbert de Wettin se puso como meta una Iglesia nacional germánica; la palabra "alemán" llegó a ser por primera vez un bien común, monjes de la Iglesia romana se pusieron ahora a la búsqueda de los remanentes tesoros espirituales casi destruidos de su pueblo.

El Kaiser alemán, había sacado al Papa del pantano, otorgado prestigio a la Iglesia y ennoblecido a sus servidores. El universalismo romano, fortalecido nuevamente de este modo, utilizó naturalmente estas fuerzas, se remitió —como es usual— a falsificaciones comprobadas ("Donación de Constantino" y "Decretales de Isidoro"), para presentar la supremacía del Papado sobre el Kaiser como "deseada por Dios" e imponer el centralismo contra el episcopalismo. Esta lucha fue llevada a cabo mediante el aprovechamiento de la totalidad de los medios a su alcance: los vasallos fueron azuzados contra el Kaiser, es más, la huelga eclesiástica contra los obispos "insubordinados" fue proclamada. Este fue el agradecimiento de Roma.

Con especial predilección por parte de los historiadores romanos es ensalzada la durabilidad del Papado como prueba de su "instauración divina". Pero el que sabe que Roma debe su posición de poder en primerísimo lugar al kaiserismo, su influencia anímica únicamente a la grandeza interior de espíritus aristocráticos piadosos como Francisco de Asís, Albertus Magnus y el Maestro Eckehart, tendrá seguramente otra opinión al respecto. Por lo demás, la durabilidad de una institución aún no es en sí una prueba de su valor interior. Lo que importa es solamente la índole de las fuerzas que le han procurado la duración. A fin de cuentas la cultura egipcia fue mucho más vieja que la Iglesia romana; el mandarín cuenta con mayor número de antepasados conocidos que el Papa; Lao-Tsé y Confucio vivieron hace 2500 años y gobiernan aún hoy. Y luego, después de todo, el kaiserismo alemán-romano feneció recién hace aproximadamente cien años. La época se acerca en que también el Papa será lo que debería ser: la cabeza de la Iglesia nacional italiana (la controversia entre el fascismo nacionalista y el Vaticano es de esperar que acelerará la imposición de esta necesidad). El Papado (dejando de lado que también hubo un número de hombres realmente grandes en la así llamada silla de San Pedro) ha debido edificar su dominio sobre la precondición del avasallamiento anímico y de la descomposición racial de los pueblos de determinación germánica. De las grandes almas libres que aún en los siglos 11 hasta el 14 se brindaron a Roma como a una idea por ellas santificada, el Vaticano extrajo las armas para el avasallamiento. A partir del fortalecimiento del jesuitismo, a partir del Concilio Tridentino, "Roma", sin embargo, está condicionada y petrificada simultáneamente a nivel de raza inferior. La sucia "teología moral" del santo Alfonso de Liguori por un lado, el estado de deshonra provocado por el jesuitismo, por el otro, tuvieron como consecuencia que desde el estrangulamiento de la religión del maestro Eckehart todo lo realmente grande de la cultura europea ha surgido de un espíritu anti-eclesiástico, desde Dante (quien aún en 1864 fue expresamente condenado a la perdición entre otros porque había designado a Roma como cloaca) y Giotto hasta Copérnico y Lutero; sin hablar del arte clásico alemán y de la pintura y música nórdicas. Todo aquello que el ánimo servil llamaba "amor" se reunió bajo Roma, todo aquello que buscaba el honor y la libertad del alma se separó cada vez más conscientemente del mundo espiritual romano.

6.

El estamento de los caballeros perdió en los siglos 15 y 16 su significado. Pero el concepto del honor que él había cultivado había despertado en los demás estamentos. Especialmente el burgués se liberó del "burgo", edificó sus ciudades e iglesias, ejerció oficios y comercio, se asoció en poderosas ligas, hasta que finalmente la Guerra de los Treinta Años puso término a toda una cultura.

Que el concepto del honor germánico se personifica hasta en el negociante allí donde éste, actuando por sí mismo sin intermediarios orientales pudo desarrollarse libremente, eso lo muestra la *Hansa.* Originariamente una mancomunidad mercantil prosaica para asegurar el comercio, extendió más tarde ampliamente sus brazos, no solamente comerciaba, sino edificaba, fundaba, colonizaba. Las ruinas de Nowgorod y Wisby hablan un lenguaje igualmente potente de fuerza ética que los ayuntamientos de Brügge,

Lübeck y Bremen. Más de 75 ciudades concertaron una liga de defensa entre sí, que según su índole más íntima tuvo la misión de formar, frente a la impotencia imperial, un centro de poder alemán. Pero antes de que pensamientos semejantes pudiesen hacer pie más profundamente, se precipitó la mayor catástrofe de la historia alemana. Y eso con el mismo resultado que habían acarreado las guerras de los hugonotes en Francia: el carácter del pueblo alemán fue modificado. Si Alemania albergaba a comienzos del siglo 16, a pesar del débil régimen kaiseriano, un orgulloso campesinado y una próspera burguesía, treinta años sangrientos (que al Papa Inocencio X aún no le eran suficientes) exterminaron la mejor sangre de Alemania, numerosos enjambres de tronco extraño de los Estados enemigos deterioraron la raza, una generación entera creció en medio del robo y el asesinato. Baviera sola contaba con 5000 cortijos abandonados, cientos de ciudades florecientes yacían en escombros, casi dos tercios del pueblo alemán habían sido exterminados. Ya no había ni arte, ni cultura, ni carácter. Príncipes sin honor saqueaban a un pueblo miserable, y estos "súbditos" soportaban todo obtusa y pasivamente. Y, no obstante ello, la sangre germánica reunió ánimos para enfrentarse a la desmoralización de los Habsburgo y la amenaza francesa. Aquella sangre del bajo-sajonismo que antaño había llegado hasta el Duna, ofreció resistencia a toda la decadencia de arriba y de abajo. Como un grito lleno de promesa resuenan aún hoy en nuestros oídos las trompetas de Fehrbellin y la voz del gran Príncipe Elector, mediante cuya acción la resurrección, salvación y renacimiento de Alemania dieron comienzo. Podrá censurarse a Prusia lo que se quiera: esta decisiva salvación de la sustancia germánica perdura por siempre como su hazaña gloriosa; sin ella no habría cultura alemana alguna, ni siquiera un pueblo alemán, a lo sumo, millones a explotar por vecinos ávidos de botín y los príncipes codiciosos de la Iglesia.

No es casualidad si precisamente hoy en medio de una nueva espantosa caída al precipicio, aparece la figura de Federico el Grande rodeada de un luminoso resplandor, pues en él se reúnen —a pesar también de sus flaquezas humanas— todos aquellos valores de carácter por cuyo imperio hoy de nuevo luchan anhelosamente los mejores de la alemanidad: audacia personal, inexorable fuerza de decisión, conciencia de la responsabilidad, penetrante inteligencia y una conciencia del honor como nunca aún había sido elegida con tan mítica grandeza como estrella-guía de toda una vida. "¿Cómo puede un príncipe sobrevivir a su Estado, a la fama de su pueblo y al propio honor?" pregunta a su hermana el 17 de septiembre de 1757. Nunca una desgracia lo volverá cobarde, todo lo contrario: "Jamás tomaré sobre mí el oprobio. El honor, que en la guerra me ha hecho poner en juego cien veces la vida, me ha hecho desafiar a la muerte por motivos menos importantes." "No se podrá decir de mí, enfátiza más adelante, que yo he sobrevivido a la libertad de mi Patria y a la grandeza de mi Casa." "Si yo tuviera más de una vida, la sacrificaría a la Patria", escribe Federico el 16 de Agosto de 1759 a d´Argens después de una terrible derrota. "Yo no pienso en la fama, sino en el Estado... Mi lealtad inmutable por la Patria y el honor me hacen emprender todo, pero la esperanza no los guía", dice pocos días más tarde. También dirigiéndose a Luise Dorothea von Gotha formula esta confesión: "Quizás haya llegado la hora del destino de Prusia, quizás se viva un nuevo kaiserismo despótico, Yo no lo sé. Pero garantizo que a ello se llegará recién después de haber corrido ríos de sangre, y que no seré espectador de mi Patria encadenada y de la oprobiosa esclavitud de los alemanes". Y de nuevo escribe Federico a d´ Argens (18.9.1760): "Usted debería saber que no es necesario que yo viva, pero sí que cumpla con mi deber" y (28.10.1760): "Nunca viviré el instante que me obligaría a concertar una paz desventajosa... O bien me haré sepultar bajo los escombros de mi Patria, o... pondré fin a mi vida yo mismo... Esta voz interior y estas exigencias del honor me han guiado siempre en mis acciones y pienso hacerlo también en el futuro. [56]

Si Federico Guillermo I fue la imagen de la honorabilidad cívica y de la sabiduría que se limita a sí misma, en cambio, Federico II el símbolo de *todo lo* heroico, que pareció extinguido y hundido en la sangre, la suciedad y la miseria. Su vida es la más genuina, la más grande historia *alemana, y como* un canalla totalmente miserable nos parece hoy un alemán que trata de falsear la figura de Fridericus con pérfidas glosas.

Pero fueron sólo pocos a los que logró formar. A pesar de su gran obra durante la paz las anchas masas populares eran toscas, sin tradición cultural y los cultos degenerados, afectados, a-prusianos, a-germánicos. Sólo de mala gana dejaron que actuaran las formas de disciplina de la idea federiciana, y Federico mismo —a cuyo gobierno Kant dedicó su Crítica *de la razón pura*— no encontró dentro de la alemanidad de aquel entonces ninguna espiritualidad autónoma madurada frente al francesismo, de modo que su predilección por la literatura francesa abrió también el camino hacia el triunfo del nuevo mundo de ideas francés, que bajo la nueva forma de la idea del amor, bajo la forma de la doctrina humanitaria, paralizó las fuerzas orgánicas de la Prusia, que aún no había despertado a la plena conciencia, y más tarde la tornó incapaz de resistir a los ejércitos de la revolución francesa.

---

[56] A este respecto señalo una excelente edición de Richard Fester: *Friedrich der Grosse, Briefe* und *Schriften* [*Federico el Grande, Cartas y Escritos*, N. del T.], II tomos, Leipzig, 1927, que por la selección de lo más importante y la generosa valoración se distingue de muchas otras.

La nueva doctrina de la humanidad fue la "religión" de los *francmasones.* Esta suministró hasta hoy los fundamentos espirituales de una cultura universalista-abstracta, el punto de partida de todas las prédicas de felicidad egoístas, ella ha acuñado (ya alrededor de 1740) también la frase-impacto política de los últimos 150 años, "Libertad, Igualdad, Fraternidad", y dio nacimiento a la caótica democracia "humana", desintegradora de pueblos.

A comienzos del siglo 18 se reunieron en Londres hombres a los cuales las querellas confesionales, dentro de la "religión del amor" tal como existió hasta entonces, les habían costado en parte el pueblo y la patria, y fundaron en medio de una época embrutecida una "Liga de la Humanidad para el fomento del humanitarismo y de la fraternidad". Dado que esta liga sólo reconocía "al ser humano", de entrada no se hizo ninguna diferencia racial ni religiosa. "La Masonería es una liga de la humanidad para la difusión de principios tolerantes y humanos, en la realización de cuyos propósitos el judío y el turco puede tener la misma participación que el cristiano". Así rezaba la Constitución formulada en 1722. la idea del humanitarismo debe constituir "el principio, la finalidad y el contenido" de la francmasonería. "Ella es —según el ritual de Friburgo—de alcances más vastos que todas las Iglesias, Estados y escuelas, que todos los estamentos, pueblos y nacionalidades; pues se extiende por sobre la humanidad total". Así nos instruye aún hoy la Francmasonería alemana [57] Por consiguiente, la Iglesia romana y la contra-Iglesia francmasónica están concordes en derribar todas las barreras que son creadas por la figura anímica y física. Ambas convocan a sus seguidores en nombre del amor a la humanidad, en nombre de un ilimitado universalismo, únicamente que la Iglesia exige la sumisión total, la subordinación dentro de su ámbito (que por cierto debe ser toda la Tierra), mientras la contra-Iglesia predica una destrucción ilimitada de las fronteras, pone como cartabón de su juicio el sufrimiento y la alegría del individuo, "del ser humano", lo que debe ser visto como la causa de la situación actual, que la desnuda riqueza del individuo ha llegado a ser el supremo bien de la democracia y se le otorga dentro de ella el lugar supremo en la vida social.

Esta visión atomística del mundo ha sido y es la precondición para la doctrina política de la democracia y del dogma coercitivo económico de la necesidad del libre juego de las fuerzas. Todos los poderes, por consiguiente, que actuaban en pro del aflojamiento de las conexiones estatales, nacionales, sociales, debieron empeñarse en poner a su servicio esta filosofía francmasónica y, por consiguiente, también la "Liga de la Humanidad". Aquí vemos ahora al judaísmo internacional, por instinto y simultáneamente por reflexión consciente, anidarse en la organización de la francmasonería. Cierto es que la esencia racial en la "Liga de la Humanidad" actuaba instintivamente con idéntico rechazo que frente a las tentativas de la Iglesia de exterminar la naturaleza germánica, pero a pesar de ello es fácilmente comprobable que, mientras el ser humano nórdico se defendía de Roma, el ciego *Hödur* [Hermano de Baldur, el dios germánico de la luz, a quien dio muerte sin saberlo instigado por los enemigos de aquél. N. del T.] le asestó sin sospecharlo un golpe mortal desde atrás: la francmasonería se convirtió en Italia, Francia e Inglaterra en una liga política de hombres y dirigió las revoluciones democráticas del siglo 19. Su "visión del mundo" socavó año tras año los fundamentos de toda la esencia germánica. Hoy vemos a los atareados representantes de la Bolsa internacional y del comercio mundial casi en todas partes dirigiendo en forma decisiva la contra "Iglesia". Todo en nombre del "humanitarismo". La hipocresía de los actuales explotadores del mundo por "humanitarismo" es, sin duda alguna, más denigrante que aquellas tentativas de avasallamiento que en nombre del "amor cristiano" han sumido a Europa tan frecuentemente en la intranquilidad y el caos. Gracias a la prédica del humanitarismo y la doctrina de la igualdad de los seres humanos, todo judío, negro y mulato, pudo llegar a ser ciudadano con plenos derechos de un Estado europeo; gracias a la preocupación humanitaria por el individuo proliferan en los Estados europeos las instituciones de lujo para enfermos incurables y dementes; gracias al humanitarismo también el criminal reincidente es valorado como ser humano infeliz, sin referencia a los intereses de todo el pueblo, a la primera posibilidad es soltado nuevamente en la sociedad y no frenado en su capacidad de reproducción. En nombre del humanitarismo y de la "libertad del espíritu" se permite a los periodistas de baja ralea y a todo bribón sin honra, la venta de cualquier literatura de burdel; gracias al humanitarismo negros y judíos pueden contraer matrimonio dentro de la raza nórdica, y hasta desempeñar cargos importantes. Este humanitarismo no ligado a ningún concepto racial del honor ha hecho del más inaudito fraude organizado de la Bolsa una profesión respetada entre otras, es más, la criminalidad organizada de frac y sombrero de copa decide hoy en conferencias de economía mundial y de "peritos" casi autocráticamente sobre trabajos compulsivos de decenios de duración de pueblos de millones.

A remolque de esta democracia francmasónica navegó luego el movimiento marxista integral, el que adulteró los comienzos de una sana protesta de la clase obrera e hizo tributarios de la Bolsa a todos los partidos social demócratas con ayuda del dinero judío, de los dirigentes judíos y de la "ideología" judía, en parte individualista, en parte universalista. El trabajador industrial del siglo 19 estafado en su destino,

[57] R. Fischer: *Erläuterungen der Katechismen der Joh. Freimaurerei,* [*Comentarios sobre los catequismos de la francmasonería de San Juan*, N. del T.] Leipzig 1902. Más detalles en A. Rosenberg: *Das Verchecken der Freimaurerei,* [*El Crimen de la Francmasonería*, N. del T.] y *Freimaurerische Weltpolitik,* [*Política mundial francmasónica*, N. del T.] Munich 1921 y 1929.

repentinamente desarraigado, despojado de toda su escala de valores, se refugió en las prédicas seductoras de una Internacional del proletariado, creyó poder llegar a ser "libre" mediante la lucha de clase, es decir, mediante la destrucción de la mitad de su propio cuerpo, se embriagó con el poder a alcanzar y vertió encima de todo esto el barniz del humanitarismo. Hoy este desvarío ha estallado y la capa dirigente marxista desenmascarada en este terrible fraude cometido contra una clase social en difícil lucha, pero en sí vigorosa y capaz de luchar. [58]

La paradoja tanto de la democracia como de la doctrina marxista consiste en que ambas representan efectivamente la visión del mundo materialista más brutal y más desprovista de honor, y nutren conscientemente todos los instintos que podrían fomentar una descomposición, pero al mismo tiempo protestan de su misericordia, de su amor hacia los oprimidos y explotados. Astutamente se apela aquí a la capacidad anímica de sacrificio del proletariado, a fin de hacer a éste interiormente dependiente frente a sus dirigentes. *Vemos aquí en el marxismo jugar el mismo rol a la idea del sacrificio y del "amor" que en el sistema romano.* Sangre y honor fueron escarnecidos y ridiculizados igualmente por los dirigentes del marxismo, hasta que se manifestaron en la clase obrera, a pesar de todo, estas ideas inextirpables. Hoy se habla finalmente de un "honor proletario". Si esta idea cunde, entonces aún no está todo perdido, pues manteniendo en alto el concepto del honor de cualquier manera, la clase obrera alemana sabrá alguna vez también deshacerse para siempre de su capa dirigente marxista desprovista de honor. *Si entonces este concepto del honor de clase se amplía y perfecciona hasta formar la idea del honor nacional, de esa manera se habrá dado el primer campanazo de la libertad alemana.* Pero esto será posible solamente si todos los que realmente trabajan dentro del pueblo alemán forman un frente contra todos los que se han vendido a la economía, al provecho y a la Bolsa, indistintamente si está realidad es encubierta con el manto de la democracia, del cristianismo, del internacionalismo y del humanitarismo.

Cual una fuerza natural indomable actúa hoy el espíritu de Federico el Grande en el pueblo alemán. Todo lo que se reencontró a sí mismo en el vértigo del subhombre triunfante, vio concretado su afán más acrisolado en la lucha por la libertad del viejo Fritz, señalada con un punzón de bronce, que a través de todas las envolturas temporales circunscribió la esencia germánica. Y junto a esta grandeza aparece luego lo inconcebiblemente trágico de que la libertad de espíritu posible para *un* grande tomó posesión de demasiados hombres pequeños, y que lo que pugnaba por salir de la terrible pero necesaria disciplina buscando su propia forma, lo empujó a los brazos de la idea de la democracia francesa, destellante de oropeles superficiales del intelecto. Napoleón encontró una Prusia librada a la prensa y al esclarecimiento. Y ésta se quebrantó porque ya no pensaba de un modo federiciano, sino pacifista-liberal. "Nos hemos dormido sobre los laureles de Federico el Grande", escribió más tarde la reina Luisa a su padre. Pero de esta decadencia surgió finalmente la idea de la Alemania toda (*Alldeutschland*). El honor de Prusia devino asunto de Alemania. Gneisenau y Blücher, Scharnhorst y Jahn, Arndt y Stein, todos ellos eran la personificación de la antigua conciencia del honor y también durante toda su vida lo expresaron, tal como la reina Luisa misma, que quiso hacer todo para aliviar la suerte de su pueblo, únicamente no aquello que estuviese en contra del concepto del honor.

Todo esto lo sabemos o lo deberíamos saber al igual que las corporaciones de estudiantes que entonces desplegaron sus banderas y más tarde subieron a las barricadas cuando el espíritu de trenza [Alusión al esclerotizado y superficial concepto monárquico de la época. N. del E.] y de súbditos —los resultados eternamente funestos de la Guerra de los Treinta años aún hoy imperantes— había defraudado a Alemania de los logros de su alto vuelo durante las guerras de Liberación. Hasta que el sueño de los alemanes se realizó aparentemente en los campos de batalla de Metz, Mars-la-Tour, St. Privat y Sedán.- ¡Aparentemente! Pues el Versailles de 1871 fue una unificación política sin contenido mítico, desprovista de una visión del mundo. Lo incondicional de la idea de la Gran Alemania, que hizo declarar a un Blücher que si los reyes no quisieran el alzamiento del pueblo, entonces habría que echarlos; que indujeron a un Stein a poner al rey de Prusia ante la disyuntiva de firmar la exhortación "*An mein Volk*" [*A mi Pueblo.* N. del T.] o de ir a Spandau [Antigua fortaleza cercana a Berlín transformada en prisión. En ella Adolf Hitler escribió *su Mein Kampf y* Rudolf Hess, su fiel lugarteniente, paga el precio de su lealtad desde hace más de treinta años. N. del E.], esta incondicionalidad le faltó a la generación posterior a 1871.

Ella se dedicó a "la economía", al comercio mundial, devino humanitario-francmasónica, fue "saturada", olvidó la misión de ampliar su espacio vital y se quebrantó, descompuesta por la democracia, el marxismo y el humanitarismo. Recién hoy ha llegado la hora del renacimiento.

---

58 A. Rosenberg: *Die internationale Hochfinanz als Herrin der Arbeiterbewegung* in *allen Ländern,* [*La Alta Finanza internacional como amo del movimiento obrero de todos los países*, N. del T.], Munich 1925.

7.

La humildad eclesiástico-cristiana y el humanitarismo francmasónico eran dos formas bajo las cuales la idea del amor fue predicada como valor supremo a grupos de seres humanos que iban a ser dirigidos desde un centro despótico cualquiera. Al respecto no tiene absolutamente ninguna importancia que muchos maestros de la humildad cristiana como del humanitarismo liberal no tenían de ninguna manera tal intención; se trata únicamente de la forma de la explotación de un valor preconizado. Hacia fines del siglo 19 la idea del amor se presentó ahora bajo una tercera forma, que nos obsequió con el bolcheviquismo: *la doctrina rusa del sufrimiento y de la compasión,* simbolizada en el “ser humano dostoievskiano.”

Dostoievski expresa abiertamente en su “Diario” que existe un “ansia absolutamente arraigada” en el ruso por el sufrimiento, por el sufrimiento *permanente,* sufrimiento en todo, hasta en la alegría. Sobre el fundamento de esta idea actúan y viven sus figuras; en la *compasión* reside, por tal motivo, también el centro de gravedad de la moralidad rusa. El pueblo sabe, por supuesto, que un criminal actúa en forma pecaminosa, pero: “Existen ideas inexpresadas... Entre estas ideas ocultas en el pueblo ruso se encuentra la calificación de los criminales como infelices. Esta idea es puramente rusa”.

Dostoievski es el lente de aumento del alma rusa; a través de su personalidad se puede conocer toda Rusia en su diversidad a menudo difícil de interpretar. Y, efectivamente, las consecuencias que extrae de su confesión son tan significativas como sus hesitaciones en la interpretación del estado del alma rusa. Observó que esta idea del sufrimiento está ligada estrechamente a un rasgo de impersonalidad y de sumisión. El suicida ruso, p. ej., no abriga ni la menor sombra de recelo de que el Yo a matar sea de esencia inmortal. Y, sin embargo, no es un ateo. Aparentemente no ha oído nada al respecto: “Pensad en los anteriores ateos: cuando habían perdido la fe en *una* cosa, comenzaron de inmediato a creer apasionadamente en otra. Pensad en la creencia de Diderot, Voltaire... En los nuestros, *tabula rasa* completa; sí, y por qué mencionar aquí a Voltaire; falta simplemente dinero para mantener una amante y nada más.”

Hallar este conocimiento en un hombre que “quería vivir únicamente para ver alguna vez a su pueblo feliz e instruido”, es conmovedor y es complementado por la observación de Dostoievski de que en Rusia no existe persona alguna que no mienta. Y eso porque allí podían mentir la gente más honorable. En primer lugar porque al ruso la verdad le parece demasiado aburrida; en segundo lugar, empero, “porque nosotros todos nos avergonzamos de nuestro yo y cada cual se esfuerza por mostrarse de cualquier modo como algo distinto de lo que es.” Y a pesar de toda su ansia de saber y de verdad, el ruso estaría, sin embargo, deficientemente armado. Pero aquí se muestra ya el reverso del servilismo: la ilimitada presunción. “Él (el ruso) quizás no comprende nada de los problemas que se propuso solucionar, pero no se avergüenza de ello y su conciencia está tranquila. Esta falta de conciencia atestigua tal indiferencia en cuanto a la autocrítica, tal desprecio de sí mismo que uno se desespera y pierde la esperanza de algo autónomo y salvador para la nación.” El teniente Pirogow es golpeado en la calle, llevando su uniforme completo, por un alemán. Después de haber comprobado que nadie había podido observar el incidente, huyó a una calle lateral para hacer esa misma tarde, como héroe de salón, una propuesta de matrimonio a una señora distinguida. Esta no sabía nada de la cobardía de su amante: “¿Pero cree que ella lo hubiera aceptado también entonces? Sin ninguna duda lo hubiera hecho”.

Varios rusos viajan en ferrocarril junto con Justus von Liebig, al que, sin embargo, no conocen. Uno de ellos, que no entiende nada de química, comienza a hablar con Liebig sobre este tema. Habla bella y largamente hasta llegar a su estación, toma entonces sus cosas y abandona, orgulloso y enormemente satisfecho de sí, el compartimento. Los otros rusos no han dudado ni un momento de que el charlatán había vencido en el debate.

Este humillarse (ligado a una repentina pretensión) lo atribuye Dostoievski a 200 años de deshabituación de toda autonomía y a los 200 años de haber sido escupido el rostro ruso, lo que habría ensanchado la conciencia rusa hasta su servilismo catastrófico. Nosotros pronunciaremos hoy otro juicio: hay algo malsano, enfermo, bastardo, en la sangre rusa que permanentemente se interpone en todos los impulsos hacia lo elevado. El psicologismo no es la consecuencia de un alma fuerte, sino precisamente lo contrario, signo de una atrofia del alma. Así como un herido reiteradamente tocará y examinará su herida también un enfermo del alma, sus estados interiores. En la idea rusa de sufrimiento y sumisión se halla la más fuerte tensión entre los valores del amor y del honor. En todo el Occidente el honor y la idea de libertad se abrió paso siempre de nuevo, a pesar de hogueras e interdicciones. En el “ser humano ruso”, tal como hacia fines del siglo 20 llegó a ser casi evangelio, el honor como fuerza formadora no se manifiesta en absoluto. Mitja Karamasow, quien maltrata a su padre con los pies, para volverse de inmediato humilde, lo conoce apenas, tampoco el caviloso Iván, ni el *Starez* Sossima (una de las más hermosas figuras de la literatura rusa), ni que hablar del viejo Karamasow, mismo. El príncipe Myschkin juega conmovedoramente hasta el final el rol patológicamente idiota de un ser humano desprovisto de personalidad. Rogoschin es

licenciosamente apasionado, el centro europeo también le falta a él. Raskolnikow es el interiormente ingrávido, Smerdjakow, finalmente, el aglutinamiento de todo lo servil, sin *ningún* anhelo por lo superior. A ello se agregan todos aquellos estudiantes gesticuladores y revolucionarios patológicos, que durante noches enteras hablan en desorden, debaten, sin saber al final sobre qué después de todo han discutido. Estas son imágenes de una sangre corrompida, de un alma envenenada.

Tiempo atrás Turgenjew buscó en Rusia un modelo de fuerza y rectitud para el héroe de una novela. No halló ninguno y eligió a un búlgaro, al que llamó Insarow. Gorki descendió hasta el fondo de la sociedad, describió al vagabundo, sin voluntad, sin fe, o tan sólo con una que reluce con brillo fosfórico en la madera podrida [59]. Andrejew llegó hasta el hombre que recibió la bofetada y todos ellos confirman como seres humanos el amargo conocimiento de Tschaadajew, de que Rusia no pertenece ni al Oeste ni al Este, que no administra ninguna tradición propia orgánicamente afirmada. El ruso, el único en el mundo, no ha introducido ni una sola idea al conjunto de las ideas de la humanidad, y todo lo que él ha recibido del progreso ha sido distorsionado por él. Si bien el ruso se mueve, lo hace empero sobre una línea torcida, que no lleva a ninguna meta, y él es como un pequeño niño que no puede pensar bien.[60]

Este conocimiento dormitaba, como ha sido expuesto, también en Dostoievski, la falta de conciencia de la personalidad ha sido reconocida por él claramente.

Pero del atormentador anhelo de obsequiar al mundo, a pesar de todo, algo autónomo, ha brotado su “pan-humanismo”, que presuntamente debía tener idéntico significado que el rusianismo. Sería Rusia la que habría conservado fielmente en su seno la verdadera imagen de Cristo, con la misión alguna vez, cuando los pueblos de Occidente hubieran perdido el camino, de señalarles una nueva vía salvadora. La humanidad sufriente, paciente, sería una profecía para la venidera “Palabra” de Rusia.

Esta hoy claro que la desesperada tentativa de Dostoievski es en lo esencial idéntica al comportamiento del ruso que había enfrentado a Justus von Liebig; un alma quebrada, carente de personalidad, que se arroga la capacidad de convertir al mundo.

Dostoievski tuvo éxito con todos los europeos que estaban en vías de cansado enervamiento, con todos los bastardos de la espiritualidad de las metrópolis y —dejando aparte su concepción antisemita— con el mundo de los literatos judíos, que en sus figuras y en el árido pacifismo de Tolstoi vieron otro medio oportuno más para la corrupción del Occidente. La fuerza artística de Dostoievski no está aquí en debate (véase al respecto el segundo libro), sino las figuras como tales que él creó, y su entorno que aquí fue llevado a la realidad. Como “humano” se consideró desde entonces todo lo que era enfermo, quebrado, herido de podredumbre. Los humillados y perseguidos devinieron “héroes”, los epilépticos, problemas de un profundo humanismo, en cierto modo intocables, como los santos pordioseros en estado de podredumbre de la Edad Media o un Simon Stylites. Con esto la concepción de la humanidad germánica fue trastrocada en su contrario. Humano es para el occidental un héroe como Aquiles o el Fausto en lucha espiritual creadora; humana es una fuerza como el incansable Leonardo; humana es una combatividad como la vivieron Richard Wagner y Friedrich Nietzsche. Con esta enfermedad rusa de presentar criminales como desdichados, y carcomidos y podridos como símbolos de la “humanidad”, debe terminarse de una vez por todas. Hasta el indio, al cual invocan falsamente muchos rusos, acepta su destino como causado por propia culpa, como culpa de una vida anterior. En cualquier forma que se quiera interpretar esta doctrina de la

---

[59] *Unterfremden Menschen,* [*Entre extraños Seres Humanos*, N. del T.].

[60] Un juicio muy interesante sobre el ruso lo formuló ya muchos decenios atrás Viktor von Hehn: “Rusia es un país del eterno cambio y totalmente a-conservador, y un país de procedencia ultra-conservadora, en el cual los tiempos primigenios están vivos y que no abandona las costumbres y las imágenes, tómese la posición que se quiera. La cultura moderna es aquí un barniz, fluctúa hacia arriba y hacia abajo, genera únicamente manifestaciones asquerosas; lo que la antiquísima tradición ha traído al presente en cuanto a bienes, costumbres, herramientas, etc. es sólido, razonable, inteligentemente concebido y hábilmente usado”.

Y en otro pasaje:

“Ellos no son un pueblo joven, sino senil como los chinos. Todas sus fallas no son rudeza juvenil, tienen su origen en un enervamiento asténico. Ellos son muy viejos, archiviejos. Y han mantenido en forma conservadora lo más antiguo y no lo abandonan. En su idioma, su superstición, su derecho hereditario, etc. puede estudiarse la más temprana antigüedad. Ellos carecen de conciencia, son faltos de honor, canallescos, atolondrados, inconsecuentes, sin sentimiento y auto-actividad, pero únicamente en las formas culturales modernas que les han sido impuestas, y que exigen una subjetividad autónoma desarrollada; ellos son inmutablemente morales, firmes como la roca, confiables donde se trata de la forma de vida primitiva antiguo-asiática, que les es propia. Son un pueblo estacionario. Tal pueblo trata, según la profunda observación de Goethe, también la técnica con religiosidad. Y en las antiguas especialidades rusa de la técnica ellos actúan sólidamente en todo aquello donde no es necesaria la individualidad vigorosa, que descansa en sí misma, sino la fabricación mancomunada según reglas heredadas, impresas en cada uno; entonces trabajan como los castores, las hormigas y las abejas. Toda la industria europea en Rusia es risiblemente miserable; todo es pura apariencia, calculado para el momento, frágil, blanqueado, siempre de acuerdo a los modelos más modernos y complejos, en forma infantil y altamente imperfecta, imitado rudamente y sin gusto”. [Comp. Schiemann: *Viktor Hehn, Ein Lebensbild*, (*Viktor Hehn, una biografía*, N. del T.), 1894].

migración de las almas, es aristocrática y provino antaño de un corazón valiente. Pero las lamentaciones sobre el "poder de las Tinieblas" constituyen el balbuceo desamparado de una sangre envenenada. Esta sangre corrompida se creó su valor máximo del ansia de sufrimiento, de la humildad, del "amor humano universal" y llegó a ser enemiga de la naturaleza, así como antaño la Roma triunfante hasta que Europa supo desembarazarse a medias del masoquismo ascético egipcio-africano.

Que el antiguo amor griego el designado hoy con el mismo vocablo que la así llamada doctrina cristiana y que hasta se mencionan en un mismo aliento Dostoievski y Platón, ha sido una fatalidad. El Eros de la antigua Grecia era una exaltación anímica, siempre unida con el sentimiento generador natural, y el divino Platón es una figura completamente distinta a la arreglada y falsificada que nos han presentado los teólogos y profesores. Desde Homero hasta Platón la naturaleza y el amor han sido uno, al igual que el supremo arte de la Hélade siguió ligado a la raza. El "amor" eclesiástico, en cambio, no sólo no tuvo en cuenta ninguna de las ideas de racismo y nacionalismo, sino que fue mucho más lejos. El "santo" Zeno dijo en el siglo 4 d. Cr.: "La mayor gloria de la virtud cristiana es el haber pisoteado a la naturaleza." Este dogma la Iglesia lo ha cumplido fielmente en todas partes donde de cualquier forma pudo imponerse. El insulto del cuerpo como impuro prosigue ininterrumpidamente hasta nuestros días, cuando el nacionalismo y el pensamiento racial son combatidos como paganos. La "imitación de Jesucristo", cuando los piadosos se revolcaban en cenizas, se castigaban con látigos, andaban con pus y llagas, se cargaban de cadenas de hierro, como Simón estuvieron agazapados durante treinta años sobre una columna o, como San Thaleleo se pasaron diez años apretados dentro de una rueda de carro, para permanecer el resto de la "vida" dentro de una estrecha jaula, esta "imitación" constituyó un paralelismo a "lo bueno" abstracto de Sócrates y al posterior "ser humano" de Dostoievski".

No un "amor" carente de naturaleza, no una inasible "comunidad de los buenos y creyentes", no un "humanismo universal" con sangre corrompida es lo que toda la vida ha actuado generando cultura y arte, sino —en la Hélade— el Eros fecundo y la belleza racial, en la Germania el honor y la dinámica racial en la vida. Quien desprecia estas leyes no es capaz de señalar caminos para un futuro vigoroso del Occidente germánico.

En Dostoievski se puede propiamente asir con las manos su grande y sagrada voluntad, en constante lucha con las potencias de la decadencia. Mientras aún ensalza al ser humano ruso como indicador del camino de un futuro europeo, ve sin embargo, ya a Rusia librada a los demonios. El sabe ya *quién* llegará a ser el amo en el juego de las fuerzas: "Abogados sin puesto y judíos descarados." Kerenski y Trotzki han sido vaticinados. En el año 1917 el "ser humano ruso" fue, por fin, redimido. Se deshizo en dos partes. La sangre nórdico-rusa desistió de la lucha, la éstico-mongólica se alzó poderosamente, llamó a chinos y pueblos del desierto; judíos y armenios pugnaban por la conducción, y el kalmuco-tártaro Lenin llegó a ser el amo. El demonismo de esta sangre se dirigió instintivamente contra todo lo que exteriormente aún impresionaba como recto, tenía aspecto masculino-nórdico, era, en cierto modo, un reproche viviente contra un ser al que Lothrop Stoddard designó acertadamente como "subhombre". El amor presuntuoso por la impotencia de antes se transformó en un ataque epiléptico, realizado políticamente con la energía de un demente. Smerdjakow impera sobre Rusia. Cualquiera sea la forma en que termine el experimento ruso: *el bolcheviquismo como soberano solo fue posible como consecuencia en medio de un organismo popular racial y anímicamente enfermo, que no pudo decidirse por el honor uno únicamente hasta el* "*amor*" *exangüe.* El que desea una nueva Alemania, rechazará por consiguiente, también la tentación rusa junto con su explotación judía. La reversión ha sido efectuada ya también aquí. Los resultados los consignará el futuro.

8.

Cuando estalló la Guerra Mundial, en Alemania también los enfermos dirigentes nacionalistas, asimismo, no vieron en el honor, la libertad y la nacionalidad, ni en el amor, pero sí en la economía, el destino. Igualmente, este envenenamiento debió conducir a la crisis, a la apertura del absceso purulento. Esto tuvo lugar el 9 de noviembre de 1918. La época posterior demostró que la *totalidad* de los viejos partidos y sus dirigentes estaban atacados de podredumbre, eran inservibles para una reconstrucción de nuestro Estado. Tenían que hablar del pueblo y pensaban únicamente en la economía; hablaban de la unidad del Reich y pensaban en las ganancias; practicaban "política cristiana" y llenaban diligentemente sus propios graneros. En consecuencia, la situación espiritual y política de nuestro tiempo es la siguiente:

El viejo eclesiasticismo sirio-judío-éstico se destrona a sí mismo: partiendo de una dogmática que no correspondía a las leyes estructurales anímicas del Poniente nórdico, en el afán de apartar o poner a su servicio las únicas ideas fundamentales y creadoras de cultura de la raza nórdica —honor, libertad y deber—, este proceso de envenenamiento ya ha conducido repetidas veces a los más graves colapsos. Reconocemos hoy que los valores supremos centrales de la Iglesia romana y de la protestante, como

cristianismo negativo, no corresponden a nuestra alma, que obstruyen el camino a las fuerzas orgánicas de los pueblos de determinación racial nórdica, que deben hacer lugar a éstas y deben dejarse revalorar de nuevo en el marco de un cristianismo *germánico.* Este es el sentimiento de la actual búsqueda, religiosa.

El viejo nacionalismo está muerto. Una vez, en 1813, ardió una llama viva, pero perdió cada vez más su incondicionalidad, fue emponzoñado cada vez más por el dinasticismo de trenza, la política industrial, la economía lucrativa bursátil, se volvió superficial en la burguesía carente de ideas del siglo diecinueve, gracias al embrutecimiento humanitario, y se derrumbó el 9 de noviembre de 1918, cuando sus portadores y representantes salieron corriendo ante algunos montones de desertores y presidiarios.

El viejo socialismo se pudre en vida. Nacido como ansia orgánica, cayó en las manos de charlatanes y defraudadores internacionales, traicionó su ascenso dispuesto al sacrificio gracias a las vinculaciones bursátil-capitalistas de su dirección de sangre foránea, se unió con gérmenes tártaro-bolcheviques de putrefacción y demostró de nuevo que mediante ideas materialistas no pueden ser realizadas revoluciones orgánicas algunas que conduzcan a la libertad. El marxismo se pudre en las extensas planicies de Rusia y en las butacas de conferencia de Ginebra, París, Locarno y La Haya... Allí el pensamiento socialista fue traicionado totalmente a las hienas de las Bolsas.

Hoy, por consiguiente, se derrumba todo un mundo. El resultado de la Guerra Mundial significó una Revolución Mundial y mostró la verdadera cara del siglo 19 sobrecargado con todo el fárrago de milenios. Valores, usos y costumbres que aún parecían tener vida se fueron extinguiendo, también ya están superados interiormente; sólo una masa que ha quedado desorientada aún dirige sus plegarias a las ruinas de las viejas casas de ídolos. Pero de entre los escombros se levantan hoy poderes que parecieron sepultados, y tornan cada vez más conscientemente posesión de todos los que luchan por un nuevo sentimiento de la vida y de la época. El alma nórdica comienza de nuevo a actuar a partir de su centro: la conciencia del honor. Y ella actúa en forma misteriosa, de manera semejante que en la época cuando creó a Odín, cuando antaño se hizo sentir la mano de Otto el Grande, cuando dio a luz el Maestro Eckehart, cuando Bach compuso poemas en música y cuando Federico el Único dio sus pasos en la Tierra. Una nueva época de mística alemana ha despuntado, el mito de la sangre y el mito del alma libre despiertan a una nueva y consciente vida.

III. MÍSTICA Y ACCIÓN

1.

En el vikingo nórdico, en el caballero germánico, en el oficial prusiano, en el hanseata báltico, en el soldado alemán y en el campesino alemán reconocemos el concepto del honor plasmador de vida en sus distintas manifestaciones telúricas. En la poesía vernos aparecer desde las viejas epopeyas, pasando por Walther von der Vogelweide, los cantares de los caballeros, hasta Kleist y Goethe, el motivo del honor como contenido y el de la libertad interior como más importante ley configuradora. Ahora bien: aun hay otra fina ramificación más, en la cual podemos perseguir la actuación del ser nórdico: es el místico alemán.

Este místico se esfuerza por desembarazarse cada vez más y más de las ligaduras del mundo material. Reconoce lo instintivo de nuestra existencia humana, el gozo, el poder, pero también las así llamadas buenas acciones como no esenciales para el alma; pero cuanto más supera todo lo terrenamente pesado, tanto más grande, rico, divino, se siente devenir interiormente. Descubre una fuerza puramente anímica y siente que ésta, su alma, representa un centro de fuerza al cual decididamente nada es comparable. Esta libertad y despreocupación del alma frente a todo, también frente a Dios, y el rechazo de toda compulsión, también de parte de Dios, muestra la más *profunda profundidad* [*tiefste Tiefe*.- Se trata de una expresión particular del autor. N. del T.] hasta donde podemos seguir hacia abajo el concepto nórdico del honor y de la libertad. Él es aquel "castillo-fortaleza del alma", aquella "pequeña chispa", de la cual con asombro el Maestro Eckehart habla con siempre renovada admiración; él representa la esencia más íntima, más tierna y, sin embargo, más fuerte de nuestra raza y cultura. Eckehart no designa con un nombre a esto, lo más íntimo, dado que el sujeto puro del conocimiento y de la volición debe ser innominado, sin cualidades, separado de todas las formas del tiempo y del espacio. Pero nosotros podemos hoy osar designar esta "pequeña chispa", que, no obstante, se ha mostrado como una llama devoradora, como la alegoría metafísica de las ideas de honor y libertad. Pues el honor y la libertad no son en último término cualidades exteriores, sino esencialidades fuera del tiempo y del espacio, que forman aquella "fortaleza" desde la cual la genuina voluntad y la genuina razón emprenden sus salidas "al mundo". Ya sea para vencerlo o para utilizarlo como expediente provisional para la realización del alma.

La Buena Nueva de la mística alemana ha sido estrangulada con todos los medios por la Iglesia enemiga de Europa, antes de que pudiera llegar a su completa floración. Pero este mensaje, no obstante ello, nunca había perecido del todo; mas el gran pecado del protestantismo fue que en lugar de guiarse por él, hizo del Antiguo Testamento el libro del pueblo, y presentó a la letra judía como ídolo. La época actual del restablecimiento de la disposición del alma o bien prestará oído (aunque bajo nuevas formas) al mensaje de la mística alemana, o fenecerá bajo los pisotones de las viejas potencias antes de su despliegue, tal como ya sucedió con más de una tentativa de re-establecimiento de nuestro ser después del envenenamiento romano-judío realizado. A la "mente esclarecida y al espíritu alzado", que el Maestro Eckehart exigía de sus oyentes, debe sumarse hoy una voluntad dura como el acero, que sea lo suficientemente valiente como para sacar todas las conclusiones de su conocimiento. "Si quieres tener la almendra, debes romper la cáscara" (Eckehart).

Seiscientos años han pasado desde que el más grande apóstol del Occidente nórdico nos regalara nuestra religión, dedicando una rica vida a desintoxicar nuestro ser y devenir, a superar el dogma sirio que avasallaba el cuerpo y el alma y a despertar el Dios en el propio pecho, el "Reino de los Cielos dentro de nosotros".

En la búsqueda de un nuevo enlace anímico con lo pasado, no son los peores del actual movimiento de renovación los que retroceden sólo a la Edda y círculos de ideas germánicas emparentados con ella. Es a ellos en primera línea a los que junto a la fábula ha vuelto a hacerse visible la riqueza interior de nuestras sagas y leyendas, bajo los escombros y la ceniza de las hogueras. Pero las comunidades religiosas germánicas pasan por alto, al perseguir su anhelo de hallar sostén interior en generaciones pasadas y sus alegorías religiosas, que Wotan como forma religiosa está muerto. No murió a causa de "Bonifacio" sino por sí mismo; él llevó a término el hundimiento de los dioses de una época mitológica, una época de despreocupado simbolismo de la naturaleza. Ya se presentía su caída en los cánticos nórdicos, pero dentro del presentimiento del inevitable ocaso de de los dioses se tenía, pese a todo, esperanza en el "poderoso de arriba". Pero para desgracia de Europa en su lugar se colocó el Yahvé sirio en la figura de su "lugarteniente", el Papa etrusco-romano. Odín estaba y está muerto; al "poderoso de arriba", empero, lo descubrió el místico alemán en la propia alma. El divino Walhalla bajó desde infinitas nebulosas lejanías al pecho del ser humano. El descubrimiento y anuncio de la libertad imperecedera del alma fue aquella acción salvadora que hasta hoy nos ha protegido contra todas las tentativas de estrangulamiento. La historia religiosa del Occidente es, por consiguiente, casi exclusivamente la historia de rebeliones religiosas.

Genuina religión dentro de la Iglesia sólo existió en cuanto el alma nórdica no pudo ser impedida en su despliegue (como por ejemplo en San Francisco y Fra Angélico) porque su eco en la humanidad occidental fue con todo demasiado poderoso.

En el místico alemán se manifiesta por primera vez y conscientemente —aun cuando en el ropaje de su tiempo—el ser humano germánico nuevo, el resucitado. Ni en la época del llamado Renacimiento, ni en la llamada Reforma se consuma el nacimiento anímico de nuestra cultura —esta época es más bien una eclosión exterior y una lucha desesperada— no, es en los siglos 13 y 14 que la idea de la personalidad anímica, la idea básica de nuestra historia, llega a ser por primera vez religión y doctrina vital; en esta época también es anticipada conscientemente la esencia de nuestra posterior filosofía crítica, y más allá de ello es proclamada la eterna confesión metafísica del Occidente nórdico, la que, aunque actuó a través de las almas de muchas generaciones, no pudo ser solucionada en forma general hasta que el tiempo hubo madurado para ello. “Los pozos más profundos tienen las aguas más altas”; nuestro tiempo ha sido destinado a hundirse hasta la más profunda profundidad para, alcanzar a la luz lo más elevado. Si se mostrará digno de esta misión, depende de él mismo.

Pasaron mucho más de trescientos años hasta que el nombre de Cristo significó algo a los pueblos del Mar Mediterráneo, aproximadamente mil debieron transcurrir hasta que hubo penetrado en todo Occidente.

Confucio murió llorado por sólo pocos, recién trescientos años después de su muerte comenzó su veneración, recién quinientos años más tarde le fue erigido el primer templo. Hoy en más de mil quinientos templos se reza a él como al “santo perfecto”. También sobre la tumba del Maestro Eckehart tuvieron que pasar rumorosos seiscientos años antes de que el alma alemana lo pudiera comprender. Hoy parece como si un alborear pasara por el pueblo que indica una posible madurez para apreciar al apóstol de los alemanes, el “Maestro santo y bienaventurado”.[61]

2.

Cada criatura desarrolla su propia actividad persiguiendo una meta aunque para ella misma sea desconocida. También el alma posee su meta: llegar pura a sí misma y a la conciencia de Dios. Pero esta alma se ha “astillado y dispersado” en el mundo de los sentidos, del espacio y del tiempo. Los sentidos actúan en ella y debilitan —por de pronto — la fuerza de la concentración anímica; la precondición de la “obra interior” es, por consiguiente, la retracción de todas las fuerzas que actúan hacia afuera, la extinción de todas las imágenes y alegorías. Esta “obra interior” empero, significa: “atraer con violencia hacia sí” el Reino de los Cielos, tal como Jesús lo ha atestiguado y exigido de los “poderosos” del alma. Esta tentativa del místico exige la exclusión del mundo como representación, a fin de que en lo posible como sujeto puro tomemos conciencia del ser metafísico que nos es inmanente; y dado que esto no es posible en forma completa, la idea “Dios”, es creada como nuevo objeto de esta alma, para anunciar al final la equivalencia de alma y Dios.

Pero esta acción es posible únicamente bajo la premisa de la libertad del alma de todos los dogmas, Iglesias y Papas. Y el Maestro Eckehart, el prior de los Dominicos, no tiene reparos en proclamar alegre y abiertamente esta confesión básica de toda esencia aria. Él habla a través de una larga vida de la “luz del alma no creada y no creable”, y predica: “Dios ha instaurado al alma en libre autodeterminación de modo que él más allá de la libre voluntad de la misma no quiere hacerle nada ni pretender de ella lo que ella no quiere.” En contra de toda doctrina de fe compulsiva sigue declarando que tres cosas son las que demuestran la “nobleza del alma”: “La primera trata del ser en su esplendor (del “Cielo”), la segunda de las fuerzas en su poderío, la tercera de las obras como su fecundidad.” Antes de cada “salida” al mundo el alma

[61] Será una eterna vergüenza que el Maestro Eckehart no ha sido aún en ninguna parte tratado a fondo y en forma exhaustiva. Sus sermones nos han llegado, por de pronto, a través de la edición de Pfeiffer. Lo que los autores católicos han hecho de Eckehart, de ello dan el mejor ejemplo los escritos de Denifle. El gran alemán es rebajado a un imitador, cuyas desviaciones son “rechazadas”. Comp. Denifle, *Meister Eckeharts lat. Schriften*, [*Escritos en latín del Maestro Eckehart*, N. del T.], 1886; *Das geistliche Leben*, [*La vida espiritual*, N. del T.], un escrito lleno de melindres y cursilerías religiosas, en el cual ha sido “introducido” Eckehart. P. Melilhorn da sólo un breve y poco significativo resumen [*Die Blützeit der deutschen Mystik*, (*La época de florecimiento de la mística alemana*, N. del T.)], mientras A. Spanter ha compilado textos interesantes [*Texte aus der deutschen Mystik des 14. und 15. Jahnhunderts* (*Textos de la mística alemana de los siglos 14 y 15*, N. del T.)]. Instructivos son los textos escogidos del Maestro Eckehart de O. Karrer, 1923. Con ciertas dificultades, pero con visión de la grandeza de Eckehart, es el estudio del Dr. A. Dempf en su *Metaphysik des Mittelalters*, [*Metafísica de la Edad Media*, N. del T.], Munich, 1930. El mejor trabajo y al mismo tiempo el de mayor hondura lo suministró H. Büttner [*Meister Eckeharts Schriften und Predigten*, (*Escritos y sermones del Maestro Eckehart*, N. del T.) 2 tomos]. Su traducción al alto alemán la he seguido. Sería de desear que la editorial E. Diederichs de Jena, hiciera confeccionar una edición popular muy barata, quizás abreviada, de la obra.

Debe estar como primer texto en toda casa alemana. Por lo que me entero, desde 1931 se halla en preparación la edición de las obras completas de Eckehart. ¡Ya es más que hora para ello!

debe haber tomado conciencia de “su propia belleza”. Pero la obra interior de la conquista del Reino de los Cielos puede, por su parte, ser realizada únicamente mediante la máxima libertad. “Tu alma no antes da fruto hasta que ejecuta la obra: y no te libra a Dios ni a tí mismo, no sea que hayas traído al mundo tu obra. De otra manera no tienes paz y en tanto tampoco traes fruto. Y aún entonces es todavía de poca apariencia: porque ha nacido de un alma encadenada (a exterioridades), atada a las obras, y no de la libertad. Y si surge el problema de por qué Dios, en realidad, ha devenido ser humano, el hereje Eckehart no contesta: para que nosotros los miserables pecadores nos podamos anotar un excedente de buenas obras, sino dice: “Yo contesto: es para que Dios nazca en el alma...” De lo que resulta luego una confesión gozosa: “El alma en la cual Dios ha de nacer, ésta debe haber perdido el tiempo y ella debe haberse perdido al tiempo, ella debe elevarse en alas y quedar completamente rígida dentro de esta riqueza de Dios: esto es amplitud y anchura que no es amplia y ancha. ¡Entonces el alma reconoce todas las cosas y las reconoce allí en su perfección! Los maestros, sea lo que escriban sobre lo amplio que es el Cielo: la más nimia capacidad que exista en mi alma es más amplia que el amplio Cielo! “

La explicación usual de la mística recalca cada vez de nuevo sólo el “deshacerse de sí mismo”, el “abandonarse a Dios” y ve en esta autoentrega a algo distinto la esencia de la vivencia mística. Esta forma de concepción es comprensible a causa de la mística tardía falsificada en sentido romano, proviene, además, de la posición aparentemente inerradicable de que el Yo y Dios son esencialmente distintos. Pero quien ha comprendido a Eckehart como una totalidad, constará sin dificultad que esta “entrega” es realmente la suprema autoconciencia, pero que en este mundo no puede de ninguna manera ser representada en otra forma que mediante un frente a frente en el tiempo y en el espacio. La doctrina del alma que es más que el universo, que también está libre de Dios, y la doctrina del distanciamiento, significan el rechazo total del mundo representativo antiguo-testamentarios y de la dulzona y falsa mística de los tiempos posteriores.

Aquellas palabras sobre la capacidad anímica vasta comoel cosmos, son vivencia mística genuina y al mismo tiempo significan el conocimiento flosófico de la idealidad de espacio, tiempo y causaldad, lo que Eckehart también en otros lugares afirma con plena conciencia, comprueba y enseña en lenguaje más bello que lo pudo hacer cuatrocientos años más tarde Kant, más pesadamente cargado con escolástica filosófica y ciencias naturales. “El Cielo es limpio y de una no empañada claridad, a él no lo conmueve ni tiempo ni espacio. Nada corporal tiene en él su sede y tampoco está comprendido dentro del tiempo: su rotación se realiza increíblemente rápida, su trayectoria es ella misma intemporal, pero de su trayectoria viene el tiempo. Nada obstaculiza tanto al alma para conocer a Dios como el tiempo y el espacio. Si, por lo tanto, ha de conocer de alguna manera a Dios, debe conocerlo por encima del espacio... Si el ojo ha de percibir el color, debe él mismo estar despojado antes de todos los colores. Si el alma ha de percibir a Dios, no debe tener nada en común con la Nada.” Dios, esta expresión positiva del ser humano religioso con la designación filosóficamente limitadora “cosa en sí” (“Ding an sich”), es por tanto, concebido con máxima reflexión no sólo como distinto del impulso y la imagen (con lo que todo simbolismo de la naturaleza está destruido), sino que también las puras formas de la intuición son reconocidas y desechadas como meras envolturas. En otro lugar dice Eckehart: “Todo lo que tiene un ser en el tiempo y el espacio, esto no pertenece a Dios... El alma está toda entera e indivisa simultáneamente en el pie y en el ojo y en cada uno de los miembros... El ahora en el cual Dios ha hecho al mundo, ése está exactamente tan próximo al ahora en el cual yo hablo en este instante, como el día de ayer. Y también el día del fin del mundo le está exactamente tan próximo en la eternidad como el día de ayer.”

De esta suprema conciencia filosófica resulta para un espíritu libre como Eckehart, también la necesaria conclusión antagónica a la Iglesia de que la muerte no es la paga del pecado, como nos quieren hacer creer los escribas que buscan provocar miedosos temblores, sino un acontecimiento natural y en el fondo carente de importancia, que no toca en absoluto lo eterno nuestro, que existió antes y continuará siendo después. Con un gesto magnífico Eckehart exclama dirigiéndose al mundo: “Yo soy la causa de mí mismo, según mi ser eterno y según mi ser temporal. Sólo por eso he nacido. De acuerdo con mi eterna forma de nacimiento he sido desde la eternidad, y soy y seguiré siendo eternamente. Unicamente lo que soy como ser temporal, eso morirá y será aniquilado; pues pertenece al día, de ahí, al igual que el tiempo, debe desaparecer. En mi nacimiento también nacieron todas las cosas, yo fui al mismo tiempo mi propia causa y la de todas las cosas. Y si yo quisiera: ni yo sería ni todas las cosas. Pero si yo no fuese, tampoco Dios sería.” Y con superioridad agrega: “Que uno comprenda esto, no es necesario,”

Nunca antes aun, tampoco en la India, ha habido una confesión anímica tan consciente y aristocrática como Eckehart la ha asentado con estas palabras, y eso con plena conciencia de no poder ser comprendido por su tiempo. Cada una de sus palabras es una bofetada en la cara de la Iglesia romana, que la sintió como tal, cuando al predicador más celebrado de Alemania se lo arrastró ante la Inquisición, aun cuando por miedo a sus seguidores no se osó aniquilarlo como a los herejes más pequeños. Sobre el alma alemana más profunda y sus confesiones la Iglesia, empero, cuando Eckehart hubo muerto, pronunció su “infalible” anatema como sobre todo lo grande y magnífico del alma y de la historia alemanas.

De la imperturbable conciencia de libertad del “ser humano noble” y del “alma noble” resulta también para el místico la opinión alemana sobre las así llamadas buenas obras. No son Ningún medio mágico, como Roma lo enseña, ninguna práctica que es asentada en el libro por Jehová, sino simplemente un medio de domar el mundo acosador de los sentidos. Debe ser colocado al ser humano exterior, como Eckehart enseña “un freno” para impedirle “que se escape de sí mismo”. El ser humano debe ejecutar ejercicios piadosos, no para hacer méritos con ello, sino en honor a la verdad. “Si en cambio el ser humano se halla dispuesto a una verdadera interioridad —sigue predicando el apóstol alemán— entonces deja caer audazmente todo lo exterior, aunque fueran ejercicios a los cuales te hubieses obligado con promesas, de las cuales ni el Papa ni el obispo te podrían dispensar! Pues las promesas que alguien hace a Dios, de esas nadie puede librarlo”. Este, a mi saber, es el único lugar en el que Eckehart emplea el nombre del Papa en forma agresiva. Y muestra su completo y autocrático repudio de la ley básica de la Iglesia romana [62]. Según Eckehart el “alma noble” del ser humano de cara a lo eterno es la representante de Dios sobre la Tierra, no la Iglesia, no el obispo, no el Papa. Nadie aquí sobre la Tierra posee el derecho de atarme o desligarme; y menos aun el derecho de hacer esto “en representación de Dios”. Estas palabras, que todo hombre creyente de la familia aria de pueblos podría presentar como su declaración de fe, por supuesto, han nacido de una naturaleza completamente distinta que la filosofía del médico-hechicero, que Roma cumplió para su propio provecho y cuyos dogmas persiguen todos solamente la única meta de hacer a la humanidad más dependiente de la casta sacerdotal ligada a Roma y de cauterizarle la “nobleza del alma”.

En su sermón referente a la primera epístola de San Juan 4,9 dice Eckehart: “Yo sostengo decididamente que, mientras tú ejecutes tus obras por el Reino de los Cielos, por Dios, o por tu bienaventuranza, es decir, desde afuera, realmente tú no estás en lo justo... El que imagina tener más de Dios en estado de ensimismamiento, por la oración, los sentimientos derretidos y un especial apego que junto al fuego del hogar o en el establo: entonces no haces otra cosa que si tomaras a Dios y le envolvieras con un manto la cabeza y lo metieras debajo de un banco. Si se preguntase a un hombre veraz, uno que actúa conforme a su propia razón: “¿Por qué realizas tus obras?” Si contestara correctamente, también diría solamente: “¡Realizo para realizar!” La doctrina de la justificación por las obras es considerada por Eckehart directamente como una insinuación del diablo, y por lo que se refiere a la oración, dice al final con un gran gesto hacia todos: “Las gentes me dicen a menudo: “Rogad a Dios por mí!” Entonces pienso para mis adentros: “¿Por qué es que ustedes salen? ¿Por qué no os quedáis con vosotros mismos y tomáis de vuestro propio tesoro? ¡Por cierto que lleváis toda la realidad según su esencia en vosotros! Que así hemos de quedarnos en nosotros mismos, en la esencia, y poseer como propia toda la realidad, sin intermediación y diferenciación en verdadera bienaventuranza, válganos Dios que así sea”.

Eckehart es, de ese modo, un sacerdote que quisiera excluir al clericalismo, orientar toda su actividad a abrir los caminos a los seres buscadores, considerados por él en esencia como iguales y sus pares; que no quiere avasallar el alma haciéndole creer una eterna dependencia del Papa y de la Iglesia, sino que quiere hacer consciente su belleza durmiente, su nobleza y su libertad, es decir, dar vida a su conciencia del honor, Pues el honor no es en último término otra cosa que un alma libre, bella y noble.

El mismo empeño de elevar al ser humano se pone de manifiesto cuando Eckehart rechaza la apelación a la debilidad humana: “Así pues uno puede bien imitar a nuestro Señor en la medida de su debilidad y no necesita, es más, no debe creer que no lo alcanza”. Nuevamente el hombre es elevado, no deprimido, ocasión en la que Eckehart recuerda sarcásticamente a los que creen en la justificación por las obras: “Y en especial evita toda especialidad, sea en la vestimenta, en la comida y en el lenguaje, tales como emplear palabras altisonantes o gestos estrafalarios, con lo que, por cierto, no se ha producido nada provechoso”. Después de recusar estas exterioridades, asienta, sin embargo, la más nítida afirmación del derecho de la genuina personalidad: “Pero has de saber que de ninguna manera te está prohibida toda modalidad particular. Hay muchas particularidades que a veces y con determinadas personas hay que observar. Pues el que es una persona singular debe también hacer cosas especiales, muchas veces y de muchas maneras.” Con lo que la excepción no es trasladada al cargo y al sacerdocio (el que es intocable aunque su portador fuera un criminal), sino que solamente debe ser medida en la grandeza del alma del individuo. Nuevamente el giro interior conscientemente antirromano, conscientemente alemán.

Otrora Jesus hizo levantarse también en el Sabbat a un enfermo y llevar su lecho, por lo que los devotos del país levantaron gran gritería. Pero Jesus contestó con superioridad sarcástica: el Sabbat existe por causa del hombre, no el hombre por causa del Sabbat, por consiguiente, el ser humano también es

[62] Esta grandeza humana que todo lo levanta encuentra su contrapartida en la presunción sacerdotal. Uno de los más grandes oradores del siglo 13, el por otra parte interesante hermano menor, Berthold von Regensburg, enseñaba que si veía a la Virgen María junto con los ejércitos celestiales y al lado un sacerdote, entonces más bien caería de rodillas ante éste que ante aquellos. “Si un sacerdote llegase adonde estuvieran sentados mi Madonna Santa María y todo el Ejército Celeste, todos ellos se levantarían ante el sacerdote Además: “Quien recibe correctamente la consagración sacerdotal tiene un poder tan amplio y ancho que nunca un Kaiser o Rey obtuvo poder tan grande... El que se somete al poder de los sacerdotes —por más grande pecado que haya cometido —, el sacerdote tiene el poder de cerrarle de inmediato el Infierno y abrirle el Cielo...” (Fr. Peiffer: *Berthold von Regensburg*). ¿No es ésta la más pura hechicería siria que nos ha cubierto?

señor sobre el Sabbat. Los sucesores de los escribas jerusalemíticos también han cuidado la estricta observancia de todos los “ejercicios religiosos”, indistintamente que el interior del ser humano estuviese activo en ello o no. A ellos les dice Eckehart: “Creedme: para la perfección también se requiere esto, que uno se eleve en su obra, que todas sus obras se unan en una obra. Esto debe suceder en el Reino de Dios, donde el ser humano es Dios. Entonces todas las cosas le responden en idioma divino, allí también el ser humano es señor de todas sus obras.”

Esta relación con respecto a la actividad exterior es más que inequívoca. Pero igualmente claro es el rechazo de Eckehart precisamente de todas aquellas virtudes que con incansable paciencia se procura ponderar o rechazar como “místicas”. Constantemente se burla Eckehart del éxtasis rendido,de los “sentimientos que se deshacen en blandura”, y nada es más característico para él que la interpretación que da a las palabras de Cristo sobre Martha y María.

“Todo lo finito es sólo un medio. Por una vez el medio insoslayable, sin el cual no puedo llegar a Dios, es: mi actuar y producir en la temporalidad. Ni en lo más mínimo nos perjudica en el cuidado por nuestra salvación eterna.” Aquí existe un apartamiento característico del ser humano alemán de los conocimientos indios de la doctrina del Atman-Brahman: el accionar no es importante, pero la acción no debe ser despreciada. María sentada a los pies de Jesus le parece a Eckehart una principianta, Martha en cambio como la superior: “Martha temía que su hermana quedara atrapada en éxtasis y bellos sentimientos y deseaba ser como ella. Entonces Cristo contestó en este sentido: “Confórmate, Martha, también ella ha elegido la mejor parte, que nunca le ha de ser quitada!” Esta exaltación ya se calmará. Como se ve, la aversión de Eckehart contra toda dilusión en lo dulzón y blando hasta llega a tal punto de dar a una palabra de Jesus perfectamente clara en su sentido la interpretación opuesta.

Inmediatamente después se eleva luego al rechazo consciente de todas las doctrinas indias del Todo-Uno, de todas las doctrinas ascéticas eclesiásticas y de las sabidurías estoicas. La siguiente sentencia muestra muy claramente el reconocimiento de la polaridad de la vida hasta en la más profunda profundidad del aislamiento, de la fuerza creadora de la genuina acción, y aleja al apóstol de los valores religiosos alemanes, por igual de la vulgar justificación eclesiástica a través de las obras y de la esterilidad monjil. Con inequívoca ironía Eckehart habla a las herejes, las beguinas (como las “renegadas” fueron llamadas entonces): “Pero ahora nuestras buenas gentes exigen que hay que devenir de tal modo perfecto que ninguna clase de amor ya nos pueda conmover, que se sea imperturbable por el amor así como por el sufrimiento. ¡Ellos cometen una injusticia contra sí mismos! Yo afirmo ha de nacer aun aquel santo que no pueda ser conmovido... Cristo tampoco lo poseía, esto lo comprueba su manifestación: “¡Mi alma está triste hasta la muerte! “ A Cristo las palabras de tal modo lo herían... Y esto provenía de su nobleza congénita y de la santa unión, de la naturaleza divina y humana.” Y luego: “Ahora bien: algunas personas hasta quieren llegar al extremo de verse libre de las obras. Yo digo ¡esto no puede ser! Los santos, precisamente, después de haber llegado a tanto, entonces recién empiezan a producir algo de provecho. Esto lo hallamos atestiguado también en Cristo, desde el primer momento en que Dios devino ser humano y el ser humano, Dios, también él empezó a trabajar por nuestra bienaventuranza..., ni un miembro hubo en su cuerpo que no aportara su parte especial.” ¿Y por qué motivo predicó Eckehart también esta doctrina antieclesiástica? Para dejar actuar también aquí la libertad anímica, lo más alto que Eckehart, y con él la humanidad occidental-nórdica, reconoce. Él lo expresa de la siguiente manera:

“Dios no es un destructor de cualquiera obra, sino un realizador. Dios no es un aniquilador de la naturaleza, sino su perfeccionador. Si Dios destruyese la naturaleza ya antes del comienzo, se le infligiría violencia e injusticia. ¡Tal cosa no la hace! El ser humano posee una voluntad libre con la cual puede elegir entre lo bueno y lo malo, y Dios pone ante él: en el obrar mal, la muerte, en el obrar bien, la vida. El ser humano debe ser libre y señor de todas sus obras, indestruído e invencido. “

Con ello ha sido reconocido y expresado en forma magnífica la eterna polaridad de naturaleza y libertad que se fecundan mutuamente. Es barrido por la mano de un genio religioso y filosófico consciente de nuestra esencia, todo el fariseísmo estéril, martirizante, frailesco-oriental y adicto a la justificación por las obras. La “sagrada unión” (de condición polar, pero sin mezcla) de Dios y naturaleza es el fundamento primigenio de nuestro ser, representado en la libertad del alma, coronada por la fecundidad de su obra. Y la fuerza motriz en todo es la voluntad. Según el Nuevo Testamento el Ángel Gabriel visitó a María. Pero Eckehart dice sonriendo: “En realidad se llamaba tan poco Gabriel como Conrado. El nombre de Gabriel lo recibió de la obra para la cual fue un mensajero. —Pues Gabriel significa fuerza. En este nacimiento Dios

actuó —y sigue actuando aun— como fuerza”. Con lo cual, pues, la dinámica también del alma de Eckehart queda en la más clara luz. [63]

3.

Ahora bien: la libertad del alma eckehartiana es la condición para distinta valoración no sólo de la vida y de las obras, sino también de los más altos ideales de la Iglesia romana, del cristianismo tradicional mismo, es decir, de todo el mundo público de aquel entonces y del actual.

Pues si reconoce al “alma noble” como valor supremo, como eje al cual todo es remitido entonces las ideas de amor, humildad, misericordia, gracia, etc., descienden al segundo y tercer escalón. Y también aquí Eckehart no teme obedecer a la voz de la “pequeña chispa”, expresando despreocupadamente lo que su alma le dice. Por supuesto, no necesita resaltarse que no valora en poco ni el amor ni la humanidad ni la misericordia ni la doctrina de la gracia. Antes bien, encontramos en sus sermones las más hermosas palabras sobre estas ideas, pero él odia el éxtasis dulzón, los laxos “hermosos sentimientos”, en suma, toda falta de firmeza interior. Su doctrina del amor es la representación del amor como fuerza, que se sabe idéntica a aquella potencia divina que se esfuerza por conquistar; el amor debe “irrumpir a través de las cosas”, pues sólo un “espíritu vuelto libre, ése fuerza a Dios hacia sí”. Ahora hay que imaginarse lo que significaba para un prior dominico a comienzos del siglo 14, frente a una Iglesia intolerante, de dominio universal, practicar una revaloración de los máximos valores vigentes, es más, hasta osar hacer la tentativa de transmitir al simple creyente un valor supremo positivo nuevo. Esto no pudo ser realizado en abierto ataque contra Roma, sino únicamente en la presentación plástica positiva de experiencias anímicas. Con este conocimiento como base léase el sermón de Eckehart del “apartamiento del alma” (Abgeichiedenheit der Seele), quizás la más bella confesión de la conciencia germánica de la personalidad.

Eckehart trata en él los valores supremos eclesiástico-cristianos —amor, humildad, misericordia— y encuentra que en cuanto a altura, profundidad y magnitud deberían ceder ante el alma que depende exclusivamente de sí misma. Rechaza la sola glorificación del amor por parte de Pablo, ya que lo mejor del amor es, sin duda, que él nos obliga a amar a Dios. Pero ahora bien, es mucho más importante que obliguemos a Dios a venir a nosotros y no que nosotros nos obliguemos a llegar a Dios, porque nuestra alma tiene como fundamento negar a ser una con Dios. Los lugares más propios de Dios son la unidad y la pureza, pero éstas se basan en el apartamiento. “Por eso Dios no puede menos que darse él mismo a un corazón apartado”. Además, el amor que trae aparejado los sufrimientos de este mundo siempre se refiere todavía a la criatura, lo que en el apartamiento ya no es el caso. Este destruye el mundo a la Nada, por tanto, nos lleva más cerca de Dios. En lo que se refiere a la humildad, en su práctica el alma se inclina debajo de las criaturas, con lo que el ser humano vuelve a salir de sí.” Ahora bien, sea este salir afuera algo por demás excelente, el quedar adentro es, sin embargo, siempre aun algo más elevado... El apartamiento total no conoce intención alguna por la criatura, ni inclinarse ni elevarse, él no quiere estar ni por debajo ni por encima, quiere reposar únicamente en sí mismo, sin amor por nadie ni para mal de nadie. No persigue ni la igualdad ni la desigualdad con cualquier otro ser, no quiere ni esto ni aquello, quiere únicamente: ser uno consigo mismo.”

Probablemente en ninguna parte el alma independiente autocrática se ha presado tan aguda y claramente como aquí. Es éste el necesario movimiento contrario rítmico después del reconocimiento de la

---

[63] Un reflejo de los conocimientos de Eckehart lo constituye también Angelus Silesius, pero ya sentimentalizado eclesiásticamente, en especial cuando después de una época de “apostasía” volvió a regresar a la Unica Iglesia que da Bienaventuranza (1652). De cualquier modo resplandece aquí y allá también en él aquella “chispa” luminosa que el más grande maestro había atizado hasta ser llama.. “Yo sé que sin mí Dios no puede vivir ni un instante, si yo quedo aniquilado él tiene por necesidad que entregar el espíritu... Yo soy tan grande como Dios, él es tan pequeño como yo: él no puede estar sobre mí, yo no debajo de él!”. Estas palabras anuncian el impulso inicial del alma con el cual hasta ahora todo hombre religioso genuina e inquebrantadamente ario ha comenzado su vivencia. “Yo también soy hijo de Dios”, deduce Silesius de la comprobación de la igualdad con Dios y de la libertad del alma, para enfatizar luego el mutuo condicionamiento: “Dios tiene tanto interés en mí como yo en él. Su esencia le ayudo yo a preservarla, así como él la mía”. De la vivencia anímica central resulta también para Angelus Silesius la futilidad del tener razón: “La Escritura es escritura, nada más. Mi consuelo es esencialidad / Y que Dios habla en mí la palabra de la eternidad”; después de lo cual se eleva hasta la altura de la declaración de que todo el mundo es un “juego que la Divinidad hace para sí”. Angelus Silesius tampoco quiere conseguir el Cielo mendigando y engañando, sino “conquistando”, “asaltando” y encuentra finalmente de nuevo el polo en reposo dentro de sí mismo: “Quien tiene honor en sí mismo, no lo busca desde afuera / Si lo buscas en el mundo, aun lo tienes afuera”.

Estas confesiones anímicas aristocráticas también de este *Cherubinischer Wandersmann* [*Caminante Querubínico*, título de la obra principal de Angelus Silesius. N. del T.] son perturbadas, ahora por una gran cantidad de sentencias insignificantes, que denotan blandura de ánimo, que se presentan cada vez menos reconfortantes cuanto más uno se acerca al final. Evidentemente, Silesius se ha enamorado del lenguaje de su anterior época pre-romana y luego él mismo, después de veinte años, ha diluido lo místico en “sentencias” edificantes eclesiásticas.

obra fructífera; aquello que Goethe ponderó más tarde como el más elevado de todos los Evangelios: el profundo respeto ante sí mismo.

La misericordia no es, según Eckehart, absolutamente ninguna otra cosa que un salir fuera de sí mismo, y por las mismas razones no debe ser apreciada como tan alta y valiosa como el apartamiento. Pero debido a que también la esencia de Dios está apartada de todos los nombres, resulta que nada de lo exterior puede acercársele. Desde esta posición Eckehart pone ahora también dentro de los límites justos la oración rodeada de tanta magia y su importancia. "Yo sostengo: por todas las oraciones y todas las buenas obras el estado de apartamiento de Dios es conmovido tan poco como si tales cosas no existieran, y Dios no por eso se volverá más benigno y dispuesto contra el ser humano, que si éste no hubiera hecho nunca la oración o la buena obra." Esto es más que claro: un completo rechazo también de la intercesión, lindante con la magia, de la Iglesia en representación" y "única que da la bienaventuranza". Y luego sigue al final una confesión nacional (völkisch):

"Mantente apartado de todos los seres humanos, quédate imperturbable ante todas las impresiones recibidas, libérate de todo aquello que podría dar a tu ser un agregado extraño Y orienta tu alma siempre hacia una contemplación saludable: durante la cual llevas a Dios en tu corazón, como el objeto del cual tus ojos jamás se apartan vacilantes."

Esta grandeza de alma que descansa en sí misma se manifiesta luego en la opinión sobre la doctrina religiosa romana y la ulterior protestante.

Dentro de este mundo de imágenes no somos capaces de representarnos un fortalecimiento anímico como consecuencia de una concentración interior, sino como un regalo del Ser Eterno conceptuado como Dios. Partiendo de este estado de cosas el paulinismo —y con él todas las Iglesias cristianas— han perfeccionado la doctrina de la Gracia como el supremo misterio del cristianismo. El concepto judío del "siervo de Dios" que recibe su parte de Gracia del Dios arbitrario absolutista, ha pasado de este modo a Roma y Wittenberg, se sigue aferrando siempre aun a Pablo, como el real creador de esta doctrina, con lo que se quiere expresar que las Iglesias no son cristianas, sino paulinas ya que Jesus, sin duda alguna, ensalzaba el identificarse con Dios como redención y meta, no el otorgamiento condescendiente de Gracia por parte de un ser todopoderoso, frente al cual hasta la más grande alma humana representa una pura nada. Esta doctrina de la Gracia naturalmente es muy oportuna para toda Iglesia, en cuanto ella y sus dirigentes se presentan como "lugartenientes de Dios" y pueden de esa manera también reunir en sus manos mágicas el poder del otorgamiento de la Gracia. Muy distinta debía ser la posición con respecto al concepto de la Gracia de un genio como Eckehart. También el encuentra bellas palabras sobre el Amor y la Gracia de Dios: donde en un alma existe la Gracia, ésta es "pura y semejante a Dios y emparentada con Dios". Ya aquí hallamos el viraje hacia la altura, no hacia la profundidad y la sumisión. La "gracia no actúa", porque es "demasiado distinguida" para ello. Es, por el contrario, un"estar dentro y adherido y ser uno con Dios, esto es Gracia." Pero esta Gracia no es acaso posible mediante la omnipotencia de Dios y nuestra nimiedad —como las Iglesias enseñan— sino, antes al contrario, mediante la condición de imagen y semejanza del alma con Dios. Eckehart parte en esta meditación de Agustín, pero seguramente habrá sabido que las ocasionales confesiones anímicas de éste condujeron sin embargo, a derrumbes totales (él exige la pena de muerte para los herejes) y a un "Estado de Dios" con el objeto del avasallamiento del alma de los seres humanos. Pero Eckehart infiere del hecho de la grandeza del alma: "Si ella no poseyese ésta, no le sería posible en absoluto devenir Dios mediante la Gracia, ni por encima de la Gracia". Aquí se presenta de nuevo el gesto característico del nórdico sobresaliente, que juzga con un claro instinto anímico (Eckehart von Hochheim era de la nobleza thuringia) frente a las conclusiones del Agustín desgarrado, esclavo, bastardizado. En este estado persistente de vivencia de Dios el alma se eleva hasta una luz cada vez más alta: "Entonces cada una de las fuerzas del alma deviene la imagen de una de las personas divinas: la voluntad, la imagen del Espíritu Santo, la capacidad de congnición, la del Hijo, la memoria, la del Padre. Y su naturaleza deviene la imagen de la naturaleza. Y, no obstante ello, el alma permanece indivisiblemente una. Esto es en este asunto la última razón, para la cual me habilita el conocimiento que tengo de mí mismo". Y, a pesar de ello, sigue luego todavía la más alta confesión: "Ahora escuchad, en qué sentido el alma deviene Dios, ¡también por encima de la Gracia! Pues lo que Dios le ha otorgado así, eso no ha de cambiar nuevamente, porque con esto, ella ha alcanzado un estado más elevado en el que ya no necesita de la Gracia." [64]

Aquí han sido expresadas abiertamente ideas que un Lutero, después de ulteriores doscientos años de amordazamiento del Occidente por los "lugartenientes de Cristo", ni siquiera osaba pensar ya. De esta posición con respecto a la idea de la Gracia resulta para Eckehart también una completamente distinta apreciación del pecado y el remordimiento.

---

[64] Compárese esta magnífica confesión aristocrática con el semi-africano Agustín, que conmovedoramente lucha por el esclarecimiento y, sin embargo, es esclavo: "Ensalzarte, quiere a Tí, Dios, el ser humano, una ínfima porción de criatura de Tí, el ser humano que arrastra consigo su mortalidad, que arrastra consigo el testimonio de su pecado y el testimonio de que Tú resistes a los orgullosos".

"Haber pecado no es un pecado cuando nos afligimos", comienza el Maestro Eckehart su sermón sobre la "bendición del pecado", palabras que de inmediato lo llevan a millas de distancia de la contrición usual exigida. Por supuesto que no debe pecarse, pero aun cuando la acción aislada haya estado "dirigida contra Dios", el "generoso y fiel Dios" sabe cómo sacar lo mejor de ello. Este Dios no hace cuentas en un libro de registro del pasado, pues: "Dios es un Dios del presente". Nuevamente se da un paso alejándose de todo el historicismo materialista de nuestras Iglesias. Recién un Paul de Lagarde osó de nuevo hablar tan abiertamente como antaño el prior dominico del siglo 14. Por lo cual se le impuso una proscripción de parte de los sacerdotes protestantes similar a la de Eckhart por parte de los romanos.

Eckehart distingue dos especies de arrepentimiento: el sensual y el divino. El primero —bajo lo cual evidentemente debe comprenderse al eclesiástico— queda "atascado en la miseria y no se mueve del lugar". Significa, por ende, sólo un infructuoso lamentarse: "de ello no sale nada". Distinto el arrepentimiento divino: "En cuanto tan sólo en el ser humano surge una desaprobación interior, inmediatamente él se eleva también a Dios, y se afirma, armado cuidadosamente contra todo pecado, en una voluntad inconmovible." De este modo también aquí vuelve a estar enfatizada la dirección hacia arriba y todo es valorado solamente según que haya hecho creadora al alma, la haya enderezado o no: "Pero el que realmente hubiere tenido entrada a la voluntad de Dios, ése tampoco querrá que el pecado en el que ha caído no hubiese sucedido en absoluto". Es decir, lo mismo que entendía Goethe cuando declaró que un educador de hombres también dejará que sea gozado hasta el final el error: "Lo que es fructífero, eso sólo es verdadero".

Visto desde el centro de Maestro Eckehart, es decir, desde el punto de vista de un alma terminada, igual a Dios, libre, bella y noble, todos los valores supremos eclesiásticos aparecen por ello, como valores de segundo y tercer orden. Amor, humildad, misericordia, oración, buenas obras, Gracia y arrepentimiento, todo esto es bueno y útil, pero únicamente bajo una condición: cuando vigoriza la fuerza del alma, la eleva, la hace más semejante a Dios. Si no es así, todas estas virtudes se vuelven inútiles, hasta perjudiciales. La libertad del alma es un valor en sí, los valores eclesiásticos significan tan sólo algo en relación a un factor que se halla fuera de ellos, sea Dios, el alma o "la criatura". La nobleza del alma que depende solamente de sí misma es lo más elevado de todo; a ella sola el ser humano debe servir. Nosotros, los contemporáneos, la llamaremos la raíz metafísica más profunda de la idea del honor, que igualmente es una idea en sí, es decir, sin referencia alguna a otro valor. La idea de la libertad no puede ser concebida sin el honor, éste a su vez no sin la libertad. El alma produce cosas buenas hasta sin relación alguna con Dios, enseña Eckehart, la desliga por consiguiente de todo, en cuanto esto puede ser expresado, de cualquier manera que sea, en palabras. Con esto el Maestro Eckehart se muestra no como un entusiasta exaltado sino como el creador de una nueva religión de nuestra religión, desligada de la esencia extraña, tal como nos ha sido instilada por Siria, Egipto y Roma.

4.

Pero Eckehart, no solamente nos ha transmitido un valor supremo religioso y ético sino que también en lo psicológico y —como ya se ha indicado— en lo referente a la crítica del conocimiento, nos ha anticipado todos los importantes descubrimientos de la Crítica de la Razón pura, aun cuando no se ha ocupado de investigaciones sutiles.

Después del bienaventurado percatarse de la "pequeña chispa", el misterioso centro de nuestro ser, el "espíritu devenido libre" del Maestro Eckehart vuelve a desnudar, aunque religiosamente alado, pero filosóficamente reflexivo, el camino del alma al mundo

Tres fuerzas descubre él mediante las cuales el alma toma contacto con el mundo: la voluntad, que se vuelve hacia el objeto, la razón que penetra y ordena lo asido, y la memoria, que guarda lo vivido y lo percibido. Estas tres fuerzas son, en cierto modo, la contraparte de la Santa Trinidad. Al tema razón-voluntad, le han sido dedicadas toda una serie de las más profundas disquisiciones: ambas son anímicamente libres, pero según el estado de ánimo y la ocasión el Maestro Eckeliart asigna, en el curso de sus sermones que abarcan decenios, ora a una, ora a la otra fuerza, el primer rango (Büttner).

La razón "percibe" todas las cosas, explica Eckehart una vez, pero la voluntad es "la que es capaz de hacer" todas las cosas. "Donde, por consiguiente, la razón no puede seguir adelante, allí la voluntad se alza con superioridad en la luz y en la fuerza de la fe. Allí la voluntad quiere estar por encima de todo conocimiento. Esto es su máximo rendimiento. Por otro lado, precisamente la razón, que "separa, ordena y determina" y luego reconoce que existe aun algo de orden superior, da a la voluntad recién el verdadero impulso de vuelo. "En esto la razón está colocada por encima de la voluntad." La voluntad es libre: "Dios no compele a la voluntad, él la coloca en libertad: de tal modo que ella nada quiere que lo que es Dios y la libertad misma! Entonces el espíritu no puede ya querer otra cosa que lo que Dios quiere. Esto no es

ninguna esclavitud hacia él, esto es su más propia libertad.” [64 bis] Eckehart menciona luego palabras de Cristo: él no ha querido hacer siervos de nosotros, sino que nos ha llamado amigos,”pues un siervo no sabe lo que su señor quiere.” Esta nueva y siempre renovada enfatización de la idea de libertad, sin embargo, no siempre coincide con la experiencia. De ello se queja la gente. Y Eckehart con ellos: “Esta, es también mi queja. Esta experiencia es algo tan elevado o también común, que tú no puedes comprarla por un héller o medio penique. Ten solamente una justa intención y una voluntad libre, entonces te será dada.” Esta es la doctrina de Kant del antagonismo entre idea y experiencia tanto en sentido teórico como práctico. Al mismo tiempo Eckehart se burla de “algunos sacerdotes”, que “son altamente ponderados y quieren ser grandes sacerdotes”. Algo semejante hizo también Kant con respecto a los maestros, los “filósofos” y la “charlatanería de los milenios”.

En suma, todo lo que el alma es capaz de procurar de cualquier manera, debe estar resumido en la simple unidad de la voluntad: y la voluntad debe entregarse al bien supremo y quedar adherido a él inquebrantablemente! Visto desde aquí, la idea del amor recibe de nuevo su lugar justo en la obra anímica y en la de crítica del conocimiento de Eckehart: ella no sirve al poder de imaginación extasiado, no a sentimientos dulces, o al éxtasis sexual-psíquico, adonde la Iglesia, con premeditado método de hipnotización, la ha trasladado, sino que ella se encuentra al servicio de la voluntad libremente creadora, autoritaria en el mejor sentido. “Quien tiene más voluntad, también tiene más amor”, dice Eckehart, lo que representa casi lo contrario de las doctrinas de la clerecía romana y de las hoy cada vez más rígidas Iglesias protestantes, cuyo mayor deseo sería erradicar la voluntad propia, a fin de poner luego a su servicio el “amor” del siervo vaciado de su médula. Hasta qué punto Eckehart estaba consciente también aquí de su posición única, lo muestran las palabras: “En este sentido el amor pertenece por completo a la voluntad.” Y luego sigue la abierta burla de la doctrina eclesiástica del amor: “Pero ahora hay una segunda cosa, una manifestación y un efecto del amor que por cierto es muy llamativo como fervor, recogimiento y júbilo. Pero hablando sinceramente: ¡esto no es lo mejor de ninguna manera! pues a veces no proviene de amor a Dios, sino de simple naturalidad, que se lleguen a gustar tales sentimientos que se derriten en ternura... “. La ironía es más que evidente. Pero precisamente del amor sometido a la libre voluntad despierta el genuino concepto de la lealtad. Quizás no traiga ya consigo tantos “sentimientos”, “vivencias” y “éxtasis” como la “lealtad” del siervo, pero es auténtico solamente si va apareado con una voluntad fuerte.

Mediante las “dos alas, razón y voluntad”, nos debemos elevar: “Así nunca se llega a estar en demora, sino que sin cesar se va aumentando hacia lo poderoso”. No mediante un inseguro revolotear, sino gracias a la altura de la conciencia despertada: “En toda obra se debe hacer conscientemente uso de la propia razón y asir a Dios en el sentido más elevado posible”.

El dominio de la voluntad, de la razón, de la memoria, se refiere a los sentidos, que median entre el Yo y la naturaleza; éstos, a su vez, directamente al mundo exterior, bajo el cual debe entenderse así también al ser humano como persona (cuerpo). Toda esta multiplicidad de manifestaciones se presenta como condicionada por el espacio y el tiempo, a los que —como ya se dijo—Eckehart reconoce igualmente como formas de percepción sólo enlazadas con el más acá, aunque puras.

Toda su doctrina religiosa carece, además, de causalidad. Dado que comprende a Dios como un Dios del presente, un procedimiento genérico, es decir, histórico causal, no le interesa en absoluto; este pertenece al mundo exterior, no al conocimiento del alma y de Dios. Con ello Eckehart renuncia a la mezcla oriental de libertad y naturaleza, a todas aquellas fábulas y “milagros”, de los cuales las Iglesias de la —como Jesus dijo—“casta adúltera”, ni aun en la actualidad pueden prescindir. Que la Tierra sea un disco o

---

[64 bis] No puedo privarme de transcribir aquí un pasaje anímicamente afín de la Chandogya Upanishad:

“Por cierto, de voluntad (Kratu) está formado el ser humano; tal como es su voluntad en este mundo, así devendrá el ser humano cuando haya perecido; por eso ha de procurarse tener buena voluntad...”.

“Espíritu es su sustancia, vida su cuerpo, luz su figura, su decisión es la verdad, su yo el infinito, omnisciente es él, omnioperante, abarcando el universo, callado, despreocupado: este es mi alma (atman) en lo íntimo del corazón, más pequeña que un grano de arroz o de cebada, o grano de mostaza, o grano de mijo o el núcleo de un grano de mijo, esta es mi alma en lo íntimo del corazón, más grande que la tierra, más grande que el espacio del aire, más grande que el Cielo, más grande que estos mundos”.

“El omnioperante, omnisciente, que abarca el universo, callado, despreocupado, esta es mi alma en lo más íntimo del corazón, este es el Brahman, a él, partiendo de aquí, me integraré”.—El que esto ha experimentado, por cierto, ese no duda... Así habló Candilya...”. Quien en estas palabras no oye rumorear aquel golpe de alas del que Goethe dijo que en un instante deja tras sí eternidades, ese ya no tiene sensibilidad por la grandeza de alma. Y en la Brihadaranyakan Upanishad canta un filósofo embriagado de gozo:

Pero el que se ha comprendido como el yo en el pensamiento,
¿cómo puede desear seguir aun al achacoso cuerpo?
A quien en el mancillamiento abismal del cuerpo
te ha llegado el despertar al yo,
¡a ese sabed omnipotente, como el Creador de los mundos!
Suyo es el universo, porque él mismo es el universo.

que flote como una esfera en el éter, no afecta, por ende, a la genuina religión, por consiguiente tampoco a la doctrina de Eckehart, mientras que este descubrimiento de Copérnico ha derrumbado interiormente nuestras dos Iglesias cristianas, aun cuando procuran engañarse al respecto a sí mismas y al mundo con flojas mentiras.[65]

Precisamente en su doctrina de la voluntad, que ya supera por anticipado a Schopenahuer, Eckehart se muestra ahora como filósofo occidental-dinámico que reconoce la eterna polaridad de la existencia. La esencia de la actividad de la razón es un “movimiento de acercar a sí las cosas exteriores”, a fin de “estampar” este conocimiento en el alma. “El mismo movimiento se continúa ahora en la voluntad, que, por tanto, igualmente no llega nunca a estar en reposo”. Es así que hasta el místico sin par, que quisiera aportar todo para perseverar en pura contemplación de Dios, que aspira al “reposo sin fin en Dios”, sabe que este reposo puede durar sólo instantes, que es meta, pero que esta meta sólo es alcanzada mediante un siempre renovado movimiento del alma y sus fuerzas. Aquí el maestro Eckehart se muestra superior también a los sabios indios y reconoce el eterno ritmo como la precondición de toda fecundidad. De este conocimiento teórico extrae luego también (comp. el caso Martha-María) la conclusión práctica para la vida. Aunque el alma, la voluntad, busca lo eterno, “sin embargo nunca se extingue en ella lo que ardientemente ama... Ese ser humano no busca la calma: pues a él no le perturba ninguna intranquilidad. Ese hombre está bien conceptuado por Dios porque toma todas las cosas en forma divina, mejores de lo que son en sí! ¡A la verdad! Para eso se requiere diligencia, y una conciencia despierta, veraz, eficaz, sobre la cual el alma debe basarse a pesar de las cosas y de las gentes. Tal cosa el ser humano no la puede aprender mediante la huída del mundo: o sea huyendo de las cosas, y volviendo a la soledad apartándose del mundo exterior. Sino que debe aprender una soledad interior, dónde y con quién sea, debe aprender a pasar a través de las cosas...”

Esta duplicidad como ley fundamental de su existencia cree Eckehart descubrir también en Jesus: “También en él (Jesus) hay diferencia entre las fuerzas superiores e inferiores, también en él ellas tenían dos clases de obra. A sus fuerzas superiores les era propio un poseer y disfrutar de bienaventuranza eterna pero las inferiores, éstas estaban a la misma hora en el peor sufrimiento y luchaban en la Tierra. ¡Y ninguna de estas actividades obstaculizaba a la otra en su propósito!... Cuanto más prolongada e intensa la lucha (de las fuerzas superiores e inferiores), tanto más grande y loable también la victoria y el honor de la victoria”.

5.

La naturaleza creyente en la hechicería de Roma se encuentra ahora, en oposición a la personalidad de Eckehart, aun más nítidamente ante nosotros: es el caos espiritual de pueblos africano-sirios, la “religión de la posesión por el demonio” [“*Religion der Besessenheit*”. N. del T.] (Frobenius), que desde el Este del Mar Mediterráneo, con ayuda de los cultos mágicos y de la Biblia judía y con el mal uso de la figura de Jesus, se creó su centro Occidental. Este centro, al proseguir el despertar del Occidente y después del estrangulamiento de la mística ha hecho los mayores esfuerzos de incorporarse la visión del mundo antagónica a Roma, para presentar a la Una Catholica como satisfaciendo todas, también las modernas exigencias. Hoy se procede aproximadamente de la siguiente manera: [66]

El filósofo romano-jesuítico establece tres grandes tipos de visión del mundo: la orientación de la inmanencia (Zuständlichkeit), que quisiera descansar en sí misma; la orientación de la trascendencia (Gegenständlichkeit), que acepta a Dios solamente como el primer autor, por consiguiente, la doctrina del deísmo; la orientación de la transcendentalidad, [Rosenberg hace suya, como Chamberlain, la diferenciación kantiana entre trascendencia y trascendentalidad. N. del T.] que representa la tentativa de enlazamiento de las otras dos tendencias anímicas. Por la elaboración de estos tipos tiene lugar la lucha filosófica de los milenios. Ahora bien: el cristiano romano debe estar por encima de esta lucha, separado y, sin embargo, abarcando todos los tipos, viviendo en todos ellos. Es que la pugna de los tres tipos filosóficos —así dice Roma—no es capaz de llegar nunca a una unidad; todas las tentativas de superar dentro de los tres sistemas las contradicciones (antinomias) de la vida serían inútiles y terminarían siempre en la forzada declaración de identidad de los contrarios. Esto sucedería porque las tres orientaciones típicas sientan la misma “falsa” precondición: como si el ser humano fuera de alguna manera igual a Dios, como si Dios, en

---

[65] Precisamente en el dogma materialista de la Resurrección se pone de manifiesto la irremisible judaización de las Iglesias. La frase originada enteramente en el judío círculo de ideas historicístico-materialista de Pablo: “Si Cristo no ha resucitado, toda nuestra prédica es nula y nula Vuestra fe”, muestra tanto la indisolubilidad de la imagen del mundo pre-Copernicana con la creencia en la resurrección, como también el fundamento puramente materialista de nuestras Iglesias pseudo-cristianas.

[66] Sigo aquí a E. Przywara, S. J.: *Religionsphilosophie katholischer Theologie*, [*Filosofía religiosa de la teología católica*, N. del T.], Munich, 1926.

cierto modo, fuera sólo el ideal infinitamente lejano de los afanes humanos. Pero de esta manera la criatura sería considerada como autocráticamente cerrada, lo que equivaldría a una tentativa de destrucción anímica del Dios creador que flota por encima de todos. Y aquí, sigue diciendo el jesuita Przywara, interviene la doctrina romana con su "visión fundamental": o sea que (según el Vº Concilio Laterano de 1215) Dios es simultáneamente semejante y no-semejante a su criatura. Semejante porque ha colocado dentro de la misma la posibilidad de la "intranquilidad ante Dios", no-semejante porque como criatura poco importante sólo puede hallar "tranquilidad en Dios". El ser humano no vive, tanto, en su atmósfera anímica, sino en el círculo de dominio del Dios absoluto, lejano, imperante. El católico estaría, por consiguiente, "abierto hacia arriba", lo que resulta en una tensión de genuino afán, no un "calambre", no una "unidad explosiva" (Przywara, S. J.). Esta sería la base de Roma, la "Analogía entis" la analogía del ser: "Dios, según realidad y esencia diferenciado del mundo por encima de todo lo que está fuera de él, o lo que puede ser pensado, indescriptiblemente sublime, para la revelación de su perfección en el símil de la perfección de las criaturas, ha creado en completa libertad la Creación de la Nada."

Este razonamiento romano, que presuntamente ya habría existido antes de la "convocación de Pedro", muestra demasiado a las claras su proveniencia. El terrible e inaccesible Dios que ocupa el trono que todo lo domina, este es el Yahvé del así llamado Antiguo Testamento, al que se alaba temblando y al que se adora con miedo. Él nos crea a todos de la Nada, él realiza cuando le place hechos milagrosos de hechicería y forma al mundo para su glorificación. Pero esta creencia sirio-africana en la hechicería no pudo ser impuesta al europeo a pesar del fuego y la espada. La herencia anímica nórdica consistió efectivamente en la conciencia no sólo de la semejanza con Dios, sino de la igualdad con Dios del alma humana. La doctrina india de la igualdad del Atman con el Brahmán —"Suyo es el u niverso, porque él mismo es el universo"—fue la primera gran confesión al res pecto; la doctrina persa de la lucha mancomunada del ser humano y del luminoso Ahura Mazda nos mostró la acerba concepción nórdico-irania; el Cielo de los Dioses griego nació de un alma igualmente grande como la autocrática doctrina de las ideas de Platón. La antigua idea germánica de Dios, a su vez, no es en absoluto concebible sin libertad interior. Y también Jesus habló del Reino de los Cielos dentro de nosotros. La calidad volitiva de la búsqueda anímica la muestra ya Odín, el caminante del mundo, la muestra el buscador y confesor Eckehart, la muestran todos los grandes pasando por Lutero hasta Lagarde. Esta alma vivió asimismo en el venerable Tomás de Aquino y en la mayoría de los padres occidentales de la Iglesia. La *Analogía entis* (si se omite la premisa de la creación del mundo de la Nada) se la arrancó el espíritu europeo-nórdico al Antiguo Testamento: el sistema romano por ello, no está terminado "desde Jesus", sino que es compróbadamente un compromiso entre Siria-África y Europa, haciéndose en esto todos los préstamos espirituales posibles, pero con la declaración presuntuosa de que éstas son solamente partes de la doctrina católica única, la sola que otorga la bienaventuranza. Tomás y su adversario Duns Scotus se hallaban en el límite de lo tolerable para Roma, un Eckehart ya no, pues su éxito hubiera significado la destitución de Yahvé.

La destitución de este Tirano-Dios hubiera sido equivalente a la destitución de su lugarteniente papal. Desde entonces la evolución del espíritu europeo ha seguido su camino sin, al lado de o contra Roma, mientras Roma donde pudo, excolmugaba; si todo no surtía efecto, se "incorporaba" pues, lo nuevo y se defendía como "bien parcial archi-católico".

En su esencia el concepto romano del demonio elevado a categoría de Dios tiene como consecuencia la destrucción de nuestra alma volitiva, constituye una tentativa de atentado contra la polaridad del ser espiritual. Por medio de la *Analogía entis* la filosofía religiosa romano-jesuítica moderna trata de eludir esta conclusión, que entre nosotros aun no puede ser impuesta, afirmando la existencia de una "tensión" que sería mucho más fructífera que la tentativa de la "declaración de identidad de los contrarios". En este caso Roma ha puesto a su servicio la vieja doctrina platónica del ser y el devenir. Nos hallamos esforzándonos en un eterno devenir, pero con la conciencia de un ser que "deviene". Este pensamiento nórdico de la auto-realización recibe en su falseamiento judeo-romano el sentido de un movimiento de la criatura "hacia Dios", transformándose con esto la autorrealización en una realización del Dios en cuya mano nosotros, por cierto, sólo representamos arcilla informe o un cadáver.

Estas aparentes concesiones del yahveísmo romano al Occidente consciente de su alma, volitivo, han retenido a más de uno en Roma, que de conocer la esencia se hubiera ido hace tiempo. Pues que yo me regale en libertad anímica (como Eckehart) o me someta servilmente al Señor (como Ignacio), para ser usado en cierto modo como barro amasable, como bastón o para ser dado vuelta como un cadáver, esto hace la diferencia entre ser humano y ser humano, entre sistema y sistema, en último término, entre raza y mestizaje. Roma-Yahvé significa: despotismo hechicero, creación mágica de la Nada (una idea para nosotros delirante). El Occidente nórdico significa: Yo y Dios somos polaridad anímica, el acto de creación es toda unión realizada, la separación provoca nuevas fuerzas dinámicas. El alma nórdica genuina en su vuelo de altura está siempre "hacia Dios" y siempre "desde Dios". Su "descanso en Dios" es al mismo tiempo "descanso en sí misma". Esta unión, sentida simultáneamente como entrega y autoconfianza, se llama mística nórdica. La "mística" romana significa esencialmente la imposible exigencia por la abolición de la polaridad y la dinámica, vale decir, entraña la sumisión de la humanidad. La filosofía romana por todo ello,

no está situada, como ella afirma, fuera de las tres orientaciones típicas del alma, inmanencia, trascendencia y transcendentalidad, abarcándolas a todas ellas, sino que representa una tentativa de compromiso de unir partes de todos estos tipos con la creencia judeo-siria-africana. La doctrina romana no fluye desde un centro en miles de corrientes a través del mundo, sino que reviste su provisión básica siria con las doctrinas prestadas y falseadas del hombre nórdico, tal como en distintas personalidades nacionales se edificó su mundo de ideas. De ello se desprende también la posición con respecto al problema del estar y ser así. (Dasein und Sosein).

La doctrina judeo-romana proclama con su afirmación de la creación del mundo de la Nada por un Dios, una relación causal entre el "creador" y la "criatura" traslada, de tal modo una forma de conocimiento válida únicamente para este mundo al terreno metafísico y afirma esta premisa de su posición "representativa" del Creador hasta hoy con la más tenaz energía, en el convencimiento de llevar en este lugar la lucha por su existencia. Contra este dogma fundamental monstruoso el espíritu germánico ha estado desde siempre en la posición de lucha más dura. Ya el mito nórdico más antiguo de la creación del mundo, el indio, no conoce la Nada. El sabe únicamente informar sobre una fluctuación, sobre un caos. El se imagina al cosmos como originado por un principio de ordenaniento, actuando desde adentro, luchando contra el caos, piensa un momento también en el Ordenador desde afuera (¡no en el Creador a partir de la Nada!), concluye, sin embargo, con la más alta reflexión filosófica después de la pregunta de dónde ha surgido la Creación:

El que ha causado la Creación,
que la contempla desde la más alta luz del cielo,
que la hecho o no hecho,
¡El lo sabe! - ¿o tampoco él lo sabe?

El monismo indio había nacido, en realidad, de un agudo dualismo: el alma es lo único esencial, la materia una ilusión que debe ser superada. Una creación de esta materia, y hasta de la Nada, hubiera parecido a todo ario indio como materialismo blasfemo. En el mito indio de la Creación predomina un ambiente semejante al de la Hélade, al de la Germania: el Caos se subordina a una voluntad, a una ley, pero nunca se origina de la Nada un mundo, tal como lo enseñaban hijos del desierto sirio-africanos y de lo que se posesionó Roma junto con su demonio Yahvé. La frase de Schiller: "Si pienso a Dios, abandono al Creador", significa en la más breve forma el claro rechazo por parte del alma racial nórdico-aria del enlazamiento mágico-hechicero de "Creador y criatura" como Dios y criatura sin honra. Roma ha amasado uniéndolos a Isis, Horus, Yahvé, Platón, Aristóteles, Jesus, Tomás, etc. y quiere imponer por la fuerza este "ser así" (Sosein) al "ser existente" (Dasein) de las razas y pueblos, o, donde esto no es posible, instilarlo mediante falseamientos seductores, a fin de deteriorar esta existencia desarrollada conforme a la naturaleza, y de reunir luego a los anímica y racialmente estropeados bajo el techo "católico".

A esta grandiosa tentativa destructora de pueblos hasta hoy sólo poco se ha opuesto que haya actuado como creador de tipos. Uno de los grandes renunció a la filosofía romana del médico-hechicero, el otro la combatió para sí, el tercero se dedicó a otros cometidos. La defensa sistemática de Europa contra el ataque planeado de vastos alcances, no ha sido comenzada aun en gran medida en ninguna parte. El luteranismo lamentablemente es en esta lucha un aliado de Roma a pesar de su "protestar", pues la "ortodoxia" luterana se cerró hasta ahora a la vida por el juramento sobre la Biblia judía. Predicaba igualmente un "ser así", sin tener por norma la existencia orgánica. Hoy finalmente comienza un despertar auténtico de la hipnosis impuesta por la violencia: no desde un dogma coercitivo, por ende de procedencia judeo-romana-africana, nos acercamos a la vida, sino desde el "ser existente" (Dasein) queremos determinar el "ser así" (Sosein) como otrora lo perseguía el Maestro Eckehart. Esta existencia, empero, es el alma ligada a la raza con su valor supremo, el honor y la libertad anímica, que determina la articulación arquitectónica de los demás valores. Esta alma racial vive y se despliega dentro de una naturaleza que despierta determinadas cualidades y reprime otras. Estas fuerzas de raza, alma y naturaleza son los eternos fundamentos para que de la existencia, de la vida, recién se originen cultura, forma de religión, arte, etc. como el "ser así" (Sosein). Este es el último viraje interior, el mito que de nuevo despierta, de nuestra vida.

Así hablaría también el hombre de la gran ansia, Paracelso, si hoy aun viviera entre nosotros. Un ser despierto en un mundo de inflados eruditos abstractos, foráneos a su pueblo, que con autoridades aglutinadas de Grecia, Roma y Arabia, emponzoñaban el cuerpo humano viviente, volvían aun más enfermo al enfermo y, a pesar de todas las riñas entre ellos, formando como un muro en la causa común contra un genio que bajó en búsqueda a las causas primeras de la existencia. Investigar la naturaleza en la totalidad de sus leyes. Valorar medicamentos como contractivos fomentadores del proceso vital del organismo, no como mixturas mágicas incoherentes, eso fue lo que también empujaba a Theophrastus von Hohenheim como profeta solitario por su mundo de entonces, sin sosiego, odiado y temido, con la estampa del genio, que tampoco a Iglesias y altares, doctrinas y palabras los considera como fines en sí, sino los valora conforme a la medida en que se hallan implantados en el entorno de naturaleza y sangre. El gran Paracelso se transformó así en el portavoz de todos los naturalistas y místicos alemanes, un gran predicador del "ser

existente” (Dasein), para elevarse como el Maestro Eckehart tanteando hasta los astros y encuadrarse autocrática-humildemente en las grandes leyes del universo, pleno de gozo tanto sobre la pureza del canto del ruiseñor como sobre el inexplicable manantial borboteante y creador del propio corazón.

6.

Con su anti-romana religión, su doctrina, de la moral y su crítica del conocimiento, Eckehart se divorcia consciente, es más, abruptamente, de todos los mandamientos básicos tanto de la Iglesia romana como de la posterior luterana. En lugar de la estática judeo-romana coloca la dinámica del alma occidental-nórdica; en lugar de una violencia monística, él exige el reconocimiento de la duplicidad de toda vida; en lugar de la doctrina de la sumisión y el servilismo él predica la confesión de la libertad del alma y de la voluntad, en lugar de la presunción eclesiástica de la lugartenencia de Dios, él colocó el honor y la nobleza de la personalidad anímica; el lugar del amor sumiso, extático, que se entrega, lo ocupa el ideal aristocrático del aislamiento y del apartamiento anímico personal; el lugar de la violación de la naturaleza lo llena su plena realización. Y todo esto quiere decir: en vez de la visión del mundo judeo-romana se coloca la confesión anímica occidental-nórdica como la faz interna del ser humano germánico-alemán de la raza nórdica.

Eckehart sabía exactamente que dentro de la Iglesia hablaba sólo a muy pocos; por tal razón tuvo trato a menudo con beguinos y begardos herejes, les predicó y tuvo con ellos largas conversaciones de sobremesa. Como “hermano Eckehart” es mencionado por ellos, y mientras rechazó punto por punto los dogmas coercitivos romano-sirios, en ninguno de sus discursos habló contra los “herejes”. Pero también dentro de la Iglesia quiso buscar y reunir a los seres humanos de su índole. A esta meta estaba dirigida su actuación en Erfurt, en Strassburg, en Colonia y en Praga. Eckehart niega rotundamente que pueda haber dogmas, que simplemente se “debe creer”, porque esto es exigido por los superiores y por la tradición. Invoca a la libre y alta razón y a su alma libre como regalos de Dios los que se debe escuchar. Dice expresamente a sus oyentes que, en el caso de que siguieran sus enseñanzas se remitieran abiertamente a él: “Respondo con mi cuerpo de ello.” Pero también los oscurantistas estaban en la obra para confabularse, como es usual, contra el gran espíritu. Cuando Eckehart enseña en Colonia, alrededor de él están encendidas las hogueras de la piadosa Inquisición. Hasta dentro de su Orden muchos se quejan de que él habla demasiado en el idioma del país y ante “gente común” sobre cosas que podrían inducir a la herejía. El arzobispo de Colonia luego acusó a Eckehart ante el Papa, quién gustosamente hubiera acabado con él, pero necesitaba a los Dominicos como sostén político en sus luchas con el Káiser y por tal razón no osaba aun quemar a su cabeza espiritual. Así el “caso Eckehart” fue examinado por un hermano de la Orden que lo absolvió. (Tal absolución, después del dogma de la infalibilidad a comienzos del “libre” siglo 20 ya no hubiera sido posible.) Y, sin embargo, la Inquisición luego se puso a la obra. El 24 de enero de 1327 Eckehart rechaza su intervención como acto arbitrario e invita a sus adversarios para el 4 de mayo de 1327 a presentarse ante el Papa. Una declaración similar de Eckehart en la Iglesia de los Dominicanos en Colonia termina con las palabras: “Sin abandonar con ello ni una sola de mis sentencias, corrijo y me retracto... de todas aquéllas con respecto a las cuales se estuviese en condiciones de probar que se basan en un uso erróneo de la razón. [67]

La declaración fue rechazada con toda consecuencia por los piadosos inquisidores como “frívola”. Pero antes de que pudiera viajar para ver al Papa, murió. Si de muerte natural o mediante la ayuda adicional de un polvillo, no ha llegado a ser conocido. De cualquier modo, la más potente fuerza que hubiera podido hacer una Iglesia alemana de la romana, estaba quebrada. La muerte de Eckehart fue una de las mayores horas decisivas del destino de Europa. Su religión alemana fue luego “condenada” oficialmente por Roma mediante una bula. Por de pronto, según método probado (para desorientar a los seguidores), la “retractación” de Eckehart fue presentada como pedido general de perdón, cuando en cambio Eckehart estaba pronto a defender su doctrina con todo vigor. Característico de su libertad es que no invoca dogmas eclesiásticos, es más, ni siquiera la Biblia (como más tarde Lutero), sino exclusivamente a la libre cognición

[67]Véase Büttner: *Predigten* [*Sermones*, N. del T.]

de la razón. Después de esta primera adulteración, los piadosos seguidores de Roma "corrigieron" al Maestro Eckehart y lo catalogaron como discípulo espiritual de Tomás de Aquino. [68]

Al embrutecimiento exterior del centro romano en el siglo XIII correspondió una depravación general de la clerecía en todos los países, que hacía tiempo se hubiese transformado en objeto de burla de todos los pueblos si no hubiera sido que algunas personalidades dirigentes, con el empeño de todo su ser, salvaran siempre de nuevo la situación. Como reacción contra este encanallamiento se constituyeron en el siglo XIII, entre otras, también las sociedades de los Hermanos y Hermanas del Espíritu Libre, en las cuales se manifestaron los primeros precursores de la mística. Junto con ellos actuaron los beguinos y begrdos, aquellos círculos con los cuales el Maestro Eckehart mantuvo relaciones estrechas. Este movimiento piadoso, pero a-eclesiástico, atravesó (fuera y dentro de la Iglesia) como una ancha corriente los países alemanes. Él recogió más que nada un rasgo fundamental del destruido arrianismo: enseñar la religión en el idioma del país. Ya en este punto se mostró desde el primer comienzo hasta hoy la lucha nunca extinguida entre la nacionalidad orgánica y el injerto romano-latino (Gregorio VII había designado como descaro servirse durante el oficio divino del idioma vernáculo). El genuino sentimiento popular rechazaba el idioma latino foráneo que, en verdad, sólo era considerado como una fórmula mágica incomprensible que debía ser repetida maquinalmente, y que también fue empleado como tal. El uso de la sagrada lengua materna alemana lo obtuvo el movimiento religioso alemán, gracias a su obstinación, hacia mediados del siglo XIII, de la Roma enemiga de los pueblos. Los sermones y las conferencias didácticas de ahora en adelante ya no fueron pronunciados en latín, sino en el alemán que llega al corazón. Y el mayor pionero para nuestro ser ha sido también aquí Eckehart, al que sus discípulos y sucesores (entre otros Suso y Tauler) llaman siempre el "bienaventurado y santo Maestro". Eckehart, si bien tuvo que escribir también mucho en latín, ha sido el primero que hizo del idioma alemán también el idioma de la ciencia. Se ha afanado trabajosamente en reemplazar la sintaxis latina por formaciones de palabras alemanas; también aquí fue un hereje, cuya obra —pisoteada y semi -estrangulada por la Iglesia romana— recién fue proseguida de nuevo por Martín Lutero, y que de esta manera creó la base para la existencia misma de la nacionalidad alemana. Hoy, cierto es, que también los sacerdotes católicos predican en alemán, pero toda la liturgia, los proverbios y también los cánticos y fórmulas de oración, una parte de nuestro pueblo sencillo tiene que murmurarlos siempre aun en idioma latino. La Iglesia no puede prescindir de esta violencia, porque debe conservar su carácter a-nacional, pero los pueblos no pueden ya tolerar estos remanentes de un paganismo foráneo. Que el tibetano de vueltas a su molinillo de oraciones o que un pequeño labriego alemán ore en latín, en ello fundamentalmente no existe diferencia: ambas cosas significan un ejercicio mecánico en oposición a la genuina profundización religiosa.

Así se desvaneció, gracias a las falsificaciones romanas, el verdadero Eckehart a los ojos del pueblo alemán. Por cierto que la ola religiosa se siguió extendiendo sobre las tierras de Widukind, Rhin abajo, y en todas partes surgieron confesores de la libertad del alma: Suso y Tauler, Ruysbroek y Grootes, Böhme y Angelus Silesius. Pero la mayor fuerza del alma, el más hermoso sueño del pueblo alemán, había muerto demasiado pronto; todo lo posterior es sólo —visto desde muy arriba— un reflejo del gran alma de Eckehart. De su virilidad se hizo exaltación ampulosa, de su amor vigoroso se hizo éxtasis dulzón. Apoyado en esta dirección por la Iglesia, la corriente de la "mística" enervada desembocó de nuevo en el regazo de la Iglesia romana. La acción de Lutero hizo estallar finalmente la costra foránea, pero tampoco él, a pesar de su ansia, no halló el camino de vuelta a ese único fondo del alma del Maestro Eckehart, a su libertad espiritual. Su Iglesia, no libre desde el primer día, se anquilosó por consiguiente en un lugar y se cubrió de arena en el otro. El alma alemana tuvo que buscarse otro camino distinto del eclesiástico. Tomó por el del arte. Cuando enmudeció el espíritu de Eckehart creció la pintura germánica, resonó el alma de J. S. Bach, vino el Fausto de Goethe, la "Novena" de Beethoven, la filosofía de Kant...

Para terminar, empero, aun lo más profundo y más fuerte de la doctrina de Eckehart, algo más aun que todo lo anterior aparece como dirigido proféticamente al ser humano de nuestro tiempo.

El sermón del "Reino de Dios" lo termina Eckehart con las siguientes palabras: "Este discurso no está dirigido a nadie, fuera del que ya lo considera como su propia vida o que, por lo menos, lo posee como un anhelo de su corazón. Que esto nos sea revelado, Dios nos lo conceda".

---

[68] A pesar de la materia mágica que Tomás tuvo que encuadrar dentro de un sistema racionalista con ayuda de Aristóteles, y de la contradicción en sí que ello implicaba, la grandiosidad de la tentativa y la intensidad de la energía espiritual de Tomás no ha de ser impugnada. Tomás era, como quizás no sea de conocimiento general, longobardo. La familia de los señores de Aquino se gloriaba de esta ascendencia germánica y apoyaba al más grande de los Hohenstaufen, Federico II. Así Thomas von Aquino el mayor, conde de Acerra, quien como lugarteniente de Siria allanó a Federico el camino a la "Tierra Santa", acompañó al Káiser en su primera expedición a Alemania, luego fue enviado como comisionado especial a Sicilia y más tarde negoció en nombre de Federico con el Papa. Además Thomas II von Aquino, otro lugarteniente de Federico y su yerno, quien sucumbió junto con el último de los Staufen, Conrado. - El "S. Tomás" evidentemente era un descastado y desertor. Puso su espíritu a disposición de Roma, del que ésta aun hoy se nutre. Por lo demás Tomás fue un discípulo de Albrecht von Bollstedt (de Albertus Magnus) y del irlandés Petrus von Hibernia.

Sólo a los anímicamente emparentados se dirigían, por consiguiente, todas sus palabras, a todos los "seres humanos interiores o nobles" se dirige su doctrina, y aquí se pone luego de manifiesto un misterio que recién hoy vuelve a nacer a nueva vida.

En un sermón (sobre 2.Cor. 1,2) distingue Eckehart entre la sangre y la carne. Por sangre entiende (como él cree con San Juan) todo "lo que dentro del ser humano no está sometido a su voluntad" es decir, lo que actúa en la subconciencia, una contraparte del alma. Y en otro lugar dice luego Eckehart (sobre Mateo 10, 28): "Lo más noble que hay en el ser humano es la sangre si quiere lo justo. Pero también lo peor que hay en el ser humano es la sangre si quiere el mal".

Con esto ha sido expresada la última palabra complementaria. Al lado del mito de la eterna alma libre se halla el mito, la religión de la sangre. Lo uno corresponde a lo otro, sin que sepamos si aquí existen causa y efecto. La raza y el Yo, la sangre y el alma, están en la más estrecha relación, para un bastardo la doctrina del Maestro Eckehart no sirve, tampoco para aquella foránea mezcla de razas que desde el Este se ha infiltrado en el corazón de Europa y representa el elemento más sumiso de Roma. La doctrina del alma de Eckehart se dirige a los portadores de sangre igual o emparentada, que tienen vida similar o poseen lo expresado como "un anhelo de su corazón" no a los anímicamente extraños y sanguíneamente enemigos. Pero esto exige también un rechazo inverso. Aquí el Maestro Eckehart expresa luego la confesión nacional: "Ningún recipiente puede albergar en sí dos clases de bebidas: si ha de contener vino, hay que verter de él el agua para que no quedé ni tan siquiera una gota." Y a continuación: "Hay que respetar el modo de otras gentes y no insultar el modo de nadie... Es imposible que todos los seres humanos sigan sólo un camino." Y más adelante: "Pues algunas veces lo que para uno es vida, es la muerte del otro."

Esto es absolutamente lo contrario de lo que nos enseña la Iglesia de Roma (y en último término también la de Wittenberg). Ella quiere forzarnos a todos nosotros —blancos, amarillos, negros, indistintamente— a un camino, en una forma, bajo un dogma, y por consiguiente, al llegar a ser potencia, ha envenenado nuestra alma, nuestras razas europeas. Lo que era su vida, fue nuestra muerte. Que no nos hayamos muerto se lo debemos únicamente a la potencia del alma germánica. que hasta ahora ha evitado el triunfo definitivo de Roma (y Jerusalén). En el Maestro Eckehart el alma nórdica llegó por primera vez a la plena conciencia de sí misma, En su personalidad se hallan afirmados todos nuestros posteriores grandes hombres. De su grande alma puede nacer —y nacerá— alguna vez la religión alemana.

7.

En la forma más amplia el parentesco de almas con Eckehart se pone de manifiesto en Goethe. También su existencia toda estaba arraigada en la libertad del alma, pero simultáneamente en el pronunciamiento por la vida creadora. Esta faz el artista naturalmente la ha enfatizado en forma mucho más precisa aun que el místico religioso. La vida toda de Goethe fue un balancearse entre dos mundos; cuando uno amenazaba con aprisionarlo por completo, huía apasionadamente al otro. Si el Maestro Eckehart hablaba del "apartamiento" por un lado y de la "obra" por el otro, en cambio Goethe llama a estos dos estados de preferencia. meditación y acción (Sinn und Tat). La "meditación" significa el desembarazarse del mundo, el ensanchamiento hasta lo infinito del alma, la "acción", el trabajo que desemboca en una creación en este mundo. Al igual que el Maestro Eckehart, Goethe subrayó siempre de nuevo la ley de nuestra existencia: que la meditación y la acción son esencialidades del ser humano que en alternación rítmica se condicionan y se acrecientan recíprocamente; que lo uno señala hacia lo otro, recién lo hace reconocible y lo vuelve creador. Retirarse del mundo y vivir para la auto-contemplación no fomenta ni siquiera nuestro auto-conocimiento: "A sí mismo, en realidad, uno puede observarse y escucharse únicamente en la actividad". El que establezca para sí como ley probar el hacer en el pensar y el pensar en el hacer, ese no puede errar, y si yerra bien pronto hallará de nuevo el camino justo. "Ahora bien: el "meditar", que en nosotros los indo-europeos ha sido siempre un órgano predominante, no necesita del espoleo permanente y, por consiguiente, hallamos también en Goethe menos estímulo en esa dirección. Tanto más firmemente enfatiza, en cambio, la restricción, la acción. "Confieso que desde siempre el gran cometido aparentemente tan importante: conócete a ti mismo, siempre me pareció sospechoso, como un ardid de sacerdotes unidos en liga secreta, que buscan desconcertar a los seres humanos mediante exigencias inalcanzables y los quieren seducir a apartarse de la actividad contra el mundo exterior para dedicarse a una falsa contemplación interior. El ser humano sólo se conoce a sí mismo en cuanto conoce al mundo, al que sólo percibe dentro de sí y a sí mismo sólo dentro de él. Todo objeto nuevo, bien contemplado, abre un nuevo órgano dentro de nosotros". "Los sufrimientos del alma, en los que caemos, para curarlos el intelecto no puede hacer nada, la razón poco, decidida actividad, en cambio, todo."

En forma siempre nueva Goethe no cesa de señalar infatigablemente la acción vivificante; hasta el modesto oficio. El más grande himno a la actividad humana es el Fausto. Después de circunnavegar y penetrar en todas las ciencias, en todo el amor y el sufrimiento, Fausto es liberado por la acción. Para el

espíritu que siempre aspiraba a lo infinito, la acción restrictiva, la contención de un raudal de agua como obra útil para el ser humano, fue la piedra clave de su vida, el último peldaño hacia lo desconocido. La nobleza de la acción culmina en la obra de arte: "La enseñanza del artista genuino abre el espíritu, pues donde las palabras faltan, habla la acción."

"Quien temprano experimenta condicionamiento, llega cómodamente a la libertad... Es suficiente que uno se declare libre para que al instante se sienta como condicionado, si osa declararse como condicionado, entonces se siente libre... Es maestro aquel que comprende que la limitación representa también para el espíritu, más grande un peldaño necesario para el máximo desenvolvimiento... ¿Cómo puede uno llegar a conocerse? Mediante la contemplación jamás, pero sí mediante la acción. Intenta hacer tu deber y sabrás de inmediato lo que vale en ti. El deber, empero, es la exigencia del día.

Para el ser humano es una desgracia cuando una idea cualquiera se afirma en él, que no tiene influencia sobre la vida activa o hasta lo aparta de la vida activa... de acuerdo con mi opinión la decisión y su consecuencia es lo más digno de veneración en el ser humano... Es siempre una desgracia si un ser humano es inducido a perseguir algo con lo cual no pueda ligarse mediante una regular auto-actividad."

Por tal razón, también el ser humano más insignificante puede ser "completo" si se "mueve dentro de los límites de sus capacidades y habilidades". "En y dentro del suelo se encuentra para las más altas necesidades terrenas el material, un mundo de la sustancia, entregado a las más altas capacidades del ser humano para su elaboración, pero en ese camino espiritual se encuentran siempre simpatía, amor, actividad libre regulada. Poner en movimiento estos dos mundos uno contra el otro, manifestar sus respectivas propiedades dentro de la pasajera figura vital, esta es la figura suprema a la cual el ser humano debe tender al formarse".

Cuando Goethe hubo saciado todos sus sentidos en Roma, escribió: "Ahora ya no quiero saber nada a no ser producir algo y ejercitar bien mi espíritu." Pero inmediatamente después dice: "Conmigo comienza una nueva época. Mi espíritu está ahora tan dilatado por el mucho ver y conocer, que debo limitarme a cualquier trabajo". En otro lugar dice resumiendo: "Había procedido en toda mi vida componiendo y observando, sintética y analíticamente; la sístole y diástole del espíritu humano fue para mí un segundo respirar."

Cuando Schiller muere, dice para dominar su desesperación: "Cuando hube retomado ánimo, miré alrededor buscando diversas actividades", y cuando en 1823 era atormentado por graves penurias anímicas y físicas porque había perdido a su espíritu que ya parecía diluirse en el más allá: "y ahora, adelante, por sobre los sepulcros."

Este estado anímico de Goethe se asemeja en lo esencial a la verdadera vida de todos los grandes del Occidente nórdico. Un Leonardo pone como por arte de magia en su Sta. Ana, en los ojos de Juan el Bautista, en el rostro de Cristo un mundo sobrenatural inasible, y simultáneamente es ingeniero, el más frío técnico, que nunca creyó haber hecho bastante en imaginarse cosas para poner a la naturaleza a su servicio también mecánicamente. De muchas sentencias de Leonardo se podría pensar que brotaron de labios de Goethe. En Beethoven se presenta después del más profundo éxtasis místico repentinamente un luminoso scherzo, y el más conmovedor canto al apartamiento es la sinfonía A la Alegría. Beethoven, que pareció desvanecerse en sus sueños dijo al mismo tiempo las palabras del dinámico hombre de Occidente: "La fuerza es la moral de los seres humanos que se distinguen de otros; es también la mía"; "asir el destino por las fauces", fue la meta que se fijó. La misma pujante yuxtaposición también configura la personalidad de Miguel Ángel: léanse sus sonetos a Vittoria Colonna y obsérvense después sus Sibilas y el Cristo que condena el mundo. También aquí se nos hace evidente que la mística occidental no excluye la vida, sino al contrario, se ha elegido a la existencia creadora como socia. Para acrecentarse es necesario el contraste, cuanto más heroica el alma, tanto más potente la obra exterior; cuanto más apartada la personalidad, tanto más transfigurada la acción.

El ser dinámico germánico no se manifiesta en ninguna parte como huída del mundo, sino significa superación del mundo, lucha. Y eso de dos maneras: religioso-artístico-metafísica y luciférico-empírica.

Ninguna raza ha enviado en tal forma investigadores tras investigadores por sobre el globo terráqueo que no fueron solamente inventores sino, en el verdadero sentido descubridores, como el Occidente nórdico, es decir, hombres que transformaron lo hallado en una imagen del mundo. Los más oscuros continentes, los más fríos polos, las selvas vírgenes tropicales y las más denudas estepas, los más escondidos ríos y lagos, han sido hallados, y las más altas montañas han sido vencidas. El ansia de tantos hombres y pueblos de todos los tiempos de volar a través del espacio, recién en el europeo esta ansia devino fuerza que condujo a la invención. Y quien en el automóvil, en el expreso ferroviario no siente el poder lucíférico que supera violentamente espacio y tiempo, quien en medio de máquinas y acerías, en medio del engranaje de infles de ruedas no siente el pulso de la superación empírica del mundo, no ha comprendido un lado del alma europeo-germánica y no comprenderá entonces tampoco nunca el otro lado, el místico. Piénsese en la repentina exclamación del Fausto centenario:

Los pocos árboles no de mi propiedad
me malogran la posesión del mundo.

Aquí no habla la avidez de explotar la posesión para la vida regalada, sino el impulso del señor, “que en el mundo siente dicha.”

Hay que distinguir entre luciférico y satánico. Satánico designa la faz moral de la superación mecanicista del mundo. Ella es determinada por motivos puramente instintivos. Esta es la posición judía frente al mundo. Luciférica es la lucha por la subyugación de la materia, sin tener de premisa la ventaja subjetiva como motivo impulsor. Lo primero nace de un carácter a-creador, por consiguiente, nunca encontrará nada, es decir, no descubrirá y tampoco inventará nunca realmente; lo segundo domina leyes naturales con ayuda de leyes naturales, las rastrea y construye fábricas para hacer dócil la materia.

Que la superación luciférica del mundo puede sin dificultad transformarse en satánica es fácil de comprender; por lo que necesariamente en una era preponderantemente luciférica, como lo fue la que sucumbió en la Guerra Mundial, el judaísmo obtuvo una entrada doblemente fácil y posibilidades de usura.

8.

“El reposo es más elevado que el movimiento. Lo débil vence a lo fuerte. Lo blando vence a lo rígido.” En estas palabras reside el clima de toda una cultura, el alma de la raza china, personificada en Li-Pejang (Lao-Tsé), que vivió hace 2500 años, y, sin embargo, nos habla como un cansado sabio de hoy. Ningún ser humano leerá el Tao-Te-King sin verse envuelto en un hálito del más genuino ser. Entregarse a él pertenece a las más bellas vivencias de un estado de ánimo blando, distendido: confórmese el ser humano con el curso irrevocable; lo seguirá enteramente de acuerdo con su propio interior, no debe actuar, pues el destino mismo lo lleva a la senda justa del reposo, de la bondad. El ser humano no se afane por averiguar la esencia del ser humano. Debe saber sólo una cosa: “La destrucción del cuerpo no es una pérdida. Esto es inmortalidad.” Evítese todo exceso y transítese pacíficamente y con sonrisa tranquila la senda prefijada y misteriosa del destino.

El placer en la sabiduría de Lao-Tsé es el ansia por un polo opuesto anímico y espiritual. Pero no es una concordancia, y nada es más falso que ensalzar la sabiduría del Este como también apropiada para nosotros o hasta como superior a la nuestra, tal como se complacen en hacerlo hoy europeos que se han vuelto cansados e interiormente faltos de ritmo.

Además otro contraste.

Al estudiar la historia y la literatura del judío no se encuentra casi nada fuera de una constante “actividad” sin fin, una concentración completamente unilateral de todas las fuerzas para el bienestar terreno. De esta, se puede decir casi a-moral disposición del espíritu, proviene, pues, también un código moral que sólo conoce una cosa: la ventaja del judío. De esto sigue la admisión, es más, la autorización del engaño, del robo, del homicidio. Se deriva de esto el perjurio permitido religiosa y éticamente, la “religión” del Talmud de la mentira “legal”. Todas las predisposiciones naturalmente egoístas reciben un aporte de energía mediante la “ética” que las permite. Mientras que en casi todos los pueblos del mundo ideas y sentimientos religiosos y éticos se interponen como obstáculos en el camino de la arbitrariedad y el desenfreno puramente instintivos, en los judíos es a la inversa. Por consiguiente, vemos desde hace 2500 años el cuadro eternamente igual. Ávido de bienes de este mundo, el judío va de ciudad en ciudad de país en país, y se queda allí donde encuentra la menor resistencia para su incesante actividad de parásito. Se le echa, vuelve, una generación es ultimada, la otra comienza imperturbablemente el mismo juego. Mitad bufonesco y mitad demoníaco, ridículo y trágico simultáneamente, despreciado por toda grandeza y, no obstante, sintiéndose inocente (por estar desprovisto de la capacidad de poder comprender algo distinto a él mismo), Ahasvero atraviesa, como hijo de la naturaleza de Satán, la historia del mundo. Eternamente bajo un nombre distinto, pero siempre igual a sí mismo; eternamente aseverando decir la verdad y siempre mintiendo; eternamente creyendo en su “misión” y, sin embargo, de total esterilidad y condenado a ser parásito, el eterno judío constituyó el más lejano contraste con Jajnavalkya, Buda, Lao-Tsé. Allá reposo, aquí actividades mercantiles, allá bondad, aquí taimería; allá paz, aquí odio abismal contra todos los pueblos del mundo; allá comprensión ilimitada aquí incapacidad total y carencia de entendimiento.

Igualmente distante de ambas antítesis se halla la idea nórdica, pero no como si se encontrara entre ellas, sino que está fuera de la línea que une a ambas, Pues la calma de Goethe no es la calma de Lao-Tsé y la acción de Bismarck no es la actividad de Rothschild. La personalidad germánica no tiene ni un poco de la calma china ni nada de la “laboriosidad” judía (bien entendido: la personalidad, no la persona), más bien a veces lo exteriormente semejante está determinado por fuerzas y dirigido a metas que (en cuanto se puede afirmar después del examen más minucioso) son fundamentalmente distintas de las del chino y del judío.

También el ser nórdico cree profundamente en la eterna existencia de leyes de la naturaleza; también él sabe que está atado a esta naturaleza. Tampoco la desprecia, sino la toma como una alegoría de algo sobrenatural. Pero al mismo tiempo ve también en la no-naturaleza, en la personalidad, no una arbitrariedad, él no se conforma con creer en la inmortalidad como tal, se asombra más bien en cada auto-observación de la eterna singularidad de su Yo no natural. Encuentra también en todos los demás un ser interior de distinta especie, igualmente completo en sí mismo, un microcosmos igualmente rico, rico en relaciones. Si Li-Pejang dice que el perfecto no choca con los “otros” porque ambos tienen la misma dirección, para el sentimiento nórdico existe aquí una indiferencia, que deja negligentemente de lado al caminante que sigue la misma ruta y quiere andar calladamente por sí solo. Aquí nos hallamos, pues, ante el interrogante de si esta aparentemente hermosa y grande calma del chino no significa una inmovilidad interior del alma, únicamente el reverso de la escasa vivacidad interior.

También el indio enseñaba que “el otro” sigue la misma vía hasta el final. Creyó poder decir a toda criatura de este mundo la “gran palabra”: “esto también eres tú”, pero el peso de su concepción metafísica esta lejos de las conclusiones finales de los chinos. Li-Pejang se dedica al lado moral de nuestro ser y deja sin considerar el metafísico. Predica honestidad hacia honestos y hacia deshonestos, amor hacia el amigo y hacia los no-amigos. Esto es, dice, la verdadera bondad, en este aspecto los seres humanos nobles están orientados de la misma manera. El indio queda absorbido totalmente por el lado metafísico del ser humano. Le atribuye tal importancia que en último extremo llega a la concepción, también expresada, que la acción como tal no puede tener ninguna influencia sobre el que sabe, participante del Atman-Brahman. El 11 no es manchado por la obra, la mala”. Todo lo carnal de cualquier modo no es sino engaño e ilusión, todo lo que con él sucede es indiferente. Esta es la última consecuencia de la India.

Li-Pejang enseña la inactividad porque la “vía y el justo camino” están prescriptos para todo ser humano desde lo más íntimo y que con buscar, investigar y hacer sólo suscitaría discordia y desgracia. La India exige pasividad a raíz de la convicción de que la misma queda sin ninguna influencia sobre el ser metafísico del hombre. Aquí están en acción almas fundamentalmente diferentes. Divagar sobre la igualdad de los “seres humanos buenos” se torna un crimen. Es mil veces más bello y sublime ver con qué riqueza de alma hemos llegado a este mundo, cómo en diversos lugares de la Tierra actúan distintas almas para expresarse balbuceando. Es un gran error querer intervenir aquí perturbando como extraño y tratar de borrar contraste. Rara vez sucede que la unión y fusión de distintas almas y razas, realizada en mayor escala, tenga como consecuencia algo más hermoso. En la mayoría de los casos se produce la atrofia. Por más elevadas que hayan sido, por ejemplo, las intenciones con que otrora misioneros entusiasmados fueron a la India y a la China, no han hecho pese a ello, nada más que perturbar una evolución particular. Pero de la misma manera nos debemos defender si hoy vienen hombres y comienzan a sonreírse de la naturaleza de los grandes de Occidente, señalando al mismo tiempo a la India y a la China como lo más grande, en las que nosotros los europeos descaminados no deberíamos enderezar. Por más bellamente que hable Jajnavalkya, por más lisonjeramente que los sones de Lao-Tsé penetren en nosotros: si damos acogida permanente a estos sonidos estamos perdidos anímicamente. O seguimos nuestro camino, o caemos en el caos, en el delirio, al precipicio.

Sabemos: nosotros tenemos todos una dirección: el ansia de ir “de lo oscuro a lo claro”, de ligaduras terrenales a algo Eterno desconocido. Pero de ninguna manera nos conformarnos con saber que nosotros, sea en sentido moral o metafísico, hemos tomado el mismo camino, sino que nos interesa el cómo de nuestro sentir y pensar. El chino tiene una historia de mil tomos, que no es historia sino crónica enumeradora; todo, hasta los más pequeños detalles le parecen importantes al narrador. El indio no ha dedicado a esta temporalidad ninguna verdadera atención. Él no tiene una auténtica crónica, pero tampoco una historia. Tiene únicamente sagas, cantos e himnos. La evolución no la buscaba ni el uno ni el otro. El uno no había comprendido en absoluto el desarrollo de la personalidad, sea la de un ser humano o de un pueblo, el otro la conceptuaba como apariencia y por lo tanto, sin importancia.

Apareció el hombre germánico en la historia mundial. Él circunnavegó toda la Tierra; él descubrió millones de mundos; excavó al calor del sol tropical ciudades antiquísimas, hace tiempo olvidadas; se puso a la búsqueda de poemas, de castillos legendarios; descifró con indecible fatiga rollos de papiro, jeroglíficos e inscripciones en tiestos de barro, examinó los componentes de la argamasa y de las piedras milenarias; aprendió todos los idiomas del mundo; vivió entre bosquimanos, indios y chinos y se formó un cuadro multifacético de las almas de los pueblos. Vio crecer la técnica, la industria, la filosofía, la moral, el arte y la religión desde comienzos de la más distinta especie hasta llegar a obras de naturaleza variada: comprendió la personalidad porque él mismo era una personalidad. Interpretó el hacer de los pueblos como acción, es decir, como fuerza anímica formada, como expresión de una peculiar interioridad. No solamente tenía interés en saber que los seres humanos habían pensado y actuado de tal o cual manera, sino que no descansó hasta que hubo, por lo menos, aprendido a intuir las fuerzas interiores que condujeron a ello. El afán, tanto tiempo en boga, de comparar a los chinos con los alemanes porque ambos pueblos estarían posesionados de una furia de coleccionista y de una manía de registrar, permanece por completo en la superficie. Aisladas extravagancias no deben servir para medir un alma popular, sino sus rendimientos. Y

ahí vemos al chino seguir siendo un catalogador, al alemán empero, como señor de la ciencia histórica (si es que este término puede ser usado) y de la filosofía; es decir, el coleccionar fue en un caso meta, en el otro, medio. La finalidad ha sido en una el enfilar mecánico, en el otro una imagen del mundo. Y esta es la diferencia.

También es muy superficial cuando simplemente se dice, como en el mencionado caso especial, que los alemanes se diferencian de otros pueblos o razas por el hecho de ser un pueblo con aptitud para la historia. Más bien estamos aquí en presencia de otra cosa. Debido a que el germano, especialmente el alemán, en su más profundo interior sentía o al menos presentía conscientemente el valor y la dignidad de la personalidad; debido a que se percataba cuando en cualquier lugar ésta se desarrollaba o atrofiaba, por eso, en base a un sentimiento vivo, en la actividad máxima del alma, era impelido a observar, a investigar, a sondear a sus semejantes. Por eso entendió la historia como el desarrollo de la personalidad de un pueblo, por eso buscó bajo los escombros y las ruinas milenarias, los testimonios de una fuerza humana.

Aquí hemos llegado ahora a uno de los fenómenos primigenios que ni pueden ser explicados ni investigados.

En razón de qué el espíritu germánico siente instintivamente la eternidad e imperdibilidad de la personalidad, en razón de que no defiende el concepto “todo lo eres también tú” y vive casi exclusivamente en él sólo el anhelo de investigar las manifestaciones de otras, extrañas personalidades. El griego no se preocupaba por su prehistoria, porque era hombre del presente, persona; el indio no tuvo historia porque miraba el tiempo, la evolución, la personalidad, todo, como ilusión; el chino coleccionaba todos los datos de su pasado hasta las deposiciones del Señor del Centro, coleccionaba datos de la persona, no interpretaba realidades de la personalidad; en forma semejante el egipcio que se momificaba. La idea consciente de una cultura cualquiera como expresión de algo que nunca existió antes y que nunca volverá, de algo misteriosamente peculiar, este es el ánimo básico activo-místico del espíritu nórdico-germano.

Por tal razón los europeos pudieron descifrar jeroglíficos y tiestos de arcilla babilónicos; por tal razón generaciones enteras pusieron su fuerza creadora al servicio de excavaciones en Grecia, Egipto, junto al Ganges y al Eufrates, para buscar y para interpretar a un ser. Si el espíritu europeo hubiera significado únicamente moldear la persona exterior, entonces nunca se hubiera producido esta dilatación y concentración orgánicas. Se llama esto alma fáustica y se entiende con esto la tendencia hacia lo infinito en cada campo. Pero la base de esto es la singularidad y dignidad de la personalidad, que en ninguna otra parte del mundo es sentida con igual intensidad.

En base a este profundo respeto un Herder pudo recoger las voces de los pueblos desde la India hasta Islandia, un Goethe presentarnos como por arte de magia a Persia y pudieron los eruditos germánicos mostrar las realizaciones del alma india, tan lejana y a menudo, en cambio, tan cercana (Müller, Deussen, etc.). Un cuadro mundial lleno de interrelaciones, dibujado al contraste y por eso sentido con alta conciencia, se desenvuelve ante nuestra visión interior. Todo se presenta coloreado y configurado singularmente, vislumbrado y extraño a la vez, Y en medio de ello y al lado de ello estoy yo, el hombre nórdico, lo personal devenido conciencia, como el último misterio de la existencia, solitario. Este ánimo interior o esta conciencia es la última razón de lo quebrado, fragmentario, abandonado, infinitamente lejano de toda la cultura europea. Don Quijote, Hamlet, Parsifal, Fausto, Rembrandt, Beethoven, Goethe, Wagner, Nietzsche, todos ellos han vivido, expresado o creado esto, o son testimonios de esta vivencia. Y así también aquí el concepto nórdico de la acción va creciendo hasta constituir algo completamente distinto de lo que un Lao-Tsé entendía por “hacer” y lo que a un Buda le pareció perjudicial por acarrear sufrimientos. Más divorciada aun está la idea de la acción de la actividad “laboriosa” judía, que siempre ostenta una finalidad puramente terrenal-corporal como resorte motor. Acción es para el occidental la expresión de un modo de ser interno en una evolución del alma sin fin terrenal, o sea una forma de nuestra actividad anímica. Al seguir a ésta, recién vivimos realmente aquí sobre la Tierra y para algo más elevado. Atribuimos a la acción una dignidad, que ella sola nos conduce a nosotros mismos. Aquí recuerdo la sentencia más profunda de Goethe: “Toda acción, bien contemplada, libera una nueva capacidad en nosotros.”

Aquí habla un alma completamente distinta que en el Tao-Te-King, pero ella es también fundamentalmente diferente de aquélla que ha enseñado la senda cuatro veces sagrada. Lao-Tsé reprueba la acción porque debe ir mancomunada con el hacer; Buda teme igualmente el sufrimiento. Un Goethe, en cambio, también acepta conjuntamente el sufrimiento, hasta lo considera necesario, elevador del alma (“El que no puede desesperar, ese no debe vivir”), encuentra al igual que el gran Maestro Eckehart en un solo instante de profunda felicidad que expande el alma, en la vivencia de la acción creadora, pagado y superado todo el sufrimiento. Con esta fuerza, del alma no puede compararse sencillamente nada. Ella es primigeniamente potente, en nada quieta, y menos aun, resignadamente sonriente, sino que con amplias alas se eleva sobre todo lo terreno.

Si se contempla menos la vida exterior sino el ansia interior de un pueblo tal como ésta se expresa en sus figuras más grandes, puede decirse en breves términos: para el chino el reposo es la superación del

hacer, para transitar sin acción consciente el camino del destino; para el indio el reposo significa la superación de la vida, el primer peldaño del pasaje a lo eterno; el reposo del judío es el acecho de una actividad prometedora de éxitos materiales; el reposo del ser humano nórdico es concentración antes de la acción, es mística y vida simultáneamente. La China y la India quieren superar de distinta manera una pulsación de la vida, en el judío el reposo es únicamente una consecuencia de circunstancias exteriores, el ser nórdico, a la inversa, quiere un ritmo determinado por el interior, orgánico, creador. Naturalmente son sólo muy pocos los que son capaces de imponer este ritmo nórdico a través de toda la vida, a través de toda su obra. Pero, por tal razón, son ellos para nosotros los más grandes de nuestro espíritu y de nuestra raza.

En algunos de nuestros grandes este ritmo respira —con todo el apasionamiento en el detalle— en potentes y amplios impulsos. Esto es la obra de Leonardo, Rembrandt, Bach, Goethe. En otros esta pulsación se produjo más violenta, repentina, dramáticamente. Esto nos lo dice la obra de Miguel Ángel, Shakespeare, Beethoven. Y Emmanuel Kant, que a tantos les parece la moderación personificada, enfatiza como su más profunda convicción que únicamente mediante la exaltación, es decir, la más alta disposición anímica para la acción, puede ser producida una gran obra. Esto fue una delicada auto-confesión. Por consiguiente, también se oye en la obra del sabio de Königsberg el amplio golpe de alas del alma nórdica: “Nunca en este mundo se ha logrado algo grande sin entusiasmo.

Así, pues, también en lo que se refiere a la relación con la acción, se hallan claramente ante nuestros ojos las orientaciones anímicas de los distintos pueblos. Los —por lo demás diferentes— chinos e indios de un lado, el judío como contraste y contradicción (¡no el antípoda espiritual!), y fuera de ellos el ser humano nórdico-germánico como (en este aspecto) antípoda de ambas orientaciones, abarcando ambos polos de nuestra existencia: mística y acción vital, sostenido por un sentimiento vital dinámico, animado y elevado por la afirmación de la voluntad libremente creadora y del alma en su nobleza. “Llegar a ser uno consigo mismo” quería el Maestro Eckehart. Y eso lo queremos finalmente también nosotros.

Libro Segundo:

LA ESENCIA DEL ARTE GERMÁNICO

La obra de arte es representación viviente de la religión.

Richard Wagner.

I. EL IDEAL RACIAL DE BELLEZA

1.

Los tiempos del virtuosismo se aproximan a su fin. Nos hemos cansado de dejarnos sólo excitar y deslumbrar permanentemente; estamos más que hartos de las nerviosas chapucerías de los últimos decenios; odiamos el inaudito despliegue técnico de todo aquello que hoy todavía se designa a sí mismo como arte. Sentimos que la época del intelectualismo como fenómeno, que se arrogó tener validez cultural, se halla en la agonía; que los agoreros que nos lo anuncian como el futuro, como el fin de nuestra cultura europea, son ya profetas de un pasado perimido. Estos hombres, interiormente agotados, ya antes de pensar y de escribir habían perdido la fe. Por tal razón su filosofía y su concepción de la historia también debe terminar en una incredulidad. Nuestra época del morir y devenir devora sus obras con avidez: los débiles son quebrados, los fuertes sienten crecer su fe y su resistencia.

El rechazo del materialismo teórico en la ciencia y en el arte puede ser considerado como interiormente cumplido, la oscilación del péndulo hacia la otra dirección (teosofía, ocultismo, etc.) ya se está produciendo; la dirección de nuestro ser comienza, como contraste a ambas corrientes, paulatinamente a devenir de nuevo evidente.

También la época de las estéticas de gruesos tomos ha pasado. La labor preponderantemente analítica en todos los terrenos nos ha obsequiado también una larga serie de obras que se ramifican hasta lo más minucioso, sobre la esencia del arte y de la sensación estética. Una enorme labor espiritual se halla almacenada aquí, pero nadie lee hoy día a Zimmermann, Hartmann, es más, apenas aun a Fechner, Külpe, Groos, Lipps, Müller-Freienfels, Moos y muchos otros. Las concepciones de Winckelmann y de Lessing ya nadie es capaz de insertarlas en el pensar actual; Schiller, Kant y Schopenhauer son venerados por la generalidad casi únicamente por su nombre. No porque en sus obras no halláramos los más profundos pensamientos, sino porque como un todo ya no somos capaces de emplearlos en el terreno del estudio del arte. Todos ellos miran casi únicamente hacia Grecia y todos ellos hablan aun de una presunta posible estética general, y cuando constatan las diferencias en las artes de distintos pueblos, su pensar teórico —ese pensar que nosotros designamos como la filosofía del siglo 18— se pone en contradicción con sus propias obras o violenta los productos del arte del propio pueblo. La contradicción entre teoría y acción vive igualmente en Goethe como en Schiller y Schopenhauer. La gran culpa de toda la estética del siglo 19 ha consistido en que no se basaba en las obras de los artistas, sino que analizaba sus palabras. Ella no se había percatado de que la admiración de Goethe por el Laocoonte formalmente calificado fue una cosa, la acción del Fausto algo esencialmente distinto, que el instinto germánico de Goethe era demasiado potente y que su producción da un mentís a casi todo el helenismo teórico como pauta directriz para nosotros.

El punto de partida de nuestra desmembrada estética fue falso, por eso no ha podido engendrar efectos más profundos. No ha procurado a nuestro ser una conciencia más clara, no ha actuado dando orientación, sino que se ha acercado al arte de Europa con difusos cartabones generales o solamente griegos, a menudo de la Grecia postrera.

Antes se hablaba despreocupadamente de la filosofía o de la historia del Oriente, hasta que se aprendió a comprender que este Oriente presuntamente uniforme abarcaba pueblos de culturas que mutuamente se excluían por completo. Hoy se ha puesto de moda hablar del “Occidente”. Cierto es que esto se hace con incomparablemente mayor justificación que en lo relativo al “Oriente”, pero es también demasiado difuso si no se pone énfasis en el elemento nórdico que forma el Occidente.

Casi todos los filósofos que han escrito con respecto al “estado estético” o sobre la fijación de valores en el arte, han pasado por alto el hecho de un ideal racial de la belleza en sentido físico y de un valor supremo racialmente determinado de naturaleza anímica. Y eso que es evidente que si se quiere tan sólo hablar sobre la esencia del arte y su efecto, la representación puramente física, p. ej., de un griego tiene que actuar sobre nosotros de distinta forma que quizás el retrato de un emperador chino. Cada línea del contorno recibe en la China una función distinta que en la Hélade, que sin el conocimiento de la voluntad formadora racialmente condicionada ni puede ser interpretada ni “gozada estéticamente”. Toda obra de arte plasma, además, un contenido anímico. También éste, por consiguiente, junto con su tratamiento formal, es comprensible únicamente sobre la base de las distintas almas raciales. Por ello, nuestra estética tal como fue hasta el presente ha sido —a pesar de muchos aciertos en los detalles— intrascendente como obra total. Y eso que el artista ingenuo tanto como el consciente ingenuo siempre ha procedido en sentido formador de raza y ha corporizado exteriormente cualidades anímicas mediante el empleo de los tipos raciales que lo rodeaban y que en, primer término, devienen portadores sobresalientes de ciertas particularidades.

Por emparentado que en muchas cosas se nos aparezca la Hélade, el griego tiene, no obstante, otro centro íntimo que determina el ritmo de su vida que el indio, el romano o el germano. Este era un valor estético. La belleza era el patrón de la vida helénica en el simposio, cuando los helenos se reunían sentados en círculo tornando vino diluido y en conjunto se discutía un tema; la belleza fue la razón motriz general de la Ilíada, ella hasta venció cuando la pobre Grecia desintegrada se enfrentó a un conductor romano de ejércitos; cuyo modo de ser despertó una reminiscencia de los ancestros de antaño: T. Quinctius Flamininus. Se lo recibió en razón de su dignidad y belleza como a un héroe nacional, Atenas lo festejó como a un guerrero épico propio. Esto era la más profunda ansia a la altura de la vida griega, pero también en la decadencia, y si queremos comprender a la Hélade debemos postergar nuestro valor supremo —el carácter— como tal. Un ser humano realmente hermoso podía ser venerado en la Hélade después de su muerte como semi-dios. Así hasta los Egestanos, sólo, griegos a medias, levantaron un Heroon al hombre considerado en la lucha contra los cartagineses como el más hermoso griego, y le ofrecieron sacrificios. Puede suceder que los helenos respeten a un adversario que procede contra ellos en combate abierto, si llama la atención por su belleza, lo que les parece como una participación en la divinidad, de lo cual Plutarco nos ha dejado un conmovedor relato. Hasta Masistios el jefe militar persa muerto por los griegos, después de haberse constatado su belleza es llevado a todos lados por los guerreros griegos para ser admirado, y con respecto a Jerjes los griegos declararon que su belleza, ciertamente, le daba derecho de gobernar a su pueblo. Pero este exterior fue considerado —seguramente a pesar de más de una mala experiencia— como el reflejo de un alma noble. El Heros, el héroe, es por tanto, siempre hermoso. Pero esto quiere decir: de determinada índole racial.

El griego como héroe, p. ej., aparece de configuración casi idéntica no solamente en la plástica helénica, sino también en el arte menor, la pintura de vasijas; con su cuerpo esbelto da en cierto modo el tipo del moderno ideal de belleza, pero en su perfil está configurado más suavemente que el posterior germano. Obsérvese, p. ej., junto al gran arte helénico las pinturas sobre vasijas de Exikias, Klitias, Nikostenes, cómo el primero muestra a Ajax y a Aquiles en el juego de las rayas, su Castor con el caballo; las Hydras del Charitaios con las Amazonas; la rubia mujer de Euphronius sobre la fuente de Orfeo, que impresiona directamente como *Gretchen* [*Margarita*. Personaje femenino del *Fausto* de Goethe. N. del T.], la magnífica Afrodita con el ganso [69] la crátera napolitana de Aristófanes y Ergines, etc. Encontramos a través de miles de vasijas y cráteras un tipo que varía sólo poco, permaneciendo casi idéntico, que al parecer era el único que transmitía al griego la excitación de lo heroico, de lo hermoso y de lo grande. A su lado, sin embargo, existe un consciente contraste racial, p. ej., en la representación de Sileno, Sátiro y Centauro. Así la fuente de Phineus inseliónica contiene tres personificaciones de la lascivia masculina con todos sus atributos. Las cabezas de estos tres son redondas y burdas, la frente abombada de tipo hidrocefálico, la nariz corta y tuberosa, los labios abultados. Exactamente igual describe también Andokides a Sileno, lo dibuja además peludo, con larga barba; en el dibujo de perfil se hace visible, además, la cerviz gruesa, carnosa. Brillantemente representado se pone de manifiesto el mismo tipo en Kleophrades [70], proporcionando al respecto el bacante genuinamente griego en su figura y la línea de su cráneo, un contraste anímico racial enteramente consciente. De la misma manera Nikostenes dibuja a Sileno portador de un odre de vino como una caricatura directamente bestial-idiota, mientras Euphronius ha legado una fuente de Sileno que representa en forma propiamente ejemplar el tipo racial éstico-negroide, peludo, estúpido. Al lado de estos dos grandes contrastes: el esbelto, vigoroso, aristocrático heleno y el breve, obtuso, bestial Sileno, que, sin duda, pertenece a la raza sometida por los griegos, o al tipo de los esclavos introducidos, respectivamente, emergen luego al aumentar la infiltración de sangre asiática, también figuras en la pintura que a veinte pasos de distancia deben ser interpretadas como semíticas y judías. Una fuente del maestro de Eos, p. ej., nos muestra un negociante semítico con la bolsa sobre la espalda, mientras que

[69] Comp. al respecto E. Pfuhl: *Malerei und Zeichnung der Griechen* [*Pintura y Dibujo de los griegos*, N. del T.], fig. 498.

[70] Pfuhl, 1. c., fig. 379.

sobre la crátera de Phineus temprano-bajo italiana, está representada una Harpía, cuya cabeza y movimiento de la mano puede ser admirada aun hoy in natura en el *Kurfürstendamm* [Avenida principal de Berlín que durante la época pre-hitleriana se caracterizó por su cosmopolitismo y judaísmo. N. del E.].

En miles de vasijas y cuadros desde el Asia Menor hasta las pinturas naturales de Pompeya se puede documentar a través de ocho siglos, el hecho de que la impresión intencionada artística y estética de un héroe o de un poseído en celo fue interpretada y representada racialmente. Al progresar la bastardización de los griegos, surgen luego también deformes "humanitarios", de miembros fofos y cabezas sin contorno; el caos racial de la época de una progresiva democratización transcurre mano a mano con el artístico. Ya no existe un alma que se quiera expresar, ya no existe ningún tipo que personifique un alma. Vive solamente "el ser humano" del helenismo, una criatura que ni impresiona ni puede impresionar estéticamente porque el alma racial formadora de estilo del heleno había muerto para siempre. Fue por cierto así que los "aqueos de rubios rizos" de Píndaro constituyeron una singularidad en el Mar Mediterráneo o, como al comienzo del siglo 5 refieren los Physiognomika de Adamantios con respecto a los verdaderos helenos, "tienen una estatura justamente lo suficiente elevada, firmes, blancos de piel, manos y pies bien formados, el cuello vigoroso, el cabello castaño, fino y ligeramente ondeado, la cara rectangular; los labios son finos, la nariz derecha, los ojos de mirada potente, brillante; ellos son el pueblo de más bellos ojos del mundo".

De condición nórdica, así como las artes plásticas de Grecia, es también Homero y su creación. Cuando Telémaco se arranca del lado de su madre, "la hija de ojos azules de Zeus" le envió "viento favorable para el viaje". Cuando a Menelao se le vaticina su destinos,[71] se le profetiza una vida divina, que lo conducirá a los "confines de la Tierra... al prado elíseo, donde mora el héroe Radamante el Rubio". Solamente con una "sien de rizos dorados" pudo también Hölderlin representarse el genio de Grecia. Y Homero afirma como consciente hombre señorial:

Pues el hombre decidido siempre de la mejor manera lleva hasta el final
toda obra, aunque de lejos acuda como foráneo.

Con Tersites, sin embargo, surge para el "rubio héroe" un traidor enemigo, oscuro y deforme, evidentemente la personificación de espías pro-asiáticos en el ejercito griego. El antecesor de nuestros pacifistas berlineses y de Frankfurt. Los hermanos de Tersites, los fenicios, los describe Homero [72] como "pillos, trayendo innumerables fruslerías en su oscura nave". Así Homero ha creado arte anímico-racial y contribuyó al nacimiento de aquellas imágenes que más tarde fueron erigidas a la "hija de ojos azules de Zeus", conduciendo el pincel de los pintores, pero también dio su forma racial al principio foráneo, enemigo de los héroes. Sileno no es, por consiguiente, una "figura achaparrada, característicamente dibujada", como nuestros historiadores del arte nos quieren hacer creer, sino la representación plástica de las propiedades de un alma racial foránea, tal como la vio el griego. El culto fálico que más tarde se generalizó, las fiestas libertinas de Baco, toda la descomposición postrer-dionisíaca proviene de la proliferación racial de los tipos raciales éstico-orientales subyugados, dibujados antes como obtusos y estúpidos.

En el Sócrates fuerte como un elefante, este vuelco encontró su punto de cambio característico. No existe duda alguna al respecto de que Platón ha glorificado desmedidamente al sutilizador. Una auto-confesión de Sócrates en los Diálogos Platónicos es, no obstante, de todos modos auténtica. Declara allí que con el señuelo de un rollo de papel escrito se lo podía alejar de la más hermosa naturaleza [73]. En medio del helenismo que contemplaba al mundo, esto fue una confesión por el más chato "magisterio". Sócrates es un ejemplo del hecho de que la fuerza anímico-racial del genio, la mejor filosofía moral y la mejor estética "universal" no son tu con mucho la misma cosa. Lo religioso y bello estaban desde siempre en la vida griega, pero la lucha pareció también al heleno una eterna ley de la naturaleza, a la que la misma Palas Atenea servía. Con Sócrates no comenzó una nueva época de la historia griega, sino que con él apareció un ser humano completamente distinto en la vida helénica. Ciertamente también él estaba formado por las sagradas tradiciones de Atenas, por Homero, las tragedias, Pericles y los arquitectos de la Acrópolis; ciertamente él mismo participó como soldado en la lucha por el poder político, y, pese a todo, Sócrates es el hombre carente de genio, aun cuando noble y valiente, de una raza distinta, no griega. Él vive en una época cuando Atenas se perdía en fuegos fatuos, y su democracia, otrora aristocrática (que abarcaba únicamente a griegos, a ningún extranjero), se deslizaba pendiente abajo hacia las simas del caos. Bajo esta tiranía de los demagogos el gran Alcibíades fue desterrado, la totalidad del ejército de Atenas pereció ante Siracusa y casi todas las demás conquistas se perdieron. Los aristócratas triunfantes hicieron luego beber a cientos de

[71] Odisea IV

[72] Odisea XV

[73] Textualmente dice el pasaje significativo a comienzos del *Fedro*: "Es que tengo ansias de aprender, y los campos y los árboles no quieren enseñarme nada, pero sí los seres humanos en la ciudad. Pero tú en cambio, me parece que para seducirme a salir, has encontrado el medio apropiado. Pues así como mediante follaje o granos que les ponen delante se puede conducir animales hambrientos, tú podrías con seguridad, si me mostraras tales rollos con discursos, llevarme por toda el Ática y donde además quisieras".

demócratas el cáliz del veneno, después de lo cual igual destino los alcanzó a ellos mismos. Un Aristófanes escarneció viejas tradiciones, los nuevos maestros Borgias, Protágoras, etc., se solazaban exclusivamente en la bella forma. Entonces hizo su aparición el Ser foráneo caracterizado ya miles de veces antes como Sileno. La otra raza en su máximo despliegue, plasmada anímicamente en la medida en que ello era posible por la cultura de la Hélade: prosaico, irónico, robusto; consciente de hallarse frente a una forma desintegrada: intrépido, valiente. Fuerte en lógica y con dialéctica pulida, el feo Sócrates lleva a la desesperación a los hermosos, pero interiormente devenidos inconscientes, maestros griegos. Más allá de ello busca "lo bueno" en sí, predica la "comunidad de los buenos" y reúne alrededor de sí a una nueva e inquieta generación griega.

Otrora un Pericles como señor de Atenas tuvo que implorar ante un tribunal por la gracia de que a su último hijo, que le naciera de una mujer extranjera, le fuera otorgado el derecho de ciudadanía. Como caso excepcional esto le fue concedido. Esta severa ley racial, anteriormente presentada por él mismo, se derritió con el progresivo desangramiento de Atenas. Pero fue Sócrates, el no griego, quien en una época de desintegración le asestó el golpe mortal. La idea de una "comunidad de los buenos" trajo una nueva clasificación de los seres humanos. No según razas y pueblos, sino en tanto seres individuales. Sócrates fue, por consiguiente, después del derrumbe de la democracia racial ateniense, el socialdemócrata internacional de aquel entonces. Su valentía e inteligencia personales otorgaron a la doctrina destructora de razas una consagración propagandística. Su discípulo Antistenes (hijo de una esclava pro-asiática) fue el que luego extrajo las consecuencias de la misma y predicaba la demolición de todas las barreras entre todas las razas y pueblos como progreso humano.

Sócrates vive sólo gracias a Platón como el héroe tal como lo veneran todas nuestras eminencias catedráticas. El genio griego agradeció en Platón al hombre que en medio de una época de desintegración representaba la desapasionada reflexión, amó a este hombre y le erigió un monumento eterno por el hecho de que puso también las palabras de su alma en boca de Sócrates. Así el verdadero Sócrates desapareció ante los ojos del mundo. Sólo pocos pasajes en Platón lo señalan. En el Fedón, p. ej., Platón refiere de Sócrates que éste había declarado que para la investigación de procesos orgánicos no tenía aptitud. La verdadera naturaleza de las cosas, por cierto, no consiste en su examen mediante la observación, sino en nuestro razonar sobre ellas. Uno no debe "estropearse la vista" por el mucho contemplar. Si el hombre quiere descubrir si la tierra es chata o redonda, entonces "no es condigno para él" de investigar en este caso, sino solamente preguntar, a la razón: ¿qué es lo más razonable? ¿Es más razonable imaginarse a la Tierra en el centro, o no? Este pasaje Platón con seguridad que no lo ha inventado, él corresponde al mismo Sócrates que declaró querer abandonar corriendo la más hermosa naturaleza tras un rollo de papel escrito; él mismo también que aparta su mirada de la Grecia racialmente hermosa y proclama una humanidad abstracta, una hermandad de los buenos. Esto fue la reversión apartándose del sol hacia la sombra de una sofística doctrina compulsiva. Tal como el dogma judío se extendió sobre la religión, así también el método "científico" socrático contrario a la vida, sobre Europa. Aristóteles fue su proclamador esquemático, Hegel su último gran discípulo. "La lógica es la ciencia de Dios", dijo este Hegel. Esta palabra es un puñetazo en el rostro de toda religión genuinamente nórdica, de toda ciencia genuinamente germánica, pero también genuinamente griega. Pero la palabra es genuinamente socrática y por consiguiente Hegel, junto a Sócrates, no en vano es un santo para la mayoría de nuestros profesores universitarios.

La imagen anímica y la apariencia exterior ciertamente no siempre coinciden. Pero en Sócrates esto ocurría. A través de un entorno en el que imperaba el Eros y la belleza racial nórdica de la rubia Afrodita; desde el rubio Jasón, cuyo cabello nunca había sido tocado por una tijera; desde el Dionisio de piel blanca, esbelto y rubio de Eurípides hasta la "encantadora cabecita rubia" en los Pájaros de Aristófanes, se extiende el mismo ideal de belleza sustentador y plasmador del genuino helenismo, aquí apareció el hirsuto tipo de Sátiro como un símbolo de lo foráneo. Pero también aquí, si es que en alguna parte, el apartamiento de los ojos de este mundo debió significar el derrumbe. Lo bello desapareció, figuras bastardas surgen también en el arte, lo repelente, lo absolutamente feo y contrario a la naturaleza deviene hermoso".

La prédica de lo "razonable y bueno" fue el fenómeno paralelo a la descomposición griega de la raza y del alma. Lo "bueno" destruyó luego el ideal racial de belleza en el arte. Lo mismo que las ideas heroicas sustentadoras de la vida estatal y social. La alegoría más grande por ser la personalmente más noble, de este caos que comenzaba a irrumpir enemigo de la raza y del alma del helenismo, fue Sócrates.

Considerado desde el punto de vista de la historia de la evolución: un Platón prodiga todo su genio al hombre impávidamente prosaico y le regala la inmortalidad: pero lo que Platón fue esencialmente: un aristócrata, un luchador olímpico, un poeta embriagado de belleza, un creador plástico, un pensador exaltado, uno que hasta el final quiso salvar a su pueblo sobre la base racial mediante una constitución estatal rigurosa, es más, hasta en los detalles dictatorial, eso no fue socrático. sino la última gran flor del helenismo embriagado espiritualmente. Lo que Praxíteles creó más tarde, fue protesta contra todo socratismo, fue el último cantar de los cantares a la belleza racial nórdico-griega, lo mismo que la magnífica Nike de Samotracia. Pero Sócrates con todo fue símbolo. La Hélade se hundió en el caos racial y en lugar

de orgullosos atenienses, los graeculi despreciados en todas partes poblaron las provincias de la Roma que surgía. Los graeculi sin carácter, por los cuales uno se hacía "educar", que se pagaban y se echaban cuando se llegaba a estar cansado de ellos.

Sócrates-Antistenes triunfaron, la Hélade se extinguió. El "sano sentido común había destruido al genio cuando estaba en su hora débil. Lo feo llegó a ser norma cuando lo bello le hizo la concesión de "lo bueno".

Cuando Sócrates se hallaba ante sus jueces dijo: "Jamás a Atenas le fue prestado un servicio mayor que para mí". La "humildad" y "modestia" del "enviado por Dios" —como además dijo de sí—tenía de todos modos también su reverso.

Sócrates sentía inconscientemente que Grecia se quebraba...

2.

De este mismo espíritu, tal como otrora Sócrates lo personificaba, nació también la "estética" de una postrer época "humanitaria".

Al igual que Sócrates, buscó al "ser humano", no al griego, no al germano, no al judío y al chino, "descubrió" así llamadas leyes generales y predicaba espíritu y contemplación estéticos, porque sus autores habían perdido en su mayor parte ellos mismos, todo sentido por el impulso volitivo y artístico anímico-racial. En su entusiasmo por la Acrópolis también nuestros clásicos pasaron por alto que aquí estaban en presencia de un aspecto del ser humano nórdico, pero que en lo artístico representaba una contrapartida del germánico. Donde el griego sintetizaba formalmente, individualizaba plásticamente, el germano creó la expresividad de lo anímico y la riqueza de relaciones. Donde el griego fijó el movimiento racial-heroico en el reposo, el posterior hermano nórdico, impelido por una distinta voluntad formadora, transformó reposo en movimiento. Donde el griego generalizaba, el artista gótico, el hombre del barroco, el romántico, personificaba. Pero el gozo producido por las líneas rumoreantes de las tres mujeres del frontón del Partenón hasta la Nike de Samotracia hizo sin embargo vibrar en nosotros una cuerda que resonó en tono agudo y sigue resonando hasta hoy porque, sin duda, aquí fue puesto al descubierto un parentesco anímico-racial. Si los teóricos del siglo 18 y 19 hubieran tomado plena conciencia de este hecho, entonces no habrían convertido la admiración por el Laocoonte formalmente hábil pero tedioso, el punto de partida de una estética "general" no hubieran declarado lo formal de la construcción del Partenón como medida para el juicio sobre el arte todo. No se han percatado precisamente de aquello que pleno de sangre y en forma genuina creaba en la Hélade, y sobre las ruinas de la Acrópolis, con la vara métrica de un "magisterio" sentimentalmente extasiado y sin embargo polvoriento, suministró a la época de una decadencia europea, que se deshace en "humanitarismo" y más tarde idiotizándose en la adoración de la materia, el leitmotiv para tesis doctorales carentes de instinto. De esta manera la valoración artístico-anímica tanto del arte griego como también del nórdico-europeo fue falseada. Y aun hoy vemos, por consiguiente, las figuras de la Hélade y de la Germania en una perspectiva, errónea

Solamente para estéticos que practican la estética por la estética misma y no en aras del arte y de la vida, una línea no es nada más que una línea, un ornamento. Pero para todo artista es —ya sea consciente o inconscientemente— función, portadora de una acción. Está ligada a una determinada materia. En lo humano los distintos tipos raciales son la compensación de determinadas esencialidades anímicas, la totalidad coloreado-lineal que los describe, está por consiguiente condicionada anímica-racialmente. Cuando Velázquez quiere crear un contraste para una pequeña infanta de rubios rizos, coloca a su lado una "enana", es decir, uno de aquellos tipos bastardos de los cuales España está superpoblada. Todo lo obtuso y esclavo de la Tierra desde Velázquez hasta Zuloaga ha sido fijado para la eternidad en estos pobres seres bizcos contrahechos. Sancho Panza es el tipo racial del ser humano oscuro puramente éstico: supersticioso, incapaz de cultura, sin imaginación, materialista; hasta un cierto grado "fiel", pero por lo general sólo sumiso. También Sancho no es un "hombre gordo", sino una esencialidad racial-anímica concentrada, tal como su señor representa una distorsión tragicómica de la caballería nórdica, que bajo un sol foráneo había llegado a una obstinada exageración, pero que en la sangre de Camoens corría aun igual que en las venas de Cervantes. Se afirma que todavía hoy en círculos de la vieja nobleza de Castilla la sangre que trasluce azul bajo piel clara, es decir, nórdica, es considerada como signo de una ascendencia distinguida. [74]

---

[74] Bajo el mando del visigodo Pelayo comenzó la lucha asturiana de liberación contra los moros. El Cid es tan germánico como lo fue un Rolando francón. Enrique, Alfonso, etc., no son más que nombres alemanes modificados; Cataluña se llama *Gotalonien*, *Gotenland* [País de los Godos, N. del T.]; Andalucía tiene su nombre de los Vándalos: *Vandalitia*. Todavía en el siglo 11 la liturgia en las iglesias de España era visigoda. De ojos azules era Isabel de Castilla, rubia era la belleza de las mujeres del Cervantes.

El contorno del Sileno "griego" corresponde al dibujo del Sancho "español" y de los enanos "españoles". Más allá de ello hallamos a los portadores de la misma naturaleza anímica obtusa, conformada de manera semejante, en toda Europa.

Los pueblos del Occidente son una consecuencia de mezclas raciales y sistemas políticos de disciplina, sin embargo, cada uno de ellos ha recibido lo esencial de las fuerzas formadoras estatales de la capa nórdica y al mismo tiempo con ello las fuerzas formadoras de toda la cultura. Ligado en la forma más estercha con este hecho está también el determinante ideal nórdico de belleza, que a veces hasta se pone de manifiesto aun en regiones en las que la sangre nórdica hoy está completamente exterminada. La representación del héroe en la totalidad de Europa se puede equiparar con una figura alta, esbelta, con ojos claros centelleantes, frente alta, con musculatura vigorosa pero no excesiva. Una imagen de héroe unida a un hombre achaparrado, de anchos hombros, patizambo, de cerviz gruesa y de frente chata, hasta es imposible allí donde tipos como los Eberts han sido llevados por las circunstancias a la superficie de la vida. Mírense tan sólo las cabezas de los reyes stauficos, el monumento en Magdeburg, la cabeza de Enrique; obsérvese cómo por ejemplo Rethel se imagina el rostro de Carlomagno, cómo también es dibujado su adversario Widukind; léase lo que la antigua Francia refiere sobre Rolando, lo que Wolfram cuenta sobre Parsifal, para saber que aquí lo interior y lo exterior produce un apretado entrelazado anímico-racial, tal como —aunque bajo miles de formas— se muestra siempre de nuevo donde se presenta aquello que sentimos como gran arte. El S. Jorge de Donatello muestra en su calma el mismo ideal de belleza que el Gattamelata, es más, hasta como el fiero Colleoni, distorsionado en la expresión de su cara; el duque de Wellington y Gustavo Adolfo se diferencian de Moltke casi únicamente por otra moda de llevar la barba y el peinado. Pero una modificación con relación a tiempos anteriores debe, sin embargo, constatarse: antes el héroe y conductor campal guiaba personalmente a su pueblo a la batalla, toda la persona llegaba a ser aquí símbolo. Hoy existe una dinámica más bien interior: la voluntad y el cerebro dirigen desde un centro a millones. De acuerdo con ello es menos la totalidad de la figura que la cabeza sola lo que se tiene en cuenta para la representación. Su reproducción posibilita una concentración considerablemente más intensa a lo que es para nosotros esencial. Frente, nariz, ojos, boca, mentón, devienen portadores de una voluntad, de una orientación de los pensamientos. El pasaje de lo estático a lo dinámico también aquí puede ser reconocido. En este punto el arte occidental-nórdico se separa del ideal griego.

Schiller escribió otrora al contemplar la Juno de Ludovisi:

"Para decirlo francamente, el ser humano sólo juega donde en la más plena acepción de la palabra es ser humano, y él es sólo allí completamente ser humano donde juega..."

"Ya tiempo atrás esta frase vivió y actuó en el arte y en el sentimiento de los griegos, de sus espíritus más excelsos... Tanto la coerción material de las leyes de la naturaleza como la coerción espiritual de las leyes éticas se perdió en su concepto más elevado de la necesidad, que abarcaba ambos mundos simultáneamente, y de la unidad de aquellas dos necesidades les surgió recién la verdadera libertad. Animados de este espíritu, borraron de los puntos de vista de su ideal junto con la propensión también todos los vestigios de la voluntad... En sí misma descansa la figura, una creación completamente cerrada, y como si estuviera más allá del espacio sin ceder, sin resistencia."

Lo bello condicionado por la especie como estática exterior de la raza nórdica, eso es el helenismo, lo bello propio de la especie como dinámica interior, eso es el Occidente nórdico. El rostro de Pericles y la cabeza de Federico el Grande son dos símbolos de la amplitud de variación de un alma racial y de un ideal de belleza en su origen racialmente igual.

Es humillante pero real que, mientras hay innumerables "estéticas", la precondición ineludible en sí de una estética: la exposición del desarrollo de los ideales de belleza raciales hasta hoy no ha sido escrita [75]. Con los ojos cerrados, laicos, eruditos del arte, es más, los artistas mismos, recorren las galerías, leen poesías europeas y chinas sin percibir el genuino ser y la verdadera ley de configuración. Y eso que el alma nórdica formadora directamente se impone. Échese nada más que una mirada sobre una de las obras más veneradas de la pintura europea: el tríptico de Eyck con los niños cantando. Los Eyck repiten siempre de nuevo la misma imagen ideal del ser nórdico, en cuanto a la técnica del dibujo no del todo a la altura de los posteriores, pero en sentimiento interior de la forma en un plano de igualdad con cualquiera. La cabeza juvenil sobre la hoja (desde el observador) izquierda, tal como se destaca de perfil del fondo, es de la más pura belleza racial y halla su contrapartida masculina surcada de arrugas en el rostro de Dios arriba, en el medio. Un espíritu similar respiran las cabezas de los Eyck en el Museo de Berlín. Y para calar en seguida muy hondo: aquel Dios mediante el cual Miguel Ángel infunde vida a Adán muestra el mismo tipo que la cabeza de Dios en la obra de van Eyck, seguramente sin que Miguel Ángel tuviera tan siquiera una noción de la existencia de la creación de Eyck. Pero la misma cabeza aparece (aun cuando modificada por tensión anímica) en la figura del Moisés estremecido de furor. Representar la portentosa grandeza tanto al

---

[75] Algunos comienzos al respecto hasta ahora sólo pueden ser encontrados en Günther, *Rassenkunde*, [*Tratado de las Razas*, N. del T.] y en Schultze (faltan letras) mburg: *Kunst und Rasse*. [*Arte y Raza*, N. del T.]

neerlandés como al italiano le fue posible únicamente de una manera típica. Ni Jan van Eyck ni Miguel Ángel pudieron personificar su ideal de grandeza, fuerza y dignidad mediante un rostro racial judío. Imagínese tan sólo una cara con la nariz torcida, labio colgante, ojos negros punzantes y cabellos lanudos para sentir de inmediato la imposibilidad plástica de la corporización del Dios europeo por una cabeza judía (y mucho menos por una "figura" judía). Pero este conocimiento por sí solo debería ser ya suficiente para rechazar absolutamente también la representación interior de Dios por parte del judaísmo, que forma un ser con el exterior judío. Pero aquí nuestra alma ha sido infestada judaicamente; el medio para ello fueron la Biblia y la Iglesia de Roma. Mediante su ayuda el demonio del desierto devino el "Dios" de Europa. Quien no lo quería fue quemado o envenenado. *El ser humano occidental se salvó únicamente mediante el arte y se creó en la pintura y piedra su divinidad, a pesar de la trágica lucha que costó realizar en colores y en el mármol su belleza interior. Para colocar toda esta riqueza al servicio de un espíritu a quien representar como Dios, es más, ni aun como belleza, no se ha encontrado ni una sola mano europea de artista*.

Obsérvese ahora, además, las Sibilas de Miguel Ángel, su Jeremías, sus esclavos, su niño de San Petersburgo, su Lorenzo, para encontrar siempre de nuevo una confesión anímico-racial de determinada especie.

Casi el mismo ideal de belleza guió a Tiziano durante toda su vida. El *Amor Celestial y Terreno*, su Venus (Berlín) nos regaló un tipo de mujer como nos lo muestran las mujeres del frontón del Partenón, tal como eran también las mujeres que antaño vinieron con los conquistadores germánicos a través de los Alpes. La Flora de Tiziano, su Sagrada Familia (Munich) repiten el mismo idioma, mientras Giorgione, igualmente veneciano, creó en sus Venus una obra sencillamente clásica de la belleza femenina nórdica, y Palma Vecchio, nuevamente un veneciano, no encontraba placer en ninguna otra cosa que no fueran mujeres altas, rubias, de ojos azules (p. ej.; sus Tres Hermanas en Dresden). Este ideal de belleza estaba impuesto de tal modo que las mujeres oscuras hasta se hacían decolorar su cabello para aparecer bellas, es decir, rubias.

Y otro gran italiano nórdico más debe ser recordado aquí: *Dante*. También su ideal de belleza está determinado germánicamente, y quizás no haya en ningún lado una expresión tan directa como en sus Canciones de la Piedra:

¡Ay! ¿por qué no clama ella
por mí, como yo en ardiente abismo por ella?
Yo gritaría en seguida: "*¡En tu ayuda vengo!*
Y el mayor placer me causaría, pues con la derecha
*agarro las r**ubias trenzas**,*
*que Amor rizadas y **doradas**, para mofarse de mí*
hizo, y me entregaría entonces al placer!
....
*Si entonces así hubiera asido los **rubios mechones**,*
que azote son y flagelo para mi corazón...
Y cuando Dante encuentra en el Purgatorio (3er. Canto) al Rey Manfredo, escribe:
Dime vuelta y le miré derecho al rostro
***Rubio era él, hermosa y noble** su apariencia...*

Desde aquí hay un solo paso hasta Rubens. Cierto es que exagera lo carnal, pero la estructura de sus mujeres está determinada completamente por el tipo racial nórdico, el que —en forma semejante como antaño en Grecia—es enfrentado al Fauno breve, de cerviz toruna, de frente ancha y cabeza redonda.

Rembrandt fue un buen conocedor de la Biblia (mejor dicho, la Biblia misma la habrá leído poco, pero sí en cambio el libro popular neerlandés Trouringh de Jacob Cats, ya que casi en todas partes se ha atenido a las descripciones de éste), creyó estar obligado a pintar muchas cabezas de judíos para representar "exactamente" las historias bíblicas. Al José sorprendido lo describe, pues, también como hablando con las manos al protestar su "inocencia" al marido de la señora Putifar atacada (Berlín). Pero en cuanto Rembrandt trata cosas serias debe abandonar el ghetto de Amsterdam. El padre del Hijo Pródigo (San Petersburgo) está desprovisto de todos los atributos judíos: una elevada figura nórdica de anciano, con manos espirituales, bondadosas. La regularidad de los artistas nórdico-italianos era extraña a Rembrandt, él buscaba no tanto la línea como atmósfera, sinfonías de colores terrosos, mística. Sin embargo, su Cristo en Emaús (París) está concebido tan nórdicamente como los retratos de su madre (San Petersburgo), y la figura magnífica de la Danae (San Petersburgo) muestra que también Rembrandt no pudo representar verdadera belleza de manera distinta a la que flotaba delante del alma de Giorgione. Uno de los cuadros más delicados de Rembrandt se llama Novia judía, y se impone directamente constatar aun aquí toda ausencia de "belleza" judía, y en cambio un sentimiento nórdico, rudo-delicado.

También los seres humanos de Rafael no son solamente "figuras vigorosas, virilmente hermosas", como nuestros filósofos del arte nos han asegurado hasta el hartazgo, sino que son personificaciones de la

misma alma racial nórdica como también se manifiesta en el auto-retrato juvenil de Rafael. Un fino observador ha declarado acertadamente que el niño Jesus de la Madona Sixtina es, en cuanto a mirada y postura, “directamente heroico” (Wölfflin). Esto está expresado con todo acierto, únicamente falta la fundamentación esencial de por qué la familia presuntamente judía impresiona heroicamente. Aquí no solamente son decisivos la composición y la distribución de colores, tampoco la “ternura” y la “entrega” sino, como precondición para el éxito de una voluntad de dar forma, nuevamente el ideal racial de belleza. En lugar del niño Jesus claro, de rizos rubio oscuros, un chico judío moreno, de cabello lanudo negro-azulado sería de la misma manera una imposibilidad como una “madre de Dios” similar junto con el santo, aun en el caso de que éste tuviese el “rostro noble” de un Offenbach o Disraeli. El medio de nuestra exteriorización anímica ha sido, por ende, siempre el ideal racial-nórdico de belleza; la posibilidad de expresarse aquí es lo que ha dado vida a las Iglesias así llamadas cristianas. Nótese bien, que también aquí todo lo grande ha sido realizado en contra de la naturaleza bíblica antigua. Una observancia del viejo espíritu bíblico mediante la personificación plástica hubiera despertado únicamente repugnancia y risa despectiva... Tan hermosas como las mujeres de Rafael son las figuras poéticas de Botticelli, la Madona de Holbein en Darmstadt...

Persíganse estas indicaciones a través de todo el arte occidental. Con seguridad a menudo mezclada con otros tipos (oéstico-mediterráneos, éstico-alpinos y dináricos) surge grande y dominante siempre de nuevo la belleza racial nórdica como ideal y norte. Apenas uno de miles entre los vivientes está configurado completamente conforme a este ideal, la imagen aparente (fenotipo) de muchos, frecuentemente no coincide con la imagen hereditaria (genotipo), pero el anhelo que creaba y plasmaba buscó constantemente en la misma dirección. Obsérvese la cabeza de Leonardo, el auto-retrato del Tintoreto (París), el auto-retrato juvenil de Durero..., es la misma alma que desde ellos nos mira.

El siglo 19 muestra, lo mismo que en todas las cosas, también aquí una cierta interrupción, dado que otros problemas (el paisaje, etc.) ocuparon el primer plano. En Alemania, Uhde y Gebhard intentaron un arranque en el sentido de la realización de belleza nórdica, pero quedaron atascados en la anécdota, les faltó el impulso del genio y un entorno entregado a una búsqueda similar. Marées se afanaba por alentarse con la forma griega y se martirizó durante toda su vida por lograr “belleza”; se quebró (por otra parte, era semi-judío). Feuerbach peregrino al sur, se volvió frío y formal, a pesar de los temas trágicos...

La ciudad mundial comenzó su labor destructora de las razas. Los cafés nocturnos del hombre del asfalto llegaron a ser talleres, la dialéctica bastarda teórica llegó a ser la oración acompañante de siempre nuevas “tendencias”. El caos racial de alemanes y judíos, generaciones de la calle olvidadas de la naturaleza, cundía. La consecuencia fue un “arte” de mestizos.

Vicent van Gogh, un hombre lleno de anhelos pero quebrado, se trasladó a las afueras para pintar. Volver a la gleba quiso él: la “figura del campesino en su labor” sería lo realmente moderno, el “corazón del arte moderno, aquello que ni el Renacimiento ni la Escuela Holandesa ni los griegos han hecho”. La consecución de este ideal lo atormentaba y confesó: “si antes hubiera poseído la fuerza necesaria, hubiera pintado “figuras sagradas”, hubieran resultado seres humanos como los primeros cristianos. “Más tarde” quiso a pesar de todo retomar aun la lucha. Hoy este pensamiento lo aniquila., “Solamente pintar, no pensar, pintar lo que sea, col, lechuga, para tranquilizarse. Y Vincent pintó manzanos, coles y adoquines. Hasta que enloqueció.

Gauguin buscó un ideal de belleza en el Pacífico sur. Representó a la raza de sus amigas negras, naturaleza melancólica, hojas policromas y mares. También él era interiormente decadente y desgarrado como todos aquellos que rastreaban el mundo buscando una belleza perdida, sea que se llamase Böcklin, Feuerbach, van Gogh o Gauguin. Hasta que esta generación también se cansó de esta búsqueda y se entregó al caos.

Otrora Picasso copiaba con la mayor minuciosidad antiguos maestros, pintaba alternando cuadros de gran fuerza (uno de ellos está colgado en lo de Tschukin en Moscú), para recomendar finalmente al público sin orientación sus teorías-ilustraciones en forma de cuadrados claro-oscuros-terrosos. Y el parasitismo escribiente asió ávidamente la última sensación y abogó exaltadamente por una nueva época en el arte. Pero lo que Picasso aun ocultaba vergonzantemente detrás de proezas geométricas, se manifestó después de la Guerra Mundial abierta y descaradamente: el mestizaje se arrogó el derecho de poder presentar sus engendros bastardos, producidos por sífilis espiritual e infantilismo artístico, como “expresión del alma”. Contémplese alguna vez por largo tiempo y atentamente, por ejemplo, los “autorretratos” de un Kokoschka, para comprender, aunque sea a medias, a la vista de este arte de idiotas, el horroroso interior... Hans Heinz Ewers relata en un cuento acerca de un niño de predisposición tan antinatural que hallaba un placer especial en enfermos de elefantiasis. En el mismo estado se encuentra hoy nuestra “espiritualidad europea”, que a través de plumas judías adora a los Kokoschka, Chagall, Pechstein, etc. como los jefes de la pintura del futuro. Donde, más allá de ello, osa manifestarse alguna forma, también ella lleva los rasgos de la degeneración, como por ejemplo en Schwalbach, que se atreve ya a representar a Jesus con pies planos y piernas torcidas. Una cierta robustez muestra Lovis Corinth, pero también este carnicero del pincel se deshizo en la bastardización de colores arcilloso-lívidos del Berlín devenido sirio.

El impresionismo, originariamente sustentado por fuertes talentos históricos, había llegado a ser en su tiempo el grito de batalla del intelectualismo omnicorruptor. La observación atomística del mundo atomizaba también el color; las ciencias naturales chatamente intelectuales tuvieron sus precipitados en los prácticos y teóricos del impresionismo. El mundo desprovisto de mitos se creó también un arte sensual desprovisto de mitos. Seres humanos que en su interior anhelaban salir de este páramo, se quebraron. Van Gogh es un ejemplo trágico del ansia insatisfecha que termina en la locura. Gauguin es otro símbolo de las tentativas para liberarse del intelectualismo. Únicamente los Paul Signac pincelaban desenfrenadamente en cualquier forma y pegaban despreocupadamente uno al lado del otro sus pedazos de color.

Estos hombres estaban como perdidos en su presente. Sus adversarios, con igual candor, daban la espalda al futuro. El destino homérico que alguna vez se predijo a Böcklin, ya se ha decidido. Colgar en la pared aun hoy la Isla de los Muertos ha llegado a ser una imposibilidad interior. El juego de las ninfas en las olas nos impone un tema que sencillamente ya no podemos soportar. Las mujeres con vestimentas azul-griegas bajo los álamos junto al oscuro río, la Flora atravesando el campo, la Tañedora de Arpa sobre la tierra verde, todo esto son cosas que para nosotros significan un contrasentido artístico, y que constantemente falsean la fuerte originalidad de Böcklin, tal como eternamente irrumpe en otras obras. Pero una generación de eclécticos que, hastiados por la atomística del siglo 19, tenía la mirada fija en el 16, sintió a Böcklin precisamente en sus debilidades como custodio de la fantasía alemana. Los esfuerzos por conservarnos también este aspecto de su ser han sido de una lealtad conmovedora. Pero la fuerte fantasía en la mayor medida no había dominado la vida sino galvanizado —aun cuando con intensa fuerza— sombras de la antigüedad. equivocado el medio de representación. Por consiguiente, donde Böcklin muestra su mayor potencia es allí donde renuncia a alegorías. Hoy día recordarnos con la misma melancólica incomprensión muchas tentativas clasicistas, como nos extrañamos de Jakob Burckhardt, quien con toda seriedad hizo reflexiones valorativas del arte con motivo de imitaciones de construcciones renacentistas de entonces. Los hombres que se rodearon de muebles y cuadros de la “gran época”, que representaban de un modo encantador el “nacimiento del ser humano moderno” en la cultura del Renacimiento, ya no tuvieron impulso grande y genuino alguno para la necesidad de un renacimiento del hombre que lo apartara del siglo 19. Y si llegaban a vislumbrar esta necesidad, temieron la controversia positiva con el espíritu impresionista de la época. Se apartaron de la vida y practicaron su talento en el objeto inútil.

Toda la tragedia de una época desprovista de mitos se manifiesta también en los decenios siguientes. Ya no se quería el intelectualismo, se empezó a odiar las interminables descomposiciones de los colores, se despreciaba el color pardo de las galerías y las copias de Tiziano. Con justo sentir se buscaba liberación, expresión y fuerza. Y la consecuencia de esta fuerte tensión fue el engendro irrisorio del expresionismo. Toda una generación clamaba por expresión y no tenía ya nada que hubiera podido expresar. Clamaba por belleza y no tenía ya ideal de belleza alguno. Quiso intervenir en la vida con nuevas creaciones y había perdido toda fuerza genuina de plasmación. De esta manera la expresión llegó a ser manía; así, en lugar de engendrar una nueva fuerza formadora de estilo, la atomización de nuevo fue proseguida. Sin sostén interior, se devoraba el “arte primitivo”, no tenía límites el elogio del Japón y de China, y se comenzó seriamente a retrotraer el arte europeo-nórdico al Asia (Burger). [76]

Potentes fuerzas como Cézanne y Hodler fracasan en su lucha por un nuevo estilo, no obstante todas las tentativas de sus seguidores de aferrarse a estos dos como a los abanderados de una nueva voluntad y a pesar de todos los esfuerzos literario-filosóficos de proveer de muletas intelectuales este anhelo.

Así alternaba una mística de taberna de segunda con cerebrismo, cubismo, y con el caos lineal, hasta que también se estuvo harto de todo esto y se vuelve a hacer hoy otra vez —infructuosamente— la tentativa de una “nueva objetividad”.

La esencia de todo este desarrollo caótico reside, entre otros, en la pérdida de aquel ideal de belleza que, por numerosas que hayan sido las formas y tendencias, había sido la base sustentadora de toda la creación artística europea. La doctrina democrática corruptora de razas, la ciudad mundial destructora del pueblo, se unieron a la sistemática actividad desintegradora judía. El resultado fue que no solamente se quebraron visiones del mundo e ideas estatales, sino también el arte del Occidente nórdico.

Aquí hemos llegado a uno de los más profundos criterios de todo examen artístico, pero que siempre fue pasado por alto, es más, apenas sospechado por todos los estéticos profesionales.

La estética tiene que ver, entre otros, con juicios del gusto, es decir, ella exige que una obra de arte no sólo complazca a una persona, sino que halle aceptación “general”. La búsqueda de esta ley general del gusto ha calentado las cabezas desde decenios. Al respecto ha sido despreciada una premisa para toda

[76] Léase p. ej., el siguiente galimatías del muy ponderado estético: “El cosmopolitismo e internacionalismo es relevado por la idea de un universalismo, que busca la naturaleza y la comunidad amorosa de lo espiritual en el organismo del cosmos. Europa se descubrió a sí misma, la estrechez de su espíritu cultural y la madre de la civilización y da con la raíz asiática de su cultura”. [*Einführung in die moderne Kunst*, (*Introducción al Arte moderno*, N. del T.), p. 381]

polémica: una obra de arte solamente puede “gustar” cuando ella se mueve en el marco de un ideal de belleza orgánicamente delimitado! Kant definió “Belleza es la forma de la adecuación a su fin de un objeto en cuanto es percibida en él sin la representación de una finalidad”. [77] Aquí Kant había expresado una concepción profunda, de la que, pese a esto, sólo extrajo la conclusión que se debía admitir un “sentido común estético” [78], el que descansando en un clima puramente humano de las capacidades cognitivas, es decir, del estado de ánimo, sería universalmente comunicable. Con ello Kant torció la búsqueda en el punto crítico hacia una dirección nefasta. Como inconscientemente adecuado al fin nos impresiona la belleza de la Venus de Giorgione; pero así actúa también toda otra belleza genuina racialmente condicionada, es decir, orgánico-anímicamente. Del primer conocimiento de Kant resulta para nosotros hoy como conclusión final: la pretensión de “validez general de un juicio del gusto” resulta sólo de un ideal racial-nacional de belleza y también sólo se extiende sobre aquellos círculos que, consciente o inconscientemente, llevan en su corazón la misma idea de belleza.

Con este conocimiento fundamental le ha sido quitada definitivamente la base a todas las estéticas “generales” anteriores, se ha desbrozado el camino abierto para la concepción anímico-orgánica del mundo en contra de la abstractamente universalista o atomístico-individual. Pero este conocimiento exige, además, otras importantes inteligencias.

3.

En el afán de separar el objeto estético de todos los elementos extra-estéticos siempre ha sido disociado, entre otros, también el contenido de la forma. Con plena razón, para prevenir la eterna mezcolanza, acaso, de sermones de moral y estética. Esta separación metódicamente necesaria ha olvidado al respecto, sin embargo, de subrayar lo más importante: que la sustancia, en el caso del arte occidental-nórdico, fuera de su contenido representa simultáneamente también un problema de forma. La elección o el descarte de determinados elementos de la sustancia es para nosotros ya un proceso plasmador, en un todo artístico, pero como esto fue olvidado en vista de la glorificación unilateral del arte griego —agregado a ello que todavía es malinterpretado—, sencillamente se ha dejado a un lado un componente esencial de la creación artística occidental, y no es de extrañar si luego el burgués medio de esto que se ha dejado a un lado, se fabricó un “arte moral”.

Este resultado se produjo porque los estéticos alemanes que sin cesar tenían la mirada fija en la plástica helénica, declararon que una estética tiene que ver únicamente con la belleza, es decir, con el estado de la liviana libertad de coacciones éticas, presión mecánica y tensión espiritual. Esta belleza de Grecia fue, empero, sólo un quizás el elemento estático de la vida helénica. Que se discuta si es la arquitectura, la escultura, la epopeya o la tragedia lo más grande que la Hélade nos dejó, indudable es de todos modos, que la plástica interior y exterior ha sido el comienzo y el fin de toda actividad artística griega. Hasta en la tragedia de Sófocles queda conservada esta estática plástica, hasta en el horror de las obras de Eurípides el destino se presenta menos como condición y desarrollo interiores que como interrelación de situaciones incomprensibles y acontecimientos exteriores aniquiladores. La belleza griega es, por tanto, siempre un ser estático, no dinámico. Pero buscar esta misma belleza en el arte del Occidente y admitir a ella Sóla en el círculo de las reflexiones estéticas, fue un pecado contra el espíritu de Europa: porque nuestro arte fue desde el primer comienzo, a pesar del ideal de belleza semejante, dirigido no hacia la belleza plásticamente en reposo, sino hacia el movimiento anímico; esto quiere decir, no es el estado exterior el que se hizo forma, sino el valor anímico en su lucha con otros valores o fuerzas antagónicos. Por la elección de un contenido impulsor de la obra de arte, que la condiciona necesariamente en su forma, el arte nórdico está dirigido en medida considerablemente mayor a la personalidad, a su transfiguración, fortalecimiento e imposición, que la helénica. La suprema obra de arte del Occidente es por ello, no algo “hermoso”, sino una obra que impregna lo exterior con pujante fuerza anímica, elevándolo por encima de sí mismo desde el interior. La potencia del impulso ascensional interior es aquel factor que no entra en una estética griega, pero que debe ser incorporado sin falta a una sobre el Occidente nórdico como un problema de forma, y en este caso igualmente sin sabor adicional puramente intelectual o ético.

Al igual que en muchos casos también aquí Schiller en base a su instinto y en contra de sus prejuicios helenísticos inculcados ha visto acertadamente, pero no supo extraer las consecuencias. Escribió: “Cuanto más falta palabra los juicios estéticos, tenemos en cuenta la fuerza antes que la dirección de la fuerza, cuanto más la libertad que la sujeción a leyes, ya se evidencia suficientemente por el hecho de que preferimos ver manifestadas la fuerza y la libertad a costa de la sujeción a leyes, que ver observada la sujeción a leyes a costa de la fuerza y de la libertad. El juicio estético contiene en esto más de verdad de lo

[77] *Crítica del Juicio*, artículo 17.

[78] l. c. art. 20.

que comúnmente se cree. Evidentemente, los vicios que testimonian fuerza de voluntad anuncian una mayor predisposición para la verdadera libertad que las virtudes que toman su sostén de la inclinación, porque al malhechor consecuente le cuesta sólo una única victoria sobre sí mismo para dedicar toda la consecuencia y firmeza de voluntad que prodiga al mal, al bien.” Estas palabras anuncian ya desembozadamente un aspecto de la explicación del por qué acaso figuras como Ricardo III y Yago pueden tener sobre nosotros un efecto estético. Ellos actúan tal como son, por imperio de una ley interior que les es inmanente, sin que en esto estemos tentados de emitir juicios moralizadores. Es en parte su fuerza vital lo que nos reconcilia con todo. Pero esto no fue así recién desde Shakespeare, sino que se encuentra ya al comienzo del arte alemán. La Epopeya de los Nibelungos es la concreción quizás más potente de la creación artística occidental volitiva, y precisamente es ya aquí el valor supremo de la raza nórdica mismo el que llega a ser problema, impulsa a las almas y recibe hasta en el traidor de máxima talla su realización artísticamente perfecta.

Yo sé que en contra de la comparación de la Epopeya de los Nibelungos con la Ilíada se objetará que en vista del desarrollo histórico del pueblo griego y del alemán ellas no son “contemporáneas”. A pesar de ello una comparación es posible si se examinan las leyes formales interiores, que siempre siguieron siendo las mismas. Si el Cantar de los Nibelungos es conceptuado lo suficientemente grande como para contraponerlo como obra artística de valor equivalente, aunque de diferente índole, a la Ilíada, nos hallamos también en contradicción con Goethe quien aseveraba que uno no debía disminuir el placer en la epopeya alemana por el hecho de compararla con la griega: de Homero se trae “una pauta demasiado grande”.

Cierto es que la Ilíada y el Cantar de los Nibelungos han sido comparados entre sí con bastante frecuencia, y después de un prolongado sopesar por parte de los germanistas y después de una opinión rápidamente tomada por nuestros helenistas, el resultado de tales comparaciones fue siempre que la Ilíada en lo referente a lo artístico se halla muy por encima del poema alemán, pero que éste pone ante nuestra vista caracteres más formidables. A estas opiniones, que nacieron de la premisa de la validez general de las leyes artísticas griegas, es necesario renunciar hoy. Pues reconocer a una obra de arte que presenta fuertes personalidades, ciertamente significa reconocer una fuerza de creación plasmadora equivalente que la ha producido. Es de índole distinta de la helénica, pero está en un plano de igualdad con ella precisamente desde el punto de vista artístico.

Si nos imaginamos la riqueza y la plástica viviente de la Ilíada (las mültiples maneras, p. ej., en que Agamenón acicateó a sus conductores de ejército para la lucha y las descripciones siempre novedosas de luchas individuales), el cantar heroico alemán no saldrá airoso en el cotejo. La técnica no pocas veces es inhábil, las descripciones se repiten aquí y allá (evidentemente debido a posteriores adaptaciones por parte de juglares) sin estar formalmente pulidas. Pero, en cambio, los Nibelungos viven una vida interior mucho más viva, sus acciones fluyen de la voluntad de poderes y de conflictos interiores, se desarrollan según una determinada postura anímica. El entrelazamiento de las acciones nacidas de la interioridad personal recién forma el nudo del antagonismo trágico que conduce a la catástrofe.

Desde el principio, por supuesto, hay que formular protesta contra la malinterpretación de querer disminuir a Homero como creador. Él ha configurado al pueblo de los griegos su mundo de dioses, que durante siglos ha sido el modelo de forma para los artistas plásticos. Pero el enfoque artístico de Hornero era distinto de lo que corresponde a nuestra esencia. Sus figuras se mueven en la esfera media de lo humano, no se hunden en misteriosos precipicios anímicos, no muestran ansia alguna hacia las más altas alturas, las acciones nacen menos como consecuencias de una férrea necesidad interna, no aparecen como expresiones de potencias volitívas demoníacas o divinas del ser humano mismo, sino que son resultado de influencias exteriores.

Se podría oponer a esta observación que precisamente las cualidades que se manifestan menos grandiosas son mucho más difíciles de configurar artísticamente que las erupciones extraordinarias de la capacidad afectiva humana. Pero de esto naturalmente no se trata aquí.

Cuando después de una lucha de diez años Troya finalmente ha caído, también queda liberada la causa de esta pugna de pueblos: Helena entra al círculo de los combatientes. Homero no describe su belleza, pero sí la impresión que produce sobre todo su entorno. Los guerreros, que habían perdido amigos y hermanos y sufrido miles de privaciones, todos ellos estaban convencidos de que había valido la pena haber vertido ríos de sangre por esta mujer, por esta belleza. ¡Esto es el helenismo! Si Helena valía interiormente como para ser colocada en esta forma en el punto central de un drama de pueblos, no tiene ninguna importancia. Hasta es probable que la mujercita se haya encontrado junto a Paris tan a gusto como en el lecho del rey de Esparta. En todo caso, ni un solo lamento por su suerte se encuentra en parte alguna.

Una amante hermosa es la causa de una lucha entre pueblos y se la considera suficientemente grande para ello. Aunque algo semejante haya ocurrido cientos de veces en la historia, si un poeta construye sobre este hecho la base de una obra portentosa, entonces ya en la elección del contenido testimonia una

creación que caracteriza a la forma, que se enfrenta a nuestro ser como de especie totalmente distinta. El demonismo motor interior falta o es puesto de lado deliberadamente; la forma, la belleza, ocupa su lugar.

Así como la pequeñez y el aislamiento de la polis griega permitieron también al Ciudadano Común una visión clara de las condiciones determinantes de su vida, no poniendo en desequilibrio diariamente su capacidad de juicio con las exigencias impuestas, así también el espíritu griego se muestra en el arte como poseyendo una clara capacidad de delimitación. Se manifiesta con esta certeza de meta artística tanto en Iktinos y Kallikrates como en Fidias Homero y Platón. En él nada queda sin claro contorno, sólo muy poco sin decir, todo se estructura —si puede decirse así— en una forma concentrada y en una objetividad clarificada y transfigurante.

Si esto ha sido logrado satisfactoriamente una vez, entonces el griego no se cansa de variar en mültiples formas el tema básico hallado, particularidad que Goethe ponderó repetidas veces lleno de admiración a su interlocutor Eckermann.

No hay apenas algo más magnífico que el modo cómo Homero eleva la naturaleza a forma artística. No encontramos largas descripciones de la naturaleza, sino el ambiente espiritual del tema en cuestión, a menudo comprimido en una palabra. Esta forma maravillosamente sucinta de Homero ha constituido ese hechizo, mediante el cual ha subyugado siempre de nuevo siglos y milenios; ella impera en toda su obra, vive en todos los detalles de la misma. Tiene eterna juventud y omnipresente inmortalidad.

Su efecto tan particular reside en la fuerza creadora que le permite prescindir de descripciones de la naturaleza, humanizarla de inmediato, acercarla a nosotros mediante una alegoría de fuerte plasticidad al llevar a una impresión sus múltiples estados. A los aqueos mismos Homero siempre los caracteriza como los "entablillados con bronce", Aquiles pasa a través de la obra como el "veloz corredor", Héctor se acerca como "el que agita el penacho del casco" a las puertas de Troya, Hera galantea a Zeus como la diosa "de ojos torunos,". Las naves de los griegos son descritas exhaustivamente con sólo dos palabras: Oscuras y combadas". Todo esto tiene el efecto del trazo de pincel de un gran pintor, quien con un movimiento capta sobre la tela color y línea de un ser. Es esta la forma en su máxima perfección, el feliz mensaje griego. Cuando Goethe llama a su *Heideröslein* [*Zarzarrosa*. N. del T.] "bella como la mañana" (usó esta forma una vez: ella pertenece solamente a la zarzarrosa), entonces se manifiesta aquí la misma ley artística que para la Hélade constituyó el aliento espiritual de su vida.

En forma distinta eligió y plasmó el poeta germánico. El contenido al que se le da forma no es la persona (belleza), sino la personalidad (desarrollo volitivo). El acontecer exterior es sólo motivo para la expresión y la repercusión de un carácter (no la causa), o la encarnación directa de tendencias volitivas interiores humanas. El honor y la lealtad en todos su matices aparecen de inmediato al comienzo del arte nórdico como las fuerzas motoras. Gudrun es raptada al igual que Helena, pero ella no se rinde. Ella prefiere el servicio de una sierva a la vida en el deshonor, a pesar de que Hartmut, en su virilidad y caballerosidad, constituye un motivo mucho más fuerte y también artísticamente más fundado para la rendición que el lastimoso Paris. Pero la belleza y ante todo el orgullo y la lealtad de la hija de rey, dan por sí solos para nosotros también el motivo artísticamente satisfactorio para hacer librar una cruenta batalla sobre el Wülpensand Precisamente en esta justificación interior, en el reconocimiento de valores interiores del carácter, se basa la tragedia de los Nibelungos. Si Sigfrido hubiera sido como personalidad un hombre sin valor de la clase de Paris, para ninguno de nosotros el amor conyugal de Krimhilda sería comprensible, a ninguno le parecería probable esta demoníaca lealtad de mujer; nadie de entre nosotros podría encontrar comprensible la traición no solamente contra los hermanos, sino contra todos los burgundos, ni encontrarla en lo humano tanto como en lo artístico suficientemente fundamentada si la figura de Sigfrido no hubiera sido representada en esplendor eternamente luminoso. Ahora bien: que se presente a Sigfrido como al Dios de la Primavera moribundo, como un Dios de la Luna o del Sol (Siecke), en el momento en que aparece como personalidad en una obra poética se transforma en un contenido que debe ser plasmado. Si en cualquier lado ha sido personificada la perfecta genialidad, entonces ha sido aquí. Allí donde Sigfrido se presenta, todos los corazones vuelan hacia él; donde puede ayudar, se coloca sin vacilación, desinteresada y confiadamente al servicio de los amigos elegidos. Debido al amor carga sobre sí —por la forma en que realiza con Gunther la conquista de la mano de Brunhilda—, una culpa. Y a causa de esta culpa sucumbe.

Su oponente, Hagen, es una mezcla de codicia e incondicional lealtad de seguidor, una figura que en su contorno esquemático-gigantesco representa lo contrario artísticamente más fuerte al luminoso Sigfrido. Un tipo de incondicional valentía, quien al final, gracias a su consecuencia hasta la muerte, nos reconcilia con mucho de lo que ha cometido. El encuentro de Krimhilda con Hagen y Volker en la corte de Atila es uno de los cuadros poéticos más dramáticos que es dable imaginar; la guardia nocturna de los dos compañeros, la canción del juglar, son de una poesía virilmente espléndida.

La ineludibilidad trágica con que diversas naturalezas voluntariosas chocan entre sí, cómo la culpa y la expiación generan nueva culpa, cómo el honor lucha contra el honor, la lealtad contra la lealtad y se personifica en caracteres humanos configurando alegorías, esta es la portentosa creación del ser

nórdico-germánico, tal como desde el mismo comienzo se presenta con dimensión sobrehumana en la plasmación artística alemana.

Estas fuerzas que se aman o se combaten constituyen la materia que ha domado una gran síntesis poética, y es completamente ocioso discutir acerca de cuántas manos han trabajado en la Canción de los Nibelungos, pues los muchos poemas populares han llegado a ser una obra.

Los más recientes investigadores afirman que la figura de Rüdiger habría sido un último agregado (de un quinto poeta). Que sea así. Entonces también este quinto fue un gran artista. Pues en toda la literatura mundial se buscará vanamente por una personalidad de tal sencilla grandeza interior como está personificada en el Margrave Rüdiger. Préstese atención con qué fineza psicológica están distribuidas las fuerzas que luchan por él. En la cúspide se halla la fidelidad cimentada por juramento a su reina, el empeño de su honor de seguidor, que debe triunfar sobre todas las otras potencias. Pero se ve enfrentado a viejos amigos, huéspedes que él mismo ha conducido al país y a los cuales ha asegurado protección, es más, hasta al prometido de su única hija. Entonces Rüdiger, en férrea consecuencia, toma conscientemente sobre sí la muerte, a pesar de que por la falta de defensa de Atila y Krimhilda surge aun una fuerte tentación de quebrar la palabra de seguidor. La idea del honor llega a ser la fuerza que impulsa todo su actuar. Piénsese aquí acaso en la figura de Aquiles, una de las más luminosas personificaciones de héroe de todos los tiempos, pero que por un agravio personal deja a todo su pueblo sin conductor, y después en el Margrave Rüdiger, que antes de su lucha mortal obsequia aun su escudo a un adversario para verlo delante suyo con armas completas, entonces se apreciará el abismo que aquí existe entre figura y figura, pero al mismo tiempo, también se captará la naturaleza completamente distinta de la plasmación artística.[79]

Están operando en la obra dos almas populares de distinta especie, para transformar la naturaleza en arte. Una también deja llorar y reír al hombre, amar, odiar y realizar hechos heroicos, pero no hace del interior la fuerza que todo lo mueve, deja de lado la personalidad como fenómeno que debe ser plasmado, dedica todo su amor al mundo exterior y se crea con la palabra y con el cincel una maravillosa arma para lograr la belleza; la otra se sumerge de inmediato en las más profundas honduras del interior humano y domina todas las fuerzas anímicas para formar un todo en su interior condicionado artísticamente, sin reconocer a la belleza formal el peso decisivo.

Hasta la obra más grande del ser humano tiene un lugar débil; así también la Canción de los Nibelungos. La relación entre Sigfrido y Brunhilda aquí no está fundamentada tan totalmente como en las viejas tradiciones. Esta relación ha encontrado en la Edda la última interpretación: la “Canción de la Muerte de Sigfrido” es una de las mayores revelaciones del ser germánico, la canción del amor, de la lealtad, del odio y de la venganza.

Termínese de una vez de considerar a los cantores de nuestro pasado como inocuos y torpes versificadores, tal como aun sigue siendo el caso en el subconsciente de nuestros estéticos grecizantes, a pesar de todo el reconocimiento condescendiente de los “grandes caracteres” en sus poemas. Antes bien: debemos incorporarlos en la serie de los más grandes artistas creadores. Caracteres, solamente crea un carácter, personalidades vivientes, es decir, figuras que a través de los siglos han seguido siendo alegorías intemporales de nuestro ser, pueden ser únicamente el resultado de una genialidad y una fuerza formativa artísticas.

Ningún héroe más noble jamás en la Tierra
Bajo el Sol estará que tü, Sigfrido, sólo.

Comprendemos a Goethe cuando dice: “Homero dibuja con una pureza ante la cual uno se asusta” (observación, por otra parte, que desmiente las demás confesiones de Goethe sobre la armonía), y creemos poseer también una valoración del autodominio artístico de la grandeza épica de Homero, pero debemos igualmente confesar: nosotros también nos asustamos cuando pensamos en la portentosa, y precisamente portentosa en sentido artístico, creación de la Canción de los Nibelungos. Si se ha reconocido a Homero como a uno de los más grandes artistas de todos los tiempos y pueblos, es ya hora de colocar también a la

[79] Una contrapartida humana y artísticamente hermosísima al Rüdiger-Gernot se encuentra en el sexto canto de la *Ilíada*. Allí Glaukos y Diomedes se reconocen como compañeros, aliados por la amistad paterna y la vieja hospitalidad. En recuerdo de esta antigua vinculación intercambian sus armaduras y no luchan entre sí sino acuerdan evitarse en el campo de batalla. Por cierto, una significativa solución de la materia conflictiva dada.

luz justa a nuestros poetas y de llegar a tomar conciencia de que las deficiencias y las fallas son de naturaleza técnica y artístico-formal, pero que la genial fuerza creadora plasmadora busca su par. [80]

De este modo, ambas epopeyas se enfrentan como alegorías artísticas nacionales; la una se inclina, de acuerdo a su nacimiento interior, más bien hacia la forma clara, la otra, partiendo de la lucha anímica, evoluciona pugnando hacia la epopeya trágica. Homero domina la materia, los poetas de la Canción de los Nibelungos —y los creadores de todas las canciones germánicas— el contenido. Debido a estas metas diferentes, condicionadas por el temperamento y la reflexión, se originan obras de arte que, igualmente grandes, no pueden ser medidas con el mismo patrón, y para las cuales se requiere por consiguiente una estética diferente, para valorar con justeza cada carácter específico. Así como uno no puede acercarse a Miguel Ángel con el cartabón obtenido en Fidias, así tampoco, en vista de la epopeya helénica, a la alemana.

Más adelante nos ocuparemos de detalles. Pero las reflexiones hechas hasta ahora nos conducen a una tercera realidad, aunque ésta no solamente ha sido soslayada en forma casi general por los estéticos, sino que ha sido negada rotundamente: la voluntad estética. La negación de esta voluntad es quizás el capítulo más vergonzoso de la estética alemana. Por miles existen los testimonios del esfuerzo de los artistas europeos por el contenido y la forma: los profesores de arte, empero, han pasado por encima de ello. Era dogma forzoso que el arte tenía que ver únicamente con "sentimientos aparentes", que flota inalcanzado por la vida, como "belleza libre", sobre las nubes de polvo de los gabinetes de los eruditos. La voluntad había sido confiscada para la moral y no se permitía que fuese sacada de la carpeta que llevaba ese rótulo...

4.

Richard Wagner le escribió a Mathilde Wesendonck: "Usted sabe que personas como nosotros no miran ni a derecha ni a izquierda, ni hacia adelante ni hacia atrás, el tiempo y el mundo nos son indiferentes, y sólo una cosa nos determina: la necesidad de la descarga de nuestro propio interior". Balzac confesó (Cousine Bette): "El trabajo constante es la ley del arte así como la de la vida; pues el arte, eso es creación idealizada. Los grandes artistas, los perfectos poetas, no esperan órdenes ni enfervorizaciones; dan a luz hoy, mañana, siempre. De ello sigue el hábito del trabajo, este constante conocimiento de las dificultades, que los mantiene en permanente concubinato con la musa, con las fuerzas creadoras".

Tales confesiones no han llegado a oídos de nuestros papas de la estética. Urge sobremanera constatar, de una vez por todas, la existencia de la voluntad estética creadora en el artista, por consiguiente también en el "gozador". En la toma de conciencia de la elección del contenido y en el ansia de la descarga volitiva, el concepto Occidental-nórdico de la belleza se muestra, en cierto modo desde adentro, como la esencia que le es propia, que mediante la biología sóla ya no es aprehendible, sino únicamente insinuable.

La esencia de la existencia humana, es corporal y anímicamente, un siempre renovado apropiarse y elaborar de la materia que penetra desde afuera y de las vivencias interiores. La voluntad de forma y el espíritu toman posesión plasmando, del mundo circundante y del mundo interior. Esta plasmación es, por más que el conocimiento también sea co-determinante, un acto de la voluntad, ya sea que esta voluntad conduzca al santo, investigador, pensador, hombre de Estado o artista. Toda figura es acción, toda acción esencialmente voluntad descargada. Nuestros investigadores de la psicología del arte parten en sus reflexiones, por lo general, del contemplador que goza el arte. Desde su punto de vista, con razón. Pero sin razón cuando se trata de poner al descubierto la voluntad personal-racial del artista. Antes de que se pueda hablar de los efectos sensorial-motores, emocionales e intelectuales de una obra de arte, debe ser puesto en claro, por consiguiente, el punto de partida de lo creador.

La ley de la fuerza que eternamente sigue obrando es válida no sólo en el terreno físico sino también en el anímico. Nos parece lógico y natural que la voluntad heroica sigue oscilando y sigue engendrando voluntad. Hasta es con especial predilección que nuestros eruditos se afanan por descubrir la energía inicial

[80] Hasta qué punto en todos los poemas germánicos la idea del honor se presenta como determinante del destino ya ha sido expuesto anteriormente. Pero en cuanto a la fuerza puramente artística, que, p. ej., en la *Canción de Hildebrand* todo lo impulsa y condiciona, ha escrito muy bellamente L. Wolff [*Die Helden der Völkerwanderungszeit*, (*Los Héroes de la Época de las Migraciones de Pueblos*, N. del T.), p. 148.]: "El sufrimiento, por lo demás la esencia de "nuestros" dramas, no es la meta del poema, sino sólo punto de partida. Cuanto más aplastante la fuerza oscura, tanto más grande se yergue ante ella el heroísmo. Sin saberlo, el hijo ataca al padre a quien cree muerto. Lo encomia por encima de todos los héroes e insulta al desconocido que tiene ante sí y que es precisamente este glorificado. Ensalza la lealtad y el coraje de Hildebrand y simultáneamente le enrostra perfidia y cobardía. Habla del espíritu combativo del viejo y éste debe dominarse durante largo tiempo para no castigar al hijo. Todo el poema está compuesto en forma extraordinariamente certera desde el punto de vista artístico, mediante contrastes del mayor dramatismo, y —como se guía por un valor— es orgánico como las leyes del ondeante oleaje del mar".

de un fenómeno religioso o político. Gruesos tomos se escriben a fin de conectar las estructuras racionales de nuestra época con determinados pensadores del pasado. Esta actividad de los profesores de filosofía hasta es considerada a veces ella misma como filosofía, tan importante parece ser. También los sistemas de la estética han sido investigados minuciosamente y asentados en actas. Pero el arte y el artista en este proceso han sido casi totalmente olvidados; para ellos se ha fabricado una estética especial, que daba la espalda al Occidente nórdico, tenía la vista fija en el Sudeste o en las nubes, para aplicar la pauta presuntamente allí encontrada también con respecto al arte europeo.

¿Pero qué era lo que impulsaba a un Beethoven a correr bajo la tempestad y la lluvia alrededor de Viena, a detenerse repentinamente y, ajeno al mundo, marcar un ritmo con los puños? ¿Qué era lo que obligaba a un Rembrandt en su profunda pobreza a despreciar absolutamente todo lo exterior y permanecer de pie ante la tela hasta el derrumbe de sus fuerzas? ¿Qué era lo que impulsaba a Leonardo a investigar los misterios de la figura humana? ¿Qué era lo que movía a Ulrich von Ensingen a idear sus planos de iglesias? Todo esto no era, ciertamente, otra cosa que la materialización de una voluntad artística (estética), una fuerza que junto a la heroica y a la épica debe ser reconocida por fin como un enigma primigenio, si es que queremos superar de una vez nuestra estética de profesor secundario. Esto tanto más cuánto que en ningún lado lo efervescente-volitivo en el arte, se ha manifestado tan claramente como en el Occidente nórdico. El no haber hecho resaltar esto con toda claridad pertenece a los mayores pecados de omisión del siglo 19.

También el griego fue en lo más íntimo volitivo en la hora de nacimiento de su arte. Hay una leyenda griega que nos refiere acerca de un artista que amaba tan ardientemente su obra, que su amor transformó a la piedra muerta en vida palpitante. También en esté mito está asentada la confesión de una voluntad estética universalmente plasmadora. También la tumultuosa pintura en el Partenón, la danza griega y la perdida música griega (de la cual todas las demás "musas" tienen su nombre) habrán hecho anteriormente más audible este rumor de la voluntad de lo que hoy parece. Pero de todos modos en el heleno, después del acto volitivo de creación se produce una doma espiritual de la forma, tal como llegó a ser característica para el helenismo. Este auto-dominio desataba en el observador occidental un estado de ánimo "contemplativo", sobre el cual luego estructuró la estética en sí.

El sentimiento estético significa un estado de gozo; estado de ánimo estético, eso es contemplación desprovista de deseo, en la que el puro sujeto de la cognición se eleva hacia una pura objetividad. Así es el tenor de la doctrina de la estética de Kant y Schopenhauer. Así escribieron después noventa y nueve de cien filósofos del arte. También este juicio tuvo como fundamento el mencionado dogma obligatorio, que ha condenado a la totalidad de nuestra estética a la infecundidad: tal afirmación es absolutamente extraña, como si no existiera una voluntad estética. En esta afirmación se encuentran también adversarios por lo demás encarnizados. El hecho en sí que detrás de toda obra de arte, al igual que detrás de una confesión religiosa, existe una fuerza, ha sido pasado por alto. Por tal razón nuestra estética se refirió a la contemplación, a ideas, a conceptos, sólo a desmembramientos de la sensación de belleza, y no al hecho de que toda creación artística tiene como base una voluntad plasmadora, que se concentra en la obra y que necesariamente también vuelve a fijarse la meta de despertar una fuerza de acción del alma, para que todo el esfuerzo no haya sido en vano.

En el terreno del arte observarnos el fenómeno paralelo a los desarrollos de las cosmovisiones religiosas. Un impulso anímico-racial crea obras dé naturaleza genialmente desprejuiciada, se adueña con grandeza infantil de su entorno presente —las viejas formas tradicionales—ymodifica autocráticamente sus líneas de fuerza. Hasta que con la extranjerización de la concepción del mundo, forzada y mantenida por un poder político, se enciman también conceptos jurídicos foráneos a las costumbres crecidas según leyes internas, y junto con todo ello, también logra introducirse una nueva "doctrina del arte". Cuando Wotan estaba en agonía y nuestra alma buscaba nuevas formas, se presentó Roma; cuando el gótico había concluido su línea vital, aparecieron el Derecho romano y los sacerdotes del arte humanista, quienes desde arriba trataron de estropearnos mediante el empleo de nuevas pautas. Con los desterrados Platón y Aristóteles, con los primeros descubrimientos de obras de arte helénicas, el espíritu nórdico de una época de búsqueda asió las bellezas recién descubiertas, pero junto con ellas también su falseamiento por el romano postrero. Nadie discutirá que el antiguo ideal de belleza griego correspondió al nórdico, pues era preponderantemente sangre de su sangre; pero de todos modos, esta belleza griega era un testimonio de una cultura particular, que en medio del desgarrado e individualista pueblo griego constituyó el lado estático del mismo, su mito formador de tipos. Pero la belleza exterior no ha sido nunca el valor supremo del ser occidental-nórdico, sino la voluntad plasmada, que se pone de manifiesto como honor y deber (Federico y Bismarck), como drama anímico (Beethoven, Shakespeare), como atmósfera condensada (Leonardo, Rembrandt). A esta voluntad artística rebosante de vigor le fue obsequiado en el siglo 15 una medida estética proveniente de un entorno completamente diferente. El Renacimiento muestra la lucha entre el instinto y la nueva idea en el campo artístico, al igual que la Reforma en el religioso. Después del siglo 16 pletórico de vida en el Norte de Italia y la fuerza del Barroco, el valor supremo presuntamente griego adquiere cada vez más prestigio. Los resultados de la investigación de los remanentes griegos (gernas,

jarrones, algunas pinturas y retratos) son tomados como base de una estética "general", las formas griegas valoradas como "puramente humanas". Surge luego el dogma de la "contemplación abúlica", seguido de la negación de la voluntad estética. El mito griego de la armonía y de la calma intencional ensombreció el instinto germánico, el arranque hacia la vigorosa auto-confesión y también la descarga artística de la voluntad. La disensión se extiende hasta el día de hoy y sólo tímidamente emergen de vez en cuando nuevos modos de apreciación.

A pesar de que nuestra estética había tomado probadamente sus pautas de la Hélade, creyó poder admitir orgullosamente que sus fundamentos eran "puramente humanos", universales. Al igual que en la vida estatal, también en el arte se admitieron en forma puramente profesoral dos tipos arquitectónicos de la vida cultural: el individualismo y el universalismo, es decir, una orientación anímica que declaró al Yo y sus intereses como punto de partida y final del pensar y actuar, y otra que quería ubicar a este Yo bajo las leyes de la "generalidad". Lo peligroso de esta designación de tipos aparentemente convincente, consistió únicamente en dejar que esta "generalidad" se esfume en lo infinito. El sólo aparentemente magnánimo universalismo condujo antaño a la "Iglesia mundial" internacional, al "Estado mundial", más tarde a la "Internacional" marxista y a la "humanidad" democrática de hoy. El universalismo como principio arquitectónico de la vida es, por consiguiente, tan dimitado como el individualismo; de triunfar cualquiera de estas dos visiones del mundo, el fin ha de ser necesariamente el caos. Por lo cual el individualismo suele envolverse en el manto universalista, queriendo aparecer como bueno y moral y que no entraña peligro. De un modo completamente diferente se presenta la cosa cuando tanto el individualismo como el universalismo son referidos conjuntamente a un centro distinto, condicionado orgánicamente. Para el Yo, la raza y el pueblo son la precondición de su existencia, pero significan también simultáneamente la única posibilidad de su incrementación. Pero al mismo tiempo lo "general" coincide con la raza y el pueblo y encuentra aquí por tanto, su limitación orgánica. El individualismo y el universalismo por sí solos son líneas rectas hacia el infinito; referidos a la raza y al pueblo, son fuerzas posibditadoras de creación que alternan rítmicamente fluyendo hacia adelante y hacia atrás, al servicio de los mandamientos raciales. Esta concepción de la vida dinámica general debe hallar también en la apreciación del arte de Occidente su contrapartida.

Por ende, en el arte son tres los basamentos orgánicos de esta apreciación, en los cuales en el futuro deberá basarse toda genuina estética europea; si es que quiere ser un miembro servidor en la vida del Occidente nórdico que despierta: el ideal de belleza racial-nórdico, la dinámica interior del arte europeo, por consiguiente, el contenido como un problema de forma, y el reconocimiento de la voluntad estética.

Estas últimas afirmaciones nos llevan ahora forzosamente a disquisiciones sobre las consecuencias de la postura interna hacia el problema del arte y el concepto de volunta , hecho popular, de Schopenhauer. Hasta que éste no haya sido superado, no se puede hablar de un esclarecimiento —y no solamente en asuntos de arte—ni se podrá comprender ni instintiva ni conscientemente la naturaleza del estado estético.

II. VOLUNTAD E INSTINTO (TRIEB)

1.

En las palabras de Kant, lamentablemente devenidas tan triviales, acerca de que el cielo estrellado encima de nosotros y la ley moral dentro de nosotros integran nuestra existencia, sin hallarse mutuamente en la relación de causa y efecto, está expresado, sin embargo, un hondo pronunciamiento por la contemplación polar del mundo y por el sentimiento dinámico de la vida. En realidad, tampoco ningún europeo genuino ha podido existir como creador fuera de ésta, su condición vital, a pesar de que en algunos de ellos el ansia por la anulación de los antagonismos, por el reposo, por la estática y el monismo ha sido enorme e intensa. Nada es más típico de esta ansia, pero nada demuestra para nosotros más claramente la imposibilidad de un monismo, que el caso de Arthur Schopenhauer, de aquel romántico que creyó poder dominar la pletórica dinámica de su ser con la "espada de juncos de la razón" y se quebró en ello. Ya sólo la explicación del mundo referida a la voluntad lo aparta del pensar indio, que él creyó poder interpretar como el suyo, cuando, no obstante, el indio traslada la salvación no a un acto de voluntad, sino a un acto de cognición. Pero la forzada tentativa monista de Schopenhauer de la interpretación del mundo como voluntad y representación pone al descubierto un proceso cuyo conocimiento y valoración es fundamental para nuestra visión del mundo, pero no menos para la captación de la esencia de nuestro arte.

Objeto y sujeto constituyen correlaciones que no pueden ser desligadas entre sí. Este es el punto, el reconocimiento de una polaridad, de la cual parte Schopenhauer. Desde aquí se dirige por un lado contra el idealismo, que considera la proposición de la causalidad no como una representación perteneciente al ser humano, sino como una cualidad esencial a la cosa en sí, que el objeto produce, y por el otro lado, contra el materialismo dogmático, que se esfuerza por presentar la actividad de la representación por parte del sujeto como el resultado de las formas y efectos de la materia. Pues la cognición, que ha de ser explicada, materialmente explicada, aquí se presupone de antemano, y "con la cognición, por cierto, nos hemos incorporado la materia como imagen, pero de hecho no hemos sino pensado el sujeto que representa a la materia, el ojo que la ve, la mano sensitiva, el intelecto que la reconoce".

Es un error del materialismo partir de lo objetivo, dado que éste ya está condicionado por el sujeto y sus formas de percepción, por consiguiente, no es algo absoluto; con igual razón se podría interpretar a la materia como modificación de la cognición del sujeto. De este modo Schopenhauer se coloca entre el realismo dogmático y el idealismo dogmático; no toma su punto de partida ni en el sujeto ni en el objeto solos, sino en la "representación como primer acto de la conciencia". Concuerda con Kant en la doctrina de la idealidad de espacio, tiempo y causalidad como conceptos puros, es decir, no empíricos, que recién hacen posible la experiencia, y todo su propósito en el primer libro de su obra principal redunda precisamente en demostrar esto, en exponer que si la materia se considerada como cosa en sí y se procura explicar el sujeto a partir de la misma, entonces resulta un chato materialismo. Pero si, a la inversa, se considera al sujeto como algo absoluto, entonces se origina el espiritualísimo. Si dogmáticamente se separa objeto y sujeto, se tiene el dualismo. Si se afirma que ambos son una y la misma cosa, resulta el spinozismo. Todo esto serían concepciones dogmáticas cuando, en cambio, conocemos el objeto y el sujeto únicamente como dos correlativos, condición de objeto y representación del sujeto.

Nosotros poseemos dos intelectos: la inteligencia, la capacidad de reconocimiento del nexo causal (la que tenemos en común con los animales), y la razón, la capacidad de abstracción (que nos está dada a nosotros solos). La función de la inteligencia consiste en la formación de las percepciones, la actividad de la razón en la formación de los conceptos, de los que recién brota nuestro lenguaje, nuestra ciencia, y en general, toda nuestra cultura. Ahora bien: esta razón es de "naturaleza femenina: sólo puede dar después de haber recibido". Con esto ha quedado expresado el dogma fundamental de la concepción de Schopenahuer. La razón, una función del cerebro; el mundo se revela de este modo como un "fenómeno del cerebro". El pensar, por su parte, es un proceso de emisión, semejante a la formación de la secreción salival.

La labor de la razón consiste en crear saber, es decir, juicios abstractos; "saber significa: tener tales juicios a la disposición del propio espíritu para su reproducción arbitraria, que tienen en alguna cosa fuera de ellos su suficiente base de cognición, es decir, son verídicos".

El objeto es, por consiguiente, representación, se nos aparece en las puras formas de percepción de tiempo, espacio y causalidad. Todo está en ellas y todo es a través de ellas. Con esto la visión del mundo está firmemente cerrada y parece no haber quedado en ningún lado un agujero de escape como para ascender o descender a un fondo primigenio. Pero Schopenhauer encuentra aun un "otro lado" del mundo. Nuestra razón, abarcando pasado y futuro, con la conciencia de la segura muerte, debe formular el

interrogante acerca del de dónde y del adónde del ser humano, acerca de la esencia del tiempo y del yo. Y Schopenhauer, que anteriormente aseguraba que todo el mundo sería “total e íntegramente” representación, rompe las barreras puestas por él mismo. “Pero lo que nos impulsa a la investigación es precisamente que no nos basta saber que tenemos representaciones, que son tales y cuales y que según estas y aquellas leyes, cuya expresión general es siempre la proposición de la causa, están ligadas entre sí. Queremos saber el significado de aquellas representaciones: preguntamos si este mundo no es nada más que representaciones, en cuyo caso debería pasar delante de nosotros como un sueño insustancial, indigno de nuestra atención, o si es aun otra cosa, otra cosa fuera de ello, y qué entonces sería ésto! “. Nadie hasta ahora ha podido dar más que una respuesta puramente negativa al respecto, una respuesta que era completamente abstracta, vacua y sólo limitativa. El Nus del Anaxágoras, el Atinan de los indios, la Cosa en Sí de Kant. Pero, Schopenhauer devela esta cosa en sí como el ser interior que nos es conocido “en la forma más íntima” como la voluntad. A ella no puede llegarse partiendo de la representación, más bien constituye un ser completamente extraño a sus leyes y sus formas. La voluntad sólo puede ser conocida intuitivamente. El ser humano consideraría los movimientos y las acciones de su cuerpo de la misma manera que las modificaciones de otros objetos con referencia a causa, estímulos y motivos. Pero sólo comprendería su influencia como la conexión al igual con todo otro efecto que ve, con su causa. Pero esto no es así, porque la palabra voluntad le proporciona “la llave de su propio fenómeno, le revela la importancia, le muestra el engranaje interno de su ser, de su accionar, de sus movimientos”.

Al sujeto le está dado su cuerpo, por tanto, de dos maneras: una vez como representación, como objeto entre objetos, y sometido a las leyes de los mismos, luego de otra manera, a través de lo “conocido en forma directa por todos, que designa la palabra voluntad... Todo acto de la voluntad es simultáneamente un acto de movimiento de su cuerpo, no como si el uno fuera la causa y el otro el efecto, sino que son uno y el mismo, llevado a la conciencia de distinta manera... La acción del cuerpo no es otra cosa que el acto de la voluntad objetivado, es decir, que ingresó al campo de la percepción”.

Yo no reconozco a la voluntad como algo íntegro y perfecto, sino solamente en aislados actos en el tiempo; por consiguiente, no puedo representarme a la voluntad, ella está fuera del espacio y del tiempo. Siendo independiente de la representación, la voluntad no está sometida a la proposición de la causa, es a-causal; ella es en todos los fenómenos la misma esencia. Según Kant todo esto sólo corresponde a la cosa en sí, por consiguiente, es la voluntad la cosa en sí. Como tal es libre, como fenómeno es dependiente, prefijado (determinado). De resultas de lo cual la voluntad en cierto modo se encuentra detrás de nosotros, nunca se pone de manifiesto en el actuar. De ello se sigue que nuestro carácter empírico, tal como se nos enfrenta en nuestras acciones, no es libre y es inmutable, pero, sin embargo, representa la objetivación del carácter libre e inteligible; el carácter empírico está con respecto al inteligible en la misma relación que la manifestación con respecto a la cosa en sí. De la manera más perfecta, en cierta manera como en el foco, la voluntad se objetiva en el instinto sexual, en la incondicional voluntad de vida. Es un eterno desear y afán, que después del una corta satisfacción obedece siempre de nuevo, impulsado por el apetito, sin pausa ni sosiego, a este rasgo demoníaco del ser.

Pero no solamente en el hombre nos sale al encuentro esta voluntad como cosa en sí, sino más bien ella es en toda la naturaleza el momento impulsor que se halla detrás del fenómeno. Cierto es que ella se objetiva de la manera más perfecta en el ser humano, pero si vemos la poderosa e incontenible urgencia con que las aguas se apresuran hacia la profundidad, la constancia con la cual el imán se dirige siempre hacia el polo Norte, la violencia con la cual los polos de la electricidad se afanan por reunirse, y la que precisamente tal como la de los deseos y obstáculos humanos es acrecentada cuando vemos al cristal erguirse rápida y repentinamente, etc., entonces no nos costará —según Schopenhauer—un gran esfuerzo de la imaginación reconocer, hasta desde una gran distancia, nuestro propio ser, por cierto, sorda e inexpresadamente, pero no menos convincente, “así como el primer crepúsculo de la mañana tiene en común con los rayos del pleno mediodía el nombre de luz solar”. Esto es la voluntad. De acuerdo con ello existen diversas gradaciones de objetivación de la voluntad, éstas son las ideas platónicas. Ellas son aquellos eslabones intermedios que son introducidos entre los dos mundos separados entre sí: representación y voluntad, y por tanto establecen la relación recíproca que de otra forma no puede ser entendida de ninguna manera, Es decir, ¡una multiplicidad sin principio de multiplicidad! Como el peldaño más bajo se presentan las fuerzas generales de la naturaleza: gravedad, impenetrabilidad, rigidez, elasticidad, electricidad, magnetismo, etc. También ellas son, tal como nuestra propia voluntad, a-causales, y como ésta, únicamente sus manifestaciones aisladas están sometidas a la proposición de la causalidad. Ellas son “qualitas ocultas”. En un peldaño más elevado de objetivación de la voluntad vemos lo individual en el hombre y en el animal, principalmente en aquel, destacarse cada vez más, y aquí es donde en especial se muestra la esencia del universo, la lucha por su existencia pone de manifiesto la voluntad. La lucha general en la naturaleza se evidencia en la forma más visible en el mundo animal, “que tiene como alimento al mundo vegetal y en el cual a su vez cada animal llega a ser la presa y el alimento de algún otro, es decir, debe ceder la materia en la cual su idea se representa, para la representación de alguna otra, ya que todo animal puede mantener su existencia sólo mediante la permanente abolición de una extraña; de

modo tal que la voluntad de vida sin excepción se nutre de sí misma... hasta que finalmente el género humano mira a la naturaleza como un producto fabricado para su uso”. Espantosa e insensata es esta potencia, que a través de tanta diversidad y despliegue de fuerza, inteligencia y actividad sólo es capaz de ofrecer un efímero y pasajero sentimiento de felicidad en la cópula carnal y en la satisfacción del hambre como contrapeso; las fatigas y la paga no se hallan en ninguna relación las unas con la otra. En todos lados Schopenhauer ve “penuria general, fatigas sin tregua, constante pugna, interminable lucha...”, en el mejor de los casos, tedio.”

Únicamente una voluntad ciega pudo colocarse a sí misma en esta situación. En la naturaleza inorgánica toda lucha tiene lugar según la inmutable ley de causa y efecto. En el reino vegetal los movimientos siguen a los estímulos, es decir, las causas provocan acciones que no son iguales a las mismas; finalmente aparecen motivos y conocimientos como conductores de nuestras acciones animales. Todo esto tiene lugar con sujeción a leyes, para la libertad de la razón y sus ideas no se ha dejado lugar, ella es un “órgano subordinado”.

Cierto es que el conocimiento, tanto el perceptivo como el racional, surge de la voluntad en sus peldaños más elevados de la objetivación, ya que el ser humano necesariamente requiere otras capacidades que la naturaleza inorgánica, el mundo vegetal y animal; por consiguiente, aquel está originariamente puesto por completo al servicio de la voluntad, sin embargo, algunos seres humanos excepcionalmente grandes son capaces de sustraerse a este yugo. El conocimiento se presenta entonces como simple “claro espejo del mundo”.

De esta manera el mundo como representación, con todo, se ha originado en la voluntad! A pesar de la inicial protesta de Schopenhauer de aseverar aquí un nexo causal, la causalidad, aunque encubierta, se presenta. De ello resulta como consecuencia lo siguiente: la razón es sólo reflexión, ella es una “potencia totalmente femenina”; está condicionada por el concepto necesariamente determinado por la percepción es, por consiguiente, a-creadora. No somos libres: pues nuestro accionar está determinado necesariamente por motivos, ya sean éstos reales o imaginarios; el “carácter inteligible” que en cierto sentido actúa detrás de los seres humanos, que se halla fuera de la necesidad, aparece en la vida como congénito e inmutable, está sometido por ello también a la proposición de la causa.

Desde estas, cadenas de la “voluntad” demoníaca, precisamente esta razón amordazada es capaz de elevarse, mediante un “excedente de inteligencia” a la contempración abúlica, penetrar en y superar el terrible poder de la voluntad, su futilidad e insensatez, como puro ojo del mundo. Esto se realiza a través del genio del artista, quien, liberado de la voluntad, es capaz ahora de representar a la naturaleza pura y objetivamente; pero se realiza ante todo en el fenómeno de la santidad, donde la razón logra transformar el transitorio olvido estético en una permanente contemplación sin deseo, adivinar la ilusión del mundo y negar la voluntad de vivir.

El fin es la Nada, a la que mira el ser humano después de todas las fatigas y tormentos. “Ante nosotros queda, por cierto, la Nada. Pero aquello que se resiste contra este diluirse en la Nada, es, desde luego, únicamente la voluntad de vivir, que somos nosotros mismos tal como ella es nuestro mundo... Pero si volvemos la mirada desde nuestra propia insuficiencia e inhibición a aquellos que se sobrepusieron al mundo, en los que la voluntad, llegada al pleno auto-conocimiento, se volvió a hallar en todo, y luego se negó libremente a sí misma, entonces se nos pone de manifiesto, en lugar de la constante transición de deseo o miedo, en lugar de la esperanza jamás satisfecha aquella paz que es superior a toda razón, aquella total calma de mar del alma, tal como la han representado Rafael y Correggio, sólo el conocimiento ha quedado, la voluntad ha desaparecido”.

“Nosotros, empero, miramos entonces con profunda y dolorosa ansia sobre este estado, al lado del cual lo lamentable y desesperante de nuestro propio estado, por contraste, aparece a plena luz. A pesar de ello esta reflexión es la única que nos puede consolar en forma duradera, si por un lado hemos reconocido el dolor incurable y el infortunio sin fin como esenciales a la manifestación de la voluntad, del mundo, y por el otro lado, al quedar anulada la voluntad, vemos diluirse el mundo y sólo conservamos ante nosotros a la vacua Nada... Lo confesamos francamente: lo que queda después de la total anulación de la voluntad es para todos aquellos que aun están plenos de voluntad, ciertamente, una Nada. Pero también inversamente para todos aquellos en los que la voluntad se ha dado vuelta y se ha negado a sí misma, éste nuestro mundo real con todos sus soles y vías lácteas, es una Nada”.

2.

No puede estar dentro del marco de este libro tratar toda la doctrina de Schopenhauer, sino sólo hacer resaltar aquellos puntos que pueden coadyuvar al juicio sobre nuestras leyes vitales y sus manifestaciones en la visión del mundo, la ciencia y el arte.

Aquí debe extraerse, ante todo, el concepto central de la filosofía de Schopenhauer: la voluntad La hemos visto presentada como lo conocido y otorgado directamente a todos nosotros. Ahora bien: si se pronuncia la palabra voluntad, sin duda a todo el que sea desprejuiciado, no aun hipnotizado por Schopenhauer, le viene a la conciencia el principio que no puede ser ulteriormente explicado y que en realidad es conocido "en lo más íntimo", el que, a despecho de todo el egoísmo innato, muy a menudo habla en nosotros y a veces ha engendrado en la historia de los pueblos figuras inconcebiblemente pujantes. Quizás se nos presente ante la mente la potencia anímica de los místicos alemanes, de un Lutero, la entrega de la vida de muchos hombres que luchaban por una idea, la figura del superador del mundo de Nazareth, en suma, todas las personalidades que han representado la libre voluntad en contra de todas las potencias en la vida. En esto acaso pensaríamos si fuéramos invitados a buscar por la esencia dentro de nosotros que es designada con la palabra voluntad, y que nos ha de ser conocida "en lo más íntimo". Pero cuanto más continuamos la lectura en Schopenhauer, tanto más se hace evidente que esta interpretación de la voluntad sería errónea e infantil. Antes bien, la voluntad, ciertamente, es distinta de toda manifestación, sin fundamento y misteriosa, y, sin embargo, un impulso violento y sin designio, tambaleante de apetito en apetito, demoníaco. Vive en el ser humano y en el animal, se pone de manifiesto en la planta y en la piedra, ella hace que las aguas se precipiten rumoreantes sobre las rocas, que el imán atraiga el hierro, que la planta tienda hacia arriba, que el macho vaya a la hembra, que una criatura devore a la otra...

Esta voluntad que, como se asegura, es una unidad, se deshace por intermediación de las ideas en un múltiple mundo de cuerpos, se provoca sus objetivaciones y "se enciende" en su peldaño más alto "una luz", el intelecto. Este es completamente dependiente de ella y ha nacido para su servicio. Mira hacia todas las direcciones, en busca de presas a fin de seguir constantemente a su tiránico señor. Esboza al mundo como representación, y nos encontramos con el extraño hecho de que el cerebro, que ciertamente es la precondición polar de la representación de tiempo y espacio, es simultáneamente sujeto de representación y objeto de representación. Esto recuerda la vieja historia según la cual primero la gallina salió del huevo, pero el huevo primero de la gallina.

En realidad, Schopenhauer había terminado su filosofía ya en el primer libro de su obra principal. Había mostrado que todo era "íntegramente" representación, que todo tenía como premisa condicionante tiempo, espacio y causalidad, que nosotros éramos por completo no-libres. No había dejado abierta a la razón, ese órgano subordinado, ninguna puerta trasera, limitando toda su capacidad a la representación. De ello se derivan todas las ulteriores enormidades sobre la misma. La voluntad, sin embargo, que en otros casos en todas partes producía tan conforme al objetivo (el por qué, eso sigue siendo un eterno misterio) sus objetivaciones, había cometido una imprudencia (que es tanto menos comprensible cuanto que se asegura expresamente que las funciones del cuerpo son por completo y en todos lados adecuadas a la voluntad) y dotado al cerebro con un "excedente" de intelecto. Algunos hombres se rebelan repentinamente, renuncian, al percatarse por entero de la funesta voluntad, a esta cosa en sí y se presentan como puro sujeto de la cognición, crean eternas obras, de arte y devienen santos. ¿De dónde esta fuerza del órgano terciario, del intelecto, de poder negar repentinamente a su tirano invencible sin más, la obediencia? No lo sabemos, pero sin esta afirmación la arquitectónica schopenhaueriana de una voluntad incondicional, de las ideas, de las objetivaciones, del estado estético, etc., no es exacta. Y tampoco es exacta en otra forma.

Lo que hace falta es, ante todo, la comprensión de que la apariencia de haber ligado lo natural y lo metafísico en un sistema monístico uniforme ha sido hecha posible aquí mediante el juego con dos concepciones completamente diferentes de lo que debe entenderse por voluntad. En ninguna parte he encontrado expuesto esto con suficiente nitidez. Por cierto Rudolf Haym desecha en su trabajo sobre Schopenhauer muy enérgicamente a la voluntad como un principio de explicación de la naturaleza; por cierto, J. Volkelt comenta la disensión en la interpretación de la voluntad, pero quiere mantener el principio; K. Fischer habla tanto como nada sobre la voluntad; H. St. Chamberlain rechaza (cayendo en el otro extremo) la doctrina de la voluntad en una forma completamente general, pero tengo la impresión de que en todas partes se ha atribuido demasiado poco peso al doble empleo del concepto.

Algunos años antes de la publicación de su obra principal, Schopenhauer había considerado a la voluntad como algo grande y sagrado. Dice al respecto: "Mi voluntad es absoluta, está por sobre toda corporalidad y naturaleza, es originariamente sagrada y su santidad es sin límites". Pero luego esta representación de la voluntad reconocida como fuerza metafísica tomó colores tornasoleantes y como tal camaleón se extiende de ahora en adelante a través de toda la obra de Schopenahuer.

Schopenhauer opina, p. ej., que es el "querer" lo único por lo que nos sentimos responsables y por lo que también únicamente podemos ser hechos responsables, dado que el intelecto es un don de los dioses y de la naturaleza; esto mostraría que instintivamente se considera a la voluntad como la esencia de los seres humanos. Muy bien: únicamente que aquí la voluntad es utilizada con un significado diametralmente opuesto a la voluntad de Schopenhauer, que es un impulso egoísta carente de objetivo e invariable.

O si Schopenhauer presenta al mundo como un todo adecuado a un fin, en el cual todo se halla en una "inconcebible armonía" mutua, entonces tampoco esto se aviene con una voluntad ciega. Pero el recurso de

emergencia de que si bien la voluntad es irracional, pero actúa, sin embargo, “como si “ fuera racional, es demasiado pobre.

Si además las ideas han de representar objetivaciones más fuertes y más débiles de la voluntad, se atribuye nuevamente a un ser sin objetivos una capacidad de medida consciente del fin, a saber, en cuanto a que, tanto más intensamente ella se objetiva, tanto más diferenciada deviene.

Además toda la interpretación teleológica de la naturaleza cae fuera del sistema de Schopenhauer. Una acción humana sólo la capto como tal si comprendo su finalidad, es decir, si presupongo una voluntad creadora dirigida a un fin. Pero si considero a la naturaleza como dirigida a un fin, es decir, como finalidad inconsciente, entonces presupongo un principio ordenador, indistintamente de cuál es su naturaleza, no sólo una voluntad carente de objetivo, ciega, demencial.

Una cosa, por consiguiente, debe ser captada claramente: que con el término voluntad se designan dos conceptos fundamentalmente diferentes. El uno señala un principio opuesto a toda la naturaleza, con su afán dirigido única y exclusivamente a la auto-conservación, el otro caracteriza la esencia del egoísmo. En suma, debernos distinguir voluntad e instinto. Voluntad es siempre lo opuesto al instinto y no idéntico con él, como Schopenhauer lo enseñaba sobre la base de su dogmática monística. La diferencia entre voluntad e instinto y fuerza de atracción no es de índole cuantitativa, sino cualitativa. Si yo siento en mí —aquí Schopenhauer tiene razón—imperar indomablemente un apetito animal, dirigido por completo a lo sensual, subconsciente o entrando en el círculo de la conciencia, y que manifiesta toda su finalidad precisamente en su existencia y en su imponerse, entonces puedo, si soy poeta, imaginarme un instinto semejante también en el reino vegetal y en el reino animal. Pero no puedo hacer de esta analogía poética la base de una visión filosófica del mundo. Lo puedo hacer tanto menos en cuanto entonces la explicación de la razón me lleva a un círculo del cual no hay escapatoria.

Estoy obligado a admitir que el otro factor, que actúa en contra del apetito, también encarna otro principio; que también la razón (que está asociada a este principio puede con su ayuda superar el yugo del ciego instinto, sea temporalmente o para siempre) ciertamente está condicionada por el cerebro, pero no ha sido generada por el mismo pues la función de un órgano no puede representar al mismo.

Estoy obligado a constatar que todo mi ser volitivo es polar, está dividido en dos partes: en uno sensual-instintivo y en uno sobrenatural-volitivo; las dos almas que Fausto sentía dentro de su pecho son en realidad dos principios, que únicamente un ciego dogmatismo es capaz de presentar como uno y el mismo Si Goethe oía “muy quedamente, muy perceptiblemente” una voz que le decía qué era “lo que había que hacer” y qué “rehuir”, sin embargo, muchas veces la pasión lo arrastraba en la otra dirección. Por consiguiente, el lado moral del ser humano se basa en que el ser humano sabe que impera en su interior una ley ética categórica, y que también siente en sí la posibilidad de obedecer a ésta. De lo contrario todos los mandamientos de moral serían sólo ridiculeces y Cristo y Kant deberían haber sido seres bastante tontos. Deber y poder se presuponen mutuamente: sin libertad no hay sentimiento de responsabilidad, ninguna moral, ninguna cultura anímica.

Y al final Schopenhauer, pues, también se echa a sí mismo de la silla de montar. Cuando el instinto, que arrastra tan violentamente, reconocido por la razón terciaria, de repente ha de comenzar a soplar suavemente y a ronronear placenteramente, entonces eso es una consecuencia que hasta al Schopenhauer poseído de su idea le ha causado a veces dolores de cabeza. La “espada de juncos de la razón” (Deussen) no puede por la sola cognición solucionar ningún conflicto mundial, de lo que resultan dos consecuencias: o bien se parte de la realidad y, teniendo ante la vista ejemplos de la índole más sublime, se reconoce la posibilidad del triunfo de la voluntad sobre el instinto; o se comete un acto de violencia y se declara a todo el mundo como no-libre, renunciando con ello a toda posibilidad de purificación. En aquella posición estaban Cristo, Leonardo, Kant y Goethe, en ésta los indios y Schopenhauer. Pero por una sola vez este último permitió súbitamente un presentarse-en-el mundo de la libertad, una vez, como “única excepción”. Es que el Deber, sobre el cual, por lo demás, es vertida la lejía de su sarcasmo, se presenta al final como deus ex machina; al instinto carente de finalidad, caótico, le es inherente ahora repentinamente una fuerza moral, y el orden ético del mundo, al cual con razón Schopenhauer asigna gran importancia, está salvado. Por lo demás la voluntad primitiva de Schopenhauer conoce únicamente lo físico, no lo moral; ahora aparece como lo contrario.

De modo que también Schopenhauer, cuando enseña la negación de la voluntad, la entiende como la negación del instinto y la afirmación de la voluntad. —Pero esto es una inconsecuencia de todo el sistema y lo saca por completo de los goznes. Lo que Schopenhauer durante toda su vida defendió con tanto celo y energía era la afirmación que el instinto representa la esencia del universo y del ser humano y es idéntico con la voluntad; lo que él admite, satisfactoriamente por cierto, pero incompatible con su sistema, es que esta voluntad es al mismo tiempo una voluntad moral, salvadora, que el ser humano, fuera del instinto y de la razón terciaria, representa, además, algo completamente distinto. La voluntad moral tal como se destaca en el último libro de El Mundo como Voluntad y como Representación, niega toda la doctrina de sus

primeros libros, y Schopenhauer confiesa más tarde en una carta, acosado por interrogadores molestos, que la cosa realmente es una especie de milagro”...

Esta visión del mundo forzadamente monística presenta una ancha grieta y ninguna época la podrá ya cerrar. Lo que Schopenhauer dice más tarde sobre la individualidad implantada en la cosa en sí y su naturaleza imperecedera es hermoso y hace honor a su ocasional triunfo sobre sí mismo, pero igualmente no se aviene con el constante sarcasmo sobre la misma. Dice: “... De ello se desprende que la individualidad no descansa solamente en el *principio individuationis* y por lo tanto no es íntegramente simple fenómeno; sino que ella está arraigada en la cosa en sí, en la voluntad del individuo; pues su carácter mismo es individual. Pero cuán hondo llegan estas raíces, esto pertenece a los problemas de cuya solución no me hago cargo”.[81] Esto lo escribe el hombre que durante toda su vida afirmaba haber hallado el principio monístico del mundo, la piedra de la sabiduría, e insultaba a todos los que no querían aceptar esto tan incondicionalmente.

Si el instinto velado como voluntad ha de representar a todo trance un principio de “unidad”, entonces esto no es la unidad de todo el ser humano, sino únicamente la síntesis de un aspecto del mismo, el natural. Esto Schopenhauer ha emprendido a realizarlo de una manera brillante. Dado que describió el instinto como el principio más o menos destacado, su doctrina, si bien no es un monismo materialista, es, sin embargo, un monismo naturalista. Pero dado que Schopenhauer no ha sido una sombra exangüe sino una personalidad potente, diremos además algunas palabras sobre él, ya que las naturalezas schopenhauerianas no son infrecuentes en el pueblo alemán.

3.

Con frecuencia se han hecho comparaciones entre el hombre y la obra, y se señaló, por un lado, los abiertos contrastes, pero, por el otro, la coincidencia de muchas doctrinas con la personalidad. Y es cierto: el hombre que con toda convicción se consideraba un fundador de religión y predicaba la negación del mundo vive una vida bastante despreocupada como patricio en posición acomodada y se afana por su bienestar con celo que impresiona directamente como grotesco. Abandona Berlín a causa de un mal sueño y por miedo al cólera; en Frankfurt vive en la planta baja para poder ponerse a salvo rápidamente en caso de incendio; en todas las visitas lleva consigo un vaso para no exponerse a un peligro de contagio por beber de vasos posiblemente no limpios... Aquí se pone de manifiesto su “voluntad” con una fuerza acrecentada hasta lo patológico. Schopenhauer estaba poseído de un sentimiento de miedo sencillamente demoníaco ante la muerte; estaba poseído de un brutal egoísmo y estaba lleno de una indecible ira contra aquellos que tenían algo que objetar contra él. Él era, no obstante, simultáneamente un intelecto de dimensiones universales, de cuyos geniales discernimientos y relámpagos del espíritu miles aun recibirán revelaciones anímicas, que esclareció maravillosamente más de un interrogante, y que escribía un alemán de una magnificencia, colorido y claridad como sólo muy pocos entre los grandes.

En cambio, la voz “queda, perceptible” sobre la que refieren Goethe y Kant, la ha sentido sólo rara vez; se presentó solamente como un anhelo indeterminado. No pudo captar la finura de Schleiermacher y la grandeza de Fichte; estaba oprimido y asfixiado por la enfermedad de una gran exageración de su propio yo y hablaba sólo con satisfacción del mal ajeno, de las debilidades de aquellos con quienes se encontraba en la vida.

La expresión de que el ser humano no es un libro elucubrado, sino un producto de la naturaleza con “sus contradicciones”, a ninguno le viene mejor que a Arthur Schopenhauer; rara vez posiblemente la contradicción entre instinto, juicio y voluntad haya sido tan fuerte en un corazón. Al avanzar su edad sintió con agrado retirarse el instinto sensual, y a partir de entonces menguaron sensiblemente las sentencias laudatorias a favor del pesimismo como principio (en el sentido de amargura). Como anciano septuagenario escribe: “Que el antiguo Testamento fija en dos pasajes 70 hasta 80 años, poco me importaría, pero lo mismo dice también Herodoto en dos ocasiones: esto pesa más. Pero el Sagrado Upanishad dice en dos oportunidades: 100 años es la vida del ser humano... Esto es un consuelo”.[82]

Antes, sin embargo, Schopenhauer ha sentido, ciertamente, de modo profundo la lucha interior de dos naturalezas; su obra principal tampoco ha sido escrita, tal como algunos filósofos superficiales (Fischer) afirman, por un espectador frente al teatro de la vida, sino por un actor participante, aprehendido por el demonio. De otro modo como intelecto hubiera visto fácilmente las partes incongruentes de su obra, pero así eran el reflejo de una verdadera vivencia. Del mismo que el propio Schopenhauer sentía retorcerse bajo un gran instinto, así también todo el mundo que lo circundaba le parecía ineluctablemente librado al mismo.

[81] Carta del 1 de marzo de 1858.

[82] *Parerga* II, cap. 8, art. 116.

Así como él vio ensancharse su intelecto, así también en su obra hizo teóricamente desprender a éste por completo del yugo del instinto. Y así como él poseía sólo un impotente sentimiento de premonición de la voluntad libre, también el ordenamiento moral del mundo aparece al final sólo en forma totalmente recatada. Que la sola cognición del instinto podría superarlo, eso Schopenhauer lo ha predicado como un anhelo, pero él mismo, a pesar de toda su penetración, no lo pudo realizar. Y si semejante inteligencia no lo ha logrado, entonces esta grandiosa auto-confesión, y tal es El Mundo como voluntad y como representación, se condena a sí misma. Schopenhauer no ha querido ver, o por un patológico aferrarse a una concepción dogmática, admitir, que una docta percepción filosófica teórica por sí sola no puede traer ayuda, sino la presencia de un factor del cual han dispuesto todos los verdaderamente grandes: la voluntad que domina o vence al instinto. Si Buda reconoce al instinto como sufrimiento, esto es sólo un lado de su ser; pero si mediante la acción vivida lo pospone, entonces esto es el otro lado volitivo. Cuando Cristo se levanta contra la "raza de víboras", cuando por una idea toma sobre sí a la muerte, entonces esto es el efecto de un principio de libertad contrario al instinto de vivir, que ninguna controversia es capaz de quitar de en medio y que no se basa exclusivamente en el juicio.

"La conciencia autónoma", tal como Goethe la entendía, se pone de manifiesto como "sol del día ético", como un principio que Schopenhauer creyó haber superado al introducirlo por contrabando en el instinto, para dejar luego tornasolear ambos en forma entremezclada.

La filosofía de Arthur Schopenhauer constituye un recipiente lleno de muchas exquisiteces, sostenido por la cinta de hierro de su robusta individualidad. Ahora, cuando esta ciencia ha caído, todas las partes, por más hermosas que son como tales, están en desorden. La personalidad no era suficiente para una obra plenamente realizada, pulida, y la filosofía de Schopenhauer fue un sueño trágico de un buscador desesperado. La voluntad, con cuyas manifestaciones dispersas y sobre cuyas contingencias el "genial espíritu del mundo toca sus ingeniosas melodías", sólo puede ser una voluntad genial. Pero la voluntad, que es sólo un impulso sin fundamento, sin meta, ciego, es un instinto puramente animal. Aquella es un principio creador de valores, ésta un principio rebajante, a-creador. Aquella nos revela la dignidad de la naturaleza humana, ésta el lado vacuo de la misma. Todos los grandes artistas y santos están plenos de la primera, la han plasmado en las acciones como obra de arte y como vida; mediante ella y mediante la razón formadora de ideas han guiado al instinto a vías donde como material de su creatividad éste encontró su lugar apropiado. Arthur Schopenhauer también perseguía lo mismo y falló porque le faltaba junto al intelecto, la voluntad. Esto es lo trágico de su vida y de su obra. Y como tal tragedia Schopenhauer estará siempre seguro de nuestra veneración, como el ejemplo de una lucha heroica —yen su grandiosidad genuinamente occidental— por la esencia de este mundo; un hombre ha puesto aquí todo sobre una carta y ésta ha fallado. Los desesperados esfuerzos hacia la altura terminan siempre con una recaída en la nada. Pero hasta Schopenhauer, tan enteramente a-indio, confesó que lo más elevado que un ser humano puede alcanzar es una "vida heroica". Esto es una confesión nórdica como más hermosa no puede ser hallada. Y por eso, también Arthur Schopenhauer es nuestro.

4.

Para lo que quisiera decir en este libro, el precedente análisis de la filosofía de Schopenhauer me parece especialmente importante. Sus obras hoy se encuentran no sólo en las mesas del profesor, sino de la misma manera sobre las del comerciante, y gracias a su brillante estilo y seductor arte de persuasión, se han abierto camino a los más amplios círculos. El concepto de la "voluntad" es, por tanto, de uso corriente en todas partes, y probablemente es interpretado ahora, por lo general, en sentido schopenhaueriano como un ciego impulso, aun cuando otra acepción semiinconscientemente siempre lo acompaña. A este concepto de la voluntad se trataba de someterlo a un breve examen y poner en evidencia su contradicción en sí mismo, es decir, interpretarlo como instinto y nada más. La voluntad debe ser interpretada en su antigua pureza como un principio proveniente del reino de la libertad, que actúa en contra del instinto egoísta, tal como Kant y Fichte lo entendían, si uno quiere volver a liberar una base para el sentimiento nórdico de la vida. Pero esta controversia es también de importancia fundamental para la comprensión del arte occidental y sus influencias anímicas. Si hablo de una interpretación estética no abúlica del arte, no es que quiera sentar la imposible afirmación de que el arte debe actuar sobre el instinto, la "voluntad" de Schopenhauer, sino que las obras de arte, y sobre todo un determinado grupo de ellas, no se dirigen exclusivamente, o en absoluto, al sujeto de la cognición sumido en un estado de ánimo contemplativo, sino precisamente apuntan a la inducción una actividad anímica, de una voluntad.

Uno de los más importantes juicios sobre la esencia de todo lo humano es el reconocimiento del hecho de que el hombre es una criatura plasmadora. Toda su actividad anímica y racional tiene como base el afán de la transformación; únicamente de esta manera puede apoderarse del mundo circundante, aprehenderlo como una unidad. Pero así también él se forma con sus fuerzas su propio interior y proyecta esta acción

hacia afuera como religión, moral, arte, idea científica, filosofía. Cinco tendencias viven en el ser humano; cada una exige una respuesta. En el arte busca forma exterior e interior; en la ciencia la verdad en la coincidencia de juicio y fenómeno natural; de la religión pide un símbolo potente de lo sobrenatural; en la filosofía exige la concordancia del querer y del conocer, de religión y ciencia. En la moral se crea las necesarias normas para el accionar.

Toda vez que el ser humano entra en una de estas cinco áreas expresa una plasmación de distinta orientación, una voluntad de distinta acción. Este empeño del querer y conocer no puede ser interpretado sobre la base de toda la naturaleza, son tendencias que al instinto y su satisfacción o bien le están enfrentadas con indiferencia (ciencia, filosofía), o dispuestas a la lucha (moral, religión), o bien atraen a ambos a la esfera de su plasmación (arte). La distinción de estas diferentes tendencias de las fuerzas anímicas, que se remiten a la voluntad y a la razón y se reúnen en el alma, en la personalidad, significa la primera premisa de una genuina cultura, su plasmación vital unitaria, el mito de una raza. La distinción puede ser realizada en forma ingenuo-inconsciente o filosófico-consciente; de qué manera y colorido de acentuación de la tendencia individual esto se lleva a cabo, también de ello depende la diversidad, la riqueza de relaciones de una cultura, como expresión de una raza determinada anímicarnente.

III. ESTILO DE LA PERSONALIDAD Y DE LA OBJETIVIDAD

1.

El espacio es simultaneidad, la esencia del tiempo, una sucesión; el espacio sólo puede ser representado como reposo, el tiempo es medible únicamente en el movimiento. Un alma estático-artística preferirá siempre por consiguiente, las artes del espacio, y recalcará también en las otras más bien una contigüidad anímica que una sucesión y separación. Una fuerza creadora dinámico-artística, a su vez, tratará de realizar en su arte todas las cualidades del movimiento exterior e interior, es decir, se adueñara especialmente, de las artes del tiempo (música, drama) y representará también en las artes del espacio, el desarrollo, el devenir; se empeñará por concentrar hasta en la simultaneidad del espacio el pasado, presente y futuro en un solo instante. Por tal razón, p. ej., la pintura del Occidente es, en primer término, arte del retrato. Esto significa: dentro de la necesaria forma espacial de una simultaneidad debe ser introducido el máximo movimiento interior: la dinámica de toda una vida vivida en un instante. Esta era la índole del arte de Rembrandt, Leonardo, Miguel Ángel, pero dinámica es siempre descarga de la voluntad. También en el arte.

Estas reflexiones son fundamentales para captar la esencia de la antigüedad y del Occidente, si es que se ha llegado a comprender que la Hélade era artístico-estática, y que Europa tiene una disposición artístico-dinámico-volitiva. La consecuencia de esta diferente posición anímica fueron dos tipos estilísticos, que yo quisiera denominar estilo, de la objetividad y de la personalidad.

Todo investigador serio de las leyes artísticas se ha visto obligado a reconocer al menos una duplicidad de la creación. Tal como hemos constatado al tratar el concepto schopenhaueriano de la voluntad, el dogma metafísico de éste fracasó por una mezcla antinatural de dos tendencias de la volición. Instinto y voluntad se encuentran en un frente común con respecto al intelecto, son, eso sí, una volición, pero hacia orientaciones divergentes. Ahora bien: la creación artística como tal es, por cierto, siempre una plasmación libre, pero también aquí esta originaria voluntad de forma se divide en, por lo menos, dos corrientes de fuerza. Esto, como ya se dijo, no es un descubrimiento nuevo. Se denominaba, p. ej., una de las especies de obras artísticas, apolínea, la otra, dionisíaca, y se quiso significar de este modo tanto diferencias de estado de ánimo como diversos estilos de la creación artística. La expresión original de Nietzsche tiene su justificación en el marco del arte griego. Pero fue absolutamente erróneo trasladar estos conceptos unidos inseparablemente con el espíritu del helenismo, al arte de otros pueblos. El arte occidental-nórdico no es nunca apolíneo, es decir, alegre, equilibrado, formal-armónico y jamás dionisiaco, es decir, sólo excitado sensualmente, estático. No es siquiera posible hallar las palabras alemanas que captaran acertadamente el hálito helénico. Hay que tener ante la vista a Kallikrates, Fidias, Praxiteles, Homero y Esquilo, el culto griego de los antepasados y los juegos báquicos, los sepulcros y la creencia en la inmortalidad, para comprender lo que apolíneo y dionisiaco quieren decir. Trasladar esta distinta expresión anímica al arte alemán ha sido imposible y sólo ha causado confusión.

Schiller había tratado, por su parte, de interpretar la duplicidad de la creación artística (limitada sólo a la poesía) como ingenua y sentimental. Por tal motivo se ha visto en más de un callejón sin salida, así, p. ej., se vio obligado a designar tanto a Homero como también a Shakespeare como poetas ingenuos. Pero su agudo intelecto le ha salvado al fin siempre de toda estrechez. Y aun cuando sigue aferrado al dogma obligatorio de la contemplación estética, no obstante ello, en cada una de sus disquisiciones está contenida una cantidad tan grande de observaciones profundas, reveladoras de nuestro ser, que todo alemán debería conocer sus *Aesthetische Briefe* [*Cartas estéticas*. N. del T.], *Ueber naive und sentimentalische Dichtung* [*Poesía ingenua y sentimental*. N. del T.], *Ueber Anmut und Wurde* [*De la gracia y de la dignidad* N. del T.] *Ueber das Pathetische* [*De lo patético*. N. del T.], *Gedanken über den Gebrauch des Gemeinen und Niedrigen in der Kunst*, [*Reflexiones sobre el empleo de lo vulgar y de lo bajo en el arte*. N. del T.] etc.

La ulterior usual clasificación en un estilo idealista y naturalista no es ni formal mente esclarecedera ni en otro sentido provechosa. Pues el arte germánico siempre ha sido ambas cosas a la vez. Un Leonardo que recomienda a sus alumnos estudiar también las manchas de suciedad en la pared y que al mismo tiempo dibujó la cabeza de Cristo; un Durero, que con fidelidad microscópica pinta un conejito o un ala de ave, crea “Caballero, Muerte y Demonio” y la “Pequeña Pasión”, fueron “idealistas” y “naturalistas” simultáneamente. Un Rembrandt no se arredra ante ninguna descripción, tampoco la del ser humano en su aspecto animal, y es, sin embargo, el creador del “hijo pródigo”. Un Grünewald no nos ahorra ninguna representación de martirios corporales y pinta junto a ello la “Resurrección”; un Goethe compone el Sabbath del Blocksberg y el Coro Místico en una misma obra.

El arte europeo no fue nunca un “idealizar” en el sentido dulzón que nos es corriente, nunca un temeroso evitar o apaciguar la naturaleza. A través de la naturaleza corrió más bien el camino de la plasmación de los artistas occidentales. Antes de que la naturaleza fuera superada, había sido expresada inexorablemente.

No era un ideal de belleza-armonía en el sentido de la antigüedad el que dominaba en Europa, sino el ideal de una nueva voluntad estética que se encarnaba desconsideradamente.

Por consiguiente, para la esencia de nuestro arte, no puede escribirse una filosofía de lo —siempre estático— bello y de lo armónico, o sea aplicar el cartabón obtenido de la antigüedad. El concepto de lo bello debe —para poder llegar a ser de cualquier modo útil— recibir un sentido ampliado. Como “hermoso” puede tener validez, al lado del ideal racial nórdico, únicamente para nosotros la irradiación interior, que se manifiesta a través de la materia, de una voluntad potente.

La belleza de la Novena Sinfonía es esencialmente distinta de la belleza de un templo griego; la cabeza de Tito de Rembrandt en Petersburgo es una bella alma distinta a la del Apolo de Praxiteles.

La belleza griega es la plasmación del cuerpo, la belleza germánica es la plasmación del alma. Lo uno significa equilibrio exterior, lo otro ley interior. Lo uno es como resultado estilo objetivo, lo otro estilo personal.

También la designación: estilo tipificador e individualizador ha sido empleada a menudo. Y como por lo común no se investiga mayormente ni se ahonda, se cree que el artista tipificador prescinde más de las contingencias y busca únicamente plasmar los grandes rasgos del carácter, y que el individualizador, a la inversa, prefiere precisamente estas arbitrariedades y particularidades. Mediante tal apreciación el problema del estilo es captado sólo como un método y no como necesidad artística. Se puede luego leer en páginas enteras como algún artista se ha elegido ya uno ya el otro estilo, a fin de trabajar “de acuerdo a su espíritu”. Que se trata de procesos interiores por lo general se deja de lado, y de esta manera personas muy doctas hasta llegan a la conclusión de que el Fausto sería en la primera parte el resultado del estilo individualizador, en la segunda del tipificante.

El devenir interno de la personalidad naturalmente no puede ser captado de esta manera. Pues si personalidad, individualidad y subjetividad son presentadas como una y la misma cosa, la consecuencia forzosa es una confusión tras la otra.

El estilo tipificador y el individualizador no son dos métodos que los hombres de todos los pueblos emplearon según la necesidad, sino que el estilo objetivo y el de la personalidad son leyes esenciales de la creación artística de determinados pueblos, luego en sentido más estrecho, también de los artistas individuales mismos.

Las palabras iguales no son nunca como las monedas del mismo valor, según su entorno transmiten distintos matices conceptuales. Pero de todos modos es necesario ponerse de acuerdo sobre el sentido preponderante de una designación y escoger para otros matices en lo posible otras palabras. La personalidad (voluntad más razón) es el poder opuesto a la materia, que representa lo metafísico en el ser humano, en sentido más restringido, la actividad interior actuante sin reposo, del ser interior, el enigma primigenio (fenómeno primigenio) del alma germánica. Persona (instinto más inteligencia) es el cuerpo del ser humano y sus intereses. Individualidad significa la reunión inseparable, aquí en la Tierra, de persona y personalidad. El tratamiento “individual” se refiere a esta unidad, el tratamiento “personal” a la personalidad, la representación subjetiva a los móviles comprensibles en base a la persona.

El objeto es siempre el mundo. Entre otros, también el ser humano como persona. La fuerza de la objetividad del arte depende de la fuerza y de la diversidad de estas posiciones.

Todos aquellos que hasta ahora encontraron diferencias esenciales entre la orientación objetiva y subjetiva de la creación, se vieron inducidos por estas investigaciones no proseguidas mayormente a enfrentar a la objetividad únicamente subjetividad, es decir, arbitrariedad o estados de ánimo opuestos al valor del objeto, sin fuerza formadora de estilo. Por lo cual también todos ellos —para proteger a los grandes artistas contra esta interpretación— caracterizaron la “objetividad cristalinamente clara” como su modo de ser y como la exclusiva norma del arte supremo. A un desmembramiento demasiado rápidamente terminado siguió una síntesis defectuosa, al menos unilateral, un corto-circuito espiritual. Esta doctrina obligatoria de la validez universal del cartabón de la “objetividad” debe ser abandonada.

Goethe expresó alguna vez una concepción muy singular. Opinó que a cada voluntad personal corresponde algo objetivo de la naturaleza, es decir, toda volición artística personal puede ser transformada en algo objetivo-sujeto-a-leyes, en algo orgánico-legal, es decir, que encuentra allí su contraparte. Esta posición perfectamente determinada, personal, hacia el mundo de la materia ha conducido realmente a los magnos hechos interiormente orgánicos del “romanticismo” y del gótico, que en su unitariedad interior no tienen parangón. El sentimiento de este hecho lógico y natural frente a las catedrales de Reims, Ulm y

Estrasburgo, nos ha hecho pasar por alto durante largo tiempo qué violencia se ha cometido en estas obras contra la piedra. No hemos prestado atención a cuán grande expresividad plasmadora, cuán intensísima fuerza artística interior debe haber sido necesaria para poner a la materia esquiva al servicio de una idea que evidentemente actuaba en su contra. Pues póngase bien en claro: tallar de la piedra transparentes dibujos de encaje Y construir torres con ellos no se le había ocurrido en esta forma aun a ningún pueblo. El bloque de piedra, el relieve, la escultura masiva significaron antes arte escultórico de monumentos. Aquí en el gótico se había presentado un espíritu nuevo. Y sin embargo: la catedral de Estramburgo es, está como crecida del suelo, impresiona objetivamente, es decir, como real y conforme a leyes.

Aquí se pone de manifiesto una relación notable, que estimula a la más profunda investigación en todos los terrenos: la personalidad artística más pujante lleva consigo en todas partes como fuerza de gravedad, estructura, es decir, viviente sujeción a leyes. Si ella, después de algunos ensayos violentos se ha apropiado los medios que dominan la materia, entonces la obra de arte es al final una creación que impresiona como orgánica. La auténtica personalidad se halla al principio en antagonismo con respecto al objeto a dominar, luego éste es obligado a responder a una voluntad formal, y cuanto esto sucede, el estilo de la personalidad es la consecuencia.

El subjetivista no está dominado por una orientación volitiva (tampoco en la obra individual), sino por contingencias internas y externas. El subjetivismo significa en todo sentido y en todos los campos, la violación tanto de la personalidad como del objeto, la "cosa"; es a veces un gracioso juego, o bien repugnante a-configuración (del lado de la forma), luego a veces chanza sensual, anarquía de manicomio o apetito desenfrenado (como sentimiento), pero tanto lo uno como lo otro sin conformarse a leyes ni interiores ni exteriores, sin estructura interna ni forma externa. El subjetivismo tanto como problema filosófico como también puramente artístico, es el resultado de la infecundidad interior (del entrecruzamiento racial) de un pueblo, de una individualidad, de toda una época o en forma general —como fin— el símbolo de un derrumbe anímico-racial.

2.

En ninguna parte se hallan tan claramente una frente a la otra la estática artística y la dinámica artística como en la arquitectura griega y gótica. Dentro de toda la arquitectura nórdica estas creaciones constituyen las manifestaciones más agudamente opuestas de la voluntad formadora que se pueden concebir. El gótico significa la tentativa ensayada sólo una vez con seriedad y también sólo una vez lograda en toda la historia de la arquitectura, de plasmar un arte del espacio a partir de un sentimiento metafísico del tiempo. La esencia del tiempo está condicionada por una dirección, en oposición a las tres dimensiones del espacio. El gótico también conoce únicamente una sucesión de las formas, un impulso únicamente en una sola dirección. Por consiguiente, el se encuentra en lucha tanto con la materia —el bloque de piedra, con carga horizontal y sostén vertical—, como con los medios que exigen espacio, la superficie de la pared, el techo. El gótico es, en consecuencia, la plena realización de un anhelo, que también conoce sólo un hacia adelante, él es la primera corporización pétrea del alma occidentabdinámica, tal como más tarde la pintura la trató nuevamente de corporizarla, pero que recién luego en la música —en parte también en el drama— pudo realizarse totalmente. Ya desde este punto de vista general el gótico es algo en máximo grado personal: lo eterno irracional, volitivo, del Occidente en la forma determinada temporalmente de una de sus oscilaciones que se suceden rítmicamente.

Naturalmente también el templo griego era la expresión de un sentimiento popular, y de este modo, en cierto sentido, la expresión de una personalidad. Pero si bajo el término personalidad (y ello ha de ser así siempre en lo sucesivo) comprendemos un antagonismo con respecto a la materia, un afán atacante activo e incansable de transformar la materia en alegoría de la más íntima volición y de fuerzas formadoras artísticas, entonces en el templo griego percibiremos sólo muy poco de esta voluntad: aunque el templo griego fue edificado en honor de un dios y albergaba también una estatua de este dios, sin embargo, este recinto interior santificado por ella no era lo esencial, sino la estructura total exterior. Toda la construcción es sentida de antemano, por lo tanto, como una porción de plástica, y más precisamente como una configuración cúbica del espacio que descansa en sí misma. El templo griego está emplazado aisladamente, no muestra relaciones inevitables con su entorno, a pesar de una fachada principal, ha de ser contemplado desde todos los lados. La construcción dórica clásica es la más perfecta ritmización del espacio descansando en sí misma En los cartabones de las partes individuales se ocultan los cartabones del total; ninguna línea, ningún adorno, que señale más allá de la forma misma del templo, todo es función depurada, contemplativamente captable, o bien vivida; carga y sostén han sido expresados en la forma más clara y se hallan entre sí en perfecto equilibrio.

Toda la construcción está dividida en tres capas: el techo que gravita, con friso y arquitrabe, la hilera de columnas sostenedorás, la base de escalones ampliamente extendida. Por ser conceptuada la obra total

como una pieza, p. ej., la columna dórica clásica carece de base. Si el griego hubiese prestado o debido prestar atención a lo individual, el empleo de la base se hubiera producido de inmediato (como más tarde en la época del arte jónico y del Renacimiento). En época dórica, en cambio, toda la subconstrucción formaba la base para toda la hilera de columnas y la carga transmitida por éstas. El peso del techo es captado, en puntos aislados, por las columnas. En cierto modo, como un cojín se intercala aquí el capital dórico, que en su contorno sigue a la línea matemática de la fuerza y representa, hasta en su ultimo trazado de líneas, la más genial creación de una voluntad de estilo orientada hacia la objetividad. El carácter de contraposición de la columna es insinuado mediante un pequeño hinchamiento del fuste. La horizontalidad de la carga está acentuada nuevamente mediante la tripartición del arquitrabe, mientras que lo sobresaliente del saledizo de la cornisa es simbolizado mediante las gotas. Encima de ello se yergue la terminación libre del cimacio con ligero envión al aire. Sobre los ángulos del frontón y en la punta del frontón se encuentran los acroterios como puntos en reposo. Por razones estáticas y formales de la visión de conjunto las columnas de las esquinas están algo reforzadas e inclinadas hacia adentro, por experiencias perspeptivistas los escalones no están colocados estrictamente horizontales. Hallamos, de esa manera, en todos lados una voluntad artística que se esfuerza por la expresión de lo objetivo y al mismo tiempo con genialidad formal. Las variaciones en las proporciones del ordenamiento de las columnas, la introducción de un ornamento más rico en los tímpanos del frontón, sobre los frisos, la jónica que se vuelve más ligera, todo esto no ha modificado en lo esencial el leitmotiv griego. A través de más de medio milenio este genio griego claro y libre ha variado permanentemente la ley básica reconocida como perfecta y ha dejado vestigios inconfundibles en todas aquellas partes donde pudo actuar.

No es una presión interior cada vez de nuevo perceptible, apenas algo personal en nuestro sentido, lo que allí habla de las piedras. Tampoco hay en ello tanto como nada de subjetivo, que exprese algo sensual: es el espíritu, por una sola vez nacido en el mundo con esta perfección, de objetividad artística.

También el gótico reconoce naturalmente precondiciones objetivas: la ley arquitectónica (construcción) técnicamente clara. Hasta se ha tratado de "explicarla" sobre la base de consideraciones puramente de ingeniería. Pero para el espíritu germánico (el gótico pertenece a la época germánica del Occidente nórdico, a diferencia de la alemana, que conscientemente comenzó en el siglo 18, pero recién hoy despierta a la plena conciencia), los nuevos inventos técnicos tales como el arco ojival, el sistema de contrafuertes y arbotantes, la bóveda de nervaduras, no son sino medios para el fin, para llevar a la realidad una nueva voluntad, no meta. Esta nueva voluntad tomó autocráticamente las formas existentes y es comprensible que artistas, filósofos y estéticos grecizantes vociferaran por la "ruda violación de la belleza griega". En realidad, todos los elementos formales existentes recibieron únicamente una distinta función que antes. La columna individual, anteriormente un soporte compacto, pierde su autonomía como miembro individual. Es reunida con otras en un haz de pilares y alargada todo lo posible hacia lo alto. El capitel de este haz no debe ser interpretado como un cojín para la concepción de una carga, sino que significa sólo un golpe de compás en el fluir de las líneas deviene esencialmente la acentuación del principio del arco ojival ricamente diseñado. De un problema puramente estático resulta aquí, por ende, una función dinámica.

Al respecto todas las ventajas técnicas de la nueva manera arquitectural son reconocidas claramente y aprovechadas. La posibilidad de abovedar con igual altura de arcos espacios de distinta magnitud, de insertar el peso de la bóveda mediante bóvedas de nervaduras en sólo pocos puntos, de hacer recoger luego aquél mediante arbotantes y transmitirlo a los fuertes puntales... este juego totalmente nuevo de las fuerzas crea otras bases de leyes arquitectónicas y exige soluciones que sólo pueden ser juzgadas partiendo de la particularidad técnico-anímica, no enturbiadas por pautas griegas. Si, p. ej., Schopenhauer afirma que la esencia del arte arquitectónico consiste en expresar lo más claramente posible la recíproca relación entre carga y sostén, y que esto a su vez se realiza de la mejor manera mediante la horizontal y la vertical, entonces él se halla por completo bajo la influencia griega. El juego de presión y contrapresión es, en el gótico, mucho más vivo y variado que en el templo griego. Visto desde aquí, la solución griega es pobre y limitada más estática que dinámica, es más estado de inercia que corriente fluyente de líneas. A esto se asocia en los artistas constructores góticos la ejecución consciente de un ritmo armónico, sensible pero no pesado. Así, p. ej., las líneas de unión entre la cúspide y el punto de apoyo del arco de la nave central y las líneas que llevan de una base al capitel del haz de pilares contiguos siempre forman paralelas. La línea mencionada en primer término incide en su prolongación, en el pie de la columna de la nave lateral. Las mismas reflexiones tienen lugar al trazar el plan de las fachadas laterales y de toda la construcción exterior. De ahí que no puede ponerse en duda que lo puramente objetivo de la construcción nunca fue descuidado; ¡cómo de otra manera se hubieran podido erguir en los aires las torres! Pero, sin embargo: todo esto era únicamente medio para el fin. Porque toda la materia se subordinaba a una determinada voluntad. Esta voluntad tenía el afán de alejarse de la tierra, no quería saber ya nada del peso de la carga horizontal, quería superar toda la gravedad terrena, no quería una construcción funcional de la materia sino expresar la actuación de un muy particular movimiento anímico. No buscó ejemplos, tomó con entera independencia el material existente, lo examinó y le imprimió luego su cuño: era personalidad. Mediante la transmisión oblicua de fuerza estaba dada la primera posibilidad de llevar a la realidad esta idea. De contrafuertes articulados se

alza un arco calado, ricamente diseñado; la línea ascendente de éste se prolonga en el techo en ángulo agudo, y finalmente es tomada por la torre, que mediante los dibujos más finos, siempre nuevos y hacia arriba más ligeros, se desvanece en el aire. La ultima impresión de una carga es provocada aun por las superficies del casco de la torre. Por esta razón aquí todo el afán está dirigido a configurarlo lo más liviano posible; para ello se insertan al perfil puntas cruciformes de hojas talladas, a fin de interrumpir aun esta línea que evoca carga. La superficie misma es calada o reemplazada totalmente por volatilizaciones colocadas verticalmente, como en la catedral de Amberes. Lo que aquí ha sido realizado por una voluntad tenaz, que deja debajo suyo el peso de la Tierra, ni siquiera lo puede apreciar aun nuestro tiempo, que hoy pasa incomprensivo al lado de las maravillas arquitectónicas góticas. Sólo pocos seres humanos se detienen con devoción ante los testigos de un gran espíritu, el espíritu del potente, tan calumniado, pero en muchas cosas, no obstante, auténticamente germánico "Medioevo". Si volviera a entrar en nuestros corazones una fe grande y genuina, entonces también volvería a despertar bajo nueva forma al "alma gótica". Ahora está aun revoloteando en otras zonas.

La disputa por la esencia del gótico está terminada. Sus fundamentos se originaron en la Francia nórdica. En aquel entonces los antepasados de los hugonotes aun no habían sido expulsados, en aquel entonces la guillotina aun no había derramado la más valiosa sangre nórdica. En aquel entonces dominaba aun un ritmo occidental en el reino de los francos. Pero lentamente fueron empujados hacia adelante los elementos del sud-este "románico", mediterráneo y de raza alpina, que más tarde se mezclaron con los germánicos y crearon al francés, que alcanzó su apogeo en los siglos 17 y 18. Aislados grandes hombres miran aun hoy llenos de añoranza hacia el Pasado hundido; son hombres de una sangre que se extingue.

Pero aun cuando la Francia del norte en el "Medioevo" fue todavía casi completarnente germánica, ciertas diferencias entre el gótico francés y el alemán ya entonces se fueron generando. Cierto es que potentes se irguieron la Notre-Dame de París, la catedral de Reims, la de Amiens, la de Rouen. Pero todas están construidas según el mismo tipo básico; son de tres naves, con el coro hexangular y la pintoresca galería del coro; todas ellas tienen dos torres. Todas las construcciones conservan, además, en su fachada principal la tripartición: portales, ventana-roseta, galería real así como líneas divisorias horizontales. La idea gótica no llega a irrumpir completamente. En Alemania vemos desde un comienzo la mayor variedad. El coro es construido ya exagonal, ya cuadrado, las proporciones difieren fuertemente entre sí, aparecen iglesias Hallenkirchen (con naves de igual altura), como la hermosa iglesia de Elisabeth en Marburg; Urich von Ensingen construye su catedral de cinco naves y la provee de sólo una torre (Ulm). Con más rapidez que en Francia el arco se hace cada vez más puntiagudo, la pared desaparece casi por completo, el portal es alzado mediante Winiperge (frontones de adorno), en la fachada es eliminada la línea horizontal, la construcción central entre las torres es estrechada. Finalmente no queda ya nada más que una tendencia hacia arriba que se repite por doquier. Los perfiles hablan de ello, las esculturas adicionadas siguen la línea arquitectónico-artística, una obra de encaje de piedra, que se burla de toda pesadez, se encarama hacia lo alto en las paredes. Y cual una potente sinfonía las luces fluyen a las naves. Su irreal fulgor hace desparecer el ultimo vestigio del mundo.[83]

En la construcción interior el gótico, a diferencia del templo griego, alcanza su punto culminante. Los grandes ventanales con las pinturas sobre vidrio, que desplazan conscientemente las paredes que cercan, desvanecen mediante sus colores y efectos de luz la sensación de estrecha limitación. Conscientemente también aquí se lleva movimiento a la tranquilidad del recinto, es decir, la sensación de tiempo a un arte espacial. El juego de la luz solar a través de cristales de color es en su movilidad, el opuesto del efecto de colores por ejemplo del Partenón, donde el color no fue nada más que superficie matizada, que se destacaba en el espacio de alguna otra. Se ha retrotraído este sentimiento de universo de la construcción gótica al anhelo de ambiente de bosque de los germanos (Chateaubriand hasta vio en ello el "espíritu del cristianismo", a pesar de que éste aun era y es el enemigo más acérrimo del sentimiento germánico de la

---

[83] Durante mi trabajo en este libro me llegó a las manos el librito de K. Scheffler: *Der Geist der Gotik*, [*El Espíritu del Gótico*, N. del T.]. Scheffler roza aquí y allá lo certero. Pero dado que no distingue nítidamente sino una sola vez, vuelve a unir desacertadamente y se explaya en generalizaciones bastante superficiales. Aquello que nosotros sentimos como espíritu gótico no ha existido ni entre los egipcios ni griegos ni en pueblos prehistóricos, es más, hasta en lo que se refiere a la poesía india debe tenerse cuidado de no agregarle poéticamente un tal espíritu. Scheffler no ha separado lo personal y lo subjetivo, además ha efectuado una mezcla del espíritu de las razas que es completamente inadmisible. De esta manera llega a escribir hasta lo siguiente: "... Como se podrá probablemente decir que la raza semita según toda su predisposición se inclina a la forma vehemente. A ella le es propio el fervor especulativo, la desconsideración hacia sí mismo y aquel genio del sufrimiento que son los fundamentos de una predisposición gótica del espíritu" (p. 68). Esta frase rebosa de monstruosidades: "forma vehemente" y espíritu gótico están muy distantes de ser la misma cosa; filosófico-especulativo, el semita nunca lo ha sido; desconsiderado era menos contra sí mismo que contra sus enemigos. Y por lo que se refiere al "genio del sufrimiento", esto no es algo gótico, sino problemática rusa. Ciertamente, existe un sentimiento de sufrimiento, pero para formarlo, y esto es lo que quiere decir crear arte, hace falta una acción, es decir, una fuerza atacante. Esta tiene un origen distinto al del sufrimiento. Scheffler comete el error inverso al de los sucesores de Nietzsche. Estos trasladaron expresiones anímicas helénicas al arte germánico, Scheffier traslada la personalidad germánica a lapones, chinos y a toda "humanidad". Una temeridad que hoy en día es imperdonable.

naturaleza), las columnas, los troncos de árboles, los dibujos de los arcos ojivales, el follaje, las ventanas, las aberturas a través de las cuales asoma el cielo. Sin lugar a dudas, hay algo de verdad en esta interpretación, solamente que aquí se confunde causa y efecto. Las columnas, etc., no son nuevas realizaciones del bosque, sino que señalan al mismo ser irracional que antaño buscaba los ondeantes bosques oscuros y echaba vistazos a infinitas lejanías; este ser se creó partiendo de este mismo sentimiento del universo los puntales góticos y los místicos juegos de colores.

De esta manera hasta el espacio interior de la catedral gótica devino cambio y proporción, no una estructuración del espacio y de las líneas que vuelven a sí mismas. Esto es también válido para la construcción exterior.

Si el templo griego era una plástica que debía ser observada desde todos los ángulos, si estaba en sí fríamente terminado e independiente, en cambio, la catedral gótica se alzaba de entre un enjambre de pequeñas casas puntiagudas. Necesitaba éstas como medida de su tamaño, y las casitas y sus habitantes se recostaban contra la común creación de su alma. Que se ría de ello quien quiera, para mí ya se expresa aquí la esencia de dos almas: armonía de lo exterior (aislamiento) y afán interior de la (dinámica) personalidad (relación). Por eso fue una brutalidad despejar el derredor de las catedrales de Colonia, Ulm, etc para poder "contemplarlas mejor". Nuevamente se había partido aquí del espíritu griego, nuevamente se había cometido un pecado contra sí mismo, no se había comprendido a sí mismo. Una vez cometido el hecho, ciertamente a los profanadores se les llenaron los ojos de lágrimas. Ahora quieren edificar nuevas casitas...

El espíritu personal, y sin embargo formador de tipos, de los siglos 13 al 15, habló en el arte poético, en la piedra y en la madera. Se asoma en camas, armarios, arcas y balaustradas de escaleras. Permanentemente trata de ser íntimo y variado, siempre muestra repugnancia ante la forma acreditada en todas partes. Es un himno de la individualidad también en lo burgués [Rosenberg se refiere, como ya hemos visto, al Bürger, esto es, al habitante de la ciudad. N. del T.]. Y mientras tanto Walther von der Vogelweide canta sus indómitos cantos de libertad. Wolfram von Eschenbach y el maestro Gottfried componen canciones alemanas y luego otro medio llega a ser expresión del alma alemana. El estilete y el pincel, que más tarde a su vez son relevados por el órgano y la orquesta.

El ser helénico culmina en la plástica, también el arte arquitectónico es una parte la misma. Al punto de vista plástico todo se subordina. La escultura griega se refiere casi exclusivamente a la persona del ser humano. El ser humano como cuerpo es el motivo imperante durante siglos, que en miles de obras de máxima perfección fue llevado a la realización.

También aquí dominaba la voluntad objetiva de estilo. Todo lo arbitrario es reprimido todo lo irracional es retrotraído a relaciones simples, todas arrugas y los pliegues son alisados, todas las exageraciones eliminadas. La liga juvenil, griega, la Efebia, se creó aquí su arte. De este modo, las obras forman larga hilera hasta Fidias, Skopas y Praxiteles, [84] en total armonía lineal y equilibrio con centro de gravedad corporal ponderado. Hasta el movimiento ha sido transformado en reposo, hasta la palestra en posición de equilibrio ponderada. Esto es casi un completo descarte de la personalidad. Se tiene a menudo la sensación de que esta forma y esta superioridad de autocontrol surgen de un cierto sentimiento de temor. Pues la muy alabada alegría del arte griego no agota su esencia. Un rasgo subterráneo de melancolía atravesaba el alma griega; pero, —en este caso por suerte— no era lo suficientemente intenso como para influenciar la creación artística. Donde el equilibrio griego fue roto, eso se produjo como bacanal "dionisíaca", y para la persona era toda la atención en la casa de baños, durante el festín, en el arte. De ahí que el falo sea el símbolo abiertamente expuesto de la vida "griega" en descomposición de las postrimerías. La voluntad del griego había sido gastada hasta tal punto en la lucha contra el instinto, que en la creación del arte la razón reflexiva se hizo cargo del rol conductor. De ahí la objetividad del helenismo. De ahí también nuestra doctrina obligatoria del estado de ánimo estético a-volitivo.

3.

Al arte en su apogeo griego y gótico les fue común la base religiosa. En el estado de ánimo religioso, aun cuando también a menudo sólo existe inexpresado, se revela toda la atmósfera de un alma popular. El desligamiento de ataduras materiales, el tentar hacia algo eterno (el signo característico de este estado), es para nosotros un indicio de que la fuerza primigenia anímica única creadora del ser humano, está realmente viva. De este estado de ánimo nace el santo, el gran investigador de la naturaleza, el filósofo, el predicador

[84] También en sus más subjetivas derivaciones (Pompeya) el helenismo queda formalmente intacto. Esta seguridad de la forma es la fuerza y la debilidad del griego. Fuerza en cuanto los helenos quedaron a cubierto de más de un camino extraviado; debilidad, porque es un testimonio de deficiencia de volición interna.

de un valor ético, el gran artista. Si a un ser humano o a un pueblo le falta este estado de ánimo carente de forma, pero único capaz de dar a luz, también le falta la precondición de un arte grande, verdadero. Su subjetividad como fuego fatuo forzosamente conservará entonces la supremacía. En honor de los dioses crearon Fidias y Kallikrates; en honor de Dios trabajaron las almas populares durante siglos enteros en la catedral de Colonia, en los templos en las rocas de la India, en estatuas del eternamente silencioso Buda. El elemento primigenio deviene forma mediante un renacimiento artístico. Y aun cuando esta esencia divina no lleva ningún nombre, su hálito, sin embargo, también sopla en un autorretrato de Rembrandt, en una balada de Goethe.

Este fondo primigenio genuinamente religioso falta, excepto escasos restos, a la raza de los semitas y a sus bastardizados semi-hermanos, los judíos.

El estado de ánimo apartado del mundo, madurado a fe religiosa, siempre, aun cuando necesariamente debe conservar representaciones terrenales, tendrá la tendencia de desprenderse del ultimo resto de la tierra, o de envolverse por completo en el silencio. Esto no puede ser de otra manera en la creencia en la inmortalidad sentida inmaterialmente.

En todo el así llamado Antiguo Testamento, como es sabido, no encontrarnos la creencia en la inmortalidad, a no ser el sedimento de la probada influencia exterior de los persas sobre los judíos durante el “destierro” a creación de un “paraíso” en la Tierra es la meta judía. A este fin los justos (es decir, los judíos), como se dice en los posteriores “libros sagrados”, de sus sepulcros en todos los países se arrastrarán por agujeros taladrados especialmente para ellos por fuerzas desconocidas, a través de la tierra hasta el país prometido. La Targum, la Midraschim, el Talmud, describen este magnífico estado del Paraíso que los espera, con la más ancha satisfacción. El pueblo elegido impera entonces sobre el mundo renovado. Todos los demás pueblos son sus esclavos, mueren, vuelven a nacer, para ser echados nuevamente al infierno. Los judíos, empero, no se irán de aquí y llevan una vida bienaventurada sobre la Tierra. Jerusalén ha sido edificada de nuevo con el mayor esplendor, las fronteras del sabbat están guarnecidas de piedras preciosas y perlas. Si alguien tiene que pagar deudas, arranca una perla del cerco y está libre de todos los compromisos. La fruta madura cada mes, los racimos de uvas son tan grandes como toda una habitación, el cereal crece por sí mismo, el viento junta los granos, los judíos necesitan tan sólo recoger a paladas la harina. Ochocientas especies de rosas crecen en los jardines, ríos de leche, bálsamo, miel y vino corren a través de Palestina. Cada judío posee una carpa, encima de la cual crece una parra áurea, de la cual penden treinta perlas; debajo de cada cepa es encuentra una mesa con piedras preciosas. En el Paraíso florecen 800 especies de flores, en cuyo centro está el árbol de la vida. Este posee 500.000 clases de perfumes y sabores. Siete nubes se encuentran sobre el árbol y los judíos golpean desde cuatro lados contra sus ramas, a fin de que su espléndido perfume sople de un extremo al otro del mundo, etc.

El país de Jauja ha llegado a ser algo serio en religión y en el marxismo judío y su magnífico “Estado del futuro” celebró su resurrección. De este estado de ánimo del alma se explica hasta hoy la avidez del pueblo judío, al mismo tiempo también su casi completa carencia de fuerza creadora genuinamente anímica y artística. El elemento primigenio religioso falta, la creencia extrínseca en la inmortalidad fue sólo adaptación superficial de concepciones foráneas, nunca una fuerza impulsora determinada intrínsecamente. Por consiguiente, el “arte” judío no será nunca estilo personal, pero tampoco nunca estilo realmente objetivo, sino que revelará meramente destreza técnica y artilugio subjetivo que sólo busca el efecto exterior; por lo general asociado a ingredientes groseramente sensuales, cuando no orientado totalmente a la inmoralidad. En el “arte” judío tenemos casi el único ejemplo donde un viejo grupo de seres humanos (pueblo no se puede decir) que ha participado de muchas grandes culturas, no ha podido liberarse del instinto; el “arte” judío es, por lo tanto, también casi el único que se dirige al instinto. No despierta, por ende, ni olvido estético de sí mismo ni se dirige a la voluntad, sino simplemente (en el mejor de los casos) al juicio técnico o a la excitación subjetiva del sentimiento. Siendo así, obsérvese ahora a los artistas judíos. Empezando por los cantos de los salmos, ora castañeteando de miedo, ora “lanzando gritos de alegría llenos de temor”, ora resollando ávidos de venganza (salmos que sólo gracias a la versión poética de Lutero suenan a menudo tan hermosos), pasando por el gimiente Gebirol, el lascivo David ben Selomo hasta el infame Heinrich Heine. Préstese atención a Kellermann, que endiosa a Mamón, al efectivista sensual Schnitzler. Felix Mendelsohn fue llevado por Zelter tras muchos años de fatigas a Bach, por el cual el judío hizo luego propaganda. Lo mejor de su producción, lo técnico-formal. Obsérvese también a Mahler, quien decididamente toma un arranque hacia la altura, que finalmente a pesar de todo tuvo que “judear” (Louis) y que esperó lo ultimo de una orquesta de mil voces. Mírese la producción exagerada y en masa del circo teatral Reinhard Goldmann, examínese los niños prodigio judíos en el piano, con el violín, sobre las tablas: Talmi (similor), técnica, artilugio, efecto, cantidad, virtuosidad, todo lo que se quiera, sólo ninguna genialidad, ninguna fuerza creadora. Y en originaria foraneidad con respecto al ser europeo, la totalidad del judaísmo se convirtió en propulsor del “arte” de negros en todos los campos.

Que la prohibición de no hacerse dioses debe ser remitida a la completa incapacidad para el arte plástico, ya fue comprobado por Dühring; igualmente es ésta la causa de que haya podido ser eficaz

durante milenios. Las actuales tentativas desesperadas de artistas plásticos judíos de demostrar su talento mediante futurismo, expresionismo y "nueva objetividad", son un testimonio viviente de esta vieja realidad.

Aisladas tentativas hacia afanes más elevados no han de ser negadas (Juda Halevi), pero faltó en el judaísmo, considerado como un todo, el fluido del cual nacen valores realmente grandes.

Si, como en nuestro tiempo, los "artistas" judíos ocupan un lugar preponderante en nuestra vida artística, entonces esto es un signo infalible de que nos habíamos extraviado del camino justo, que nos ha sido soterrada —sólo temporariamente, es de esperar— una fuerza anímica de la cual no se puede prescindir.

El arte del Islam debe ser interpretado como casi puramente subjetivo. Todo el susurro de los chapaleantes juegos de agua pintorescamente construidos, todos los lugares sombreados, acogedores y murmurantes, todo el abigarramiento de los colores tornasoleantes, toda la iluminación con millares de velas de la Alhambra, todo el juego desconcertante de líneas de la ornamentación de las paredes de los palacios, no puede hacer olvidar la pobreza anímica interior. La mayor parte de lo grande, empero, que el Islam nos ha dejado en su camino a través del mundo —las potentes cúpulas de los sepulcros de los califas, la transmisión de la sabiduría griega, los cuentos llenos de fantasía—los reconocemos hoy como préstamos de un espíritu extraño, ya sea que proceda de Grecia, Irán o India. Un sistema desprovisto de religión metafísica, no pudo ser realmente creador. Aun cuando el más allá árabe no fijaba ningún lugar sobre la Tierra tal como lo hicieron los judíos, sin embargo, el contenido representativo es esencialmente el mismo. Que la infecundidad del alma está apareada a una fe inflexible no modifica nada en los hechos. Como un carácter peculiar siempre reconoceremos al árabe, solamente no como un ser humano creador.

Frente a esta contrapartida se nos manifiesta el anhelo de la mayoría de los demás pueblos como emparentado entre sí. Un Lao-Tsé, visto desde aquí, se aproxima estrechamente a Jajnavalkya, a Cristo, a los grandes de Europa, por más diferentes que todos ellos sean. Aquí se muestran en acción fuerzas que próximas en el espacio, pero interiormente diferenciadas entre sí por un mundo, llevan su existencia.

Al Islam le es ajeno la sujeción a leyes tanto en lo objetivo como en lo personal. Así como no ha engendrado ni una gran epopeya ni una gran música, tampoco ha creado un arte arquitectónico propio. Ha tomado todas las ideas arquitectónicas de los persas arios, no ha impuesto a la materia hallada ninguna forma realmente nueva y sujeta a leyes como genuina expresión anímica, sino que ha practicado casi exclusivamente un divertimiento decorativo arbitrario.

A través de tal subjetividad se originó, p. ej., el arco en forma de herradura. La viga horizontal que soporta el armazón para el asentamiento del arco común, descansaba sobre los salientes de la columna o del pilar. Después de su remoción resultaba una saliente muy notable, que ahora simplemente fue rellenada con argamasa. De este modo el arco recibió una forma no condicionada por ninguna necesidad estática; por una parte, ésta tampoco era la expresión de la voluntad de forma, interior. Era arbitrariedad no artística. Pero esta forma fue luego repetida una vez más en la línea del arco, se generaron el arco en forma de hoja de trébol, los arcos con lenguas de piedra sobresalientes, etc. Obsérvense ahora las diversas variedades. Sea en la Mezquita de Córdoba, de El Ashar, del Minarete Kait-Bai, de la Mezquita Barkuk en el Cairo, de la Mezquita Meschkehmeh en Bulak, en la Iglesia conventual de Segovia... A esto se agrega, además, que en algunos edificios un asiento de arco da en el vértice del otro, los más imposibles juegos con bóvedas, colmenas (sala de los Abencerrajes), etc. Los ornamentos "islámicos" a veces ricamentamente entrelazados, a menudo severos, los dibujos en vestimentas y enrejados, procedían casi todos de Persia. Los antiguos dibujos iranios de telas y los manuscritos provistos de dibujos han suministrado aquí los modelos.

Mientras la columna dórica desprovista de base estaba condicionada estrictamente desde el punto de vista, técnico-arquitectónico y artístico-arquitectónico, este principio es totalmente inadecuado para la sala de la famosa Alhambra. Haciendo abstracción por completo de que las columnas en la mayoría de los casos han sido recogidas de otros edificios y tuvieron que ser niveladas en su altura mediante cojinetes de distinto grosor, los arcos se apilan doblemente encimados. Las columnas parecen poder soportar apenas la presión y propiamente agujerean el arco.

La esencia de la arquitectura islámica se revela en el muy ensalzado arabesco. Verdaderamente esto es lo más hermoso que los árabes han creado. Pero tampoco él es una porción de arquitectura, sino simple adorno. El espíritu de arbitrariedad se evidencia precisamente aquí: el ornamento cubre toda la pared, carece de dirección; puede ser prolongado hacia todos los lados o terminado arbitrariamente. Mientras el adorno griego estaba encerrado dentro de un determinado espacio, compuesto para una determinada delimitación de superficie, mientras en la obra gótica todo se subordinaba a la dirección vertical que pugnaba por escapar de la Tierra, originándose por tal motivo en cada caso una sujeción externa a leyes como consecuencia de una orientación interior hacia una meta, en cambio, en el arabesco impera la falta de mesura, la inexpresión. El mejor instinto para el valor de la "arquitectura" islámica lo han demostrado los

pintores de bastidores de los teatros de operetas o especialidades. Aquí estaba a propósito el divertimiento decorativo, un explayarse sin orientación.

Es necesario destacar claramente esta naturaleza foránea. Lo podemos hacer hoy con toda razón, pues mediante la observación exacta de los métodos puramente técnicos de construcción obtenemos un medio para juzgar también otras exteriorizaciones del estilo islámico. Nuestros “filósofos” deberían dejar de buscar en el arabesco un “alma mágica”, de volver a encontrar en él algo así como la naturaleza fáustica que tiende a lo infinito. Más de una cosa que el Islam nos ha dejado en herencia es seguramente mejor de lo que recién se ha descrito, pero entonces también se evidencia, en la mayoría de los casos hasta comprobable documentalmente, que los verdaderos creadores de esta herencia no fueron árabes. Así como la ciencia “árabe”, el cultivo de la filosofía griega no estaba en manos de los árabes, sino que era practicada casi exclusivamente por persas que hablaban árabe, así también, p. ej., la mezquita del profeta en Medina fue erigida por artesanos foráneos. El Walid tuvo que recurrir a Bizancio para poder edificar en Jerusalén. Griegos erigieron “la maravilla del mundo” en Damasco. En Egipto los árabes hallaron un rico arte arquitectónico kopto; la hermosa construcción de muchos de los edificios de allí proviene de ingenieros koptos. Así un artista kopto edificó la mezquita Ibn-Tulun. Él fue también el que usó por primera vez conscientemente el arco ojival. El modelo para ello lo ofreció, sin embargo, la puerta de mármol (Quartier Nahassin) que antaño había pertenecido a una iglesia normanda (St. Jean dAcre Akkon). Todo esto debe tomarse en consideración a fin de obtener una visión justa de las diferentes influencias: sasánidas, koptos y griegos ofrecieron el fundamento. Luego se desarrolló sobre ello la arbitrariedad árabe con su sobresaturación decorativa.

Se comprenderá ahora que la imitación de estos elementos árabes (arco trebolado, arco aquilado, arabesco, etc.) nunca jamás deberá arraigarse entre nosotros. Ellos nos son extraños y deberán quedar para siempre separados de nosotros, como testimonio de un alma foránea, a la cual no puede ser aplicado el concepto de arte personal ni de estilo objetivo.

4.

Entre el subjetivismo artístico sin orientación y el estilo de la personalidad, interiormente orgánico y, no obstante, dominando la materia autocráticamente, se mueve por supuesto toda una escala de artistas y tendencias artísticas. Muchos artistas están dotados de impulsos hacia lo superior, pero sin poder, pese a ello, llevar este anhelo a la realización artísticamente pulida; los otros se adueñan despreocupadamente de la vida común, la describen, pintan, estilizan, por puro placer en la formación. La individualidad —como la asociación dada aquí en la tierra de persona y personalidad—se posesiona de nosotros.

Entre el subjetivismo y el arte de la personalidad debemos constatar, por consiguiente, un peldaño intermedio: la transición de la arbitrariedad a la ley interior; llamemos a aquellas áreas el estilo individual, con lo que es enfatizado algo orgánico, pero también puesto en evidencia una limitación. Tales denominaciones (esto ha de ser subrayado expresamente) son metódicamente necesarias para captar la vida siempre fluente. Sólo podemos reconocer algo si lo vemos como figura, aun cuando las líneas del contorno no sean rígidas sino plásticamente movibles.

El amor a lo individual es una característica tan excelente de Europa y especialmente de su corazón, Alemania, que necesitamos echar tan sólo una fugaz mirada a la poesía, al arte arquitectónico, a la escultura y a la pintura, para hallar la confirmación de esta opinión. Los tallistas góticos de piedra y de madera, los pintores de paisajes de todas las comarcas, los dibujantes de las biblias en los conventos, los inventores de las letras crespas, los cuentistas de historias extravagantes..., en todos ellos el afán de expresión, y más exactamente de una expresión muy enérgica, ha devenido estructura a través de mil manos. En los cientos de pintores de Holanda vive el mismo espíritu, también en todas las artes de la vieja Francia aun está vivo y en aisladas individualidades encuentra todavía hoy su nueva acuñación.

A este campo pertenece como uno de los más grandes Pedro Pablo Rubens.

Nadie pone en duda que en él han visto la luz del mundo grandes tesoros de fantasía rebosante de fuerza, pero cómo dispuso de ella, a qué materia, a qué contenido, la aplicó, cómo estaba determinada la orientación de su tratamiento eso nos muestra a este artista colocado casi exactamente en el medio entre sujeto y personalidad. Toda su plasmación se refiere a la naturaleza sensual, con sus mil colores y formas, con sus pasiones, alegrías y temores. Encontramos toda la escala de nuestra individualidad mortal expresada desde la fina ternura de su retrato con Isabella Brandt hasta el frenesí de celo de la Gran Kermesse; desde la sensual alegría de vivir de las lascivas ninfas y el embriagado Sileno hasta el grito de desolación de la carne en la caída al infierno de los condenados. Los temas son siempre nuevos y vivientes, la composición perfecta y a pesar de todo la bacanal de los sentidos, de una objetividad artística segura de su meta. Pero en ninguna parte Rubens logra una creación que sea capaz de transiluminar todo este placer

terrenal o tristeza terrenal como símbolo, que dé el mensaje del logro de una visión grande, genuina, interior, sobreterrena. Rubens lo ha intentado, ¡hasta a menudo! Pero su tela gigantesca del Cristo ascendiendo al cielo, el que, parado sobre la esfera del mundo aplasta la cabeza de la víbora, los dragones apocalípticos y otros monstruos, las nubes en cúmulos, los ángeles jubilosos y las vestimentas ondeantes, tornasoleantes, todo esto significa un lujo de materia y de fantasía sin parangón; pero son sólo, con todo, tentativas malogradas. Cuanto mayor devino la dimensión de sus obras, tanto más reducida su fuerza impulsora anímica. Los viajes al infierno de Rubens —obras maestras en cuanto a vida, movimiento y composición— muestran, a pesar de ello, sólo exceso exterior y son proezas de persuasión para hacer verosímil una potencia siniestra sobreterrena mediante derroche exterior de fuerza.

Un Rembrandt se despide del más acá con obras en las cuales ora una sonriente superación del mundo, ora una estremecedora desesperación han conducido el pincel. La ultima obra de Rubens es él mismo como el San Jorge en reluciente armadura, que abate al dragón. Rubens vive como ser humano una rica existencia, como artista es venerado por todo un mundo y trabaja por la despreocupada refinación de la individualidad. Rembrandt se retrae completamente en sí mismo y considera a todo el mundo —sin sentimentalidad pero lleno de los más profundos presentimientos— como una materia que debe ser superada. La obra de Rubens es una portentosa sinfonía de la vida en todas sus formas, el poder de esta existencia en su contenido. Como su obra más grande aparece, por tanto, también aquella en la cual todas las buscadas alegorías del tesoro de leyendas griegas que dilapidó en María Médici, todos los símbolos apocalípticos son echados a un lado y la vida loca de su mundo circundante suministró el fundamento: la Kermesse en el Louvre. El que haya estado alguna vez frente a esta obra ve en un momento aquello para lo cual un Schopenhauer necesitó toda una vida para describirlo: la fuerza del instinto ciego. Sin cualquier alegoría la vida misma se ha transformado aquí en tal. Los comilones y bebedores, las rameras y los mozos lascivos, los cantores y las ebrias bailarinas repiten una y la misma canción, la del animal desenfrenado. La fuerza artística que todo esto por así decir lo lanzó de un golpe sobre el lienzo, es en su manera única. La persona en todos sus desenfrenos, esto ha sido el contenido y la forma artística de Rubens.

De un modo similar, aunque menos potente, se manifiesta Franz Hals, quien, hiriente y sarcástico, con ancho pincel extendió la vida sobre el lienzo; animado del mismo espíritu, pero lleno de un impulso incomparablemente más dramático, está el demasiado tempranamente desaparecido Adrian Brouwer. Sus descripciones de lo instintivo-individual recuerdan a menudo la Kermesse de Rubens y permiten presumir un artista que —con vida más larga—, a pesar de todo, posiblemente se hubiera sobrepuesto a la materia y plasmado, partiendo de la pintura de género holandesa, la vida interiormente dramática.

Otro más cuyas obras podemos calificar sin temor como pertenecientes al estilo individual es Lorenzo Bernini. El constructor de las columnatas de la plaza de San Pedro, el gran escultor, fue venerado por toda una generación como uno de los mayores genios artísticos. También nosotros tendremos que admirarlo a menudo, pero sus payasadas en la construcción de acceso a la Sixtina, su nota visiblemente sensual, p. ej., en el Amor y la Psique, su exagerado empleo de motivos seductores son para nosotros, sin embargo, signos de adaptación al gusto de la ancha masa, o significan al menos un falseamiento de la fuerza creadora íntima. Igual que Rubens un hombre de la mayor fantasía y máximo dominio de la materia, un maestro en el aprovechamiento de todos los medios y artificios pictóricos y perspectivistas, le falta, pese a todo, aquella grandeza de alma y el hechizo misterioso que dimanan de las obras de un Leonardo o Rembrandt o de la creación del maestro Erwin.

Una palabras, además, sobre la época y el concepto del “barroco”.

Nuestras historias del arte hablan sobre los maestros de la época del barroco como de representantes de una única orientación del arte y del espíritu. La verdad que reside en ello se toma, no obstante, en afirmación engañosa si no se expone en qué consiste la esencia del concepto del barroco. Se dice: en oposición al principio básico del Renacimiento, de perseguir únicamente armonía, el barroco lucharía por la fuerza de expresión. Sin tener en cuenta que esto no es exacto precisamente para los más grandes del Renacimiento (Leonardo, Donatello, Masaccio), debe proseguirse el análisis también en la segunda afirmación, para no tranquilizarse con una frase vacua. ¿Pues qué significa cuando se dice que tanto Miguel Ángel es barroco como también Velásquez, Shakespeare, Rembrandt, y al mismo tiempo Rubens y Hals, el “Hijo Pródigo” e “il Gesu” de Roma? Aquí aparecen, por cierto, diferencias muy considerables, que no pueden ser abarcadas con una palabra, si a través de claras distinciones en cuanto a la multiplicidad abarcada por un concepto, no se ha logrado antes una fundamental unanimidad.

Al gótico lo vemos desde una distancia considerablemente mayor que la época del “barroco”, captamos más claramente su unidad de dirección, de lo que es posible aquí. A pesar de ello, ya en su valoración deben ser registrados muy diversos elementos accesorios y exteriorizaciones. Ahora bien: el “barroco” es una nueva onda espiritual, que debe ser evaluada no solamente en su longitud temporal, período de oscilación y magnitud, sino especialmente en su superficie y profundidad portadoras de valores. Y precisamente aquí la escala extraída de la esencia de nuestro arte se mostrará fructífera, como ya lo

pudimos comprobar en el gótico: la intensidad del efecto de la personalidad artística, de la individualidad, del subjetivismo.

En Miguel Ángel se ve, con razón, al artista que en la forma más evidente rompió con todos los dogmas estéticos de Grecia: ningún apaciguamiento de pasiones existentes mediante una forma equilibrada, sino quebrantamiento de las mismas a través de leyes propias, a través de una voluntad personal de artista. Como en una protesta salvaje y consciente contra la Hélade se encuentran ante nosotros los trabajos del hombre que no hablaba ni griego ni latín, que creó Los Esclavos, el Moisés, los sepulcros de los Médicis, y cuyos Sibilas y Profetas dan cuenta de tal riqueza anímica que Goethe pudo decir que después de Miguel Ángel ya no le gusta ni la naturaleza, dado que no podía mirarla con ojo tan grande como éste. Miguel Ángel se creó él mismo la ley que únicamente siguió, por la que únicamente fue capaz de vencer a la materia. En forma igualmente personal procedió Rembrandt e igualmente grande, Shakespeare.

En la obra de la vida de estos hombres hallamos la escala de lo crasamente individual hasta la total “espiritualización”. El “Monje en el campo de trigo” de Rembrandt, sus cabezas de judíos, sus grabados al agua fuerte de rincones y de seres humanos abandonados, son obras que se apoderan de la vida en todas sus alturas y profundidades, se extienden desde la “Pareja en la cama” hasta la “Hoja de los cien florines”. Los sucesores y los pequeños contemporáneos se quedaron en la esfera individual. La fuerza de la concentración que se puso en evidencia en el plano y en la construcción del San Pedro de Miguel Ángel, se transformó más tarde en un despliegue de energía mas bien exterior; su vestíbulo para la biblioteca vaticana, que desprecia todas las barreras de las leyes de la construcción, con las pilastras caladas y los tumultuosos trazados de líneas, fue una irrupción subjetiva única, pero que en muchos otros llegó a constituir el principio básico permanente. Ahora se amontonan las colecciones de columnas, aparecen cornisas sinuosas, nichos pintorescos son labrados dentro de las paredes, los frontones son calados y cubiertos de cartuchas. Torres y fachadas son perfiladas con formas redondas y potentes volutas se extienden hasta el centro del edificio. Il Gesu, Maria della Salute y centenares de otras construcciones dan testimonio de grandes exteriorizaciones de fuerza, pero también de una voluntad de estilo determinada sólo por lo individual-pictórico. Esta es hundida aun más profundamente dentro de la esfera del subjetivismo; la Contra-Reforma jesuítica vio en el despliegue de rayos de latón, oropeles de papel, guirnaldas de yeso revestidas de pintura dorada y otras sandeces que deslumbran a la masa, un medio de volver a conquistar mediante el “arte” las almas que se habían perdido por la Reforma. Si aislados Papas habían prestado ayuda al gran arte para la glorificación de Roma, y la suya propia, en parte también por verdadero placer creador, en cambio ahora se originó una mezcla actuante casi únicamente sobre lo sensual de voluntad pictórica potente y completa indisciplina artística, el así llamado estilo jesuítico.

Las “columnas sentadas”, los bastidores de cartón y estuco de un Pozzo, S. J., son modelos clásicos de aquellos crímenes artísticos que aun hoy se encuentran por doquier en toda Europa. El alto vuelo del gótico había pasado, la Roma sin raza, triunfante, había vencido al espíritu nórdico al menos en el arte arquitectónico. El protestantismo a su vez, cayendo en el extremo opuesto, permitió que entrara en sus casas de Dios una pobreza que enfriaba el alma de la misma manera como ésta fue sobrecalentada sensualmente mediante oro, latón e incienso en las iglesias jesuíticas.

En sus más grandes representantes la era del barroco debe ser equiparada a la voluntad íntima de los creadores de las catedrales de Ulm, Strassburg, Reims, Laon, Compiégne y Colonia, sólo que este espíritu esta vez se ha servido de otros medios. Si en los siglos 13 y 14 el arte arquitectónico fue el medio que lo dominaba todo y que corporizaba el más profundo anhelo, en cambio en los siglos 16 y 17 lo fue la escultura, pero sobre todo la pintura (sostenida por el espíritu musical); el lugar del compás y de la escuadra lo ocuparon el escoplo y el pincel. Si en el siglo 13 se pudo hablar con razón de un alma occidental personal orientada muy unitariamente, entonces ahora, además, con mayor precisión de personalidades individuales, que ciertamente también podían destacarse más en un cuadro que en la construcción durante largos años, poniendo en movimiento muchas manos, de una catedral.

Así como el gótico al final se extinguió en proezas de bóvedas juguetonas y ornamentos en vejiga de pez, así el barroco en los incapaces imitadores de Miguel Ángel. El sentimiento vital llevó al maestro Erwin y a Rembrandt a las más altas alturas, mientras abajo el ansia de miles no era suficientemente fuerte como para seguirlos.

Lo esencial: la autocrática superación y la dominación de la materia constituyen la base tanto del gótico como del barroco. Pero mientras una de las épocas realizó planes de asalto al cielo, la otra era concentración anímica. Un nuevo paso fue dado en ese sentido cuando la poesía y la música, en una nueva onda “gótico-barroca”, posibilitaron al ser nórdico y alemán las más profundas expresiones...

Ahora va surgiendo lo que debe llamarse arte germánico (o nórdico-occidental) en su estructura interior. Su meta es la corporización de la máxima energía anímica con siempre nuevos medios bajo siempre nueva forma. De tendencias subjetivas y creaciones individuales (es decir, unidades) surge como

flor una nueva espiritualización del mundo, para —después de haber desplegado su esplendor—volver caer en lo carente de forma para su refundición.

Tres veces lo hemos vivido: en la época del gótico, del barroco y en la época de Goethe, cuyas repercusiones subjetivas se producen en la actualidad. Es éste el pulso vital de Europa, que late más rápida y dramáticamente que el de otros pueblos. Sumamente grave es el gemir de los pájaros de mal agüero que hoy se explaya entre nosotros y anuncia el hundimiento cultural del Occidente, porque no se presta atención al ritmo sino que se pretende creer únicamente en un solo gran tomar aliento (Grosses Atemholen). Si otros pueblos no parecen poseer este ritmo, sino que han dejado tras de sí una sola gran línea vital, entonces esto no significa para nosotros de ninguna manera una ley de la vida, y aquellos hombres que de preferencia usan el ejemplo de la planta que florece y muere deberían proseguirlo un poco más, a fin de que se haga aplicable para nosotros. A través de nuestro mundo cultural actual sopla un viento otoñal quemante. El que se siente como anciano encuentra muchas razones para presentar al invierno venidero como el ultimo. Quien ha perdido la fe, para ése la fría inteligencia es amo y plasmador al mismo tiempo. Pero el que ha reconocido no el tomar-aliento multimilenario de la China sino el vehemente latido del pulso de Europa como una peculiaridad que sólo le pertenece a ella, y un sentimiento vital únicamente propio de ella, mira con otros ojos tanto al pasado como al futuro que un anunciador de nuestro “hundimiento fijado por el destino”! El gótico termina en el más estéril corporativismo, la práctica de los maestros cantores en el más árido prosaísmo, el barroco dio volteretas en mil artificios de manicomio. Hoy vemos, después de un enormemente desorientado empleo de viejas formas, desfogarse la igualmente desorientada anarquía. Quizás no hemos llegado aun a lo más profundo de la bajamar. Pero como ya tres veces, Europa también tomará amplio aliento por cuarta vez. Cuáles medios serán los justos, para la renovada interiorización de nuestra vida, eso aun no lo sabe nadie. Pero en cualquier caso serán tales que se enlazarán a lo eterno y su dirección, para vivir el nacimiento de una nueva forma genuina.

De la confrontación de las leyes estilísticas, en lo esencial condicionadas temporalmente, resulta también la solución fundamental de un problema alrededor del cual se ha disputado vehementemente en los últimos decenios, y que precisamente hoy vuelve a tener una importancia práctica descollante en el arte arquitectónico: sobre la admisibilidad del empleo de viejas formas estilísticas.

La segunda mitad del siglo 19 también fue, por lo que se refiere al arte arquitectónico y a la artesanía del arte, una época sin precedente por la confusa recolección de todas las formas. Autoridades de todas las épocas, patrones de muestras de todos los pueblos adornaban el taller del artista constructor y pareció entonces lógico y natural poder imitarlos a todos. El desarrollo técnico había avanzado con una rapidez nunca sospechada, exigió siempre nuevas fábricas, estaciones ferroviarias, plantas de energía, etc., de modo que para la penetración artística de las nuevas exigencias no quedó tiempo. No era posible ya adueñarse desprejuiciadamente de los nuevos problemas y uno se dejaba llevar sin rumbo por las corrientes de agua de siempre. Comenzó aquella construcción de horribles estaciones ferroviarias, fábricas y depósitos, con capiteles griegos fundidos, hojas de acanto, imitaciones de formas moriscas, góticas, chinas, unidas a la más cruda construcción de hierro. Toda Europa está aun hoy cubierta con los productos de una decadencia artística nunca habida. Y cuando una nueva generación quiso violentamente llegar a ser “personal”, nació el mal afamado “estilo juvenil”, cuyos crímenes artístico-artesanales pueden ser admirados desde París hasta Moscú y Budapest. Aun hoy sigue causando estragos en muchas partes sin ser frenado. La fuerza creadora estaba quebrada porque artísticamente y en cuanto a visión del mundo había sido desfigurada al aplicarse una escala foránea, y así ya no estaba en condiciones de hacer frente a las nuevas exigenencias de la vida.

El nuevo entusiasmo por el gótico que experimentamos en el giro del siglo 19 al 20 tuvo como consecuencia que surgieran nuevas iglesias y ayuntamientos “góticos”.

Aquí queda en evidencia que es imposible emplear formas góticas para la creación del presente. Nuestro actual sentimiento del mundo ya no es vertical-huidizo del mundo, quiere fuerza y expresión, mas ya no bajo la forma de la antigua voluntad gótica. Pues el estilo personal gótico, aun cuando surgido del carácter primigenio germánico, refleja, no obstante, únicamente la índole peculiar de un sentir que sólo imperaba entonces. Para las construcciones monumentales nuestro tiempo debe superponer bloques de construcción sobre bloques de construcción, para las torres de agua necesita enormes formas cerradas, para los silos de granos sencillas masas gigantescas. Imponentes deben presentarse nuestras fábricas, los edificios comerciales dispersos han de ser reunidos en gigantescas casas del trabajo; las usinas de electricidad extensamente articuladas se posarán sobre la Tierra. Las construcciones de una gran fábrica, antes aglomeradas el azar, se unirán orgánicamente en una Comunidad interior; de los buques modernos desaparecerán las piletas de natación pompeyanas y los salones de estilo Luis XVI, que hoy ya ni siquiera son suficientemente buenos para advenedizos de la clase más vulgar. Los hoteles han de desprenderse de sus adornos de similor, las estaciones ferroviarias “moriscas” serán demolidas, con nuevos ritmos se ha de cantar una canción resonante de hierro y piedra. Y aun cuando una desilusión siguió a otra desilusión: se extendió ya por el mundo una genuina alegría de creación, cuando una honesta generación de arquitectos

artistas, comenzó a comprender los nuevos problemas de la vida y pugnó por una expresión conforme a su ser y a la época. El desenfreno aun posible en las demás artes halló en la arquitectura su ley ordenadora mediante la utilidad como objetivo final y el cálculo económico. Así como la verdad es, por lo general, en definitiva la mejor política, así la adecuación tectónica al fin es la precondición de toda arquitectura. La forma gótica prueba ser definitivamente superada, pero el alma gótica lucha ya visible para todo el que no sea ciego, por una nueva realización. Y de ella surge un nuevo ritmo de la piedra. Este, por cierto, tomó su punto de partida en Norteamérica, la que pese a ello, fracasó hasta ahora por su falta de cultura en Alemania, en cambio, se comienza ya a presentarnos nuevas soluciones del moderno problema de la construcción: las casas altas. Lo horrible del arte de advenedizos norte-americano con sus rascacielos de estilo renacentista o con frontones góticos, con dibujos barrocos, o la más aburrida técnica de ingeniería (que hasta en Norteamérica se acerca a su fin) nos ha hecho olvidar que aquí se exigía una respuesta a un interrogante también inherente a nuestra vida. Un coloso de piedra después del otro apretujó las viejas casas de Norteamérica, las iglesias, antes los edificios más altos, yacen grotescamente atrofiadas en medio de un gigantesco montón de piedra. Nueva York fue edificada sin norma valorativa interior ni medida orgánica. El artista arquitecto gótico sabía muy bien que no podía emplazar uno al lado de la otra, por ejemplo, la iglesia y la torre del ayuntamiento. La magnitud de uno de los edificios hubiera destruido la magnitud del otro, hubiera quitado a la altura su necesario cartabón. El ritmo vertiginoso y la pobreza espiritual norteamericanos estaban exentos de estas reflexiones. Pero las experiencias allí, recogidas proporcionan para Europa exigencias de la índole más insoslayable.

En todas partes en el problema de una construcción de ancha base comienza a hacerse valer el anhelo de alzar de la extensión horizontal, además, un macizo potente, que con las propias alas laterales como escala de su magnitud, constituye un sistema arquitectónico por sí mismo. Por tal motivo, una ley elemental dentro de nosotros exige que en el entorno de una construcción elevada no puede ser levantada otra nueva. Lo mismo es válido con más razón para una construcción que sobre una reducida superficie básica tiende hacia lo alto únicamente de esta manera puede realizarse el ritmo espacial y la fuerza interior.

Resulta, por consiguiente, la interesante relación que el empleo de formas exteriores góticas significa una imposibilidad interior, pero que la voluntad interior gótica y su ley arquitectónica debe ser revivida [85] si ha de surgir un genuino arte arquitectónico del futuro.

Inversa es la relación frente a las formas arquitectónicas griegas. Ellas son, como se ha expuesto, de naturaleza objetivamente eficaz. Un cimacio griego es el ABC de toda terminación libre de comisa. Puede tener más ímpetu en su contorno que en el Partenón, sin embargo, la forma básica sigue siendo la línea formada por dos cuartos de círculo. Si una carga horizontal debe ser recibida por una columna de piedra, entonces el capitel dórico, el fuste dórico de la columna con su acanalamiento, su suave hinchazón, reproduce con fidelidad casi mecánica el transcurso de la línea de fuerza. Asimismo, la forma del ábaco sólo será pasible de muy pocas modificaciones. Estas formas del estilo griego son eterno-objetivas y con razón han reclamado su empleo; ¡si es que quieren expresarse de cualquier manera que sea, estas transiciones delicadamente sentidas entre carga y sostén! El Renacimiento creyó deber hacerlo, el clasicismo del siglo 19 más aun. También aquí en el transcurso de los últimos años ha tenido lugar un alejamiento y viraje interior. Hoy se desdeña estos eslabones intermedios al igual que se rechazaba la dirección vertical del gótico. Las líneas que se interseccionan chocan entre sí clara y nítidamente; también aquí no impera una armonía amortiguada, sino abierto cambio de dirección. Rudo y duro como los puños que encimaron piedra sobre piedra. La búsqueda del "gótico" moderno no pugna por elevarse a través de las nubes, sino que apunta al trabajo monumental. Igual que Fausto deseca pantanos, y después de parecer él mismo irremisiblemente perdido en el pantano de clasicismo y la anarquía, notamos cada vez con más claridad lo que hoy quiere: ennoblecimiento, espiritualización e impregnación anímica del trabajo más rudo.

Y hay aun algo ultimo que nos da el derecho de considerar las formas básicas del antiguo arte arquitectónico griego como de uso siempre renovable, algo que se remite a tiempos prehistóricos y enlaza la objetividad con la organicidad y con lo racial-personal. Pues en todos lados donde imperaba la cultura de las razas mediterráneas, podemos comprobar como su tipo arquitectónico, la construcción circular. Este es el tipo básico de la casa etrusca, de los castillos pre-nórdicos en Cerdeña, este es también el tipo del castillo originario de Tirinto. En el norte, en cambio, se originó orgánicamente mediante el empleo de maderos largos la construcción rectangular. Ya en los tiempos de la cultura megalítica se pueden hoy comprobar construcciones de plano rectangular junte con el vestíbulo y los postes: el tipo originario de la posterior casa ática y del templo griego. Los tipos de casas de Haldorf, de Neuruppin, en Brandenburgo, casas de la edad

---

[85] No nos podemos ocupar aquí de detalles. Remito a los por todos conocidos rascacielos de Nueva York, luego al espantoso proyecto de la *Tribune Tower* (Chicago) de los arquitectos Howells y Hood y al proyecto del finlandés Saarinen mucho más auténticamente sentido, aunque de ninguna manera ni definitivamente satisfactorio. Además a las tentativas de Russel y Crosell de obtener de la masa de construcción misma su articulación, a los proyectos de arquitectura de ciudades de Hugh Ferris y Dudok; al edificio seguramente de efecto colosal de la Sociedad de Teléfonos de Nueva York. En Alemania son dignas de notar las propuestas de Wilhelm Kreis, los proyectos para la casa alta de la Liga Nacional-alemán de Dependientes de Comercio de Hamburgo, la Casa de Chile, etc.

de piedra, son los modelos primigenios que fueron llevados a todas las direcciones por los troncos nórdicos, al valle del Danubio, a Moravia, a Italia y a Grecia, ante todo, empero, las formas de megarón de los castillos en Baalshebbel. En el siglo 8 antes de Cristo, nos sale al encuentro luego esta casa germánico-griega, sobre los escombros del viejo castillo circular del Tirinto pre-indogermánico surgió la construcción nórdica rectangular; según este principio fueron edificadas las casas reales en Micenas, en Troya, en todas aquellas partes donde el ser humano nórdico se presentó conquistando y engendrando. El "rubio Menelao" del que refiere Homero pertenece al castillo de Alkinoos, que Ulises divisa "edificado con postes" (Odisea 7), los Grandes Reyes aqueos Atarisias (Atreo) y sus compañeros, que extendieron su mano hacia las costas del Asia Menor, ellos son los constructores de los palacios troyanos que transmitieron su plano hasta los tiempos más tardíos, hasta Halicarnaso. El desarrollo y la idea fundamental de la arquitectura griega son, por consiguiente, de la misma naturaleza que el sentimiento germánico. A estas ideas —independientemente de la forma sujeta al tiempo— han seguido siendo fieles también la catedral "románica" (en realidad del todo germánica) y la gótica. El principio basilical, que constituye la base de ambas formas, significa la esencia de la construcción nórdica del espacio. En Italia, donde la marea nórdica, aun cuando se extendió por todo el país como en Grecia, sin embargo, en muchos casos sólo circundó con su oleaje centros etruscos, quedando éstos, por tanto, no pocas veces intocados, allí observamos con especial nitidez la contra-lucha a la configuración rectangular. Ella parte, de la casa circular etrusca, pasando por la construcción en herradura, hasta los planos de las residencias romanas de Pompeya. Cierto es que esa construcción circular aparentemente también se remite a lo puramente técnico, pero esta procedencia alcanza profundamente a lo mítico antiquísimo. El matriarcado originario de los pueblos pre-nórdicos del Mar Mediterráneo fue simbolizado por el pantano, respectivamente las plantas y los animales palustres, los signos de relaciones sexuales comunes generalizados. Isis, la madre-naturaleza, se representa sentada en los juncales del pantano, Artemisa y Afrodita son veneradas "en juncos y pantanos". Pero de este mismo juncal simbólico también nació la originaria casa etrusca, al ser clavados los tallos de junco en círculo en el suelo, reuniéndose los caños en la parte superior. Esta forma fue imitada luego en piedra. El primer culto del matriarcado, el culto del pantano, tiene, por ende, el mismo simbolismo que la choza-habitación del pueblo primigenio "italiano" venerador de la madre. La lucha, no obstante, se muestra mas tarde ante todo en las controversias entre el principio central y el basilical en la construcción de iglesias. La gran construcción en cúpula del San Pedro originario (que más tarde fue modificado basilicalmente) muestra esta idea del antiguo pensamiento de la casa circular al igual que S. Stefano Rotondo o María della Salute. Es cierto que la fuerza formadora nórdica más tarde se ha adueñado a menudo también de este principio, sin embargo, siempre ha seguido siendo interiormente extraño para nosotros. La construcción circular limita la mirada hacia todos lados, carece de orientación, en el fondo es simultáneamente también libre hacia todos lados; en el sentido más profundo del concepto tridimensional del espacio una construcción circular no puede en absoluto transmitir un real sentimiento de espacio, por más fuerte que haya sido la mano del artista que la ha creado.

En oposición a los pueblos del Mar Mediterráneo con sus imágenes de dioses con mezcla de elementos animales, el griego nórdico (en el que a menudo podemos leer mejor nuestro ser que en las antigüedades germánicas casi completamente destruidas por los monjes) llevó en su corazón una imagen de dios libre, desprovista de demonios.

Como Karl Schuchhardts [86] observa bellamente, la divinidad se posó allí donde el primer rayo de sol iluminaba una cumbre. En todas partes donde había cumbres libres hacia el Este, el ser humano nórdico ubicó a su dios: así sobre el Athos, el Olimpo, el Parnaso, el Helicón, en el Norte sobre las montañas de Wodan y Donar. Allí donde no había montañas, las altas cimas del bosque ocuparon su lugar: el roble de Zeus, los robles sagrados de los germanos, que son abatidos por Bonifacio. Pero —así agregamos— el lugar de estos robles asesinados fue ocupado por los campanarios "románicos" y las torres de iglesia góticas. Ellas recogieron ahora a alturas vertiginosas los primeros rayos del divino sol; el torero deviene su servidor e intérprete, y cuando las puntas de follaje en forma de cruz se encienden al rojo, entonces esta luminosidad despierta aquellos mismos sentimientos de sublimidad como antaño, cuando el pueblo de Homero alzaba su vista al Olimpo, o la Germania antigua se reunía a la salida del sol en la alta floresta de encinas. De este modo el gótico y la Hélade han vuelto a aproximarse interiormente en forma estrecha en nuestra vivencia anímica y artística. No tenemos el propósito de dejar desaprovechadas nuevas posibilidades resultantes, o atamos para siempre a formas técnicas constreñidas a una época, afirmamos por el contrario el curso de la vida, la multiplicidad de los estados anímicos y de los tiempos. Más allá de ello, sin embargo, aun sentimos con profunda dicha las fuerzas de la vida que misteriosamente nos unen, y en este caso especialmente lo siguiente: el sentido del espacio, que posee, como premisa de su realización, las mismas formas de representación, para nosotros las formas originales eternas.

El giro desde una técnica adoradora de la materia hacia un genuino sentimiento de estilo ha sido efectuado hoy. La personalidad occidental aun inquebrantada no tratará en eterna ansia de huir de la tierra,

---

[86] *Vorgeschichte von Deutschland*, [*Prehistoria de Alemania*, N. del T.], Munich, 1928.

sino que respetará a la Tierra, la plasmará y la "espiritualizará". Verá en lo finito una alegoría de lo infinito, imbuirá de fuerza al alma. La arquitectura es hoy día (a pesar de la Escuela de Arquitectura de Dessau), el primer arte que está en vías, por de pronto, de volver a ser honesto. A ella le espera el gran cometido de superar a la técnica mediante técnica y nueva creación. Quien tenga ojos para ver divisará la búsqueda, que se vuelve consciente, de proporcionar a la nueva voluntad de forma de nuestra vida una estructura interiormente verídica, en la obra de los silos de granos de California, en un vapor del Lloyd Norte Alemán, en los puentes del ferrocarril de los Tauern... Llegará el tiempo cuando de esta nueva búsqueda de la verdad también surgirán teatros, ayuntamientos y construcciones sacras; con compasión y con vergüenza un arquitecto moderno mira hoy a lo largo de la Friedrichstrasse de Berlín, al ayuntamiento de Munich, a la espantosa nueva catedral de Barcelona y a miles de otros testimonios de un arte interiormente inveraz y de un caos cosmovisional.

5.

Se ha distinguido entre el estilo de la personalidad y el estilo de objetividad. Confieso que es crítico hablar hoy sobre "personalidad", cuando todo individuo inmaduro aplica despreocupadamente a sí mismo este concepto y todo dirigente exige hoy para el futuro del pueblo y del Estado en primer término un tipo y una cría de tipos. A pesar de ello está claro que también la venidera forma de nuestra existencia en todas las áreas tomará su punto de partida, como siempre también hoy, de las grandes individualidades. El temor de ser considerado chabacano y escritor de folletín ha inducido a muchas personas serias a no usar ya la palabra personalidad, pero a pesar de ello debe ser hecho. Al evitar el concepto y la palabra personalidad existe el peligro de una volatilización de los razonamientos y del idioma en lo irreal e inasible; en el "sentimiento de lo infinito" sin límites, p. ej., como hoy se ha vuelto moderno expresarse.

En el Yo se hallan incluidos el individualismo y el universalismo. La época individualista, tal como hoy se desvanece en peligrosos espasmos, ha hecho vigorizarse nuevamente la doctrina universalista. Estas ideas antinaturales ya señaladas al pasar, generan necesariamente formas adversas a la vida, contra las cuales el individualismo se alza luego nuevamente, y, de ser necesario, se las subyuga violentamente. El desconsiderado individualismo y el ilimitado universalismo se condicionan recíprocamente. Recién mediante el concepto de la nacionalidad y racialidad como expresión —o, si se quiere, como fenómeno paralelo— de una determinada actividad anímica, tanto el uno como el otro principio recibe una limitación también de naturaleza físico-orgánica. Pero una clara fuerza anímica y una conciencia de un ser espiritual-volitivo permanentemente activo significa precisamente personalidad. Esto es y sigue siendo la más profunda vivencia del Occidente y ninguna falsa vergüenza debe impedir el tratamiento de este problema, sin el cual en ultimo término nada ha sido retrotraído a su origen.

Así como hoy se está tratando de reconstruir el Estado y la economía, después del individualismo económico en derrumbe, partiendo de ideas universalistas (cuando en cambio la idea nacionalista-socialista como visión orgánica y fructífera del futuro, por cierto, aparece ya como nacida simultáneamente), así la explicación del alma y del arte occidental como el eterno afán de dar expresión al sentimiento de soledad y de infinito, significa un empeño paralelo apartándose del pueblo y de la personalidad en dirección a lo amorfo e ilimitado. El sentido de lo infinito es hallado en el gótico, en la música que se desvanece, en las infinitas perspectivas de jardines de Lenótre, en el claroscuro de Rembrandt, en el cálculo infinitesimal.

Con toda seguridad también el sentimiento de soledad y de infinito es una característica del ser occidental. Véase en el teatro la referencia al respecto en el Tristán del IIIr. acto, luego ciérrense los ojos trasladándose en la imaginación a la situación del solitario. Muy a lo alto sobre un peñasco rocoso, encima de sí la infinidad azul, delante de sí una eternidad espacial: el cuerpo herido, el interior lleno de tormentos, cercano a la a-temporalidad. El alma de Tristán está anhelosa de algo infinitamente alejado, una idea, que aquí en la Tierra para él se llama Isolda. En medio de este desamparo resuena desde alguna parte un tono, algunos tonos de una flauta pastoril, con un ritmo extrañamente distanciado del mundo, expresando precisamente aquello que no puede ser puesto en palabras algunas nacidas de la razón.

Wagner trabajó en el Tristán en Venecia, solo, deliberadamente encerrado, separado de Mathilde, con pensamientos de suicidio en el corazón.

Otro cuadro. En medio del máximo ambiente pequeño-burgués vivía Hans Sachs. Al principio del IIIr. acto también él crece hacia la soledad. No está solo. A su alrededor miles de seres humanos embargados de la mayor alegría festiva, una ciudad pintoresca, parejas felices de enamorados, entre ellos su protegido a quien sacrificó su propia persona. Todo esto celebra jubilosamente "a nuestro gran Sachs". Gritos de Heil resuenan en su honor. Y en medio de este bullicio él está parado sonriente, rico y, sin embargo, solitario, abandonado, y expresa palabras sobre lo eterno del arte; para muchos incomprensibles, palabras sobre "maestros alemanes". Nuevamente el sentimiento de infinito, y no obstante llevado a la expresión en forma

completamente distinta que en el Tristán. En Tristán, Wagner creó en concordancia de lo exterior e interior, en Hans Sachs. en contraste.

¿Pero qué es, pues, lo que provoca este sentimiento de lo infinito, de soledad y de desamparo, un sentimiento que no podemos encontrar de tal modo marcado en ninguna de las almas raciales y culturales que nos son conocidas? Sobre las múltiples diferencias de las almas de los pueblos se ha llamado lo suficientemente la atención, también sobre el eterno afán de las naturalezas fáusticas y sobre su sentimiento de lo infinito, pero a la genuina plena conciencia aun no ha sido elevado. También el indio tuvo un sentimiento de eternidad, éste es una antigua propiedad aria. Pero el indio se diluyó en el universo, su ansia buscaba la completa disolución, su infinidad era el saber de la igualdad de todas las manifestaciones, del Yo y del alma del mundo. Soledad en nuestro sentido él no puede haber experimentado: ¡es que en todas partes se veía a sí mismo!

El ser humano fáustico no solamente penetra en lo infinito y en lo más profundo, sino que él es realmente solitario... Pero esto sólo es posible porque interiormente vive un algo particular-inmortal para él sólo, porque también no solamente se destaca como persona de su alrededor, sino porque es personalidad, es decir, siente un alma inmortal, que aparece una sola vez, una fuerza de singularidad, eternamente activa, dominante, investigadora, carente de tiempo y espacio, desligada de todo nexo terreno. Este es el secreto del alma nórdico-germánica, el fenómeno primigenio, como Goethe lo llamaría, detrás del cual ya no podemos ni debemos buscar, también reconocer, explicar nada, que sólo debemos venerar, para hacerlo actuar dentro de nosotros.

La idea de la personalidad imperecedera es la más fuerte declaración de lucha a este mundo de las manifestaciones. El indio, después de haber distinguido entre mundo y alma, desechó aquel como mentira y apariencia y atribuyó únicamente a ésta, genuina realidad. El alma, el Atman, el Yo eran según él lo único-uno. El Atman estaba contenido total y completamente dentro de la gota de agua, del animal, del hombre, estaba sin diferencia en todas las criaturas de este mundo como un algo “sin edad, joven”, como “milagro pre-temporal”. Partiendo de este sentimiento de universo diluyéndose en lo infinito, fueron ignoradas las diferencias también de las razas y espíritus humanos” todas las diferencias telúricas consideradas como engaños, con la máxima fuerza anímica declaradas como no-existentes.”Todo también eres tú”, esto es doctrina india del alma; era la dilatación ilimitada (expansión) siguiendo a la contracción filosófica (intensión) nunca antes habida.

La razón filosofante insiste en todo momento en ligar la multiplicidad de este mundo en una unidad, en formar de percepciones, experiencias, de variedad unidad. La India estaba con preponderancia orientada filosóficamente, es decir, ponía la salvación no en una transformación volitiva, religiosa, sino en un acto de cognición. El que penetraba la ilusión de este mundo estaba salvado. A este básico estado de ánimo filosófico también corresponde que una multiplicidad de las almas, una idea tal como surge en tiempo posterior en el sistema del Samkhyam, actúa sobre él como una blasfemia del sentido filosófico. Así aparecerá también para todo filósofo inclinado solamente a la cognición; la filosofía de la razón como tal siempre apuntará a un monismo indio o adorador de la materia.

A este modo de ver se enfrenta al alma religiosa de Occidente, esta vez en concordancia con la doctrina de Jesús: la afirmación de la eterna personalidad frente a todo un mundo. Ella proviene en su aislada corporización (manifestación) de un lago desconocido, que únicamente en algunas horas de la más íntima elevación emerge en nosotros como la sombra de un recuerdo; ella tiene que realizar aquí sobre la Tierra un cometido desconocido, descargarse y volver a su esencia propia primigenia. Toda personalidad es única, sin fin; esta es la voluntad religiosa en oposición al monismo filosófico. La monada se halla sola en el universo, ella vuelve a lo que, en el idioma de la religión, llama “el padre”. Lo que filosóficamente despierta resistencia, es vivencia religiosa.

Por consiguiente, Jesús, a pesar de todas las iglesias cristianas, significa un punto axial de nuestra historia. Por eso llegó a ser el Dios de los europeos, aun cuando hasta hoy no pocas veces en repulsiva distorsión. Si este sentimiento de la personalidad existente en forma concentrada, que construyó catedrales góticas, que creó un retrato de Rembrandt, pudiera penetrar más nítidamente en la conciencia de la generalidad, se levantaría una nueva ola de toda nuestra cultura. La pre-condición para ello es, sin embargo, la superación de la actual escala de valores de las Iglesias cristianas”.

La dignidad de la personalidad no tiene nada que ver con la persona, pues de otra manera los seres humanos más ávidos de mundo deberían personificar con la máxima intensidad la fe en la inmortalidad personal. Pero éstos exigen únicamente la prolongación de su animalidad hasta lo infinito. Se sobrevalora, p. ej., la grandeza de Egipto. Las pirámides y la momificación no son la expresión de un sentimiento sobreterreno de eternidad, sino de una crasa afirmación de la existencia. Por eso Egipto ha sido tan inconcebiblemente rígido, porque todo fue colocado o forzado respectivamente al servicio de este mundo, un Estado de funcionarios y escribas. También esto tiene su grandeza, sólo que muy distinta a la que románticos con predisposición personal se afanan por atribuirle.

Examinado detenidamente, en la doctrina india antigua está, no obstante, ya encerrado también el concepto de la inmortalidad personal, a pesar de todas las protestas en contra. Pues si yo como planta, animal o ser humano con todo soy siempre un Yo, que vuelve a nacer, entonces se admite un algo inmutable, en el cual algo cambia. El concepto del Karma, rodeado de muchos misterios de la filosofía budista, aquí no aclara nada. La conocida alegoría de obra y carro es crasamente materialista y se basa en falsos juicios de semejanza. El "corazón del corazón" es (Novalis) lo que según nuestra fe renace. La doctrina de la trasmigración dé las almas (metempsicosis) es, por consiguiente, entendida como alegoría, la respuesta más creíble a un interrogante que no debería en absoluto formularse con la intención de obtener una respuesta positiva a ello. Si yo reconozco que aquí estoy atado a formas de percepción sin las cuales nada en absoluto es para mí realmente representable (tiempo, espacio, causalidad), tampoco podría comprender ni la más verídica respuesta, pues ésta presupone formas de percepción completamente distintas o ningunas en absoluto. Si yo hablo sobre inmortalidad personal y soy puesto ante la conclusión de admitir en el "Más Allá" una masa de personalidades que se acrecienta constantemente, que todas las personalidades inmortales pudieran, por ende, multiplicarse (una idea espeluznante), o que existe un numero perfectamente determinado de personalidades inmortales, que en eterno retorno se realizan, entonces a ello debe responderse que aquí se mezclan representaciones que se originan en nosotros bajo otras premisas. ¡De las leyes del dominio del "Más Allá" no sabemos nada! Leyes que aquí tienen validez (también el concepto "aquí" y "allá" debe ser desechado, muestra, sin embargo, que no podemos menos que emplearlo), no son aplicables en el "otro" estado.

En la idea de la personalidad se concentra, en cierto modo, el problema. metafísico en un punto. Todo ser humano siente en sí una cantidad de posibilidades plásticas, sabe que alguna predisposición se marchita, que otras capacidades se han desarrollado o pueden desarrollarse. Y, no obstante, él se reconoce a sí mismo en toda nueva acción. Sabe que las líneas constructivas de su ser permanecen las mismas, se ve aparentemente frente a una ley incondicional. Esta imposibilidad de escapar de sí mismo y a pesar de ello, a su vez, la seguridad de ser un Yo, es la causa por la cual el reconocimiento de la libertad de la voluntad y el reconocimiento de la ley inflexible habitan juntos en un mismo ser humano. Jesús opinaba que un cardo no puede dar higos, por consiguiente, tampoco un hombre malo hacer obras buenas. A pesar de ello exigía la vuelta interior. Lutero escribió un libro sobre la no-libertad de la voluntad y uno acerca de la libertad del ser humano cristiano, Goethe pronunció sus "*Urworte*" [*Palabras primeras*. N. del T.] Kant desarrolló el hecho de las antinormas; Schopenhauer niega la libre voluntad, pero vuelve a introducir el ordenamiento moral del mundo.

Para todos los europeos en el concepto de la personalidad está encerrado el ultimo misterio, pero al mismo tiempo el antagonismo entre la libertad y la no libertad es para nosotros sólo condicional. Si hacemos abstracción de las influencias puramente mecánicas del exterior, que actúan sobre nosotros como criaturas de la naturaleza (esta influencia introducida en forma completamente falsa, por contrabando, en el tratamiento del problema de la personalidad), entonces la causa del antagonismo consiste en que nosotros mismos, en diferentes situaciones, nos juzgamos desde diferentes puntos de vista. Si nosotros sentimos la "no-libertad" de nuestro ser, el incondicional impulso de poder actúa sólo así y no de otra manera, entonces escindimos inconscientemente nuestro Yo en dos partes y sentimos gravitar una sobre nosotros, en lugar de decirnos que nosotros mismos, como personalidad, nos queremos así, que este efecto es algo interior que se desarrolla exteriormente, y conforme a la experiencia, a través del tiempo. La ley se la ha creado cada uno mismo. Que creara esta ley, es la libertad de su personalidad. Esta cognición coincide exactamente con la doctrina del maestro Eckehart.

Por consiguiente, no es así como enseña Schopenhauer, que el carácter empírico y el inteligible son dos fenómenos de, por así decir, dos planetas, que existen fuera de la personalidad individual como ordenamiento empírico y ético general del mundo y por coincidencia casual constituyen un ser humano, como también lo afirma la doctrina india del Karma. Que la voz del pueblo alemán proclame que cada cual es el forjador de su suerte, que Goethe hable de la fuerza creadora de un genio, o que Eckehart exija que se debe llegar a ser "uno consigo mismo", se dice en lo esencial lo mismo. Es la peculiar posición germánica con respecto al antiquísimo problema de la humanidad.

La idea de la personalidad inmortal es una creación poética del alma, pero es un alto vuelo religioso, que no incurre en contradicción con la más severa crítica del conocimiento, más jun, al que —con precaución, ciertamente—uno se puede aproximar hasta del lado material de la vida. Frente a lo inorgánico la pregunta acerca de el por qué, por el fin, carece de sentido. Pero la vida no puede de otra manera ser aprehendida en absoluto; en todas partes existe una realización de algo, siempre las transformaciones están condicionadas por una meta. La vida, es por tanto, tendencia hacia una meta, es decir, inconsciente adecuación al fin. Todo ser recibe instintos, afanes, para su camino, que sirven a esta tendencia hacia una meta, por consiguiente al logro de un fin. ¿Es, pues, un pensamiento absurdo si aquí reclamamos una semejanza también para el ser humano, dicho más limitadamente, para el ser humano nórdico, y decimos: el hecho de que la creencia en una inmortalidad irrumpe siempre de nuevo y nos guía interiormente, muestra que ella es una fuerza que nos ha sido conferida adicionalmente, que ya de por sí representa

nuestra inmortalidad”? Un gran investigador de la naturaleza y gran pensador al mismo tiempo, Karl Ernst von Baer, ante la pregunta respecto a la esencia de la vida declara: “Dado que la autoplasmación no consiste uniformemente en el logro de una determinada forma, sino que prepara los órganos para el futuro empleo y que las substancias son continuamente transmutadas para la autoplasmación, por lo tanto, el carácter más general del proceso vital me parece ser la tendencia a un fin [87]... Reconoceremos que la esencia de la vida sólo puede ser el proceso vital mismo o el transcurso de la vida. No buscaremos entonces por la localización en el espacio de la vida, dado que el proceso vital sólo puede transcurrir en la observación del tiempo... Aprehender cómo la vida natural consiste en necesidades dirigidas a un fin y en fines perseguidos necesariamente, me parece ser el verdadero cometido de la investigación de la naturaleza”. [88] Aquí se nos presenta ahora una prueba de carácter: ¿somos capaces de interpretar la pletórica vida racial y sus leyes como alegoría de algo eterno o no? ¿Podemos tener la vivencia de nuestra voluntad de inmortalidad como un medio tendiente a un fin? ¿Percatamos por sentimiento que, así como la vida aquí ya descarta el espacio, también ya se halla por encima de la común causalidad, que después de haberse desembarazado también del tiempo, perdura aun?

Un ejemplo paralelo, que aclara aun más nítidamente la situación, lo muestra la doctrina de la predestinación. Ella significa en el mundo de ideas occidental nada más que el “Dios dentro del pecho”, que no es la antítesis del Yo, sino el ser propio mismo y determina la meta a través de la índole del ser. En el mundo de ideas judeo-sirio-romano, sin embargo, que separa violentamente personalidad y Dios y los enfrenta como enemigos, la idea de la “predestinación” se transformó en una concepción demencial que rebajaba al ser humano a un esclavo nato.

Una de las criaturas sacadas de la Nada era para siempre elegida por el espíritu creador arbitrario, la otra condenada para siempre. El por qué siguió siendo un secreto del hechicero instructor. Aquí presenciamos de nuevo la calamidad, cuando idearios de índole muy especial son “asimilados” por un modo de pensar foráneo; la bastardización espiritual y anímica es entonces la consecuencia ineludible. El respeto innato de la personalidad germánica ante la especie distinta ha ocupado las posibilidades plásticas de nuestro ser hacia una dirección, que hizo atrofiar mucho que hubiera podido florecer conforme a la propia especie. Gracias a Dios la monstruosa doctrina de la predestinación de Agustín no ejerció influencia realmente duradera, un signo del inconsciente rechazo que no entregó lo ultimo tampoco a la “Roma Eterna”.

Únicamente en el “cristianismo” estrictamente eclesiástico-judío sigue viviendo aun la completa separación personalidad-Dios, a pesar de que la figura de Jesús exige precisamente esta unidad en una medida como en la historia rara vez ha crecido hasta tan cautivadora grandeza: la personalidad absoluta que es, vale decir, vive libre de acuerdo a su propia ley, como señor sobre la persona. Esto, sin embargo, significa la más fuerte antítesis imaginable de la así llamada “vida en total desenfreno de la personalidad”, como dice nuestro idioma de moda. Pues lo primero es dominio, lo otro impotencia. Si se agrega que esta libertad está limitada orgánicamente por la raza y el pueblo, entonces tenemos ante nosotros la eterna precondición de toda específica época de cultura del Occidente.

Ahora bien: la idea de la personalidad auto-legítima y la doctrina de la predestinación están estrechamente ligadas con el concepto del destino.

Aquí, en primer lugar, se hallan una frente a la otra dos visiones del mundo incompatibles: la indio antigua y la pro-asiática. El indio, aristócrata del alma, atribuye su destino terreno sólo a sí mismo. Si se pregunta a un ciego de nacimiento por qué cree deber sufrir este castigo, entonces contestará: porque en una vida anterior cometió delitos. Por consiguiente, debe sufrir ahora una calamidad acorde con sus acciones. Este pensamiento, completamente consecuente, excluye en forma total lo exterior, niega del todo autocráticamente justo aquello que nosotros, crecidos en la esfera de acción eclesiástica, solemos caracterizar como “destino inexorable”. Este énfasis puesto en lo exterior es la infausta herencia que debemos a la forma del cristianismo imperante hasta el presente, que trajo consigo el mundo de ideas proasiático a Europa. Mientras la época homérica aun vivía su vida llena de confianza en sí y en el universo, a causa de posteriores graves conmociones externas también la vida griega interior llegó a vacilar. En la tragedia, aparecen por ello, la personalidad y el destino de una manera completamente dualista. Inocentes-culpables, los seres humanos sucumben ante potencias exteriores que irrumpen (Edipo). Sobre la base de esta desesperación resultó luego para el alma escindida el paso ulterior: el sometimiento a un hechicero que domina esta alma, quien absorbió por completo a la personalidad, se hizo pasar a sí mismo por el destino, por el “lugarteniente de Dios” y se esforzaba por mantener al ser humano en eterna sumisa humildad.

---

[87]*Ueber Zielstrebigkeit in den organischen Körpern*, [*Acerca de la tendencia a un fin en los cuerpos orgánicos*, N. del T.]

[88]*Ueber Zweckmässigkeit und Lielstrebigkeit überhaupt* [*Acerca de la adecuación al fin y de la tendencia al fin en general*, N. del T.], 1866.

Nuevamente frente a estos dos tipos aparece el germanismo en doble antítesis. No se arroga la capacidad de declarar al universo corporal y sus leyes como no existentes, pero tampoco sabe nada de fatalismo semítico ni de delirante creencia mágica siria de la "irrevocabilidad del destino". *Sino que enlaza el Yo y el Destino como realidades existentes simultáneamente, sin preguntar por la causalidad de ambas partes.* La relación del germano con respecto al concepto del destino es enteramente la misma que la posterior exposición de Lutero de la coexistencia de leyes de la naturaleza y de la libertad personal. Su postura anímica frente al universo coincide exactamente con las investigaciones de crítica del conocimiento de Emmanuel Kant sobre un reino en el cual existe libertad y un reino de la necesidad natural. [88 bis]

En ningún lado, quizás, se evidencia más claramente esta concordancia esencial de todo lo nórdico-alemán que en la confrontación de antiquísimas sagas y canciones germánicas con aquella más alta elevación del pensar kantiano, pero también con el himno de Hölderlin, de que nunca la ola del corazón podría alzarse espumosa tan bellamente si cual muda roca no se le enfrentase el destino. En los Campos Cataláunicos chocan germanos contra germanos, ambas partes en la creencia del deber de combatir por su libertad y su honor. Y el bardo germánico terminó su canto del destino:

Maldición nos llegó, hermano, matarte he debido.
Esto quedará eternamente inolvidado, dura es la sentencia de las Nornas.

Aquí aparecen las Nornas actuando desapasionadamente como la alegoría de una necesidad inescrutable y, sin embargo, sentida de las leyes cósmicas. Los germanos en lucha toman ahora sobre sí conscientemente, al servicio de los valores interiores voluntariamente reconocidos, este destino y lo realizan sin lamentarse, como hombres libres. Los hijos de las Tierras del Norte, Hamdir y Sörli, cabalgan, instigados por su madre, hacia el Sur, solos, a la corte del rey godo Ermanerich, para vengar la muerte de su hermana. Saben que también ellos cabalgan hacia la muerte, pero se doblegan conscientemente y libres ante el servicio por el honor del linaje, luchan hasta la ultima gota de sangre, y las ultimas palabras de Sörfi:

Bien hemos luchado, estamos parados sobre los cuerpos de los Godos,
Abatidos con armas, como águilas sobre las ramas.
Buen honor es el nuestro, si hoy llega el fin:
La noche no llega para nadie cuando la Norna ha hablado.

son de una naturalidad heroica sin sentimentalismo, que encuentra su par, en cuanto a espíritu heroico magnánimo, únicamente en las demás canciones germánicas.

Ante todo, en la Epopeya de Hildebrand. Padre e hijo están parados el uno frente al otro, el primero como guerrero que vuelve a su hogar, el segundo como protector de su tierra. El padre reconoce al hijo, éste sin embargo ve en sus palabras de bienvenida sólo un ardid de guerra e irrita con frases de escarnio al viejo héroe. Este resiste hasta que su hijo le reprocha mentalidad sin honor. Entonces exclama Hildebrand:

"*actúa ahora, tú, Dios que impera, destino desventurado vendrá!*
"*El más cobarde sería pues, aquel, de los que vienen del Este*
que ahora el combate te negara, cuando tantas ansias por él sientes".

En el cumplimiento de las leyes auto-creadas del honor, el viejo Hildebrand ve al mismo tiempo el destino en acción una concepción que llega hasta la más profunda mística germánica, que percibe el "alma no-creada" como Dios, como Destino propio. Pero simultáneamente la solución heroica de la epopeya de Hildebrand enseña aquello que Kant, en la máxima altura de la reflexión filosófica, llamó el reino de la libertad y el reino de la naturaleza, que en todas partes están separados, pero a los que el ser humano pertenece simultáneamente. En este lugar se origina luego aquello que Kant llamaba lo sublime de la naturaleza humana: la conciencia del valor de la personalidad frente a una potencia exterior espantosa. Y L. Wolff señala muy acertadamente, [89] que el Dios invocado por Hildebrand no es el Dios del cristianismo, que presuntamente tiende su clemente mano protectora sobre todos los creyentes. A través de este Dios cristiano la concepción del destino ha devenido, por un lado, individualista-egoísta, por el otro, debió conducir siempre, examinada consecuentemente, como se ha explicado, a la doctrina de la predestinación. La vieja epopeya de Hildebrand ha aparecido —como motivo— más tarde en todos los pueblos, y más

---

[88 bis] Me permito intercalar aquí que la confianza del ser humano llanamente creyente en "Dios, el Padre" es esencialmente igual al concepto del destino aquí diseñado. La idea del "Padre" es la necesaria personificación que el hombre religioso establece a diferencia del filosófico, en lo cual los valores del carácter son exactamente los mismos. Por lo tanto, un pensador germánico podría entenderse fácilmente con un campesino nórdico" que derecho y consciente de su deber cumple su obligación en la vida, si las Iglesias emponzoñadas por el ideario sirio no envenenaran y confundieran la recta confianza por medio de doctrinas del pecado, promesas de gracia, purgatorio y condena eterna. Por cierto es así, que quien tiene confianza en su idiosincrasia también tiene confianza en "Dios" Lo uno condiciona lo otro. Por tal razón, las Iglesias actuales y sus representantes necesitan seres humanos que dudan, desgarrados, desesperados, para poder imperar.

[89] *Die Helden der Völkerwanderungszeit* [*Los Héroes de la época de las Migraciones de Pueblos*, N. del T.], Jena, 1928, p. 146.

exactamente en adulteraciones que sustraen lo esencial de todo el drama: en esos poemas el padre recién se entera después de cometido el hecho que él ha matado a su hijo, o bien él lo reconoce y cabalga, después de un corto torneo, pacíficamente a su hogar junto a Ute, su mujer. Aquí ya son perfectamente palpables las influencias cristianas, que eliminan la idea del honor.

Y otra cosa más mostraron estas canciones germánicas (tales como la antigua versión de la Canción de Walthari, el relato de Aldwin y Thurisind y todos los demás), que el honor no provoca conflictos, sino que en la lucha sobre la Tierra soluciona los conflictos. La vida germánica recién llegó a ser problemática cuando los nuevos valores adquirieron iguales derechos que los supremos valores germánicos de honor, libertad, orgullo y valor. Este conflicto que desgarra el corazón de Europa es hasta hoy la causa más profunda de nuestra falta de estilo interior, de cultura popular, y de Estado Nacional El amor y el cristianismo no han puesto coto a la “auto-dilaceración germánica”, sino que recién han hecho encenderse realmente la lucha de todos contra todos. Pues ya en la época de la migración de pueblos los troncos germánicos separados violentamente sintieron con aflicción su antagonismo: “Maldición nos alcanzó. hermano, matarte he debido”, canta ya el antiguo cantor gótico... Teodorico pereció garantizar luego otra vez una unidad germánica, hasta que los francos formaron el reino como broche político. Así el conflicto trágico sigue, la posibilidad de acrecentar la idea del honor personal, del honor del linaje, del honor del tronco hasta una conciencia germánica general del honor, se dejó pasar desaprovechada gracias al cristianismo romano. También cuando el guerrero de la época de la migración de pueblos se hubo convertido en el caballero asentado.

Por consiguiente el destino y la personalidad se hallan, según la concepción germánica, en constante reciprocidad de acción, y todo drama verdaderamente nórdico unirá en cualquier forma el acaecer exterior y los valores interiores del carácter, nunca los dejará correr yuxtapuestos sin interrelación. Algo, que para la epopeya de los Nibelungos vale lo mismo que para el Fausto y el Tristán. Una estética dulzona también ha malentendido este gran drama y lo ha contemplado meramente desde el punto de vista de la extasiada Isolda. Y eso que ésta, quizás la más grande obra de Wagner, no es un drama del amor, sino un drama del honor. Porque Tristán siente como desprovisto de honor su amor invencible por la prometida de su rey y amigo, por eso se mantiene alejado de ella, por eso quiere luego beber el brebaje mortal cuando reconoce1a imposibilidad de dominar su amor. Cómo ahora este “más leal de los leales” arroja lejos de sí este concepto de honor que importa toda su vida y se entrega a su pasión, éste es el enigma inexplicable-insoluble, que es simbolizado por el brebaje de amor. El punto culminante interior del drama es el instante cuando Marke y Tristán se encuentran frente a frente (no la muerte por amor, que significa un desenlace). Y mientras el Rey pregunta pensativamente al “más leal de los leales”:

¿Adónde ahora honor
y auténtico linaje,
si el custodio de todos los honores,
si Tristán lo perdió?
...
El insondable
terriblemente profundo
misterioso motivo,
¿quién lo anuncia al mundo?

surgen de la orquesta aquellos sonidos que llenos de pesadumbre palpan hacia lo metafísico, como si preguntaran por la más profunda pregunta del ser germánico: cómo aquél, “el más alto en todos “ los honores”, pudo devenir “sin honor”. Algo que es imposible y a pesar de ello aparentemente quedó como comprobado en forma irrevocable. Este ultimo interrogante queda sin respuesta a pesar de la interpretación simbólica, Tristán muere por causa de su acción, conscientemente toma sobre sí la muerte y arranca el vendaje de las heridas sangrantes. Él muere a causa de la lesión exterior de algo que le es invulnerable, e Isolda por comunidad de destino con él. Tristán muere a causa de un conflicto de honor, Isolda a causa de una pena de amor.

Esto es “destino” germánico, y germánica superación de la vida mediante el arte. Pero el plasmar todo esto significa la suprema altura del arte de la personalidad.

Fuera de las Iglesias se originó en el siglo 19, en conexión con los filósofos de la naturaleza del 18, una visión del mundo que, a-crítica hacia todos lados, se esforzaba por incorporar a todo el ser humano dentro de la ley mecánica de la naturaleza. Esta tentativa torpe, materialista, de anunciar una ineludible “legalidad económica”, debe ser considerada hoy como superada. A cambio de ello, sin embargo, ha aparecido (especialmente a través de Spengler) otra concepción en ropaje hechizante, representada en el “ser humano fáustico”, dotada de considerable arte de persuasión: la así llamada interpretación morfológica de la historia. Estos maestros de las estructuras de la historia presentan con todo acierto causalidad y destino como dos ideas no coincidentes. Renuncian además —igualmente en concordancia con la esencia germánica— en voz alta y con franqueza al fatalismo semítico, que reconoce a todo el acaecer como

irrevocable. Pero no obstante ello, trasladan la idea del destino a así llamados círculos culturales, que ciertamente son comprobables históricamente, empero, sin —yaquí surge el peligroso error—examinar el origen orgánico-racial de estos círculos culturales y de su extinción. Desde lejanías nebulosas baja, según Spengler, semejante círculo cultural, tal como el Espíritu Santo, sobre un pedazo de la Tierra; los seres humanos que pertenecen a él viven una época heroica de elevación cultural del espíritu, luego la desintegración de la civilización y la decadencia. Y de estos cuentos se extraen después conclusiones preconizadoras de nuestro futuro. [90] A ello se agrega que como esencia de este "nuevo" concepto del destino es presentada su no-reversibilidad, y al final nos hallamos ante el inesperado hecho de que Spengler ha logrado el juego de manos de introducir tanto el concepto naturalista-marxista como el mágico-pro-asiático bajo el manto encubridor de Fausto. La doctrina del carácter vegetal del acaecer humano nos incorpora a todos de nuevo en la serie puramente mecánica de la causalidad, y la doctrina de la irreversibilidad debe someternos a una fatalidad. El realmente fáustico "Sin embargo, ¡yo quiero!" Spengler no lo conoce, él no ve potencias anímico-raciales plasmar mundos, sino que inventa esquemas abstractos, a los que ahora nos debemos someter como al "destino". Consecuentemente pensada hasta el fin, esta doctrina, brillantemente expuesta, niega la raza, la personalidad, el valor individual, todo impulso realmente promotor de cultura, en una palabra, el "corazón del corazón" del ser humano germánico.

A pesar de ello, la obra de Spengler fue grande y buena. Cayó como una lluvia de tormenta, quebró ramas podridas, pero fructificó también una tierra ansiosa, fecunda. Si él es realmente grande, debería alegrarse por ello: pues ser fructífero (aunque sea por un error) es lo máximo que se puede alcanzar. Ahora, empero, el despertar anímico-racial ha crecido mucho más allá de la"doctrina de las estructuras", ha encontrado el camino de regreso a los valores archi-eternos y saluda a través de épocas de confusión a los seres humanos y al arte de tiempos pasados como presente viviente.

---

[90] El Dr. H. Günther, en la 12ª. edición de su *Rassenkunde des deutschen Volkes* [*Tratado de las Razas del Pueblo alemán*, N. del T.], lanzó al respecto a Spengler una réplica aniquiladora. Spengler fantasea sobre un "símbolo de primer rango y sin parangón en la historia", que los griegos de los tiempos prehistóricos "repentinamente" "retornan" de la construcción con piedras a la construcción en madera. Y pasa por alto al respecto que la ola de raza nórdica trajo consigo esta construcción, en madera, es decir, que una nueva alma se anuncia, que no es la misma que estaba actuando como Spengler se complace en hacernos creer falsamente. Además Spengler constata la repentina modificación de la forma de sepelio en los tiempos védicos y homéricos. Y Günther debe también aquí llamarle la atención sobre el hecho que nuevamente la sangre nórdica trajo consigo el sepelio por cremación. Tal como aquí, en todas partes las fantasías de Spengler se desvanecen en la nada, por hermosas que sean algunas partes de su obra y por mucho de verídico que también contienen.

IV. LA VOLUNTAD ESTÉTICA

1.

Esta aparente digresión era necesaria porque ella hace comprensible que no es el “sentimiento de eternidad e infinito” lo que representa lo esencial, sino la personalidad dentro de personalidades semejantemente condicionadas es lo que representa el ultimo fenómeno primigenio también de toda creación artística. Las perspectivas de lo infinito de Lenótre y el misterioso claroscuro de Rembrandt no son algo que se diluye en el infinito, sino una tensión anímica entre otras. Es extraño cuán poco los sistemáticos prestan atención al ritmo, al que todos los grandes artistas de Europa sigue, ora conscientemente, ora por instinto. Su arte no transcurre sobre una línea desde lo material hasta lo infinito, sino que recae nuevamente sobre el Yo, condensa, por así decir, siempre de nuevo las fuerzas anímicas para volver a lanzarlas hacia afuera. En el momento cuando Beethoven, en las mayores alturas, cercano a la disipación, forma imágenes tonales, irrumpe repentinamente en ello un jubiloso scherzo. En medio de motivos de renunciadores del mundo suena a través de ellos una enérgica voluntad de lucha. Esto no son inhibiciones, sino ritmos vitales del arte occidental. El scherzo de un Beethoven, la acción final de la vida del Fausto centenario, la grandeza heroica del Sigirido wagneriano, la superación sonriente de lo trágico y de lo limitado del Hans Sachs, la mística del Maestro Eckehart y su rica y activa vida, sólo son comprensibles si se renuncia a todo rígido monismo. Interpretar la disipación en lo ilimitado como “alma occidental” es la tentativa fundamental de introducir fantasiosamente la nebulosa magia siria en la cultura de Europa.

La música de Bach y de Beethoven no es el grado máximo alcanzable de la disipación del alma, sino que significa precisamente la irrupción de una fuerza anímica sin igual, que no solamente se desprende de ligaduras materiales (eso es sólo el lado negativo), sino que expresa algo perfectamente determinado, aun cuando esto no pueda ser siempre cosechado de inmediato como negro sobre blanco [Figura usual en Alemania que alude al contraste de las letras negras.de un impreso y el fondo blanco del papel. N. del T.]. La superación germánica del mundo no es una expansión sin bordes (lo que sería “disipación”), sino energía acrecentada (es decir, acción volitiva), el “dulce sagrado acorde”, al que Schubert atribuyó la omnipotencia.

La voluntad es forjación del alma para una energía consciente de la finalidad, pertenece, por lo tanto, a la forma de pensar fijadora de fines (final), mientras que el instinto está ligado al modo de pensar investigador, de causas (causal). Aun hoy es negada dentro del Yo volitivo, incluyendo toda finalidad, la voluntad estética. Y eso que precisamente ella es, si bien no la más fuerte, pero, por cierto, la más abarcadora expresión de la voluntad humana en sí. Pues la creación artística es la transformación consciente de la materia y del contenido a través de una unidad, en cada arte constreñida por determinadas formas. Si las otras orientaciones de la voluntad tienen solamente un rasgo característico, una materia, en cambio el arte reclama para sí toda materia y todo contenido, tanto sensual como sobrenatural, como su material. En el sentido más amplio toda nuestra apropiación formada del mundo y del Yo es una actividad volitivo-artística. La imagen mítica del dios viajando a través de los aires en el carro del trueno, y la marmórea Palas Atenea son ambos, en su esencia, consecuencias de la misma actividad formadora. Hasta la idea del éter y la ley de la conservación de la fuerza presuponen potencias anímicas formadoras semejantes.

Un ejemplo: el “Hijo pródigo”. Es éste un cuadro del ultimo año de vida de Rembrandt; lo pintó en un estado de la más profunda pobreza y desesperación. Se lo encontró después de su muerte entre trastos viejos. Vemos aquí el sufrimiento pasado concentrado en un instante, representado en la figura despiadadamente naturalista del pecador arrodillado. Al mismo tiempo parte de esta figura andrajosa, tranquilizador y transfigurante, un triunfo sobre todo lo horrible. Infinito amor habla del rostro del padre que se inclina. Aquí se enfrentan inexorable naturalismo, con todas sus contingencias y manifestaciones individuales, y la total superación de la naturaleza, como en pocos cuadros de todo el arte pictórico. Desde el punto de vista puramente formal, gráfica tanto como pictóricamente, todo corre desde indeterminada oscuridad hacia el anciano, inundado de blanda luz, su rostro y sus brazos, toda la escala de matices desde el más profundo pardo, rojo y amarillo, encuentra aquí su luminoso punto culminante. Las direcciones de los ojos de las personas espectadoras igualmente convergen allí. Y al mismo tiempo existe aquí el máximo acrecentamiento dentro de la escala anímica: desde la indiferencia de simple espectador, curiosidad, desde la más profunda resignación hasta la liberadora elevadora redención...

La actividad anímica plasmadora que había tenido lugar dentro de Rembrandt ha sido trasladada totalmente a las almas de ambos seres humanos, del hijo y del padre. Ha mostrado aquí la lograda transformación de afecto en libre accionar. La libertad ética ha recibido un modo de expresión artística; de una alegoría moralizadora se hizo una vivencia artística. Pues aquí no se nos enseña que es pecaminoso actuar tal como lo hizo el hijo, no se nos predica humildad alguna ni se nos ordena el perdonar, sino se nos

presenta la libre acción salvadora de un ser humano, llevada a la más viva conciencia con todos los medios de la fuerza plasmadora, tal como los viejos mitos lo han hecho con la naturaleza. En el mismo estado de ánimo en el que Rembrandt se encontraba entonces, un Schopenhauer hubiera asentado los más profundos pensamientos sobre la nulidad del mundo, Cristo hubiera enseñado el perdón de todos los que nos desean el mal. Shakespeare hubiera escrito un drama conmovedor: un Rembrandt pudo hablar sólo con el pincel. Era una coerción anímica en una dirección perfectamente determinada; no era de naturaleza filosófica, ni ética, sino artística.

Desde hace decenios la obra de Dostoievski se halla en medio de las más acres disputas. Literatos delicados, grecizantes, habían condenado la inexorabilidad de las descripciones del horror y del vicio, censuraron la acción atemorizante de los estados anímicos que nada perdonaban. Por el otro lado, gentes enfermas de nicotina y ajenjo encontraban un placer lascivo en admirarse como Raskolnikows, Myschkins o Karamasows. Los unos censuraban la "forma desequilibrada", los brincos de la exposición, luego a su vez lo infinitamente detallista, otros elogiaban las figuras de Dostoievski como profetas de una nueva religión. Algunos vieron la única pauta de valor en lo presuntamente humano-significativo, otros en el inexorable naturalismo.

En cuanto los seres humanos de Dostoievski son tipos rusos o hasta reclaman el derecho de ser valorados como ejemplos de una nueva naturaleza anímica, está plenamente justificado el más acerbo rechazo contra esta pretensión. Pero no se puede aceptar que estéticos que presuntamente se afanan de modo escrupuloso por separar con todo rigor el "objeto estético" de lo extra estético, se quejan de que al leer el Raskolnikow uno se siente "ablandado en todas las fibras, triturado, aplastado" e irrumpen en el lamento: "De dónde ha de venir entonces el grado de libertad y equilibrio que para la contumplación estética constituye el elemento vital?" (Volkelt). Aquí evidentemente se confunde el objeto heroico y moral con el estético. Esto tiene su razón en el hecho de que se examinan los efectos puramente psíquicos del ser humano moral, pero la fuerza plasmadora, la voluntad estética del poeta, no es tomada en consideración. Consecuentemente entonces también la Crucifixión de Grünewald debería ser desechada como nefasto porque hubo mujeres que se desmayaron ante ella. Porque también aquí no se nos perdona nada en cuanto a horror, y el sacrosanto "equilibrio estético" es atacado despiadadamente por esta la mayor obra de la antigua pintura alemana. ¡Pero no debemos sentir los héroes o víctimas individuales, sino la fuerza que los creó!

Tampoco se puede medir la obra de Dostoievski ni con la vara humano-moral ni con la vara de la así llamada forma objetiva, sino que hay que decidirse, por fin, a completar toda su estética artística con otro modo de apreciación, tal como aquí se intenta. Es esto el reconocimiento de una fusión volitiva profundamente interior. Frases de equilibrio moral, dominio formal, etc., aquí ya están fuera de lugar.

Fue de un modo general la culpa de 99 entre 100 estéticos del arte que al estudiar los caracteres de un drama, de un cuadro, ponían sus pequeños sentimientos y temores en el primer plano de este análisis y no la fuerza artística que creó las obras. Si las figuras viven, ya sea contrahechas o enhiestas, buenas o malas; si reconocemos la necesidad interior de su ser, entonces es precisamente esta fuerza plasmadora la que nos impresiona cuando nos desligamos de lo material. La represión tanto de los apetitos como de los nobles impulsos de la voluntad no se realiza en el arte europeo para hacer lugar al "instinto del juego", sino en una acepción mucho más profunda de la volición artística. Yo no debo juguetonamente y en equilibrio de todas las fuerzas anímicas gozar de una obra de arte, sino que debo percatarme de una fuerza de forma creadora. Y mi satisfacción no consiste en haber visto la apariencia, sino en haber tenido la vivencia de la esencia en acción, en sentir llamada en mí mismo esta esencia actuante a través de la apariencia. "

No Aljoscha, Dimitri o Juan Karamasow me interesan en la medida en que lo hace la fuerza, no la intención que mueve a cada uno de ellos en sus senderos muy entrecruzados, sino la creación orgánica, que se hace visible a través de la naturaleza poética humana, para tomar así el camino a nuestro corazón. Que yo tenga que considerar las figuras como ideal de la vida, eso está escrito en una hoja completamente distinta. Si aplicamos la medida de la crítica, no debemos querer comprobar hasta qué punto nuestra "libertad estética" ha quedado a salvo, tampoco si los caracteres son sanos o podridos, sino si actúan por necesidad, es decir, si, así como se mueven, han nacido de un núcleo interior unitario. Aquí se encuentra el nudo que durante tanto tiempo se ha tratado infructuosamente de desatar. Pero aquí también entran en juego nuevas diferencias estéticas, y mientras detrás del Príncipe Myschkin, miserable como unidad ética, sentimos una potencia inexorablemente creadora, vemos detrás de Thomas Buddenbrook sólo a un esteta masticador de la lapicera devanarse los sesos a la luz de la lámpara por problemas que excitan los nervios. El ataque epiléptico de Myschkin es una irrupción interior, la fatídica pérdida de dientes del pobre Buddenbrook una mala suerte, penosamente preparada, pero, sin embargo, sólo una mala suerte. Y mientras el idiota delirante junto al cadáver de su amada significa un derrumbe anímicamente necesario, Thomas Buddenbrook asesinado por Thomas Mann sobre el empedrado de la calle nos impresiona en forma tan desagradable como cómica.

2.

El ejemplo de Dostoievski conduce ahora a otro problema ya tocado al pasar: ¿cómo es que caracteres repugnantes y hasta putrefactos pueden tener efecto estético? ¿Cómo es, por lo tanto, que obras de arte que tienen como objeto una forma exterior que de ningún modo corresponde al ideal de belleza del pueblo, del artista, y que tampoco enseñan valores tales como deberíamos exigirlos desde el lado moral, despiertan, sin embargo, a menudo una fuerte impresión estética? La respuesta de Schiller, de que nosotros instintivamente prestamos más atención a la fuerza que a la legalidad, toca a la esencia pero no la interpreta por completo. Pues lo que nos conmueve es precisamente la ley propia del objeto estético, aun cuando digamos representa un valor adoptivo o hasta un valor hostil.

La figura de Shylock como tal no nos puede “gustar”, también su modo de pensar contradice nuestros mandamientos del alma en todas sus partes. Y a pesar de ello, rara vez una creación conmueve en la medida en que lo hace esta figura: porque ella es racial-anímicamente: perfecta en sí. Exteriormente está condicionada por todos los rasgos raciales judíos desde las imágenes en la roca de Egipto hasta Trotsky; en lo anímico Shylock muestra la esencia del ideal antiguo-testamentario, pasando por el Talmud, el Schulchan-Aruch hasta el moderno banquero de la Wallstreet. Este ser milenario llegó a ser en el Shylock re-creación de lo judío, así como el Margrave Rüdiger y el Fausto la creación del ser nórdico. Shylock actúa como debe; una vez presentado, se proyecta necesariamente como un ulterior testimonio de la voluntad artística estética. La sospecha de Schiller de que en el gran criminal nos infunde admiración la fuerza que por su magnitud manifiesta la posibilidad de un repentino cambio, aquí, por consiguiente, es errónea. Shylock no puede cambiar nunca jamás, su cuerpo obedece a un mandamiento que en la irrevocabilidad de su ser actúa en forma semejante a la ley que prescribe a las estrellas su órbita circular. Shylock es, por ende, tanto ser humano individual como tipo, un judío lo mismo que el judaísmo. Lo mismo es válido para el Mefistófeles, cuya impresión estética igualmente no es debida ni a la belleza ni a la fuerza, sino a su necesidad interior, es decir, al acto artístico que lo creó. Puramente personales, sin llegar a ser tipos, son Ricardo III, Yago, Franz Moo... Mientras que el artista evidentemente se equiparó con los valores heroicos representados por Rüdiger o Fausto, está frente a los otros como forma puramente espiritual-volitiva. Pero precisamente estas figuras —también la Hille Bobbe, Pére Grandet, Tartufo— nos demuestran dónde debernos buscar en ultima instancia las raíces tanto de la creación estética como de la vivencia estética.

Una posición aproximadamente intermedia entre Sigfrido y Shylock la ocupan las obras en las cuales el artista no plasma el valor supremo propio en la lucha contra otras potencias, tampoco coloca en el punto central de una obra otras fuerzas interiormente por completo extrañas, pero en las cuales, en cambio, evidentemente ha ensayado dar expresión a un alma foránea hasta las ultimas consecuencias. Aquí se ha puesto de manifiesto el problema más conmovedor de la historia del arte occidental: la pasión de Cristo con el punto culminante de la crucifixión.

Junto con la doctrina eclesiástica de que Jesús se sacrificó conscientemente por toda la humanidad, se describieron al mismo tiempo minuciosamente sus torturas, para hacer lo más evidente posible la fuerza de la entrega. La muerte por sacrificio elevó la idea de la humildad a valor supremo, es decir, el amor sumiso, que se entrega a sí mismo sin voluntad propia. La aceptación de este valor fue la característica del Medioevo eclesiástico, devino así el valor adoptivo también para el artista occidental, que en su obra trató de ponerse en concordancia con él. Como signo de especial devoción se originan miles de crucifixiones que subordinar la figura de Cristo a la doctrina de la humildad. El niño rubio sonriente, que a menudo miraba “en forma sencillamente heroica” al mundo, se transforma en una figura atormentada por el dolor, quebrada, con rasgos desfigurados y heridas purulentas.

El sentimiento del derrumbe total, de la desesperación, del sacrificio mortal llegó a ser la antítesis medieval de la heroica naturalidad de un Rüdiger, Hildebrand, Dietrich y Sigfrido. La máxima obra de esta especie, que eleva a alegoría este valor adoptivo eclesiástico, es el Altar de Isenheim. Esta obra es la realización más consecuente del ideal de la humildad, corporizado mediante una voluntad de artista que en cuanto a fuerza impetuosa busca su par en la historia mundial. Esta Crucifixión llega directamente al límite de la exaltación patológica, tanto de lo materialcomo de la energía artística volitiva. Las muchas heridas de arma blanca en el cuerpo del martirizado, la María que cae desfalleciente como en sueño hipnótico, representa el punto culminante del “arte cristiano”. Al mismo tiempo, empero, la obra total pone en evidencia la misma voluntad estética en la Resurrección, en la cual tiene lugar una nueva y extraña transformación; del Jesús oscuro en la cruz surge repentinamente de nuevo un Cristo resucitante, luminoso, esbelto, rubio. En medio de un círculo místico de colores se alza eternamente, nuevamente incomparable tanto como la simbolización del estado devenido abúlico, de total quebrantamiento.

Desde tal rendimiento máximo este valor adoptivo de Occidente pierde cada vez más su fuerza impulsora. La Crucifixión y la Resurrección se transforman en temas casi puramente decorativos, en ocasiones para producir hermosos efectos de colores y de luz. Rembrandt, por cierto, ensaya todavía a

menudo este motivo, pero la fuerza de Grünewald no la ha alcanzado nadie más. El tema está agotado, el impulso interno para la plasmación de la Crucifixión le falta al actual sentimiento de forma y de mundo. Una Crucifixión en el sentido genuino tal como la pintó Grünewald (como obra de arte y confesión), hoy no puede ser ni pintada ni esculpida, ni puesta en música ni en verso. También el valor adoptivo ha sido abandonado. Pero un antiguo-nuevo tema se ha presentado en este proceso: Jesús el héroe. No el estropeado, no el mágicamente desaparecido del postrer gótico, sino la única acerba personalidad. La creación de esta nueva imagen de héroe aun no está completada: pero en el Rüdiger, en el Maestro Eckehart, reside pre-formada.

3.

La estética alemana clásica, desde Winckelmann hasta Schopenhauer. partió de la obra de arte, aunque sólo de la griega postrera. Pero esta desatención de la vida real a la larga no pudo bastar; los nuevos estéticos, por consiguiente, trasladaron la estética, siguiendo la corriente general de la época, cada vez más exclusivamente a los sentimientos del receptor del arte, y según el temperamento cada uno de ellos descubrió otras vivencias en sí mismo, sobre las cuales edificó luego una nueva estética, pero que otra vez era una "estética general". De este modo la estética llegó a ser cada vez más una parte de la llamada psicología, la ciencia del alma. El sensualismo se conquistó al pasar paulatinamente el suelo, lo que en vista de las concepciones, en forma general, materialistas de los últimos decenios igualmente no puede extrañar. El arte llegó a ser una contrapartida del enfoque puramente económico, pues, como se decía, sus formas tenían la intención de "transmitir un contenido lo más rico posible con un mínimo de despliegue de fuerza" (Müller-Freienfels). El sentido de placer que proporciona el arte pareció, por tanto, un alivio de la actividad cerebral. Lo irracional-inconsciente fue desechado como "tapa-agujeros": se decía que el sentimiento estético se basa en la imitación interior, en la simpatía motora. Finalmente Müller y sus adeptos encuentran en el goce del arte una elevación general del sentimiento propulsor de la vida. Aquí, en consecuencia, ya se acerca mucho a las cogniciones esenciales, pero queda repetidas veces embarazado en simple psicología, que le hace pasar por alto lo objetivamente dado en la obra de arte. El mismo camino siguió Groos. Un examen minucioso de los valores asociativos se lo debemos a Külpe; a pesar de mantener el enfoque psicológico, este autor vuelve a dirigir nuevamente la atención a la obra de arte y exige la descomposición de lo bello en sus elementos, exige (a semejanza de Volkelt) normas de arte "a las cuales hay que ajustarse si se quiere producir efectos estéticamente agradables". La exploración profundizada de la belleza como propiedad real de objetos artísticos es la meta para otros estetas. Una catedral gótica consiste —dicen— en piedras, en una melodía de tonos. Ni piedras ni tonos son lo bello, sino su conjunto sujeto a leyes. La belleza está adherida a la materia sin poder ser percibida con los sentidos. Pero lo bello tampoco consiste en la suma de las aisladas cualidades parciales, sino que más allá de ello es aun un determinado algo. Es propiamente independiente de las partes, como ya lo demuestra todo triple acorde musical. Esto separado de lo objetivo, la apariencia estética, significa la esencia del objeto estético, que excita sentimientos de fantasía de dos clases: sentimientos de intuición y de participación. Con esto Witasek está en camino hacia una interpretación del arte que había tenido una gran difusión: la así llamada estética intuitiva, que especialmente fue fundamentada detalladamente por Lipps. según él el estado estético es un sentimiento de placer que debe ser atribuido a la comodidad del alma, en el sentido de que el alma capta fácilmente todo lo que le parece agradable. Lo bello significaría actividad vital, la fealdad sería negación de la vida; por tal razón lo primero despertaría sentimientos de placer, lo otro sentimientos de disgusto. Aquí habría ya una "intuición", que se acrecienta por una alegría con el que está alegre y una tristeza con el que está triste. La posibilidad de intuición dependería de la posibilidad de la aprobación por parte del gozador del arte. Nuestra propia fuerza o ansia debería encontrar en la obra de arte su contraparte. Más tarde Lipps trasladó su centro de gravedad de la investigación estética cada vez más al sujeto y declara que toda expresión percibida existe únicamente en el observador mismo: "Todo esto es intuición, traslado de sí mismo a lo otro. Los individuos extraños de los cuales yo sé, son multiplicaciones objetivadas... de mí mismo, multiplicaciones del propio Yo, en suma, productos de la intuición. [91]

El goce estético se comporta, por consiguiente, como auto-satisfacción anímica. De este modo una piedra que cae se transforma en una "que propende", igualmente la montaña "propende" sólo "audazmente" hacia el cielo porque nosotros ponemos dentro de él esta animación (que las montañas también se "tienden", eso lo pasa por alto Lipps). La pasividad y la actividad del material devienen vivencias sentimentales; la pesadez, la dureza, etc., pierden su objetividad y reciben intuitivamente cualidades líricas del Yo: "La necesidad en los objetos... ha sido introducida en ellos por intuición y es, según su origen, no otra cosa que la necesidad de nuestro juicio experimentada en nosotros . No los objetos son... obligatorios u obligados, solamente yo soy eso".

---

[91] *Kultur der Gegenwart*, [*Cultura del presente*, N. del T.], p. 359-360.

De esta manera las condiciones han sido puestas con toda seriedad cabeza abajo. Las tentativas de perfeccionar, de completar la teoría de la intuición psicológica, de amalgamarla con la estética clásica, han sido numerosas (Meumann, Dessoir, Volkelt, etc.), pero en ninguna parte ha sido expresado clara y abiertamente el conocimiento de que la negación dogmática de la voluntad estética condicionada nacional-racialmente, constituye la causa fundamental de casi todas las diferencias de opinión. Este conocimiento sólo tiende el puente del objeto al sujeto, desde la voluntad formativa del artista (como máxima manifestación de fuerza) a la voluntad formadora del receptor del arte (como grado más bajo).

En parte alguna este hecho puede ser demostrado más claramente que en la música. Este arte es inmaterial, tiene sólo contenido y forma. Sus medios de representación son ritmos del tiempo, sus leyes, arquitectónica del tiempo. En su reflexión, valorada como uno de los más profundos ensayos, sobre la esencia dela música, Schopenhauer declara que el efecto de este arte es tan único porque se dirige directamente a lo más íntimo, a la voluntad. Aquí Schopenhauer ha visto con justeza, pero sin darse cuenta de que con esto destruye tanto su sistema filosófico como también su confesión estética. Pues, en primer lugar, la “voluntad ciega” es presentada aquí de nuevo como contraste de sí misma, como movimiento más sagrado del alma, ya que todo goce del arte significa superación de todo lo instintivo. En segundo lugar, la influencia de la música sobre la voluntad es presentada como la mayor vivencia artística por un pensador que, con elocuencia sencillamente hipnotizante, había descrito la esencia del estado estético precisamente como contemplación.

Oír genuina música no quiere decir hundirse en contemplación, tampoco en sueños dulzones, sino, a través del medio inmaterial de las estructuras tonales, experimentar una voluntad de forma y una arquitectónica de forma. Pero esto quiere decir además: sentir crecer las fuerzas formadoras durmientes en el oyente, semejantes a las del artista. La música —y con ella todo otro arte— es una re -interpretación del “mundo”, una apropiación, una exposición del alma desde el más silencioso silencio de un Fra Angélico y Raabe hasta la fiereza de un Miguel Ángel y Beethoven. El artista procede de adentro hacia afuera, el receptor de afuera de la obra creada hacia adentro, para llegar a la vivencia que embargaba al artista durante la creación originaria de la obra. Esto es el único genuino curso circular del “sentimiento estético”, y el más elevado cometido de la obra de arte es acrecentar la energía plasmadora de nuestra alma, afianzar su libertad frente al mundo y hasta superar a éste.

Pues, ¿qué es lo que quiere decir cuando se afirma que un ser humano, después de la visita de una galería de cuadros, ha visto a la naturaleza estéticamente? ¿No quiere decir esto que en este ser humano también ha sido despertada una fuerza dormida, que en la dirección de la creación artística no era suficientemente fuerte para la auto-actividad? ¿Y de dónde proviene que semanas, meses y hasta años después de contemplar una obra o de escuchar una pieza de música, podemos evocar la misma en la imaginación con tal fuerza que vuelve a presentarse el estado anímico de entonces? Es más, muchos seres humanos tienen esta vivencia anímica a menudo después de alejarse de la obra de arte, esto es, después de desaparecer manifestaciones concomitantes materiales, a menudo perturbadoras. ¿Y qué es lo que se quiere decir con eso cuando se afirma que un artista ha actuado sobre algún otro? ¿Significa esto otra cosa fuera de que ha sido despertada una voluntad de forma que hasta entonces estaba dormida y ha tenido que ser despertada recién a través de un impulso de naturaleza especial? (Naturalmente no hablo aquí de la imitación de la técnica). Toda nuestra capacidad de memoria podría ser incluida en esta reflexión. Se puede, por ejemplo, comprobar que cuando un sonido especial o un ruido ha provocado una conmoción interior, como por ejemplo una descarga de granada que sepultó a un soldado y causó un shock nervioso, un sonido semejante muchos años después provoca el mismo efecto físico y anímico. Aquí evidentemente existe una fuerza formadora que merece ser tratada alguna vez a fondo en conexión con la filosofía y la estética.

4.

Esto nos conduce al polo opuesto de lo bello. Junto con el examen de éste, Kant también trae a colación el sentimiento de lo sublime. Existe de acuerdo a ello también otro fenómeno que despierta un “enfoque desinteresado” y que a pesar de ello no es bello: lo sublime. Este modo de apreciación no es tranquilo o liviano, sino movido; el equilibrio, la armonía de las fuerzas anímicas acaece recién a través y después de un conflicto. Si nosotros nos encontramos colocados ante algo simplemente grande, algo ilimitado y amorfo, entonces nuestra imaginación es incapaz de aprehender esto como un todo. Nos sentimos pequeños como seres sensitivos y al mismo tiempo, precisamente debido a este sentimiento, se alza en nosotros otro, que dice que somos infinitamente más que tan solo un ser sensitivo, pues nosotros somos, por cierto, los que sienten al mismo como pequeño.

Audaces rocas sobresalientes, nubes de trueno, huracanes, el océano revuelto, son potencias de la naturaleza frente a las cuales nuestra resistencia física debe aparecer como infinitamente pequeña. Pero si ahondamos en la contemplación de este fenómeno formidable, entonces experimentamos una elevación de

nuestras fuerzas anímicas y descubrimos en nosotros una capacidad completamente distinta de resistir, que nos da ánimo para poder medirnos con la naturaleza aparentemente todopoderosa. “Por consiguiente, el sentimiento de lo sublime en la naturaleza es respeto ante nuestro propio destino”.[92](Obsérvense las concepciones religiosas que de esto resultan, que deben conducir al honor y a la veneración, a una religión como Eckehart la confesó). Este sentimiento de lo sublime es provocado, por tanto, por un disgusto, que nuestros nervios sensitivos perciben como nimio, para transformarse luego, al hacerse consciente la supremacía humana, en un sentimiento de gozo y terminar en la contemplación desinteresada, plácida. Por consiguiente, se establece también aquí al final un equilibrio de nuestras fuerzas anímicas no solamente entre la fuerza de imaginación y la inteligencia, sino también entre la fuerza de imaginación y la razón. “Lo sublime es aquello que a través de la resistencia contra el interés de los sentidos agrada en forma inmediata”. [93]

Lo sublime se genera en cierto modo subrepticiamente, al trasladar el sentimiento que nos despierta la razón, sobre el objeto. Mientras, por lo tanto, lo bello exige la representación de una cierta cualidad del objeto, lo sublime, en cambio, consiste “exclusivamente en la relación en que lo sensitivo en la representación de la naturaleza es juzgado apto para un posible uso sobrenatural de ello”.

Por esto en el arte, según Kant, lo sublime puede manifestarse solamente en la lucha de la volición moral contra lo sensual. Pero, como la voluntad ética como tal es desapasionada, significando sólo el buen modo de pensar, su manifestación tomaría la forma del afecto.

Si la idea de lo bueno se manifiesta con afecto, entonces es entusiasmo; este entusiasmo no es moral, pero sublime. “Así se presentan los seres humanos ideales como portadores de este sentimiento en el arte y son los verdaderos héroes del drama trágico, los que como héroes de la libertad y mártires actúan en el sentido de lo sublime, que en todo momento tiene relación con la forma de pensar, y procuran a lo intelectual y a las ideas de la razón supremacía sobre la sensitividad.

Estas observaciones aclaran las concepciones de Kant sobre dos estados de ánimo que, como separados de lo instintivo, nos hacen sentir finalmente una armonía de nuestras fuerzas vitales interiores, nos han de poner en un estado de visión abúlica, de contemplación. Ahora bien: en lo referente a la derivación de los juicios estéticos (es decir, la legitimidad de sus concepciones) no podemos detenernos en ello en este lugar, pero observemos como importante que Kant considera válidos tales juicios solamente para lo bello, “percibiéndose esto frente a la naturaleza por la forma, pudiéndose formular diversas preguntas con respecto al mismo. En cambio, lo sublime en la naturaleza en realidad se califica así impropiamente, y es sólo un fundamento del modo de pensar de la naturaleza humana. Para tomar conciencia de este fundamento, la aprehensión de un objeto por lo demás amorfo e inadecuado sólo proporciona la ocasión, el cual de esta manera es usado subjetivamente en forma adecuada, al fin, pero no es juzgado como tal por sí mismo y por su forma. [94]

Estas consideraciones nos muestran en Kant la misma lucha que en Schiller: no puede negar la emoción frente a las grandes figuras del drama, pero con notable obstinación quiere volver siempre a la “armonía de las fuerzas anímicas”, en lugar de reconocer la vivencia espiritual-volitiva y el despertar de la energía animiea como la esencia del estado estético. Sólo con hesitación nuestros pensadores quisieron admitir de cualquier forma que fuera la sublimidad en el arte, tomaron sus ejemplos casi únicamente de la naturaleza, porque percibían el sentimiento de la sublimidad sólo como reacción. Pero pongámonos, pues, frente a una catedral gótica: también aquí existe una grandeza monumental aplastante, la atemorización de la persona, y a pesar de ello la vivencia de la personalidad, de lo sublime. Pero esta catedral es, sin embargo, una acción, una creación artística humana de la índole más portentosa, justamente la representación artística de un sentimiento sublime. Aquí, por consiguiente, la creación y la emoción se remiten a una fuente; lo que me obliga a la veneración es, en ultimo término, el saberme uno con la personalidad, del pueblo, del ser humano, de la fuerza plasmadora que aquí se manifiesta

Es tentador intercalar aquí una larga exposición sobre confesiones de artistas sobre la creación y la vivencia, ya que es característico para la estética profesional haber pasado por alto las mismas, a pesar de que ciertamente tendrían que constituir el fundamento esencial para todas las reflexiones sobre el arte. Pero, esto ampliaría en demasía el volumen de este capítulo, por lo tanto, sólo algunas alusiones.

En su correspondencia llegamos a conocer, p. ej., a Héctor Berlioz como a un artista que atraviesa todas las alturas y profundidades, que en todas partes es acción, vivencia. Después de haber oído una de sus propias composiciones, le relata a su amigo Ferrand que hubiera querido proclamar a gritos cuán colosal y espantosamente la misma actuó sobre él, y observa satisfecho respecto a un oyente, que había estado completamente pálido como la muerte a causa de la emoción. Desde Lyon, Berlioz escribe lleno de

---

[92] *Kritik der Urteilskraft* [*Crítica del Juicio*, N. del T.], art. 27.

[93] L.. c. art. 29.

[94] L.. c. art. 30.

ansia: “Creo que me volveré loco cuando vuelva a oír verdadera música”. A. R. Kreutzer escribe en éxtasis: “¡Oh genio! ¿qué he de hacer si algún día quiero describir pasiones? No se me comprenderá, pues ellos no han siquiera saludado al autor de la más hermosa obra con guirnaldas, no lo han llevado en triunfo, no se han echado ante él de rodillas”. A Theodor Ritter lo exhorta en 1856: “¡Conserve Ud. el 12 de enero en la memoria! Este es el día en que Ud. se ha acercado por primera vez a las maravillas de la gran música dramática, en que Ud. ha recibido el primer vislumbre de la sublimidad de Gluck... No olvidará nunca que su instinto artístico ha tributado homenaje sin titubear, con embeleso, a este genio que hasta ahora aun le era desconocido. Sí, sí, esté convencido Ud. a pesar de que cualquier cosa que diga la gente que posee sólo a medias pasión, sólo medio corazón y sólo una mitad del cerebro, existen dos grandes y altas divinidades de nuestro arte: Beethoven y Gluck”.

Quizás se llamará ahora a Berlioz hiper-patético; pero hasta qué punto todas las fuerzas volitivas son gastadas para la creación, nos lo ha referido igualmente el aparentemente prosaico Flaubert:

“Para un artista —le escribe a Maupassant— sólo existe una cosa: ¡ sacrificar todo al arte! Yo trabajo desde hace 14 años como una mula. He vivido, toda mi vida en esta obstinación del monómano, con exclusión de todas mis otras pasiones, a las que encerré en jaulas y a las que de cuando en cuando fui sólo a visitarlas.

“Vosotros los líricos sóis felices, vosotros tenéis un vertedero en vuestros versos. Si algo os atormenta, escupís un soneto, y esto alivia vuestro corazón. Pero nosotros los pobres diablos de prosistas, a los que está interdicta toda personalidad (y ante todo a mí), pensamos aun en todas las amarguras que recaen sobre nuestra alma, en toda la materia mucosa moral que nos aprieta la garganta”.

Este es el estado de ánimo del que Nieztsche dijo:

“*Quien mucho algún día tiene que anunciar,*
calla mucho hacia adentro de sí.
Quien alguna vez ha de encender el rayo,
debe durante largo tiempo ser nube”.
(“*Wer viel einst zu verkünden hat,*
Schweight viel in sich hinein.
Wer einst den Blitz su zünden hat,
Muss lange - Wolke sein “)

Apenas alguien ha descrito tan bellamente la hora de nacimiento de una gran obra como Nietzsche: “Tiene alguien a fines del siglo diecinueve un concepto claro de aquello que poetas de épocas vigorosas llamaron inspiración? Revelación, en el sentido de que repentinamente se hace visible, se hace audible con indecible seguridad y libertad algo que a uno lo conmueve y lo derriba en lo más hondo... No se escucha, ni se busca; se toma, no se pregunta quién es el que da; como un rayo resplandece repentinamente un pensamiento con necesidad, en la forma sin titubeo, nunca he tenido que elegir. Un éxtasis, cuya enorme tensión a veces se descarga en un torrente de lágrimas, en la que el paso involuntariamente ora avanza con ímpetu, ora se hace lento; un total estar fuera de sí... una profundidad de dicha en la que lo más doloroso y tétrico no impresiona como antítesis, sino como condicionado, como reto, como un necesario color dentro de tal superabundancia de luz... Todo sucede en el más alto grado involuntariamente, pero como en un huracán de sentimiento de libertad, de incondicionalidad, de divinidad”.

¿No es esto en cuanto a su origen y desencadenamiento la misma esencia que hace confesar a un Lenau después de una representación de Fidelio: “entonces estuve de nuevo conmovido por una tempestad de sentimientos y por dos horas con toda seguridad fui el más feliz en la Tierra... Si me traigo a la memoria tales goces, pierdo el ánimo para reñir con el destino! “?

¿Y Beethoven mismo, el hombre que a través de sus obras ha conmocionado definitivamente los fundamentos de toda estética tendiente a la “contemplación” y a la “armonía”? Expresó al joven músico Louis Schlösser: “¿Usted me preguntará de dónde tomo mis ideas? Esto no estoy en condiciones de decirlo con seguridad; ellas vienen sin ser llamadas, mediata, inmediatamente, yo podría asirlas con las manos en el campo, en el bosque, durante caminatas, en la quietud de la noche, en la temprana mañana, estimuladas por estados de ánimo que en el poeta se traducen en palabras, en mí se traducen, suenan, braman, rugen en sonidos, hasta que finalmente se encuentran ante mí en notas”. Después de escuchar la Cavatina en mi bemol del Cuarteto en Si Bemol Mayor op. 130, Beethoven expresó a Holz: “Nunca mi propia música ha provocado tal impresión sobre mí; hasta el recuerdo del sentimiento de esta pieza siempre me cuesta una lágrima”. Y para protestar, sin embargo, luego contra todo sentimentalismo y todo instintivo de exagerado enternecimiento, al escribir el 15 de agosto de 1812 a Bettina von Armin, expresó:

“A Goethe le he expresado mi opinión acerca de como el aplauso actúa sobre alguien como nosotros, y que por personas como él uno quiere ser escuchado con el intelecto; el enternecimiento sólo es adecuado para mujeres, al hombre la música debe hacerle surgir fuego del espíritu”.

Este fue el testimonio del ser germánico triunfante en un hombre en el cual roían y tironeaban más de una inquietante fuerza anímico-racial de nivel humano inferior, y que en Beethoven emergen de vez en cuando tal como las figuras grotescas foráneas en la catedral gótica.

Y finalmente ¿qué es lo que probablemente diría el más grande cantor entre los alemanes y el más delicado anunciador de su alma, sobre la tentativa de querer destruir el impulso ascensional a través de la denigración de la vivencia artística a una nada que se diluye? No había sufrido Hölderlin por estos seres humanos ya en una época cuando aun no actuaban como miembros omnipotentes de nuestra vida, ya entonces, cuando Hyperion, a la búsqueda de grandes almas, tuvo que comprobar que por asiduidad, por la ciencia, es más, hasta por su religión, sólo habían devenido bárbaros: artesanos, pensadores, sacerdotes, portadores de títulos encontró Hyperion, pero no seres humanos. Seres fragmentarios sin unidad del alma, sin fuerza ascensional interior, sin totalidad vital. Así a Hölderlin hasta las virtudes le parecieron un mal refulgente, y como descubrimiento más conmocionante sintió que estos seres humanos hasta querían elevar la estrechez del alma a ley para el todo. ¡Qué hubiera sentido Hölderlin en una época posterior, cuando el arte, desde la altura del "libramiento de contemplación", que aun se le concedía teóricamente, como terreno neutral, se deslizó hacia abajo al peldaño del estímulo de la digestión, del fomento del turismo, de la bacanal de la técnica de ruidos! Otrora quiso regalar a su Diotima el genio de Grecia, y sólo pudo dar a luz una canción del lamento del genio herido; hoy su obra sería un único grito de desesperación o de ataque, su canción aun más el flujo del más íntimo y ardiente tormento de la voluntad. Pero la belleza que Hölderlin percibía como religión no era la saciedad "contemplativa" de nuestros filosofantes doctores, sino plenitud de vida acrecentada al máximo, haz apretadamente liado en un sólo instante de todas las elevaciones del alma, de todas las ansias del corazón, de todas las fibras de la voluntad. ¡Y los himnos de Hölderlin! Un único ascenso radiante de los más empinados valores de la vida y de divino anhelo de lejanía, una apelación al "corazón gigante" del mundo, y él sabía qué era lo que decía cuando escribió referente a los "consejeros cuerdos":

> "*Ahora florece el nuevo arte de asesinar el corazón,*
> *en daga mortal en la mano alevosa*
> *se ha tornado ahora el consejo del hombre cuerdo...*

De esta manera se puede examinar el anhelo y la creación y la vivencia de todos los genuinos artistas del Occidente, en todas partes se halla al comienzo la voluntad artística condensada, dispuesta a adueñarse de una gran visión, a amasarla, a plasmarla, a producir una nueva creación y luego, en esta descarga de la voluntad estética —en concordancia con la voluntad general—procurarse la propia felicidad.

Precisamente este grupo de artistas profundamente volitivos se enfrenta en forma hostil a una aseveración que igualmente es expuesta reiteradamente con predilección por nuestra estética moderna: como si hubiera un genio inmoral o respectivamente amoral. Esta concepción. que evidentemente es de naturaleza puramente intelectualista, se remite a la intentada separación del espíritu artístico del ser volitivo en general. No se yerra al ver en esto un rasgo de impura raza mediterránea, que ha sido difundido especialmente por la guilda judía de literatos. El arte germánico-nórdico desmiente desde su iniciación esta aseveración, aunque mas no sea que por la elección del contenido. Léanse las cartas de Wagner a Liszt para medir cuán hondamente aquí se separa la raza genuina del intelectualismo del asfalto. Reténganse también en la memoria las palabras de Beethoven: "Händel es el más grande compositor que jamás vivió. Yo descubriría mi cabeza y me arrodillaría sobre su tumba... La obra más grande de Mozart sigue siendo su "Flauta Mágica"; pues recién aquí él se muestra como un maestro alemán. Don Juan tiene aun por completo el corte italiano y, además, el sagrado arte no debería nunca dejarse denigrar hasta otorgar relieve a un sujeto tan escandaloso". Sólo sostenidas por este carácter se han originado las grandes creaciones del Occidente germánico: las catedrales así como los dramas y las sinfonías.

La mayor tentativa consciente de despertar con todos los medios del ojo y oído esta sublimidad de la voluntad, es el drama musical de Wagner. Wagner declaró al baile, la música y la poesía como un arte y atribuyó el desgarramiento y la incapacidad generativa de su tiempo al hecho de que cada una de las tres artes, aisladas, habría llegado a los últimos límites de su capacidad de expresión y se habrían distorsionado. La música absoluta de Beethoven condujo al maestro, en este conocimiento, de vuelta a la voz humana en la IXa. Sinfonía. Tal como el ritmo es la osamenta, la voz humana sería la carne del tono. A la música sola, empero, le faltaría la "voluntad moral", su aislamiento significa caos o tediosa música de programa. El drama, alienado de la música y el baile, como estructura más perfecta de la lírica, empero, termina, después de realizado el desligamiento de las "otras" artes, necesariamente en la tragedia sólo escrita, que nunca puede ser representada. Así fracasó Goethe, así fracasaron tanto más sus seguidores. El baile, originariamente genuino y pletórico de sangre sólo como baile nacional, en unión con la música popular y con el lied, devino debido a esta separación un movimiento de las piernas alienado de la naturaleza, sin contenido y sin genuino ritmo. La obra de arte del futuro la vio Wagner, por consiguiente, en la reunión de las tres artes, que constituyen sólo un arte: en el drama de la palabra y el tono (Wort-Ton-Drama).

Wagner luchó contra todo un mundo degenerado en populacho y triunfó; la obra cultural de Bayreuth está eternamente fuera de cuestión. Pero, a pesar de todo, comienza hoy un alejamiento de la doctrina fundamental de Wagner, como si baile, música y arte poético debieron quedar ligadas para siempre en la forma hallada por él; como si Bayreuth fuera realmente la ya no mutable "plena realización del misterio ario".

Wagner ha separado severamente las condiciones bajo las cuales la palabra posee la incondicional preponderancia, de aquéllas donde la música debe tomar la conducción, a fin de relevar la acción exterior por la interior. Y, sin embargo, dos hechos nos muestran que la forma del drama musical de Wagner tampoco fue lograda por él siempre de manera total (como lo hizo en "Tristán e Isolda" y en los "Maestros Cantores"), que también él creó un drama que alcanzó tal altura que el teatro debió aquí fallar lo mismo que en el Fausto ("El Anillo del Nibelungo"), y, que por otro lado demuestra que a menudo precisamente por la asociación de palabra y música, el baile en su forma más general como gesto dramático, es violentado.

La palabra, a pesar de su innata musicalidad, es siempre la portadora de un pensamiento o sentimiento. Por más que se quisiera considerar al lenguaje portador de pensamientos como elemento "extra-estético", no obstante, él es, a pesar de todo, la pre-condición de todo drama genuino. Su claridad y posibilidad de entendimiento determinan la altura y la amplitud del auditorium, de ahí que la técnica del lenguaje fuera valorada como premisa de todo gran actor. Sólo a través del medio del lenguaje se manifestaba la voluntad de forma del poeta. Ahora bien: mientras la palabra describe un conflicto humano, relata un acontecimiento o transmite un razonamiento, no es favorecida por la música, sino perturbada. El acompañamiento musical destruye directamente el medio de la transmisión de la voluntad y el pensamiento. Esto se pone de manifiesto, entre otros, en el relato de Tristán en el 1er. Acto, en el diálogo de Wotan con Brunhilda, en la maldición de Alberico, en el canto de las Nornas en el Preludio del Ocaso de los Dioses. En todas aquellas partes donde debe ser transmitida una estructura de pensamientos, la orquesta intercepta, obstaculiza el camino. Lo mismo es válido para casi todas las escenas de masas. En la imagen tonal en vigoroso crescendo las manifestaciones del pueblo se pierden por completo; el público sólo oye fuertes exclamaciones no articuladas, ve sólo manos alzadas aparentemente sin razón. Esto no conduce a la estructura, sino al caos. Compárese, p. ej., sólo el comienzo del Egmont con la llegada de Brunhilda al palacio en Brugund. La escena popular de Goethe muestra la más grande vivacidad plástica, algunas palabras de izquierda y de derecha esbozan pensamientos y estados de ánimo de capas humanas enteras. La mancomunidad con referencia a Egmont da a etas exteriorizaciones individuales la genuina fuerza penetrante. Un acompañamiento musical durante estas escenas de masas le robaría todo ritmo y carácter [95].

Haciendo abstracción de la exigencia que significa el que Brunhilda revele sus secretos anímicos ante el pueblo reunido, la actitud de éste —acompañada de música—ha llegado a ser en el drama musical para nosotros una escena obstaculizante, que sólo con el entusiasmo por la voluntad de Wagner no es criticada. Aquí el tono ha matado a la palabra.

Esto sucedió porque se mantuvo el dogma obligatorio de que durante el drama musical la música no debe interrumpirse ni un instante. En la misma medida en que se justifica que ella, al comienzo del Oro del Rhin, en el 2º y 3er. Acto de los maestros Cantores, asuma la única conducción, constituye un obstáculo para la palabra en la conducción del ser humano dentro del alma de Tristán Marke y Hans Sachs. La música de Beethoven para el "Egmont" es el drama musical de máxima profundidad. Pero esta música no conmovería de tal manera si también la controversia entre Egmont y Orange, o entre Egmont y Alba estuviese acompañada de la orquesta.

Junto al baile es el drama el único arte en el cual el ser propio humano viviente es también medio de representación. Él tiene la misión de actuar dramáticamente no sólo en el tiempo, sino también en el espacio mediante gestos. El movimiento es una función del espacio y del tiempo; una de las formas de nuestra capacidad de observación se halla en determinada relación con respecto a la otra. El afecto expresado por palabras exige perentoriamente un movimiento exterior intenso de todo el ser humano. Al ritmo de la vivencia interior corresponde la velocidad de la modificación en el espacio. En el drama hablado es posible establecer sin trabas estas relaciones espaciotemporales y despertar de esta manera en el

---

[95] H. St. Chamberlain, tan digno de veneración, puede seguramente ser considerado como el más consciente defensor de la idea del drama en palabras y música de Wagner. Al mismo tiempo defiende apasionadamente la idea de Goethe de que entre el genuino arte poético, es decir, el "arte de la ilusión", y todas las demás artes está abierto un abismo, que aquí no tiene lugar absolutamente ninguna comunidad de límites. El arte de la ilusión tiene que ver únicamente, según él, con representaciones, mientras las otras artes serían en algún sentido "realmente" artes de los sentidos. Aquí evidentemente estamos en presencia de una "contradicción plástica", tal como Chamberlain comprobó algo semejante en Wagner mismo. A mí me parece que la delimitación de Goethe es más acertada: todas son artes diferentes que pueden fecundarse, acrecentarse mutuamente, no el "*Un-arte*" [*Eine Kunst*] recuperado; el enlace de palabra y tono en el *lied* no se puede aplicar simplemente como programa a un gran drama. Resulta, por ende, un camino nuevo, una cooperación de nueva especie entre palabra, tono mímica, que podría quizás volver a reparar más de un extravío post-wagneriano.

oyente y en el espectador, el ritmo que también a él le es inherente, pero también el así llamado factor motor.

Durante algún tiempo se ha exagerado la importancia de este factor motor: a saber, cuando la estética psicológico-sensualista dominaba el campo; el “clásico” contragolpe, empero, lo ha empujado a su vez excesivamente al fondo. Pero, sin duda, este despertar motor del ser humano es la imagen exterior de un impulso ascensional volitivo. Los clarines que llaman al ataque, la marcha de Hohenfriedberg, bajo cuyos sones millones han marchado a la muerte, muestran en qué medida el heroico sonido vibrante es capaz de generar una voluntad que motóricamente se traduce en las más elevadas tensiones de energía corporales.

Aquí pertenece también el ritmo del baile genuinamente nacional, a cuyos sones el pueblo respectivo responde anímica y motóricamente. También aquí tiempo y espacio se encuentran en una determinada relación, que no es obstaculizada por tercer factor alguno. Pero si al drama hablado se agrega la música y a la música de baile, la palabra, y eso no durante cortos períodos de tiempo sino permanentemente, entonces es inevitable que se generen discordancias artísticas. Es cierto que se ha ridiculizado a la ópera antigua, en la que un héroe anuncia su huída y queda parado aun por el término de diez minutos, pero también en los dramas de Wagner la concordancia interior entre el contenido de la palabra y el gesto no pocas veces es impedida por la música. Cuando, p. ej., Brunhilda ve repentinamente a Sigfrido en la corte de Gunther y apasionadamente va a su encuentro, su palabra cantada frena el curso del movimiento. Y Sigfrido debe inversamente, realizar un gesto de rechazo prácticamente bajo la lupa de tiempo (en ralentí). Lo mismo vale para la mayoría de las escenas en el Oro del Rhin entre los dioses y los gigantes.

Si en estos casos la música por estar atada a la posibilidad física del canto, perturba el transcurso de un proceso anímico-motor, en cambio, en otros “casos, la palabra no puede seguir a la rapidez de la danza; también ésta debe, en consecuencia, sufrir aquí un falseamiento, caso por cierto que en el drama musical probablemente se produce rara vez,

Estas consideraciones no significan crítica alguna en cosas sin importancia, sino que apuntan a una característica que seguramente también Wagner y todo cantor de ópera habrán sentido dolorosamente; ellas anuncian que las tres artes no pueden ser reunidas simultáneamente en forma permanente, sino indistintamente de cual puede haber sido la relación mutua entre ellas alguna vez en tiempos anteriores, las leyes propias de ninguna de ellas puede ser despreciada sin perjuicio artístico. Pues ellas no son un solo arte. La tentativa de realizar esto forzadamente destruye el ritmo anímico y obstaculiza la expresión y la impresión motoras. Aquí Wagner, cuya obra artística total no es otra cosa que una única descomunal descarga de voluntad, a veces él mismo es obstáculo en su camino. La premisa de su grandeza fue también la condición de algunas debilidades. Inconscientemente lo perciben la mayoría de los receptores del drama musical de Wagner, sin poder explicarse esta desazón; pero luego prevalece también la incomparable impresión de pasajes heroico-místicos y compensa, por la desproporción antes sentida vagamente entre espacio y tiempo. (Murmullo de la Selva, Marcha Fúnebre). [96]

De ninguna manera por estas observaciones la acción de Wagner es empequeñecida en modo alguno. Ella ha engendrado vida, y esto es decisivo. Seguramente, también fue una bendición que las artes completamente aisladas volvieran a ser asociadas. Con esto se han fecundado recíprocamente. Quizás vendrá alguna vez otro grande, que tomando como materia la plena vida actual y con atención a las leyes propias renovadamente vividas de las tres artes, nos obsequie una nueva forma del drama-palabra-música, con “Egmont” y “Tristán” como modelos.

Pero lo esencial de todo arte del Occidente se ha revelado en Richard Wagner: que el alma nórdica no es contemplativa, que tampoco se pierde en la psicología individual, sino que tiene la vivencia volitiva de leyes anímico-cósmicas y las configura arquitectónico-espiritualmente. Richard Wagner es uno de esos artistas en los cuales coinciden aquellos tres factores que cada uno por sí importan una parte de nuestra vida artística total: el ideal nórdico de belleza, tal como exteriormente se manifiesta en Lohengrin y Sigfrido, ligado al más profundo sentimiento de la naturaleza, la energía volitiva interior del ser humano en “Tristán e Isolda” y la pugna por el valor supremo del ser humano occidental-nórdico, el honor del héroe, unido a la veracidad interior. Este ideal interior de belleza está realizado en el Wotan, en el Rey Marke y en el Hans Sachs (Parsifal es una atenuación de fuerte acento eclesiástico en favor de un valor adoptivo).

Aquí la vida anímica de Wagner coincide con el más profundo subtono de todos los grandes de Europa. No quiero ya enumerar sus nombres. “Lo supremo es un curso heroico de la vida”, confesó hasta el mismo Schopenhauer. Esta fuerza de lo volitivo-heroico es el médium misterioso que ha guiado a todos

---

[96] Como nota expreso mi convicción de que Wagner en el “*Anillo*” impone a los seres humanos y al teatro tales exigencias que éstos sencillamente no pueden seguir sus grandes aspiraciones. Fuera de ello, junto a lo simbólico se presentan efectos (*Anillo*, *Parsifal*) cuya impresión es demasiado técnica. Al igual que se ha renunciado a la reproducción de la clásica *Noche de Walpurgis*, tampoco se podrá realizar nunca satisfactoriamente la materialización del *Anillo*. Mientras *Tristán* y *Hans Sachs* tienen vida eterna, el *Anillo* o bien deberá ser re-estructurado por una mano igualmente genial, o desaparecerá poco a poco del teatro.

nuestros pensadores, investigadores y artistas. Ella es en las más grandes obras del Occidente, contenido y anhelo, desde el conde Rüdiger hasta la "Eroica", hasta el Fausto y hasta Hans Sachs. Ella es la potencia que todo lo forma. Su despertar en el que la recibe es también la ultima meta de la creación artística occidental. Este conocimiento se halla igualmente alejado de la extrañeza a la vida de nuestro clasicismo como del chato arte de sensualidad y del formalismo de hoy. Ella abarca ambos y va con ellos a lo profundo, donde encuentra todo aquello que fue creando sobre la base de la esencia del alma occidental-nórdica.

5.

Lo que en cuanto a descarga de voluntad se manifiesta en los más grandes, es también mandamiento esencial en todos los demás artistas genuinos del Occidente, por lo tanto, incluso en aquellos cuya fuerza impulsora anímica no da noticia de una voluntad plasmadora igualmente vigorosa, pero sí de idéntica orientación. El resultado es aquí, asimismo, completamente peculiar. Nosotros lo llamamos lo afectivo, lo íntimo, lo humoroso. No creo que producciones de otras razas, más aun, hasta de grupos de pueblos emparentados, podrían ser designadas con estas palabras: las pequeñas casas góticas de frontenes en ángulo agudo con sus buhardas y ventanas de pequeños vidrios, los miradores salientes, las puertas talladas, las arcas con herrajes y los revestimientos de madera pintada, las habitaciones bajas con la vista a la pieza del vecino. Además se juntan a esto los relatos de Gottfried Keller, las poesías del pastor Mörike, que tanto amaba a los pájaros, y quiso tener todas sus cosas reunidas en la estrecha habitación; los escritos poéticos de Raabe, el arte de un Dickens, la pintura de un Cranach, en todas partes volvemos a encontrar la personalidad germánica de acción más silenciosa, como efectiva en su esencia. Raabe ha expresado esta esencia en un verso:

"*En el círculo más estrecho*
cosas amplias como el mundo".

Pero la tranquilidad de estos artistas no es tampoco aquí la "quietud clásica". Ciertamente todo lo germánico tiene como fundamento también una profunda ansia por la "calma de mar del ánimo"; desde hace cientos de años seres humanos nórdicos pasan por sobre los Alpes; hacia la Hélade han estado dirigidos los ojos de innumerables generaciones. Pero nada es más superficial que decir que el alemán busca su ser perdido, sus ejemplares postura y armonía perdidas, tomadas cómo modelo. ¡Oh, no! El anhelo por el ritmo, la expresión de una intensa volición anímica, constituye aquí la base, a la que además esta búsqueda, como anhelo no solamente por la revelación del propio ser, sino, además, como búsqueda por la complementación del mismo, le imprime su cuño. El ser humano nórdico eternamente investigador y activo, busca la calma, está a veces inclinado a valorarla más alto que todo lo demás. Pero si la ha logrado, no se detiene mucho tiempo, sigue buscando, investigando y plasmando ("¡Nada de quietud!, escribe Beethoven en 1801 a Wegeler, no conozco otra quietud que el sueño, y mucho me duele que ahora debo dedicarle más tiempo que antes."). Y cuando él está "tranquilo", sin embargo, sigue bullendo algo en las profundidades, siempre pronto a transformarse en manifestación activa. El arte germánico es acción, esto es, voluntad plasmada. Dickens cubre de oro con eterna, pero completamente a-griega belleza, el mundo y les seres humanos. Esta su belleza interior es un juego de la voluntad, ora de tono más oscuro, ora más claro, pero siempre unido a un movimiento borboteante. *Bleak House,* es quizás el fruto más exquisito de este arte, de atmósfera aun más densa *David Cooperfield*. También bajo el rostro bondadoso de Raabe fermenta en el "*Abu Telfan*" un ansia de acción activa, que en "*Die lnnerste*" se acrecienta hasta acordes dramáticos. No del todo tan profundamente, a pesar de su patetismo más fuerte, escribe C. F. Meyer sobre la base de la misma tradición anímica la "*Richterin*" [*La Juez*. N. del T.], la "*Hochzeit des Mönchs*" [*Las nupcias del Monche*, N. del T.] y "*Jurg Jenatsch*", mientras Keller talla en madera como un escultor gótico sus figuras extravagantes, les hace extrañas arrugas en la cara y los envía luego, tales como son, al mundo asentimental. Una plenitud gigantesca de vida es la que ha sido engendrada por el alma germánica, hasta un Hermann Löns, que escuchaba latir dentro de sí el alma de la Tierra. Este lado místico-natural es el que a través de toda la objetividad absolutamente "clara" en Löns, es en él tan palpable como en "*Ueber allen Wipfeln ist Ruh...*" ["*Sobre todas las cimas de los árboles hay quietud...*" N. del T.] y "*Dämm´rung senkte sich von oben*" ["*El crepúsculo se tendió desde arriba*". N. del T.] de Goethe. En la más breve descripción está oculta una eterna volición, un eterno movimiento, y los "*Werwölfe*" ["*Hombres-lobos*". N. del T.] actúan de la misma manera según su más íntima voluntad de libertad anímico-racial como Fausto, quien quisiera explorar todo el mundo. Nuevamente: el escritor Raabe, que pasa su vida en quietud exterior, fue un genuino "Pastor de Hambre", hambriento de sabiduría y "de visión de mundos. " ¡Mira hacia arriba hacia las estrellas! ", enseña él. " ¡Presta atención a las callejuelas!", suena en réplica. Percibe la verdadera armonía no sólo en la quietud del mar, sino también en la fiera tempestad, que arrebata consigo al ser humano, y da a su héroe Robert Wolf la siguiente consigna para el camino en la vida: ¡"también con cadenas, adelante! ". A través de las composiciones poéticas de Gottfried Keller, que con todo se extienden aparentemente tan claras y circunscriptas en el cálido sol, corre igualmente la palpable corriente subterránea de un heroísmo

lógico y natural "*Julia und Romeo auf dem Dorf*" ["*Romeo y Julieta en la aldea*". N. del T.] es una pieza tal de grandeza no enervada, así como la "*Frau Regula Amrain*" es un ejemplo de orgullo interior. La joven que meditabunda teje su tela de lino para la boda y con ánimo poético trenza dentro de la misma conjuntamente su amor, canta, sin embargo, también: y si el hombre no quisiera luchar por la Patria, entonces el lino de la boda tendrá que transformarse en la camisa para la sepultura. Y el pastor que muy arriba en las montañas reconstruye siempre de nuevo su choza destruida por aludes y la mira con sufriente resignación, declara: "Si en el dominio de mi país cae la leona devastadora de la servidumbre, yo mismo prendo fuego al hogar y salgo a recorrer el ancho mundo."

El ser humano nórdico en vestimenta burguesa es humorista. Cierto es que hay rumor sordo y tristeza en sus profundidades, pero el hervidero es domado por consciente autodominio y, recibe un fulgor de oro por humana comprensión. Por lo tanto un Goethe no pudo ser humorista tampoco como un Leonardo o Shakespeare. Hasta Cervantes no es un humorista, como algunos todavía creen. Pero los profundos humoristas como Gottfried Keller, Willelm Busch, Wilhelm Raabe, también Charles Dickens y Spitzweg forman parte, no obstante, de la corriente murmurante del ser europeo, ellos constituyen risueños puntos de quietud, pero sobre un fondo oscuro. El bosque es más que un determinado numero de árboles, el pueblo más que la totalidad de sus miembros, el Estado más que la suma de sus leyes. El bosque, es además, movimiento, rumoreante ritrno, juego de luces y de sombras, claro trazado de líneas y oscuro misterio; el pueblo es, como esencia popular, lucha, triunfo, derrota, risa y dolor, su vida transcurre en cascadas o fluye en ancha corriente. Y, a pesar de ello, es un agua la que refleja el carácter. Así la "calma" de Storm, Raabe y Keller debe estar al lado de la grandeza de Goethe y Wagner, la sonriente tragedia de Busch al lado del patetismo, que camina a grandes pasos, de Schiller. Una oscura corriente subterránea de la sangre y del alma los une a todos y también en el más "calmo" suena la eterna canción alemana del eterno devenir y luchar por su ser.

Por ningún artista viviente el rasgo volitivo, místico-natural ha sido plasmado con más grandiosidad que por Knut Hamsun. No se sabe por qué el labriego Isak, en lejana y solitaria región, rotura fatigosamente un pedazo de tierra después del otro, por qué su mujer se ha unido a él y da a luz seres humanos. Pero Isak obedece a una ley inexplicable, realiza por primigenia voluntad mística un trabajo fructífero, y al final de su existencia mira seguramente él mismo asombrado hacia atrás sobre la cosecha de sus afanes. La "Bendición de la Tierra" es la presente gran epopeya de la voluntad nórdica en su eterna forma primigenia, heroica también tras el arado de madera, fructífera en cada movimiento del músculo, en línea recta hasta el fin desconocido. Pero igualmente inexplicable —y lógico y natural—es el Benomi, el negociante Mack, lo es la baronesa Edvarda, el cazador Glan. Cada personalidad ha recibido el soplo de una ley interior desde un principio. Y de acuerdo con ella actúa. Hace cosas aparentemente inconciliables, y éstas son, sin embargo, lógicas y naturales. No es en absoluto necesario explicarlas, indagarlas "psicológicamente"; su exterior mismo es su voluntad con la fuerza que todo lo creó, es la verdadera "vivencia estética". Como contraste de estas leyes del ser hundido en la tierra de Isak, aparecen los "Vagabundos". En el mismo médium Hamsun describe aquí de un modo misteriosamente clarividente de la naturaleza, leyes del universo y del alma. De nuevo son labriegos, pescadores, negociantes, en los que se refleja un mundo. Ellos pierden por viajes y anhelos insatisfechos, el nexo con la madre tierra, cuya bendición luego tampoco ya no está sobre ellos. Ellos van errantes de sitio en sitio, cambian la actividad y el amor: como las raíces han sido arrancadas de la tierra prodigadora de fuerza, mueren también las flores. Así van siguiendo su vida, Edevart, August y Lovise Margrete, y no saben por qué y para qué. Ellos son ocaso, en el mejor de los casos, transición, piezas de prueba de la humanidad para llegar a nuevas formas y tipos, crear valores, lograr nuevo honor. Ellos viven tal como el poeta los ha creado, con lógica naturalidad y misteriosamente. ¡Cuán completamente desde este punto de vista, quedan relegados a segundo plano todos los Hauptmann, y el mismo Ibsen! También a través de Hamsun el mundo fue superado una vez más.

¡Y finalmente el ansia! (Sehnsucht). Ella es, por cierto, lo que impulsa a un corazón de artista de la misma manera a realizar creaciones como empuja al investigador a los descubrimientos Todo el romanticismo alemán no puede ser concebido sin el anhelo, tan poco como antaño el gótico. Hölderlin es el más grande entre los artistas del anhelo de nuestro tiempo, siempre irrumpe este elemento primigenio de su ser, indistintamente si ve el ideal de la Hélade en la Diotima o si entona la Canción a los Alemanes. Un Hölderlin no lo comprendería en absoluto si con respecto a él se hablase de contemplación, nada hubiéramos comprendido de él si no compartimos la vivencia del elemento volitivo-estético del anhelo en su creación, en la totalidad llevada al máximo de nuestra viva ansia propia. Y este impulso primigenio es también el que otorga a dos productos del presente alemán una parte de valor eterno: *Volk ohne Raum* [*Pueblo sin espacio*. N. del T.], de Hans Grimm y el *Paracelsus*, de Erwin Kolbenheyer. Las campanas que tañen desde la aldea junto al Weser y acompañan a Cornelius Friebott a través del mundo, son expresión del anhelo por espacio, por tierra de labranza, por el empleo de las fuerzas creadoras innatas. Estas campanas de anhelo de Lippoldsberg tañen también más allá de la muerte del buscador, provocada por la mano de connacionales empujados a sendas erradas, el toque de diana para todos los alemanes en el gran globo terráqueo. Si en cuanto a lo formal-técnico en el Volk ohne Raum puede quizás objetarse algo, si en

cuanto al diseño de algunos seres humanos puede quizás en cuanto a la fuerza de la caracterización quedar detrás, por ejemplo, de la “Kristin Lavranstochter” de la noruega Sigrid Undset (cuya creación, p. ej., del Erlend Nilulaussohn es una obra maestra), no obstante ello, le falta a ésta el anhelo primigenio que nos sale al encuentro desde todas las facetas del ser de Grimm. Cuanto más sus personajes hablan sobre fe y teología, tanto más se enfría el lector, porque siente aquí intenciones y tentativas de transmisiones de pensamientos al interior, de figuras que no aparecen en absoluto como portadores de tales sentimientos vitales. Y aquí es donde Kolbenheyer, que igualmente vuelve al Medioevo, se aproxima estrechamente a Grimm. “No hay pueblo como éste, que no tiene dioses y eternamente ansía ver al Dios”, hace decir Kolbenheyer al eterno Caminante, dirigiéndose al Dios de la Cruz. Aquél toma sobre sus fuertes brazos al cansado Cristo, que como pordiosero yace al lado, del camino, y lo lleva a través de las comarcas alemanas. Y la pobre, atormentada figura de Cristo aspira el fuerte aliento de este ingenio alemán y deviene más fuerte y más vigorosa. Hasta *el gran Tuerto* [Wotan. N. del T.] habla sobre los alemanes: “No se confiesan ya por mí, pues ellos tienen ya solamente palabras para sus eternos dioses que llevan el sello de la muerte, todo lo demás les parece pequeño. Pero ellos me viven. ¡Qué la sangre de este pueblo aun lleva tanto manantial primigenio a través de sus venas! Así tienen que ser los anhelosos entre los seres humanos...” De esta visión de los mundos surge para el poeta el gran buscador Paracelso, colocado en el umbral de dos grandes épocas, mirando más allá de ambas con el anhelo por una época en que ya no se alzará palabra contra palabra, altar contra altar, sino que todo eso estará ensamblado dentro de las leyes primigenias de la vida...

¿Cree quizás alguien que un Kolbenheyer haya escrito su gran obra por complacencia artística y no porque él mismo es un solitario hombre lleno de anhelo ? ¿Y cree alguien comprender su obra si no ha sentido crecer en sí la fuerza del anhelo? El que eso cree, no solamente no ha captado esta “novela”, sino que no ha vislumbrado ni de lejos el arte germánico en su esencia general, ni a Ulrich von Ensingen ni al Maestro Erwin, ni al poeta del Taust ni al creador del Hyperion. Y todos ellos no quisieron sobre la base de este sentimiento que el resultado de su creación fuera la “contemplación”, tampoco que condujera al conocimiento de las ideas “platónicas”, como opinaba Schopenhauer (lo que estaba pensado en forma puramente intelectualista), sino que despertasen anhelo, es decir, que de la sordidez de un sentimiento general, pusieran tensa hacia una dirección una faceta volitiva de nuestro ser, la mantuvieran en alto y crearan en esta producción de fuerza, vida anímica activa.

6.

En un hecho importante en la historia mundial que por más religioso que fue el europeo de tiempos pasados, por más que hoy nuevamente, aunque aun oculto para la mayoría en muchas partes tiene lugar una profunda ansia religiosa, por muchos que sean los místicos y los hombres piadosos que el Occidente ha engendrado: genios religiosos absolutos, es decir, encarnaciones completamente autónomas de lo divino en un ser humano, no los ha poseído aun Europa. Por ricamente dotada, por potente en la plasmación y superación que ésta haya sido, una forma de religión digna de nosotros no la hemos podido crear hasta hoy: ni un Francisco de Asís, ni un Lutero, ni un Goethe, ni un Dostoievski significan para nosotros fundadores de religión. Ni un Jajnavalkya ni un Zarathustra, ni un Lao-Tsé ni un Buda ni un Jesús, ha surgido de Europa.

La búsqueda religiosa de Europa ha sido emponzoñada en la fuente por una forma específicamente extraña, cuando su primera época mitológica se acercaba a su fin. El ser humano occidental ya no pudo pensar, sentir, orar en formas específicamente propias. Después de un malogrado rechazo violento, tomó el subtítulo de fe que le fue impuesto a la fuerza por la Iglesia. Un rico tesoro de leyendas floreció sobre el suelo pedregoso del dogma romano-judaico; magníficas figuras iluminaron con su fervor, en la presunción o transformación del verdadero Jesús, las rígidas exterioridades sirias; se hallaron héroes para luchar y para morir por esta fe adoptiva. A pesar de ello, la acción del rico hijo de comerciante de Asís no significa creación alguna, ninguna superación aristocrática del mundo tal como la acción del indio, que se acostaba sonriente en el sepulcro por él mismo cavado, sino una simple negación. Renuncia a su Yo, ésta es la canción trágica de todos los santos europeos, un aspecto puramente negativo de la vida religiosa occidental, porque al europeo no le estaba permitido actuar positivamente de acuerdo a su propia especie. Allí donde lo intentó, como en la figura del “bienaventurado maestro” Eckehart, desaparecieron y se diluyeron todos los valores eclesiásticos, allí se alzó repentinamente una nueva estructura anímica, que recién hoy se hace visible en toda su magnitud, que se colocó en el lugar de la Iglesia extraña, y, sin embargo tuvo que actuar dentro de su dominio. Así murió este apóstol de los alemanes antes de que pudiera enseñar al pueblo con plena conciencia, la superación religiosa del mundo adecuada a él, y pudiera vivir conforme a este sentido.

Y así Europa fue y se sojuzgó físicamente el mundo y el universo. Pero la búsqueda anímica, que no podía ser religiosa sino únicamente judeo-romana, trasladó el peso de la voluntad religiosa a la artística, Los

himnos de la India de la antigüedad son menos producciones artísticas que confesiones filosófico-religiosas, las imágenes y dioses de la China se detienen en la distorsión grotesca de la naturaleza, o se elevan hasta su estilización y formalización, las pinturas de Egipto son composiciones gráficas y Grecia llegó a ser para nosotros forma abstracta. Tan sólo en Europa el arte llegó a ser un medio genuino de superación del mundo, una religión en sí. La Crucifixión de Grünewald, una catedral gótica, un auto-retrato de Rembrandt, una fuga de Bach, la "Eroica", el Chorus Mysticus, son alegorías de un alma completamente nueva, de un alma constantemente activa, como únicamente Europa la ha dado a luz.

Wagner anhelaba el arte popular como símbolo. La comunidad de la fuente primigenia de las artes separadas, le aparece como el anuncio de una nueva época. Esta "religión del futuro" por lo pronto no somos capaces de crearla, "porque, a pesar de todo, somos sólo individuos aislados, solitarios": "La obra de arte es la religión representada en forma viviente; pero las religiones no las inventa el artista, ellas sólo se engendran en el pueblo." [97]

Un arte como religión, eso lo quería antaño Wagner. Él luchó junto a Lagarde como único contra todo el mundo burgués-capitalista de los Albericos, y sintió junto a un don también una misión en el servicio por su pueblo. Él no dijo completamente desmoralizado: "Yo ya no comprendo al mundo", sino que quiso crear un mundo distinto y vislumbraba la aurora de una nueva vida renaciente. Tenía en su contra una prensa mundial comprada, una pequeña burguesía satisfecha, toda una época carente de ideas. Y aunque muchos en nuestro tiempo se enfrenten como simpatizantes a las formas del pensamiento de Bayreuth: para la generación de aquel entonces este pensamiento ha sido la genuina fuente de vida en medio de una época que se estaba bestializando. En todos los Estados donde había seres humanos que fijaban posiciones frente a la vida no sólo a través de estetismo y protesta estéril, halló Bayreuth almas consonantes, y mientras que los "poetas sociales" antaño aclamados hoy sólo conservan una vida miserable, el valor interior de Bayreuth continua proyectándose aun prodigando vida dentro de nuestro tiempo, y más allá de él, en el futuro del venidero Reich Alemán. Un Gerhart Hauptmann, con todo, meramente rayó las carcomidas raíces de la burguesía del siglo 19, construyó piezas de teatro según noticias de diarios, se "instruyó" luego, abandonó el movimiento social en dura lucha, se estetizó en la atmósfera galitziana del *Berliner Tageblatt* [*Diario Berlinés*. N. del T.], imitó ante el fotógrafo la postura de Goethe y luego, en 1918, después del triunfo de la Bolsa [Rosenberg alude a la subversión judeo-comunista de noviembre de 1918, a la que el nacionalsocialismo caracterizó acertadamente como "revuelta bursátil". N. del E.] se dejó presentar por la prensa de ésta al pueblo alemán, como su "más grande poeta". Interiormente carente de valor, Hauptmann y su círculo son desintegradores estériles de una época a la cual ellos mismos pertenecen interiormente. En ninguno de ellos, ni en los Sudermann, ni Wedekind, y menos aun en la pléyade posterior (Mann, Kaiser, Werfel, Hasenclever, Sternheim) ardía una auténtica protesta en el corazón, no: así como el socialismo marxista falla políticamente, así el movimiento de renovación que ansiosamente también se afana por la expresión artística, fue traicionado, falseado, por esta presuntuosa guilda "alemana" y hebraica de literatos. Todos estos poetas de obreros se deshacían interiormente en cortesías ante el poder del dinero y de sus siervos, a los que presuntamente combatían. Todos ellos son advenedizos espirituales, que se toman flemáticos y "humanos" en cuanto se les permite compartir la comida en la mesa de los príncipes del oro. La gran línea genuinamente revolucionaria de los *Räuber* [*Bandidos*. N. del T.], de *Kabale und Liebe* [*Cábala y Amor*. N. del T.] y hasta del mismo Wilhelm Tell no se percibe en ninguna parte en el siglo 19. La creación de la prostituta Lulú es lo máximo a que han podido alzarse los "poetas". Y a fin de suprimir también lo auténtico y pujante que osa asomarse, los príncipes del dinero concertaron un cartel con los directores de teatro y los hombres de prensa judíos. Estos ensalzaban todo lo descarado, disolvente, artificioso, impotente y contrahecho, hasta imponerlo, y luchaban en forma aun mucho más cerrada y consciente contra toda auténtica renovación del mundo que antaño contra Richard Wagner. Porque ellos sabían: lo grande significa la muerte de lo pequeño, un nuevo valor, una vez reconocido, rompe la nuca a lo carente de valor. En esta máxima pugna nos hallamos hoy más que nunca, no podemos ya, olvidados del mundo como Raabe o Keller, cerramos contra la vida fluyente y no lo queremos ya tampoco, a pesar de que sabemos que toda una Internacional a la cabeza de un ejército de "artistas" mestizos, se halla enfrentada hostilmente hasta la muerte al nuevo valor del alma racial que despierta. O precisamente: por ello. Los Barbusse, Sinclair, Unamuno, Ibáñez, Maurois, Shaw y sus editores se hallan en la más estrecha colaboración con los Mann, Kaiser, Fulda y su clique periodística. Aseguran el elogio, traducción y representación mutuos. El uno publica entrevistas con el otro. Toda la prensa mundial se entera con tres meses de anticipación del gran acontecimiento de que Thomas Mann escribe una novela. Cada cual informa a través de la boca del otro al globo terráqueo pasmado: lo que tiene a bien pensar, cómo trabaja: en una habitación cerrada o al aire libre, de mañana o de noche... Sin embargo, esta pequeña burguesía escribiente de hoy se pudre en cuerpo viviente a pesar de todos los cantores de himnos en medio de la propaganda judía: todavía balbucea algo sobre humanidad, paz entre los pueblos, justicia, y, sin embargo, no tiene ella misma ni un gramo de humanismo auténtico, pletórico de sangre, para dar; ha hecho la paz con las potencias que consideran a la Guerra Mundial como su negocio, y escribe en diarios que escarnecen día tras día el genuino derecho del

[97] *Das Kunstwerk der Zukunft*. [*La Obra de Arte del Futuro*. N. del T.]

pueblo a la expresión específica de su ser. Podridos como la democracia política misma son también sus salmistas todos, se llamen Shaw y año tras año no hagan otra cosa que practicar profanación de cadáveres y al respecto, ni siquiera saben si esto gusta o no, o Heinrich Mann, y propinen una coz de burro a alguien que ellos no han derribado...

Para el siglo 19 existe aun una circunstancia atenuante: que sus seres humanos se hallaban en medio de una corriente rauda del industrialismo que nacía, y que como muchos otros también fueron tomados por sorpresa por lo nuevo. Sintieron, por cierto, tambalear viejos valores, pero ¿quién podría condenarlos si no vieron ninguna aurora, sino que sucumbieron? Pero el comienzo del siglo 20 mostró ya hombres que fueron lo suficientemente presumidos como para presentarse como anunciadores de un nuevo sistema. Y hoy vemos que todo lo que ellos anunciaban era carcoma inflada, en cuya fuerza ascendente ellos mismos no creían. Ibsen y Strindberg aun lucharon honradamente hasta la muerte: los actuales últimos cantores de la democracia y del marxismo no tienen ni fe en otros ni llevan en sí mismos valores propios. Cavan ahora en la literatura china, griega, india, por figuras (Klabund, Hoffmannsthal, Hasenclever, Reinhardt), las engalanan o se traen negros de Timbuktu para presentar a su selecto público una “nueva belleza” un “nuevo ritmo vital”.

¡Esta es la esencia de la espiritualidad de hoy, esto es el drama moderno, el teatro moderno, la música moderna! Un hedor de cadáver se extiende desde París, Viena, Moscú y Nueva York. El *foetor judaicus* se mezcla con la escoria de todos los pueblos. Bastardos son los “héroes” de la época, la revista de rameras y el baile en desnudo bajo la régie de negros eran la forma artística de la democracia de Noviembre. El fin, la peste del alma, parecía haberse alcanzado.

El ejército de millones de los obreros en las galerías de las minas y ante la llamarada de los altos hornos estaba sumido en la servidumbre y era explotado. Pasaba privaciones y sufría por todos los horrores de un dominio de las máquinas que estaba irrumpiendo. Pero resignarse no quiso sino luchar. Luchar simplemente: buscó por una figura de conductor, pero no halló ninguna. Y es conmovedor tener que constatar el paralelismo de que a la cabeza de figuras cubiertas de hollín, pero vigorosas, marchaban (mientras no era peligroso) abogados judíos y traidores mantenidos por grandes bancos, mientras que los “poetas de obreros” no fueron capaces de dar a luz ni una sola figura de luchador. Al ejército obrero combatiente no le fue obsequiada ninguna figura heroica de gigante, ni en la vida ni en el arte. Bebel siguió siendo toda su vida un pequeño sargento, y Hauptmann no creció más allá de los “*Weber*” [*Tejedores*. N. del T.] y el “*Kollege Crampton*” [*Colega Crampton*. N. del T.]. Ya en este solo hecho reside la prueba de que el marxismo no puede ser un movimiento de libertad alemán, y tampoco occidental: pues un movimiento propio de la especie se crea su figura heroica y su valor supremo orgánico. Pero el lugar de estas fuerzas fue ocupado por la cobarde gentuza dirigente marxista, que se dejó comprar por todos los que tenían dinero; el lugar de un todo fue ocupado por la clase como valor de similor. El trabajador alemán olvidó que no se debe negar al pueblo y a la Patria, sino conquistarlos. Ahora, bajo dirección judía, destruyó a ambos por mucho tiempo. El nuevo movimiento de trabajadores que hoy despierta —el Nacionalsocialismo— tendrá que demostrar si es capaz de dar al trabajador alemán y con él a todo el pueblo no sólo una idea política, sino también un ideal de belleza, de fuerza y voluntad varoniles, un valor supremo anímico que domine a todo lo demás y con ello la precondición para un arte orgánico, que fluya a través de la vida y genere vida.

En todas las ciudades y en todas las aldeas de Alemania vemos ya los primeros indicios de ello. Los rostros que miran bajo el casco de acero en los monumentos a los guerreros tienen en casi todas partes una semejanza que debe llamarse mística. Una frente empinada atravesada por surcos, una nariz fuerte y recta con armazón angulosa, una boca angosta fuertemente cerrada, con la profunda hendedura de una voluntad tensa. Los ojos grandes abiertos miran derecho hacia adelante. Conscientemente a la lejanía, a la eternidad. Esta hombría enérgica del soldado del frente se diferencia notablemente del ideal de belleza de tiempos anteriores: la fuerza interior se ha hecho aun más evidente que en la época del Renacimiento y del barroco. Pero esta nueva belleza es también una imagen de belleza peculiar del alemán luchador del presente en general. Para que esta alegoría prodigadora de vida no se generalice y triunfe, bastardos morfinómanos pintan en diarios y revistas judíos de “trabajadores” caras contrahechas y distorsionadas, hacen tallas en madera en las que la idiotez y la epilepsia han de representar voluntad y lucha, mientras las Iglesias siguen encargando aun consuetudinariamente “crucifixiones” o hacen poetizar al “Cordero de Dios”. Será ya inútil: la traición de 1918 comienza a vengarse en los traidores. De los estremecimientos de muerte de las batallas de la lucha, la penuria y la miseria, se levanta pugnando una nueva generación, que por fin tiene ante la vista una meta propia de la especie, que posee un viejo-nuevo ideal de belleza propio de la especie, que está animada por una voluntad creadora propia de la especie. Suyo es el futuro.

Detrás del valor estético se eleva con claridad, por lo tanto, un valor “extraestético”. La personalidad y el tipo, lo uno condiciona y acrecienta lo otro. Una genuina personalidad tiene siempre un valor supremo, es más, hasta a un auténtico esclavo la incondicional sumisión le da una determinada forma de vida; solamente el mestizo y bastardo tambalea entre gritos de triunfo y lamentos incontrolados, entre erotismo contra-natural y teosofía, entre descarada irreligiosidad y éxtasis ardiente, demoníaco.

En medio de este derrumbe la nueva generación de Alemania busca, ciertamente, un nuevo arte, pero sabiendo que éste no nacerá antes de que un nuevo y nobilísimo valor, que domine toda la vida, haya tomado posesión de nosotros. No es una casualidad que la Guerra Mundial no haya encontrado aun su cantor. Por conmovedoras que sean las distintas canciones, el pueblo y la Patria eran ambos valores repentinamente brotados, recién en medio de las batallas había despertado el mito alemán. A los que lo vivieron con la mayor intensidad los cubre el césped o las olas fluyentes del mar. Los otros llegaron a parar en muchos casos al fango del derrumbe. La mayoría perdió en absoluto la fe de luchar por algo de valor. Pero hoy lo individual, sin embargo, se transforma en algo personal-general. La penuria de la época graba en el corazón de todo alemán, que todo sacrificio en la Guerra Mundial, por pequeño que sea, significa una entrega por 80 millones de seres humanos, pero que estos 80 millones, ya sólo por la comunidad de los sacrificios hechos por ellos, se hallan unidos para siempre incluyendo sus hijos y sus más lejanos descendientes. El entusiasmo abstracto por la "Patria" de antes de la Guerra, se transforma hoy, a pesar de todos los parlamentos anteriores, en verdadera vivencia mítica. Esta vivencia se acrecentará y tiene que acrecentarse hasta llegar a un lógico y natural sentimiento de la realidad. Este sentimiento, empero, significa, que los átomos del pueblo, las almas individuales, comienzan poco a poco a orientarse en el mismo sentido. Las personalidades que desde hace años promueven esto con todas sus fuerzas, serán entonces necesariamente empujadas a la cabeza. Y cualquiera sea la forma en que más adelante se estructurará la vida política: ¡entonces habrá sonado también la hora del nacimiento del poeta de la Guerra Mundial! Sabrá entonces, junto con todos los demás, que los dos millones de héroes alemanes muertos son los realmente vivientes, que dejaron su vida por no otra cosa que por el honor y la libertad del pueblo alemán, que en esta acción reside la única fuente de nuestro renacimiento anímico, pero también el único valor bajo el cual pueden inclinarse sin desacuerdo todos los alemanes. Este poeta alemán echará también con mano fuerte la alimaña de nuestros teatros, fecundará al músico para una nueva música heroica, y conducirá el escoplo del escultor. Los monumentos a los héroes y las florestas conmemorativas serán elevados por una nueva generación a lugares de peregrinación de una nueva religión donde corazones alemanes serán moldeados siempre de nuevo en el sentido de un nuevo mito. Entonces, una vez más, mediante el arte habrá sido superado el mundo.

Libro Tercero:
EL REICH VENIDERO

En toda la historia de la vida de un pueblo su momento más sagrado es aquel en que despierta de su impotencia... Un pueblo que con placer y amor capta la eternidad de su nacionalidad, puede celebrar en todas las épocas la fiesta de su renacimiento y el día de su resurrección

Friedrich Ludwig Jahn.

I. MITO Y TIPO

1.

Llegará alguna vez un tiempo en el que los pueblos venerarán a sus grandes soñadores como los más grandes hombres de realidades. Aquellos soñadores a quienes su anhelo les devino imagen, y esta visión, meta de la vida. Formada en idea cuando pasaron por este mundo como poseídos de la religión, filósofos, inventores y hombres de Estado creadores; en figuras plásticas, cuando eran al mismo tiempo artistas que componían en palabra, tono o colores. El sueño del inventor es la primera exteriorización de una fuerza anímica, él orienta todos los movimientos interiores hacia una dirección, acrecienta en el tormento de la cognición de que la imagen interiormente tan visible no puede ser totalmente realizada, todas las energías anímicas y espirituales, y da a luz finalmente la acción creadora, en torno de la cual un nuevo tiempo gira como alrededor de su eje.

Antaño el espíritu nórdico soñaba junto al Mar Mediterráneo, en la Hélade, con la proximidad del sol, con el vuelo del ser humano por encima del Olimpo. Este anhelo creó el drama de Icaro. Y murió como éste, sólo para volver a constituir en otro lugar el pulso de la vida. Vírgenes del sol y de la espada envió el ser humano soñador a través de los aires, vio con tormenta y tempestad correr velozmente encima de sí a las Walkirias, y se trasladó luego a sí mismo hacia arriba, al Walhalla infinitamente lejano. El anhelo antiquísimo llegó a ser imagen en Wieland el Herrero; murió otra vez, para despertar a nueva vida en la habitación de Leonardo. De la imagen del poeta se hizo ahora voluntad que se traduce en la práctica. Una fuerte humanidad había ya aprehendido la naturaleza, y escuchando, le había, extraído con obediente mirada señorial sus leyes. Pero era aun demasiado temprano. Cuatrocientos años más tardé los soñadores del vuelo humano se apoderaron nuevamente de la arisca materia. Esta vez la materia fue vencida, condensada apropiadamente en energía motora, en impulso propulsor. Y un día voló brillante, veloz y dirigible una plateada aeronave a través de los aires, como un sueño de muchos milenios hecho realidad. Las formas de la realización fueron otras que los primeros soñadores las habían imaginado, la técnica estaba y siguió estando atada temporalmente, pero la fuerza ascensional anímico-señorial era lo eterno, la inexplicable voluntad fijadora de metas y superadora de la gravedad terrena.

Otrora los hombres soñaron con un ser que todo lo veía y que todo lo oía. Lo llamaron el Zeus que por sobre las nubes del Olimpo tendía su vista sobre todo el país, o el Argus Panoptes designado para mirar. Sólo pocos tuvieron la audacia de pedir algo semejante para el ser humano. Pero estos pocos soñadores investigaban la esencia del dios lanzador de rayos y examinaban las fuerzas de la naturaleza que tan misteriosamente se descargaban. Y una vez, con ayuda de estas potencias, hablaron unos con otros, muy distanciados, solamente unidos a través de un alambre. Luego tampoco este alambre fue ya necesario. Torres altas, esbeltas, irradian hoy misteriosas ondas hacia todo el mundo y éstas se descargan a miles de kilómetros de distancia como canto o música. Nuevamente un audaz sueño se hizo vida y realidad.

En medio de un desierto, guerreros y conquistadores soñaron antaño con un paraíso. Este sueño de pocos se transmutó en el trabajo de millones. Desde un río al otro corría agua murmurante por zanjas en todas las direcciones, pero en líneas bien pensadas, a través del árido desierto. Y como impulsado por fuerzas mágicas reverdeció la amarilla arena y ondeaban campos de espigas preñadas de pesado fruto. Aldeas, ciudades surgieron, el arte, la ciencia floreció, hasta que sobre este paraíso creado como por arte

de magia por una raza humana soñadora, pasaron ejércitos conquistadores que no conocían sueños, aniquilándolo todo. Se alimentaron aun de los frutos del país, pero no fueron capaces de soñar vívidamente. Los canales se obstruyeron de arena, el agua se estancó, corrió hacia atrás al lecho originario del río y desde allí fluyó al amorfo Océano Indico. Los bosques se achaparraron, los campos de trigo desaparecieron, en el lugar del pasto volvió a estar la piedra quebradiza y la arena huidiza. Los seres humanos degeneraron o se trasladaron a otros lugares, las ciudades se hundieron, el polvo pasó sobre ellas. Hasta que miles de años más tarde soñadores nórdicos excavaron la cultura petrificada de entre escombros y ceniza. Hoy se encuentra ante nuestros ojos todo el cuadro del paraíso pasado, un sueño terminado de soñar, que generó vida y belleza y fuerza mientras actuaba una raza que siempre de nuevo pudo soñar. Pero en cuanto las razas de prácticos (desprovistos de sueños) se hicieron cargo de la realización del sueño, junto con el sueño sucumbió también la realidad.

Así como en la Mesopotamia de fertilidad y poder, así una gran generación soñó en la Hélade la belleza y el Eros generador de vida; así soñó en la India y junto al Nilo el ser humano la disciplina y la santidad; así soñó el ser humano germánico el Paraíso del honor y del deber.

Al lado de los sueños que con la voluntad hacen surgir la fértil realidad y de los destructores desprovistos de sueños, también hay sueños aniquiladores. Estos son tan reales y a menudo tan fuertes como los creadores. Aun hoy se cuenta de los pequeños pueblos oscuros de la India, cuya mirada punzante hipnotiza víboras y pájaros y los fuerza dentro de las redes de los cazadores. Es conocido el sueño maligno pero enormemente fuerte de Ignacio, cuyo hálito destructor de almas aun hoy abruma toda nuestra cultura. Y también se conoce el sueño del gnomo negro Alberico, que maldijo el amor para obtener el dominio del mundo. En el monte Sión este sueño fue cultivado durante siglos, el sueño del oro, de la fuerza de la mentira y del odio. Este sueño empujó a los judíos alrededor de todo el mundo. Sin sosiego, fuerte en su sueño, de ahí también creador de la realidad, realidad destructora, el portador de malignas visiones de sueño vive y actúa aun hoy entre nosotros. Su sueño, hace tres mil años vivido por primera vez con toda potencia, había llegado a ser, después de muchos reveses, casi realidad: dominio del oro y del mundo. Renunciando al amor, a la belleza, al honor, solamente soñando el sueño del dominio egoísta, vil, deshonroso, el judío pareció hasta 1933 más fuerte que nosotros: porque habíamos dejado de realizar nuestro sueño, más aun, tratábamos torpemente de vivir el sueño del judío. Y esto ha conducido también al derrumbe alemán.

Pero lo más grande y feliz dentro de la vida actual es un despertar mítico, sutil-vigoroso, es el hecho que hemos vuelto a comenzar a soñar nuestros propios antiguos sueños. No con intención premeditada, sino más bien elementalmente, en muchos lugares al mismo tiempo y en la misma dirección. Es nuevamente el viejo-nuevo sueño del Maestro Eckehart, de Federico y Lagarde...

Antaño vikingos nórdicos corrieron por el mundo. Cierto es que cometían rapiñas como todos los demás guerreros, pero ellos soñaron con el honor y el Estado, con dominar y crear. Y en todas partes donde llegaron surgieron estructuras de peculiar cultura: en Kiew, en Palermo, en la Bretaña, en Inglaterra. Allí donde se desarrolló un ser extraño a la especie y a los sueños, se rompieron las realidades soñadas; donde vivían soñadores de especie similar, nació una nueva cultura.

El sueño de un Reich sagrado, con honor, condujo la espada de los antiguos Kaisers alemanes, pero también la de los caballeros que se alzaron contra ello. Hasta la lejana Roma, hasta el infinito Oriente los llevó este sueño. La sangre se escurrió entre las ruinas de Italia, junto al “Sagrado Sepulcro”, sin poder resucitar como realidad vivida. Hasta que sobre la arena de la Marca el viejo sueño volvió a adquirir vida. Pero también él se desvaneció una vez más y pareció perdido y olvidado. Y hoy, por fin, hemos vuelto a soñar.

Un vidente había asentado, en medio del deleite por el segundo Imperio, el sueño germánico nórdico-occidental, fijando él, prácticamente solo, metas específicas. Escribió en sus *Deutsche Schriften* [*Escritos Alemanes*. N. del T.] y lo desparramó en sus otras grandes obras: “No ha habido aun nunca un Estado alemán... El Estado (actual) es una casta, la vida política una farsa, la opinión publica una cobarde ramera... Que el Reich Alemán no es viable, está ahora a la vista de todos... Vivimos en medio de la guerra civil, que sólo provisoriamente toma su curso sin pólvora ni plomo, pero, en cambio, con la mayor vileza mediante el silencio y la calumnia... Padecemos por la necesidad de tener que hacer en 1878 lo que hubiéramos debido hacer en 878... La creencia en la inmortalidad se hace para nosotros más y más condición indispensable, bajo la cual podemos solamente soportar la vida en este Reich judeo-alemán compuesto de barro e hierro... El concepto de religión del cristianismo es erróneo. Religión es la relación personal con Dios. Ella es presente incondicional... Pablo ha traído el Antiguo Testamento dentro de la Iglesia, por cuya influencia el Evangelio, en cuanto esto es posible, ha sucumbido... Que a cada Nación le es necesaria una religión nacional, resulta de las siguientes reflexiones: las Naciones no se originan por generación física, sino por acontecimientos históricos pero están sometidas a la acción de la Providencia. Por eso las Naciones son de institución divina, ellas son creadas... Reconocer permanentemente la misión de su Nación significa sumergirla en la fuente que da eterna juventud: servir siempre a esta misión significa

adquirir fines más elevados y con ellos una vida más elevada... Religión mundial en singular y religiones nacionales en plural, esto son los puntos programáticos de los dos adversarios..., ¡Las naciones son pensamientos de Dios!... Catolicismo, protestantismo, judaísmo, naturalismo deben abandonar el campo ante una nueva visión del mundo, de modo tal que en ellos ya no se piense, así como ya no se piensa más en las lámparas de noche cuando el sol matutino alumbra por sobre las montañas, o bien la unidad de Alemania se hace día en día más dudosa... Hay para el ser humano sólo una culpa, la de no ser él mismo... El gran futuro que yo anuncio y exijo aun se halla lejos de nosotros...”

No hace tanto que este gran soñador alemán nos abandonó: Paul de Lagarde murió el 22 de diciembre de 1897. Él fue después del Maestro Eckehart quizás el primero que ha expresado el eterno sueño alemán, sin aquellas ataduras que otrora encadenaban aun al gran Maestro. Lo que conmovía a los caballeros alemanes hace milenios, los impelió adelante hasta las alturas, pero también a la culpa y al error, esto llegó a ser aquí por primera vez la más luminosa conciencia: hoy el pueblo alemán comienza a soñar de nuevo los sueños de Eckehart y Lagarde. Aun muchos no tienen el valor para este sueño; aun foráneas visiones de sueño inhiben en muchos casos su accionar anímico, por eso sea emprendida aquí la tentativa modesto-presuntuosa de asentar en contraste, como fijación de una meta ensoñadora-real lo que en los dos libros precedentes ha sido expuesto, más bien analíticamente, como nuestro ser. Como imagen, en cuanto ella está llena de las eternas ideas germánico-nórdicas, no en detalles técnicos. Y donde estos deben ser trazados, entonces con la despierta conciencia de que también pueden tener un efecto completamente diferente, cuando se hayan hallado nuevos medios de dominio sobre la Tierra. El vuelo de Icaro se diferenció de la construcción del Zeppelin casi en todo; la voluntad, empero, que dio la orientación al afán, era semejante. Y una voluntad determinada, fundada sobre un claro ordenamiento jerárquico de los valores, apareada con la fuerza de intuición orgánica, también alguna vez, superando todos los obstáculos, impondrá su realización en todos los terrenos.

2.

Los valores de carácter, las líneas de la vida espiritual, el colorido de los símbolos corren yuxtapuestos, se entrelazan y dan por resultado, sin embargo, un ser humano. Pero sólo en completa plenitud de sangre cuando ellos mismos son consecuencias, nacimientos, de un centro, que está colocado más allá de lo solo investigable por la experiencia (empíricamente). Esta conjunción no aprehendible de todas las orientaciones del Yo, del pueblo, de una comunidad en general, constituye su mito. El mundo de los dioses de Homero fue tal mito, que siguió protegiendo y manteniendo a Grecia aun cuando seres humanos y valores extraños comenzaron a adueñarse del helenismo. El mito de la belleza de Apolo y de la fuerza de Zeus, de la ineludibilidad del destino en el cosmos y del ser humano que misteriosamente está ligado a ella, fue accionar griego a través de milenios, aun cuando recién reunido por Homero en una fuerza formadora de tipos.

Pero tal fuerza descomunal no la despliega únicamente una visión creadora de sueño, sino que también del parasitario sueño de dominio mundial del judío ha partido una fuerza descomunal, aun cuando destructora. Él ha impelido hacia adelante, a través de ya pronto tres milenios. a los magos negros de la política y de la economía; insaciable se acrecentaba a menudo la corriente de estos poderes instintivos del oro; “renunciando al amor” tejieron los hijos de Jacob las redes de oro para el encadenamiento de pueblos de espíritu magnánimo, tolerante, o debilitado. En Mefistófeles esta fuerza llegó a ser figura dibujada inimitablemente, pero ella muestra la misma ley estructural interior que los señores de las actuales Bolsas de cereales y brillantes, de la “prensa mundial” y de la diplomacia de la Liga de las Naciones. Si en cualquier lugar comienza a claudicar la fuerza de un vuelo espiritual nórdico, entonces la naturaleza pesadamente telúrica de Ahasvero se prende de los músculos desfallecientes; donde cualquier herida sea abierta en el cuerpo de una nación, siempre el dominio judío penetra en el lugar enfermo y aprovecha como parásito las horas débiles de los grandes de este mundo. No es su intención el conquistarse como héroe el dominio, sino hacerse al mundo “tributario mediante intereses”, eso guía al parásito con fuerza de visionario. No lidiar, sino conseguir solapadamente lo apetecido; no servir a valores, sino aprovechar la des-valorización reza su ley, según la cual se presentó y de la que nunca podrá librarse mientras exista.

En esta grande y quizás definitiva controversia entre dos almas separadas por mundos nos hallamos hoy. Y esta controversia del genio alemán con el dominio judío la ha caracterizado sin quererlo en su esencia un semi-judío (Schmitz) [98]. Él escribe: “El dominio maligno del judío es el… fariseísmo. Ciertamente, es el portador de la esperanza del Mesías, pero al mismo tiempo también el guardián de que no surja de ninguna manera un Mesías... Esta es la forma específica altamente peligrosa de la negación judía del mundo... El fariseo niega el mundo activamente, cuida de que en lo posible nada adquiera

---

[98] Oskar Schmitz en *Der Jude*, [*El Judío*, N. del T.], 1926, cuaderno especial.

configuración, y a ello lo impele un afecto demoníaco. Esta aparente negación es en realidad, por consiguiente, una forma especialmente vehemente de la afirmación del mundo, pero con signo negativo. El budista sería feliz si alrededor de él, el mundo se sumiera en sueño, el fariseo estaría aniquilado si alrededor de él la vida no tomara siempre de nuevo figura, pues entonces su función vital de negación ya no tendría posibilidad de actuar... Ellos (los negadores) son el espíritu que siempre niega [Alusión a las palabras del Mefistófeles del Fausto: “Soy el espíritu que siempre niega”. N. del T.] y ocultan bajo la afirmación extática de una existencia utópica que nunca puede llegar a ser realidad, la llegada del Mesías. Ellos tendrían que ahorcarse como Judas si realmente viniera, dado que son completamente incapaces de decir sí.” Si se quiere investigar en la máxima profundidad de esta confesión y de manifestaciones similares que a veces se presentan repentinamente, entonces se muestra en todos lados un resultado: parasitismo. Al respecto, este concepto ha de ser entendido, por de pronto, no en absoluto como una valoración ética sino como caracterización de un hecho determinado por las leyes de la vida (biológico), al igual que como en la vida de las plantas y de los animales hablamos de manifestaciones parasitarias. Si el cangrejo cirripedio se introduce por el ano del cangrejo de bolsillo, poco a poco crece dentro de él y le succiona la ultima fuerza vital, esto es el mismo proceso que cuando el judío penetra en la sociedad a través de heridas abiertas en el pueblo, y se alimenta de su fuerza racial y creadora hasta su hundimiento. Esta destrucción es precisamente aquella “activa negación del mundo” de la que habla Schmitz, aquella “preocupación” de que “nada tome figura”, porque el “fariseo” —nosotros decimos parásito— no tiene él mismo, pues, ninguna figura orgánica del alma. Y, en consecuencia, tampoco ninguna figura racial. Este punto extraordinariamente importante ha sido señalado hasta ahora solamente por un investigador, [99] quien después de haber establecido una prueba estrictamente científica de las leyes vitales actuantes en el parásito judío, encuentra también aquí la acertada explicación del hecho de que la multiformidad exterior del judaísmo no constituye ninguna contradicción a su unidad interior, sino —por extraño que esto pueda parecer— su condición. Schickedanz crea al respecto el concepto muy acertado de una contra-raza judía, ya que la actividad vital parasitaria provoca igualmente una cierta selección de la sangre, únicamente que en su manifestación siempre igual constituye lo contrario del trabajo constructivo, p. ej., de la raza nórdica. E inversamente, cualquiera haya sido el lugar del mundo donde se formaron gérmenes parasitarios, éstos siempre se han sentido atraídos por el judaísmo, exactamente igual que otrora cuando la escoria de Egipto abandonó junto con los hebreos el país de los Faraones.

Corresponde a esta transmutación parasitaria de la vida creadora que también el parásito tenga su “mito”; en el caso del judaísmo un mito tal como las ilusiones de ser emperador de un demente: el mito de ser el elegido. Suena como una mofa que Dios se haya elegido como su favorito esta contra-nación, cuya descripción ya la han suministrado exhaustivamente Wilhelm Busch y Schopenhauer. Pero como la imagen de Dios ha sido configurada por seres humanos, es por cierto comprensible que este “Dios” se haya elegido a este “pueblo” entre todos los demás. A ese respecto ha sido de provecho para los judíos que su incapacidad plástica les ha impedido representar a este “Dios” también corporalmente. De otro modo el espanto provocado en todos los europeos hubiera entonces impedido desde un principio, con toda seguridad, la aceptación de Yahvé y su ennoblecimiento a través de poetas y pintores.

Con estas palabras ha sido dicho lo más importante sobre el judaísmo. Del demonio de la eterna negación surge el “ininterrumpido roer en todas las manifestaciones del alma nórdica, aquella imposibilidad interior de decir sí a las creaciones de Europa, aquella constante lucha contra una genuina estructura cultural al servicio del anarquismo amorfo que es encubierto sólo insuficientemente por “profecías” insustanciales.

El parasitismo judío, como una magnitud concentrada, se deriva, por lo tanto, del mito judío, del dominio del mundo asegurado por el dios Yahvé a los justos. La cría racial de Esdras y el Talmud de los rabinos, han creado una comunidad, de sangre y de mentalidad de increíble tenacidad. El carácter de los judíos en su actividad de negociantes intermediarios y en su descomposición de tipos foráneos ha permanecido siempre idéntico a sí mismo, desde José en Egipto hasta Rothschild y Rathenau, desde Filo pasando por David ben Selomo hasta Heine. Como fuerza de cría actuó hasta 1800, en primer lugar, el inescrupuloso código moral; sin el Talmud y el Schulchan Aruch el judaísmo como totalidad no puede ser concebido. Después de una corta época, en la que también los judíos parecían “emancipados”, a fines del siglo 19 ha ocupado el primer plano como privilegiada, la idea contra-racial, y ha recibido su impronta en el movimiento sionista. Los sionistas se pronuncian por el Oriente y protestan hoy enérgicamente contra la afirmación de que quizás van a Palestina como pioneros de Europa. Un escritor de prestigio hasta dijo abiertamente que los sionistas lucharán en las filas de los pueblos asiáticos que despiertan”. Del fuego de todos los arbustos espinosos y de las noches de soledad les sale al encuentro sólo un llamado: Asia. El sionismo, dice, es sólo una idea parcial del pan-asiatismo. [100] Al mismo tiempo se tiende un lazo anímico y político hacia la idea del bolcheviquismo rojo. El sionista Holitscher percibió en Moscú el paralelismo

---

[99] Arno Schickedanz: *Sozialparasitismus im Völkerleben*. [*Parasitismo social en la vida de los pueblos*, N. del T.]

[100] E. Höflich: *Die Pforte des Ostens*. [*La Puerta del Este*, N. del T.]

interior entre Moscú y Sión, y el sionista F. Kohn declara que desde los patriarcas conduce una única línea hasta Karl Marx, Rosa Luxemburg y hasta todos los bolchevistas judíos que sirvieron a la “causa de la libertad”.

Este sionismo pretende querer fundar un “Estado judío”, en algunos dirigentes puede quizás haberse hecho vivo honestamente el deseo de un irredento, de construir sobre la propia gleba una pirámide vital de la “nación judía” es decir, una estructura vertical a diferencia y en oposición a la estratificación horizontal de la existencia hasta hoy en día. Esto es, considerado desde el punto de vista archijudío, un contagio foráneo del sentimiento de nacionalidad y la concepción de Estado de los pueblos de Europa. Una tentativa de formar realmente una comunidad orgánica de labriegos, obreros, artesanos, técnicos, filósofos, guerreros y hombres de Estado judíos, contradice todos los instintos de la contra-raza y está condenada de antemano al derrumbe, si los judíos realmente fueran dejados solos entre sí. Los ortodoxos defienden enteramente, por consiguiente, el ser en verdad judío cuando rechazan enérgicamente este lado del sionismo como imitación de las concepciones de la vida del Occidente, y reclaman una misión mundial, y combaten conscientemente el intento de hacer de Israel una nación como cualquier otra como una “decadencia”. Esta postura consecuente ha llevado a muchos sionistas a “recapacitar”, y es así que el propio movimiento hoy ya es mirado con ojos completamente distintos que en la primera épocas de su aparición, cuando Theodor Herzl lo hizo surgir como protesta contra el rechazo por parte de los europeos, sentido a pesar de todo por el judío en todos lados. En el Congreso Sionista de agosto de 1929, en Zürich, un destacado dirigente, Martin Buber, fundamentó las diversas opiniones.

Según él, hay tres concepciones fundamentales sobre la nación judía: una que dice que Israel es menos que una nación. Una segunda que coloca a Israel al lado de la nación moderna. Y finalmente una tercera, que es también la opinión de Buber, que muestra a Israel sobre las naciones.

A este respecto, dice el órgano central de la ortodoxia de Frankfurt, *Der Israelit*: [101] “Pero esto es lo que nosotros decimos desde hace años y con lo cual fundamentamos nuestra posición de rechazo del sionismo moderno, que no coloca a Israel sobre las naciones, sino que enseña **להיות כגוים**. Si la ideología sionista estuviera fecundada por el pensamiento de los elegidos de Israel, de marchar en misión profética como dirigentes a la cabeza de los pueblos, si Buber, el intermediario exitoso de la palabra y del pensamiento bíblico, comprendiera la misión supranacional de Israel tal como debería haberla aprendido de los profetas, y si entonces estas palabras, comprendidas de esta manera, se colocasen como puntos programáticos en el centro del pensar y acaecer sionistas, entonces ya apenas tendríamos motivo alguno para ver y combatir en el sionismo una concepción antagónica de la nación judía, de su esperanza mundial y de su misión mundial.”

Pero esta “esperanza mundial” de “ser los elegidos” debe consistir en vivir prendidos como ventosas en todas las naciones y remodelar Jerusalén sólo como un transitorio centro consultivo, desde el cual los instintos milenarios podrían ser vigorizados mediante planes racionalmente estructurados. De este modo el sionismo no sería luego ningún movimiento político-estatal, tal como lo presumen incorregibles ilusos europeos, sino una vigorización esencial precisamente de la capa parasitaria horizontal del comercio intermediario material y espiritual. El entusiasmo del sionista Holitscher por el caos racial de Moscú es, en consecuencia, tan significativo como las investigaciones del sionista Buber, el pro-asiatismo del sionista Höflich y la concepción unitaria del Padre Jacobo con Rosa Luxemburg del sionista Fritz Kohn.

El viejo mito de ser los elegidos produce por cría un nuevo tipismo del parásito, con ayuda de la técnica de nuestro tiempo y de la civilización universal de un mundo devenido desprovisto de alma. [102]

3.

El poder de la Iglesia romana descansa sobre la creencia de los católicos en la lugartenencia de Dios por parte del Papa. Para imponer y mantener este mito, a ello sirvieron, y sirven la totalidad de las acciones y dogmas del Vaticano y de sus servidores. El mito de la lugartenencia de Dios no pudo reconocer ninguna raza o nación como un valor supremo, sino solamente la magnitud del amor y de la humildad de los adeptos frente al Papa representante de Dios. Por esta sumisión se prometió la eterna felicidad. Por consiguiente, en la esencia del mito romano (sirio-judío-alpino) reside la negación de la personalidad como la más peculiar forma de alta cría de una raza, pero con ello también la declaración de la infravaloración de la nacionalidad

---

[101] Nº 33 del 15 agosto de 1929.

[102] Aquí no es el lugar para tratar exhaustivamente el problema judío. Remito a mis escritos: *Die Spur des Juden im Wandel der Zeiten* [*La huella del Judío a través de los tiempos*, N. del T.], *Unmoral in Talmud* [*Inmoralidad en el Talmud*, N. del T.], *Der staatsfeindliche Zionismus* [*El sionismo enemigo del Estado*, N. del T.] y *Die Internacionale Hochfinanz* [*La Alta Finanza internacional*, N. del T.].

en sí. Raza, pueblo, personalidad son factores que han de servir al lugarteniente de Dios y a su poder mundial. Roma no conduce necesariamente, por ello tampoco una política orgánica del espacio, sino solamente un centro y la diáspora como comunidad de los creyentes. La pauta para el Papa consciente de su deber frente a su mito, por tanto, puede ser sólo fortalecer recíprocamente la diáspora a través del centro y elevar el prestigio del centro mediante éxitos en la diáspora.

Como Estado mundial de las almas creyentes, Roma no tiene territorio estatal, o sea, exige éste únicamente como símbolo también del "derecho" al gobierno terrenal. Por consiguiente, también aquí está liberada de todos los impulsos de la voluntad ligados íntimamente al espacio, la sangre y el suelo. Así como el auténtico judío sólo ve el "puro" y el "impuro" el mahometano sólo el creyente y el incrédulo, así Roma solamente al católico (al que identifica con el cristiano) y el no-católico ("pagano"). Es así que el Vaticano al servicio de su mito debe juzgar tanto las luchas religiosas como las nacionales y clasistas, las disputas dinásticas y las económicas, únicamente desde el punto de vista de si la destrucción de una religión, nación, clase, etc. no-católicas promete a la totalidad de los católicos —indistintamente si son blancos, negros o amarillos— un incremento de poder. En este caso debe llenar de voluntad de combate a los creyentes. Los instrumentos de Roma han defendido temporariamente la idea de la monarquía absoluta cuando esto fue considerado conveniente. O cuando la presión del mundo exigía transigir, para anunciar con igual despreocupación, después de la modificación del panorama mundial en el siglo 18, la idea de la soberanía popular. Estaban a favor del trono y del altar, pero también de la republica y la Bolsa cuando esta postura prometía un acrecentamiento del poder. Ellos eran chauvinistas hasta la ultima posibilidad, o predicaban el pacifismo como genuino cristianismo, cuando el pueblo o la clase en cuestión debían ser carcomidos, pulverizados. Al respecto, no es ni siquiera necesario que los instrumentos del Vaticano —nuncios, cardenales, obispos, etc.— fueran mentirosos y defraudadores conscientes, ellos pueden, por el contrario, haber sido personalmente seres humanos sin tacha, pero el Vaticano cuidaba, después de una exacta valoración de las personalidades que convenían en cada caso, de que, p. ej., a París se destinara un nuncio que sin inhibiciones pudiera declarar, en asociación con el Institut Catholique, que luchar contra Francia significa luchar contra Dios, cuidaba por el ascenso del apasionado belga Mercier, que azuzaba a sus compatriotas católicos a la resistencia contra los "bárbaros" prusianos protestantes, pero también de que en los altos puestos de Alemania fueran ubicados, en cambio, pacifistas. Así sucede también que, p. ej., un jesuita predica en nombre del cristianismo odio y nuevamente odio, pero el miembro de la misma Orden en algún otro país desecha el odio como a-cristiano y exige humildad y sumisión.

Por más falsedad que en lo particular pueda ser cometida, referida al mito romano como eje de todo el acaecer, el proceder romano es sólo consecuente y está por encima de toda moralización sentimental.... Pues "el cristianismo" existe tan poco como existe "la economía", "la política" como pauta en sí. Tanto lo uno como lo otro son medios para ligar a almas de determinada orientación al mito de la lugartenencia de Dios sobre la Tierra. El tenor que han de tener las temporarias consignas es un problema de conveniencia, el mito central determina todo lo demás. Su triunfo absoluto significaría que una casta de sacerdotes domine sobre un montón de miles de millones de seres humanos que, sin raza, sin voluntad, como comunidad articulada de modo marxista, considera su existencia un don de Dios transmitido por el todopoderoso médico-hechicero. Así aproximadamente como antaño los jesuitas lo habían tratado de realizar en el Paraguay.

A este "sistema" [103] carentes de raza y de personalidad sirven hoy aun millones sin saberlo ni comprenderlo, porque todos ellos están atados nacional, espacial o clasista-políticamente, y Consideran el fomento de sus intereses particulares existente en algunas partes, como auténtica benevolencia por parte del Vaticano, lo que los nuncios en los respectivos lugares tienen la misión y el encargo de hacer aparecer como tal.

---

[103] Cómo la verdad a veces se les escapa involuntariamente hasta a partidarios romanos muestra la siguiente manifestación altamente interesante del editor del periódico estrictamente clerical *Schönere Zukunft*, [*Futuro más hermoso*, N. del T.], Dr. Josef Eberle, de Viena. Con motivo del litigio entre el Gobierno mexicano y la Iglesia romana en 1926, Eberle escribió en el Nº 46 del 2 de agosto de 1926 de la mencionada publicación:

"Los asaltos a iglesias no son nada nuevo en México, desde hace alrededor de cien años desde la sacudida de la dominación española y de un régimen autoritario fuerte, están siempre de nuevo a la orden del día. Existen en las condiciones mismas de la población ciertas premisas para disturbios religioso-culturales. *Gratia supponit naturam*: el cultivo de la vida sobrenatural presupone condiciones naturales ordenadas. Estas faltan en un país que muestra una mezcolanza de población —19 por ciento de blancos, 38 por ciento de indianos y 43 por ciento de mestizos— y la constante pugna de estas capas entre sí. Esta mezcla de razas es probablemente una causa concomitante de que en México, al igual que en determinados otros Estados sureños de América, el cristianismo, el catolicismo, no alcanza en el tipo popular promedio aquel alto grado como en otros lados, por lo que estos Estados sureños americanos dependen frecuentemente para la acción pastoral del clero extranjero".

Que esta política romana sea interceptada por otras fuerzas, a las que también tiene que ceder a menudo exteriormente cuando otro valor supremo distinto del amor por Roma crece en las almas, no modifica nada en la esencia y voluntad del Vaticano, mientras exista el mito de la lugartenencia de Dios y con ello la pretensión de poder sobre todas las almas. Recién este conocimiento central hace aprehensible la política de jesuitas, cardenales y prelados a través de siglos: el tipo del sacerdote servía al mito del médico-hechicero en la Iglesia, en el arte, en la política, en la ciencia y en la educación.

La desgracia que hoy se ha abatido sobre el mundo también ha quebrado a muchos hombres rectos. Forzados exterior e interiormente a someterse, millones buscan sostén en tipos que se han mantenido inmóviles. Este desgarramiento de las almas lo ha aprovechado el mito romano; así es que las capas pre-arias otrora evadidas de la disciplina romana gracias a la fuerza germánica, tienden ahora de nuevo a la vieja fe y hasta unen sus voces a la prédica del derecho al dominio mundial del hechicero de Roma sobre nuestro pueblo.

El mismo Papa al que Europa debe el documento más deshonroso de todos los tiempos, Pío IX, expresó una vez un pensamiento que, sin duda, debe ser considerado como un evidente resultado del mito romano. El 18 de enero de 1874 (es decir, el aniversario de la fundación del Reich Alemán), declaró ante una congregación de peregrinos internacionales: que Bismarck era la serpiente en el paraíso de la humanidad. A través de esta serpiente el pueblo alemán es seducido a querer ser más que Dios mismo, y que a esta sobrevaloración de sí mismo seguirá una denigración como ningún pueblo aun la debió sufrir. Sólo el Eterno sabe si “el grano de arena en las montañas del eterno desquite” no se ha desprendido ya, que acrecentándose en su descenso hasta formar un alud, dentro de algunos años, chocará contra los pies de barro de este Reich transformándolo en escombros, este Reich que, como la torre de Babel, ha sido erigido “en reto a Dios” y sucumbirá “para la mayor gloria de Dios”.

En este “eterno desquite” para “la mayor gloria de Dios” trabajaron afanosamente los diplomáticos juramentados al mito romano, del todo igual que en los tiempos de Carlomagno, Otto I y Ferdinando II. Así pudo suceder que el partido del Centro en Alemania se mantuviera completamente fiel a sí mismo cuando de la protección del trono y del altar pasó a la alianza con los marxistas enemigos de la religión, tal como Bismarck ya lo había predicho en 1887, cuando declaró en el Reichstag que los jesuitas llegarían a ser alguna vez los dirigentes de la socialdemocracia. Al servicio del “eterno desquite”, el Centro exigió la “hermandad de armas” con los marxistas contra el kaiserismo protestante, y en los días decisivos de 1914 el Vaticano acicateó a la católica Austria-Hungría a derribar al herético ruso al igual que al Estado de la “serpiente en el paraíso”, para sacar provecho de una guerra mundial. Que en esta ocasión debían ser sacrificados millones de católicos lealmente creyentes, no podía ser evitado al igual que en cualquier gran plan de batalla.

En estos y en miles de otros ejemplos se ve en, cierto modo simbólicamente, causa y efecto en acción. La causa fue la opinión de Pío IX proveniente del mito romano de que el nuevo Reich Alemán debía ser aniquilado, una opinión que en las conocidas palabras de Benedicto XV de que él lamentaba ser francés sólo de corazón, se manifiesta con igual claridad que en los escritos, entre otros, del pequeño cura párroco Dr. Mönius, que niega la realidad de los francotiradores belgas, pero presenta a los soldados alemanes como profanadores de altares y bandidos, y declara gozosamente que el sector católico del pueblo en Alemania impide la formación de un Estado nacional.

Por consiguiente, en lo que respecta al fomento del derrumbe del Reich Alemán no se trata solamente de la política bursátil pan-judía del instinto parásitario unido por nexos mundiales, sino también de un antiguo afán romano, mítico, sirio-pro-asiático, fijado ineluctablemente. Una confesión pasmosa al respecto la trajo a fines de 1924 el órgano del Centro, la Germania, que escribió: quien quisiera establecer las líneas fundamentales de la posición del partido del Centro desde 1917 (!), ha de tener presente que esta postura fue determinada por católicos prominentes, que con su voluntad y acción políticas no se han alejado de la posición católica fundamental. Lo que es totalmente exacto: al socavar la conciencia de poder específica alemana, los dirigentes del Centro sirvieron al mito romano a-racial contra la herejía evangélica y, en general, germánica. Más adelante dice: precisamente el católico de Prusia estuvo en un mundo circundante completamente distinto que, p. ej., el católico de Baviera. Su tarea desde 1917 debe ser comprendida

---

Estas palabras de un hombre que desde hace años lucha contra la idea de un Estado nacional por considerarlo anti-cristiano, significan un ataque a la visión del mundo romana como más agudo no es concebible: pues mediante esta confesión de un fanático partidario eclesiástico-católico se hace evidente que no es la fe romana lo que determina la altura espiritual y ética de un pueblo, sino que recién el ser humano de alto valor racial crea algo valioso de esta fe romana. La Iglesia romana corruptora de razas necesita donde quiere estructurar, por tanto, siempre fuerzas raciales potentes, mientras que ella misma, a través de su dogma, se afana por destruir las razas y los pueblos. Casi al mismo tiempo que cuando el Dr. Eberle asentó involuntariamente la confesión por el pensamiento racial arriba citada, tuvo lugar en Chicago el gran Congreso Eucarístico, en el que participaban “católicos” de todas las razas. A los negros les pertenece en Chicago, p. ej., una gran catedral, y un obispo negro celebró allí la sagrada misa! Esto significa para todos los continentes, la cría de aquellos fenómenos de bastardización, que se pueden observar en México, en América del Sud y en Italia del Sud. Aquí Roma y el judaísmo van tomados del brazo.

probablemente en lo más hondo como una “superación de la psicosis histórica brandenburguesa-prusiana” y como una tentativa de volver a las puertas de la alemanidad medieval.

Estas palabras las debería conocer todo alemán para comprender lo que hoy, y desde hace 1500 años, está pasando en el mundo. En 1917 comenzó el abierto trabajo de descomposición a través del Reichstag, cuando el Centro, los demócratas y los marxistas lograron imponer su resolución de anti-paz. En 1917 cometió Erzberger su “indiscreción”, mediante la cual la carta de Czernin llegó a conocimiento de la Entente, mientras el Kaiser Carlos, quebrando su palabra de honor, agenció la traición con Poincaré. [104] Esto se llama política católica. Y si la Germania constata para Prusia un “ambiente” distinto, que condiciona también una distinta postura de los políticos católicos, entonces con la primera observación se hace referencia al mundo circundante nórdico con conciencia del honor nacional. Se trataba de “superar” al Reich Alemán de Federico el Grande y Bismarck y de descomponer el Norte protestante con la ayuda de los partidos bolsistas pan-judíos aliados. En Baviera, en el “otro ambiente”, tuvo que seguirse consecuentemente una política más conservadora y preservadora del pueblo, dado que aquí se imponía proteger la propia confesión. La “política unitaria” del Centro y la política “federalista”del acodo en Baviera sirvieron hasta el triunfo de esto a uno y al mismo fin: el reforzamiento del centralismo romano-sirio.

El filósofo clásico de este pseudo-federalismo, que hasta procedió a llamarse gran-alemán en lugar de gran-romano, es, según es sabido, Konstantin Frantz. En su escrito *Die Religion des nationalen Liberalismus* [*La religión del liberalismo nacional*. N. del T.] dijo que la base de la asociación europea de pueblos debía ser Alemania, tanto desde el punto de vista político como eclesiástico, y por ello también el lugar de cultivo de la instrucción universal. En lugar de ello se la quería plasmar como un cuerpo nacional cerrado, para el cual también habría únicamente una instrucción nacional que sirva ella misma al poder y a la unidad. ¡Horroroso! Este hecho, que resulta de la destrucción de la vieja Liga, es, dice, el carácter universal que los asuntos alemanes tienen por imperio de la naturaleza. No se puede hacer de Alemania un país como, p. ej., Francia o Italia. El núcleo y el modelo de una federación europea que se irá formando paulatinamente, debía ser y devenir Alemania, este es su destino. Cabe ahora preguntarse: ¿quién, pues, determina este destino? ¿Alemania o un señor foráneo sobre nosotros?

Además, opina Frantz que el federalismo no excluye sino incluye, que no quiere nada especial para sí sino siempre simultáneamente para todos. Nada de la autosuficiencia restringida del particularismo, él apunta, dice, al todo y a lo grande. Él persigue la unidad, pero a través de la libre unificación de los miembros sobre la base de una comunidad espiritual: “En lugar de la centralización, por consiguiente, más bien la concentración, como un accionar conjunto de círculos vitales autónomos, cada uno de los cuales sigue existiendo a su manera y con ello sirve mejor al todo.”

Aquí hemos llegado al núcleo de la cuestión: el pueblo alemán ha de incorporarse “federalísticamente” a una “totalidad”. Y este “todo”, para el cual Alemania ha de ser un medio para el fin del dominio “concentrado”, significa la política mundial del Vaticano. Con otras palabras, se ha de hacer la tentativa de realizar una vez más el fracasado experimento sangriento del Estado mundial confesional a-racial. Nosotros hemos de ser para ello el objeto del ensayo; arrojar lejos de nosotros todo aquello que como cultura nacional fue adquirido con la sangre del corazón de nuestros mejores, inscribir la guerra confesional sobre la bandera (nuevamente en nombre de Dios y del amor), y refirmar con ello que hemos renunciado a nosotros mismos.

El artículo de la Germania habla abiertamente (en el año 1924) de la vuelta al Medioevo. El que ha entendido el Concordato Bávaro concluido precisamente entonces, sabe que éste significa el primer paso abierto para recoger los éxitos del “gran católico” Erzberger (así decía en su discurso fúnebre), y organizar a Baviera como trampolín para la reconquista de Alemania, es decir, como foto de la cizaña confesional.

¡Mediante una revolución de vuelta al Medioevo! ¡Una extraña consigna! El Papa Pío XI dijo (fiel a la política de Pío IX) el 23 de mayo de 1923 en el Consistorio que el catolicismo alemán “tanto en medio de la furia de la Guerra Mundial como también bajo las complicadas condiciones actuales, ha puesto en juego su celo, su energía y su talento de organización para volver a reparar a la triste defección de la Iglesia romana, que tuvo lugar hace 400 años.” Esto es claro. El *Bayern Kurier* [*Correo Bávaro*. N. del T.], el órgano del Centro bávaro, sin embargo, nos amenazó a todos desembozadamente de una manera tal que hay que asombrarse de que las siguientes palabras se hayan extinguido casi sin ser oídas. Escribió el 5 de julio de 1923: “actúa una justicia inmanente en la historia mundial, que sabe castigar y vengar, como también ha alcanzado al pueblo alemán porque no quiso doblegarse ante la autoridad impuesta por Dios, un proceder que ahora desde hace ya cuatro siglos ha traído toda la penuria sobre los países alemanes y que consagra a la Nación alemana al hundimiento, si a ultima hora no sabe aprender de la historia.”

Es decir: o bien el pueblo alemán se somete al dictado de una potencia extranjera, o la “justicia vengadora” lo extirpará de la Tierra.

---

[104] Véase Fester: *Die Politik Kaiser Karls*. [*La política del Kaiser Carlos*, N del T.]

El *Augsburger Postzeitung* [*Correo de Augsburg*. N. del T.], un importante periódico católico del Sud, escribió al fiel servicio del mito romano, el 16 de marzo de 1924, en una polémica contra Ludendorff. “Ella (la Iglesia católica) es la única institución religiosa de gran estilo —la única institución casi en general sobre la Tierra— que nunca se subordinó al Estado... Por eso sus ataduras son más sagradas que las del pueblo, sus organizaciones más altas que las del Estado. Para el nacionalista es el Estado o el pueblo lo absoluto, el supremo valor y fin.”

También aquí es caracterizada con franqueza digna de agradecimiento aquel abismo insalvable que existe entre el ser humano alemán en sí y las pretensiones de Poder de un mito extraño y su institución cuyo centro se halla fuera de Alemania, reconociéndose, además, al respecto, en forma expresa, que el Estado y el pueblo poseen para este centro únicamente una importancia subordinada. Al mismo tiempo es exigida de un modo totalmente inequívoco la supremacía de los intereses eclesiásticos sobre los estatales y nacionales, es decir, el derecho a la traición y a la traición a la Patria en nombre de un ideal más elevado frente a uno de menor valía. El tipo nórdico ha de someterse al esquema romano, el mito nórdico al hechizo romano. Pero con esta agudeza muchos buenos alemanes no quieren imaginarse el problema en el caso de un conflicto con intereses de poder eclesiásticos, por cobardía innata o comodidad. Pero, en realidad, este problema toca día tras día los intereses vitales de cada alemán, y a la decisión si ha de empeñarse en primer lugar por las pretensiones eclesiásticas de poder o por las necesidades alemanas, no podrá sustraerse nadie, tanto más cuanto que la prensa negra exige para sí, expresamente, el privilegio de la política de poder eclesiástica (no acaso de la cura de almas por parte de la Iglesia).

La política de Pío XI consecuentemente está por completo y del todo inequívocamente, bajo el signo de una nueva contra-reforma que atiza todos los instintos de la Inquisición: para quebrar para siempre la Alemania germánica. Ya en su discurso inaugural había hecho responsable al “turbio espíritu de la Reforma” de todas las “rebeliones desde hace cuatro siglos”. Lutero habría quebrantado la moral cristiana (es decir, que el encanallamiento de la Iglesia de aquel entonces fue “moral cristiana”) y se habría colocado entre el alma y Dios. Esta perturbación del negocio de intermediación espiritual naturalmente la iglesia romana no la puede aceptar. En diciembre de 1929 el Papa Pío expresó su jübilo por la decadencia del protestantismo, para declarar a pesar de ello, pocos meses después, su fastidio por el progreso de este protestantismo en Roma y presentarlo descaradamente como una “ofensa al divino fundador de la Iglesia católica”. En su discurso navideño de 1930 el Papa llamó al protestantismo pérfido, encubierto, pero al mismo tiempo audaz y descarado, para alcanzar, el 16 de marzo de 1931, la cima del azuzamiento al osar designar a todas las confesiones a católicas y protestantes como “herejía obsoleta”. Como el mundo aquí no tiene que vérselas con un pequeño capellán instigador, sino con la cabeza de todos los católicos, que suele pesar sus palabras, todas estas invectivas no significan otra cosa que un consciente azuzamiento de más de cien millones de seres humanos con el fin de agrandar aun más las posiciones de poder obtenidas, a través de un ataque de cercamiento al protestantismo. Con esto se descubre la verdadera esencia del “reinado de Cristo”, de la así llamada “Acción Católica”, de la política pacifista desmoralizadora del pueblo por parte del partido del Centro, de la declaración de excomunión del nacionalismo alemán por parte del episcopado romano en Alemania y de las declaraciones episcopales en general contra el nacionalismo. Ningún católico alemán puede hoy cerrarse a la terrible verdad de que la política romana a-sentimental, consecuente, se ha unido a la subhumanidad marxista y a todos los enemigos exteriores de Alemania para terminar aquello que en noviembre de 1918 aun no fue logrado enteramente. La política romana sacrifica, para alcanzar esta meta, incluso la existencia y la vida de la totalidad de la generación católica actual, a fin de forzar bajo su dominio a los venideros herederos deteriorados de todos los alemanes. Esta es la “misión occidental”, de la que aun hablan siempre con exaltación las voces católicas en el Centro, aquella “restauración de la latinidad” con ayuda de las amenazas compulsivas de la Francia que lamentablemente todavía nos es hostil, y de sus aliados.

Exactamente igual que la prensa del Centro se expresa el preponderante partido cristiano-social de Austria. A principios de 1921, en la revista *Das neue Reich* [*El Nuevo Reich* N. del T.] el principio del Estado nacional puro fue calificado como directamente anti-cristiano. ¡Habrá, pues, que elegir! Y así también los oradores del Congreso Católico Alemán de 1923 en Constanza llegaron a la conclusión de que la mayor herejía de hoy es aquel “nacionalismo exagerado”, que también ya ha producido las “peores devastaciones y asolaciones” hasta en las cabezas de los católicos. Consigna que los obispos alemanes repiten todos los meses.

Estas confesiones, que fácilmente se podrían citar por millares, son claras e inequívocas, pero son esfuminadas dado que de tanto en tanto los dirigentes del Centro, cuando no era posible de otra manera, chorreaban directamente de amor a la Patria, y, como nuevamente no era posible de otro modo, hasta tuvieron el descaro de declarar que el respaldo de la política de poder eclesiástica es lo propiamente alemán. Sobre la base de esta postura espiritual resulta la apreciación de la historia alemana, el rechazo del intento de crear un Reich realmente Alemán y el afán de no permitir nunca jamás un tipo genuinamente alemán para el futuro. El así llamado Sacro Imperio Romano de la Nación Alemana, aquella estructura de índole inorgánica por la cual cientos de miles de alemanes han vertido en vano su sangre, es rodeado hoy

de gloria maravillosa, y la época del Medioevo representada como una época de paz, que habría resultado de que la Iglesia determinaba los destinos del mundo. También nosotros veneramos las grandes figuras del pasado alemán, también nosotros estamos orgullosos de las personalidades que en aquel entonces gobernaban en Europa. Pero no estamos orgullosos de ellas como representantes de pretensiones de poder eclesiásticas, sino como representantes de la sangre alemana y de la voluntad de poder alemana. Un Enrique I, quien en 925 unificó los troncos alemanes en discordia, rechazó su ungimiento por el Papa e hizo del Rhin el río de Alemania, es valorado por nosotros como anunciador de un Reich Alemán; igualmente como uno de los hombres más grandes de nuestra historia aparece Enrique el León, quien con todo el poder de una fuerte personalidad trató de poner coto a las expediciones de conquista a Italia, comenzó la colonización del Este y con ello colocó también una piedra fundamental para un venidero Reich Alemán y creó fuertes seguridades para la preservación y vigorización de la nacionalidad alemana. Pero esta admiración no nos impide rechazar el anterior sistema del a-racial Reich Gran-Romano, que tuvo que derrumbarse y se derrumbó cuando los otros pueblos de Europa fundaron sus Estados nacionales. Querer realizar nuevamente hoy este mito, significa un crimen contra el pueblo alemán, y nosotros todos luchamos por una época en la que el propugnar este pensamiento será considerado por la totalidad de la Nación como una traición a la Patria, lo mismo que la tentativa de instauración de una republica mundial bolchevique.

Todas estas manifestaciones de los hombres ligados al mito romano no son una casualidad, sino sólo algunos síntomas entre miles de la eficacia del pensamiento romano del dominio mundial eclesiástico, que exige amor, sumisión, obediencia servil, negación del honor nacional en nombre del “lugarteniente de Cristo”. Este es, junto al judaísmo demoníaco, el segundo sistema de cría de naturaleza foránea, que debe ser superado anímico-espiritualmente si alguna vez ha de originarse un pueblo alemán consciente del honor y una genuina cultura nacional.

La esencia de la actual revolución mundial reside en el despertar de los tipos raciales. No en Europa solamente, sino en todo el ámbito de la Tierra. Este despertar es el contra-movimiento orgánico contra las ultimas proyecciones caóticas del imperialismo mercantil liberal-económico, cuyos objetos de explotación se dejaron atrapar por desesperación en las redes del marxismo bolchevique, para completar lo que la democracia había comenzado: la erradicación de la conciencia nacional y racial. La posición del Imperio romano al aparecer el cristianismo fue semejante a la situación actual del Occidente. La fe en los viejos dioses se había perdido la capa señorial nórdica había muerto casi por descomposición, la voluntad estatal estaba quebrada. Ningún ideal formador de tipos dominaba al mundo, pero en cambio miles de maestros exaltados provenientes de todas las zonas. En medio de este caos nunca hubiera podido triunfar una “religión del amor”. Ella podía ciertamente conducir al sacrificio de algunos, a sublevaciones y revoluciones, tales como Pablo las perseguía como meta final, cuando pronunciaba sus sermones hipnotizadores, frecuentados principalmente por mujeres apasionadas; ella triunfó, sin embargo, como forma sólo gracias a la voluntad judía y al fanatismo propio de ésta, que se transmitió como avidez de poder, como avidez de dominio mundial al Estado tomado por asalto. Hoy los viejos dioses están igualmente muertos, la fe oriental en el Kaiser “por la gracia de Dios” está irremisiblemente perdida, la divinización “del Estado” en sí ha desaparecido igualmente, porque sin contenido se había transformado en un esquema exangüe. Triunfó la democracia, cuando ella misma ya se hallaba en el estado de putrefacción parlamentaria. Las rígidas Iglesias ya no dan ninguna satisfacción al buscador, y un ejército de sectarios busca sostén interior en los apóstoles callejeros o los predicadores en carpas, que “seriamente” “investigan” la vieja Biblia judía para profetizarse a sí mismos y a sus seguidores una vida eterna aquí, sobre la Tierra. El pensamiento a-racial del internacionalismo ha alcanzado, por ende, un punto culminante: bolcheviquismo y trust mundiales son sus signos antes del hundimiento de una era, como más hipócrita y más carente de honor la historia de Europa aun no la ha visto.

El caos ha sido elevado hoy casi a consciente punto programático. Como ultima consecuencia de una era corrompida democráticamente aparecen los mensajeros alienados de la naturaleza, de la anarquía, en todas las grandes urbes de todos los Estados. La materia inflamable existe en Berlín al igual que en Nueva York, París Shangai y Londres. Como defensa natural contra este peligro mundial una nueva vivencia se extiende cual un fluido inasible por el globo terráqueo, que instintiva y conscientemente coloca la idea de la nacionalidad y de la raza en el centro del pensar, unida a los valores supremos orgánicamente dados de cada Nación, alrededor de los cuales gira su sentir, que desde siempre determinaron su carácter y la coloración de su cultura. Como cometido es aprehendido repentinamente por millones, lo que en parte había sido olvidado, en parte descuidado: vivir un mito y crear un tipo. Y sobre la base de este tipo construir el Estado y la vida. Pero ahora surge el interrogante de quien en medio de un pueblo en su totalidad está llamado a proyectar y a imponer la arquitectónica formadora de tipos. Con ello ha sido tocado un problema dentro de la raza y de la nacionalidad (*Volkstum*): el problema de los sexos.

II. EL ESTADO Y LOS SEXOS

1.

Hemos visto cómo detrás de todos los valores religiosos, morales y artísticos, están pueblos racialmente determinados, cómo debido a entremezclamientos desenfrenados finalmente son anulados todos los valores genuinos, las individualidades nacionales desaparecen en un caos racial, para seguir vegetando como una mezcolanza a-creativa, o bien para llegar a estar al servicio de una nueva voluntad racial fuerte, sometida a la misma espiritual y materialmente. Dentro de estos contrastes de alcances mundiales entre las razas y las almas, la vida oscila, además, alrededor de dos polos: el masculino y el femenino. aAn cuando los caracteres, orientaciones y estructuras de valores exteriores raciales y los más profundos anímicos del hombre y de la mujer de un pueblo condicionado específicamente son idénticos, la naturaleza, junto a las polaridades de índole físico-cosmovisional, ha creado también la polaridad sexual, para producir tensiones, generaciones y descargas orgánicas, como precondición de toda creación. De esta razón fundamental resultan dos cosas: que determinadas particularidades de lo masculino y de lo femenino, aun cuando en distintos planos y dentro de un diferente tipismo, a pesar de ello serán semejantes entre sí, conforme a las sencillas, primigeniamente eternas leyes de los planes estructurales físicos de este mundo; pero luego también, que las tentativas para la supresión de las tensiones condicionadas sexualmente deben necesariamente tener como consecuencia una disminución de las fuerzas creadoras. Lo que significa el colectivismo sexual en el caso de la mezcla de razas, lo significa también el borrar los caracteres sexuales dentro de una raza, apareciendo al respecto lo segundo, observado exteriormente como consecuencia de la prédica de una humanidad a-racial.

Debería pensarse que el reconocimiento de la existencia de la polaridad sexual, que es el que mantiene la creación, genera la tensión y la distensión, debería, constituir una convicción eterna, inconmovible, por estar comprobada miles de veces. De hecho todos los pensadores más profundos han sido de esta opinión que, como consecuencia lógica y natural resultante de la vida, origina la comprobación de que el hombre es superior en todos los campos de la investigación, invención y plasmación a la mujer, cuyo valor, empero, se basa en el valor igualmente ¡importante, pre-condición de todo lo demás, de la preservación de la sangre y de la multiplicación de la raza. Sin embargo, en épocas de catástrofes exteriores y de descomposición interior, el hombre afeminado se eleva junto con la mujer emancipada a símbolo de una decadencia cultural y de un hundimiento estatal. Los discursos de la Medea del Eurípides son de la misma especie que las peroraciones de Fräulein Stöcker o de Miss Pankhurst, sin que a pesar de todas las libertades de la mujer durante el Renacimiento, el tiempo del Rey Sol, el jacobinismo y la democracia de hoy se haya mostrado algo distinto de lo que Aristóteles expresa con pocas palabras: "La mujercita es mujer en virtud de una cierta carencia de capacidad". Esto lo habían reconocido los antiguos poetas de mitos, cuando simbolizaron al destino implantado dentro de una ley cósmica, mediante seres femeninos: los germanos mediante las Nornas, pero los griegos mediante las Moiras. La carencia de capacidad es la consecuencia del ser dirigido a lo vegetativo y a lo subjetivo. Le falta a la mujer de todas las razas y épocas el poder de una visión de conjunto tanto intuitiva como espiritual: en todas partes donde emerge en la historia mundial una plasmación mítica del mundo, una gran epopeya, un giran drama o una hipótesis científica que investiga el cosmos, hay un hombre como creador detrás de ello. Para el antiguo indio ario es el Prajapati, es decir, el "Señor de las criaturas" el que forma este mundo, o indirectamente el Purusha, es decir, hombre y espíritu; los germanos plasman del gigante Ymir el Cielo y la Tierra, y es en todas partes un espíritu masculino el que, en oposición al caos, da a luz un orden mundial.

En todas partes, por consiguiente, donde se alza algo típico y generador de tipos, es el hombre el que actúa como causa generadora. Dos de los máximos actos masculinos de la historia, empero, se llaman Estado y matrimonio.

El actual feminismo ha encontrado en Bachofen —sin que el autor lo quisiera— una transfiguración de su esencia, y más de un pensador enfermizo ha tomado como hechos históricos reales las fantasías extravagantes de éste sobre el matriarcado, a pesar de todos los detalles interesantes. Por más que él y todos los que le están emparentados tienen razón en considerar al hetairismo como una forma del dominio de las mujeres, tan erróneo es admitir que haya habido formas estatales de esta ginecocracia. Bachofen, p. ej., no vacila en extraer de una alta posición de la mujer dentro de una comunidad, la conclusión de un "matriarcado", explayándose luego muy poéticamente al respecto. Hasta va tan lejos, p. ej., como para afirmar esto para Esparta, en vista de las libertades femeninas dentro de este rudo tronco dórico. Y eso que precisamente Esparta ofreció el ejemplo de una razón de Estado de la más completa organización sin agregado femenino alguno. Los reyes y los éforos constituyeron el poder absoluto, cuya esencia fue precisamente la preservación y difusión de este poder mediante la multiplicación y la vigorización de la capa

superior dórica. Con este fin también las mujeres debieron participar de juegos gimnásticos; por lo demás, no obstante, les estaba prohibido por igual la portación de adornos de oro como los peinados graciosos. Si entre los germanos la mujer gozaba de alto respeto, no fue porque aquí aun siguieron actuando condiciones matriarcales como "primer peldaño", sino por el contrario, porque el patriarcado había sido realizado en forma total, porque él sólo garantizaba continuidad y que, como consecuencia de la índole racial del ser humano nórdico, estaba unido al mayor respeto ante la mujer. Acompañado de aquella magnanimidad que era parte de aquel modo de ser libre, eternamente escudriñador, pero que en épocas de crisis también puede llegar a constituir un enorme peligro para el todo; lo cual sucedió cuando fue concedida la emancipación a los judíos, y más tarde cuando la idea de la emancipación política de la mujer fue reconocida como capaz de ser tratada en el terreno jurídico-estatal.

2.

Una idea permanente, que aun impera, afirma que la cédula del Estado la constituye la familia. Este concepto ha llegado a ser un dogrna obligatorio, que en vista de las aspiraciones democráticas y marxistas corruptoras de toda idea de familia, se afianza cada vez de nuevo. Este dogma no sólo enturbia la vista para la consideración del problema de la mujer, sino, en general, para juzgar la esencia del movimiento de renovación actual y de la nueva idea estatal de nuestro futuro.

El Estado no ha sido en ningún lado la consecuencia de una idea común del hombre y la mujer, sino el resultado de una liga de hombres orientada consecuentemente hacia un fin cualquiera. La familia ha probado ser ora un más fuerte, ora un más débil sostén de la arquitectónica nacional (völkische) y estatal, hasta ha sido a menudo puesta consecuentemente a su servicio, pero no fue en ninguna parte ni la causa ni el sostén más importante de una comunidad estatal, es decir, de la política social y de poder.

La primera asociación con un fin determinado que se origina en todas partes del mundo es la reunión de los guerreros de un linaje, de un tronco, de una horda, con el fin del aseguramiento común contra un hostil mundo foráneo circundante. Al producirse el sojuzgamiento de un tronco por algún otro, también la mancomunidad guerrera vencida era incorporada a la otra, vencedora. De este modo se originó el primer germen de la asociación con un fin determinado, el "Estado", existente inconscientemente en la idea. Todo aquello que alegóricamente designamos con el nombre de Roma, Esparta, Atenas, Potsdam, toma su punto de partida de la liga masculina guerrera. Pero también toda la esencia estatal de China, Japón, India, Persia y Egipto, descansa sobre este fundamento primigenio, el que bajo condiciones exteriores más tranquilas recibió luego un carácter de distinta índole, pero permaneciendo siempre en su núcleo una liga de hombres: y eso hasta el hundimiento de una u otra cultura. Pero el hundimiento estaba motivado por la disolución de la idea de un sistema de disciplina masculino, de una norma tipificadora masculina.

Egipto pasó relativamente rápido de la liga guerrera de hombres a una asociación técnica, que llevó durante largo tiempo la estampa del erudito escriba y del funcionario, y luego fue desplazada más y más por una liga de sacerdotes. Se ha llamado a Egipto, por consiguiente, el típico Estado de funcionarios, y se ha presentado al "escriba" como su tipo esencial; en cada caso se reconoció una norma técnica perfectamente determinada como medida de todo el accionar, que ha actuado formando tipos a través de los inflenios. De ahí que el primer gran rendimiento cultural del imperio del Nilo es la roturación de la tierra y el aprovechamiento de las modificaciones del suelo conexas con las inundaciones. Egipto no tiene nombres troncales, no conoce ni asociaciones de linajes ni la venganza por sangre derramada. La familia no ha desempeñado en la grandiosa estructura estatal egipcia casi ningún rol; a pesar de ello, esta idea estatal egipcia de los funcionarios eruditos ha sido de una tenacidad que resistió lo milenios. Pero, este tipo fue creado a través de la asociación de los técnicos egipcios, de los eruditos, de los "escribas", que debían deliberar sobre la regulación de la corriente, el riego de la tierra, las influencias atmosféricas, los planes de construcción reales, etc., para hacer dar luego a toda la actividad, por intermedio de la asociación de los sacerdotes, la consagración religiosa. "Mira, no hay ningún estamento que no sea gobernado, únicamente el escriba, ese gobierna él mismo", dice en la proposición central de la doctrina del Duauf. Así el técnico erudito, el escriba correcto puro no insobornable, forjó una comunidad estatal.

Algo semejante vemos acaecer en *China*. También aquí la liga de guerreros se transformó en una sociedad de hombres eruditos. Después de que Lao-Tsé y Confucio juntos se hubieron impuesto como clásicos del alma china, sus doctrinas de la moral y de la vida (preponderando al respecto totalmente Confucio) devinieron medida y directriz para la vida estatal, la religión y la actividad científica del pueblo chino. Para el mantenimiento de la norma, la liga de guerreros se transmutó en una sociedad que exteriormente estaba unida sólo en forma suelta y que halla su tipo dominante en el erudito mandarin. Este tipo domina desde ingenios la vida de China; no hay ningún funcionario de categoría algo elevada que no haya aprobado su examen filosófico de la doctrina clásica de Confucio. Este sistema de disciplina ha mantenido unido el Imperio chino cuando la asociación puramente política se debilitó por las guerras y las

revoluciones: la asociación de hombres mantenida unida por un sistema evidentemente condicionado racialmente, ha perdurado a través de estas épocas. En el caso de China se agrega, además, todo el culto de los antepasados, que ha desarrollado un instinto de comunidad al menos en la fe en el linaje, y que en sus nexos telúricos suministró y suministra aun hoy el cemento más durable de la vieja China. La familia, considerada desde el punto de vista de la influencia de la mujer, ha contribuido tanto como nada al tipo estatal y social chino.

Estos dos aparentemente algo lejanos ejemplos, reciben su complementación asimismo en los reinos fundados incontestadamente por arios. Con máxima claridad se muestra esto en el orden de castas de la India. El estilo de vida de la vieja India fue determinado, por de pronto, por la casta de los guerreros, los chatrias. En los cantos védicos antiguos sopla un espíritu valiente y combativo, que se extiende hasta dentro de la época de decadencia post-cristiana; más aun, hasta hoy día los radschputs (linajes de guerreros) constituyen un cuerpo extraño, a pesar de todo de condición aria, dentro de la India desintegrada. Pero poco a poco la conducción espiritual del pueblo pasó a los brahmanes, que finalmente pusieron bajo su dominio espiritual a todos los indios. El saber secreto y los ritos mágicos eran los elementos formadores de estilo que se impusieron con tanta potencia que el brahmanismo representa aun hoy la fuerza dominante a la que se someten cientos de millones. Al respecto es característico que los brahmanes (en oposición, p. ej., a los Papas romanos) no han perseguido nunca el poder político y, a pesar de ello, su autoridad fue tan grande como para introducir la cremación de las viudas mediante la falsificación de un antiguo texto veda, medida ésta que sólo puede remitirse a una autocrática sociedad de hombres. En ningún lado el poder de una idea arquitectónica, plasmadora, dominante, se ha puesto de manifiesto con más intensidad que en el tipo del brahmán desprovisto de armas y sin embargo, imperante; digna de admiración sigue siendo también la fuerza formadora de estilo de su filosofía, aun cuando a través de la doctrina del Todo-Uno, irrestrictamente amplia y negadora de las razas, se fomentó la mezcla con los aborígenes, y mestizos oscuros llegaron a ocupar altos cargos.

Otro ejemplo igualmente demostrativo de la liga de hombres como célula germinativa del Estado y columna vertebral de un estilo de vida, nos lo ofrece la Hélade en sus varios tipos que se circunscriben a los hombres de Esparta y Atenas. Sería repetir un saber elemental si se quisiera describir el poder de la asociación de guerreros sobre la vida espartana; pero en Atenas no fue esencialmente de otro modo. Y cuando más tarde allí la conciencia de la desintegración, durante el proceso de democratización, se impuso a los hombres más esclarecidos, se echó mano ante el máximo peligro de las ligas de hombres que aun existían. Los miembros de estas asociaciones no se designan como familia o linaje, sino que se llaman “hermanos”; también en la vida griega ellos representaban un distanciamiento enteramente consciente de los nexos de parentesco dependiente de los sentimientos. Aquí en Atenas la liga juvenil, la efebia, ocupa el primer lugar, y no es una casualidad si Aristóteles comienza la exposición de la constitución de Atenas con esta asociación juvenil estatizada. Esta estatización significó reiterar la tentativa, realizada poco antes de ella por la democracia individualista en vías de disgregación, de restaurar el nexo originario de la antigua liga guerrera masculina griega. [105] Ella no quiere decir en nuestro idioma otra cosa que la introducción del servicio militar obligatorio general para todos los jóvenes atenienses libres. Al cumplir 18 años, éstos eran alojados en cuarteles, uniformados en forma idéntica: maestros de gimnasia y educadores velaban severamente por el cumplimiento de la disciplina, que garantiza la fuerza y la unidad. Este acto desesperado de la democracia griega, que echó mano de las organizaciones existentes de hombres jóvenes, en la conciencia de que de ellos antaño se había originado el Estado aristocrático ateniense, llegó demasiado tarde. La fuerza de Atenas había sido corrompida por demagogos, sofistas, demócratas, mujeres emancipadas de su calidad de mujer, y por la mezcla racial, y tuvo que hacer lugar a una nueva y vigorosa liga de hombres: a los guerreros de Alejandro Magno. Si se profundiza más. aun deberán considerarse también como ligas de hombres las guildas atenienses de artistas y las escuelas de filósofos, también la stoa, sin pasar por alto el gran rol en la vida griega de las diosas de los oráculos. Pero precisamente éstas constitutuyen el lado puramente sensual y no formador de tipos de la vida pre-griega; ellas y el culto de Dionisio, sin duda están ligados más estrechamente también en cuanto a lo racial, con la capa subyugada de los aborígenes, así como Baco llegó a ser el símbolo de la época griega postrera. Las fiestas de Baco, el hetairismo y la democrática emancipación de los esclavos eran las fuerzas corruptoras de la nacionalidad griega, del Estado ateniense, de la cultura helénica en general.

Una relación muy interesante entre Estado, pueblo, liga masculina y familia la podemos observar en Roma. El individuo en Roma casi deja de ser personalidad. Todo su servicio y toda su vida pertenecían a la comunidad. Pero la conciencia del poder y de la grandeza de esta comunidad constituía retractivamente, a su vez, el orgullo, más aun, la propiedad personal del ciudadano. Pero si en lo estatal era solamente un numero, en cambio, el individualismo del derecho privado imperaba sin restricciones. Aquí también interviene la “familia”, que ha constituido, sin duda alguna, una piedra enormemente importante en la construcción del Estado romano. Pero, como es sabido, esta “familia” no era otra cosa que un instrumento

---

[105] Para más detalles sobre la cría de tipos E. Krieck: *Menschenformung*. [*Formación de seres humanos*, N. del T.]

del pater familias, que disponía vitaliciamente del cuerpo y de la vida de todos sus miembros Es decir, imperaba también aquí la inexorable disciplina masculina. A esta tiranía de la cabeza de la familia se sustraía únicamente el hijo adulto mediante su ingreso a la liga de hombres: la curia, el ejército. Aquí el hijo se enfrentaba al padre con igualdad de derechos y hasta a veces como superior. Ambos poderes se equilibraban mutuamente, velaban sobre la disciplina de los ciudadanos y crearon aquel tipo romano rígido que conquistó el mundo, cuyas leyes determinan aun hoy la norma de la vida occidental. Y aquí debemos decir de inmediato: la ley romana capitalista privada, crasamente individualista, creó la fuerza romana, pero —desprendida del entorno específico— ha actuado como corruptora de la esencia germánica y debe ser alguna vez eliminada si queremos volver a sanar.

Los principios de la Roma en derrumbe fueron recogidos por una nueva liga de hombres cuya finalidad era el dominio del mundo: la Iglesia católica.

El cristianismo entró en la historia mundial sustentado por una gran personalidad, pero como movimiento de masas a-racial y desintegrador de Estados, impelido, por de pronto, sólo emocionalmente. Pero cuando hubo conquistado el Estado, los sacerdotes comenzaron, en forma similar a Egipto e India, a ampliar la arquitectura de la idea, a hacerse pasar por los únicos intermediarios legales entre el hombre y Dios, y a corregir la historia desde este plano. Este sistema eclesiástico ya descrito ha demostrado poseer una enorme fuerza de cría (Zuchtkraft), y mediante el celibato de sus representantes fue estructurado como una liga masculina completamente extrema. Las mujeres estaban conceptuadas y están conceptuadas hasta hoy sólo como elementos serviles, y al respecto a través de la introducción del culto de Isis-María, entre otros, se tuvo en cuenta también su sentir maternal. Mediante esta aceptación del lado emocional —comenzando con entrega sufriente y terminando en histerismo religioso—, aparejado con la total exclusión del elemento femenino de la estructura del edificio eclesiástico, el sistema romano-eclesiástico de la liga de hombres ha fundamentado su capacidad de resistencia, no debiéndose pasar por alto al respecto, sin embargo, que los tipos del brahmán y del mandarín son aun mucho más viejos y parecen más afianzados que el tipo del sacerdote romano.

Que los dirigentes de estas asociaciones masculinas se han afanado en todas partes a presentar su dominio como deseado por Dios, se comprende por sí mismo. Esto lo hizo el faraón egipcio lo mismo que el brahmán, el que declaró audazmente que quien conoce los secretos del Veda y domina el ceremonial del sacrificio, “en manos de éste están los Dioses”.

La idea del cargo por la gracia de Dios fue ahora tomada en el Occidente por una liga de hombres de especie completamente diferente al sacerdocio romano: por la caballería germánica, que alcanzó su culminación en el kaiserismo. El Medioevo significa la tentativa dolorosa de “adecuar” entre sí el estado monjil y el estado caballeresco, estos dos grandes tipos de la liga de hombres, proceso en el cual cada cual se afanaba por poner a su servicio al otro.

El sistema romano según su esencia no era nórdico, por lo que la caballería del Medioevo también fue sólo un aspecto de la lucha por desligarse del mismo.

Los estamentos y las guildas germánicos, las ligas de ciudades la Hansa, etc., son otras tantas fuerzas que se liberaron del pensamiento romano. Como postura anímica anti-romana, el protestantismo respondió, en consecuencia, a un estado de ánimo extendido sobre toda Europa, era, como hasta lo reconoció un Görres, la conciencia ética del ser humano germánico. Pero la Reforma no llevó en sí fuerza tipificadora alguna, sino que preparó solamente el suelo para el pensamiento nacional, que recién en nuestro tiempo comienza a desplegar su fuerza mítica. Hoy se ve con toda claridad que el sistema romano de cría (Zuchtsystem) sólo pudo ser descartado por otra fuerza creadora de tipos: ésta se desarrolló primero en el tipo de oficial prusiano que, como se evidenció en 1914, ha llegado a ser el tipo del soldado alemán. El Ejército prusiano luego alemán, fue uno de los ejemplos más grandiosos de la liga masculina arquitectónica, correspondiente al ser humano nórdico, estructurada sobre el honor y el deber. Por tal razón era natural y lógico que contra él se haya dirigido el odio de los demás.

Estas observaciones podrían ser ampliadas a voluntad: la Orden Alemana de los Caballeros de la Espada, los Templarios, la liga de los Francmasones, la Orden de los jesuitas, la Asociación de los Rabinos, el Club Inglés, las Corporaciones alemanas de Estudiantes, los Cuerpos de Voluntarios alemanes después de 1918, la SA del NSDAP, etc.; todos estos son ejemplos contundentes del hecho incontestable de que un tipo estatal, nacional (völkisch), social o eclesiástico, por más que pueda diferir en sus formas, se remite casi exclusivamente a una liga de hombres y a su disciplina. La mujer, la familia, es anexada o excluida, su capacidad de sacrificio es forzada al servicio de un tipo, y recién el poder de otro pensamiento la desliga también a ella del sistema de disciplina, para usarla como elemento excitante de la descomposición, tal como en la democracia helénica, en la Roma a-racial, y como en el actual movimiento de “emancipación” o, después de una transición revolucionaria, para poner su fuerza de entrega apasionada al servicio de un nuevo ideal tipificador.

3.

La exigencia también de la igualdad de derechos políticos para las mujeres fue la consecuencia natural de las ideas de la Revolución francesa. Esta extremó todos los afanes subjetivos en base a sus así llamados derechos humanos, y así como de la insensata igualdad de los seres humanos surgió la emancipación de los judíos, así también la “liberación de la mujer de la esclavitud masculina”. La demanda de la actual emancipación de las mujeres fue presentada en nombre de un individualismo irrestricto, no en nombre de una nueva síntesis. Por consiguiente, el inovimiento también fue concebido por los seguidores en el sentido de un vivir, desenfrenado. A ello se agregó ahora, como momento reforzador, la situación social que se agudizaba debido al comercio mundial y a la hiper-industrialización. Las mujeres estaban obligadas a ayudar a sus hombres en la fábrica para asegurar la vida de la familia; este incremento de la demanda de mano de obra disminuyó aun más el salario del hombre. Debido a ello fue prolongado antinaturalmente el tiempo de soltería, lo que a su vez aumentó el numero de las mujeres en condición de casarse que permanecen solteras, y por otro lado, dio auge a la prostitución. Aquí hubiera tenido el Estado uno de sus cometidos más importantes. Pero éste no fue capaz de hacer frente a la avalancha de la industrialización y de la proletarización, quizás no podía tampoco hacerlo. De este modo, el movimiento obrero encontró completamente justificado ver en la mujer a un camarada de infortunio e hizo de su problema igualmente un punto programático de sus afanes.

La “Liga por el Derecho al Voto de la Mujer”, fundada en 1902, anunció en 1905 las siguientes exigencias: admisión de la mujer en todos los cargos de responsabilidad en el municipio y el Estado; incorporación de las mujeres a la administración de justicia; derecho al voto comunal y político, etc. Este fue el intento consciente, programático, de asir el Estado.

Si tenemos presente el hecho expuesto al comienzo de que en toda la historia mundial el Estado, la arquitectónica social y, en general todo agrupamiento duradero, han sido la consecuencia de la voluntad masculina y de la fuerza generadora masculina, entonces está claro que la influencia estatal duradera de la mujer, otorgada en principio, debe representar el comienzo de una evidente decadencia. No se trata aquí, tampoco en absoluto, de la buena voluntad para la “colaboración positiva” de una u otra personalidad femenina capaz y hasta grande sino de la naturaleza de la mujer que, en ultimo término, se aboca a todos los problemas lírica o intelectualmente, no arquitectónicamente, es decir, considerando sólo lo individual, atomísticamente y no con visión de conjunto. Nuestra “humanidad” democrático-feminista, que compadece al criminal individual pero olvida el Estado, el pueblo, en suma, el tipo, es muy propiamente el suelo nutricio para aspiraciones que niegan todas las normas o participan de ellas sólo emocionalmente.

Es característico para la naturaleza de las propugnadoras de un “Estado de mujeres” que su ataque (en consonancia con toda la prensa judía marxista y democrática) se dirigió instintivamente contra el “militarismo prusiano”, es decir, contra el fundamento criador y creador de tipos de todo Estado, mientras ha habido en general culturas, pueblos y Estados. Así, p. ej., Inglaterra fue elogiada por lo común porque no conocía “ningún militarismo continental” (Schirmacher). Pero los ingleses habían concedido a las mujeres, aun hasta 1832, el derecho de voto político, hasta 1835 el comunal, con total igualdad de derechos con los hombres, pero luego por razones muy concluyentes de la experiencia los habían abolido nuevamente (introduciéndolos de nuevo recién en 1929, pero bajo la nueva presión de la democracia). Acerca de Alemania y sus “violaciones” las emancipadas no tenían buena opinión: “Ninguna de nuestras cultas naciones modernas está en la situación de deber su existencia política a una guerra misteriosa librada hace apenas una generación. Pero toda guerra, toda acentuación y fomento del militarismo, son disminuciones de las potencias culturales y de la influencia femenina.” Para el hecho de que toda cultura desde hace 8000 años se ha originado solamente bajo la protección de la espada y se hundió irremisiblemente donde la voluntad incondicional de la auto-afirmación ya no existía, las “emancipadas” no tienen ojos y comprensión alguna. Así como el infestado marxísticamente ve sólo a su clase, a su compañero de fe, así la emancipada únicamente a la mujer. No a la mujer y al hombre, a la espada y al espíritu, al pueblo y al Estado, al poder y la cultura. Y así como el siglo 19, desprovisto de mitos y de carácter, se hallaba impotente frente al parlamentarismo, al marxismo y, en suma, frente a todas las fuerzas. corruptoras, así también frente al feminismo atomizante de los políticos democráticos, que al respecto se sentían especialmente generosos.

Esta “generosidad”, mejor dicho, debilidad de la fuerza masculina formadora de tipos, ha animado, también, pues, al movimiento feminista a expresar aquello a que todo apunta: a la obtención del poder. El poder es dulce; a él lo persigue la mujer al igual que el hombre, y que las energías femeninas se ponen tensas cuando los hombres descansan, es un fenómeno natural necesario.

Para fundamentar esta pretensión general de poder, se originó toda una literatura, que debía probar la “absoluta igualdad de nacimiento” de la mujer, presentándose a este respecto, con lógica refrescante, el hecho de que las mujeres dan a luz, como la causa de la “fundamental” igualdad (Elbertskirchen).

Si se remite ahora a la historia como al testigo principal de la deficiencia de la mujer en cuanto a la fuerza formadora de tipos, entonces ésta se queja del sojuzgamiento por la fuerza, que la ha inhibido, sin darse cuenta de que la sola admisión de esto ya es decisiva. Pues precisamente los más grandes genios masculinos han sido a menudo hijos de la pobreza y de la opresión y, a pesar de esto, han llegado a ser soberanos y formadores de hombres. Ahora bien: fuera de ello, la afirmación del sojuzgamiento contiene una evidente falsificación de la historia. Hasta en la oscura Edad Media las mujeres nobles gozaban de una mejor educación que los rudos caballeros, que salían para la lucha y las aventuras. También hubieran tenido suficiente ocio para estudiar en el hogar anatomía y astronomía. Sin embargo, de entre estas mujeres no ha surgido ningún Walther von der Vogelweide, ningún Wolfram, ningún Roger Bacon, quien como hombre acosado por la Iglesia a través de toda Europa, llegó a ser uno de los fundadores de nuestra ciencia. Para eso no hizo falta ningún "poder", sino sólo aquella visión sintética formadora de ideas que, de una vez por todas, es la característica de la naturaleza masculina.

El helenismo dio libertad espiritual aun cuando no a la esposa, sí a la hetaira. Fuera de la Safo sexual-lírica no se ha originado, no obstante, nada digno de mención, antes bien precisamente esta libertad femenina fue un signo plástico del hundimiento helénico. También el Renacimiento dio a la mujer las mismas posibilidades que al hombre. A Vittoria Colonna, a Lucrecia Borgia, quizás además a alguna otra las conoce la historia de nuestra cultura; a la primera por la historia de Miguel Ángel, a la segunda por sus instintos desenfrenados. Producir duraderos valores del genio, eso la mujer también aquí lo ha omitido.

4.

La irrupción del movimiento feminista en el mundo en derrumbe del siglo 19 ha tenido lugar en ancho frente y por imposición natural se ha reforzado con todas las demás fuerzas corruptoras: con el comercio mundial, la democracia, el marxismo y el parlamentarismo. La enorme laboriosidad (Emsigkeit) de la mujer en todos los terrenos ha provocado, no obstante, que después de decenios hasta más de una luchadora de primera fila se viera inducida a la modestia cuando se inventariaron los hechos y los triunfos. Sólo quedaron Sonja Kowalewsky, Madame Curie, cuyo genio repentinamente se extinguió cuando su marido fue arrollado, y una legendaria inventora de la máquina segadora. Por lo demás: una serie de médicas capaces, artistas artesanales, diligentes oficinistas, eruditas naturalistas, pero ninguna síntesis...

La "ciencia" de la emancipación declara que las así llamadas cualidades femeninas han sido provocadas únicamente por la milenaria dominación del hombre. Si dominaba la mujer —como se dice que temporariarnente ha sucedido—, entonces se desarrollaron cualidades "femeninas" en el hombre. Por tal razón, sólo debe ser valorado el rendimiento, no el sexo.

Esta "lógica" es tan típica como ampliamente difundida. Ella surge en lo esencial de la teoría polvorienta del medio ambiente, según la cual el ser humano no sería nada más que un producto de su entorno. Este hasta hoy invendible artículo darwinista debe servir para proporcionar a la feminista el sostén "cosmovisional" y la columna vertebral científica. Aquí corren una junto a otra dos hileras de pensamientos incompatibles. Por un lado, forma parte del arte de la propaganda el hacer un llamamiento a la caballerosidad masculina y a la compasión para exponer la suerte de la mujer estafada en su libertad y cultura por el rudo hombre del pasado y exigir una modificación para el futuro, por el otro lado uno se esfuerza actualmente por aportar la prueba de que los hombres en general han "agotado sus recursos", que el "siglo de la mujer" se aproxima, que ya en el pasado han existido Estados de mujeres, en los que los hombres habrían jugado el papel de obedientes animales domésticos. De ello debemos extraer la tranquilidad de que el derrumbe del Estado de hombres no traerá consigo ningún caos, sino por el contrario el comienzo de una auténtica cultura, de un auténtico Estado humano.

Es divertido comprobar cómo proceden estos nuevos historiadores. Ellos informan, p. ej., que una kanchadala no ha podido ser movida ni por las más grandes promesas a lavar ropa, zurcir vestidos o realizar otros quehaceres domésticos (de ahí proviene presumiblemente la elevada cultura de Kanchadalia). Egipto ha sido elegido especialmente, y se ha rebuscado en Diodoro, Estrabón y Herodoto para hallar palabras que permitieran interpretar los vestigios de una veneración de la mujer como prueba de la existencia en Egipto de un Estado de mujeres. Esto surgiría, p. ej., de la inscripción sobre las esculturas de una puerta del rey Ramsés y de su esposa. Pues allí dice: "Mira lo que habla la Diosa Consorte, la Real Madre, la Soberana del Mundo." Esto habría de probar que la Reina estaba colocado por encima del Rey... La palabra Madre es desoída intencionalmente. Además, el egipcio masculino habría realizado principalmente los trabajos de la casa, mientras la mujer dominaba. Concedido. ¡Pero, entonces cae de una vez por todas la vieja doctrina de que las mujeres no habrían fundado Estados ni creado ciencia solamente porque habrían estado sometidas! Pero al tiempo —naturalmente sin quererlo— es demostrada otra cosa: que las mujeres con o a pesar de toda la libertad no han fundado ni mantenido ningún Estado. Pues Egipto no era un Estado de mujeres. Desde el Rey Menes (alrededor de 3400 antes de Cristo) la historia estatal de

Egipto es historia de hombres. La primera tumba real es la del Chent, cuyo gobierno creó los fundamentos de la cultura egipcia. El Rey llega a ser la corporización del Horus; él puede, también, después de su muerte, “quitar las mujeres a sus esposos adónde quiera, cuando su corazón es presa del deseo”. “El Dios” se llama él, o la Gran Casa” (par´ o faraón). Su barrera firmela encuentra la monarquía en el ceremonial, en el orden jurídico tipifícador, a cuya obediencia está ligada su divinidad. Cada uno de los reyes se edifica en lo posible su propia residencia, su propio monumento funerario. El ritmo de la vida común está determinado —véase más arriba— por el funcionario, el chambelán, el técnico, en suma, por el “escriba”. Después de épocas de disturbios, Amenemhet I se afianza como poder creador y la época de Egipto comienza.

El hecho del Estado egipcio de hombres en el que temporalmente existía la mayor libertad para las mujeres muestra que, ciertamente, puede haber dominio de mujeres, pero no un Estado de mujeres. Este concepto es una contradicción en sí, del mismo modo que la expresión “Estado de hombres” en realidad representa una tautología.

Por consiguiente, no es que tenga lugar una oscilación pendular entre dos tipos —Estado de hombres y Estado de mujeres—, y que la fase intermedia del equilibrio y de la “igualdad de derechos” fuera la meta de la cultura digna de ser perseguida. Por el contrario, el “golpe de péndulo” que se aleja de la plasmación de tipos masculina significa una época de degeneración. El péndulo no oscila hacia un nuevo tipo, sino que cae en el pantano. El ejemplo no sólo cojea, sino que da una imagen completamente desorientadora. Para una raza europea (y no solamente para ella) la época del dominio de mujeres es una época de derrumbe de la estructura vital, que al seguir perdurando entraña el hundimiento de la cultura de una raza.

Si bien existieron mujeres que han llegado al dominio en el curso de la historia europea (por sucesión hereditaria dinástica) y que han gobernado bien o mal, hicieron esto en medio de y sostenidas por la forma existente en cada caso del Estado de hombres. A su tipo, ellas se han subordinado y encuadrado, para volver a hacer lugar después de su muerte a un hombre. Ministros, generales, soldados mujeres, eso sería la premisa de un “Estado de mujeres”.

La época del hundimiento del principio monárquico-absolutista en Francia llevó a las mujeres —por imperio natural—, a una influencia decisiva. La dama noble poseía todos los derechos de los señores feudales y arrendatarios; podía alistar tropas y recaudaba impuestos. Las propietarias latifundistas tenían asiento y derecho de voto en las representaciones estamen tales (p. ej., Madame de Sévigné) y hasta llegaron a ser pares de Francia. En la organización gremial en estado de desintegración, las maestras hasta podían decidir sobre el derecho de voto profesional. Las ideas de la Revolución francesa incluían la liberación de la mujer (sus portavoces eran las mujeres del mundo galante, Olympe de Gouges y Theroigne de Méricourt); pero mientras los revolucionarios lucharon, las mujeres perdieron todos los derechos que habían poseído bajo el viejo régimen. Más tarde sacaron provecho del triunfo democrático. Napoleón, debido a su Código Napoleónico antifeminista, es muy odiado por las emancipadas y tanto más se elogia a los norteamericanos, que desde un comienzo habrían concedido igualdad de derechos a la mujer. Esto es exacto. Si ahora se observa la historia de los Estados Unidos, notamos claramente dos cosas: dominio de la mujer en la sociedad, pero Estado de hombres. El hombre norteamericano emplea en la vida, hoy todavía, desconsideradamente sus codos, la ininterrumpida caza del dólar determina casi exclusivamente su existencia. El deporte y la técnica constituyen su “instrucción”. A la mujer libre le están abiertas todas las vías del arte, de la ciencia y de la política. Su posición social es incontestadamente superior a la masculina. La consecuencia de este dominio de las mujeres en Norteamérica es el nivel cultural sorprendentemente bajo de la nación. Un genuino tipo vital y cultural se originará también en Norteamérica sólo cuando alguna vez la caza del dólar haya tornado formas más suaves y cuando el hombre, hoy únicamente técnico, comience a meditar sobre la esencia y la meta de la existencia. Emerson fue quizás el primer instante pensativo del americanismo; pero, por lo pronto, éste ha existido, por cierto, solo un instante.

A pesar del predominio social de la mujer, el Estado es por necesidad natural, masculino; si la diplomacia y la defensa del país fueran también femeninas, Norteamérica como Estado ya no existiría.

La naturaleza del Estado puede diferir en su contenido, pero considerado en lo formal él siempre es poder. Un poder, en este mundo, sólo es conquistado y mantenido en la lucha, en la lucha por la vida y la muerte. La exigencia de un dominio político de la mujer implica la condición, para poder valer en igualdad de derechos, también de un ejercito de mujeres. No es necesario tratar aquí con más detalles la ridiculez y la imposibilidad orgánica de esta exigencia. Las enfermedades femeninas aumentarían rápidamente en el ejército, el derrumbe de la raza sería inevitable. Y para colmo, un ejército mixto femenino-masculino no sería otra cosa que un gran burdel.

Al Estado de hombres actual se le atribuye la doble moral. Por de pronto es un hecho que él ha creado y mantenido la familia, no la familia a él. Es un hecho que el Estado de hombres, p. ej., impone, en caso de divorcio, a la parte masculina culpable, la obligación de mantener de acuerdo con su condición. social a su mujer separada. Pero por parte de las mujeres que claman por “igualdad de derechos” no se ha llegado a oír en ninguna parte que en el caso de infidelidad de la mujer le quieran imponer la obligación de mantener

al hombre engañado. Y sin embargo, esto sería una exigencia completamente lógica y natural si no deben existir diferencias. En realidad, las feministas en su más profunda esencia no quieren otra cosa que dejarse mantener a costa del hombre. En Norteamérica ya se ha llegado a que en casi todas partes ha sido realizado el derecho unilateral al divorcio. Más allá de ello se persigue imponer al hombre la obligación legal de entregar un determinado porcentaje de sus réditos a la mujer.

Así como los judíos claman en todas partes por la "igualdad de derechos" y entienden por ello sólo su privilegio, así también la emancipada de pocas luces se halla desconcertada frente a la comprobación de que ella no exige igualdad de derechos sino una vida parasitaria provista, además, de privilegios sociales y políticos, a costa de la fuerza masculina.

El hombre infestado por el liberalismo del siglo 19, igualmente no lo ha comprendido. El caos del presente es la Némesis vengadora por este olvido de sí mismo. Hoy el ser humano que despierta ve que el dios boleta de sufragio es un papelucho vacío sin importancia, que el derecho electoral de cuatro colas — general, igual, secreto, directo—no es una varita mágica sino un instrumento de corrupción de demagogos enemigos del pueblo. ¿Este derecho general al voto ha de ser quitado a la mujer? ¡Sí! ¡Y al hombre también! Un Estado nacional (völkischer) no dejará realizar elecciones decisivas por masas anónimas — masculinas o femeninas—, sino por personalidades responsables [Se sobreentiende que Rosenberg no se refiere a las supuestas elecciones democráticas —que no pasan de opciones dentro del sistema condicionadas por el dinero— ni tampoco, por cierto, a un supuesto voto calificado que entraña una contradicción terminológica y conceptual, sino a las reales y únicas elecciones que existen en la conducción política, esto es, a las decisiones que frente a las variadas posibilidades históricas toma el mando — orgánico en el caso del Nacionalsocialismo, anárquico y oligárquico en la demopartidocracia—del Estado N. del E.].

El liberalismo enseñaba: libertad, libertad de residencia, libertad de comercio, parlamentarismo, emancipación de la mujer, igualdad de los seres humanos, igualdad de los sexos, etc., es decir, él pecaba contra una ley de la naturaleza, de que la creación sólo se origina mediante la liberación de tensiones condicionadas polarmente, que es necesario un declive de energía para rendir en un trabajo de cualquier índole, para crear cultura. El pensamiento alemán exige hoy en medio del derrumbe del viejo mundo afeminado: autoridad, fuerza formadora de tipos, limitación, disciplina, protección del carácter racial y reconocimiento de la eterna polaridad de los sexos.

5.

El clamor por la igualdad de derechos, mejor dicho, por el "Estado de mujeres", tiene una subcorriente muy significativa. La exigencia de poder determinar libremente en la ciencia, el derecho y la política, muestra, por así decir, rasgos "amazónicos", esto es, tendencias de competir con el hombre en un terreno francamente masculino, de apropiarse su sapiencia, su capacidad y su accionar, de imitar su proceder. Al lado de ello está, sin embargo, la exigencia de libertad erótica de desenfreno sexual.

El pensamiento puramente individualista, como una de las causas de todas las condiciones políticas y sociales corrompidas, aflojó también las formas de disciplina, antaño más severas, del sector masculino en todos los pueblos. Si ahora se creyera

que la mujer pondría en actividad todas sus fuerzas para protegerse a sí misma y a sus hijos de las consecuencias de la disolución, vemos que la "emancipada" hace exactamente lo contrario: ella exige el derecho de la "libertad erótica" ahora también para la totalidad del sexo femenino. Cierto es que aisladas mujeres serias se han opuesto a esta práctica, no obstante, la doctrina de la "revolución erótica" se impuso en muchos casos en las filas de las feministas, cuando ciertamente estaba claro que si en alguna parte debería ponerse de manifiesto una fuerza plasmadora y formadora de tipos en la mujer, era aquí. La afirmación de que "la mujer que se respeta a sí misma no pue den contraer un matrimonio legal" (Anita Augspurg), pueden considerarse como el evangelio del programa erótico. Guarnecidas por el reclamo del "valor de la personalidad" y la "autodeterminación", mujeres enloquecidas entregan la ultima protección de su sexo, destruyen la única forma que les ofrece a ellas y a sus hijos una seguridad existencial. La emancipada salva la dificultad exigiendo que de los hijos nacidos debe cuidar simplemente el Estado. ¿Qué Estado? ¿Es que éste es quizás una institución de amparo para las consecuencias de una sexualidad desenfrenada? También se advierte en esto la negación de la idea del deber para sí y de las exigencias hacia otros. Con esto se ha confesado que tampoco una idea estatal existe de ninguna manera para la auténtica "emancipada". Pues, sin el concepto del deber un Estado a la larga no es concebible. La feminista maldice el matrimonio como prostitución; pero si en lugar del hombre paga "el Estado" ¿qué es lo que esto cambia en todo el asunto?

Si el hombre pensara sólo en forma subjetiva, vale decir, sin relación con el conjunto, todo esto al fin y al cabo podría parecerle conveniente. Él va de una mujer a la otra, se divierte a sus anchas, pero la cuenta de todos modos la pagaría solamente la mujer cuando queda embarzada. Esta consecuencia necesaria de las doctrinas de la emancipación ha provocado mucho ceño meditativo. Después de intensa reflexión se exigieron entonces “disposiciones muy enérgicas” contra el hombre polígamo, que quizás podría realmente concebir la increíble idea de gustar a fondo muy muchos matrimonios libres (Ruth Bre). Con esto, pues, el “amor libre” habría otra vez terminado; la mujer prescribiría al hombre la medida de goces de amor.

Las otras “emancipadas” han hallado, como es sabido, una salida mejor: aborto, si la prevención no ha servido. “A lo lejos ya llama seductorarnente la época en que la ciencia habrá logrado encontrar medios innocuos para la destrucción de la vida en germen... Una alegre perspectiva para todas aquéllas que no están poseídas de la “*rage dü nombre*” (furia de la cantidad).” Así escribió la señora Stöcker en “*Mutterschutz*” [Protección de la madre. N. del T.].

Este grito de anhelo de una profetisa tiene naturalmente también su base “científica”. Por lo que se refiere al aborto, se es de la opinión que éste es punible sólo gracias al Estado de hombres. Completamente distinto sería en un “Estado de mujeres”. Allí la mujer otorgaría de inmediato el permiso para la destrucción de la vida naciente. Esto pertenecería también a los derechos, a la libertad física de la mujer. (Con orgullo se hace notar que el Cantón de Basilea ya ha permitido el aborto). Estos científicos de la liberación de la mujer se hallan con su séquito entusiasmado, de nuevo, por lo tanto, en el más hermoso frente común con la totalidad de la política de la democracia y del marxismo dirigida a la descomposición y destrucción de nuestra raza. Del derecho a la absoluta libertad personal resulta necesariamente también la denegación de las barreras, raciales. La “emancipada” puede reclamar para sí el derecho a las relaciones con negros, judíos y chinos, y la mujer, la elegida preservadorade la raza, se habría transfomiado, gracias a la emancipación, en la destructora de todos los fundamentos de la nacionalidad.

A las auténticas “emancipadas” les falta en todas sus reflexiones junto al concepto del honor y del deber, también casi toda vinculación ética. Ellas conocen únicamente las ideas y los conceptos de “evolución”, “relaciones de poder”, “alteración”, pero la necesaria antítesis de la idea de la evolución, la idea de la degeneración, falta casi por completo. Por eso hablan muy fríamente acerca de que al vigorizarse la tendencia hacia el “Estado de mujeres”, al lado de la prostitución femenina se implantaría también la masculina (junto con burdeles de hombres). Pero que ésta no podría adquirir gran dimensión —debido al atraso físico del hombre con respecto a la disposición femenina— es interpretado como un signo especialmente bello del venidero estado glorioso.

Otro fuerte grupo de las emancipadas (Frl. Elbertskirchen, Fr. Meisel-Hess. Augspurg, etc.) combate naturalmente la prostitución, pero menos por razones éticas generales que para asegurar a las mujeres un mantenimiento vitalicio. Cuán deshonesta es la lucha de este grupo ya se desprende del solo hecho de que para sí no quiere reconocer ningún lazo matrimonial (la única consecuencia posible, por cierto) sino que tiene la pretensión de un amor “libre” de por vida.

Un cierto goce anticipado de las condiciones del futuro estatal femenino, anhelado, nos lo dan ciertos centros de nuestras grandes urbes de conducción democrática. Los delicados hombrecillos que caminan a pequeños pasos en zapatos de de charol y medias de color lila, adornados con pulseras, con finos anillos en los dedos, con ojos sombreados de azul y rojas ventanas en la nariz, éstos son los “tipos que en el venidero “Estado de mujeres” deberían generalizarse. Las auténticas y consecuentes emancipadas ven todo esto no como decadencia y degeneración sino como “golpe de péndulo” del odiado Estado de hombres al paraíso de mujeres, en cierto modo como necesidad histórica de la evolución. Con esto ha sido abandonada toda diferencia de valor, todo bastardo, todo cretino puede considerarse henchido de orgullo como miembro necesario de la sociedad humana y reclamar para sí la prerrogativa del libre accionar y la igualdad de derechos.

Ahora bien: la prevención de nacimientos, p. ej., puede comprenderse, en vista de las condiciones sociales actuales, como un hecho de desesperación, pero una cosa es fomentar este hundimiento del pueblo y otra cosa perseguir con voluntad apasionada un poder estatal que sienta para sí como meta la eliminación de las premisas de esta miseria que nos corrompen a todos. Lo uno significa hundimiento cultural y racial, lo segundo, posibilidad de salvación para la mujer y el hombre, para todo el pueblo.

En vista de las condiciones presentes el hombre no debe ser en absoluto defendido. Por el contrario: él es culpable, en primer término, de las crisis vitales de la actualidad. ¡Pero su culpa reside en un lugar muy distinta que donde las emancipadas la buscan! Su crimen es no haber sido ya completamente hombre por eso también la mujer ha dejado de ser en muchos casos, mujer. El hombre de vino carente de visión del mundo. Su fe religiosa profesada hasta el presente se quebró, sus conceptos científicos se hicieron vacilantes; por tal razón, también se perdió su fuerza formadora de estilo y de tipos en todos los terrenos. Por tal razón la “mujer” tendió su mano hacia el timón estatal como “amazona”, por un lado, por tal razón

exigió anarquía erótica como “emancipada” por el otro. En ambos casos ella no se ha emancipado del Estado de hombres sino solamente traicionado el honor de su propio sexo.

Entre los pueblos orientales la prostitución religiosa fue muy usual. Los sacerdotes no se privaron en ninguna parte de esta diversión, y las devotas babilonias y egipcias tampoco. Estúdiese tan sólo, p. ej., la historia de la diosa Istar para deducir de la transformación de esta divinidad, el hundimiento de un pueblo. Al principio fue una diosa virginal de la caza y de la guerra. Todavía en tiempos de Hammurabi se la dibujaba con barba. Luego fue considerada como reina del cielo, como diosa del Anubis, como diosa del amor y de la fertilidad. Bajo las influencias fenicias llegó a ser el espíritu protector de la prostitución (religiosa), para finalmente llegar a ser como Astarté símbolo de la anarquía sexual Con esto también Babilonia, desintegrada como Estado y tipo, había llegado a su fin.

Quien desee prevenir el hundimiento europeo debe desligarse definitivamente de la concepción liberal del mundo, desintegradora de Estados, y reunir todas las fuerzas, hombres y mujeres, cada cual en los terrenos que le han sido encomendados, para la consigna: protección de la raza, fuerza popular, disciplina estatal.

6.

Con las precedentes exposiciones naturalmente no ha sido expedido un juicio valorativo sobre la mujer. Pero para la cría de una venidera generación de seres humanos conscientemente alemanes significa una decisiva comprobación que el hombre se acerca al mundo y a la vida inventando, plasmando (arquitectónicamente) y compendiando (sintéticamente), la mujer, en cambio, líricamente. Aun cuando el hombre medio en la vida común no revele siempre gran arquitectónica espiritual, sigue siendo un hecho que las grandes fundaciones de Estados, los códigos de derecho, las asociaciones formadoras de tipos de naturaleza política, militar y eclesiástica, los vastos sistemas de filosofía y de la creación; las sinfonías, los dramas y las construcciones sacras, todos sin excepción, desde que existe la humanidad, han sido creados por el espíritu sintético del hombre. En cambio, la mujer representa un mundo que en su belleza y peculiaridad no la va en zaga al del hombre, sino que lo enfrenta en un plano de igualdad. La emancipada “amazonica” es la culpable de que la mujer comenzara a perder el respeto por su propio ser, e hiciera suyos los valores del hombre. Esto significó una perturbación anímica, una transmagnetización de la naturaleza femenina que, por tanto, siguió viviendo, así mismo como fuego fatuo, en forma similar como inversamente la masculina “moderna”, que en lugar de preocuparse por la arquitectónica y la sintética de la existencia comenzó a adorar los ídolos del humanitarismo, del amor a los seres humanos, del pacifismo, de la liberación de esclavos, etc. También se comete un error si se considera esto como una fase de transición. La mujer no se ha hecho arquitectónica gracias al movimiento de “emancipación” sino solamente intelectual (como “amazona”) o puramente erótica (como representante de la revolución sexual). En ambos casos ha perdido su ser más propio y a pesar de ello no ha alcanzado lo masculino. Lo mismo es válido —inversamente—para el hombre “emancipado”.

Desde el punto de vista de la mujer el Estado, el código de derecho, la ciencia, la filosofía, podrían ser considerados como algo exterior. ¿Para qué siempre formas, esquemas, conciencia? ¿No es lo que fluye espontáneo, inconsciente en la vivencia de lo más profundo, más grande y hermoso? ¿Son necesarios siempre las obras para probar la existencia de alma? ¿Y estas formas y obras del hombre no han nacido a menudo de una atmósfera de lo femenino-lírico, que sin la mujer no se hubieran concretado en todos los casos?

La vida es ser y devenir, conciencia y subconciencia simultáneamente. En su eterno devenir, el hombre trata mediante la formación de ideas y de obras, de crear un ser, trata de plasmarse al “mundo” como una estructura arquitectónico-orgánica. La mujer es la eterna guardiana de lo inconsciente. Los mitos nórdico-germánicos representan a la diosa Freya como custodia de la eterna juventud y belleza. Si ella fuera robada a los dioses, éstos envejecerían y se irían extinguiendo. En su relación con Loki se evidencia una sabiduría mítica primigenia.

Loki era un dios bastardo. Durante mucho tiempo se deliberó si podría ser reconocido en el Walhala con iguales derechos. Finalmente así sucedió. Este bastardo Loki desempeñó el papel de intermediario cuando el castillo de Odín debía ser construido de nuevo por los Gigantes. ¡Él ofreció a Freya en pago! Cuando los dioses se enteraron de este convenio, se negaron a ejecutarlo. A raíz de ello Loki también engaña a los Gigantes. De este modo Odín, el custodio del derecho, incurrió él mismo en culpa. La expiación es el hundimiento del Walhala. En este mito ha sido expresado el más profundo conocimiento, que recién hoy vuelve a despertar: el bastardo entrega sin escrúpulos el símbolo de la inmortalidad racial, de eterna juventud, y hace incurrir en culpa también a los nobles. ¿Qué será lo que Odín le habrá susurrado al oído a Baldur muerto, cuando lo acompañó en su ultimo viaje?

Traducido al idioma actual, el mito germánico dice: en la mano y en la naturaleza de la mujer está la preservación de nuestra raza. Del avasallamiento político todo pueblo aun puede recobrarse, de la contaminación racial ya no. Si las mujeres de una nación dan a luz bastardas de negros o judíos, si la marea de lodo del “arte” negro sigue pasando tan libremente por sobre Europa como hoy, si a la literatura de burdel judía se le permite que siga llegando a los hogares, si el sirio del Kurfürstendamm es considerado también en lo sucesivo como “connacional” y posible hombre para el matrimonio, entonces se producirá una vez la situación de que Alemania (y toda Europa) estará poblada en sus centros espírituales solamente por bastardos. Con la doctrina del “renacimiento” erótico el judío toca hoy —y también con el auxilio de las doctrinas de la emancipación de la mujer— las raíces de todo nuestro ser en general. Cuándo la Alemania que despierta habrá llegado al punto de realizar con escoba de hierro y disciplina sin miramientos una limpieza a fondo, eso aun no está determinado. *Pero si en alguna parte, es en la prédica de la conservación de la pureza de la raza, donde ya hoy se encuentra el cometido más sagrado y grande de la mujer*. Esto significa la custodia de la preservación de aquello inconsciente, de la vida aun no concentrada, pero por lo mismo precisamente originaria; de la vida de la cual también dependen contenido, especie y arquitectónica de nuestra cultura racial, de aquellos valores que solos nos hacen creadores. Pero en lugar de volcar atención a esto, lo más importante de todo y lo más grande, muchas mujeres aun prestaban oídos a la gritería desviacionista de los enemigos de nuestra raza y de nuestra nacionalidad, y con toda seriedad estaban dispuestas, por boletas de voto y asientos parlamentarios, a declarar al hombre la lucha a muerte. Pretendidamente para no seguir siendo una “ciudadana de segunda clase”, la mujer ha sido azuzada a exigir el “derecho electoral” (como si bajo el actual dominio del dinero el destino fuera decidido mediante elecciones), mientras que su instinto para la elección del hombre le es enlodado a través de las revistas y obras que abierta y encubiertamente corrompen las almas y la raza. La mujer lleva hoy el dinero a las grandes tiendas judías, de cuyas vidrieras luce la decadencia centelleante de una época en putrefacción, y el hombre, actual, liberal y amortiguadamente nacional, es demasiado débil para oponerse a la corriente general. La pasión lírica de la mujer, que en tiempos de penuria es capaz de llegar a ser tan heroica como la voluntad de forma del hombre, pareció sepultada por mucho tiempo. Es tarea de la mujer genuina eliminar estos escombros. Emancipación de la mujer de la emancipación femenina, es la primera exigencia de una generación femenina que ante el hundimiento quiere salvar al pueblo y a la raza, lo eterno-inconsciente, el fundamento de toda cultura.

Los tiempos de Biedermeyer y de la “existencia de ensueño de la niña”, han pasado definitivamente. La mujer debe estar dentro de la vida total del pueblo; a ella le han de estar abiertas todas las posibilidades de instrucción; para su fortalecimiento corporal ha de aplicarse el mismo cuidado a través de la rítmica, la gimnasia y el deporte, que para el hombre. Bajo las condiciones sociales presentes tampoco deben ponérsele dificultades en la vida profesional. (Debiéndose al respecto ejecutar aun mucho más severamente las leyes de protección de la madre). Pero, sin embargo, el esfuerzo de todos los renovadores de nuestra nacionalidad tenderá, una vez quebrado el sistema esquilmador democrático-marxista, enemigo del pueblo, a abrir el camino a un orden social que no obligue ya (como hoy es el caso) a mujeres jóvenes a fluir en multitudes al mercado de trabajo de la vida, que consume las más importantes fuerzas de la mujer. Por consiguiente, la mujer debe tener acceso a todad las posibilidades para el desenvolvimiento de sus fuerzas; pero sobre una cosa debe haber claridad: juez, soldado y conductor del Estado debe ser y seguir siendo el hombre. Estas profesiones exigen hoy más que nunca una orientación a-lírica, hasta ruda, que reconoce sólo lo típico y lo nacional en su conjunto. Significaría obrar con olvido de los deberes con respecto a nuestro pasado y futuro, si los hombres cedieran aquí. El hombre más duro es apenas suficientemente duro para el férreo futuro. Cuando alguna vez la burla a la raza y al pueblo, cuando el oprobio racial sea castigado el presidio y la pena de muerte, entonces serán necesarios nervios de acero y fuerzas formadoras de máximo rigor, hasta que la “enormidad” haya llegado a ser alguna vez lo lógico y natural.

Las almas diferentes no deben ser niveladas, “igualadas” sino que deben ser respetadas como seres organicos, cultivadas en su peculiaridad. La arquitectónica y lírica de la existencia es un acorde, el hombre y la mujer son los polos generadores de la tensión vital. Cuanto más fuerte cada ser sea en sí mismo, tanto mayor es el efecto laboral, el valor cultural y la voluntad vital de todo el pueblo. El que pretenda socavar esta ley, debe encontrar en el auténtico hombre y en la auténtica mujer sus decididos enemigos. Si ya nadie se defiende contra el caos sexual y racial, el hundimiento ha llegado a ser inevitable.

En el primer libro ha sido tratado detenidamente el valor supremo del germano. A él le sirven —de diferente manera— el hombre alemán y la mujer alemana. Pero cultivarlo como tipo vital puede y debe ser el cometido del hombre, de una liga de hombres. Nosotros nos encontramos en medio de un descomunal proceso de fermentación, aun muchas personalidades y asociaciones luchan contra el Medioevo eclesiástico y la francmasonería sólo en combate de defensa negativo, instintivo. Aun están desunidos, porque el tipo del futuro recién debe ser plasmado y el valor supremo del honor no está reconocido incondicionalmente. El gran pensamiento parte de unos pocos, pero para formar a otros como conductores, estos pocos sólo deben tolerar en puestos dirigentes a personalidades para quienes las ideas del honor y del deber hayan llegado a ser una cosa lógica y natural. Toda condescendencia aquí —cualesquiera sean

las razones— a la larga deberá tener un efecto perjudicial. Fuerza, alma y postura racial deben coincidir para ayudar a crear el tipo venidero. Realizar esto es la primera y ultima misión de un conductor del porvenir alemán.

7.

El Reich Alemán será, por consiguiente, si ha de subsistir después de la Revolución de 1933, la obra de una liga de hombres consciente de su meta, que debe tener visión clara en cuanto al valor supremo, al que se hará respetar en la vida del futuro. El valor supremo, alrededor del cual han de agruparse todos los demás mandamientos vitales, debe corresponder a la más íntima esencia del pueblo, sólo entonces éste soportará la necesaria y ruda disciplina, una disciplina que durará decenios, y ello con alegría. Pero este único y más íntimo viraje debe ser ejecutado; de él resultará todo lo demás.

Del dogma de la "lugartenencia de Dios" el Papado extrajo su fuerza moral y teórica, pero luego también la fuerza que se traduce en acción práctico-política. Este dogma fundamentado en lo mítico solo determinó hasta hoy los tipos, la historia de pueblos de millones. Este dogma es rechazado hoy conscientemente y sin miramientos, combatido y reemplazado, por la fe, que igualmente se acrecienta a fuerza mítica, en los propios valores anímicos y raciales. *La idea del honor —del honor nacional— será para nosotros el comienzo y el fin de todo nuestro pensar y accionar. Ella no tolera ningún centro de fuerza equivalente al lado suyo cualquiera sea su índole, ni el amor cristiano, ni el humanitarismo francmasónico, ni la filosofía romana.*

Todas las fuerzas que formaron nuestras almas tuvieron su origen en grandes personalidades. Actuaron fijando metas como pensadores, develando esencias como poetas, plasmando de tipos como hombres de Estado. Ellos fueron todos en alguna forma, soñadores de diversa índole de sí mismos y de su pueblo.

Un Goethe no ha criado tipos, por el contrario, él significó un enriquecimiento general de toda la existencia. Más de una de sus palabras ha hecho borbotear fuentes anímicas ocultas que de otra manera quizás no hubieran llegado a irrumpir. Y esto en todos los dominios de la vida. Goethe representó en el Fausto la esencia de nosotros, lo eterno, que después de cada refundición de nuestra alma reside en la nueva forma. Ha llegado a ser de esta manera el custodio y preservador de nuestra predisposición, como nuestro pueblo no posee ningún otro. Cuando los tiempos de las luchas encarnizadas alguna vez hayan pasado, Goethe volverá a actuar también en forma visible hacia afuera. Pero en los decenios próximos pasará a un plano posterior porque él odiaba la fuerza de una idea formadora de tipos y porque tanto en la vida como en la poesía no quiso reconocer la dictadura de ningún pensamiento, pero sin la cual un pueblo nunca sigue siendo un pueblo y nunca creará un Estado auténtico. Así Goethe prohibió a su hijo participar de la Guerra de Liberación de los alemanes, y debió dejar a los Stein, Scharnhorst y Gneisenau el martillo forjador del destino, así —morando hoy entre nosotros— no sería un conductor en la lucha por la libertad y la nueva estructuración de nuestro siglo. No hay genuina grandeza sin sacrificios limitantes; el infinitamente rico no pudo concentrarse y perseguir sin miramientos algo único.

También Jesús no ha sido un formador de tipos sino un enriquecedor de almas. Su personalidad ha sido insertada en la liga sacerdotal de Roma por Gregorio "el Grande", Gregorio VII, Inocencio III y Bonifacio VIII. Él llegó a ser el servidor de sus "siervos", para el fin exactamente contrario al que él se había imaginado Algo similar pasa con San Francisco. Frente a ello, Mahoma y Confucio han sido fuertes poderes creadores de tipos. Ellos fijaron una meta, señalaron caminos; Mahoma exigió además el cumplimiento de sus doctrinas, mientras Confucio, en acción de efecto más silencioso, creó y mantuvo la nacionalidad china. Esencialmente semejante a Mahoma formó Ignacio un tipo. Él aplastó conscientemente el sentimiento de honor del ser humano, fijó una nueva meta para los pensamientos, indicó con exactitud los medios y caminos, fue, por lo tanto, un consciente criador de almas, y más allá de ello el espíritu jesuita se creó hacia afuera un tipo en cierto modo determinable fisiognómicamente.

En el terreno artístico presenciamos fenómenos de índole similar. Hay aquí personalidades que son únicas en su especie que no crean ningún estilo general, otras, en cambio, que siguen viviendo plasmando tipos. Un Miguel Ángel, p. ej., ha enriquecido el arte como sólo muy pocos, pero la continuación de su modo de trabajar condujo al caos. Lo mismo puede ser válido para Rembrandt y Leonardo. Rafael, al contrario, ha atestiguado una gran fuerza formadora de tipos, de manera semejante Tiziano y el arte griego.

Una influencia análoga también la ofrece la vida política. Un Alejandro concibe y encarna la idea de un imperio mundial. Roma se apropia de este pensamiento. El nombre propio de César evoluciona luego en los títulos de Monarca, Kaiser y Zar. Asociado con el pensar eclesiástico-romano, se origina el tipo del Soberano por la gracia de Dios. Napoleón representa una fuerza revolucionaria igualmente grande que César, pero su influencia fue hasta hoy solamente de revolvimiento y no de creación de tipos. De otra

manera Lutero rompió la costra foránea sobre nuestra vida, pero no anunció un tipo ni en el orden religioso ni en el estatal. Él tuvo que volver a liberar nuestra predisposición, dar el golpe contra la roca para permitir la irrupción de la fuente de vida obstruida. Que durante mucho tiempo hata los grandes reyes prusianos, no apareciera ningún hombre para forzar a la misma a un cauce orgánico, significó la tragedia de la posterior historia alemana.

En vista del derrumbe del Segundo Reich después de apenas 44 años de existencia, surge ahora, fuera de los interrogantes ya tratados al comienzo, el ultimo: ¿hubo en acción en 1870 una fuerza estatal formadora de tipos o no?. Sí o no. Yo creo que Bismarck —por lo que se refiere a las consecuencias de su accionar y a los móviles del mismo, no a los medios de trabajo— será una vez conceptuado en forma semejante que Lutero. Él pertenece a aquellas naturalezas que, dotadas de una voluntad que sólo aparece raras veces, pueden imponer su cuño a toda una época, pero que alrededor de sí crean un páramo, sembrado de personalidades aniquiladas, que no se habían subordinado incondicionalmente. Desde hace decenios ha habido quejas respecto a que Bismarck, con el sentimiento de su absoluta supremacía, consideró a todos los ministerios en cierto modo como diferentes oficinas privadas, y a los ministros como sus directores de secretaría. Y por poco prudente que pueda haber sido el comportamiento de Guillermo II frente a Bismarck, y por mediocre que aparezca su talento al leer sus *Ereignisse und Gestalten* [*Acontecimientos y figuras*. N. del T.] una imagen exacta está, sin embargo, contenida en ellos. Guillermo compara a Bismarck con un bloque errático en campo libre. Si se lo desplazaba, debajo de él se encontraba sólo alimañas. Esto es símbolo de nuestra historia política de los últimos cincuenta años. La idea de 1871 de volver a instituir un Kaiser fue sólo una retrospección al kaiserismo “por la gracia de Dios” interiormente muerto, y al mismo tiempo se unió en matrimonio ilícito con el liberalismo católico. Sólo un Bismarck logró aun insuflar a esta estructura inorgánica un cálido soplo vital. En el sentimiento de su irremplazabilidad, su autocrática conciencia del deber se acrecentó hasta el punto de no permitir ninguna sucesión de índole autónoma. La historia de Alemania no hubiera cambiado en lo esencial tampoco si Guillermo II hubiera seguido manteniendo en su cargo a Bismarck. Así el grande hombre creó y construyó con una mano el Reich y con la otra colocó la mecha en la propia casa. Y no hubo ninguna otra fuerza política para impedir el infortunio.

Pero al lado de Bismarck actuó una personalidad a quien se debe que Alemania no se haya hundido ya antes y a quien en primer término debe agradecerse la posibilidad de los cuatro y medio años de lucha heroica en la Guerra Mundial: Moltke (una referencia importante de Spengler). El creador del Gran Estado Mayor General es la más grande fuerza formadora de tipos desde Federico el Grande. Él no fue el hombre como para forjar en lucha política retórica el alma del pueblo, pero él fue quien coadyuvó en el desarrollo de valores de personalidad existentes y quien hizo de la conciencia de responsabilidad del individuo la precondición de todo accionar. La relación introducida por Moltke entre el general responsable y su jefe de Estado Mayor fue precisamente lo contrario de lo que Bismarck hizo en la diplomacia, al tratar hasta de hacer dependientes de sí en lo financiero a sus ministros. El subalterno inmediato estaba obligado a defender sus opiniones con toda energía, fundadamente, y en caso de una orden en contrario hasta de protocolizarlas. Este principio aplicado desde arriba hacia abajo, propulsado mediante disposiciones que todas tenían el fin de hacer del soldado alemán —a pesar de la más férrea disciplina— un ser humano y combatiente de pensar independiente y accionar decidido. Este fue el secreto alemán de los éxitos en la Guerra Mundial. A pesar de las deficiencias humanas que nunca pueden ser evitadas, el tipo del soldado alemán que se desarrolló desde el oficial prusiano de Federico el Grande es la prueba, evidente de que también para el Tercer Reich en formación, única y exclusivamente el método del Conde Moltke puede ser el camino salvador, si se quiere evitar que después de un alzamiento liberador y de la embriagadora alegría sobrevenga de nuevo un derrumbe.

Moltke fue una personalidad de inexorable consecuencia; pero su dinámica no se vertió como la de Lutero o de Bismarck en terribles erupciones, también rara vez se retrajo en contricción anímica igualmente profunda como las almas de los otros dos. A pesar de ello Moltke ejerció una influencia ineludible sobre su entorno. Ineludible pero no deprimente. El Segundo Reich de Alemania fue fundado en los campos de batalla, creado por Bismarck; pero lo que lo ha mantenido es, en primer término, la personalidad y la fuerza creadora de tipos del genio de Moltke. Así sucedió que después de Bismarck llegaron a ser Cancilleres del Reich todas nulidades o naturalezas maleables carentes de orientación, que oscilaban entre sus doctrinas y las fuerzas liberales, para llevar finalmente el pueblo alemán a las redes de diplomáticos enemigos conscientes de sus fines. Pero así sucedió también que del Ejército gris alemán surgió un numero tan grande de generales y soldados descollantes, como la totalidad del resto del mundo no los puede presentar. El verdadero Reich Alemán en 1914-1918 ya no estaba en Alemania sino que se hallaba en el frente. En el frente, junto a las Islas Malvinas y en Tsingtau, el África Oriental Alemana, en el Océano Indico y sobre Inglaterra. En Alemania se hallaba sentada en los sillones ministeriales la alimaña, y no sabía qué hacer con el formidable Estado en campaña.

No fue la culpa del sistema de Moltke si el tipo del oficial de antes de la Guerra se haya distanciado cada vez más del resto del pueblo, se transformó en casta y comenzó finalmente a evidenciar los aspectos

perjudiciales para Alemania de tal distanciamiento inorgánico. Un estamento militar fundado sólo en el honor debió separarse cada vez más del mercantilismo y de la intermediación de Bolsa inescrupulosos. Pero para realizar esta separación, debieron trazarse límites abruptos, que humanamente parecieron desagradables, pero eran necesarios para la preservación del tipo. Este oficial perseguido por la prensa calumniadora judía fue el que más tarde defendió desinteresadamente a Alemania y se entregó casi totalmente en los campos de batalla, y más allá de ello, aun formó a aquellos que desde 1914 hasta 1918 vistieron por primera vez la vestimenta gris de honor.

La Alemania burguesa y marxista había devenido carente de mitos; ya no tenía ningún valor supremo en el cual creyera, por el cual estuviera dispuesta a combatir. Quería conquistar el mundo económicamente "en forma pacífica", llenarse las talegas de dinero y en espíritu de mercantilismo y de regateo había caído tan bajo que estaba asombrada cuando otros pueblos no lo sufrieron y concertaron alianzas contra el peligro del viajante de comercio alemán. En agosto de 1914 el valor supremo del Ejército de Moltke llegó a ser, por fin, el valor supremo de todo el pueblo. Todo lo que aun era auténtico y grande se desprendió de la escoria mercantil y agradeció al soldado alemán la custodia del Concepto nacional del honor. Moltke pareció triunfar sobre Bleichröder. En ese momento fue abandonado por el supremo conductor de la Guerra. En lugar de aprovechar ahora la oportunidad, después de muchos años de despreocupación frente al valor supremo de nuestro pueblo, y colgar de la horca a aquella chusma que le había escupido durante años, el Kaiser tendió la mano a los dirigentes marxistas, rehabilitó involuntariamente a los traidores a la Patria y puso a la alimaña como señor sobre el Estado en lucha por su existencia. Hasta que, junto con el pueblo, recibió en paga el agradecimiento de esta alimaña el 9 de noviembre de 1918.

Está fuera de duda que el tipo Moltke en la primera época de la liga de hombres que formará una Alemania venidera —llamémosla la Orden Alemana— no ocupará intensamente el primer plano. Para lanzar hacia arriba las almas en medio del actual caótico desorden, para ello se necesitan prédicas de naturalezas-Lutero que hipnoticen, y escritores que conscientemente transmagneticen los corazones. El conductor de la especie de Lutero que llevará hacia el Reich venidero, no obstante, deberá tener clara conciencia de que después del triunfo deberá renunciar incondicionalmente al sistema bismarckiano y aplicar los principios de Moltke también a la política, si no sólo quiere realizarse a sí mismo, sino crear para más allá de su muerte un Reich duradero, juramentado a un valor supremo. Como quiera que las cosas evolucionen, ya sea en poderes eruptivos o en poderes creadores de formas, ambos sólo pueden ser de naturaleza anímico-nórdica. Con descendientes de las razas completamente extrañas infiltradas en Europa no se puede formar ninguna capa conductora de determinación germánica, a no ser que se renuncie a un Santo Imperio Germánico de la Nación Alemana, dejando librado el futuro al "libre juego de las fuerzas" en el campo político, así como después de 1871 fue elevado como principio para la esfera económica. Pero entonces todos los sacrificios en espíritu y sangre habrán sido hechos en vano. Después de un corto período llegará al timón la misma democracia, y la lucha por la liberación alemana habrá sido sólo un episodio en la senda al hundimiento, no un signo de un nuevo ascenso tan apasionadamente buscado.

Una fe, un mito, son auténticos sólo cuando se han posesionado de todo el ser humano; y aunque el conductor político no pueda probar en la periferia de su ejército individualmente a sus seguidores, en el centro de la Orden debe ser asegurada una rectitud absoluta. Aquí deben ser relegadas a segundo plano, para bien del futuro, todas las consideraciones políticas, tácticas y propagandísticas. El concepto federiciano del honor, el método de disciplina de Moltke y la voluntad sagrada de Bismarck, estas son las tres fuerzas que corporizadas en las distintas personalidades en grado diverso sirven todas solamente a una cosa: al honor de la Nación alemana. Él es el mito que debe detetininar el tipo del alemán del futuro. Si se ha reconocido esto, se comenzará, sin embargo, ya en el presente a formarlo.

III. PUEBLO Y ESTADO

1.

Pueblo, Estado, Iglesias, clases y ejércitos han estado, en el transcurso de nuestra historia, en una muy distinta relación de fuerzas entre sí. La aceptación del cristianismo romano significó fundamentalmente la renuncia a la orgánica idea germana del rey como medida del accionar mundano en favor de la idea del Kaiser, desligada de lo terreno, tal como la Iglesia la había tomado como herencia de la antigua Roma. Mil años pasaron hasta que —comenzando con Enrique el León y proseguido por Brandenburg— la realeza nórdica se impuso nuevamente, mientras que el kaiserismo romano se extinguió en el pantano de la casa de Habsburgo. Cierto es que también los Staufen fueron lo suficientemente auto-conscientes como para declarar a su kaiserismo como alemán e independiente de Roma (en la asamblea de Besancon, p. ej., los legados papales que designaron al kaiserismo como feudo papal fueron casi muertos a golpes por los condes y duques de Federico I), pero esta auto-conciencia no fue estructurada, sobre una doctrina asentada en el principio de la supremacía del Káiser sobre el Papa, por tanto, no llegó a ser una tradición y una fuerza formadora de tipos que siguiera actuando.

Roma, en cambio, se falsificó consecuentemente ya alrededor de 750 la "Donación de Constantino" (que, por lo demás, Constantino había sido bautizado como arriano eso es sustraído). El Papa Adriano II mintió a Carlomagno al afirmar que esta "donación" se hallaba en el Archivo del Vaticano, y el Rey de los Francos engañado reconoció fundamentalmente la supremacía del obispo romano, aun cuando en el año 800 el Papa aun se arrojó al suelo ante Carlomagno.[106] Los siguientes Papas extrajeron ya del documento falso la consecuencia de su supremacía asentada legal y tradicionalmente (a pesar de la falsificación más tarde comprobada); surgió toda una literatura en tomo al privilegio de la Iglesia sobre el kaiserismo, que en la bula Unam Sanctam de Bonifacio VIII alcanzó su punto culminante.

En ella Bonifacio "declaró, definió... que es una necesidad para la salvación que toda criatura esté sometida al Papa romano". Esta bula fue calificada expresamente por el general de jesuitas Werntz, fallecido en 1914, como "definicion dogmática" que "registra solamente la exacta relación entre Iglesia y Estado para la eternidad de los tiempos". De la misma manera opinan los demás doctores de la Iglesia. De ahí resultaron necesariamente todas las reservas con respecto a los juramentos estatales de una persona que reconoce a Roma como valor supremo. Lehmkuhl, S. J., el consejero del partido alemán del Centro, declaró que era claro que los juramentos cívicos "nunca" pueden ser obligatorios cuando contradicen el "derecho eclesiástico". Pero dado que este "derecho" exige la subordinación del Estado a la Iglesia, por lo tanto, Roma exige por principio no reconocer juramentos que no han sido "santificados" por ella. Ya Sánchez, S. J., adjudica a la Iglesia el poder de anular juramentos, y Lehmkuhl, S. J., hasta defiende públicamente la deserción a la bandera y hasta obliga a los católicos a ello en el caso que fueran compelidos a participar de una "guerra injusta" (como en 1866 y 1870)! [107]

Fente a esta inequívoca toma de posición eclesiástico-romana con respecto al Estado como tal, resulta ahora desde el punto de vista del pensamiento alemán de un Estado nacional, una contrapartida natural.

Después del derrumbe de la monarquía absolutista en 1789, los principios democráticos lidiaron con el pensamiento nacional. Separada al comienzo y más tarde casionando la petrificación de ambos movimientos se constituyó una nueva doctrina de poder extraña a la sangre, tal como encontró su punto culminante en Hegel fue luego tomada por Karl Marx con nuevo falseamiento, equiparando Estado y ominio de clase. Hoy nuestra posición frente al Estado es semejante a la de Roma sólo desde el lado interno del problema: "el Estado", que se había entregado a sí mismo y al pueblo a los poderes económicos sin honra, se había comportado frente a las anchas masas cada vez más como un instrumento inanimado del poder. La opinión de Hegel sobre lo absoluto del Estado en sí había llegado a imperar en los últimos decenios en Alemania (y no solamente en Alemania). El funcionario se convirtió paulatinamente en señor y olvidó, gracias a la misma posición de los gobernantes, que él no era y no podía ser otra cosa que un encargado de la totalidad del pueblo para la ejecución de asuntos técnicos o políticos. "El Estado" y "el funcionario estatal", por ello, se desligaron del cuerpo orgánico del pueblo y se enfrentaron a él como un aparato mecánico

---

[106] Extraordinariamente instructiva sería una exacta recopilación de todas las falsificaciones, en las que se fundan las pretensiones de la Iglesia romana. Al lado de la mal afamada "Donación de Constantino" sea mencionada aquí la falsificación de los resultados de la asamblea eclesiástica de Nicea, según la cual la situación de preeminencia del obispo romano fue presentada como existiendo desde siempre; además las historias de mártires "auténticas" compuestas mediante falsificaciones, en numero de más de 500; la falsificación de la conversión y bautismo de Constantino el Grande, el Pseudo-Cirilo, etc. En suma, casi todas las exigencias atestiguadas "documentalmente" de la Iglesia romana se basan en falsificaciones de documentos.

[107] Comp. Hoensbroech: *Der Jeuitenorden* [*La Orden Jesuita*, N. del T.], t. I., p. 330.

separado, para exigir finalmente el dominio sobre la vida. A esta evolución se opusieron millones en posición de combate; pero como tal posición no osó manifestarse abiertamente en el campo nacional, los descontentos se volcaron del lado de la socialdemocracia internacional sin ser en su interior realmente marxistas.

La revuelta de 1918 no había modificado nada en todo esto, porque los marxistas naturalmente menos tenían que ver con el pueblo alemán. Ellos perseguían solamente la imposición por la fuerza de determinados principios internacionales, usaron el viejo aparato técnico y “el Estado en sí” volvió a la más enérgica actividad contra los “negadores del Estado”. Los papeles, por consiguiente, habían sido intercambiados, la esencia sin alma había quedado. Pero esta esencia se había hecho mucho más evidente después de 1918, porque “el Estado” anteriormente con todo, reprimía aun de vez en cuando a declarados enemigos del pueblo, pero ahora condenaba en la persona de su fiscal a hombres con respecto a los cuales debía admitir él mismo, a través de sus sentencias, que todo su pensar y accionar sólo habían consistido en el servicio y en sacrificios por el pueblo.

El Estado y el pueblo, por ende, desde 1918 hasta 1933 se enfrentaban abiertamente como adversarios, a menudo como enemigos mortales. Así como este conflicto interno será superado, así también se configurará el destino de Alemania hacia afuera.

El Estado no es hoy ya para nosotros un ídolo autónomo, ante el cual todos deben estar echados en el polvo; el Estado no es ni siquiera un fin, sino que es también sólo un medio para la conservación del pueblo. Un medio entre otros; tal como lo deberían ser igualmente la Iglesia, el derecho, el arte y la ciencia. Las formas estatales cambian y las leyes estatales pasan, el pueblo queda. De esto sólo ya se deduce que la Nación es lo primero y lo ultimo, a lo cual debe someterse todo lo demás. De ello se desprende, empero, también que no debe haber fiscales del Estado sino únicamente fiscales del pueblo. Todo el fundamento legal de la vida se modificaría con esto y haría imposibles condiciones tan degradantes como en el ultimo decenio estuvieron a la orden del día. Uno y el mismo fiscal del Estado debió representar anteriormente el Estado imperial, luego el republicano. Un juez “independiente” también dependía como tal de un esquema. Y así pudo suceder que en base al “derecho” romano el fiscal del Estado como “servidor del Estado” en nombre “del pueblo” impedía la conducción nacional (völkisch) del pueblo: la abstracta “soberanía popular” de la democracia y la frase despreciativa de Hegel: “El pueblo es aquella parte del Estado que no sabe lo que quiere”, han engendrado el mismo esquema insustancial de la así llamada “autoridad del Estado”.

La autoridad del conjunto del pueblo (Volkheit) es, sin embargo, más alta que esta “autoridad del Estado”. El que no concede esto es un enemigo del pueblo, y aunque fuera el Estado mismo. Así era la situación hasta 1933.

Esto en cuanto a uno de los lados, el esquemático. En cuanto al otro, el sustancial, debe decirse que un legitimismo incondicional es exactamente tan a-nacional (unvölkisch) como el viejo derecho estatal. También la cuestión de la monarquía (y del monarca) es una cuestión de conveniencia (ciertamente en el sentido más elevado) y no dogmática. Las personas que la consideran como tal no se diferencian en cuanto a su formación de carácter esencialmente de los social demócratas, que en cierto sentido son republicanos legitimistas sin importarles, por lo demás, lo que pueda pasar con todo el pueblo. De esta manera el justo instinto del pueblo alemán que despierta se siente hoy en todas partes. Por eso también se impondrá.

La republica deberá llegar a ser nacional (völkisch) o desaparecer. Y una monarquía que desde su comienzo no se desembarace de viejos prejuicios, igualmente tampoco podría ser de larga duración. Pues ella debería entonces perecer por las mismas causas como antaño el kaiserismo de Guillermo II.

El espíritu del porvenir por fin ha presentado hoy, con toda claridad, sus exigencias. Desde el 30 de enero de 1933 ha comenzado su dominio.

En el siglo 17 comenzó la renuncia del Papa al Estado mundial declarado; en 1789 la dinastía como valor absoluto hizo lugar al liberalismo carente de estilo. En 1871 el ídolo Estado comenzó a independizarse del pueblo, el que, sin embargo, recién lo había creado. Hoy el pueblo comienza al fin, conscientemente, a reclamar el lugar que le corresponde.

2.

La exigencia de libertad, lo mismo que el clamor por la autoridad y el tipo, han sido casi en todas partes erróneamente formulados y contestados inorgánicarnente. La autoridad fue exigida en Europa en nombre de un principio estatal abstracto o en nombre de una revelación religiosa presuntamente absoluta, es decir, en nombre del individualismo liberal y del universalismo eclesiástico. En cada caso fue formulada la pretensión de que todas las razas y pueblos debían subordinarse a esta autoridad “otorgada por Dios” y a sus formas. La respuesta a estos dogmas coercitivos fue el grito por una libertad desenfrenada igualmente para todas

las razas, pueblos y clases. La autoridad a-racial exigió la anarquía de la libertad. Roma y el jacobinismo bajo sus viejas fromas y en su posterior más pura estructuración en Babeuf y Lenin, se condicionan en lo interior recíprocamente.

Ahora bien: la idea de la libertad, así como el reconocimiento de la autoridad, reciben dentro de la visión actual anímico-racial del mundo un carácter completamente distinto. La comunidad del pueblo, por cierto, no está caracterizada sólo por una raza, sino también por factores de índole histórica y espacial, pero en ninguna parte es la consecuencia de una mezcla uniforme de elementos raciales diferentes, sino que a pesar de toda la diversidad siempre está caracterizada por la preponderancia de la raza básica, que determinó el sentimiento vital, el estilo estatal, el arte y la cultura. Esta dominante racial exige un tipo. Y una genuina libertad orgánica sólo es posible dentro de tal tipo. La libertad del alma, así como la libertad de la personalidad, es siempre figura. La figura está siempre delimitada plásticamente. Esta delimitación está condicionada racialmente. Pero, esta raza es siempre la imagen exterior de un alma determinada.

Con esto el círculo está cerrado. El internacionalismo judío de especie marxista o democrática se halla igualmente fuera de este organismo como la autoridad romana que exige validez internacional, junto con todas las pretensiones eclesiásticas de poder.

El anhelo de personalidad y tipo es, en lo más íntimo, la misma cosa. Una personalidad fuerte actúa como formadora de estilo, el tipo empero —considerado metafísicamente— ya está dado antes de ella, la personalidad es, por consiguiente, sólo su más pura expresión. Este eterno anhelo adopta en cada época una forma distinta. Alrededor del giro del siglo 19 presenciamos la aparición de una gran cantidad de personalidades, que como flores de nuestra cultura general le confirieron una impronta indeleble. La era de la máquina destruyó por largo tiempo tanto los ideales de la personalidad como las fuerzas formadoras de tipos. El esquema, la mercadería de fábrica, devino señor; el árido concepto de causalidad triunfó sobre la auténtica ciencia y filosofía, la sociología marxista estranguló a través de su delirio de masas (doctrina de la cantidad) todo ser (calidad), la Bolsa se convirtió en el ídolo de la peste de la época, adoradora de la materia (materialista). Friedrich Nietzsche representa el grito desesperado en contra de ello de millones de sojuzgados. Su fiera prédica del super-hombre era una violenta ampliación de la vida propia sojuzgada, estrangulada por la presión material de la época. Ahora, cuando al menos uno destruyó repentinamente en fanática sublevación todos los valores, más aun, empezó a vociferar furiosamente, un alivio pasó por las almas de todos los europeos de espíritu inquieto. Que un Nietszche haya enloquecido, es una alegoría. Una enorme voluntad reprimida para la creación, por cierto, se abrió paso como una cascada de marea, pero la misma voluntad ya mucho antes quebrada interiormente no pudo ya forzar la plasmación. Rebasó las márgenes. Una época amordazada desde generaciones atrás comprendió en su impotencia sólo el lado subjetivo de las grandes intenciones y vivencias de Friedrich Nietzsche, y falseó la más profunda lucha por la personalidad en un clamor por dar rienda suelta a todos los instintos.

A la bandera de Nietzsche se enfilaron luego los estandartes rojos y los predicadores ambulantes nómades marxistas, una clase de seres humanos cuya doctrina apenas alguien ha desenmascarado con igual burla como locura, que precisamente Nietszche. En su nombre se produjo la infestación de la raza por todos los sirios y negros, bajo su signo, cuando precisamente Nietszche buscaba la cría de elevación racial. Nietszche había caído en los sueños de cortesanos políticos en celo, lo que era peor que caer en manos de una gavilla de bandidos. El pueblo alemán oyó solamente de la supresión de todas las ligaduras, de subjetivismo, de personalidad y nada de disciplina y alta estructura interior. La bella frase de Nietszche: “Desde el porvenir vienen aires con misteriosos golpes de ala; y a oídos finos llega un buen mensaje”, fue sólo una ansiada premonición en medio de un mundo demente, en el cual él, junto con Lagarde y Wagner, vivía como casi el único con visión de lejanía.

Esta época de locura ahora finalmente fenece. La más fuerte personalidad no clama hoy ya por la personalidad, sino por el tipo; surge un estilo de vida nacional (völkisch) arraigado en la tierra, un nuevo tipo alemán del ser humano, “de ángulos rectos en el cuerpo y en el alma”: plasmarlo es la misión del siglo 20. La auténtica personalidad de hoy trata precisamente en su más alto desarrollo de formar plásticamente aquellos rasgos, de proclamar más clamorosamente aquellos pensamientos que ella ha vivido, *vivido de antemano,* como rasgos del nuevo tipo alemán de ser humano presentido y, sin embargo, antiquísimo. ¡Devenir libre no de, sino para algo!

El tipo no es un esquema así como la personalidad no es subjetivismo. El tipo es la forma plástica ligada a la época, de un contenido anímico-racial eterno, un mandamiento de la vida, no una ley mecánica. En el reconocimiento de este hecho eterno, la voluntad por el tipo es también voluntad de severa disciplina estatal formadora, en una generación que es subjetivamente carente de disciplina y está petrificada convencionalmente. La vivencia del tipo, sin embargo, es el nacimiento de la cognición del mito de toda nuestra historia: el nacimiento del alma racial nórdica y el reconocimiento interior de sus valores máximos como la estrella-guía de toda nuestra existencia.

3.

Otro conocimiento más reside en la comprobación de que la idea del honor nacional, que no puede ser asida con las manos, muestra, sin embargo, su arraigamiento en la más firme y más material realidad: en la tierra de labranza de una Nación, es decir, en su espacio vital.

La idea del honor es inseparable de la idea de la libertad. Por diferentes que sean las variaciones de la versión de esa idea que se encuentran, la metafísicamente más profunda consiste, sin duda alguna, en la confesión alemana desde Eckehart, Lutero y Goethe hasta H. St. Chamberlain, que la ha interpretado tan luminosamente para nuestro tiempo: en el reconocimiento del paralelismo entre las leyes de la naturaleza y de la libertad, resumido en el ser humano individual, sin que este enigma pueda solucionarse más allá de ello. El exterior sometido a la causalidad responde como otros seres orgánicos, a estímulos y motivos, de lo cual lo más íntimo, la visión unida a la voluntad, sin embargo, permanece intocado e intocable, por mucho que pueda ser impedida en sus efectivizaciones en forma puramente mecánica. Por lo cual ya el solo hecho de que seres humanos nieguen esta libertad interior demuestra que esta existe.

La gran catástrofe de nuestra vida espiritual consistió en que un pecaminoso desplazamiento de la concepción de libertad, condicionada por envenenamiento de la sangre, comenzó a dominar cada vez más en la vida alemana: como si la libertad fuera sinónimo de individualismo económico. Por este motivo la verdadera libertad interior de la investigación, del pensar y plasmar fue perturbada: la visión y la voluntad quedaron cada vez más al servicio de la especulación y del instinto. Esta incursión de "libertad" dentro de procesos orgánicos, acarreó necesariamente un extrañamiento de la naturaleza, doctrinas abstracto-esquemáticas económicas y políticas que ya no prestaron oído a las leyes de la naturaleza sino que siguieron al instinto solitario del individuo. De esta manera un desplazamiento aparentemente reducido en la crítica del conocimiento ha traído enorme infortunio material al mundo, pues día tras día se venga la naturaleza inexorable hasta la catástrofe que se avecina, comparable a un fin del mundo, en la que la así llamada economía mundial, junto con su infraestructura artificiosa contraria a la naturaleza, se derrumbará.

Ahora bien: aunque una presión exterior no necesariamente ha de quebrar una fuerte personalidad, y a lo sumo la puede triturar mecánicamente, está claro que en las masas de millones puede tener como consecuencia un envenenamiento del carácter. Tal envenenamiento fue provocado en el pueblo alemán por la deficiencia de espacio vital. Cada vez más pequeña se hizo en el siglo 19 la superficie del suelo en la que aun mandaban labriegos unidos a la tierra, cada vez más grande el numero de los proletarios carentes de tierra, carentes de bienes. En el reducido espacio de las grandes urbes se empujaban los millones, pero cada vez más alta creció la marea humana. Ella clamó por industrialización, por exportación, por economía mundial, o más bien: en su penuria llegó a parar bajo la influencia de conspiradores sirios, que no quisieron transformar a los millones de desposeídos en seres humanos ansiosos de espacio, sino proletarizar a los que aun poseían algo, para asegurarse ejércitos de esclavos sin suelo ni propiedad, y explotarlos mediante una luz fatua nunca alcanzable de "pacificación mundial internacional". Pero mediante este robo de la idea del espacio se alcanzó el envenenamiento de las almas: la idea del honor nacional aparecio de repente como un fantasma insustancial, los predicadores de la lucha por el espacio fueron marcados como "imperialistas enemigos del pueblo", y una justificada y gigantesca lucha de liberación fue falseada, descaminada marxísticamente, para terminar en desesperación en el pantano del comunismo internacional.

La genuina idea creadora de la libertad puede florecer plenamente en un pueblo en su totalidad sólo cuando éste posee aire para respirar y tierra para labrar. Una idea del honor que actúe en forma vital, por consiguiente, se verá permanentemente activa en la obra sólo en una Nación que dispone de suficiente espacio vital; y más profundamente: donde se alza la idea del honor nacional atormentado, allí resuena la demanda de espacio. Por eso ni el judaísmo extraño al suelo ni la Roma extraña al suelo conocen la idea del honor; o mejor: porque ellos no conocen esta idea, por eso no actúa en ellos tampoco el anhelo por la tierra de labranza, sobre la cual una generación fuerte y alegre esparce su siembra dadora de frutos. Hoy, cuando todos los enemigos lesionan el honor de Alemania, también le han robado su espacio; por eso también la lucha metafísica se realiza en ultimo término, por valores íntimos irreprimibles del carácter, significa una lucha por el espacio vital. Lo uno fortalece y acera lo otro. Con la espada y el arado, por el honor y la libertad así suena, por consiguiente, el grito de batalla de una nueva generación, que quiere erigir un nuevo Reich y busca pautas según las cuales sea capaz de juzgar fructíferamente su accionar y su afán. Este grito es nacionalista. ¡Y socialista!

4.

Por lo general se designa como socialismo una concepción que exige la subordinación del individuo a la voluntad de un ente colectivo, ya sea que éste se llame clase, Iglesia, Estado o pueblo. Esta

determinación conceptual carece absolutamente de contenido y deja juego libre a todas las relaciones arbitrarias, dado que el contenido esencial de la palabra es dejado completamente de lado. Si la actividad social significa una empresa privada con el fin de la salvación del individuo ante el derrumbe anímico y material, en cambio, socialismo significa el aseguramiento, realizado por un ente colectivo, del individuo y de comunidades enteras, ante toda explotación de sus fuerzas de trabajo.

Todo doblegamiento del individuo bajo el mandato de un ente colectivo no es, por ende, socialismo, y por ello, tampoco toda asociación, "estatización o "nacionalización". De otra manera se podría, pues, también considerar el monopolio como una especie de socialismo, lo que el marxismo hace prácticamente a través de su doctrina hostil a la vida: ayudar a incrementar de tal modo el capitalismo que éste se concentre en pocas manos, para colocar luego la así llamada dictadura del proletariado en el lugar del dominio de los grandes explotadores del mundo. En principio esto no significa en absoluto una modificación de las condiciones, sino solamente un capitalismo mundial con otro signo. Por lo cual el marxismo marcha en todos lados con la plutocracia democrática, la que luego siempre demuestra ser mas fuerte que el mismo [Esta afirmación es exacta porque si bien la democracia es absolutamente débil frente al bolcheviquismo al que posibilita el ascenso al poder —los hechos son demasiado evidentes—, la plutocracia judía que la utiliza en su provecho es la que simultáneamente controla a las fuerzas marxistas. El ejemplo de la Unión Soviética creada y sostenida por la alta finanza hebrea es harto elocuente. N. del E.].

Que una medida sea socialista puede, por consiguiente, resultar sólo de su consecuencia, ya sea que aquella tenga naturaleza preventiva o modifique realidades ya existentes. Determinante para esta consecuencia es al respecto la índole de la totalidad (del ente colectivo), en cuyo nombre tiene lugar la ejecución de una disposición social-económica que restringe al individuo. El Estado burgués-parlamentario dispone miles de intervenciones "socialistas", grava en favor de "reparaciones" todas las empresas con hipotecas obligatorias, regula derechos aduaneros, intereses de préstamos y distribución del trabajo; a pesar de ello es un Estado clasista, cuyos partidos gobernantes no decretan medidas socialistas, sino tales que gravan a todo el pueblo. Así tampoco el marxismo de la lucha de clases desde abajo puede reclamar para sí el derecho: pues los millones de un pueblo que en su triunfo dependen de él no son aprehendidos cómo una totalidad, sino en su mayor parte como objetos de explotación en favor de los miembros de la comunidad de interés puramente marxista. Por eso, bajo las condiciones políticas imperantes hasta ahora, el término Estado fue empleado engañosamente, pues el "Estado" se halla o bien al servicio de la burguesía o de la lucha de clases marxista, es decir, no existe en absoluto, por más que su substituto exija adoración. Por distinta que sea la forma en que el confesionalismo y esta lucha de clases de doble faz se resistan a ello: una medida socialista no la puede decretar y realizar ninguno de ellos. Esto lo puede solamente el representante de un sistema que sea capaz de aprehender al pueblo como un organismo, que considere al Estado —como queda expuesto— como medio para el aseguramiento exterior y la pacificación interior de éste, para quien, por consiguiente, la totalidad "Nación" es la medida para acciones que restrinjan al individuo y a grupos colectivos más pequeños. Partiendo de este razonamiento, para el cual el mundo, por fin, comienza a estar maduro, se resuelve la gran lucha fatídica del siglo 19, la gran pugna entre nacionalismo y socialismo. El viejo nacionalismo en muchos aspectos no era auténtico, sino un escudo protector para intereses privados agrarios, gran-industriales, más tarde también financiero-capitalistas, por lo cual, la frase de que el patriotismo es el ultimo refugio de los grandes canallas no pocas veces pudo demostrar su justificación. Y el marxismo igualmente no fue socialismo, sino como socialdemocracia evidentemente acólito de la plutocracia y en su forma comunista, furor destructor del pueblo contra los valores de propiedad de todas las naciones que posibilitan el genuino socialismo. Por lo tanto no resulta la lucha sino la igualación entre genuino nacionalismo y genuino socialismo, una visión de conjunto fundamentada que Alemania le debe a Hitler.

Una medida socialista de naturaleza ejemplar fue la estatización de los Ferrocarriles del Reich Alemán, arrebatados de esta manera a la arbitrariedad privada ávida de negocios, y que por la seguridad del servicio constituyeron aquella premisa conservadora del pueblo que redundó en beneficio de cada alemán. Una medida genuinamente socialista es la municipalización de las usinas de electricidad y del suministro de agua a las ciudades, cuyo servicio está dedicado a todos sin distinción de clases y confesiones. Instituciones socialistas son el transporte eléctrico en las ciudades, la policía, las bibliotecas publicas, etc., siendo al respecto del todo indiferente si estas instituciones son manejadas por una monarquía o una republica, lo que nuevamente hace aparecer la forma estatal como independiente de la esencia de las cuestiones. La monarquía, tal como lo muestra el ejemplo de los Ferrocarriles del Reich Alemán lo mismo que el del Reichsbank, era esencialmente más socialista que la republica de Weimar, que a través de la firma del Dictado de Dawes y otros documentos de sometimiento llevó a ambos completamente bajo el control de financistas privados, para más extranjeros.

La lucha por la existencia y la beneficencia privada (a veces también una inteligente simbiosis) determinan hoy la vida publica humana. Lo primero es un proceso de selección natural, lo segundo una noble voluntad por el prójimo, puramente humana, profundizada por el cristianismo. Ambos factores librados a sí mismos, significarían la muerte de toda cultura, de todo genuino Estado nacional. No hay, por

consiguiente, absolutamente ninguna idea estatal "natural", pero tampoco una "cristiana". El auténtico Estado según la concepción germánica consiste en hacer depender la lucha por la influencia de determinadas premisas, dejar que transcurra solamente bajo el imperio de valores del carácter. El moderno individualismo económico como principio del Estado significó, por tanto, la pretensión de equiparar a un defraudador exitoso con un hombre de honor. Por eso también triunfó después de 1918 en todos lados el intermediario deshonesto con sus compañeros. La Caritas, por su parte, como dádiva de un dictador a millones de sojuzgados o como beneficencia personal, no repara daños sino sólo emplasta heridas purulentas. Ella es muy propiamente la otra faz de la desenfrenada explotación. A veces el más grande defraudador hasta edifica hospitales para sus víctimas saqueadas durante decenios y se hace festejar entonces por sus diarios como filántropo.

El que hoy quiera ser nacionalista debe ser socialista. E inversamente. El socialismo del Frente gris de 1914-1918 quiere llegar a ser vida estatal. Sin él tampoco será superado nunca el marxismo, nunca se logrará tomar inofensivo el capital internacional. Por estas razones se hace comprensible que una medida genuinamente socialista —interpretable como tal a través de su consecuencia— por lo pronto es neutral frente al concepto de la propiedad privada. Ella lo reconocerá allí donde garantice un aseguramiento general, y lo limitará allí donde encierre peligros. Por tal razón, p. ej., la exigencia de los bienes raíces personales y de la nacionalización del ferrocarril son ambas exigencias socialistas (y nacionalistas). Ambas sirven a los oprimidos económicamente para otorgarles la pre-condición de creaciones culturales y estatales.

Desde este nuevo punto de vista, por ello, sobre más de una manifestación vital de anchas capas populares caerá una luz de índole completamente distinta que hasta ahora.

La unión entre individualismo y universalismo económico la podemos seguir directamente en los últimos 100 años en el campo político, en el movimiento democrático y marxista, que parte de la felicidad del individuo, y simultáneamente anuncia una cultura de la humanidad, quisiera llegar a una pan-Europa y, en ultimo término, a una republica mundial, ya sea una republica de los bolsistas, ya sea una estructura de la dictadura del proletariado como forma de protección de esta dictadura de las Bolsas mundiales. El Plan Dawes y el Plan Young son ambos símbolos de un proceder conjunto de universalismo y exangüe individualismo. Resulta, por consiguiente, que como orgánicos sólo pueden ser reconocidos los efectos recíprocos entre el Yo y la sociedad, entre el Yo y la Nación, porque en el concepto de la sociedad —o sea de algo organizado por el hombre— está para nosotros involucrado también el nexo sanguíneo orgánico por valores del carácter e ideales. Basado en esta concepción fundamental se desarrolla luego también la totalidad del nuevo sistema intelectual y estatal sobre la cognición fundamental de que no es acaso un individualismo abstracto o un universalismo abstracto o un socialismo abstracto los que, en cierto modo como bajando de las nubes, forman los.pueblos, sino que inversamente los pueblos sanos en su sangre no conocen el individualismo como cartabón, ni tampoco el universalismo. Individualismo y universalismo son, considerados fundamental e históricamente, las concepciones del mundo propias de la decadencia, en el mejor de los casos, propias del ser humano desdichado, desgarrado por cualesquiera circunstancias, que se refugia en un ultimo dogma coercitivo para sustraerse a su fisión interior.

De toda esta vivencia de un renacimiento, del reconocimiento de valores eternos antiquísimos y de la nueva formulación de los contrastes orgánicos, obtenemos repentinamente una luz radiantemente clara cuando abarcamos con la vista el desarrollo de las ultimas épocas históricas. Vemos, sea resaltado éste, el punto más importante, a través de todo el siglo 19 y hasta entrado el 20, luchar entre sí dos grandes movimientos —el nacionalismo y el socialismo—, y el hecho que ambos se habían vuelto grandes y fuertes muestra que ambos tienen necesariamente un núcleo orgánico sano, resortes motores orgánicos sanos, siendo indistinto qué hombres y sistemas se han adueñado en el curso del tiempo de estos poderes volitivos y predisposiciones ideológicas. Vemos al viejo nacionalismo alemán, después de su gran llamarada en las Guerras de Liberación, después de su más profunda fundamentación por Fichte, después de su presentación explosiva a través de Blücher y el Freiherr vom Stein y Ernst Maritz Arndt, y personificado en su energía militar a través de Scharnhorst y Gneisenau, pasar a las manos de una generación interiormente obsoleta, pero aun fuerte en lo organizativo, tal como fue representado con la mayor nitidez a través del sistema de Metternich. El nacionalismo floreciente, por lo tanto contrajo inmediatamente después de su nacimiento una relación fatal con el dinasticismo.

El valor del Rey o del Kaiser en sí se halló más alto que el valor de todo el pueblo. Vemos crecer un gobierno de cortesanos, que ya antes hubiera conducido a un derrumbe si el formidable poder de Bismarck no hubiera emprendido una vez más la tentativa de forjar la monarquía y la nación en un bloque unitario bajo conducción dinástica. Pero, mientras el rey Federico el Grande personificó esta unidad también en los más difíciles días del destino, su sucesor el Kaiser Guillermo II ya había perdido esta fe al declarar querer evitar a su pueblo una guerra civil y cruzar la frontera. Con ello separó el concepto dinástico de la totalidad del pueblo, y el 9 de noviembre de 1918 se quebró la idea del Estado dinástico, lo que paulatinamente comienzan a comprender todos los círculos nacionalistas alemanes conscientes.

Aparte del dinasticismo, el nacionalismo alemán del siglo 19 estaba estrechamente ligado a la democracia liberal, que se hizo cada vez más fuerte cuanto más crecían los trusts industriales, la economía mundial, el gran comercio y los bancos mundiales. Los intereses económicos de estos trusts fueron no pocas veces presentados como intereses nacionales, así, p. ej., se falsearon el Deutsche Bank y sus ganancias en Turquía haciéndolos aparecer como intereses populares del Reich Alemán. Durante la Guerra pudimos presenciar que el clamor de batalla de la Nación no consistió en la declaración de que el suelo que había sido conquistado por el Ejército popular alemán debía llegar a ser ahora propiedad del Reich Alemán, sino que durante años se habló sólo de las minas metalíferas de Briey y Longwy, es decir, los intereses de la industria y el provecho fueron colocados sobre los intereses de toda la Nación. Por este enlace e inversión del orden de jerarquía contrarios a la naturaleza, muere hoy el nacionalismo burgués, y recién una nueva vivencia anuncia un nuevo nacionalismo y se enlaza de esta manera inconsciente y conscientemente con todas las luchas germánicas de libertad del pasado, pero ante todo con la grandeza incondicional de aquellos hombres que en 1813 llevaron a Alemania desde la profundidad nuevamente a la altura.

Al igual que el nacionalismo del siglo 19 había sido emponzoñado por fuerzas liberal-marxistas, también así le sucedió al socialismo. Hemos determinado ya precedentemente como socialista una medida realizada por el Estado para la protección de la totalidad del pueblo ante toda explotación, y además una medida estatal para la protección del individuo ante la avidez privada. Pero lo que importa también aquí es no solamente una acción formal en sí, sino que una acción se hace socialista sólo con referencia a su resultado. Por eso es posible que una acción socialista no involucre en absoluto, como igualmente ya ha sido consignado, una estatización formal, ella puede, por el contrario, hasta significar una personificación, una liberación de muchas fuerzas individuales, cuando esta liberación traiga consigo un fortalecimiento de la totalidad. Cuando Bismarck una vez fue atacado por el lado conservador como “socialista”, declaró que el concepto socialista bajo ciertas condiciones no tenía en absoluto nada de repulsivo. Él había socializado los ferrocarriles y trae al recuerdo la acción de la liberación de los campesinos por el Reichsfreiherrn vom Stein, que igualmente representa una medida socialista. Aquí nuestra concepción concuerda en lo más profundo con la de Bismarck. La acción del Reichsfreiherrn vom Stein significó la liberación de cientos de miles de labriegos de una monstruosa dominación coercitiva. Mediante esta liberación de las fuerzas productoras se elevaron el bienestar y el carácter del pueblo, y la acción del Reichsfreiherrn vom Stein sigue siendo hasta hoy uno de los más grandes hitos en la historia de la libertad socialista alemana.

Con esto el nuevo pensamiento ha sido puesto al descubierto palpablemente. El coloca en cada caso al pueblo y a la raza a mayor altura que al Estado y sus formas. Él declara la protección del pueblo como más importante que la protección de una confesión religiosa, de una clase, de la monarquía o de la republica; él ve en la traición a la Patria un crimen mayor que la alta traición [Traición al soberano. N. del T.]. De esta manera el movimiento de renovación alemán exige frente al Estado formal la misma libertad que Roma: él ve en el luchador contra “el Estado”, que por su pueblo y su honor sufriente marcha a la cárcel y al presidio, no un criminal sino un hombre noble. No reconoce ninguna obligación interior frente a una estructura que ha surgido de un 9 de noviembre de 1918. Pero “injusta” no es para nosotros ninguna lucha cuando casualmente está dirigida también contra aquellos miembros de una doctrina que falsea políticamente una genuina religión, que quisieran hacer pasar por su “fe” la traición a la Patria como principio, sino que una lucha injusta es una lucha contra connacionales. Y, por consiguiente, son enemigos mortales de un pueblo alemán y de un Estado alemán venidero todos aquellos poderes que alzan la confesión o la clase como su grito de combate contra los connacionales alemanes. [108]

El nuevo Reich exige de todo alemán que actúa en la vida publica el juramento no a una forma del Estado, sino el juramento de reconocer en todas partes, según su fuerza y capacidad, el honor nacional alemán como suprema norma de su proceder, y de actuar en favor de él. Si un funcionario, burgomaestre, obispo, superintendente, etc., no puede prestar tal juramento, entonces pierde forzosamente todos los derechos para desempeñar un cargo público. Estos derechos de ciudadanía, que antes recibía como un

---

[108] Un apartamiento del (falta palabra), una lucha *contra* el Estado en sí puede llevar, p. ej., durante algún tiempo una justificada estampa “antinacional”, a saber cuando es conducida por caracteres señoriales conscientes de su raza y no por naturalezas serviles. Pues también a tales su derecho a la propiedad de tierras les ha sido y es menoscabado, robado. Esto lo vimos durante 14 años, cuando el populacho democrático del dinero, después de la expropiación de los bienes muebles, extendió su mano también a la propiedad inmueble, robando indirectamente a los labriegos y terratenientes a través de hipotecas, anarquía del mercado, etc. Bismarck dijo una vez que un Estado que le quita la propiedad ya no es su Patria. Esto fue el rechazo de un *señor*; movidos por sentimientos semejantes, alemanes despojados de su suelo partieron hacia todas las partes del mundo, para adquirir propiedad; el posterior y con frecuencia producido apartamiento de la Madre Patria primigenia, se debe al nuevo nexo con la posesión lograda trabajosamente. Pero el grito “la propiedad es un robo” fue el clamor de combate de una naturaleza de esclavo incapaz de creación. No fue ningún milagro que el sirio Marx se incautó de este clamor colocándolo entre otros a la cabeza de su estéril doctrina. Sin embargo, en todas partes donde el marxismo llegó en cualquier forma a gobernar, pudo ser desenmascarado como no veraz: en sus más extremos representantes se ha puesto de manifiesto luego con la mayor nitidez precisamente la *avidez* por la posesión. Por eso, en vista del anterior robo al pueblo, el grito de combate para *todos* los proletarios, *precisamente* para ellos, debe ser: creación de una nueva propiedad, conquista de un nuevo espacio vital.

regalo cada uno al alcanzar los 21 años, deberán ser adquiridos en un Estado nuevo. (Un pensamiento que el Programa Nacionalsocialista ya sostiene). Adquirirlos a través del comportamiento irreprochable en los institutos de educación y en la vida práctica. Un alemán que atenta contra el honor de la Nación renuncia con ello, en forma totalmente consecuente, al derecho de recibir de este pueblo todavía derechos de cualquier naturaleza Los hombres que no son capaces por conflictos de conciencia de prestar un juramento al pueblo alemán no deberán ser perseguidos por el Estado, pero es lógico y natural que con ello pierdan los títulos a los derechos del ciudadano. No pueden ser, por consiguiente, maestros, educadores, jueces, soldados, etc. La concepción liberal del mundo, en su exorbitancia antipopular, había traído consigo que bajo el concepto de la doctrina de la libertad de pensamiento también fuera entendida la doctrina de la igualdad de derechos para toda actividad de naturaleza política y didáctica, sin ninguna referencia a un centro formador. Resultó de esta manera en forma totalmente consecuente que no solamente a un atacante de una forma estatal, sino mucho más allá de ello, a un intrigante contra la nacionalidad misma, la que, sin embargo, debe sostener a todo Estado, le debieran ser concedidos los mismos derechos que a uno que por este pueblo había expuesto cien veces su vida. El bastardo espiritual liberal hasta por lo general tuvo como especialmente “humano” cultivar las “ideas universales” internacionales, pero sonrió burlonamente ante la acentuación enérgica del propio derecho del pueblo, conceptuándolo tonta y atrevidamente como retrógrado. Que a ello debió seguir un caos es más que natural.

Se comprende también por sí mismo que siempre habrá y deberá haber personalidades y grupos muy diferentes dentro de un pueblo. Un “pueblo de hermanos” es una utopía y ni siquiera hermosa. La hermandad total significa la compensación de todos los desniveles de valor, de todas las tensiones, de toda dinámica vital. La lucha sigue siendo también aquí siempre la chispa engendradora, de vida. Pero todas estas luchas deben transcurrir dentro de un ideal, deben ser examinadas en cuanto a su valor con respecto a una medida: si los pensamientos predicados y las medidas exigidas, son aptos para ennoblecer y vigorizar la nacionalidad alemana, para fortalecer la raza, para elevar la conciencia del honor de la Nación. Los partidos políticos que en su actividad se preocupan en fortalecer la solidaridad internacional de clase o los intereses confesionales internacionales, no tienen derecho de existencia en un Estado alemán. La acción de tales partidos enemigos del pueblo, en el pasado y en el presente, ha destruido, royendo y desgarrándola, el alma del alemán, Por un lado también los partidarios del marxismo y del Centro siguieron siendo a pesar de todo alemanes, por el otro, debieron reconocer valores existentes fuera de la alemanidad como valores supremos. El problema del venidero Reich del anhelo alemán consiste, por consiguiente, en predicar a estos millones descaminados, atormentados, una nueva concepción del mundo, de darles sobre la base de un nuevo mito un valor supremo que todo lo forma, o dicho más exactamente, depurar el valor de la nacionalidad y del honor nacional que dormita en todos, de los escombros de los siglos, y colocar bajo su signo toda la vida. Recién cuando esto se haya hecho puede nacer un Reich Alemán, de lo contrarío todas las promesas son palabrería hueca.

El aparato puramente estatal, sin embargo, puede ejecutar sólo de un modo imperfecto este trabajo de tipificación del pueblo. Las leyes estatales, pueden ser casi sólo de naturaleza definitoria o establecer barreras, no de índole didáctica. El Estado puede y debe, p. ej., reprimir un partido bolchevique apátrida; pero a la larga sólo lo puede hacer si detrás de él se hallan una fuerte ola renovadora de la vida y del trabajo social creador. Este trabajo deberá realizarlo una liga de hombres conscientemente estructurada.

Sabemos desde 1933 con ayuda de cuáles fuerzas el Mal-Estado (Unstaat) de noviembre de 1918 ha sido reemplazado por un Reich Alemán. Conocíamos desde hace años al hombre que izaría una nueva bandera sobre las torres de las ciudades alemanas. Conocemos y vivimos hoy, por fin, los poderes del alma racial que despierta de profundo sueño, que necesariamente tuvieron que sostener a este hombre. Es misión de este nuevo fundador del Estado estructurar una liga de hombres, digamos una Orden Alemana, que se componga de personalidades que hayan participado como conductores en la renovación del pueblo alemán.

Los miembros de esta “Orden Alemana” serán designados por el primer Jefe supremo del Estado después de la nueva fundación del Reich, de todas las capas del pueblo. Precondición es: rendimientos en el servicio por la nacionalidad, indistintamente en qué campo. El Consejo de la Orden nombrado de esta manera será completado, en caso de fallecimiento de uno de los miembros, siempre a través de nuevas designaciones. El Jefe supremo del Estado —presidente o Kaiser o rey— nosotros decimos el Führer, determina a su sucesor para el Consejo de la Orden gobernante. (En este aspecto técnico, la organización de la Iglesia romana como continuación del antiguo senado romano nórdico es ejemplar). De este modo las fuerzas al servicio del pueblo del Consejo de la Orden ascienden, por un lado, de todas las capas de la Nación hacia arriba a través de sus asociaciones municipales y de las comarcas, en cada caso determinado por rendimientos personales descollantes; la conexión entre pueblo y conducción queda, por lo tanto, preservada, evitándose la formación de una casta aislada, tal como se manifestó después de 1871. Por el otro lado, sin embargo, la democracia exorbitante y la demagogia que siempre va unida a ella, es despedida y reemplazada por el Consejo de los mejores. Una monarquía hereditaria induce al portador de la corona ya por su propio, interés a equiparar su política de la casa con los intereses del pueblo, no obstante, existe el

peligro de la decadencia de una dinastía, lo mismo que en todo otro linaje. De este modo se instalará necesariamente un bizantinismo, sin que el cargo del Kaiser esté representado dignamente. Como consecuencia de estas circunstancias resulta, empero, precisamente lo contrario de la estabilidad de la vida estatal perseguida por la instauración de una monarquía hereditaria: un menoscabo del kaiserismo, desorden, revolución.

Hoy el pueblo puede sólo rara vez reconocer en forma inmediata a un gran hombre, para ello se requieren catástrofes precedentes, en las que uno se destaca visiblemente, emerge por la lucha. En la vida común, por consiguiente, una elección de presidente o de Kaiser, ejercitada directamente por 70 millones, es sólo una cuestión de dinero De ello resulta que en 99 de 100 casos llega a ocupar la vanguardia no un auténtico conductor de pueblo, sino un empleado de la Bolsa, del dinero en general.

Por tal razón también en el venidero primer Estado popular alemán debe romperse definitivamente con esta mendaz exigencia democrática. De ello resulta también que un parlamento que aconseje al gobierno junto al Consejo dirigente de la Orden Alemana, no debe llegar a formarse a través de un ofuscamiento de las masas, como bajo el dominio del inmoral sistema democrático-parlamentario. Más allá de los límites de la comunidad de la aldea, de la mediana ciudad, el hombre medio pierde la medida para su juicio. También sólo es capaz de juzgar autónomamente en cuanto al valor de una personalidad, cuando ha estado en condiciones de seguir su actuación en el mismo lugar. Esto no es posible allí donde grupos partidarios influyen en todos los casos sobre las elecciones a favor de celebridades, por lo común, desconocidas. Por consiguiente, se debe partir incondicionalmente del principio de que no son las listas, sino las personalidades las que son decisivas en una elección, en cuanto ésta aun es considerada necesaria. En un Reich Alemán de nuestro anhelo, por lo tanto, la forma electoral deberá dar paso poco a poco al principio de la instalación de conductores responsables en todas las áreas por el Führer del pueblo y del Estado en los cargos más altos y luego, hacia abajo, a los nombrados por éstos. De este modo cada grupo será considerado en su relación con el todo en la forma que le corresponde, con lo que puede aparecer como garantizada la actividad libremente creadora sin excesos separatistas.

En este ensambiamiento general debe ser considerada especialmente la *Wehrmacht* [*Fuerzas Armadas*. N. del T.]. Esta, por cierto, debe ser mantenida apartada de toda lucha de política partidaria, pero su descartamiento político, tal como lo perseguían las democracias de la Bolsa y de periodistas, debe terminar de una vez por todas en el Reich venidero. El Ejército no está para dejarse llevar callado al campo de batalla, pero tampoco ha sido creado para ser traicionado y desarmado por cobardes demócratas pacifistas en nombre “del Estado”. Las espantosas experiencias de la Guerra Mundial están aquí como ejemplo alertante ante nosotros para todos los tiempos. No deben repetirse nunca jamás. Mediante la realizada unión personal de Führer, Canciller del Reich y Jefe Supremo de la Wehrmacht se ha cuidado de asegurar esto.

Ya Bismarck había caracterizado el derecho al voto secreto como a-germánico. Esto también lo es. Mediante esta anonimidad la cobardía del individuo es reconocida como un modo de pensar entre otros, conscientemente es socavado el sentimiento de la responsabilidad. Aplicado a todo un pueblo, esto significa la cría de un encanallamiento anímico. Ahora bien: las fallas humanas no podrán ser evitadas tampoco en el mejor de los Estados. Un candidato rechazado considerará fácilmente a una persona que quizás lo juzgó inadecuado por razones puramente objetivas, como un enemigo personal, lo que debe traer muchas e indeseadas dificultades. Otra cosa es cuando no se trata de las elecciones usuales, sino de grandes problemas de destino, comprensibles para todo alemán. Aquí no se apela a un juicio sobre detalles técnicos que es imposible que exista, sino al instinto, al carácter del pueblo. En tales casos el Führer después de 1933 ya ha hecho repetidas veces un llamamiento a esta voluntad de auto-preservación que ahora ha despertado. Estas manifestaciones le han dado luego también a él, fuerza adicional.

En qué forma podrá ser tratado en el futuro este grave problema del lazo de unión entre la autoridad y la voluntad del pueblo, debe resultar precisamente de este futuro alemán combativo. [109]

Bajo el signo del viejo parlamentarismo cada diputado individual es más irresponsable por su hacer y no hacer que jamás monarca de mando absoluto. Un gabinete respaldado parlamentariamente, a su vez, se remite en sus decisiones a la célebre “mayoría de gobierno”. Si un programa político tiene éxito entonces el ministro parlamentario es un “gran hombre”, si no resulta, el ministro respectivo —en el caso más extremo— se retira sin que pueda ser obligado a rendir cuentas. Este hecho incita a los parlamentarios más inescrupulosos naturalmente a recomendarse siempre de nuevo como ministro, lo que no sería el caso si existiera una real responsabilidad, como se la presupone lógica y naturalmente en un jefe de ejército. La inferioridad parlamentaria cultivada mediante este sistema sin honor, naturalmente designa este estado de cosas como una expresión del conocido espíritu progresista. En realidad es un producto bestial y mezquino de la cobardía de la mayoría, que quiere erigirse descaradamente en tribunal sobre todos y todo,

---

[109] Véase al respecto mi disertación *Der Deutsche Ordensstaat* [*El Estado-Orden Alemán*, N. del T.] en *Blut und Ehre* [*Sangre y Honor*, N. del T.], Munich, 1934.

escondiéndose al mismo tiempo, sin embargo, como irresponsable detrás de la masa de los miembros del partido. Tampoco ante sus electores el parlamentario necesita rendir cuentas. Él ha sido elegido "por todo el pueblo", como reza en el idioma del defraudador demócrata-marxista, por lo que no puede ser determinado en absoluto jurídicamente un círculo de electores firmemente delimitado. Estas cosas cambiarían si un tribunal político instituido por el Jefe supremo del Reich puede juzgar en cuanto a su responsabilidad a ministros fracasados, de la misma manera que un tribunal de guerra a un conductor de ejércitos derrotado; entonces la carrera de ministros se volverá notablemente más rala, y sólo hombres realmente dispuestos a asumir responsabilidades ambicionarán aquellos cargos hacia los cuales bajo la democracia de 1918, los más vulgares sujetos podían mirar de reojo con plena perspectiva de éxito y de impunidad.

Estos razonamientos tienen como premisa, no obstante, la superación de un dogma que hoy es adorado por todos como un becerro de oro: el dogma de la irrefrenada libertad de residencia. Hoy se ve este afluir, asesino del pueblo, desde el campo y la provincia hacia las grandes urbes. Estas se hipertrofian, enervan la nacionalidad, destruyen los hilos que unen al ser humano con la naturaleza, atraen a aventureros y ávidos negociantes de todos los colores, fomentan de esta manera el caos racial. De la ciudad como centro de una cultura se ha hecho a través de las urbes mundiales un sistema de puestos avanzados de la decadencia bolchevique. Una "espiritualidad" antinatural, abúlica, cobarde, se asocia con la manía de subversión brutal, carente de tipo, de esclavos bastardos o de capas populares avasalladas, pero aun de buena raza, que de este modo quieren luchar en el frente falso, liderados por el marxismo, por su libertad. Spengler profetiza ciudades de 20 millones y una campiña desierta como nuestro fin. Rathenau describió páramos de piedra y "habitantes miserables" de ciudades alemanas como porvenir, que rendirían servicios de esclavos para el poderío exterior. Los móviles de ambos hombres, sin duda, fueron disímiles, pero ambos en común infunden al pueblo alemán la idea de la imposibilidad de una reversión. "Fijado por el destino", tal es la nueva expresión para la falta de voluntad o la cobardía; pero también ya ha llegado a ser la consigna de aquellos criminales políticos que quieren maniobrar nuestro pueblo dentro de la miseria de un estado final semejante al de un fellah! De esto se encargó sistemáticamente la prensa del marxismo internacional, para reunir detrás de sí un rebaño de millones carentes de voluntad como fieles seguidores, en una masa dispuesta al ataque. Filósofos de débil voluntad proporcionan a los enemigos del pueblo, por consiguiente, el fundamento "cosmovisional", para dar término a una obra de destrucción largamente preparada. (Que Spengler a pesar de ello predicaba poder, poder y poder, es una falta de consecuencia). Todas estas mencionadas voces de oráculo sobre la "rreversibilidad de la evolución" tienen como base el dogma obligatorio a-germánico de la libertad de residencia como "garante de la libertad personal". Pero también esta doctrina supuestamente inconmovible es sólo un problema de la voluntad, la privación por principio del "derecho" a la libertad de residencia constituye una pre-condición para toda nuestra vida futura, y por lo tanto, debe ser impuesta aun cuando tal orden terminante sea sentida por de pronto por millones como un grave "perjuicio a la personalidad". Pero queda sólo una disyuntiva: sucumbir lastimosamente "por libre voluntad" sobre el asfalto, o sanar "obligadamente" en el campo o en la ciudad mediana. Que esta elección ya ha tenido lugar en el sentido de la abolición de la libertad de residencia, aun cuando por ahora sólo en unos pocos corazones, muestra que el viraje a pesar de todo se está iniciando.

Sencillamente no es verdad que todas las sociedades anónimas, cárteles etc., "deben" ser reunidos en dos o tres ciudades, debiendo llevar consigo todo el aparato administrativo; no es verdad que "deben" levantarse siempre nuevas fábricas en Berlín para atar allí a nuevos cientos de miles; no es verdad que la oferta y la demanda, como por lo general se dice, "deben" gobernar la vida. Antes bien, la misión de un auténtico Estado popular consiste precisamente en que las premisas para este juego de las fuerzas sean dirigidas conscientemente por sus representantes. La gran urbe con su centelleo, sus cinematógrafos y grandes tiendas, con la Bolsa y los cafés nocturnos hipnotiza al campo. Bajo el signo de la libertad de residencia la mejor sangre fluye libremente a la urbe mundial corruptora de la sangre, busca trabajo, funda negocios, aumenta la oferta, succiona demanda que nuevamente refuerza la epidemia de la inmigración. Este funesto círculo vicioso puede ser disuelto solamente a través de un bloqueo rigurosamente aplicado de los habitantes. No en la construcción de viviendas en la gran urbe por la que aun se clama tanto, reside una solución —ésta más bien favorece el hundimiento— sino en la derogación de la libertad de residencia liberal, destructora del pueblo. La inmigración sin autorización a ciudades de más de 100.000 habitantes debería ser abolida. A tales ciudades sólo en casos urgentes debe ser concedido dinero para nuevas construcciones de viviendas; el mismo tiene más bien que ser distribuido entre las ciudades más pequeñas. Sólo pueden ser erigidas nuevas fábricas en ciudades de 100.000 habitantes, cuando el objeto de explotación se halla en el mismo lugar (yacimientos recientemente descubiertos de carbón, de sal, etc.). Las posibilidades actuales de tránsito permiten la distribución de las fuerzas (descentralización) de toda la vida económica no solamente sin perjuicio de la misma, sino hasta —en el resultado final— con un incremento calculable. Ya únicamente a través de la preservación de la fuerza racial y de la salud popular, el capital más importante que poseemos. En los Estados Unidos, donde la aglomeración (concentración) ha tenido lugar con el ritmo más acelerado, molinos harineros gigantescos, mataderos inmensos, hacia los cuales fluyen las materias primas de todo el país, sobrecargan la red ferroviaria y encarecen a través de los gastos en fletes los productos acabados más de lo que fue ahorrado al comienzo por el rechazo de la construcción

de centrales no tan grandes. La evolución del amontonamiento de seres humanos y de mercaderías según el principio de la libertad de residencia se embauca a sí misma. Se multiplican las voces que, aunque por ahora no osan tocar la idea desvariada del dogma de la libre residencia, reconocen desapasionadamente, sin embargo, la necesidad natural de la descentralización. Mediante reflexiones que se limitan al terreno de la economía popular, llegan al mismo resultado que yo, que parto de la idea de la protección racial. (Ford, p. ej., exige muy acertadamente que las hilanderías de algodón no deben ser edificadas en las ciudades gigantescas, sino instaladas en la proximidad de los propios campos de algodón).

El labriego, que hoy es aun el más grande productor, no es al mismo tiempo el más grande vendedor. Él depende de aquellos peldaños intermedios que elaboran sus productos antes de que lleguen al mercado. Él no puede transformarlos en el lugar mismo en mercadería acabada, sino que debe cargar los transportes con productos en bruto. Esta funesta evolución, que está tratando de desarraigar el estamento de los labriegos, el más fuerte sostén de todo pueblo, un estamento que “nunca muere” (Chamberlain), ha sido promocionado conscientemente por la democracia y a través del marxismo, para acrecentar también de esta manera los ejércitos proletarios. De un modo directamente opuesto debe proceder una auténtica política popular. La desproletarización de nuestra Nación —y de cualquier otra— es, sin embargo, concebible sólo a través del consciente desmontaje de nuestras urbes mundiales y la fundación de nuevos centros. Hablar de una radicación y nacionalización en medio de gigantescos montones de piedra es locura. Una americanización a través de la “salvación” con ayuda del automóvil como ha sido intentado en Norteamérica, significa un despilfarro de fuerza y una pérdida de tiempo a pesar del engullir de kilómetros. Los millones que diariamente entran desde afuera a Nueva York y por la tarde son vomitados de nuevo, sobrecargan el tráfico y encarecen la vida total más de lo que hubiera sucedido nunca mediante una estricta contención y derivación de la marea humana. En lugar de quizás cien grandes centros corruptores del pueblo pueden en el futuro existir diez mil propulsores de la cultura, si cabezas de fuerte voluntad determinan nuestro destino y no el marxismo y el liberalismo. Gráficamente hablando, nuestra vida transcurre hoy siempre sólo sobre una línea: ida y vuelta. En el futuro debe tener un movimiento circular alrededor de centros orgánicamente determinados. Si el numero de habitantes de una ciudad se acerca al numero de 100.000, debe mirarse por una efluencia.

Nuevos fundadores deben ser dirigidos a lugares más pequeños o ser asentados en el campo, no en huecos de sótanos y buhardillas, como se complace en hacerlo la democracia “humanitaria”.

No hay que creer que al respecto nos queda todavía elección alguna. Obsérvense las preocupaciones que tocan el nervio vital de Nueva York, para saber de inmediato que está en juego todo. Para poder dominar de alguna manera, el tráfico que se intensifica cada vez más, trabaja un equipo gigantesco de arquitectos y técnicos día y noche. Se ha llegado ahora al extremo de tomar en consideración la instalación de calles de diversos pisos. Las calles para los coches deben ser trasladadas debajo de las casas, también las veredas ubicadas encima en arcadas. Deben tenderse puentes de un lado de la calle al otro, todo un tejido de pasarelas, pasillos, pasos eternamente iluminados artificialmente, están planeados. La nueva ley Norteamérica de las tres zonas permite mediante el retroceso de los pisos un desarrollo en altura de las casas que va mucho más allá aun de lo existente hasta ahora, como lo muestran los proyectos de los arquitectos H. Ferris, R. Hood, M. Rusell y Crosell. La meta de todos estos esfuerzos técnicos que presentan la libertad de residencia como fundamento ideológico, es un montón de gigantescas pirámides de piedra, dentro de las cuales toda vida humana debe asolarse, petrificarse, y alguna vez morir definitivamente. Este fundamento cosmovisional debe ser descartado, recién entonces quedará el camino libre para la superación de la técnica a través de la técnica misma. La facilidad de las comunicaciones creó la urbe mundial. Por causa de esta facilidad de comunicaciones ella morirá si es que nosotros no queremos sucumbir racial y anímicamente. La Polis creó la cultura griega, la pequeña ciudad, la ciudad mediana, toda cultura propia del pueblo en Europa: la mirada que se fue ampliando del anterior labriego individual concibió el pensamiento de un Estado sin perderse en lo infinito. Solamente así pudo originarse una estructura cultural orgánica.

La facilidad de las comunicaciones, la prensa (si es dirigida decentemente), la radiodifusión y la observación personal, permiten hoy a toda persona adulta el juicio sobre las cosas de una ciudad cuyo numero de habitantes no supere en mucho los 100.000; las inexactitudes de información que provienen desde afuera, ella es capaz de rectificarlas aquí mediante la propia observación. El accionar de los políticos comunales con respecto al bienestar del Estado corresponde a las preocupaciones diarias de los artesanos, de los trabajadores de todas las profesiones. Aquí también está abierto el camino para la verdadera apreciación de los rendimientos. Para las elecciones comunales resulta, por ende, la posibilidad de una elección directa por anchas masas del pueblo, pero que igualmente ha de apuntar a personalidades y no a listas. Los candidatos son propuestos por guildas, agrupaciones y la Orden Alemana en su representación local. De este modo los electores del parlamento ciertamente se basan sobre un ancho fundamento popular, pero no en la masa anónima. Para las elecciones comunales también podrá subsistir el derecho electoral de la mujer. Una voluntad popular que surge de abajo, orientada hacia personalidades visibles, debe, por consiguiente, salir al encuentro de la voluntad gobernante desde arriba. La monarquía ilimitada sólo conoció

la dirección de arriba hacia abajo, la democracia caótica sólo el estancamiento de las masas de abajo hacia arriba. El Estado alemán del futuro, hecho realidad por el acto de poder de unos pocos, no entregará a las personalidades creadoras de tipos a ninguna veleidad electoral y a ningún fraude monetario, sino que los mantendrá en el poder por el conductor del Estado y los renovará cada vez a través de una educación en la Orden Alemana. Mediante la elección esbozada se ofrece a las personalidades creadoras, sin embargo, una posibilidad de ascenso sin obstáculos. El Reich venidero es, por lo tanto, como ha sido expuesto, nacionalista y socialista, es decir, no está fundado sobre tibios estados de ánimo, sino sobre la pasión forjadora de tipos y la humanidad ligada a la raza. El nacionalismo en su forma más ardiente es premisa y meta final del accionar, el socialismo el aseguramiento estatal del ser individual bajo el signo del reconocimiento de su honor individual y a favor de la protección racial.

Si esta delimitación hacia uno de los lados tuvo que ser hecha para superar la urbe mundial asesina de pueblos, hacia el otro lado, en cambio, debe alertarse ante aspiraciones que quieren suprimir la ciudad en sí, para subdividir Alemania en pequeñas colonias de no más de doce mil habitantes. Los defensores de estas ideas seductoras pasan por alto que con esto se emprende fundamentalmente la tentativa sin perspectiva de éxito de volver a iniciar una era a-histórica, "vidente de la naturaleza". Ochenta millones de seres humanos necesitan para llegar a ser una totalidad conforme a ideas, puntos nodales de la vida lo suficientemente grandes como para ofrecer a muchas personalidades fuertes el necesario aire espiritual para respirar, pero también limitados estructuralmente en forma adecuada para no hacerlos hundirse en el caos de muchos millones aglomerados y, sin embargo, astillados. Sólo en la ciudad se forma cultura, sólo la ciudad puede constituir un foco de la vida nacional consciente, reunir las energías existentes, orientarlas al todo y hacer posible aquella visión política del mundo que precisamente Alemania, como Estado abierto hacia tantas direcciones, necesita más que todos los otros. Algunos centros de 500.000 y muchos de alrededor de 100.000 son, por consiguiente, una necesidad anímica, debiéndose perseguir al respecto incondicionalmente, una descentralización de todos los establecimientos técnico-económicos a fundarse.

Haciendo abstracción del rechazo consciente de la "libertad" liberal, es la situación de apremio político-militar la que nos obliga a hacer pedazos las urbes mundiales. Las posibles guerras futuras estarán fuertemente signadas por las flotas aéreas. Blanco de las bombas de gas y altamente explosivas serán siempre las grandes urbes. Cuanto más dispersas estén ubicadas las fábricas y las ciudades, tanto más reducido el perjuicio de ataques de la aviación. El destino nos obliga hoy como en tiempos anteriores, a que todo el pueblo debe participar de la lucha por su existencia. Antiguamente el señor del castillo edificaba un muro alrededor de sus casas burguesas, cuyos habitantes en su totalidad debían participar de todos los combates. La época liberal desarrolló ejércitos profesionales, los burgueses dejaron que los soldados defendieran sus vidas y para más criticaban aun descaradamente el militarismo. Este pseudo-idilio ha pasado: la técnica que otrora había trazado una muralla de acero alrededor de todo un Estado, ella misma la ha vuelto a romper, restableciendo la antiquísima relación orgánica. entre pueblo y guerra. Y de esta manera, la visión del mundo y el destino imponen conjuntamente el desmontaje de la ciudad mundial, la construcción de ciudades y vías según puntos de vista estratégicos. Si antes se construyeron intrépidos castillos sobre cimas de montañas, hoy se guardará todo lo importante en casamatas de hormigón debajo de la tierra. Toda una ciudad de casas altas se convierte en una locura; también este conocimiento obligará a determinadas consecuencias en materia de arquitectura de ciudades.

Estas son algunas líneas fundamentales del nuevo sistema político-estatal, tal como resultan por sí mismas del valor supremo de nuestro pueblo y su destino. De ellas a su vez se desprenden ulteriores medidas, que son de naturaleza puramente técnica y se hallan, por consiguiente, fuera del marco de este libro.

Que se haya podido considerar al Estado como un campo de migraciones de pueblos sin plan alguno parecerá a una generación futura una locura, tan desvariado y suicida como todas las demás exigencias del liberalismo político.

Si el Reich venidero tomará el ropaje de un kaiserismo, una monarquía o una republica, nadie de entre nosotros lo sabe. En lo individual no podemos presentir el sentimiento de forma del futuro. Las viejas coronas imperiales han rodado por el polvo, la republica había surgido de una acción de la que los alemanes se avergonzarán aun después de mil años. Sólo la antigua idea germánica del rey ha mantenido hasta hoy —así parece—su brillo mítico. Ella constituyó la columna vertebral orgánica en una época en que el kaiserismo romano se extendía sin límites sobre todo el mundo. Ella constituyó la base de la nueva fundación del Reich en 1871. A ella la cultiva aun hoy el sentimiento troncal. Las 23 dinastías están derrocadas; ellas no deben volver más si Alemania no ha de ser presa nuevamente de terrible discordia interior. Los *países* [*Estados provinciales*. N. del T.] deben cerrar sus parlamentos y cada uno de ellos ampliar su venerable pensamiento de la monarquía troncal. Al viejo concepto del Kaiser le está adherida la idea de un imperialismo; se piensa solamente en pompa y poder. El concepto de Rey es más íntimo, más unido a la tierra. En su Rey el sencillo bávaro piensa con igual vivacidad que el leal prusiano, el "Kaiser" era para el pueblo un ser abstracto por la "gracia de Dios". Estamos bastante hartos de la actuación, a menudo

al estilo de opereta, de la época anterior a 1914; pero nos repugna aun más la mezquindad asociada con la ostentación de los advenedizos parasitarios de la democracia. Queremos ver en un Rey alemán, ciertamente, un ser humano como nosotros, y, sin embargo, un mito heroico personificado. Así como el reluciente casco de punta ha cedido el lugar al gris casco de acero en las tempestades de las batallas, así el futuro también encontrará la forma de un liderazgo popular alemán nacionalistasocialista a través del nacimiento de un Estado-Orden, como el anhelo corporizado de la generación actual por el Reich venidero, como plena realización del sacrificio de aquellos dos millones que dejaron su vida por Alemania.

De esta única exigencia, de colocar el honor del pueblo y la protección de la raza en el centro de toda la vida estatal, resulta una imagen del mundo que del caos del siglo 19 se diferencia como el día de la noche. Del ideal mercantil carente de honor surgieron la Guerra Mundial rojo-sangre, revueltas mundiales seguidas del más bajo esquilmo de los pueblos. El siglo 19 dio a luz como a su fruto más maduro al bolcheviquismo, la invasión pestífera más asoladora del espíritu oriental que jamás desde la Inquisición enviara sobre Europa sus vahos venenosos. De este único viraje interior y renacimiento se eleva, claramente diseñada en todos sus grandes contornos, la visión soñada de un nuevo Estado, sienten ya hoy millones un nuevo anhelo por el tipo y la ley, atados a la tierra y sostenidos por el honor. El camino es claro, imprimir sobre él los rastros es misión de la vida eternamente palpitante, progresiva. El Maestro Eckehart dijo: “Son los pozos más profundos los que llevan las aguas más altas”. El pueblo alemán ha caído en 1918 por propia culpa en las más profundas profundidades y durante quince años fue atormentado y martirizado en la forma más indigna por sus enemigos interiores y exteriores. A pesar de ello han surgido fuerzas que, habiendo llegado a la profundidad de la vida, redescubrieron precisamente aquí las eternas fuentes primigenias de la fuerza popular alemana, y ahora llevan, dispuestos a la lucha, estas vivencias y conocimientos a través de la desolación de la época. Aquello que el siglo 19 ha delinquido en comodidad burguesa, desvarío criminal marxista y en la más amplia carencia de ideas, lo debe reparar el actual siglo 20 en medio de un mundo hostil como nunca aun se ha enfrentado a Alemania en tal concentración de poder.

Por eso la nueva doctrina de la vida tampoco es una blanda prédica melancólica, sino una exigencia dura y acerba, porque sabemos que la doctrina del humanitarismo trató de actuar en contra del proceso de selección de la naturaleza, y que por tal razón la naturaleza se venga destruyendo alguna vez hasta lo ultimo estas tentativas democráticas y otras similares. La esencia de la renovación alemana consiste, por consiguiente, en integrarse en las eternas leyes aristocráticas de la sangre y no fomentar por debilidad la selección de lo enfermo, sino, por el contrario, en llevar nuevamente a la cabeza mediante una consciente selección lo volitivamente fuerte y creador, sin una mirada retrospectiva a lo que queda atrás.

Al contemplar hoy en su conjunto el pasado alemán, por ejemplo, si paseamos por Dinkelsbühl o Rothenburg, vemos un cuadro acabado de la cultura germánica, de una fueza creadora y una fuerza de defensa sin par. Sabemos que la Guerra de los Treinta Años ha destruido para siempre un sentimiento vital, que los siglos 17 y 18 se hallan en medio como profundos precipicios y que recién con la vigorización del Estado prusiano comenzó nuevamente a latir una vida completamente joven. En las Guerras por la Liberación de 1813 y sus hombres, vemos surgir el concepto de una nueva estructuración de la vida alemana, y nosotros, los seres humanos de hoy, continuamos a partir de los conductores de estas Guerras de Liberación en su carácter de primeros fundadores de una idea estatal y de un nuevo sentimiento de la vida.

Pensamos en el gran Frehierrn vom Stein, que sólo conocía una Patria que se llama Alemania, y que declaró: “Para mí las dinastías en este momento de grandes evoluciones son completamente indiferentes; son sólo instrumentos ; mi deseo es que Alemania se vuelva grande y fuerte, para volver a recuperar su independencia y nacionalidad, y afirmar ambas dada la ubicación entre Francia y Rusia; no puede ser mantenida por la senda de formas viejas, caducas y podridas”. “Oponerse a los ilusos democráticos y a la arbitrariedad principesca” lo calificó Stein como la línea de su lucha. Esto también lo hacemos nosotros, sólo haciendo resaltar que en el lugar de los ilusos democráticos se habían puesto criminales marxistas. Y otro más se alza ante nuestros ojos como profeta que está a la espera de su resurrección: Paul de Lagarde. Ninguno como él vio las fallas conducentes a la decadencia del segundo Reich liberal, y conmovedoramente se quejó: “Nuestros días son demasiado oscuros para no prometer un nuevo sol. A este sol yo lo espero”.

Y nosotros nos sentimos hoy amparados por la concordancia con los realmente grandes de la Nación alemana, felices y llenos de fuerza en la incondicional fe de representar como renovación alemana, la aparición de aquel sol al que esperaban Stein y Lagarde y muchos otros, por el que ellos actuaron como seres aislados. Nosotros somos interiormente fuertes y estamos henchidos como nunca aun un movimiento revolucionario de Europa.

La revolución francesa de 1789 fue sólo un único gran derrumbe, sin pensamientos creadores, y hoy presenciamos su podredumbre; nuestra época de cambio radical y del conocimiento de las esencialidades específicas de la sangre significa la más grande revolución anímica que hoy toma conscientemente su iniciación. Y estos interrogantes de la época nos arremeten diariamente, y es deber de todos nosotros ocuparnos de ellos, tomar conciencia de la pugna espiritual y de incorporar a los que han despertado en las

filas del ejército de la Alemania que despierta. Es deber y cometido de cada uno aprehender siempre de nuevo los cometidos que se plantean “en forma renovada a la Nación, servirles respetuosamente y esta vida es, en verdad, la bienaventuranza eterna.

IV. EL DERECHO NÓRDICO-ALEMÁN

1.

En la adulteración a través de influencias romano-sirias, de la idea nórdica del derecho, consciente del honor, reside una de las causas más profundas de nuestro desgarramiento social. El pensamiento romano puramente capitalista privado "santificó" en la mano del ídolo estatal absoluto —indistintamente que esté corporizado en la monarquía o la republica— la incursión depredatoria de un pequeño gru po de seres humanos que mejor que todos, había sabido deslizarse a través de las mallas de una red de un articulado puramente formal. El deterioro espiritual fue necesariamente cultivado por este motivo y el "derecho" los protegía. El rencor sordo de millones de sojuzgados fue, por cierto, falsificado por el marxismo, pero fue más que justificado frente al escarnio de todos los conceptos germánicos del derecho, de lo cual el Estado y la Iglesia tuvieron la misma culpa. En posesión de todo el poder, "el Estado" promulgó ahora, ciertamente, las así llamadas leyes sociales, pero no en nombre del honor del pueblo, de la justicia y del deber, sino como una dádiva desde arriba, en cierto modo, en base al famoso amor "cristiano", a la gracia, a la compasión y a la misericordia. Esto no fue ni bueno ni justo, como muchos aun nos quieren hacer creer con retrospección extasiada al tiempo de pre-guerra, sino que fue más bien la continuación del insulto a nuestra nacionalidad, tal como había sido elevado a principio básico por el liberalismo de todas las formas.

Lo que habían comenzado monarcas pro-liberales fue terminado por el marxismo en todos sus matices, dado que, no obstante sus presuntas luchas contra la democracia capitalista, provenía de la misma concepción del mundo adoradora de la materia que ésta. Nunca aún el "derecho" sin honor ha imperado en tal forma como cuando el dinero en sí llegó a ser, soberano absoluto. "El derecho" se originó en todas partes —dejando de lado su anclaje metafísico— de la auto -ayuda. Por lo pronto como pura lucha por las posibilidades de existencia, por la preservación de la libertad exterior, luego al servicio de determinados valores del carácter. El ataque al honor del individuo llegó a ser punto de partida de una defensa personal legalmente reconocida. Esta auto-ayuda fue luego, extendida a la preservación de los intereses y del honor del linaje. Recién, poco a poco aparecieron agrupaciones mayores —Iglesia y Estado— para reemplazar la auto-ayuda por tribunales de validez general al servicio de la comunidad, personificada por el obispo o rey. Según la concepción germánica esta intervención en la vida del individuo tiene sólo justificación en cuanto representa una protección del honor. La Iglesia ha rechazado este pensamiento primigenio del Occidente nórdico o sólo lo ha reconocido en parte y de mala gana; el derecho válido entre nosotros conoció hasta hoy sólo la así llamada "defensa de intereses legítimos", siendo indistinto al respecto si esos intereses son de naturaleza honorable o desdorosa. Un paso conforme a la naturaleza, de la protección del honor del individuo a la protección del linaje, hubiera sido el anuncio de la protección del honor del pueblo. Pero precisamente aquí nos hallamos quizás ante el símbolo más terrible de la decadencia del carácter, que hace tiempo ha comenzado, pero que recién hoy se ha hecho tan evidente como nunca antes: ¡en toda la ley "alemana" no hubo ni una sola disposición entre mil que pusiera bajo pena una injuria al honor del pueblo! Así, pues, pudo suceder que el nombre y la reputación del pueblo alemán pudieran ser mancillados impunemente por todos los que lo quisieran hacer. Judíos berlineses llamaron a la "Germania" —el símbolo de la alemanidad— una ramera, a todo el pueblo el "eterno boche", una "nación de funcionarios cadáveres, ganado electoral y asesinos"... Ningún fiscal de Estado no movió antes de 1933 ni tanto como el dedo meñique para mandar a presidio a esta gente. En cambio, hombres que calificaron a estos judíos como canallas fueron penados sin miramientos por "ofensa".

De este estado de cosas resultó todo lo demás, grotesco, demencial, en el que nuestro tiempo es tan rico. Notorios traidores a la Patria no fueron "castigados" con presidio grave, ni siquiera con cárcel, sino con arresto de honor, la mentalidad pacifista fue hecha valer abiertamente por tribunales alemanes como causa atenuante, mientras hombres que, cubiertos de cien heridas durante la más dura época de lucha liquidaron a espías a sueldo, fueron condenados a muerte o a presidio correccional perpetuo como "asesinos del tribunal secreto ilegal". Por consiguiente, al que obraba dañando al pueblo se le había atribuido honor, al luchador por el pueblo se trató de robarle el honor. A tales resultados terribles puede llegar una "justicia" desalmada, porque carece de toda medida con referencia al interés y al honor del pueblo. Una interpretación germánica del derecho debe otorgar a todo miembro del pueblo el derecho de defender con la palabra y la acción el honor de la Nación, también a través de la auto-ayuda en el terreno de los hechos cuando las circunstancias no permiten la intervención de los tribunales. Conceder a los traidores a la Patria mentalidad pacifista como circunstancia atenuante, significa declarar al cobarde en igualdad de derechos con el hombre valiente. Por tanto, es más que justificado formular, por fin, de una vez la siguiente exigencia:

“Todo alemán y no-alemán que viva en Alemania que mediante la palabra, la escritura y la acción incurre en la culpa de injuria al pueblo alemán, será castigado, según la gravedad del caso, con prisión, presidio o con la muerte”.

“Un alemán que fuera de los limites del Reich comete el mencionado delito será, si no se somete al tribunal alemán, declarado sin honor. Perderá todos los derechos de ciudadanía, será desterrado para siempre del país y proscrito. Su fortuna ha de ser confiscada en favor del Estado”.

En el manejo de la idea del derecho reside, quizás, la más grande fuerza formadora de tipos, pero también destructora de tipos. Si las ideas de naturaleza filosófica o religiosa están a menudo alejadas de la vida, en cambio, la existencia diaria exige el permanente accionar práctico de la ley reguladora. Según el valor supremo de un pueblo, de un Estado o de otra representación legal, la postura cívica, pero también el estilo del pensamiento, es determinado, formado o corrompido. El pensamiento del honor y de la lealtad fue el rasgo básico del derecho nórdico-germánico, que también fuera de Alemania siempre actuó estructurando el pueblo y el Estado. El pensamiento del derecho romano aseguraba el carácter orientado sólo a lo personal de las épocas capitalistas. El pensamiento sin honor del judaísmo —corporizado en el Talmud y en el Schulchan-aruch— constituía el elemento corruptor siempre allí donde el judío pudo llegar a ser “representante del derecho”. El solo hecho de que entre “nuestros” abogados actuara un número tan descomunal de judíos, y además “con éxito”, ya demuestra para todo el que piensa más profundamente que habíamos sido despojados del derecho alemán.

2.

Sobre el concepto del honor de los caballeros ya he llamado la atención al comienzo Pero éste nos sale al encuentro también en todos los documentos legales del hombre germánico a través de todos los tiempos como el eterno mito del alma racial nórdica. La capacidad de sacrificar su vida a la idea del honor es considerada por las sagas de Islandia como la esencia del hombre nórdico. Este bien era protegido con el sacrificio de todos los otros bienes. Primero por cada uno personalmente, luego mediante la representación ante la comunidad personificada en el juez y que igualmente se basaba en el concepto del honor. “Es mejor proteger la libertad con el arma que mancillarla mediante el pago de intereses”, refiere Paulus Diakonus con referencia a los conceptos de los reyes longobardos. El venerable *Sachsenspiegel* [Código de Leyes de la Edad Media. N. del T.] declara: “El bien sin honor no debe ser considerado bien, y el cuerpo sin honor se suele con razón tener por muerto”. “Razón” tenía según los conceptos germánicos, sólo aquel cuyo honor era intachable; después de 1918 tenía “razón” aquel que poseía más dinero, aun cuando fuera el mayor canalla. “Otra gente, que toma bien por honor” era considerada por el derecho municipal de St. Pölten como incapaz de asumir cargos públicos. “Los gremios deben ser tan limpios como si hubieran sido seleccionados por palomas”, manifestaban los artesanos del pasado alemán. “Así todo el honor viene de la lealtad”, como dice el Sachsenspiegel, y la frase de Schiller sobre la Nación indigna que no pone su todo en aras del honor, es solamente la idéntica expresión de la misma alma tal como hace miles de años laboró configurando nuestra vida, hasta que junto con una religión extraña aun no transformada y el pensamiento estatal romano, también un derecho extraño se extendió sofocante sobre esta vida.

Los doctores del kaiserismo, ajenos al pueblo, injertaron a los troncos germánicos un derecho extraño y pensamientos sin honor; ellos actuaron como simples alguaciles de los poderes imperantes eclesiásticos y estatal romanos. Ya Geyler von Kaisersberg se queja de los “*Zungenträtscher*” [*Parlachines*, chismosos. N. del T.] que “con su palabrería eran enteramente perjudiciales al provecho común”, y sólo se ocupaban de sus propios negocios. En el año 1513 apareció un poema, la *Welschgattung* [*Linaje latino*. N. del T.] que remite del todo conscientemente la pérdida de la libertad alemana al derecho romano. Urich von Hutten por su parte señala (en la conversación de *Die Räuber* [*Los Bandidos*. N. del T.] a los bajo-sajones, que, en su derecho se arreglaban sin los nuevos doctores. Que Alemania había estado mejor cuando el derecho se basaba aun en las armas y no en los libros. Así también la primera y hasta ahora única revolución social alemana estaba completamente justificada en su esencia: el alzamiento de los labriegos a comienzos del siglo 16 contra la servidumbre romana en su triple forma como Iglesia, Estado y falseamiento del derecho. Hoy, a comienzos del siglo 20, la revolución anímico-espiritual es proseguida. Hasta el triunfo definitivo.

El falseamiento del antiguo derecho germánico a favor de los legítimos tiranos eclesiásticos y mundanos fue la causa del atropello social del siglo 15. Los labriegos, que invocaban sus viejos derechos, fueron mandados a casa burlándose de ellos. También el argumento del *Bundschuh* (Zapato medieval de los labriegos que constituyó la insignia campal de los campesinos sublevados y dio su nombre a la liga campesina. N. del T.] de que este avasallamiento “no era acorde con la palabra de Dios”, surtió tan poco efecto en los prelados romanos como en los doctores romanos de los príncipes. Así comienzan ya desde el año 1432 los alzamientos de labriegos contra los *Junker* [*Nobles rurales*. N. del T.] y obispos, pero también contra los judíos prestamistas usureros, que huyeron a las ciudades bajo la protección del báculo curvo. En

1462 el arzobispo de Salzburgo impuso enormes impuestos, y cuando el pueblo atormentado se alzó contra él, acudió en su ayuda el duque Ludwig von Bayern para abatir a los labriegos. En 1476 apareció el primer "socialista" (Johann Behn), quien exigía la expropiación de los príncipes y prelados. Con una gran hueste Behn quiso partir desde Niklashausen, pero fue apresado antes, secuestrado y quemado en Würzburg. Es notable que paralelamente a estas luchas sociales se desarrolló el movimiento místico de los begardos, con el que había colaborado antaño el Maestro Eckehart. En todas partes las capas sojuzgadas de nuestro pueblo se empinaron contra las formas de pensar hostiles, el deterioro religioso y el bajo falseamiento de la ley. El *Bundschuh* y el *Arme Konrad* ["*Pobre Conrado*". Liga labriega rebelde de Württemberg. N. del T.] temporariamente liderada por los mejores caballeros (Florian Geyer) recorrieron los países alemanes. Pero la violencia de la corriente largamente contenida no pudo ser domada. Incendiando y saqueando las salvajes huestes pisoteaban todo lo que encontraban a su paso. Lutero —para mantener a su Reforma libre de luchas sociales— se puso del lado de los príncipes de armadura despojando así al movimiento de los labriegos de su fuerza impulsora del bien. Así el alzamiento alemán de los labriegos, que se iba arrastrando sin grandes conductores, fue sofocado; había sido mesurado y sostenido por las aspiraciones de mayor ética, pedía mucho en sus doce puntos de lo que el actual programa de renovación también ahora debe volver a exigir, pero al que los conductores de la Iglesia y de la administración del Estado en aquel entonces prestaron tan poco oído como en el siglo 19, cuando una economía mundial sin honra avasalló de nuevo "legítimamente" a millones.

Otrora el pensamiento corporativo actuaba con más fuerza que el estatal romano. A la cabeza de esta fuerza social creadora se hallaba, en la temprana Edad Media, el estamento de los caballeros. La liga feudal formada por él representó, expresado en nuestro idioma, el primer gremio alemán. Este "gremio" fue lo que mantuvo unido a todo el Reich, no la Iglesia romana, como una consciente falsificación de la historia se complace en presentarlo. Después del gremio de los caballeros siguieron la liga de las ciudades, las guildas, las ligas de aldeas y de juzgados, las corporaciones de comarcas rurales. Esto era vital derecho alemán, y se debe interpretar como un primer signo de osificación de nuestra vida que el derecho eclesiástico, el corpus iuris canonici, comenzara a actuar a partir del siglo 13, el que precisamente durante la Guerra Mundial en 1917 fue renovado y declarado inmutable como principio. Ahora, este así llamado "derecho divino" no puede ser modificado por ninguna costumbre y bajo ninguna circunstancia. Junto a la inmutable ley "divina" existe una ley modificable, inferior. También ésta es avalada o modificada por la Iglesia, el pueblo no tiene participación en ello. "El pueblo reza, sirve, hace penitencia". El derecho "divino" es dominio absoluto del Papa, el poder de consagración del obispo, los sacramentos... Como se ve, también aquí Roma es consecuente y succiona del mito de la lugartenencia de Dios, todavía, la última gota de miel.

Si se tiene presente cuán fructífero y prodigador de vida ha sido en el pasado el antiguo derecho germánico, recién entonces se apreciará debidamente esta yugulación de las fuerzas creadoras de derecho del pueblo alemán en toda su funesta magnitud.

En el año 643 surgió el derecho de los longobardos del Rey Rotharis y engendró una gran cantidad de florecientes escuelas de derecho que tenían su centro en Pavía. Los códigos de derecho de las posteriores ligas de ciudades de Lombardía y de Alemania se remiten a esta creación de los longobardos. Los francos, alemanes, etc., llevaron consigo en sus migraciones también sus concepciones raciales del derecho y desalojaron el derecho romano antiguo. El posterior escurrimiento de la sangre francona y bávara propulsó de nuevo el derecho romano postrero. La "gran" revolución francesa significó la destrucción de los componentes germánicos y de las interpretaciones germánicas del derecho. Desde entonces "Francia" está determinada judeoromanamente. El derecho de los sajones creó a Inglaterra. El derecho normando constituyó el fundamento del antiguo Estado ruso. El derecho germánico creó vida y costumbres en las colonias ésticas de la Orden de los Caballeros, más tarde la Hansa. El estatuto alemán para las ciudades formó la organización comunal hasta en Ucrania. El derecho de Lübeck dominó y cultivó a Reval, Riga, Nowgorod. El derecho de Magdeburgo creó la infraestructura del Estado polaco; él fue el eslabón de unión que siguió actuando como formador de tipos hasta cuando el Estado polaco fue disgregado por la Contra-Reforma y se encaminó hacia su hundimiento.

3.

Desde hace siglos se discute si el derecho debe ser colocado por encima de la política, o la política por encima del derecho, es decir, si ha de predominar la moral o el poder... Mientras ha habido linajes de la acción, la soberanía siempre ha triunfado sobre principios ilimitados. Pero si en lugar de los formadores fue un linaje de satisfechos y estetas los que condujeron una época, el grito de combate fue siempre el de "derecho internacional" y "principios éticos", detrás de los cuales, por lo general, no se escondía otra cosa que una gran cobardía. Pero aún donde esto no ha sido el caso (Kant), el interrogante con respecto a derecho y política ha sido mal formulado. Hasta ahora se han considerado ambos conceptos como dos

unidades existentes por sí mismas, casi absolutas, y después, en cada caso, según su carácter y temperamento, se ha emitido el juicio acerca de la deseable relación entre sí.

En cambio, se había olvidado que ambos —derecho y política— no son entes absolutos, sino sólo determinados efectos de seres humanos de determinada especie.

Ambas ideas se refieren, también desde el punto de vista del predominio de lo nacional, a un principio colocado encima de ambos, que debe guiarlos tanto en circunstancias estatales intemas como externas, y que según su utilidad al servicio de algo superior, los incorpora a su estructuración de la vida.

Un antiguo principio legal indio de la prehistoria nórdica reza: "Lo justo y lo injusto no andan de acá para allá y dicen: esto somos nosotros. Lo justo es lo que los hombres arios consideran como justo". Con esto ha sido esbozada la sabiduría primigenia hoy olvidada de que el derecho es tan poco un esquema exangüe como la religión y el arte, sino que eternamente está enlazado a una determinada sangre, con la cual aparece y con la cual desaparece. Ahora bien: si la política en el mejor sentido de un verdadero arte de gobierno significa afirmación exterior con miras al fortalecimiento de una nacionalidad, entonces "el derecho" no se opone a ello en ninguna parte cuando se lo entiende en el sentido justo como "nuestro derecho", donde es un miembro servidor, no dominador, dentro de la estructura total de una nacionalidad. Así como nuestros humanistas del arte miraron a la Hélade como al único modelo en lo artístico, y no como a una estructura orgánica, así nuestros humanistas del derecho, a Roma. También ellos no vieron que el derecho romano era un producto del pueblo romano y no podía ser imitado por nosotros porque estaba referido aun valor supremo distinto al nuestro. El tipismo social y militar de Roma dio a luz como contrapartida una concepción del derecho puramente individualista. El pater familias, que disponía de la vida y de la muerte de los miembros del linaje, es el símbolo de la objetivación romana, del concepto de la propiedad llevado al extremo. En la concepción romana del derecho reside al mismo tiempo la santificación del capitalismo individualista. El ser individual económico deviene valor supremo, al que le está permitido defender sus "intereses legítimos" casi con todos los medios, sin que se pregunte si el honor del pueblo ha sufrido por la fundamentación de esteYo económico.

Por cierto, el antiguo derecho romano, al que por el restante tipismo le estaban fijados sus límites no escritos, no puede hacerse responsable de las manifestaciones bastardas de la Roma postrera (que, por lo demás, poseía algunos aportes longobardos de la misma especie), con que nos obsequiaron el Estado romano y la Iglesia romana para perfeccionar "legalmente" la esclavización de los pueblos libres. Pues al adoptar únicamente el principio legal absolutamente capitalista privado, sin poder revivir realmente la totalidad de la vida romana antigua, fue arrancado de la viguería de un edificio estatal orgánico que lo sostenía, recibió una función distinta, más aún: de una función se transformó en medida absoluta. De una expresión complementaria del tipo, por lo demás rígido, se transformó en ley el desenfreno subjetivista. Este hecho es encubierto hasta hoy por formalidades. "Los hombres nunca hubieran acrecentado la herencia de la humanidad por la idea de un derecho autónomo, par del Estado, si no hubieran realizado el contraste del ius singulum y del ius populi con vigorosa unilateralidad. Aquí la soberanía del uno e indivisible poder del Estado, allí la soberanía del individuo, éstas fueron las poderosas palancas de la historia del derecho romano." [110] Así caracterizó con acierto O. Gierke la forma de la polaridad romana de la vida. Los mil artículos son interpretados por la sociedad individualista actual como piedras que están para ser soslayadas. Esto es natural: pues dado que en el individualismo económico irrefrenado, "el derecho", es pensado y aplicado sin referencia a la raza y al pueblo y dado que, por consiguiente, el honor del pueblo no es tampoco el centro determinante, así también los caminos hacia una meta economica son juzgados sólo desde un enfoque formal-jurídico, no desde el punto de vista de la conciencia del honor nórdico-germánico.

Horrorizados ante estas cosas que hoy se han hecho evidentes, muchos tratan ahora de salvarse clamando por la "independencia del derecho" de los poderes de los partidos, del dinero y demás. Pero al respecto no ven que a esta así llamada libertad, es decir, falta de referencia a un centro plasmador, es debido precisamente el estado actual de la carencia de derecho. Y esto también porque la política, como ha sido explicado, fue entendida igualmente como imposición de la así llamada autoridad del Estado, puramente formal, no como un rendimiento al servicio del pueblo y su valor supremo.

"El" derecho y "el" Estado estaban como otras dos costras sobre nosotros, al igual que "la" religión, "el" arte y "la" ciencia. Su vacua exteriorización de poder ha despertado fuerzas revolucionarias. En primer término, la fuerza de los desesperados sojuzgados sociales, hoy finalmente también la revolución del alma racial nórdico-germánica despojada de su valor supremo.

Este es el hecho esencial, que por cierto, es oscurecido por compromisos jurídicos, como lo representa, p. ej., el Código de Leyes civil alemán. (En el que sólo se han vuelto a imponer algunos rasgos de la antigua conciencia germánica del derecho).

---

[110] *Die soziale Aufgabe des Privatrechts*, [*La Misión social del Derecho privado*, N. del T.], Berlín, 1889, p. 6.

Si enlazamos la conclusión de estos conocimientos con lo expuesto al conuenzo, resulta (en primer lugar en sentido estatal interior) que el derecho y la política sólo representan dos diferentes manifestaciones de la misma voluntad que se halla al servicio de nuestro supremo valor racial. El primer deber del juez es proteger el honor del pueblo mediante sentencia frente a todo ataque, y la política tiene el deber de realizar tal sentencia totalmente. Inversamente la política —como poder legislativo y eiecutivo— tiene el deber de promulgar solo leyes tales que en sentido social, religioso y de moralización general sirven al valor supremo de nuestro pueblo. Aquí el juez tiene voz consultiva.

El ídolo del siglo 19 fue la economía, el provecho. Todas las leyes fueron referidas a este principio; toda propiedad llegó a ser mercancía, todo arte, artículo de comercio, la religión en las colonias y la misión de "paganos", auxiliares de traficantes de opio, contrabandistas de diamantes o propietarios de plantaciones. En vano el pensamiento nacional luchó contra la dispersión de nuestra vida específica propia. Era demasiado débil, porque no era un mito que todo lo abarcaba, sino que sólo era considerado un valor entre otros. Ni remotamente como el valor supremo, con frecuencia como un cómodo medio auxiliar de explotación. Así también el derecho llegó a ser ramera de la economía, es decir, de la avidez de provecho, del dinero, que decidía la política. La democracia "alemana" de noviembre de 1918 significó el triunfo de la más sucia mentalidad de *Schieber* [Literalmente "*pasadores*". Con este término se hace referencia a los intermediarios superfluos y deshonestos. N. del T.] que el mundo ha visto hasta ahora. Si, por consiguiente, propugnamos hoy una ley tal como fue bosquejada al comienzo, esto significa un ataque consciente a la esencia de todas las democracias actuales y de sus estolones bolcheviques. Significa el reemplazo del concepto sin honor de la mercancía por la idea del honor y la exigencia del completo dominio de lo popular [Corresponde señalar que el concepto nacionalsocialista del pueblo que expresa Rosenberg, nada tiene que ver con la absurda tesis acientífica y asocial de la democracia que niega al pueblo reduciéndolo a la generación presente, cuya supuesta voluntad expresa una mayoría artificial controlada por el dinero. Por otra parte, el "pueblo" de la democracia es una masa amorfa arrancada de sus estructuras naturales y cínicamente explotada por la burguesía capitalista. El pueblo en la doctrina nacionalsocialista —expresión orgánica de las leyes sociales naturales—, es la comunidad histórica y social. N. del E.] sobre todo internacionalismo. A esta idea debe servir uniformemente todo lo que hoy aún pugna por el predominio: religión, política, derecho, arte, escuela y sociología.

De la exigencia por la protección del honor del pueblo resulta como lo más importante, la realización desconsiderada de la protección del pueblo y de la raza.

Esta caracterización del valor supremo anímico coincide exactamente con la esencia de las diferentes perífrasis de la concepción alemana del derecho. Si se dice como Gierke: "No podemos romper con el gran pensamiento germánico de la unidad del derecho sin abandonar nuestro futuro"; [111] si se quiere colocar con M. Bott-Bodenhausen en lugar del concepto del ser el concepto del accionar, en lugar de las corporaciones, la función, la dinámica,[112] todo, sin embargo, termina en colocar por encima de la cosa, la mercancía y el dinero, las vinculaciones interiores entre el derecho y el deber. En oposición al método racional de individualización, esta especie de la creación del derecho es una actividad volitiva que une éticamente. No es el derecho irrestricto a una cosa, a una propiedad, lo que el alemán (a pesar del BGB -Código Civil - artículo 903) le asigna al propietario, sino sólo con relación al efecto de este uso de su propiedad. El hecho de estar implantado en un todo orgánico, la idea del deber, la relación viviente, todo esto caracteriza la concepción alemana del derecho y todo esto surge de un centro de voluntad, cuyo manteuimiento en estado de pureza llamamos protección del honor.

Ningún pueblo de Europa es racialmente unitario, tampoco Alemania. Según las últimas investigaciones admitimos cinco razas que presentan tipos notablemente diferentes. Ahora bien: está fuera de toda duda, empero, que ha sido en primer término para Europa la raza nórdica la que ha dado genuino fruto cultural. De su sangre han crecido los grandes héroes, artistas, fundadores Estado; ellos edificaron los fuertes castillos y las sagradas catedrales; la sangre nórdica fue poeta y creó aquellas obras musicales que nosotros veneramos como nuestras más grandes revelaciones. La sangre nórdica plasmó, antes que todo lo demás, también la vida alemana. Hasta aquellos círculos en los que se muestran hoy en su pureza sólo reducidos componentes, tienen de ella su base. El alemán es nórdico y ha actuado como formador de cultura y de tipos también sobre las razas oéstica, dinárica y éstico-báltica. También un tipo quizás predominantemente dinárico ha sido conformado interiormente a menudo por lo nórdico. Este destacar la raza nórdica no significa ninguna siembra de "odio racial" en Alemania, sino, por lo contrario, el consciente reconocimiento de un medio de unión pletórico de sangre dentro de nuestra nacionalidad. Sin este medio de unión, tal como nuestra historia lo ha formado, Alemania no hubiera llegado a ser nunca un Reich Alemán, nunca se hubiera originado la poesía germánica, nunca la idea del honor hubiera dominado y ennoblecido el derecho y la vida. El día en que la sangre nórdica desapareciese totalmente, Alemania se desintegraría, se hundiría en un caos sin carácter. Que muchas fuerzas trabajan conscientemente con este fin, ha sido

---

[111] l. c. p. 12.

[112] *Formatives und funktionales Recht*, [*Derecho formativo y funcional*, N. del T.] 1926

explicado detenidamente. Para ello se apoyan, en primer término, en una sub-capa alpina, que sin valor propio, a pesar de toda la germanización, ha seguido siendo en lo esencial supersticiosa y de sentimientos serviles. Cuando el vínculo exterior del viejo pensamiento del Reich se había desintegrado, se activó esta sangre, junto con otras manifestaciones bastardas, para ponerse al servicio de una religión mágica o al servicio del incondicional caos demócrático, que halla su pregonero en el judaísmo parasitario, pero fuerte por el instinto.

Sí una renovación alemana quiere realizar los valores de nuestra alma en la vida, debe también preservar y fortalecer las premisas corporales de estos valores. La protección a la raza, la cría de raza y la higiene racial son, por consiguiente, las exigencias ineludibles de una nueva época. Pero la cría racial significa en el sentido de nuestra búsqueda más profunda, ante todo, la protección de los componentes raciales nórdicos de nuestro pueblo. Un Estado alemán tiene como primer deber el crear leyes que corresponden a esta exigencia básica.

Y de nuevo el Vaticano se ha profesado como el enemigo más encarnizado de la cría de perfeccionamiento de lo valioso y como protector de la preservación y propagación de lo más inferior. También frente a serios eugenistas católicos el Papa Pío XI declaró a principios de 1931 en su Encíclica "Acerca del matrimonio cristiano", que no está bien tratándose de seres humanos que en sí son capaces de contraer matrimonio, pero que presumiblemente darían vida sólo a una descendencia inferior, tocar de cualquier manera la integridad del cuerpo. Pues el individuo tiene, dijo, el derecho de disponer de sus miembros y debe poder usarlos "de acuerdo con su finalidad natural". Esto, continuó, lo dice tanto la razón como la "doctrina moral cristiana", y que la autoridad mundana no tiene nunca el derecho de pasarlo por alto. Presentar la cría desenfrenada de idiotas, de hijos de sifilíticos, de alcoholistas y dementes como "doctrina de moral cristiana" es, sin duda alguna, el colmo del pensar hostil al pueblo y a la naturaleza, lo cual ha sido hasta hoy considerado quizás imposible por muchos, pero que en realidad no representa ninguna otra cosa que la necesaria consecuencia de aquel sistema de caos racial por el cual se ha puesto en evidencia la dogmática sirio-africano-romana. Todo europeo, por consiguiente, que quisiera ver a su pueblo física y anímicamente sano, que aboga por que idiotas y enfermos incurables no infecten su Nación, deberá dejarse señalar, según la doctrina romana, como anti-católico, como enemigo de la "doctrina moral cristiana", y tendrá que elegir si él es el anti-Cristo, o si el fundador del cristianismo realmente se habrá imaginado como un dogma la libre cría de seres inferiores de toda especie, tal como su "lugarteniente" lo exige tan audazmente. El que, por ende, desea una Alemania sana y anímicamente fuerte debe rechazar con todo apasionamiento esta Encíclica papal —y con ello la base del pensar romano—, que propugna la cría de la subhumanidad.

La inmigración a Alemania, que en tiempos anteriores fue juzgada según las confesiones y luego manejada de acuerdo a la "humanidad" judía, debe ser realizada en el futuro según puntos de vista nórdico-raciales e higiénicos. Al otorgamiento de ciudadanía, p. ej., a escandinavos nórdicos no se opondrá, por tanto, ningún obstáculo, pero a la afluencia de elementos mulatizados del Sud o del Este deberán oponerse dificultades insalvables. A seres humanos que están afectados de una enfermedad que influye sobre la generación venidera se les prohibirá la permanencia duradera o respectivamente se les debe privar de su capacidad de reproducción a través de una intervención quirúrgica. Lo mismo debe hacerse con criminales reincidentes. Los matrimonios entre alemanes y judíos deben ser prohibidos mientras a los judíos aún se les permita vivir en suelo alemán. (Que los judíos perderán sus derechos de ciudadanía y serán puestos bajo un derecho nuevo que les compete, se comprende por sí mismo). Las relaciones sexuales, el estupro, etc., entre alemanes y judíos debe ser castigado según la gravedad del caso con el embargo de los bienes, expulsión, presidio y muerte. El derecho de ciudadanía no puede ser un regalo de nacimiento, sino que debe ser obtenido mediante el trabajo. Sólo el cumplimiento del deber y el servicio por el honor del pueblo tiene como consecuencia el otorgamiento de este derecho, que deberá tener lugar de una manera tan solemne como la actual Confirmación. Sólo cuando se han hecho sacrificios por algo, también se está dispuesto a luchar por ello.

Esta última medida llevará casi automáticamente al primer plano a aquellos elementos raciales que orgánicamente son los más capacitados para servir al valor supremo de nuestro pueblo. Es suficiente también dejar pasar delante de sí solamente algunas compañías de nuestra Wehrmacht o SA para ver en acción a estas fuerzas de lo heroico que vienen del subconsciente. Pero para preservarlas de una traición a sus espaldas, es necesario cuidar de la limpieza detrás de éstas.

En una sentencia judicial de Viena se expuso en la fundamentación para obtener un tratamiento más benévolo, que el acusado se había hallado por lo general en un ambiente comercial, por lo que su fraude debía ser valorado menos gravemente. Estas por una vez fueron palabras claras. El pensamiento nórdico de tiempos anteriores de separar rigurosamente las acciones deshonrosas de otros delitos, ha desaparecido en la vida jurídica a-racial al igual que en la política y la economía a-raciales. Los últimos restos, por cierto, siguen aún subsistiendo en la privación de los derechos civiles y políticos durante un cierto período o de por vida. Estos restos otorgadores de valor son también todavía las últimas fuerzas preservadoras del pueblo y

formadoras de tipo, que sin embargo, habían sido casi consumadas. Bajo el signo de la democracia hasta ministros venales fueron tratados como hombres de honor, más aún, los hombres que los llamaban canallas fueron castigados duramente. Esto sucedió en nombre de la protección del Estado. Por esto sólo ya se ve que "Estado" ha sido éste. Una nueva ley alemana restablecerá, en consecuencia, el desnivel de valor entre honorable y deshonroso, y agravará el castigo por delitos deshonrosos. Sólo de esta manera puede originarse de nuevo un tipo humano alemán.

4.

El castigo no es en primer término un medio de educación, como nos lo quieren hacer creer nuestros apóstoles del humanitarismo. El castigo tampoco es una venganza. El castigo es (aquí se habla del castigo por delitos deshonrosos) simplemente el apartamiento de los tipos extraños y de la esencia extraña a la especie. Por tal razón, el castigo por crímenes deshonrosos debe traer consigo automáticamente la pérdida de los derechos ciudadanos y, en casos graves, la expulsión de por vida y la confiscación de bienes. Un ser humano que no ve en la nacionalidad y en el honor del pueblo el valor supremo, ha perdido el derecho de ser protegido por este pueblo. Que la traición al pueblo y a la Patria debe ser castigada únicamente con el presidio y la pena de muerte, cae de su propio peso.

El alemán posee una peculiaridad funesta, ya repetidamente mencionada, como herencia del humanismo y del liberalismo: de no considerar la mayoría de los problemas con referencia a la sangre y al suelo sino en forma puramente abstracta, como si las determinaciones de conceptos fueran algo existente "por sí mismo" y como si lo importante fuera sentar una palabra más o menos elástica como programa de la lucha más fiera. El arquetipo de semejante filósofo abstracto del "derecho" de índole democrática era, por ejemplo, Karl Christian Planck, quien también durante la guerra franco-alemana sólo se dedicó a investigar si es que Alemania realmente poseía el "derecho" de imponer sus necesidades vitales. En largas disquisiciones filosóficas llegó a la conclusión de que Alemania debía abandonar el pensamiento nacionalista, porque este pensamiento actuaba en forma "provocadora" sobre los vecinos.

Pero que la ola nacionalista en los países vecinos debía originar también en Alemania una justificada voluntad de defensa, no le vino a la mente al filósofo del "derecho" Planck y a todos sus sucesores hasta Schücking y Friedrich Wilhelm Förster. El resultado práctico de este esquematismo exagüe fue, no obstante, que al pueblo alemán le fueron coartados sus derechos vitales en beneficio de la voluntad nacional de otros pueblos.

Lo que de este modo adquirió validez en la política exterior, también tuvo lugar en la política interior de la misma manera. A los inmigrantes judíos del Este les fueron concedidos, desde el punto de vista de un "derecho" puramente abstracto, derechos que no solamente no tenían nada en común con los verdaderos derechos del pueblo alemán, sino que los contradicen. Y de este modo, por necesidad natural terminó por darse la situación de que del derecho abstracto resultó el privilegio de los judíos con respecto a los alemanes.

De la misma manera como los pseudo-pensadores democráticos lucharon por "el derecho", luchó también el socialdemócrata convencido contra "el capital". Nuevamente un concepto exangüe, más exactamente, una simple palabra, llegó a ser el objeto de la controversia de millones Y eso que era claro que entre capital y capital se interponían diferencias esenciales. Es innegable que el capital es necesario para toda empresa, y la cuestión es solamente en manos de quién este capital se encuentra y en base a qué principios es gobernable, conducido o supervisado. Esto es lo decisivo, y la gritería contra "el capital" ha demostrado ser un deliberado engaño de los demagogos, quienes con el concepto del capital enemigo del pueblo gravaron a medios productivos y recursos naturales, haciendo desaparecer de la vista, en cambio, el capital prestamista internacional líquido.

Si el consciente social demócrata alemán desde un comienzo hubiera tenido un concepto claro de que lo importante era ligar al Estado y al pueblo mediante un acto de poder, este capital financiero líquido, que fácilmente puede ser trasladado de un Estado a otro, entonces con esta medida toda la lucha contra el dominio del dinero, es decir, la lucha contra el capitalismo realmente destructor, hubiera sido llevada en la forma apropiada. Pero así trotaba, obnubilado por la fraseología, detrás de los demagogos judíos, y a través de la destrucción del capital ligado al suelo se dejó transformar en adalid del capital financiero internacional destructor de pueblos.

La razón de esta trágica catástrofe residió de nuevo en el hecho de que el alemán con demasiada facilidad tomaba vacuos conceptos por hechos, y estaba dispuesto a dar su sangre por fantasmas.

También los círculos nacionales hasta el día de hoy no han quedado completamente libres de tales enfrentamientos exangües. Algunos escritores piensan de la siguiente manera: declaran que hoy "el capital"

o “la propiedad” gobierna sobre “el trabajo”, y que por consiguiente, en el sentido de una “eterna justicia”, el esfuerzo de todo nacionalista y patriota debe estar dirigido a quebrar este dominio de la propiedad sobre el trabajo, a fin de elevar el trabajo como cartabón por encima de la propiedad. En esta versión abstracta el enfrentamiento es tan insostenible como las investigaciones filosóficas abstractas sobre “el derecho” y la lucha socialdemócrata contra un capital abstracto. También aquí hay que distinguir entre posesión y posesión. En el verdadero y genuino sentido la posesión (en el sentido de propiedad) no es otra cosa que trabajo cristalizado. Pues todo rendimiento de trabajo realmente creador, en cualquier terreno que sea, no es nada más que formación de posesión. (Más allá de ello alcanza solamente aún el misterioso genio, que no puede ser sopesado en absoluto). Inerradicablemente inmerso en el alma humana está el afán de acrecentar de tal modo el rendimiento del trabajo que, más allá de la satisfacción de la existencia diaria, después del saciameinto del impulso momentáneo, reste una posesión. Y de la misma manera como por una necesidad inexplicable el ser humano quisiera propagarse en sus hijos, así también se afana por transmitir por herencia la posesión al futuro, a sus descendientes. Si este impulso no fuera inherente al ser humano, éste no hubiera llegado a ser nunca inventor y descubridor, nunca creador. Este sentimiento de la posesión personal se extiende de la misma manera a las obras de arte y a los trabajos científicos, que surgen de un excedente de fuerza formadora y no representan nada más que posesión, adquirida sobre la base de fuerza de trabajo excedente y rendimiento de trabajo excedente. Arremeter contra la posesión como concepto en sí es, por consiguiente, por lo menos irreflexivo, pero en la realización práctica tal lucha lograría exactamente los mismos resultados que la lucha socialdemócrata contra “el capital”.

Existe naturalmente también otra posesión, que no representa la consecuencia de un trabajo creador, sino el aprovechamiento de este trabajo a través de negocios de especulación por diferencias, o a través de un servicio informativo político engañoso. De aquí resulta, por tanto, un criterio perfectamente práctico para juzgar el origen de una posesión. No debe, por consiguiente, realizarse una campaña contra “la posesión” como tal, sino lograr una agudización de la conciencia, del sentimiento del honor y de la concepción del deber de acuerdo con los valores del carácter alemán, y procurar la imposición legal de esta postura.

Por lo que se refiere al trabajo, lógica y naturalmente toda ocupación, en cuanto ésta se integra en el marco de la totalidad alemana, merece iguales honores, y Adolf Hitler ya ha esculpido incisivamente repetidas veces la única vara de medida para un hombre trabajador: la medida de la irreemplazabilidad de un ser humano dentro de la totalidad del pueblo determina la apreciación del valor de su trabajo. Que también aquí resulta un orden de rango, es por lo tanto lógico y natural. Pero de ello se deduce que el trabajo en sí no puede de ninguna manera ser confrontado con la posesión en sí. La confrontación tiene lugar más bien en la separación entre posesión y posesión, entre trabajo y trabajo, entre ingenio e ingenio. Debemos cuidar de que la “posesión” obtenida especulativamente mediante engaño sea confiscada por el Estado o quitada mediante impuestos, respectivamente, pero que la propiedad como trabajo cristalizado sea reconocida como intocable, como factor de cultura eternamente estimulador. Y en la diferenciación entre trabajo y trabajo debe ser creado un momento impulsor, por el hecho de que en vista de la valoración a favor de todo el pueblo, cada cual se esforzará por extender los logros del trabajo del individuo sobre círculos lo más grandes posibles. Entonces esto aparece como la orientación básica a partir de la cual todo alemán del futuro debe abordar los problemas del trabajo, la posesión, la especulación y el capitalismo. En todas partes es la sangre y todo lo referido al pueblo lo que debe ser considerado como el elemento propulsor, no una palabra, no un concepto vacío.

Exactamente lo mismo es válido al considerar las luchas económicas dentro de una totalidad popular. La huelga y el cierre de puertas se condicionan mutuamente. Si lo uno es aceptado, entonces también lo otro debe estar permitido. Si un industrial puede negar la posibilidad de trabajo, el trabajador tiene el mismo derecho de sustraer su fuerza de trabajo al empresario. Y ello organizadamente, porque sólo entonces ambas partes, se enfrentan 1 : 1.

La huelga y el cierre de puertas en su forma actual son ambos hijos del pensamiento liberal. La primera no tiene nada que ver con el socialismo, lo segundo nada con la economía nacional. Ambas fracciones parten del yo o de una clase y sus intereses respectivos, sin consideración por la totalidad del pueblo. La anterior función de amigable componedor a cargo de un ministro “socialista” era un engendro y mostró sólo en qué forma desesperadamente carente de ideas era manejado el aparato estatal. Se temía hasta de proceder aquí dictatorialmente, porque esto hubiera tenido oomo condición una concreta responsabilidad de un ministro de Trabajo del Reich democrático. Esto, empero, hubiera demostrado luego toda la medida de nuestra entrega al capital mundial, sin cualquier posibilidad de disimulo, sin ninguna posibilidad de echar la culpa sobre otros hombros. Pero esto lo temían los marxistas de las finanzas por razones muy comprensibles.

Así, pues, la Nación alemana productora era aquí la víctima de tres factores: de la industria, de los trabajadores manuales soliviantados, y de un ministerio impotente de cuño democrático-social demócrata.

Los responsables de la gran crisis fueron nuestros anteriores gobiernos del Reich y los partidos que los apoyaban: es decir, la totalidad del *Reichstag* [*Parlamento.del Reich*. N. del T.].

Empresario, fábrica y trabajador no son individualidades en sí, sino eslabones de un todo orgánico, sin el cual todos ellos nada significarían. Por eso necesariamente la libertad de acción tanto del empresario como del trabajador está limitada hasta tal punto, como lo exige el interés del pueblo en su totalidad. Por eso puede haber épocas en las que la huelga y el cierre de puertas deben ser prohibidos. Pero esto, sin embargo, puede hacerse solamente si el poder del gobierno que aquí interviene no ha surgido él mismo de meros grupos de intereses. Pero de ello resulta, además, que la mezcla parlamentaria de individualismo económico y política partidaria era el cáncer de nuestra maldita existencia hasta 1933, que por lo tanto el problema social nunca puede ser solucionado por la social-democracia, menos aún, por el comunismo, que quisiera poner toda la vida cabeza abajo declarando a una parte como el todo, pero menos que todos por aquellas capacidades económicas “nacionales”, que ya fracasaron en 1917 y hoy se muestran más impotentes que nunca. “Del problema social nunca me he ocupado, lo principal era que las chimeneas humeasen”, dijo Hugo Stinnes el 9 de noviembre de 1918 al señor v. Siemens. Así “piensa” aún hoy todavía una parte de la industria pesada alemana, que igualmente ha fomentado una lucha de clases “desde arriba”.

También considerados desde este lado de la vida práctica, así mueren bajo nuestros ojos y bajo fuertes tormentos el viejo pseudo-nacionalismo y el viejo pseudosocialismo. Ambos estuvieron y están en contra de la naturaleza, acoplados a la “democracia de la economía”, envenenados por ella, y pueden ser desintoxicados sólo por el nuevo nacionalismo y el nuevo socialismo, para establecer la disposición para un nuevo pensamiento estatal de la vida orgánico-racial.

La esencia de la cual proviene esta forma de apreciación, que es diametralmente opuesta tanto a la liberal-burguesa como a la marxista, es el antiquísimo y hoy enterrado sentimiento del derecho alemán. Si el derecho romano únicamente hacía hincapié en el aspecto formal de la posesión, sacaba esta posesión, en cierto modo, como cosa en sí de todas las relaciones, en cambio la concepción germánica del derecho no conoce este punto de vista en absoluto, sino conoce y reconoce únicamente relaciones. Relaciones de índole obligatoria entre la propiedad privada y la totalidad, que recién dan al carácter de la posesión el sentido de la propiedad justificada. En este lugar se pone en acción quizás el más profundo envenenamiento del pensamiento socialista. Junto a las tres grandes asolaciones a través del marxismo, a saber por la doctrina del internacionalismo (que corrompe el fundamento popular de todo pensar y sentir), por la lucha de clases (que ha de destruir a la Nación, es decir, el organismo viviente, atizando una parte a la revuelta contra la otra) y por el pacifismo (que ha de perfeccionar esta obra de destrucción por la castración de la política exterior), aparece como cuarta y quizás más profunda socavación, la destrucción del concepto de propiedad, que está unido en la forma más íntima con el ideal germánico de la personalidad en general. Otrora el marxismo echó mano de la frase arrojada por Proudhon “la propiedad es un robo” y anunció ésta en el sentido de una lucha contra la propiedad privada como consigna en su campaña contra el así llamado capitalismo. Esta consigna interiormente no veraz (el concepto de robo no puede existir de manera alguna si no hay una idea de la propiedad) ha llevado a todos los demagogos a la conducción marxista y ha eliminado de ella a todos los seres humanos honestos, y así sucedió lo que debió suceder: durante el gobierno marxista desde 1918 en manera alguna la propiedad fue declarada robo, sino todo lo contrario, los mayores robos fueron reconocidos como propiedad legítima.

Este hecho muestra con un golpe de luz de qué se trata en el concepto de propiedad.

Una burguesía carente de ideas reprocha al movimiento de renovación alemán hostilidad a la propiedad, porque prevee la posibilidad de realizar en nombre de un Estado nacional también expropiaciones cuando fuera necesario. Hasta el ciudadano que ha sido robado a través de la inflación se aterraba por consiguiente, temerosamente a una concepción perimida de la propiedad, y de este modo se sintió unido más bien a los elementos que más dañan al pueblo, antes de declararse dispuesto a someter a un examen riguroso sus viejas ideas. La comprobación precedente muestra que en toda la controversia sólo se trata de dónde comienza a actuar, entre robo y propiedad legal, la idea de la legitimidad. Para un ser humano germánico, que siempre enlaza las ideas del derecho con las ideas del proceder honesto y del deber, la propiedad legítima no es difícil de determinar, mientras que bajo el viejoconcepto de la propiedad de la democracia los hombres que en realidad deberían hallarse en el presidio o colgando de la horca, viajan con sus más hermosos fracs a conferencias económicas internacionales como representantes de la así llamada democracia libre. La nueva concepción, que no puede reconocer como propiedad la posesión espuria, ha llegado a ser con ello el sostén más fuerte y el guardián del genuino concepto alemán de la propiedad, que se halla en completa concordancia con el antiguo sentimiento germánico del derecho.

Y también aquí vemos un hecho significativo que nos retrotrae a lo dicho precedentemente: el socialismo es para nosotros no sólo la realización adecuada de medidas protectoras del pueblo, y por consiguiente no es sólo un esquema de política económica o de política social, sino que todo esto se remite a valoraciones interiores, es decir, a la voluntad. De la voluntad y sus valores proviene la idea del deber, proviene también la idea del derecho. La sangre se identifica con esta voluntad, y de este modo la afirmación de que socialismo y nacionalismo no son antitéticos sino, en su más profunda esencia, una y la misma cosa, aparece como filosóficamente fundamentada precisamente por el hecho de que ambas

expresiones de nuestra vida se remiten a basamentos, primigenios comunes, volitivos, que valoran esta vida en una determinada dirección.

Si se analiza y se vive de esta manera la lucha de nuestro tiempo, recién entonces se conocerán aquellas premisas que a todas las demás exigencias individuales les proporcionan todo el contenido, su color y su unidad. Pero si todo alemán se examina en todos los problemas de la vida que se le presentan desde el plano del valor supremo de la nacionalidad (*Volkstum*) condicionada por la sangre, de ese modo, por cierto, puede equivocarse a veces, pero siempre bien pronto percibirá su error y lo podrá rectificar.

5.

Desde los puntos de vista estatales y jurídicos descriptos todo nuestro actual sistema económico, a pesar de sus gigantescas dimensiones, aparece interiormente carcomido y hueco. La trustificación mundial internacional celebra triunfos deshonrosos en las grandes conferencias económicas a partir de 1919. Nunca aún el mundo vio un dominio más desvergonzado del dinero sobre todos los demás valores, como cuando millones de hombres de todos los pueblos yacían en los sangrientos campos de batalla, fueron sacrificados y habían creído luchar por el honor, la libertad y la Patria. Esta impudicia de la casta de los piratas internacionales de la Bolsa, que después de su triunfo dejó caer casi todas las máscaras del humanitarismo francmasónico, ella mostró con impresionante evidencia no sólo la decadencia democrática, sino también la descomposición del viejo nacionalismo, el que, con la espada en la mano, prestaba servicios de vasallo a la Bolsa. Este dominio de la Bolsa conoció como valor supremo sólo a sí mismo: “La economía es el destino”, declaró orgullosamente el héroe del espíritu financiero internacional, Walther Rathenau. Practicar una economía por la economía misma, esa fue la “idea” de una era desalmada. A la totalidad de la economía del siglo 19 en todos los Estados le faltó la idea del honor, indistintamente que esta economía fuera manejada por nacionalistas o internacionalistas. Por eso también condujo al dominio del canalla sobre el hombre de honor. Los profesores enseñaban en todas las facultades las así llamadas leyes de la economía, a las que debíamos doblegamos. Pero ellos olvidaron que todo efecto “legal” tiene un punto de partida, una premisa, de la que resulta luego el curso necesario. El desvarío del oro que nos fue instilado artifícialmente, p. ej., ha sido la precondición del patrón oro internacional, que se acepta como una “ley de la naturaleza”, pero que con la abolición de este desvarío del oro, desaparecerá de la misma manera que la creencia desvariada en las brujas del Medioevo inquisitorial después de haberse producido el esclarecimiento. El caos racial de las urbes mundiales es la consecuencia por ley natural de la idea de la libertad de residencia. La dictadura de la Bolsa es la consecuencia necesaria de la adoración de la economía, del provecho como valor supremo. Ella desaparecerá cuando una idea nueva llevada por hombres nuevos sea también tomada como base para la vida económica. También aquí es el concepto nórdico del honor el que alguna vez creará un nuevo derecho a través de sus representantes. Antaño hasta un comerciante quebrado sin culpa propia era considerado deshonrado, porque por su quiebra se había arruinado no solamente a sí mismo, sino también a otros seres humanos. En el mundo actual hasta la bancarrota intencional es un buen negocio, y el intermediario superfluo y deshonesto, un eslabón útil de la sociedad democrática. El derecho del Reich venidero barrerá aquí con una escoba de hierro. Deberá tomar como propia la expresión de Lagarde sobre los judíos, de que las triquinas no pueden ser educadas, sino que deben ser hechas innocuas lo más pronto posible. Millones gimen hoy bajo una terrible injusticia y ansían una salvación a través de aumentos de sueldo, revaluaciones, etc. Ellos olvidan que su miseria está condicionada por la vil presuposición de nuestra economía como valor supremo. Pero entenderán de inmediato cuál ha sido la cuestión en el último siglo cuando la soga y la horca convencen a efectuar la necesaria depuración. Se verá alguna vez con asombro cuán rápidamente se derrumba toda la fantasfagoría, cuando el puño enérgico de un hombre fuerte, de honor, tome por el cuello esta gentuza de Banco y Bolsa que se pavonea en fracs de seda y los neutralice a través de medios legales de una nueva justicia. Justo es para nosotros única y exclusivamente lo que sirve al honor alemán una economía justa es, por lo tanto, también sólo aquélla que tome su punto partida desde aquí, como antaño la noble artesanía, como, aún hoy sigue siendo vieja costumbre hanseática.

Se podrá ser de distinta opinión en cuanto a medidas técnicas. De ello no se puede hablar aquí, porque otras condiciones hacen necesarios medios que hoy no pueden ser exactamente justipreciados. No se pueden fijar en todos los detalles las leyes de una revolución espiritual. Es necesario sólo conocer el punto de partida y la meta y afanarse apasionadamente por alcanzarla.

Desde nuestro punto de vista la economía se incorpora al sistema de las estructuras formadóras de tipos como función semejante al derecho y la política. Todo sirve a una cosa, siempre sólo a una cosa. Un Estado alemán del futuro deberá incorporar en el centro de su jurisprudencia otras dos medidas importantes, que corresponden al procedimiento selectivo orgánico de la naturaleza: destierro y proscripción. Si un alemán se ha hecho pasible de graves violaciones de sus deberes nacionales que van más allá de un delito expiable que toca sólo a lo personal, entonces no existe ya motivo para la comunidad

del pueblo de seguir tolerando en su medio y de alimentar a este miembro dañino; por lo tanto, expresará a través de su tribunal el destierro por un determinado lapso o para siempre. En casos graves de fuga ante el juzgado alemán, el criminal deberá ser declarado proscripto. Ningún alemán en todo el globo terráqueo no puede entonces tener con él trato personal o comercial; la efectivización de esta decisión debe ser asegurada con todos los medios políticos y económicos. Hasta qué punto la familia del criminal deberá ser afectada conjuntamente, será decidido en cada caso particular, pero de cualquier modo ha de ser también tomado en consideración. El Estado democrático promueve por su cariñosa actitud hacia la criminalidad una contra-selección hostil a la sangre, obliga al pueblo productor a alimentar a un gran porcentaje de delincuentes y de mantener la descendencia igualmente tarada de los mismos. La privación del derecho de ciudadanía, el destierro y la proscripción muy pronto producirían una sensible depuración de la vida actualmente infestada, tendrían como consecuencia una elevación de todas las fuerzas creadoras y un fortalecimiento de la auto-confianza, la premisa básica también de una enérgica política exterior.

Con una hipocresía repelente es tratado hoy el problema de los hijos ilegítimos. Las Iglesias acumulan vergüenza, desprecio, exclusión de la sociedad sobre las “caídas”, mientras los enemigos orgánicos de la Nación propugnan la demolición de todas las barreras y exigen el caos racial, el colectivismo sexual y la libertad de aborto. Desde el punto de vista de la raciología las cosas aparecen a una luz completamente distinta. Por cierto, la monogamia debe ser protegida y absolutamente mantenida como célula orgánica de la nacionalidad, pero ya el profesor Wieth-Knudsen ha señalado con razón que sin la temporaria poligamia nunca se hubiera originado la corriente de pueblos germánicos de los siglos anteriores, con lo que está dicho tanto como que hubieran faltado todas las precondiciones para la cultura de Occidente.[113] Algo que exime este hecho histórico de la moralización. También más tarde hubo épocas en las que el número de las mujeres sobrepasó ampliamente el de los hombres. Hoy esto es nuevamente el caso. ¿Han de vivir su existencia estos millones de mujeres privadas de su derecho vital, objeto de compasión burlona como solteronas? ¿Ha de poder juzgar despectivamente a estas mujeres una sociedad hipócrita, sexualmente satisfecha? Un Reich venidero dará respuesta negativa a ambas preguntas. Con mantenimiento de la monogamia, otorgará a las madres de niños alemanes también fuera del matrimonio el mismo respeto, y sabrá imponer social y legalmente la equiparación de los niños ilegítimos con los legítimos. Está claro que tales comprobaciones son atacadas por los representantes de la Iglesia lo mismo que por las presidencias de todas las asociaciones “sociales” y “éticas”, que sin más consideran acaso un matrimonio entre un alemán católico y una mulata católica como admisible y auténticamente cristiano, pero contra un matrimonio mixto entre un protestante alemán y una católica alemana en cambio, aplican todas las palancas de la coerción eclesiástica y social. Estas fuerzas se colocan en el punto de vista de que el oprobio racial puede ser absolutamente ético y cristiano, en tanto que alzan una gritería hipócrita cuando las condiciones biológicas entre los sexos son contempladas tanto desde el ángulo de lo anímico-personal como también del de la conservación de la raza y la vigorización de la nacionalidad (Volkstum), a través de una multiplicación hereditariamente capaz. Nos hallamos ante el hecho de que el excedente de nacimientos en Alemania sobre 1.000 habitantes en 1874 era aún de 134, en 1904 de 14,5 y en 1927, empero, sólo de 6,4! Dado que la cifra de defunciones pudo ser reducida en algo, el cuadro total de que el excedente de nacimientos importó en 1874, 0,56% y en 1927, 0,40% aparece con mucho como demasiado favorable, pues de esta manera queda encubierta la falta de las mujeres capaces de tener hijos. Según Lenz [114] Alemania necesita para la estabilización del número de miembros de su pueblo en 78 millones 1.366.000 de nacidos vivos. Pero en 1927 sólo nacieron 1.160.000, esto es, de la cantidad mínima necesaria para la mantención de la existencia de mujeres capaces de tener hijos por consiguiente faltaron ya el 15%. Por lo tanto, el excedente de nacimientos que en la actualidad aún existe no puede tener duración. Dentro de algunos decenios las generaciones que ahora están en una edad mediana habrán avanzado a la edad senil y entonces comenzará una gran mortandad. Si se agrega a esto que los pueblos del Oriente se siguen multiplicando continuamente —Rusia se engrandece anualmente, a pesar de toda la miseria, en aproximadamente tres millones de habitantes— entonces la cuestión para el pueblo alemán es sencillamente si está dispuesto a vencer o a sucumbir en confrontaciones venideras. Si en consecuencia, en vista de muchos matrimonios intencionalmente carentes de hijos, habiendo gran excedente de mujeres, solteras sanas ponen hijos en el mundo, esto es un acrecentamiento de fuerza para la totalidad alemana. Nos encaminamos hacia las más grandes luchas por la sustancia misma; pero si este hecho es constatado y se extraen de él las consecuencias, entonces vienen todos los moralistas, ellos mismos sexualmente

---

[113] Prof. Dr. K. A. Wieth-Knudsen: *Frauenfragen und Feminismus*, [*Problemas de la Mujer y Feminismo*, N. del T.], Stuttgart, 1926. Este es probablemente el mejor ensayo que hasta ahora fue escrito sobre el tema. En el pasaje citado dice textualmente: “También yo me pronuncio por la monogamia, pero esto, sin embargo, no menoscaba mi comprensión por el hecho: la temporaria poligamia de nuestros antepasados es la causa de que el hombre blanco salido del pobre rincón nor-occidental de Europa, a pesar de todos los obstáculos hoy aún está representado en tan gran número, mientras que con la lucha del cristianismo contra la poligamia comenzó simultáneamente una decadencia de la evolución político-militar de nuestra raza, relación lógica ésta que hasta ahora nunca aún había sido reconocida y valorada”

[114] Bauer-Fischer-Lenz: *Menschliche Auslese und Rassenhygiene*, [*Selección humana e higiene racial*, N, del T.], t. II, p. 178 y sgts.

satisfechos, y presidentes de diversas organizaciones femeninas que tejen mitones para negros u hotentotes, que donan solícitamente dinero para la "misión" de los cafres zulúes, y declaman enfáticamente contra la "inmoralidad" cuando alguien afirma que la preservación de la sustancia en peligro de muerte es lo más importante, algo frente a lo cual todo lo demás debe quedar relegado a segundo plano: y que esto exige la crianza de la sangre alemana sana.

Pues también una auténtica moralídad y el mantenimiento de la libertad de toda la Nación es inconcebible sin esta precondición. Pautas que son buenas para condiciones ordenadas de paz, pueden llegar a ser nefastas en épocas de una lucha por el destino, pueden llevar al hundimiento. Un Reich Alemán del futuro, evaluará, por ello, todo este problema desde un nuevo enfoque y creará las correspondientes formas vitales.

Un complemento encuentra esta reflexión al valorar la mezcla de razas. Si un alemán establece realción voluntariamente con negros, amarillos, mestizos y judíos, en ningún caso le corresponde una protección legal; tampoco para sus hijos legítimos o ilegítimos, los que desde un comienzo no reciben en absoluto los derechos del ciudadano alemán. El crimen de la violación cometido por un extraño racial será penado mediante la flagelación, el presidio, la incautación de la fortuna y el destierro de por vida del Reich Alemán.

Con aquellos hombres, empero, que en la lucha por el Reich venidero estuvieron en las posiciones más avanzadas —espiritual, política y militarmente— está dada la base para la creación de una nueva nobleza. En este proceso quedará en evidencia por necesidad interior, que estos seres humanos se acercarán probablemente en un 80 por ciento también exteriormente al tipo nórdico, dado que los valores exigidos están en la misma línea que los valores máximos de esta sangre. En los otros prevalece la imagen hereditaria (genotipo) Sobre la imagen personal aparente (fenotipo), lo que entonces se ha probado a través de la acción. Nada sería más superficial que proceder con la medida del centímetro y con las cifras del índice cefálico a la valoración del ser humano individual, sino que aquí ha de ser juzgada, en primer término, la acreditación en la vida al servicio de la Nación, con lo que naturalmente debe realizarse en forma simultánea la cría de elevación hacia un ideal de belleza racial nórdico.

La nueva nobleza será, por lo tanto, una nobleza de la sangre y del rendimiento. Se transmitirá del padre al hijo, pero debe extinguirse si el hijo se ha hecho culpable de delitos que tocan al honor; pero tampoco será renovada necesariamente en la cuarta generación cuando la tercera muestra rendimientos inferiores. La orden de nobleza alemana deberá ser, en primer término, una nobleza de labriegos y nobleza de la espada, porque en la sangre que elige estas profesiones parece estar preservada en la forma más segura la salud puramente física, pero con ello también es más probable la precondición para la generación de descendientes sanos. Con más precaución se procederá al otorgar el título de nobleza a artistas, eruditos y políticos, en los que grandes rendimientos requieren, no obstante, también grandes honores. La vieja democracia pagaba con dinero, con nada más que dinero, la nueva Alemania sabrá saldar con honores la deuda del pueblo a sus grandes conductores. Desde 1918 la vieja nobleza es sólo designación de nombre, no una comunidad fundada legalmente. El Reich en formación no restaurará esta comunidad nobiliaria, sino que hará depender la confirmación del título nobiliario del acreditameinto personal en la lucha por Alemania. En caso de no confirmación, el viejo apellido nobiliario se convertirá en burgués.

La nobleza en cuanto ha sido otorgada en base al comportamiento en la Guerra Mundial, conserva su validez sin necesidad de confirmación.

A través de esta reglamentación la nobleza no estaría ya ligada a una casta como capa social horizontal, sino que atravesaría verticalmente todos los estamentos del pueblo y acicatearía a todas las fuerzas sanas, vigorosas y creadoras, al más elevado rendimiento. no en el sentido del principio democrático de procurar vía libre al capaz [Referencia al demagógico slogan democrático "*Freie Bahn dem Tüchtigen*". N. del T.] aun cuando roce con la manga de su saco el muro del presidio, sino a rendimientos que desde un comienzo están delimitados por el concepto del honor personal y nacional.

Mediante estas observaciones han sido delineadas las orientaciones de un nuevo desarrollo del derecho.

Pero se debe calar aun más hondo: la idea del derecho racial es la resultante ética del conocimiento de las leyes materiales de la naturaleza. El derecho fue conceptuado como algo sagrado. Los dioses, por lo pronto, corporizaciones de las fuerzas de la naturaleza, llegaron a ser más tarde portadores de un pensamiento ético. Un pueblo que no conoce las leyes de la naturaleza tampoco aprehenderá en su esencia el polo opuesto, el derecho ético, es decir, una concepción del mundo que con toda seriedad se imagina al cosmos como creado de la Nada por un acto arbitrario, también proclamará a un dios arbitrario, que no reconoce ninguna atadura interior. La creación del mundo de la Nada exige la concepción fundamental de que este dios "creador" también en lo sucesivo interviene —o puede intervenir— desde afuera en el engranaje del mundo cuando le plazca. De esta forma se niega una ley interior del acaecer en la naturaleza. Esta es la concepción del mundo de los semitas, de los judíos y de Roma La creencia en los milagros que

manifiesta el médico-hechicero está relacionada indisolublemente con la anunciación de la divinidad "omnipotente" que interviene desde afuera. Por eso estos sistemas tampoco conocen una idea orgánica del derecho, sino únicamente la dominación tiránica de su "dios", respectivamente de su lugarteniente, que quisiera imponer coercitivamente desde afuera su corpus iuris canonici a todo el mundo como "universalismo".

El ser humano occidental-nórdico, que reconoce una ley natural eterna y recién gracias a esta postura anímica posibilitó una genuina ciencia cósmica, también antano exigió en Odín la primera gran alegoría del pensamiento ético del derecho. Odín, el dios supremo, fue el guardián del derecho y de los contratos. El derecho era sagrado, lo mismo que el juramento. Toda una generación de dioses tuvo que sucumbir porque Odín mismo pecó contra la santidad de un contrato, aún cuando inconscientemente y engañado por el bastardo Loki. Recién su hundimiento fue la expiación. También en este sentido la idea del honor se muestra como la pauta suprema del ser humano nórdico. Su vulneración no puede ser expiada de otro modo que mediante un drama; también aquí actúa una ley natural condicionada anímicamente, pero junto a la cual pasan sin sospechar nada nuestros eruditos. Nuestro hundimiento actual repite el mito de la *Edda* [Nombre de dos obras de la literatura de Islandia. La *más jóven* o *Snorre-Edda*, compilada por Snorre Sturluson alrededor de 1225, es un manual de poética. La llamada *más antigua* o *Soemundar-Edda* —erróneamente atribuida a Soemundar—, originada cerca de 1245, constituye una recopilación de canciones de los siglos 9 a 12 referida a la mitología y a las leyendas heroicas nórdicas. Lo esencial de la Edda ha sido recreado en forma genial por Richard Wagner en la tetralogía *El Anillo del Nibelungo*. N. del T.] que bajo el signo del actual acontecer mundial alcanza una grandeza mística sobre-humana. Cuando se desintegraron el honor, el derecho y la voluntad de poder, se hundió una generación de dioses, se quebró en un terrible incendio rojo sangriento en 1914 una era del mundo. Es misión del futuro volver a ensamblar estas tres magnitudes bajo el signo del primer Estado popular alemán.

V. IGLESIA NACIONAL Y ESCUELA ALEMANAS

1.

Una Iglesia Nacional Alemana es hoy el anhelo de millones. Constatar este hecho significa exigir la más profunda responsabilidad de aquéllos que dan expresión a este anhelo. Porque sobre la insuficiencia para el momento actual de las formas y de gran parte del contenido de nuestras Iglesias se ha hablado con voz bastante alta, a menudo más que alta. Las raíces más profundas de este sentimiento de insatisfacción han sido señaladas en esta obra con todo el debido respeto frente al pensamiento religioso, que en cada caso ha sido ennoblecido por la fe, la vida y la muerte de muchas generaciones. Pero la verdad exige la confesión de que el nuevo anhelo no ha aparecido aún en ningún lado como acción viva, como alegoría vivida. En ningún país alemán ha aparecido un genio religioso para ejemplificarnos con su vida un nuevo tipo religioso al lado de los existentes. Este hecho es decisivo en cuanto a que ningún alemán consciente de su responsabilidad puede dirigir la exigencia de abandonar las iglesias, a aquéllos que aún están apegados por su fe a las mismas. Se los volvería quizás inseguros, partidos en su alma, sin poderles dar, sin embargo, un sustituto genuino, de lo prohibido. La época liberal ha provocado inmensas devastaciones también en el terreno eclesiástico, al creer que mediante teorías de la evolución, mediante la “ciencia” había “superado” a la religión como tal. Estos pigmeos del espíritu pasaron por alto que la inteligencia y la razón representan sólo un medio para proyectarse una imagen del mundo, la religión, en cambio, uno esencialmente distinto, el arte, a su vez, un tercero. La ciencia es esquemática, la religión volitiva, el arte simbólico. Cada campo tiene sus leyes propias, la ciencia sólo es capaz de destruir en las Iglesias cuando éstas han osado incursionar falsamente en su campo, lo que, por cierto, fue un hecho y lo es en miles de casos. Pero nunca la verdadera ciencia es capaz de destronar una autentica religión, porque ésta sólo es símbolo de valores orgánicos volitivos. Si una religión ha de ser refundida, renacer o reemplazada por otra, los valores más íntimos deben ser derribados y respectivamente recibir otro orden de rango. Ahora bien: lo trágico en la historia del espíritu de los últimos cien años es que las Iglesias mismas han hecho suya la concepción liberal-materialista y defendieron sus posiciones en el campo de la ciencia en lugar de hacerlo en la esfera de los valores. Y más trágico aún es que tuvieron que hacer esto dado que estaban estructuradas en forma puramente histórica y habían proclamado la creencia en la verdad de relatos antiguo-testamentarios y posteriores leyendas materialistas como parte integrante esencial de su totalidad. De esta manera, la era darwinista tuvo fácil juego y pudo provocar una enorme confusión, pero al mismo tiempo (compárese el nexo de unión explicado al comienzo entre intelectualismo y magia) también despejó la vía para sectas ocultistas, para la teosofía, la antroposofía y un sinnúmero de otras doctrinas secretas y charlatanerías. Una terrible confusión del espíritu en la que tienen igual culpa el dogmatismo y el liberalismo, es el signo de la época. Hasta bajo el gobierno de los social-cristianos en Austria en algo menos de diez años, más de 200.000 seres humanos han abandonado solamente en Viena la Iglesia católica. No bajo el signo de nuevos valores religiosos, sino como consecuencia de una acción marxista, egoísta, destructora de valores generales, que estaba dirigida contra rígidos dogmas coercitivos igualmente atados a la materia.

Entre las huestes del caos marxista y los creyentes de las Iglesias andan errantes millones de seres humanos; interiormente destruidos por completo, librados a doctrinas desconcertantes y a “profetas” ávidos de ganancia, pero en gran parte también impulsados por un fuerte anhelo de nuevos valores y nuevas formas. Y aun cuando debemos constatar que un auténtico genio, que nos revele el mito y nos eduque para el tipo, no ha sido dado aún, este conocimiento, sin embargo, no exime a nadie que piense más profundamente del deber de realizar aquellos trabajos preliminares, que siempre hasta ahora tuvieron que ser realizados cuando un nuevo sentimiento de la vida pugnaba por expresión, generaba tensiones anímicas. Hasta que hubo llegado la hora para el grande, que enseñaba y vivía aquello que anteriormente millones sólo eran capaces de balbucear. Tal como lo expresa el lema de este escrito, él no está dirigido a la actual generación creyente en la Iglesia para estorbarla en la senda elegida de su vida interior, sino a todos aquellos que ya han roto en lo más íntimo con la fe eclesiástica, pero no han hallado aún el camino hacia ningún otro mito. Estos seres han de ser arrancados por lo menos al nihilismo desesperante, a través de la vivencia renovada de un nuevo sentimiento de “pertencer juntos” (Zusammengehörigkeitsgefühl) — religere significa unir—, de un renacimiento de valores volitivos antiquísimos y, no obstante, eternamente jóvenes, cuyo acrecentamiento hasta formas religiosas genuinas, ciertamente, será el cometido de un genio, posterior, pero tratar de alcanzar paulatinamente, por tanteo, sus probables representaciones, a pesar de ello, ya hoy el deber de cada uno. De cada uno, ya que las sociedades religiosas sin genios religiosos de todos modos se petrificarán tan solo en asociaciones, sectas de estrechas miras, que son más insoportables que todo lo demás. Ocuparse de problemas de religión no es, por consiguiente, asunto de cualesquiera ligas existentes éticas, sociales y políticas, e inversamente éstas tampoco pueden ser hechas responsables de la confesión religiosa personal de sus miembros.

Del mito nacionalista que reflorece crecen fuerzas anímicas hacia todas las direcciones. Cada una de estas direcciones puede ser conducida sólo por grandes personalidades, siendo al respecto naturalmente posible que una de ellas corporice resumiendo los muchos haces volitivos. Pero reclamar el derecho a ello sólo debería hacerlo uno muy grande, sin ninguna fisura en el carácter y en el alma.

Así estamos a la espera del poeta de la Guerra Mundial, del gran dramaturgo de nuestra vida, de los grandes artistas arquitectos y plásticos. Así luchamos por el Führer del Nuevo Reich e insinuamos las fibras de la voluntad también para una venidera Iglesia Nacional Alemana, cuyo fundamento esencial ya hoy aparece con claros contornos. Por un lado, rechazo de lo mágico-materialista, que mostró tan estrechamente ligado el liberalismo con la dogmática eclesiástica, por el otro lado, cultivo en elevación de todos los valores del honor, del orgullo, de la libertad interior, del "alma noble" y de la fe en su indestructibilidad.

Todas las Iglesias cristianas —más exactamente, paulinas— han hecho del reconocimiento de determinadas doctrinas sobrenaturales como dogmas obligatorios la condición de pertenencia a las mismas. De una comunidad de convicción general surgió una rígida igualdad de dogmas; al aumentar la osificación se produjo tanto comunidad de intereses como también enemistad. El declarar como verdaderos afirmaciones metafísico-religiosas y acontecimientos históricos o legendarios como condición de una religión, es la tradición judía que antes se imponía con el fuego y la espada y recién hoy ha cedido —al menos exteriormente— a un punto de vista forzosamente más tolerante, sin embargo, en todo momento dispuesta a atizar nuevas luchas dogmáticas. Un hombre de Estado y pensador realmente alemán, por eso se abocará al problema religioso-eclesiástico desde otra perspectiva.

Dejará libre espacio a toda convicción religiosa, dejará predicar sin trabas doctrínas éticas de distinta forma, bajo la condición de que todas ellas no sean obstáculo para la afirmación de honor nacional, vale decir, que refuercen los centros volitivos del alma, en cambio, el apoyo a distintas agrupaciones lo deberá hacer depender de su postura con respecto al Estado nacional. Desde este punto de vista la cuestión de la relación entre Estado, religión e Iglesia se contesta por sí misma. Un Estado realmente alemán puede conceder a las comunidades eclesiásticas momentáneamente existentes, sin menoscabo de la absoluta tolerancia frente a las mismas, un derecho al apoyo estatal político y monetario justamente en la medida en que sus doctrinas y su actuación práctica estén orientadas al fomento de la vigorización del alma. Por tanto, deberá proteger también las nuevas reformas al igual que las viejas confesiones. Las nuevas exigencias, empero, se han anunciado ya en forma extraordinariamente perceptible.

De acuerdo con esto deberá ser descartado como libro de religión, de una vez por todas, el así llamado Antiguo Testamento. Con ello queda eliminada la tentativa frustrada de los últimos 1500 años de hacer de nosotros espiritualmente judíos, tentativa a la que entre otras cosas tuvimos que agradecer también el espantoso dominio material judío sobre nosotros.

Por parte de un ser humano luchador (no del conductor político estatal) debe, por consiguiente, seguir reforzándose el movimiento que persigue como fin la eliminación de relatos supersticiosos evidentemente adulterados del Nuevo Testamento. Al respecto, el necesario quinto Evangelio naturalmente no puede ser decidido por un sínodo. Será la creación de un hombre, que sienta el anhelo por la purificación con la misma profundidad con la que ha investigado la ciencia del Nuevo Testamento.

De las descripciones sobre Jesús se pueden extraer rasgos muy diferentes. Su personalidad se destaca a menudo como blanda y compasiva, en otras ocasiones brusca y aspera, pero siempre sostenida por un fuego interior. Estaba en el interés de la despótica Iglesia romana el presentar la humildad sumisa como la naturaleza de Cristo, para asegurarse mediante este "ideal" por cría descendente, el mayor número posible de servidores. Rectificar esta imagen es una ulterior exigencia imprescindible del movimiento de renovación alemán. Jesús se nos aparece hoy, lleno de autoconfianza, como señor en el mejor y más elevado sentido de la palabra. Su vida es lo que posee significación para los hombres germánicos, no su atormentado morir, al que debió el éxito entre los pueblos alpinos y del Mar Mediterráneo. El potente predicador y el iracundo en el Templo, el hombre que arrastraba y al que "todos ellos" seguían, no el cordero de sacrificio de la profecía judía, no el Crucificado, constituye el ideal plasmador que nos resplandece desde los Evangelios. Y si no puede resplandecer desde los Evangelios, éstos también han muerto.

La crítica científica de los textos ha realizado los trabajos preliminares suficientes como para que estén dadas todas las premisas técnicas para una nueva creación de una visión global. El Evangelio de Marcos contiene probablemente (aún cuando ígualmente retocado) el verdadero núcleo del mensaje de la filiación de Dios contra la doctrina semítica del siervo de Dios y el Evangelio de Juan la primera interpretación genial, la vivencia de la eterna polaridad del Bien y del Mal contra la idea desvariada antiguo-testamentaria de que Jahvé ha creado el Bien y el Mal de la Nada y ha dicho simultáneamente de su mundo que es "muy bueno", para llegar a ser luego él mismo instigador de la mentira, el fraude y los asesinatos. Pero ante todo Marcos no sabe aún nada de Jesús como el "realizador" del pensamiento judío del Mesías, con el que nos han

obsequiado Mateo y Pablo para desgracia de todo el mundo cultural de Occidente. Más aún. Cuando el locuaz Pedro dijo de Jesús: “Tú eres el Mesías” (Marcos 8,29), Jesús “amenazó” a Pedro y prohibió a sus discípulos decir tal cosa. Nuestras Iglesias paulinas no son, por lo tanto, en lo esencial cristianas, sino un producto de las aspiraciones judeo-sirias de los apóstoles, tal como el autor jerusalemítico del Evangelio de Mateo lo había iniciado y Pablo independientemente de él, completado.

Inconscientemente se le escapa al fariseo Pablo, p. ej., una confesión omni-judía: “¿Qué ventaja tienen, pues, los judíos, o de qué sirve la circuncisión? Mucho, por cierto. Primeramente: a ellos les está confiado lo que Dios habló. ¿Pero que algunos no creen en eso, qué importancia tiene? ¿Ha de anular su descreimiento la verdad de Dios? ¡Lejos esté esto! “ (Romanos, 3).

Luego la típicamente judía presunción e intolerancia: “Pero os hago saber, queridos hermanos, que el Evangelio que yo predico no es humano. Pues no lo he recibido ni aprendido de ningún ser humano, sino a través de la revelación de Jesucristo. -Pero como le plugo a Dios que desde el cuerpo de mi madre me ha apartado y llamado por su gracia, de modo que reveló a su Hijo en mí, para que lo anunciára a través del Evangelio entre los paganos, no conversé de inmediato, además, con la carne y la sangre, tampoco fui de inmediato hacia arriba a Jerusalén para ver a aquellos que antes de mí fueron apóstoles, sino que me trasladé a Arabia y luego vine de vuelta a Damasco.” (Gálatas, 1)

Simultáneamente el moluscoide afán de proselitismo: “Pues aunque yo soy libre de cualquiera, me he hecho, no obstante, siervo de todos, a fin de que gane a muchos de ellos. Para los judíos me he vuelto como un judío, a fin de que gane a los judíos. Para los que están bajo la Ley me he vuelto como bajo la Ley, a fin de que a aquéllos que están bajo la Ley los gane. Para los que son sin leyes, me he vuelto como sin ley (a pesar de que no estoy sin ley ante Dios, sino que estoy bajo la ley de Cristo), a fin de que gane a aquéllos que son sin ley. Para los débiles he sido como un débil, a fin de que gane a los débiles. He devenido para todos varias cosas, a fin de que en todas partes no deje de hacer bienaventurados a algunos.”

Y luego la imprudente avidez de gloria: “ ¡Preferiría morir antes de que alguien me destruyese mi gloria!” (1. Corintios, 9). Pablo ha recolectado con plena conciencia todo lo estatal y espiritualmente leproso en los países de su parte del globo, a fin de desencadenar un levantamiento de lo inferior. El primer capítulo de la 1ª epístola a los Corintios es un único himno a los “necios ante el mundo” y, al mismo tiempo, la protesta de que lo “innoble ante el mundo y lo despreciado” ha sido elegido por Dios, para prometer luego a los cristianos el Gobierno de los Jueces: “Si ahora el mundo ha de ser juzgado por Vosotros, ¿no sois acaso lo suficientemente buenos para juzgar cosas nimias? ¿No sabéis que nosotros juzgaremos a los Angeles? ¿Cuánto más sobre los bienes terrenales? “ (6, 2-3). En Efesios 1, 21 Pablo atribuye a Jesús toda la potestad y el poder y los principados de éste y del mundo venidero. No puede ser negado en absoluto que su propósito era la agitación del mundo con ayuda de los denigrados de todos los Estados y pueblos, con la meta de una teocracia, lo que ensombrece ampliamente sus demás confesiones. La falsa humildad, apareada con la mirada codiciosa al dominio mundial, un deseo ardiente, como en todos los orientales “religiosos”, de marchar aquí él mismo a la cabeza de los rebeldes, eso era la falsificación paulina de la gran figura de Cristo. Juan ha interpretado en forma genial a Jesús, pero su convicción de tener que vérselas aquí con un espíritu antijudío, hostil al Antiguo Testamento, ha sido sofocada por la tradición judía, que se ligó con los productos espirituales de desecho del mundo helénico para su nueva formación en la Iglesia Romana. Europa ha tratado infructuosamente de renovar esta Iglesia oriental. El hasta ahora gran respeto ante su “cristianidad” también ha condenado al fracaso todas las tentativas a ese respecto. Pero las Iglesias “cristianas” son una monstruosa, consciente e inconsciente adulteración del mensaje llano, gozoso, del reino de los cielos dentro de nosotros, de la filiación de Dios, del servicio por lo bueno y del llameante rechazo de lo malo. En el Evangelio primitivo de Marcos, por cierto, también encontramos los rasgos legendarios de los poseídos, los que podemos igualmente retrotraer a relatos populares como los agregados decorativos a las aventuras, p. ej., de Federico el Grande y de S. Francisco, que hasta habría predicado a los pájaros. Pero al Marcos primigenio le son enteramente extraños todos los éxtasis en los que se exceden partes del Sermón de la Montaña. No resistirse a lo malo, ofrecer la mejilla izquierda cuando la derecha es golpeada, etc., son exageraciones feministas que en Marcos no pueden ser encontradas. Estos son agregados adulterantes de otros seres humanos. Toda la existencia de Jesús fue un fogoso resistirse. Por ello debió morir. Sólo seres humanos bastardizados han atribuido valor a una doctrina de cobardía, como p. ej. Tolstoi, quien usó precisamente este pasaje como fundamento de su yerma concepción del mundo.

2.

La religión de Jesús fue, sin duda, la prédica del amor. Toda religiosidad es efectivamente ante todo también una excitación anímica, que al menos, estará siempre emparentada estrechamente con el amor. Nadie despreciará este sentimiento, él crea el fluido anímico entre ser humano y ser humano. Pero un

movimiento religioso alemán que quisiera desarrollarse en una Iglesia Nacional, deberá declarar que el ideal del amor al prójimo debe ser subordinado incondicionalmente a la idea del honor nacional; que ninguna acción podrá ser aprobada por una Iglesia alemana que no sirva, en primer término al afianzamiento de la nacionalidad. Con esto ha quedado nuevamente puesto al descubierto el antagonismo insoluble con respecto a una concepción que declara abiertamente, que los lazos de la Iglesia están colocados más alto que los lazos de la Nación.

Ahora bien: tal posición cultivada durante siglos no puede ser superada, sin embargo, ni a través de prohibiciones ni de mandamientos. El Estado deberá cuidar solamente con sus medios de que no se produzcan intervenciones de índole política por parte de Roma y sus servidores. El sacerdote romano ha debido prestar un juramento al ser instituído en su función que no significa otra cosa que una consciente incitación al odio confesional y de clase. Más allá de ello significa directamente el reconocimiento de una actividad de traición a la Patria, cuando el Estado no está al servicio de intereses romanos. Este juramento de los obispos romanos rezaba: “Los maestros heréticos, los separados de la Silla apostólica, los rebeldes contra nuestro Señor y su sucesor, los persiguiré y combatiré en la medida de mis fuerzas.” Un Estado alemán deberá prohibir tal juramento. Por el contrario, deberá imponer a todos los religiosos el juramento por la preservación del honor de la Nación, como anteriormente el juramento al monarca y en algunos Estados a la constitución, por lo demás, será el cometido principal de la alemanidad que despierta afanarse en el servicio del mito de la Nación a través de la creación de una Iglesia Nacional Alemana, hasta que un segundo Maestro Eckehart alguna vez haga desaparecer la tensión y corporice, viva, y forme esta Comunidad Anímica Alemana.

A un miembro del ejército le esta vedada en todos los Estados la actuación político partidaria. Esto tiene su justificación, para conservar en la mano el instrumento de poder político como un todo cerrado, no roído por luchas políticas. Lo mismo ha de ser válido también para los sacerdotes de todas las confesiones. Su terreno es la cura de almas, el canónigo o pastor parlamentario político es una manifestación altamente ingrata del liberalismo político. Esto el Estado fascista ya lo ha comprendido. Mediante el Concordato de 1929 se prohibe al clero católico la actividad política y también las ligas católicas de exploradores han sido disueltas a fin de no permitir que surja un Estado dentro del Estado. Dado que el Vaticano ha aprobado esto para Italia, no puede ya objetar en principio nada contra la realización de las mismas medidas también en otros Estados nacionales.

Cuando esta separación según las palabras de Jesús de “Dad a Dios lo que es de Dios y al Cesar lo que es del César”, haya sido realizada, podrá prescindirse de las intervenciones de otro modo necesarias del Estado nacional, en el terreno confesional-eclesiástico. Nunca tal hombre de Estado influirá sobre cualesquiera dogmas metafísicos o hasta organizará persecuciones religiosas. La pugna por estos mundos de ideas y de valores deberá desarrollarse, por consiguiente, de ser humano a ser humano, de forma a forma, dentro de la totalidad del organismo nacional, sin disponer para ello de medíos de poder políticos.

En todas estas reflexiones sobre la reforma de la religión debe distinguirse entre el guía espiritual y el dirigente político estatal. Cuando el primero descubre la orientación interior de una nueva búsqueda y en tal caso combate conforme a la naturaleza de las cosas los viejos contenidos y formas al construir un nuevo cuerpo anímico-espiritual, no tiene ningúna clase de derecho de exigir para ello la protección política, judicial y militar del Estado. Fue una fatalidad para el verdadero fervor religioso que la Iglesia romana trató, con ayuda de organizaciones políticas, de asegurarse en todas partes el “brazo secular”. A raíz de ello ha conquistado hoy una posición de poder enormemente fuerte, pero, sin embargo, también se ha hecho dependiente con frecuencia —gracias a los subsidios estatales— de estos Estados, de modo tal que un bloqueo del dinero podría fácilmente hacer tambalear seriamente en muchas partes el gigantesco aparato organizatorio. Pero la posición del poder político —y esto es una antigua queja de los mejores curas del alma desde hace siglos— ha expulsado la contemplación, y lo mismo también ha dañado mucho al protestantismo, que creyó no poder quedar atrás en afanes semejantes. La tendencia de la época hacia una separación del Estado y de las organizaciones confesionales proseguirá aún durante mucho tiempo, por lo que una Iglesia Alemana debería rechazar desde el comienzo el hacerse dependiente del Estado. Ella sólo puede reclamar que goce de libertad para su acción proselitista, que sus adeptos no sean perjudicados por las viejas Iglesias y que al producirse una clara reversión de las cifras de creyentes, se le adjudiquen las necesarias iglesias. La misma medida debería aplicarse entonces también para las otras confesiones. Los católicos y los protestantes deben asegurarse ellos mismos su iglesia a través de contribuciones voluntarias, no hacer recolectar el dinero por la fuerza mediante la amenaza de embargos; [En Alemania el Estado era el agente recaudador de las contribuciones para las Iglesias N. del T.] sólo así podrá volver a ser restablecida la relación justa entre la fuerza de la fe y la estructura exterior. Sólo mediante una medida de esta índole un hombre de Estado puede ser justo hacia todos lados y separar la pugna religiosa del individuo y de los grupos de la población, de la lucha política del todo.

Una Iglesia Alemana no puede anunciar dogmas a los que está obligado a “creer” todo el que pertenece a ella, hasta con pérdida de la eterna bienaventuranza. Ella abarcará parroquias que perseveran

en hermosas costumbres católicas (que, por cierto, a menudo son nórdicas antiguas), otras que prefieren las formas luteranas del servicio divino cristiano, otras que quizás escogen alguna otra forma de servicio divino cristiano. Pero la Iglesia Alemana también otorgará igual derecho a aquéllos que han roto enteramente con el cristianismo eclesiástico y que se han encontrado en una nueva comunidad (quizás bajo el signo de la fuerza anímicas de Eckehart). Para todos los miembros rigen las premisas fijadas al comienzo.

No se trata, pues, en la fundación de una Iglesia Nacional Alemana de la defensa de cualesquiera afirmaciones metafísicas, no de la exigencia de tener por verídicos relatos históricos o legendarios, sino de la creación de un elevado sentido del valor, es decir, de la selección de aquellos seres humanos que, junto a toda la multiplicidad de convicciones religiosas y filosóficas, han ganado de nuevo la profunda confianza interior en la propia naturaleza, se han conquistado una concepción heroica de la vida. Precisamente este viraje anímico-espirítual me parece ser expecialmente revolucionario, ya que sólo de este modo será reconocido como insustancial el objeto principal de las luchas religiosas que tuvieron lugar hasta ahora —dogmas, metafísicos—, y su defensa llegará a ser asunto del individuo, no de una totalidad. Las luchas por la relación del ser humano y Dios en Jesús, la disputa sobre el amor y la gracia, sobre la inmortalidad o mortalidad del alma, quedan fuera del ángulo de mira de una renovación religiosa germánico-alemana; como pauta de la pertenencia a la nueva comunidad aparece el reconocimiento de aquellos valores que nos han sido revelados en el arte dramático germánico y con la mayor grandeza se han puesto de manifiesto en la mística del Maestro Eckehart. Pero una comunidad debe ser la meta, aun cuando nosotros los del presente estemos imbuídos de la convicción de que nosotros no la alcanzaremos a vivir, pues a pesar de toda su fuerza, tampoco un ser individual fuerte no puede alcanzar siempre la altura de sus momentos heroicos. Pero la conciencia comunitaria podrá elevarlo aún más alto y arrastrará consigo el más débil y lo ensamblará más fuertemente en el nuevo estilo religioso de nuestro futuro, como, otrora el Ejército alemán de 1914 hizo capaces de sacrificios y actos heroicos a millones de hombres sencillos.

Después del deshonroso Concilio Vaticano, algunos hombres católicos se afanaron, en la desinteligencia de la esencia de una dogmática milenaria, por llamar a la vida un así llamado Viejo Catolicismo. Muchos de estos confesores han sufrido las peores persecuciones porque no quisieron dejar pisotear su honor. Bismarck no asió entonces la oportunidad de proteger a estos hombres sinceros. El movimiento solo fue, sin embargo, demasiado débil para arremeter contra la tradición de los siglos. El comportamiento de Bismarck se ha vengado amargamente. Las parroquias antiguo-católicas se marchitaron en medio de la poderosa técnica romana de estrangulamiento, que dispone de medios de poder de la política mundial, que se creó en Alemania el dócil Partido del Centro como “Guardia de Su Santidad”. “Viva la Inquisición eclesiástica!” gritó en 1875 el jesuíta Wenig. “¡No debe haber paz confesional! “, contestó el 16 de mayo de 1924 el *Schildwacht* [*Centinela*. N. del T.] después del triunfo alcanzado. Así, pues, la primera real tentativa de hacer surgir del regazo del propio catolicismo un renacimiento, quedó infructuosa. Pero está fuera de toda duda que también ahora, miles de espléndidos alemanes actúan como sacerdotes dentro de la Iglesia romana, y en lo más profundo de su corazón no tienen mayor anhelo que la purificación del cristianismo de la superstición siria y la profundización de la vida religiosa mediante la desvinculación de los dineros estatales y los atractivos del poder político. Ellos todos saben que los sermones en idioma alemán que hoy les está permitido dirigir a sus connacionales, han sido comprados con ríos de sangre de aquellos herejes que antaño por mandato de Roma tuvieron que subir a la hoguera o fueron torturados hasta la muerte en bóvedas subterráneas. Estarán gozosos cuando alguna vez se les permita celebrar todo el oficio divino purificado únicamente en el sagrado idioma materno, al servicio de altivos valores. El tiempo no ha llegado aún en el que sacerdotes alemanes, en medio de la casta superior ligada a Roma, puedan presentarse con la exigencia de una transformación del alma, la cabeza y los miembros. Pero vendrá. También en este caso, como siempre, deberá haber mártires. Pero a un Estado Alemán le incumbirá entonces el deber de proteger a estos hombres ante la persecución y hacer que se integren en la Iglesia Nacional Alemana.

Lo mismo es válido para aquéllos que han reconocido que el protestantismo ha dejado de protestar contra Roma, pero en cambio hoy actúa fanáticamente en miope obcecación contra la vida viviente que de nuevo asciende. Los “apóstatas” protestantes que hasta se alzaron contra su Iglesia lo hicieron en nombre de la “religión”, del “Segundo Reich”, en nombre del liberalismo. Lucharon por una renovación en el Berliner Tageblatt.

Esto significa la bancarrota eclesiástico-anímica del siglo diecinueve, tal como se manifestó en todos los terrenos. Por temor ante este signo de una evidente decadencia, la generación más joven volvió a refugiarse en un severo eclesiasticismo. Donde ahora se anquilosa, sin esperanza, en puestos de superintendentes generales. Hoy vuelve a haber signos de vida también en la Iglesia luterana. Contra los renovadores que aquí despiertan naturalmente se toca a rebato. Los escribas y fariseos “luteranos” convocan hoy congresos mundiales por instinto de auto-conservación, como Roma sus concilios. Pero esta vez ya no se hallan frente a un fenómeno de descomposición liberal, sino a un mito pletórico de sangre, preñado de contenido, a un sentimiento vital que posee un centro alrededor del cual todo se forma y plasma.

En toda Alemania existen ya hoy células germinativas de este nuevo despertar. Este nuevo Reich Alemán también tendrá que prodigar a ellos protección estatal en el curso de persecuciones venideras.

Las comunidades religiosas germánicas hasta ahora no han pasado de comienzos teóricos. Los ensayos prácticos no han sido alentadores. Pero como quiera que éstos terminen, las investigaciones de estas ligas en el terreno de la historia de la religión nórdica constituirán, sin embargo, la levadura que impregnará los anteriores componentes católicos y luteranos de la Iglesia Alemana. Pues el lugar de las historias antiguo- testamentarias de rufianes y tratantes de ganado lo ocuparán las sagas y los cuentos nórdicos, al comienzo relatados llanamente, más tarde comprendidos como símbolos. No el ensueño de odio y de mesianismo asesino, sino el ensueño de honor y de libertad es lo que debe ser avivado mediante las sagas germánicas y nórdicas. Desde Odín pasando por los viejos relatos de maravillas hasta Eckehart y Walther von der Vogelweide. Quedará reservado a una mano genial escoger del precipitado anímico de los milenios las piedras preciosas del espíritu alemán hasta ahora tratadas sólo en forma mezquina, y unirlas orgánicamente. Lo condicionado temporal, romana y judaicamente aparece hoy más claro que nunca. Pero tanto más nítidamente nos sale al encuentro el genuino latido de nuestros cuentos de maravilla, de Eckehart, de Lutero. Para alumnos más maduros se desarrollará también un colorido cuadro de búsqueda religiosa de Irán, de la India y hasta también de la Hélade, foráneo y estrechamente emparentado simultáneamente. Dar al anhelo del alma racial nórdica bajo el signo del mito popular su forma como Iglesia Alemana, esto es, entre otros, el mayor cometido de nuestro siglo. Así como el mito romano de la lugartenencia de Dios del Papa abarcó y ligó muy distintos pueblos y orientaciones de tendencias muy opuestas, así también el mito de la sangre —una vez aprehendido— atraerá como un imán a todas las personalidades y comunidades religiosas proporcionándoles, a pesar de sus diferencias, un asentamiento claro, la referencia a un centro y con ello la incorporación generadora de vida en la totalidad del pueblo. Los pormenores de la realización los aclarará y determinará luego la vida del futuro. Nadie los puede prever hoy.

Estos miembros de la Iglesia Nacional, protegidos con todos los medios estatales ante la persecución, pero por lo demás librados a sus propias fuerzas, constituirán ahora, por su parte, puntos de cristalización. Las iglesias puestas a su disposición en cada caso según la magnitud y la importancia de las comunidades espirituales, darán la posibilidad de una actividad docente directa, y sin que se produzca intervención violenta alguna en el protestantismo o en la Iglesia romana, se podrá realizar un viraje anímico que tendrá el efecto de un gran respiro, ya que la pesada costra del dominio sirio-romano no podrá ya aplastar a todos los que ansían honor y libertad. El Arúspice romano y el Superintendente antiguo-testamentario perderán poco a poco su poderío sobre las personalidades individuales y, por Consiguiente, también sobre los designios políticos. Las premisas básicas para un estilo de vida religioso, pero luego también cultural y estatal, habrán sido creadas.

3.

Con la eliminación de los sermones sobre el siervo y el chivo emisario como Cordero de Dios, la designación de Pedro para la fundación de la Iglesia romana, la “plena realización” del Antiguo Testamento, la indulgencia, los remedios milagrosos mágicos, etc., deberá tener lugar una correspondiente modificación del rito exterior. Simultáneamente con una gran literatura de esclarecimiento, que deberá ser difundida por los clérigos de la Iglesia Alemana dentro de sus actuales parroquias. Pero de la nueva orientación interior con respecto a la imagen de Jesús, resulta también una modificación aparentemente sólo exterior, absolutamente necesaria: la sustitución de los crucifijos representando la atormentadora crucifixión en las iglesias y en las calles de las aldeas. El crucifijo es el símbolo de la doctrina del Cordero inmolado, un cuadro que presenta ante nuestra mente el derrumbe de todas las fuerzas y que a través de la casi siempre horrenda representación del dolor, deprime asimismo interiormente, torna “humilde”, como era la intención de las Iglesias despóticas. Cierto es que las figuras de caballeros y dioses germánicos se han conservado aún en S. Jorge, S. Martín y S. Osvaldo, pero ellas llevan, no obstante, sólo una existencia subordinada. Si bien, por otro lado, el besar las heridas sangrantes purulentas del Crucifijo, representadas con todo realismo, tal como la Iglesia romana lo fomenta en muchos creyentes sudamericanos, no ha penetrado aún en el Norte de Europa, sin duda alguna el lastimosamente Crucificado ha llegado a ser aquel medio con el cual Roma ablanda y domina las almas de sus adeptos.

Una Iglesia Alemana representará poco a poco en las iglesias que le han sido traspasadas en lugar de la crucifixión, el espíritu fogoso que imparte enseñanza, el héroe en el sentido más elevado. Ya casi todos los pintores de Europa han despojado el rostro y la figura de Jesús de todas las características raciales judías. Cuando tuvieron que pintarlo —por más desfigurado por doctrinas del Cordero de Dios que se hallara su Salvador—, en todos los grandes del Occidente nórdico Jesús es esbelto, alto, rubio, de frente empinada, de cabeza angosta. También los grandes artistas del Sud no tuvieron comprensión alguna por un Salvador de nariz curva y pies planos. Hasta en la Resurrección de Matthias Grünewald, Jesús es rubio y

esbelto. Desde el pecho de la Madona Sixtina el rubio Jesús mira "con expresión sencillamente heroica" al mundo, al igual que las cabezas de ángeles de ojos azules desde las nubes. Nuestro sentimiento vital que despierta de nuevo no conoce el ideal de los flagelantes, una auténtica crucifixión —como ya se ha expuesto— hoy no puede ser ni pintada ni esculpida, ni vertida en poema ni puesta en música. A todo el gremio de los artistas alemanes, que hoy gastan sus energías en naturalezas muertas de espárragos y pepinos, le ha sido planteado con el nuevo Reich un cometido igualmente grande que al cura del alma alemana. Las iglesias y parroquias de la Iglesia Alemana deberán tomar las medidas necesarias para que en los lugares de peregrinaje tradicionalmente sagrados, poco a poco las muestras de arte bastardo de la época del barroco de cuño jesuítico, sean reemplazadas por cuadros y estatuas del prodigador de vida, que de paso vuelva a aparecer el Dios con la lanza, además de pinturas, proverbios del Maestro Eckehart y de otros predicadores alemanes. De las naves y de los altares de la Iglesia Nacional Alemana desaparecerán las guirnaldas de yeso, los rayos de latón y toda esa inundación de nuestra vida por las baratijas del estilo jesuítico y el postrer rococó bastardo. Al artista arquitecto alemán esperarán aquí cometidos que ya ansían miles que están cansados de edificar casas de comercio y palacios bancarios. Más fácilmente puede emplearse nuestra música. En Bach, Gluck, Mozart, Händel y Beethoven se ha impuesto, a pesar de los versos eclesiásticos, el carácter heroico. Pero también aquí una música que hoy sin objetivos se desmenuza, encontrará un enorme campo de trabajo, simultáneamente los libros de cánticos eclesiásticos serán depurados de cánticos a Jehová.

De la única reversión interior religioso-metafísica dependerá, por consiguiente, todo para el futuro de nuestra vida. Desde un centro se derramará una corriente que cubrirá borboteante todo, que hará tan fecunda el alma del predicador y del hombre de Estado como la fantasía del artista y del pensador hoy carentes de un centro y por lo tanto, casi delirantes.

Si hoy se viaja a través de ciudades y aldeas alemanas puede comprobarse con alegría que en todas partes han sido levantadas piedras conmemorativas y estatuas de héroes. El soldado del frente alemán con el casco de acero muestra el tipo, inscripciones en los zócalos designan los nombres heroicos, flores y coronas atestiguan el amor que rodea el recuerdo de los muertos... Aún lo hemos vivido todo nosotros mismos, aún millones conocieron personalmente a las víctimas de la Guerra Mundial con todos los atributos humanos que les eran propios. Aún no pudieron devenir símbolo en la medida que lo son. Pero este conocimiento de los aspectos humanos de las personalidades individuales poco a poco se desvanecerá cada vez más. Lo típico de la época espantosa pero, sin embargo grande, de 1914-1918 se volverá cada vez más fuerte y potente. Ya la generación venidera verá en un monumento a los combatientes de la Guerra Mundial un signo sagrado del martirio por una nueva fe. Es ésta una evolución que se va preparando en todos los Estados de Europa. La tumba del "soldado desconocido" en Francia, Italia e Inglaterra, ha sido, por cierto, a menudo sólo un lugar de parada, pero no obstante, ha llegado a ser ya simultáneamente para millones un centro místico semejante a los monumentos alemanes al soldado alemán invicto. Un número bastante grande de periódicos franceses clericales, p. ej., llama a esta nueva veneración, mirada por ellos con preocupación, a-cristiana, y teme no sin razón que el "soldado desconocido" podría ocupar el lugar de los santos. Cierto es que la Iglesia infalible antaño había quemado a Juana y luego la había santificado, por consiguiente, ella reclamará también al "soldado desconocido" como "católico" y con agua bendita falseará el sentido de una reversión anímica que hoy husmea, como todo otro principio de un movimiento genuinamente nacional. Lo hizo ya en 1870-1871 cuando también entonces comenzó una veneración de los héroes. Si Alemania realmente despierta y la aldea se congrega los domingos no alrededor de columnas marianas sino alrededor de estatuas de los grises de campaña alemanes, entonces un fuego graneado contra esta costumbre "neo-pagana" es tan seguro como que hoy la cruz está sobre la torre de la iglesia.

La Iglesia ha consagrado como mártir y santificado a todo misionero asesinado. Hasta cuando el misionero Emmeran, [115] a quien la tradición cristiana presenta como judío, violó a la hija del Duque de Baviera y fue por ello muerto, la Iglesia infalible declaró este fin oprobioso como una muerte por la fe. Hoy Emmeran es un santo al que se adora en el piadoso Regensburg. Pero es deber de una generación alemana venidera enunciar sólo con veneración los nombres de aquéllos que con tormenta y tempestad lucharon por la grandeza y el honor del pueblo alemán, y honrarlos por lo que son: mártires de la fe nacional. Aquí, en este rincón de nuestra alma, vive también la única esperanza de que los pueblos de Europa reconozcan alguna vez la esencia de las espantosas catástrofes, y que los auténticos conductores de pueblos de una época venidera, valorando lo más precioso, la sangre de los seres humanos de su Nación, tomarán en todas partes plena conciencia de que el empeño de esto último sólo debe ser el último y más extremo recurso. No el respeto o el reconocimiento de una "cristianidad" cualquiera o del pacifismo liberal, constituye hoy todavía un poder tan fuerte como para cautivar las almas, más bien domina el espíritu y las palabras del legado romano Aleandro: "Nosotros los romanos haremos que ustedes los alemanes se maten mutuamente y se ahoguen en su sangre", hoy al igual que hace 400 años. ("La guerra la perdió Lutero", dice orgullosamente Benedicto XV al "historiador" judío Emil Ludwig). No es el humanitarismo

---

[115] Véase Dr. Sepp: *Der Bayernstamm*, [*El tronco bávaro*, N. del T.], Munich, 1882.

francmasónico con su mendaz pacifismo mercantil lo que puede brindar los fundamentos de una genuina voluntad de paz, ya que el "negocio" gobierna sus actos. Sólo el reconocimiento del honor en el amigo y en el enemigo, en el soldado desconocido afuera y en el muerto invicto gris-campaña en la Patria, es aquella semilla que hoy es común a los mejores de todos los pueblos aún valiosos. Ha comenzado a germinar en todas partes; si va a crecer, es el interrogante de un futuro angustioso. Pero una cosa ya hoy está clara: sólo llegará a madurar el ser humano interior del honor cuando se haya liberado de la maleza que hoy descaradamente crece exhuberante a su alrededor. Todos los poderes degenerados están en la obra con toda la fuerza, para no dejar que estos mártires del honor del pueblo lleguen a ser el símbolo vital de un porvenir alemán más hermoso. En nombre de la paz mundial y de la así llamada humildad cristiana siembran discordia o tratan, a través de un pacifismo mendaz, de matar el verdadero amor a la paz consciente del honor.

Estaba dentro del sentimiento vital de una época pasada que era conceptuado como pecado cuando un católico levantaba su mano contra el católico; una época posterior consideró natural que los monarcas debían estar unidos contra los republicanos; el siglo 19 exhortó a los ejércitos de trabajadores que se contaban por millones a no tomar las armas ni aún en nombre del Estado, contra el compañero de clase de otro pueblo. Estos valores han sido todos quebrados. La veneración del soldado que lucha por el honor de su pueblo es el nuevo sentimiento vital recién nacido de un nuevo tiempo. Bajo el nombre de esta nueva religión del honor nacional puede despertar aquella conciencia europeo-nórdica (no por el reconocimiento de así llamados "intereses económicos comunes", con el que los bastardos "pan-europeos" hoy trafican) que alguna vez tendrá que formar un frente común contra el Sud negro y el parásito sirio, si no han de sucumbir todos. Ahora bien: aquí el alemán debe volver sobre su magnífica mística, conquistarse nuevamente la grandeza de alma de un Maestro Eckehart y tener la vivencia de que este hombre y el héroe gris-campaña bajo el casco de acero son uno y el mismo. Entonces estará libre el camino para una religión nacional alemana del futuro, para una genuina Iglesia Alemana y una unitaria cultura popular alemana.

4.

De estas exigencias resulta también la apreciación del valor del amor. Como ya ha sido expuesto en el primer libro, éste no constituye una fuerza creadora de tipos ("amar sólo se puede lo individual", Goethe), sino que estaba siempre al servicio de otro valor, a pesar de que ciertamente los beneficiarios de esta debilitante idea amor-humanitarismo —la Iglesia romana, la Alta Finanza— trataron de negar este hecho. A esta fuerza que apunta al sojuzgamiento de las almas queremos contraponer la veracidad y colocar al amor bajo la fuerza creadora de tipos de la idea del honor. Pero por ello precisamente el amor adquiere el carácter de lo recto, genuino, fuerte. En el lugar del amor por la sumisión estará —llevado a una fórmula— el amor por el honor. Pero ahora se agrega como lo más imporante lo siguiente: a una Iglesia Nacional Alemana, edificada voluntariamente sobre la idea del honor nacional y de la personalidad, se unirán automáticamente sólo aquéllos seres humanos —no importa a qué Iglesia pertenezcan— que también exteriormente están condicionados en forma preponderante por lo nórdico. Lo mismo que hoy ya se puede observar en la Reichswehr voluntaria se repetiría en sentido ennoblecido con el renacimiento religioso. Un amor sacrificado sería en este caso un auxiliar de la nobleza de alma que produce la cría de elevación, pero con ello estaría al servicio de una re-nordificación del pueblo alemán, que si es sólo emprendida desde afuera, nunca será alcanzada.

Y ahora probablemente podemos también decir que el amor de Jesucristo ha sido el amor de un hombre consciente de su nobleza de alma y de su fuerte personalidad. Jesús se sacrificó como Señor, no como siervo. De la "nobleza del alma" partió también su gran sucesor, el Maestro Eckehart, cuyo amor al servicio de este valor fue igualmente fuerte, consciente, completamente a-sentimental. Este amor no sirvió con "miedo tembloroso", como lo exigía Ignacio, no sirvió a un sistema de avasallamiento del alma y destrucción de las razas, sino que sirvió única y exclusivamente a la libertad consciente de su honor. Y también Martín Lutero supo demasiado bien lo que decía cuando poco antes de su muerte escribió: "Estas tres palabras, libre, cristiano, alemán, son para el Papa y la corte romana nada más que puro veneno, muerte, diablo e infierno: no las pueden sufrir, ni ver ni oir: ahí nada ha de cambiar, eso es seguro. [116]

Se ha querido ver la esencia del germano en su lealtad; naturalmente no se entendía con esto la fidelidad de cadáver de Loyola, pero sí la lealtad al "señor elegido por uno mismo". Ahora, bien: en la historia efectivamente muchos germanos se han elegido señores extraños y les han servido "lealmente": como soldados, filósofos y doctores de la Iglesia. Nosotros designaremos hoy a estos hombres no como leales, sino como desertores. Leal es sólo el que permanece leal a su propia libertad Muchos han podido

[116] *Wider das Papsttum zu Rom vom Teufel gestiftet*, [*Contra el Papado de Roma, fundado por el Diablo*, N. del T.], 1545, IV, 124.

hacer esto dentro de la Iglesia aún no petrificada, aun cuando casi todos los grandes entre ellos fueron amenazados con la cárcel, el veneno y el puñal; pero desde el imperio del jesuitismo ningún hombre nórdico puede ser conscientemente germano y al mismo tiempo adepto de Loyola. “Lo uno sobre todo: sé leal a tí mismo”, vale solo si ha de producirse un renacimiento alemán interior y exterior; el “profundo respeto (Ehrfurcht) ante nosotros mismos”, como lo exigía Goethe, el estar “de acuerdo consigo mismo”, como lo enseñaba y vivía el Maestro Eckehart. El honor y la libertad son ideas, la lealtad una actividad. El honor se manifiesta en la libre lealtad a sí mismo

Creo saber con toda exactitud qué luchas en la vida religiosa serán provocadas por la idea de una Iglesia Nacional Alemana. Pero una cosa creo saberla igualmente: que la búsqueda de cientos de miles que tiene lugar ya desde decenios anuncia el despertar de un nuevo y genuino sentimiento de la vida, que estos seres humanos están cansados del viejo y chato escepticismo, pero más allá de la vivencia individual buscan también una comunidad. Pero nunca en la historia mundial han sido renovadas viejas formas por el hecho de que el contenido y, la estructura de una esencialidad se incorporan simplemente a la manifestación de una ya existente, por el contrario, ambas tuvieron que ser abarcadas y unidas por una visión de síntesis. Hay que leer la última obra, ya proveniente casi de la eternidad, de H. St. Chamberlain, *Mensch und Gott*, [*Ser humano y Dios*. N. del T.] para comprender claramente lo que está sucediendo: es la búsqueda de un camino directo a la personalidad de Cristo. Herder exigió antaño que la religión apoyada en Jesús se transforme en una religión de Jesús (Religión an Jesum zu einer Religion Jesu). Precisamente esto era lo que anhelaba Chamberlain. Un hombre completamente libre, que dispone interiormente de la totalidad de la cultura de nuestro tiempo, ha mostrado el más fino sentido por la grande, sobrehumana simplicidad de Cristo y ha representado a Jesús como aquél tal cual antaño había aparecido: como Mediador entre el ser humano y Dios.

Para volver a encontrarlo debe ser librada una gran lucha de almas, si no queremos asfixiarnos por falta de veracidad interior y sucumbir miserablemente: el rechazo de los profetas extraños y la aprehensión de aquellas manos humanas que han conquistado méritos por la elevación de las más bellas cualidades del alma germánica. Para ello el mito del lugarteniente romano de Dios debe ser superado de la misma manera que el mito de la “letra sagrada” en el protestantismo. En el mito del alma popular y del honor reside el nuevo centro conjuntante, estructurante. Servirle es deber de nuestra generación. Fundar la nueva comunidad salvadora le estará probablemente reservado recién a una generación posterior...

5.

Si un hombre de Estado del futuro alemán, sin tomar en consideración sus confesiones personales, ha de asumir una actitud de la mayor prudencia frente a todas las manifestaciones religiosas de su Pueblo, evitando en lo posible toda intervención en la lucha, en cambio, la escuela exige una postura totalmente distinta, que delimite positivamente, que tienda a un fin y que sea defendida con energía. El primerísimo cometido de la educación no es la transmisión técnica del saber, sino la formación del carácter, es decir, el fortalecimiento de aquellos valores que dormitan en lo más profundo de la naturaleza germánica y deben ser cultivados cuidadosamente. Aquí el Estado Nacional ha de reclamar sin ningún compromiso el dominio absoluto, si es que quiere educar ciudadanos arraigados en el suelo que en el futuro han de tener conciencia de aquello por lo que luchan en la vida, a qué totalidad de valores pertenecen a pesar de todos los rasgos individuales.

El único gran caso espiritual del presente es la consecuencia de la pugna desenfrenada de docenas de sistemas ideológicos por el predominio: del exangüe humanista, que a través de miradas a la distancia del pasado y del adiestramiento esquemático de la memoria yugulaba la genuina fuerza ascensional de la vida; del realista, que rinde sus tributos al espíritu de la época de la técnica liberal y recientemente de las tentativas eclesiásticas que se intensifican, de volver a incautarse de la vigilancia escolar.

Tenemos, por consiguiente, exactamente tantos tipos de escuelas como hay sistemas fundados en diferentes valores supremos. Ahí están las escuelas confesionales que hoy en serio quieren enseñar también la geografía y las matemáticas en base a las revelaciones antiguo-testamentarias, a pesar de que llenos de ira deben, sin embargo, admitir que inmediatamente después de su explicación “religiosa” de la creación por Yahvé de la Nada, del Arca de Noé y de los afamados 6000 años de la creación del mundo, es anunciada la eternidad del universo y se afirma que fueron necesarios millones de años de formación de la Tierra como premisa de nuestra existencia terrena. [117] Ahora bien: el principio de la libre investigación ha costado, empero, la mejor sangre de Europa frente a una Iglesia que en presumida estrechez de espíritu osa predicar todavía hoy en forma puramente racional como Verdad Eterna, cosas precisamente superadas

[117] El jesuita Kathrein exige abiertamente cálculo y escritura confesional. *Kirche und Volkschule* [*Iglesia y Escuela Primaria*, N. del T.]

por la razón, y a pesar de sus “eruditos en ciencias naturales” sólo demuestra una cosa, que no es el impulso nórdico a la investigación de la verdad o del conocimiento lo que gobierna su accionar, sino un sistema de dogmas coercitivos hostil a nosotros e interiormente hace tiempo desechado. El ejército de los científicos eclesiástico-romanos persigue sólo el fin de poner las ciencias naturales y en general toda la ciencia al servicio de la vieja superstición, que ha sido destrozada de una vez por todas por Copérnico. Así Hammerstein, S. J., sostuvo que la Iglesia había actuado absolutamente conforme a su derecho cuando en las ciencias naturales no permitió derivar el género humano de distintos ancestros troncales, ya que con ello caería la doctrina revelada del pecado original. [118] ¡El viejo relato de Adán y Eva es, por consiguiente, tomado desembozadamente como medida para todas las investigaciones! Y recientemente, a comienzos del año 1930, el Papa Pío XI corroboró en forma expresa en una Encíclica, la determinación del Concilio Vaticano según la cual la “sana razón” sólo está para comprobar la verdad de la “fe” fijada para siempre. Por lo tanto, la Iglesia sólo es consecuente cuando se pronuncia contra la libertad de enseñanza y reconoce solamente una explicación del acontecer mundial y de la naturaleza del ser humano, a saber, aquélla que ha sido asentada a través de sus juramentos de insolvencia (Offenbarungseide).

En la forma más clara esto se pone en evidencia naturalmente, en una materia que más que ninguna otra ejerce influencia sobre la imagen del mundo de un ser humano: en la enseñanza de la historia. Pues ésta es más que ninguna otra una valoración, no una enumeración de hechos reales. Que una “historia” romana niega todas sus falsificaciones se comprende por sí mismo; que condena todo genuino nacionalismo es igualmente consecuente, a lo sumo, puede utilizarlo de cuando en cuando como medio para determinados fines; que Lutero habría sido un ruin canalla es considerado natural y lógico por los maestros romanos en todos los Estados. Canisius sabe informar acerca de la “abominable lascivia” que Lutero habría permitido, los evangélicos son para él, por ende, “seres humanos afectados de peste”. La obra jesuítica Imago primi saeculi designa a Lutero como “monstruo del mundo y peste infernal”. El Papa Urbano VII lo denomina un “monstruo detestable”. Así prosigue hasta el día actual. Es completamente falso quejarse en voz alta de ello, sin comprender en su núcleo el sistema romano. “Triste es la situación de una ciencia que no puede ofrecer otra cosa que una eterna búsqueda de la verdad.” Esta realmente grandiosa observación del profesor de Innsbruck, Joseph Donat, [119] descubre las más profundas profundidades de un mundo espiritual anti-europeo, contra el cual desde siempre ha combatido y sangrado todo lo que era genuino y grande entre nosotros, y que atestiguó a un Fausto: “quien siempre se afana aspirando a algo, a ése podemos redimirlo.”

La “verdad” científica, antiguo-testamentaria y más tarde probadamente falsificada, de la exposición romana de la historia, es ciertamente tan raída, que todo estudiante secundario es hoy capaz de desvelarla, pero la perduración de los dogmas romanos muestra cuán poco el ser humano es determinado por conocimientos solamente, cuán fuertemente actúan en ello la voluntad, el instinto y la imaginación. Ahora bien: el sistema romano se dirige con todo su poder precisamente a estas facultades del alma humana. La Orden jesuita es el instrumento probado para forzar a su servicio al angustiado Yo a través del acicateo de la fuerza de la imaginación y del volver ciega a la razón para cosas que todo ser humano despierto descubre de inmediato. Todo el aparato eclesiástico-romano está activo desde la cuna hasta el sepulcro para apoderarse de la imaginación y no permitir que se produzca pausa alguna en este influenciamiento. Por eso los hechizos de los sacramentos, por eso las formas aturdidoras de los sentidos, por eso también la exigencia de la enseñanza confesional, hasta alcanzar a la caligrafía.

A este sistema cerrado se enfrentaba hasta ahora solo el meramente disolvente liberalismo. Este es una consecuencia ingrata de la irrupción finalmente acaecida del alma nórdica, desde Roger Bacon pasando por Leonardo, Galilei, Copérnico. Pero más allá de la exigencia de libertad de investigación, no se ha abierto paso hasta un núcleo positivo. En último término, sin embargo, un principio determinó —aunque involuntariamente— también la libertad de enseñanza de la era liberal: el dogma de que a cada cual le es adecuado lo mismo y que toda forma no representa otra cosa que barrera y obstáculo al desarrollo.

Esta ciencia “carente de premisas” se acerca hoy a un final trágico, después de haber creado ella misma la más funesta premisa para nuestra decadencia racial. La concepción esbozada al comienzo de la historia mundial como historia racial, es la negativa actual a esta naufragante doctrina de la humanidad. También aquí el pensamiento de la renovación alemana se halla frente al romano y liberal como exigencia claramente consciente y fundada en sí misma. Él niega el conocimiento presuntamente carente de premisas, combate el llamado a la imaginación provocador de histerismo, reconoce conscientemente a la voluntad condicionada anímico-racialmente como un fenómeno primigenio y precondición de toda su existencia. Y exige la valoración del pasado y del presente según la apreciación de si esta voluntad, única creadora de cultura, ha sido vigorizada o debilitada por acontecimientos o personalidades historicos. Hoy ya no se pregunta si “los “pecados originales” adamíticos peligran por los conocimientos, no se mide la grandeza de Federico por el hecho de haber adquirido o no poder, sino por la circunstancia de si él y sus

---

[118] *Kirche und Staat*, [*Iglesia y Estado*, N. del T.] p. 131.

[119] Véase más detalles en Hoensbroeck: *Der Jesuitenorden*, [*La Orden Jesuita*, N. del T.]

acciones fueron hitos en la senda a la grandeza alemana. Por eso nuestra generación actual ya exige, a pesar de toda la escrupulosidad frente a los hechos, una nueva valoración de nuestro pasado, tanto por lo que se refiere a la historia política como también a la cultural. De ella resulta, empero, también el rechazo de la libertad de enseñanza hasta ahora usual, ilimitada en todas las direcciones, para todas las profesiones. La libertad de investigación queda por supuesto conservada como conquista imperdible en la lucha contra Siria y Roma. En todos los terrenos. Tampoco la historia, tampoco las debilidades de nuestros grandes han de ser disimuladas, pero lo eterno, lo mítico, que los sobrepasa, ha de ser hurgado por el sentimiento, estructurado con alma investigadora. Se originarán entonces una serie de espíritus formados por Odín, Sigfrido, Widukind, Federico II el Hohenstaufen, Eckehart, Walther von der Vogelweide, Lutero, Federico el único, Bach, Goethe, Beethoven, Schopenhauer y Bismarck; comprendiendo también a sus adversarios germánicos. Lejos de esta línea anímico-racial del desarrollo del alma alemana se hallan para nosotros los Institoris, los Camisius, lejos se hallarán también alguna vez los Ricardo, Marx, Lasker y Rathenau. Para servir a esta nueva valoración ha sido llamada la escuela del venidero Reich Alemán; es su cometido principal, cuando no único, actuar en los decenios venideros hasta que esta valoración haya llegado a ser lógica naturalidad para todos los alemanes. Pero esta escuela está aún a la espera de un gran maestro de la historia alemana con la voluntad por un futuro alemán. Él vendrá cuando el mito haya devenido vida.

6.

Si, por consiguiente, la valoración del pasado de parte alemana, por lo general es antagónica a la romana y judeo-liberal, entonces tanto más la valoración del gran ser humano individual. Aquí, en la protección de los grandes alemanes, reside el más importante derecho de intervención del Estado nacional en la escuela. Hay que tener conciencia clara de que el sistema cosmovisional romano, que posee su centro de gravedad fuera de todos los valores nacionales, debe ver también a la más grande personificación de la Nación, al genio, bajo una luz muy especial. Solo a aquél que es extraño a todos los mandamientos del alma le parecerá raro si se entera de que el escritor jesuita Th. Meyer presenta a un Emmanuel Kant —justamente el más sublime maestro de la idea del deber— como una “fuente de la corrupción ética así como religiosa, para el Estado y la sociedad”. Su compañero de Orden, H. Hoffmann, declara que Kant no ha solucionado “en modo alguno” la misión de fundamentar una verdadera ciencia; siendo al respecto sabrosísimo escuchar tales palabras de boca de un representante de una concepción del mundo que ha suprimido toda ciencia dondequiera poseía suficiente poder. Más consecuente aún es K. Kempf, S. J., quien proclama: “Kant ha conmovido la confianza en nuestra capacidad de raciocinio.” Con entera claridad se manifiesta el conspicuo jesuíta T. Pesch, que tiene el descaro de comparar a Kant con un “hálito pestífero” que envenena toda la vida de la Nación y cuyo razonamiento es “engaño y fanfarronada”, mientras Cathrein, S. J., recalca que la doctrina de la moral de Kant socava el fundamento de todo orden ético, y Brors, S. J., trata de convencer a los alemanes de que casi ningún otro hombre ha dañado tanto “a nuestra Patria” como precisamente Kant. Según el Padre Duhr, venerado por la totalidad de los católicos descaminados, el “héroe moral de Kant no es otra casa que el nihilista moralizador”, que un raciocinio sistemático debería romper el “hechizo de Kant”, la visión del mundo del “viejo de Königsberg desecado, en marasmo.”

Que los escritores clerical-romanos ven en Martín Lutero una “mácula oprobiosa de Alemania”, un “cerdo de Epicuro”, un “infame apóstata”, o hasta lo llaman un “puerco obsceno”, “violador de monjas” y “hocico de puerco” (Vetter, S. J.), puede pasar en vista de las condiciones de lucha de la Iglesia; pero resulta coninocionante tener que constatar que hasta en nuestro tiempo importantes escritores eclesiásticos aún ahora se ocupan de ensuciar a Goethe. El ilustre jesuita Meschler despotrica contra la “literatura pagana atea”, que es recomendada como “cultura nacional” y contra los “así llamados grandes clásicos”; Doss, S. J.. está indignado por la opinión de que no se posee cultura si no se conoce a Goethe y Schiller, pero, dice, “al ídolo le ha sido quitada la máscara”, lo que ha de destrozar a Goethe y “a más de un ídolo de moda”. A los más furiosos extremos llega el más grande crítico de arte de la Compañía de Jesús, el suizo Baubarten, quien lanzó al mundo dos viles panfletos contra el Weimar alemán. Para este señor, Schiller es un “literato por pan”, que “hurguetea buscando temas históricos picantes, para llenar su Revue y ganarse su honorario”. Goethe aparece como un coleccionista de fragmentos altamente mediocre, del Fausto, Baumgarten únicamente ha comprendido que “todo su pensamiento e intención” sólo gira alrededor de Gretchen y Helena. La restante producción literaria de Goethe deviene “glorificación de la más vulgar actividad terrena..., tontas aventuras teatrales..., avidez de goce sensual” del “semidios egoísta”, del “anciano que se hace el misterioso”, que significa un “peligro para la religión y la moral”. De esto se desprende para el jesuita la consecuencia de que las obras de Goethe en realidad deberían ser limitadas en su difusión, no debiendo la escuela participar en el “culto a Goethe”: “Dígase abiertamente a la juventud, en lugar de aquellas incesantes sentencias arbitrarias, cuán bajo está colocado Goethe como ser humano, cuán hueca y superficial es su visión del mundo, cuán inmorales y corruptores fueron sus principios de vida... Jóvenes y hombres no tomarán ya a un Werther, a Wilhem Meister y a Fausto como tipos de un

auténtico espíritu alemán, sino como figuras literarias de una época éticamente muy venida a menos." De esta manera tan obcecada como ruin la más grande fuerza de cultura bajo dedos jesuíticos se transforma en el "vocinglero de feria de antaño de *Plundersweiler* [Referencia al drama satírico de Goethe, *Das Jahrmarktsfest zu Plundersweilern*, *—La Fiesta de la Feria en el caserío de antiguallas—*, N. del T.] y Weimar en general, para el jesuita Diehl, en un "charco de inmundicia".

Toda esta lucha se dirige instintiva o conscientemente, y orientada inequivocamente por una disciplina centenaria, de modo sistemático contra las grandes personalidades de un pueblo ligadas a la especie, para apagar a éste las estrellas-guía de su vida, robarle sus ideales propios y yugular la corriente de su fuerza vital orgánica. Las palabras de Nickel, general de la Orden jesuítica del siglo 17, de que el espíritu nacional es un viento foráneo, maligno, pestífero, constituyen aún hoy la convicción básica no sólo del jesuitismo sino de la Iglesia romana en su conjunto, aún cuando en vista del despertar nacional no sea capaz de imponerla siempre. "El (espíritu nacional) —declara Nickel en la circular a toda su Orden el 16 de noviembre de 1656, es decir, pocos años después de la terminación de la nefasta Guerra de los Treinta Años— es el enemigo declarado y más encarnizado de nuestra Compañía; ante él debemos espantarnos con toda el alma, con toda la capacidad afectiva... Para que este espíritu pestífero sea exterminado habéis de afanaros a través de ruegos, de advertencias." A fines del siglo 19 declaró el famoso escritor católico-romano Catherin: "A las conquistas más deshonrosas de nuestro tiempo, pertenece el principio de las "nacionalidades", mientras que en los años de "Gracia" 1920-1928 el nacionalismo alemán fue caracterizado por el cardenal "alemán" Faulhaber como la "mayor herejía", lo mismo que en el congreso católico de Constanza de 1923 y en toda la prensa romana, sólo escrita en alemán. El cura párroco muniquense, Dr. Mönius, bajo la protección de todos sus superiores redondeó este concepto en una frase: "El catolicismo rompe el espinazo a todo nacionalismo". [120]

Pero a estas fuerzas que tiran hacia abajo hoy, sin embargo, ya se enfrentan fuerzas anímicas imperturbables, de modo que también podrá procederse alguna vez conscientemente a la superación de esta manifestación del caos racial si permanecemos despiertos y no olvidamos nunca ni un solo instante que todo, pero sencillamente todo lo que comprendemos como cultura popular en el sentido más amplio, ha debido ser arrancado a estos poderes en lucha de muchos siglos, por lo que la irritación del caos de pueblos y sus organizaciones se vuelve comprensible. Digo todo: descendiendo hasta la raíz: el idioma materno. En los estatutos de los jesuitas leemos: "El empleo del idioma materno en todas las cosas que atañen a la escuela no debe ser permitido nunca..." Dondequiera que este más delicado despertar de un alma popular se hiciera manifiesto, ahí Roma se le enfrentó: brutalmente si estaba en el poder, aparentemente tolerante, condescendiente, cuando se sentía débil. Cuando Roma más tarde tuvo que rebajar sus exigencias, la Compañía trató en 1830 de excluir por lo menos la poesía y esto en una época en la cual en el clasicismo alemán ya existía y un Goethe se hallaba cerca del sepulcro. En 1832 —después de una lucha de 250 años de duración— el "reglamento de estudios" de los jesuítas permitió la enseñanza del idioma materno, forzadamente, para no ser apartados del todo. Pero también aquí debe hacerse notar que, como Hoensbroech constata, la edición oficial más reciente de los Estatutos (Florencia 1892/93), que también contiene el "reglamento de estudios", no ha incorporado las pocas enmiedas de 1832. Quiere decir que oficialmente sigue en vigencia el ordenamiento de 1599, y los concordatos, las leyes escolares del Reich, etc. están destinados a transformar nuevamente la escuela alemana en una incubadora del borboteante caos de pueblos; el conspicuo jesuita Duhr dejó escapar la frase: "Esto quedó a partir de ahora como principio: la práctica del idioma materno es recomendable; pero una materia propia no debe hacerse de él..."

Estos ejemplos muestran la necesidad de una decisión sin compromisos en el problema de la escuela. A pesar de toda la tolerancia frente a las formas de religión, ningún hombre de Estado alemán tiene el derecho de encomendar la educación de la juventud a una Iglesia, pues la consecuencia de este transigir sería la relegación —por de pronto cautelosa, luego cada vez más manifiesta— de las grandes personalidades de la nacionalidad alemana, sería equivalente a la desvalorización de de los creadores de nuestra cultura, en cuanto éstos no estuvieron al servicio de una Iglesia. El apoyo a las exigencias católicas de educación por parte del protestantismo muestra que éste —atendiendo sólo a sus áreas— no tiene en absoluto conciencia del peligro para la alemanidad total, y defiende ciegamente los intereses clericales, contra los alemanes. El ser humano no es nada "en sí", es personalidad sólo en cuanto está incorporado espiritual-anímicamente en una hilera organica de miles de generaciones. Fortalecer esta conciencia, fundamentarla, y con ello cultivar la voluntad de seguir transmitiendo por herencia los valores recibidos, luchar por el todo, esta es la misión del Estado, que sólo entonces, mediante la observancia de este saber, puede educar genuinos ciudadanos. Cimentar metafísicamente este sentimiento primigenio, consolar al que yerra y fortalecer el alma, esto ha de ser el cometido del clérigo. Un cometido que exige la más elevada humanidad, que es tan grande que es capaz de llenar también la vida de la más grande personalidad. Pero dadas las muchas flaquezas humanas, los predicadores de toda confesión son empujados a querer hacer dominar su parte sobre el todo, por lo que no se los debe exponer a la tentación de influenciar la visión de

---

[120] *Paris, Frankreichs Herz*. [*París, el corazón de Francia*, N. del T.]

conjunto del ciudadano. Tanto menos cuanto que entre ellos se hallan representantes de sistemas que se afanan por principio en desprestigiar a los grandes de la alemanidad.

Todas las otras disputas y problemas escolares, por importantes que sean, pueden quedar aquí sin ser tomados en consideración. Sólo puede decirse, resumiendo, aún tanto como esto: la controversia actual respecto a la escuela tiene la misma a causa que la pugna por la política: no tenemos ya una imagen de la alemanidad. El resultado de todos los viejos partidos no pudo, por consiguiente ser nunca una escuela alemana, sino un compromiso a-creador entre catolicismo, protestantismo y liberalismo judaico, es decir repartición espiritual del pueblo.

La controversia en tomo a la escuela probablemente ha revelado en la forma más clara todo el derrumbe de nuestra época, pero al mismo tiempo ha probado también la justificación del ideal germanístico, que no puede reconocer ningún compromiso, sino que exige el propio predominio. Las confesiones no son un fin en sí, sino medios mutables al servicio del sentimiento vital nacionalista y de los valores “germánicos del caracter. En caso de no serlo, este estado atestigua la enfermedad del alma popular.

Las confesiones han sido hasta ahora patrones que procuraron estampar su “ser así” (Sosein) al viviente ser existente” (Dasein) de los pueblos. De ahí las luchas anímicas. Estas no cesarán antes de que los pueblos hayan desaparecido como valores de conciencia y las confesiones clericales hayan triunfado, o hasta que el “ser existente” popular haya impuesto sus leyes vitales a las Iglesias. En el primer caso se puede renunciar a toda torma vital específica. En el segundo caso comenzará una verdadera cultura.

La repulsa del ideal germanístico en Alemania es desnuda traición al pueblo. Una época posterior pondrá este crimen en el mismo nivel que la traición a la Patria durante la guerra. Por eso no es de extrañar que los partidos que cometieron la traición a la Patria de 1918, también habían inscripto la traición al pueblo sobre sus banderas negras y rojas.

Es precondíción de toda educación alemana el reconocimiento del hecho de que no es el cristianismo quien nos ha traído la cultura, sino que el cristianismo debe sus valores permanentes al carácter germánico. (Razón por la cual en algunos Estados no presenta estos valores.) Los valores germánicos del carácter son, por lo tanto, lo eterno, según lo cual ha de orientarse todo lo demás. El que no quiera esto, renuncia a un renacimiento alemán y formula también para sí mismo una sentencia de muerte anímica. Un hombre, empero, o un movimiento que quieren procurar a estos valores el triunfo total, tienen el derecho moral de no respetar lo antagónico. Ellos tienen el deber de superarlo espiritualmente, de dejar que se atrofie organizatoriarnente y mantenerlo políticamente impotente. Pues si de una voluntad cultural no se genera un impulso de poder, no debería ni siquiera comenzar una lucha.

VI. UN NUEVO SISTEMA DE ESTADOS

1.

La gran revolución mundial que comenzó en a osto de 1914 y derribó en todos los terrenos viejos dioses e ídolos, no sólo ha trastornado la vida espiritual y política interior de cada pueblo, sino que ha borrado de una vez por todas el trazado de límites del tiempo de pre-guerra. La provisoria regulación de Versalles, que en junio de 1919 fue reconocida por representantes de una sumisión antialemana como ley ineluctable de la república de Weimar, no frena sino que acelera la corriente orgánica del mundo que va adquiriendo nueva estructura. La disminución forzada del espacio vital alemán impone a todos los alemanes como una fuerza del destino, su antiquísimo problema vital con fuerza redoblada para que sea finalmente solucionado. Por cobardía liberal no se lo quiso ver antes de 1914 y se transformó toda Alemania, en mercantilista miopía, en una sola máquina, de modo tal que en algunas comarcas había más chimeneas mirando fijamente al cielo que árboles crecidos. Todo para alimentar a los crecientes hambrientos millones, pero sin la voluntad seria de conquistarles la tierra de labranza donde pudieran sembrar su propio pan. El problema crucial de espacio vital y pan era solucionado anteriormente por los bajo-sajones con la espada, que se blandía delante del arado, pero los descendientes más tarde internacionalizados de estos caballeros y labriegos olvidaron con la prédica de la "penetración pacífico-económica" del mundo, que ellos mismos no existirían si no hubieran sido los beneficiarios de la espada alemana. Hoy ya no trae remedio ningún juego de escondidas, ninguna débil insinuación de "colonización interna" como única salvación, ya que con ello poco se cambia en el destino total de la Nación, hoy sólo trae ayuda la voluntad, que debe ser convertida en acción consciente de su meta, de proveer espacio para millones de alemanes venideros. Esto exige carácter. Esto exige el reconocimiento de que mientras Francia aplica contra nosotros semejante política de poder, no puede haber ningún florecimiento del pueblo alemán. Esta tensión sólo puede ser solucionada a través de una política europea de amplitud de miras. Si Alemania renuncia a orientar la voluntad de su totalidad hacia el único punto: espacio vital, libertad política, entonces también la Prusia Oriental se hunde en el pantano sangriento, entonces desde el Este y el Oeste el enemigo se acerca cada vez más al corazón del ser germánico. Por eso la primera exigencia de una política alemana consiste en el fomento de una verdadera paz, en contra del Tratado de No-Paz de Versalles y sus consecuencias. Pero esto recién pondrá de manifiesto también los genuinos comienzos de una disposición de entendimiento en los otros pueblos.

Al respecto ya desde el punto de vista de la política racial es sumamente importante recalcar que el tipo que hoy determina la vida francesa, no tiene ya casi nada que ver con el tipo de la vieja Francia, sino que debe ser valorado como descendiente de otra capa racial (la éstica-braquicéfala) frente a la anterior (nórdico-oésticodolicocéfala). El francés Vacher de Lapouge ha comprobado esto ya hace tiempo, y llega a la conclusión de que el carácter anímico de los actuales franceses es muy distinto al del pasado: "Esto se manifiesta, dice Lapouge, en los menores detalles. Es suficiente comparar la poesía del café cantante, una verdadera poesía de negros, con la obra poética popular de la Edad Media, para tomar conciencia clara de la regresión espiritual... Es !a primera vez en la historia que un pueblo braquicéfalo ha llegado a dominar. El futuro sólo podrá enseñar qué resultado tendrá este curioso ensayo". Las ideas de la democracia son las ideas de la raza éstica antes dominada por la nórdica (a la que pertenecen los franceses del Norte, los germanos, los eslavos). Ellos triunfaron en 1789, en 1871 en Francia, en 1918 abiertamente en Alemania. La lucha por la renovación alemana es una lucha por el crédito del germánico pensamiento heroico contra el democrático mercantil, una lucha por la fuerza racial europea y su libertad. Los mejores de cada pueblo tienen todo motivo, ya sólo por auto-preservación, para iniciar la misma lucha en el marco de la propia nacionalidad.

Ya sólo gracias a la política del parlamento francés que con ayuda de toda África amenaza al Occidente, el actual París político aparece como un peligro de primer orden para toda Europa. Cuando los Estados griegos antaño se trababan en lucha, buscaron siempre nuevos ejércitos de esclavos del Asia Menor y de África. Por estos esclavos, menos por la lucha política entre ellos, los troncos de la Hélade sucumbieron.

Esta irrupción de sangre extraña, al hundirse antaño en Roma la sangre nórdica, iba apareada con la idea de un imperio mundial a-racial. Hoy, después del caos de la Guerra Mundial y del pensamiento de la revolución mundial, se origina la idea de una pan-Europa a-racial.

El predicador más vocinglero de este pensameinto, el conde Coudenhove-Kalergi, es en parte de procedencia "europea" y por otras partes, japonesa. Es, por lo tanto, el hombre indicado para proclamar la vieja exigencia de una época de decadencia por un Estado unitario a-racial. Además, el Movimiento-Pan-Europa reconoce el actual status quo, lo que en alemán quiere decir que reconoce el predominio de la bayoneta francesa y de sus pequeños aliados del Este sobre la Europa que despierta. Por

lo tanto, Pan-Europa debería en realidad llamarse: “Franco-Judea.” A esto se agrega que la Pan-Europa rechaza a Inglaterra, pero incluye a Indochina y a todas las colonias africanas de Francia.

Los Estados europeos han sido fundados y mantenidos todos por seres humanos nórdicos. Este hombre nórdico está parcialmente corrompido por el alcohol, la Guerra Mundial y el marxismo; parcialmente exterminado. Está claro que la raza blanca no es capaz de conservar su posición en el mundo si no ha puesto orden en Europa. De ello resulta ahora una exigencia, que por millones es sentida como necesaria y que explica más de un éxito de la propaganda “paneuropea”: seguridad político-exterior del continente europeo. De este pensamiento, orgánicamente exacto, resulta, empero, la conclusión exactamente inversa de la que han extraído los “pan-europeos” del Kufürstendamm y de los clubes de logias de diversos Estados. Para conservar a Europa es necesario en primer lugar revivificar, fortalecer las fuentes de fuerza nórdicas de Europa: eso quiere decir, por consiguiente, Alemania, Escandinavia, Finlandia e Inglaterra. Inversamente la influencia de Francia, que en el Sud ya está completamente mulatizada, debe ser orientada de tal modo que no llegue a ser ya el área de concentración de los africanos, lo que bajo las condiciones actuales es el caso en medida creciente. Es necesario que los mencionados Estados nórdicos —agregando a ellos, además, los EE.UU—reconozcan esta premisa de su propia existencia vigorosa. Esto también haría innecesario un conflicto de otro modo inevitable entre la républica de la Francia negro-blanca en marcha y Alemania; y dejaría librada a aquella a su destino elegido por ella misma, sin haber amenazado y emponzoñado a toda Europa.

Por lo demás, los franceses de criterio razonable tendrían en sus manos la posibilidad de producir un saneamiento de su país. Ciertamente no ya sobre la base de antiguas tradiciones nórdicas, pero sí conforme a su peculiaridad racial alpinooéstica: si en reconocimiento de la necesidad natural biológica renuncia a su predominio en Europa, deja caer a Polonia, a Checoeslovaquia y a los otros de la así llamada Pequeña Entente, se dedica consecuentemente a la radiación de los negros y judíos y se conforma con el límite condicionado por su población. Esta Francia podría también, sin ser estorbada por Alemania, vivir por su cultura y constituiría un factor todavía fuerte de la política europea. Los “cien millones de franceses”, sin embargo, le aseguran, por cierto, la barata gloria de un dominio temporario, pero le aseguran también en el futuro el hundimiento racial y estatal. Si Francia aún es capaz de hacer la elección de un modo razonable, es el gran interrogante que nadie contestará afirmativamente.

“Pan-Europa” como realidad orgánica de política exterior, sólo la puede haber después de la delimitación orgánica de los círculos de influencia de los países individuales.” [121]

El “sentido de la historia” no ha ido en modo alguno de Este a Oeste, sino que ha cambiado rítmicamente. Antaño la Europa nórdica envió olas fructíferas de pueblos, que en la India, Persia, Hélade y Roma, crearon Estados y culturas. Luego penetraron por infiltración en Europa las razas ésticas desde el Este, agregado a ello el Asia Menor envió una especie humana que alcanzó hasta la actual Europa sureña; luego pasaron bandadas mongílicas y después turcas sobre campiñas europeas. El derrumbe actual ha hecho nacer un nuevo sentimiento de la vida que surtirá su efecto. La coacción exterior apoya este necesario cambio de orientación. “De Oeste a Este” es la dirección desde el Rhin hasta el Vístula, “de Oeste a Este” debe sonar desde Moscú hasta Tomsk. El “ruso” que maldijo a Pedro y a Catalina era genuino. No se le hubiera debido imponer por la fuerza a Europa. Pero entonces debe conformarse con trasladar su centro de gravedad al Asia. Sólo de esta manera llegará quizás finalmente también a un equilibrio interior, no será siempre una actitud retorcida de falsa humildad y al mismo tiempo haciendo valer un presuntuoso reclamo de decir “su palabra” a la Europa que habría perdido su “camino”. Esta “palabra” ha de pronunciarla, una vez descartada la mezcla de Babeuf, Blanc, Bakunin, Tolstoi, Lenin y Marx, llamada bolcheviquismo, no hacia el Oeste, sino hacia el Este, donde hay espacio para esta “palabra”. En Europa ya no hay lugar disponible.

No una “Europa Central” sin raza ni pueblos, como lo anunció un Naumann, no una Pan-Europa franco-judía, sino Europa nórdica es la consigna del futuro, con una Europa Central alemana. Alemania como Estado racial y nacional, como poder central del continente, como aseguramiento del Sud y del Sudeste; los Estados escandinavos con Finlandia como segunda liga, para el aseguramiento del Nordeste, y Gran Bretaña como aseguramiento del Oeste y de las regiones allende el mar donde eso es necesario en el interés del ser humano nórdico. Esto exige además una fundamentación de mayores alcances.[122]

Ya tán sólo una delimitación fundamental: existe hoy, con razón, una fuerte defensa del nacionalismo contra una cantidad de Estados y una corriente esquemática llama a esto la defensa contra el espíritu del

---

[121] Véase al respecto mi disertación en Roma sobre *Krisis und Neugeburt Europas*, [*Crisis y renacimiento de Europa*, N, del T.] en *Blut und Ehre*, [*Sangre y Honor*, N. del T.], Munich, 1934.

[122] Aquí más allá de lo fundamental no quisiera tratar en detalle problemas aislados directamente europeos, dado que éstos ya han sido considerados en la forma más clara. Véase Adolf Hitler: *Mein Kampf*, tomo 2, y mi escrito *Das Wesensgefüge des Nationalsozialismus*. [*La Estructura esencial del Nacionalsocialismo*, N. del T. Publicado por EDITORIAL MILICIA bajo el título de *Fundamentos del Nacionalsocialismo* (Cuad. 5). N. del E.].

Oeste. Ahora bien: este "espíritu del Oeste" es en lo esencial no otra cosa que la mezcla del ulterior espíritu francés con las ideas democráticas judías, tal como ha encontrado en el actual sistema parlamentario su concreción política. No debería hablarse en forma abstracta, por consiguiente, del dominio de un así llamado "Oeste" sino en forma mucho más comprensible, de un sistema ideológico judeo-francés. La evolución política de Inglaterra, p. ej., ha tenido lugar hacia derroteros muy distintos que la francesa, y quien conozca siquiera algo de la historia inglesa sabe que Inglaterra, a través de siglos y a pesar de su así llamada representación popular, ha sido gobernada de una manera absolutamente aristocrática. La interesante combinación entre la aristocracia y una despreocupación personal, motivada por la seguridad del mar circundante, ha determinado la vida inglesa, y recién en tiempos más recientes con el industrialismo y el dominio del capital financiero, la enfermedad galo-judía ha llegado a un dominio cada vez mayor en Inglaterra. También Italia estuvo librada durante decenios a este espíritu, pero ahora se encuentra en la más consciente y enérgica posición de rechazo frente a la totalidad de la idea democrática, aun cuando en algunos sentidos (capitalismo bancario) no ha podido extraer todavía las últimas consecuencias.

Ahora bien: tan repudiable como las explicaciones esquemáticas sobre el "espíritu del Oeste" es poner de relieve el así llamado "espíritu del Este", que es esgrimido contra el del Oeste y por el que se pronuncia una gran cantidad de alemanes también nacionalistas, sin poseer ideas más profundas de este espíritu del Este.

Todo el Este es absolutamente diversificado; aquí deberá hablarse de un carácter ruso, de los Estados germanizados Finlandia, Estonia y Letonia, habiendo también Polonia desarrollado sus peculiaridades claramente definidas. Dentro de Rusia misma, a su vez, pugnan una cantidad de pueblos orientales contra las formas tradicionales del Estado germanizado. Estos movimientos del caos racial sólo pueden ser comprendidos totalmente en conexión con el movimiento bolchevique, y no es una casualidad que aquí tártaro-calmucos como Lenin, judíos como Trotzkí y caucasianos como Stalin llegan alternadamente al gobierno. Por otra parte, el Sud ucraniano se encuentra en la más aguda posición de defensa contra el espíritu de la Gran Rusia [Parte central y norte de la Rusia europea. N. del E.] y ofrece con ulteriores siete millones un notable grupo autonomista en Polonia. Poner de lado todas estas corrientes a menudo muy diferentes por su sangre con una palabra esquemática "espíritu del Este", e introducir luego esta palabra exangüe en la política práctica, significaría la destrucción de todas las tentativas orgánicas de una política exterior alemana.

Se llegó hasta al extremo de que un escritor que se decía nacionalista declarase que la misión de Alemania consistía en la difusión del espíritu asiático del Este. Aún cuando la Prusia Oriental se perdiera, la misión de Alemania estaría cumplida si Asia dominara desde Vladivostok hasta el Rhin. A tales pensamientos llegan seres humanos que con construcciones exangües tratan de abordar los problemas vitales del pueblo.

Pero lo mismo sucede también cuando un grupo en Alemania declara que se debe realizar el nacionalismo, y otro replica que después de que los partidos marxistas existentes hasta ahora han traicionado al socialismo, un nuevo movimiento está llamado a realizar el socialismo. Ahora bien, no hay ningún nacionalismo abstracto, lo mismo que no hay ningún socialismo abstracto. Pero el pueblo alemán no está para defender cualquier sistema abstracto con su sangre, sino inversamente, todos los esquemas, sistemas ideológicos y valores son a nuestros ojos sólo medios para fortalecer hacia afuera la lucha por la vida de la Nación y aumentar la fuerza interior mediante una organización justa y adecuada. Un nacionalismo como ascenso de determinados valores interiores debemos, por tanto, fomentarlo y recibirlo con beneplácito sólo en aquellos pueblos de los cuales creemos que las fuerzas de sus líneas del destino no se encontrarán en oposición hostil con las irradiaciones del pueblo alemán. Entusiasmo, por consiguiente, para el nacionalismo en sí, un movimiento de renovación orgánica no lo puede abrigar. Podemos constatar que, p. ej., los mestizos sudafricanos o los mestizos en la India Oriental también hacen revoluciones "nacionalistas", que los negros de Haití y Santo Domingo sienten un despertar "nacionalista", que bajo la consigna del derecho a la autodeterminación de los pueblos en forma totalmente esquemática también todos los elementos inferiores sobre este globo terráqueo exigen libertad para sí. Todo esto o bien no nos interesa o sólo en cuanto una política alemana de amplitud de miras se promete a través de su empleo, el fortalecimiento del germanismo y dentro de este despertar germánico un fortalecimiento del pueblo *alemán*.

2.

Todo el mundo mira hoy con vivo interés hacia el Lejano Oriente, en la impresión muy acertada de que allí, a muchos miles de kilómetros de distancia de Europa, se desarrollan acontecimientos que, sin embargo, tocan muy directamente nuestra existencia. En la lucha china contra la raza blanca (aun cuando, por de pronto, dirigida principalmente contra los anglosajones), se muestra la característica más relevante de un

movimiento hostil a Europa que se extiende por todo el mundo. Podemos constatar que después de la Guerra Mundial los negros actúan con un sentimiento de su valor muy distinto que antes de la época en que fueran llamados bajo las banderas inglesas y francesas. En muchos puntos de África se constituyeron ligas secretas políticas que trabajaban por conquistar todo el África para los negros. En Norteamérica está en marcha un movimiento similar (Garvey, Dubois) y en congresos negros se presenta sin ningún eufemismo la expulsión de los blancos de todo el África como meta política. Un movimiento semejante puede ser comprobado entre los egipcios, aun cuando éste por lo pronto fue reprimido con toda energía por Inglaterra, al igual que el movimiento de liberación de los indios.

Sin duda la grande India se encuentra en un enorme proceso de fermentación, pero el indio, fiel a su temperamento, por lo pronto libra toda la lucha aun en forma puramente defensiva, y el conductor de la Joven-India, Mahatma Gandhi, declara siempre de nuevo que no piensa proceder contra Inglaterra con violencia. Pero al lado de él trabaja un ala activista —primeramente bajo la conducción de Das, luego bajo la dirección del Pandit nacional-bolchevique [El autor se refiere con esta expresión a la posición oficial del partido, dado que el bolcheviquismo es antinacional e internacionalista por definición. N. del E.] Nehru—, que parece conquistarse poco a poco la preponderancia. La posibilidad de un hervor de muchos cientos de millones de indios está ciertamente dada. El gobierno holandés, por su parte, tuvo que reprimir ya peligrosas sublevaciones en sus colonias en Java, que abarcaban a círculos muy grandes. Pero en la forma más clara se pone de manifiesto toda la lucha anti-europea en la rebelión china, conducida con la más fuerte energía por muchos millones, aunque en muy distintas formas.

El fuerte movimiento fermentativo dentro de los pueblos de color es una consecuencia absolutamente directa de la Guerra Mundial. Sobre los hombros de los conductores de las potencias de la Entente pesa el monstruoso crimen de haber movilizado a negros y mestizos contra el pueblo alemán y haberlos llevado, apoyado por muchos años de insultos inferidos a Alemania, a la guerra contra un país de raza blanca. La culpa más grande y más directa le toca aquí, sin duda a Francia, la que hasta después de la Guerra ocupó con hombres de color la cuna de la cultura de Europa, la Renania; Francia, cuyos apoderados militares declaran en forma completamente desembozada en el parlamento francés, que los franceses son un “pueblo de cien millones” y que no disponían acaso de dos ejércitos, uno blanco y uno de color, sino de un “ejército único”. Con esta declaración programática la política francesa equiparó la raza negra a la blanca, y en forma semejante como hace 140 años Francia inició la emancipación de los judíos, así se halla hoy a la cabeza de la corrupción racial de Europa por los negros y, si esto sigue así, apenas podrá ya ser considerado como un Estado europeo, sino más bien como un estolón de África conducido por judíos.

Inglaterra creyó después de noviembre de 1918 haber alcanzado totalmente sus metas de la Guerra. Las colonias alemanas habían sido robadas, la totalidad de la propiedad alemana en todos los países había sido confiscada a favor de la Entete, la Flota Mercante alemana había sido entregada prontamente por los tristes héroes del noviembre de 1918, la Flota de Guerra alemana yacía hundida bajo las aguas en Scapa Flow. En lo económico la Alemania destrozada no significaba ya ninguna competencia, sino que como esclava de las naciones de la Entente tuvo que aprontarse a prestar con sudor de sangre, trabajo de servidumbre durante decenios. Y, sin embargo, se evidencia ya hoy que Gran Bretaña no sólo no ha ganado totalmente esta Guerra, sino que se encamina a las más graves conmociones de todo su Imperio mundial.

La participación de las colonias británicas y de los así llamados Dominios en la Guerra Mundial contra Alemania, había acrecentado enormemente el orgullo de los sudafricanos, de los canadienses y de los australianos, y como antaño los actuales Estados Unidos se separaron de Inglaterra, así las fuerzas separatistas en los mencionados Dominios se hallan hoy muy vigorizadas, y Londres pudo prevenir el desmembrarniento del Imperio británico solo mediante la táctica de aceptar flexiblemente todos los deseos de auto-gobiemo de los Dominios, de modo que Inglaterra hoy en realidad ya no es un Imperio centralmente dirigido, sino que representa una liga de Estados. Y ahora se evidencia que las fuerzas desencadenadas, crecidas bajo la consigna del derecho de autodeterminación de los pueblos, no podían ya ser domadas. Cierto es que la City judía, en alianza con los liberales y el partido laborista, pudo muy bien abrigar la esperanza de concertar con el Moscú judeo-bolchevique un favorable convenio económico, pero, no obstante, la descarada actividad bolchevique en Inglaterra tuvo como consecuencia una repentina repulsa de todo el pueblo, incluso de la clase trabajadora inglesa, de modo tal que las tentativas liberal-judías fueron rechazadas cada vez más enérgicamente. La fuerte corriente anti-bolchevique dentro del partido conservador empujó en adelante a Inglaterra a una política hostil a Moscú cada vez más intensa, mientras que Moscú, por su parte, como bajo la presión de una necesidad histórica, tuvo que hacer actuar su fuerza en el Este. Anteriormente el bolcheviquismo se esforzó, en la esperanza de arrastrar consigo a toda Europa, principalmente en arrollar con violencia a Alemania, a Europa Central. Gracias a la enérgica fuerza de resistencia de los alemanes (en parte también de los polacos y húngaros) este atentado, por lo pronto, fue rechazado. Pero como el bolcheviquismo moscovita no podía permanecer políticamente inactivo si no quería borrar para siempre la consigna de la revolución mundial, debió probar sus fuerzas hacia otra dirección. Aquí dio, en primer lugar con Turquía, que en un comienzo aprovechó una alianza con Moscú, pero luego se desligó cada vez más del bolcheviquismo y puede ser considerada hoy como un Estado

nacional coherente. Así a Moscú no le quedó otra alternativa que tentar más hacia el Este: a Mongolia, a Manchuria y más lejos aún, hacia el sud de China. Aquí la prédica de la revolución social halló en círculos de la clase laboral china saqueada la más viva simpatía, y si se sabe en qué estado tan horrible se encuentra la masa laboral china, se comprenderá que Moscú tuvo que aparecer a estos muchos millones de explotados como el adalid de una mejor forma de vida. Esta corriente social-revolucionaria se unió ahora a una propaganda revolucionaria nacionalista, anti-europea, tal como los intelectuales chinos ya la habían preparado desde decenios atrás. El nombre de Cantón reúne estas corrientes. Ellas desembocan en la autonomía de China y la expulsión. de todos los europeos. Esta es la situación general frente a la cual se hallan en China las potencias europeas bajo la conducción de Inglaterra. Para comprender la gran lucha en su profundidad, señalemos brevemente las fuerzas del pasado.

Se puede valorar como se quiera a China y sus formas de vida, pero es un hecho que a pesar de diversos antagonismos raciales ha sido creada, sin embargo, a diferencia de la Europa agrietada, desde un único centro espiritual. La filosofía, la religión, la moral, la doctrina estatal y la vida se correspondieron orgánicamente entre sí. La China ha tenido la suerte, dejando de lado ciertos matices populares, de poder desarrollar una cultura específicamente genuina, que actúa desde hace mucho más de 3.000 años y a cuyas formas primigenias siempre ha vuelto de nuevo, a pesar de la vaga doctrina del taoísmo, del budismo que ha penetrado desde afuera y de diversas revoluciones. La China y Confucio son entidades iguales que coinciden con la raza y el pueblo. En Confucio el modo de ser chino se personifica en la forma más perfecta. Él es el maestro, el santo y el estadista propiamente dicho. Hay, por lo tanto, lo mismo una religión confuciana como un Estado confuciano. Si se valora este hecho en todo su significado (en vista de los Estados de Europa, donde la idea de pueblo y de Estado se encuentra desde hace siglos en la más grave lucha con la eclesiástica) se comprenderá recién toda la fuerza interior de la nacionalidad china. Lo característico del ideal chino es, en primer lugar, que se muestra reservado frente a éspeculaciones metafísicas, y en segundo lugar, que rechaza enérgicamente toda doctrina extrema de naturaleza ética. El correcto y erudito gentleman, seguro en sus modales y sumamente cortés, ha sido el ideal de toda la nación china, sin tener en cuenta el hecho de que debajo de esta forma dormían a menudo pasiones enormemente intensas. La obra del confuciano Chungyung, *Libro del Medio proporcionado*, ya expresa en su título exactamente aquello que tenía en vista el gran Maestro: no mostrar ninguna gran pena, ninguna gran alegría, ayudar a los seres humanos, abrigar amor por la paz, practicar justicia, ser ahorrativo. actuar celosamente en la sociedad mediante el buen ejemplo por la virtud... Esto es “el noble”, el ideal de Confucio. Así como enseñó también se dice que ha vivido. En las *Conversaciones* Confucio es descripto minuciosamente por sus adeptos. Con funcionarios inferiores hablaba de un “modo sincero”, con superiores “suavemente, pero con firmeza”.

Frente a un príncipe atestiguaba “respetuosa incomodidad” En sus funciones se preocupaba por cumplir estrictamente el ceremonial. Durante la comida y en la cama no hablaba, sacrificaba también cuando sólo tenía pocos alimentos, se sentaba sólo sobre una estera bien desenrollada, testimoniaba a la vejez la más alta consideración, en suma, si peregrino, si ministro, Confucio siempre era el mismo en forma y disciplina. Esta cría racial de China que llegó a adquirir conciencia en un hombre, ha atestiguado inversamente una fuerza enormemente formadora de tipos, que a través de dos milenios ha seguido actuando inquebrantada hasta el actual revolucionamiento del Este. El pueblo chino era, por consiguiente, en real sentido un pueblo, porque poseía un ideal específico que lo determinaba todo. Ante la grandiosidad del hecho de que más de trescientos millones de seres humanos veneraban, no sólo en palabras sino en la vida (a pesar de todas las debilidades humanas), a un tipo, palidecen todos los ataques contra el confucionismo, que han sido formulados por parte de los predicadores con furia misional.

A nosotros Lao-Tsé, por cierto, nos parecerá más grande que Confucio, ya que va más allá del suave medio de su rival justo en las formas e indaga por la causa primera metafísica del ser, la que encuentra en el Tao, es decir, en el sentido, en el “camino verdadero”, en la razón del mundo. También Confucio emplea la palabra Tao, pero se cuida de extraer las conclusiones como lo hace Lao-Tsé. La doctrina de éste era una obra para espíritus iluminados, mientras que Confucio quiso dar camino y forma a las anchas masas. Así triunfó sobre Lao-Tsé.

Confucio recalca que no quiere traer nada nuevo, sino sólo honrar y purificar lo viejo, ya que es descuidado. En esta doctrina se manifiesta ya al principio la importancia que atribuye a la tradición, algo a lo que el chino venerador de los antepasados siempre ha prestado atención. Un fuerte acicate para el comportamiento moral y para la constancia reside, además, en la exigencia de que el padre es hecho responsable por los actos de su hijo. Por tal razón se otorgaba título de nobleza no solamente a una personalidad meritoria, sino también a sus antepasados, que posibilitaron su aparición; por otro lado, Confucio castigaba no sólo a un malhechor, sino al mismo tiempo al padre de éste. Tal hecho muestra a su vez cómo lo personal es reprimido, y hasta despreciado sistemáticamente a favor de lo típico. Todo esto demuestra una enorme capacidad de persistencia anímica, que se cristaliza alrededor de un ideal-término medio, ciertamente una antítesis del europeo, pero de todos modos específico, crecido en fondo propio y, por lo tanto, digno de admiración.

3.

En el cerrado mundo chino intervino en el siglo 19 el imperialismo económico occidental, unido a una actividad misionera tan asidua como interiormente injustificada. Calicó y opio, productos de desecho de Europa, penetraron en China y destruyeron, por lo pronto, el equilibrio de la vida china de las ciudades portuarias, para luego penetrar cada vez más profundamente en el país. Anodados por la grandeza técnica, hasta chinos cultos "adornaron" sus viviendas con las chabacanerías relegadas de los grandes almacenes del Oeste europeo y enviaron a sus hijos a Europa y América para aprender allí la nueva sabiduría. La juventud china fue contagiada por el subjetivismo económico y el pensar europeo individualista; su actuación liberal ha aportado luego lo suyo para la actual corrupción de China. Pero no faltaron tampoco las protestas. Los alzamientos de los boxers son solamente los signos más brutales de éstas; más profundamente consciente, precisamente la inteligencia china (y también japonesa) se situó a la cabeza de un movimiento con la meta de la renovación racial y de la liberación del Este. El escritor chino Unosuke Wakamyia escribió que el nuevo movimiento gran-asiático persigue el fin de preservar la cultura y economía asiáticas de intervenciones europeas. El programa de la sociedad Asia-gi-kwai exige igualmente el alzamiento de todos los asiáticos. El conde Okuma fundó después de la Guerra Ruso-Japonesa la Sociedad Pan-Asiática. En sus discursos habló de la venidera decadencia de Europa: el siglo 20 verá las ruinas de los Estados occidentales. En 1907 expuso en la "Sociedad Indo-japonesa" que los ojos de la India están dirigidos llenos de esperanza al Japón, lo que fue subrayado por el "Taimin" (un diario de Osaka), el que exigió ayuda japonesa para la revolución de la India. El profesor Kambe de la universidad de Kioto vio en el Japón el Estado dirigente en la venidera disputa con Europa.

En el año 1925 comenzó la gran revolución mundial en el Este. Para completar su dominio mundial, las potencias deben someter también al Japón. Para ello necesitan una China vencida. Simultáneamente el bolcheviquismo encendió la revolución social. Como nunca aún también han sido despertados en China los instintos dormidos. China ha perdido hoy su ideal mítico, formador de tipos; cientos de rivales egoístas, acicateados por potencias extranjeras, luchan entre sí. Las discordias existentes no son superadas en nombre del ideal confuciano, sino atizadas bajo consignas nuevas, foráneas. El anarquismo liberal moderno fuerza también el tipo chino. La revolución más transcendente, cuyo desenlace no puede ser previsto, está en marcha. Pero si no todo engaña, la sangrienta lucha alguna vez terminará a pesar de todo con la expulsión de Europa del Asia oriental. Y es de desear que tanto misioneros como traficantes de opio y oscuros aventureros abandonen la China. Pues no en nombre de una necesaria protección de la raza blanca el europeo ha irrumpido en la China, sino a favor del afán de lucro judeo-mercantilista. De esta manera se ha deshonrado a sí mismo, corrompiendo todo un mundo cultural a quien ha llevado a un justo alzamiento contra sí. La China lucha por su mito, por su raza y sus ideales, lo mismo que el gran movimiento de renovación en Alemania contra la raza de mercaderes que hoy domina todas las Bolsas y determina los actos de casi todos los gobernantes.

Por lo que se refiere a la evolución histórica de las grandes luchas en la China, éstas comenzaron principalmente con la introducción forzada del opio. El gobierno chino reconoció muy pronto lo perjudicial de este producto y prohibió ya en el año 1729, el goce del opio y la plantación del opio. Estas prohibiciones fueron más tarde agravadas repetidamente, pero este esfuerzo del gobierno chino chocó contra la resistencia de la Compañía de las Indias Orientales inglesa. Es que el importe de la venta del opio estaba destinado a poner nuevamente en orden las miserables finanzas de la India, y detrás de los señores hábiles en negocios de la Compañía de las Indias Orientales se colocó, como siempre consecuente, el Estado inglés como poder político. Después de haber sido vencido, el Emperador Tao Kuang declaró: "No puedo evitar la importación de este veneno; hombres ansiosos de ganancias y corrompidos quieren por avidez de lucro y sensualidad cruzar mis deseos, pero nada me inducirá a percibir mis ingresos del vicio y de la miseria de mi pueblo".

El centro de la totalidad del comercio del opio inglés era Cantón, es decir, aquella ciudad de la cual ha partido el actual así llamado movimiento de liberación chino. En el término de poco tiempo el contrabando de opio que aquí pudo ser comprobado ascendió hasta 1700 cajones por año, pero su volumen aumentó cada vez más, y cuando en alguna oportunidad el gobierno chino realizó un registro de domicilio entre los comerciantes ingleses, pudo incautarse de no menos de 20.000 cajones de opio. A fines de la década del treinta del siglo pasado, se produjo entonces el gran conflicto entre el gobierno británico y China; los cañones ingleses tuvieron que ser puestos en acción para la protección de los contrabandistas de opio. La China fue vencida y el Tratado de Nanking (1842) estableció que estaba obligada a ceder Honkong a Inglaterra por "toda la eternidad". Cantón, Amoy, Ningpo, Fucheu y Shanghai tuvieron que ser abiertos al comercio británico. Fuera de esto, la China fue obligada a pagar 21 millones de dólares por reparaciones de guerra. Más allá de ello, Inglaterra vendió a buques contrabandistas chinos el derecho de llevar la bandera británica!

Esta situación volvió a agudizarse; en el año 1856 comenzó la segunda Guerra del Opio, esta vez con participación, de Francia. El tratado consecutivo, de Tientsin, oprobioso para China, "justificó" completamente el comercio del opio. Este amordazamiento durante decenios de China en interés de un sistema capitalista destructor del pueblo, tuvo por necesidad natural que conducir siempre de nuevo a tensiones, y ante la más grande descarga nos hallamos hoy.

Hasta para un conocedor de las condiciones no es fácil justipreciar exactamente según su valor y las metas propuestas a todas las fuerzas que hoy se miden en la lucha. Especialistas reconocidos se contradicen hoy en cuanto a puntos muy importantes en el juicio sobre los diferentes partidos y personalidades chinos. Y esto es por demás natural, dado que el verdadero móvil de los hombres dirigentes no puede ser interpretado sin más.

Dos puntos parecen ser aquí tan importantes como hasta ahora poco o nada tenidos en cuenta.

Desde la terminación de la Guerra Mundial y del triunfo casi perfecto del capital financiero internacional conducido casi exclusivamente por judíos, la política de los poseedores de este capital, sin duda, tiene el propósito de llevar al Imperio insular aún independiente bajo el control de la Alta Finariza. La reunión en Washington en el año 1921 comprometió al Japón a devolver sus conquistas en la Guerra Ruso-Japonesa y en la Mundial, y lo obligó además a detenerse en su armamento naval. Pero para llegar a tener en sus manos por completo al Japón tuvo que ser asegurada la China —como se mencionó al comienzo—, como campo de operaciones. Esto podía ser logrado ya sea en forma directa con ayuda de las influencias —es decir, cañones—anglo -norteamericanas, o bien con ayuda de tropas chinas al servicio de la Alta Finanza. Y aquí llegamos a un hecho extremadamente importante para la actual política mundial.

Antes y durante la Guerra Mundial la Alta Finanza judía ha declarado que su política se desarrollaba en consonancia con la política de Gran Bretaña. Inglaterra había conquistado antaño para los mercaderes judíos de brillantes a Sud-África (Lewis, Beith, Lewisohn, etc.). Había encomendado a grandes casas bancarias judías el dominio sobre todas las transacciones financieras (Rothschild, Montague, Cassel, Lazards, etc.). También había hecho deslizarse cada vez más en manos judías el comercio del opio; el judío Lord Reading (Isaacs) se encargó de las importantes tratativas de empréstito con Norteamérica, hasta que finalmente Inglaterra, a través de la así llamada Declaración de Balfour, se hizo cargo de la protección de los intereses judíos en todos los Estados. El *Frankfurter Zeitung* [*Diario de Frankfurt*. N. del T.] supo en su tiempo muy bien lo que decía cuando afirmó que esta Declaración de Balfour había sido un "fermente de la victoria (inglesa)". A pesar de esta capa abatanada constituída por el capital financiero judío, que cubría la vida inglesa, las fuerzas conservadoras demostraron ser, sin embargo, lo suficientemente fuertes como para emprender al menos contra el desembozado bolcheviquismo una política activa en todos los países y desplegar una intensa propaganda anticomunista. La respuesta la dio ahora el judaísmo, por cierto, no directamente en Inglaterra misma, sino fuera de Gran Bretaña, y esta respuesta es el azuzamiento de la totalidad del bolcheviquismo en todo el mundo contra Inglaterra, además el apoyo en un principio total al Sud chino por parte de toda la Prensa mundial judía, y en tercer lugar, la convocatoria de un así llamado Congreso Anti-colonialista en Bruselas (marzo de 1927), seguido del atizamiento de todos los pueblos coloniales del Este, en primer termino, empero, de los indios, luego de los chinos. Esta acción de conjunto, cuyos efectos los podemos seguir diariamente en la prensa democrático-bolchevique, tiene evidentemente el fin de obligar a Inglaterra a hacer concesiones cada vez más amplias al omni-judaísmo, pero, por otro lado, también la finalidad de realizar con ayuda de los generales chinos respaldados la concentración anti-japonesa en China, y después terminar con el abatimiento del Japón "rebelde", aún independiente de la Alta Finanza.

Japón tiene naturalmente plena conciencia sobre los trasfondos de esta política, tanto de Moscú como de la Finanza internacional, y por instinto de auto-conservación debe empeñar todos sus poderes en vigorizar las fuerzas manchurianas (aún cuando no hasta tal punto de que podrían independizarse del Japón). Oficiales japoneses habían provisto por tal razón anteriormente el ejército del Norte chino de todas las innovaciones técnicas del presente, e independientemente de cómo pueda configurarse en el futuro la situación de poder, Japón siempre tratará por todos los medios de fomentar una división del poder en China.

En lo que respecta al movimiento originariamente llamado de los "Cantoneses" éste era dirigido por un partido que se denomina Kuomintang, lo que quiere decir tanto como partido nacional del Imperio. Cantón era, como se ha dicho, el punto central donde China tuvo que sentir más dolorosamente el poder del moderno Imperialismo Colonial. Aquí fue donde después también se manifestó con mayor fuerza la energía china nacional-revolucionaria. Ella se remite al Dr. Sun-Yat-Sen, crecido dentro de ideas nacionales europeas, el verdadero fundador del partido Kuomintang. Sus aspiraciones y principios Sun-Yat-Sen los ha asentado por escrito. [123] En cuanto a su voluntad personal de derribar las viejas tradiciones en el sentido de una renovación nacional, es de dudar tan poco como en cuanto a su deseo de terminar con toda tutoría

[123] Sun-Yat-Sen: *Die Grundlehren des Volkstums, 30 Jahre chinesischer Revolution* [*Las enseñanzas básicas de la nacionalidad, 30 años de revolución china*, N. del T.], Berlín 1927.

extranjera. Enérgicamente señala en sus discursos que nada acelera más el hundimiento de un país que el sojuzgamiento por medios de poder económicos, de los que disponen las potencias anglo-sajonas (en las que recalca especialmente la influencia judía). Pero un error catastrófico cometió Sun-Yat-Sen en la apreciación de la Rusia soviética, vio en ella el Estado que ha aparecido "en el momento del máximo peligro" para luchar "contra la injusticia en el mundo". Este abogar no crítico por la potencia bolchevique ha causado a China años espantosos, dado que la política pro-bolchevique de Sun-Yat-Sen fue proseguida después de su muerte, hasta que el sano instinto telúrico de los chinos se opuso enérgicamente a esta influencia destructora, sin que el peligro hubiera sido conjurado definitivamente en las grandes ciudades comerciales.

Alrededor de Sun-Yat-Sen como maestro se aglomeró una numerosa inteligencia china, que en todos los Estados de Europa y América se familiarizó con un mundo de ideas extraño y volvió a su Patria como un grupo nacional-revolucionario. Si la prensa mundial judía no cabía en sí de arrobamiento por los dirigentes cantoneses, debe hacerse notar ya aquí que estos intelectuales nacional-revolucionarios en un comienzo dirigentes, con seguridad no podían ser considerados ya como genuinos chinos unidos a la naturaleza. Muchos habían tirado lejos de sí una vieja tradición y se extasiaban en ideas de ninguna manera siempre chinas como "democracia", soberanía popular y cosas semejantes, que habían aprendido en Europa y América. En cierto sentido se asemejaban quizás a los liberales rusos, que se habían separado de las viejas formas rusas, para iniciar luego una revolución democrática que de ninguna manera estaba arraigada en la Nación, hasta que finalmente ellos mismos fueron repudiados por las fuerzas soliviantadas del caos. Algo semejante también se está preparando en China, [124] pues era claro que en el momento en que también las discordias internas del Sud se acentuaron, la posición de las potencias de la Bolsa siguió mejorando. Empréstitos y empeño de los derechos de aduana, ferrocarriles, etc., son también aquí el medio para agotar al adversario, especialmente a un adversario que es pobre en dinero y cuyo ejército a la larga no puede ser alimentado suficientemente. A pesar de todas las evidentes manifestaciones de corrupción, las tentativas de nacionalización de la China son dignas de admiración; cómo terminarán, nadie lo puede predecir.

Los Estados europeos muestran en el conflicto chino, lo mismo que en las otras sublevaciones coloniales, una visible inseguridad, lo que es tanto más comprensible cuanto que, p. ej., en Londres mismo pugnan entre sí distintas fuerzas: voluntad nacional inglesa, no quebrada aún, unida a un imperialismo económico británico; a éste se oponen los métodos, a veces los intereses, del capital financiero puramente judío. Estas fuerzas actúan alternativamente con intensidad sobre la política exterior inglesa, y el judaísmo naturalmente no ha dejado de hacer pie lo más firmemente posible también en el partido conservador.

Ahora se origina para nosotros no sólo como alemanes sino como miembros de la raza blanca toda, el interrogante: ¿qué posición adoptamos con respecto a China en especial y cuál con respecto a la totalidad de la política colonial de los pueblos europeos en la presente crisis que, sin duda, es una crisis de la máxima importancia político-mundial?

4.

El británico estuvo desde siempre menos constreñido estatalmente que el europeo del continente, porque pudo permitirse esta forma suelta de vida como habitante de una isla; pero nunca fue un "mercachifle". El inglés Germains tiene por lo tanto razón cuando declara: "El inglés conquistador del mundo, que, brillante en sus virtudes y terrible en sus pasiones, presuntuoso, brutal y valeroso al mismo tiempo, levanta su mano y... construye un imperio mundial como pueblo señorial creador!" [125] Este señorío todavía hoy existe, aun cuando fuertemente roído por la City.

Para la valoración de la política británica y de una futura actividad colonial es decisivo el material humano racial de estas colonias y áreas de interés. La China ha sido tratada recién. El imperialismo económico frente a este antiguo pueblo de cultura ha sido funesto para ambas partes, de lo que surgen para un futuro orgánico determinadas exigencias (véase más adelante). Muy distinta, empero, es la situación con la India, Egipto, Siria y Sud-África.

Todo europeo ve en la antigua India un país de sus ensueños; en medio de una época de bestialización técnica no fueron los peores los que se sumergieron en los pensamientos de Jajnavalkya, de Cáncara y se extasiaron con el héroe Rama, el dios Krishna y el poeta Jalidasa. Ello tuvo como

---

[124] El destacado ex-ministro de relaciones exteriores chino del gobierno de Cantón, p. ej., Eugen Tschen, es un hombre que según descripciones de testigos oculares ya racialmente no causa la impresión de ser chino, habla inglés como un inglés, viste según la última moda de Londres y sólo lleva modernos zapatos de charol. Su hija había sido educada completamente a la americana, usaba habitualmente pantalones de montar y provocaba indignación en todo auténtico chino por su emancipación. Inclinaciones similares tenían diversos consejeros del entorno de Tschen.

[125] *Die Wahrheit über Kitchener*. [*La verdad sobre Kitchener*, N. del T.]

consecuencia que estos buscadores de la India predicaron la redención de Europa a través de la Antigua India y no se percataron en absoluto de que esta India aria antaño había sucumbido precisamente por los pensamientos, que ensanchan infinitamente el corazón, de los ulteriores Upanishads. Más bien pudo ser observado un fenómeno completamente distinto, que ya ahora muestra consecuencias político-mundiales: la inflamación del nacionalismo indio en el espíritu anglo-europeo consciente de su nacionalidad. En el transcurso de las opresiones, en la marcha victoriosa del pensamiento nacional occidental, en la India desintegrada despertaron de nuevo muchas almas a la auto-conciencia nacional en todas las manifestaciones de la vida.

No sólo se comenzó a estudiar los libros religiosos, sino a entusiasmarse de nuevo por los héroes Rama y Ardjuna. Los indios viajan hoy por Europa, ensalzan los esplendores de su pueblo y exigen su libertad. Rabindranath Tagore ve en la forma del nacionalismo indio sin violencia, la redención del mundo, Gandhi predica la permanente resistencia pasiva como movimiento popular. Al lado de éstas se mueven aspiraciones más vigorosas, pero que afirman haber recibido toda su energía solamente de la India. “El ascetismo no pudo oprimir el pensar ario durante largo tiempo”, anuncia para asombro nuestro el moderno predicador indio Vásváni. La juventud, dice, debe profundizar en la historia, encontrará entonces que los grandes patriotas siempre fueron “espíritus dinámicos, creadores”; la “historia de los héroes” debe ser enseñada al indio. “La historia aún no es enseñada a la luz del desenvolvimiento de la raza india”, dice Vásváni más adelante.

Vemos aquí intervenir abiertamente un sentimiento de vida europeo, que, por, cierto, es atenuado nuevamente de inmediato por las observaciones de que ni el color de la piel ni los antepasados hacen al brahmán, sino el carácter. Aquí se pone de manifiesto toda la tragedia hasta del indio que emerge sobre los 300 millones de sus connacionales. Pues, si quisiera describir el desenvolvimiento de los arios, entonces debería confesar que el ario ha desaparecido fuera de muy escasos vestigios. Ha dejado como herencia cantos heroicos, una profunda y grande filosofía que, más tarde llevada a lo extremo, a lo ilimitado, a la exuberancia de la jungla, fomentó el caos racial. Que los pocos indios renacidos, inflamados de nuevo por impulsos volitivos europeos, sean capaces de criar aún un pueblo de esta oscura población primitiva, que tenga aunque sea sólo por aproximación comunidad con sus ideas, puede razonablemente ser negado mientras no haya sido creado. La invocación de la sagrada vieja universidad de Nalanda con sus 3.000 maestros suena tan melancólico como la exclamación del “radiante esplendor” de la India de la “época venidera”, mientras que inmediatamente después las ideas de nacionalidad y raza son designadas como “ídolos”. La fuerza de cría de las formas de vida y de pensamiento ario-indios como resultado de la raza nórdica y de la naturaleza india es, por cierto, enorme, pero la sustancia racial, de cuya alma antaño habían surgido los pensamientos y los Estados, ha desaparecido salvo escasos remanentes. Por tal razón, la India engendró también sólo al cansado Gandhi con su pacifismo, no a un conductor de ejércitos que personificara una nueva creación.

A esto se agrega que del edificio de la religión india han sido sacados enormes sillares por el mahometismo, que sólo por las razones mencionadas apenas podrán ya ser insertados de nuevo. El que conozca la naturaleza de la progresiva religión del Corán en sus efectos sobre las almas de los pueblos pro-asiáticos, comprenderá que la sub-raza foránea a la India aria, presumiblemente será una herramienta muy fiel del Islam. La religión india es tolerante hasta la auto-disolución, el Islam fanático hasta la auto-entrega en la lucha. Por cierto, el indio asevera que lo blando es más duro que lo duro; lo mismo que el Lao-tseísmo dice: “Sé humilde y tu serás conductor de la humanidad”. Estas frases condujeron a que la raza sucumbiera y que la magnanimidad anímica deviniera bajo manos extrañas la más depravada hechicería. En todas partes venció aquella idea tras la cual se encontraba la voluntad de poder. Las luchas entre hindúes y mahometanos, que amenguaron para constituir un frente común contra Inglaterra, serán acicateadas hasta la más feroz matanza en el mismo momento en que el británico abandone el país. Aunque cada uno de los miles de reproches que el “indio” formula contra Inglaterra sea justificado: el hecho de que Inglaterra exista como un centro de poder evita una catarata de sangre, una recaída a tiempos peores que los que jamás anteriormente han imperado. Gandhi, Das, Vásváni, etc., sólo fueron posibles gracias a la presión europea; nadie siente más satisfacción que nosotros cuando ellos y sus combatientes edifican centros de enseñanza para su pueblo, lo proveen de médicos, aplacan su hambre y predican la antigua veneración de los héroes. Pero que la India necesita una mano de señor sobre ella está fuera de duda.

Desde el punto de vista nórdico tanto como del alemán el dominio de la India por parte de Gran Bretaña, por consiguiente, debe ser apoyado, lo que puede hacerse sin ninguna clase de pensamientos ocultos y al mismo tiempo con plena simpatía hacia la grande India del pasado y a los actuales maestros. Deben ser rechazadas aquellas tentativas que, sobre la base del sentimental éxtasis por Gandhi, exigen una asimilación de la India y quieren hacer de ella un “Dominio inglés”, porque esta tentativa traería consigo mezclamiento racial, pero con ello el hundimiento de los blancos. (Política ésta que en 1929 fue iniciada por el gobierno del Partido Laborista). Gran Bretaña no debe ceder aquí en su propio interés y en el de la raza blanca, si no quiere sufrir un derrumbe como sus predecesores en la dominación de la India. Antaño

dominaron aquí los portugueses, los edificios suntuosos de éstos en Goa transmiten aún hoy al viajero una noción del anterior poderío político de este pueblo. Pero a pesar de ello, la selva virgen y los bejucales de la jungla se han enseñoreado de esta ciudad, las serpientes se arrollan sobre las baldosas de los vicios palacios, mientras la población mestiza en número de medio millón, desde tonos claros hasta el más negruzco moreno, da testimonio de un nuevo naufragio húmano en el pantano y la fiebre de la India, y del engullimiento de la sangre blanca y de su subconciencia por una fuerza racial autóctona oscura, tenaz, pero estéril.

Considerado exteriormente, el mundo islámico está hoy desgarrado: en Arabia se libran violentas y enconadas luchas religiosas entre diferentes sectas, los indios de la clase del impotente pacifista Gandhi le tienden sus brazos en el sentido de una fraternización nacional india; Angora se ha vuelto nacional-turca y se niega a seguir desempeñando el papel de “brazo secular de la Meca”, a ello se agregó la eliminacion del califato por Kemal Bajá. Pero a pesar de ello se alza un violento clima espiritual de agresión en los centros islámicos, al que la generalidad superficial no le presta suficiente atención. Ante todo en El Cairo. Aquí la vieja Universidad de El-Ashar actúa en sentido propagandístico moderno en forma anti-europea, anti-cristiana, y va formando una juventud fanática. Desde El Cairo son lanzados a todo el mundo muchos miles de libros religiosos, cientos de miles de volantes, que proveen de odio a la clerecía moslemita en África y Asia Oriental y predican un espíritu de agresión de la naturaleza más virulenta. (Conocedores declaran que una sola librería de El Cairo envía mensualmente 5.000 escritos únicamente a Java). “La batalla (del Islam) está ganada, sólo los objetos no están aún en nuestro poder”, declara, como eco de este trabajo propagandístico, un gran diario moslemita de Madras. “Desde Sierra Leona de un lado y Borneo del otro se nos pregunta sobre la belleza del Islam”, exclama jubiloso otro diario en Dakna. [126] En la India solamente se venden tres traducciones del Corán, de una de ellas se colocaron sólo en Calcuta 20.000 ejemplares en un año. Volantes en forma de amuletos son enviados en millones de ejemplares a los creyentes. El África Occidental británica cuenta hoy sobre 16 millones de habitantes, 11 millones de musulmanes. África Oriental de 11 casi 2, Togo es considerado hoy como casi la mitad musulmán, Nigeria en dos tercios, las Indias Holandesas hasta presenta de 50 millones de habitantes, 36 millones de mahometanos. En todos aquellos lugares donde en las colonias tienen lugar mezclas de razas, el Islam encuentra entre los mestizos entusiastas adeptos, mientras que al mismo tiempo promete a los negros su libertad a través de la lucha común contra Europa. El indio Vásváni escribe: [127] “Yo os digo (europeos) ¡estad alerta! Un viejo indio dice: “Tened cuidado ante las lágrimas de los débiles”. Ya todos los débiles en el Este, los hindúes y mahometanos en la India, Egipto, Persia, Argelia y Afganistán sufren bajo el dominio del egoísta y agresivo imperialismo del Occidente”. Ante este odio alguna vez quizás unificado de las razas de color y de los bastardos, liderados por el espíritu fanático de Mahoma, las razas blancas tienen más que nunca motivos para estar alerta.

Que Inglaterra permanezca en Suez como protectora de la Europa nórdica ante la invasión de la Asia Anterior, pero al mismo tiempo también para mantener en jaque a la fuerza islámica en los alrededores de la Meca, en la India, Egipto y Siria, significa, por consiguiente, un acto de auto-conservación de Europa. En lo que se refiere a Constantinopla, se encuentran antepuestos aquí los pueblos balcánicos, cuyo interés vital exige una permanente disposición a la defensa frente a Turquía. Detrás de ellos está Ucrania, que no quiere permitir un dominio absoluto de los turcos sobre Bizancio.

Gibraltar ha perdido en importancia para Gran Bretaña en vista de las flotas aéreas. Pero de todos modos no puede admitir que Francia llegue a ser el amo en el Marruecos que se halla enfrente. Resulta aquí la necesidad de una colaboración más estrecha entre Londres y Madrid. En este campo de intereses está involucrada también la necesidad de la ampliación de Italia, que debe mantener su fuerza popular junto al país materno. La política italiana, si quiere ser orgánica, reside ante todo en Túnez, Trípoli y algunas islas. En el oeste del mar Mediterráneo vale, por consiguiente, la alianza Londres-Madrid-Roma, que puede apoyar complementariamente un sistema estatal nórdico (Berlín, Londres, Oslo, Estocolmo, Copenhague, Helsingfors), sin obstaculizarlo en ningún modo.

Los Dominios británicos se vuelven cada vez más autónomos. Pero esto no impide, sin embargo, bajo determinadas condiciones, que su vigorosa existencia quede unida estrechamente a Inglaterra. Sud-África deberá quedar en manos nórdicas, como protección de la otra ruta marítima a la India. Las leyes ahora aplicadas contra los indios serán realizadas alguna vez también contra negros, mestizos y judíos, a fin de posibilitar una vida orgánica en el Sud de África y crear allí un punto de apoyo firme si el *despertar negro* llegara a ser peligroso.

---

[126] Comp. G. Simon: *Die Weit des Islams und die Neuzeit*, [*El mundo del Islam y los tiempos modernos*, N del T.], Wernigerode, 1925.

[127] *Indiens Kultur und seine islamischen Mitkämpfer*, [*La cultura de la India y sus combatientes islámicos*, N. del T.], Stuttgart, 1926.

5.

Este despertar es aún objeto de burlas, sin embargo, esto lo hace como siempre gente muy miope. El mito de la sangre ha adquirido vida bajo una forma distinta también debajo de la piel negra. De los "palacios" de otros tiempos en Timbuctú y junto al Nilo no sólo habla entusiastamente Markus Garvey, sino con él muchos miles de negros que han sido despertados intelectualmente.

A pesar de muchas divisiones ya se forman automáticamente en muchos lugares del mundo centros negros que conscientemente trabajan por un "Reino Africano". Así en Etiopía, en Liberia, en el África Occidental; en parte este movimiento racial es reforzado por ideales religiosos que los negros les deben a los misioneros cristianos, aunque tan sólo en forma mediata. El Dios negro, el Redentor negro y la negra Virgen María ya son imágenes comunes. Más importantes son los centros de las ligas negras, también monetariamente fuertes, en América. La posición más extrema la ocupa el grupo de Garvey, aparentemente más moderado es el partido de Dubois, con más precaución aún se declara la liga "Nuevos Negros". En 1925 fue fundada una liga combativa contra la raza blanca que se denomina "The Negro Champion". Con respecto a sus fines se expresó el mencionado Dubois: [128] "Por salvaje y espantosa que haya sido esta guerra vergonzosa, no será, sin embargo, nada en comparación a la lucha por la libertad que la humanidad negra, amarilla y morena llevará contra la blanca todo el tiempo necesario hasta que el desprecio, el insulto y la opresión hayan terminado de una vez por todas. La raza negra solamente sufrirá el tratamiento actual mientras esté obligada a hacerlo, pero ni un instante más". Y más claramente aún dio expresión al anhelo negro Garvey: "Lo que está bien para el blanco está bien para el negro: a saber; libertad y democracia. Si los ingleses tienen a Inglaterra, los franceses a Francia, los italianos a Italia, a lo cual por cierto tienen derecho, entonces los negros exigen al África, y también estarán dispuestos a verter sangre por este reclamo. Queremos establecer leyes para todas las razas de negros y una constitución que haga posible a todos plasmar como hombres libres su propio destino... La más sangrienta de todas las guerras llegará en el momento en que Europa volverá su fuerza contra Asia; entonces habrá llegado para el mundo negro el momento de asir la espada para la definitiva liberación y recuperación de África". Aunque la negritud hoy todavía no represente una potencia fuerte: el mito de la sangre también aquí ha despertado, su fuerza habrá crecido enormemente dentro de 50 años. Hasta entonces el ser humano nórdico debe tomar las medidas precautorias para que en sus Estados no haya ya negros, ni amarillos, ni mulatos,ni judíos. Este saber plantea el problema de Norteamérica.

También en los Estados Unidos la política racial debe tener y tendrá consecuencias político-mundiales, al igual que antaño la idea de la democracia determinó la vida de casi todos los Estados. Norteamérica es el Estado en el cual los "derechos humanos" francmasónicos fueron realizados por primera vez. El Hermano Washington llegó a constituir el arquetipo de este afán, y la declaración de libertad norteamericana, el modelo para los *Droits de l´homme* del alzamiento parisiense. Por cierto para hacer negocios, pero bajo el grito de batalla de los "derechos humanos", fue impuesta la liberación de los negros en los Estados sureños; hoy cada norteamericano maldice este problema de los negros. Cada uno individualmente, pues como Estado el obsoleto liberalismo sigue invocando todavía la "libertad" aun cuando tenga que ser enseñada a golpes con la cachiporra de goma. El problema de los negros se halla en la cúspide de todos los problemas existenciales de los EE.UU. Si aquí finalmente se abandona de una vez el imbécil principio de la igualdad y de la igualdad de derechos de todas las razas y religiones, resultan automáticamente las necesarias consecuencias frente a los amarillos y judíos. El sano instinto ha superado casi la doctrina democrática en la vida de la sociedad a través del levantamiento de una frontera racial pero no se puede evitar que los negros se apropien la "civilización", abran grandes almacenes, se conviertan en abogados, se organicen políticamente en forma consciente, proporcionen, gracias a su modesta forma de vida, grandes sumas a sus cajas comunitarias, y convencen a soñar conscientemente el ensueño de un imperio mundial negro desde El Cairo hasta el Cabo de Buena Esperanza. Precisamente aquí una legislacion norteamericana tendría que emprender la acción e iniciar consecuentemente un re-asentamiento de los negros en África. Después de declarar caducos los derechos de ciudadanía políticos, la instauración de un sistemático abandono compulsivo de los negros del país incrementado año tras año, con destino al África Central, sería a la larga hasta una empresa lucrativa, ya que cada negro podría ser fácilmente reemplazado por un blanco, y EE.UU. como Estado llegaría a ser mucho más unitario. Si todo esto no sucede, los negros que hoy suman 12 millones al cabo de corto tiempo alcanzarán a 50 millones y como tropas del bolcheviquismo asestarán a la América blanca un golpe decisivo.

El peligro amarillo en California ha hecho igualmente candente el problema racial. Constituye un ejemplo político mundial de cuán poco un así llamado problema legal puede desempeñar un papel en las luchas raciales, en el hecho de una migración elemental de pueblos. El Japón está superpoblado, debe asentar a sus seres humanos para no ahogarse. Este es su derecho vital. La capa señorial hoy aún blanca

---

[128] *Weisse Fahne*, [*Bandera Blanca*, N. del T.], agosto 1925, Editorial Joh. Baum, Pfullingen.

de Norteamérica tiene el deber de la auto-conservación y debe preservar su costa occidental de la inundación amarilla. Bajo la idea del deshonroso dominio del dinero, que precisamente gracias a la contienda racial edifica sus palacios bancarios, el problema no puede ser solucionado. El dominio sin honor del dinero forzosamente debe perseguir el dominio mundial a través del endeudamiento mundial. Pero una delimitación orgánico-racial sobre el globo terrestre significa con la misma ineludible necesidad el fin del patrón oro internacional, con ello el fin del mesianismo judío, tal como se ha hecho realidad casi por completo en el dominio de los bancos mundiales y como ha de ser completado mediante la creación de un centro judío en Jerusalén. Para el venidero choque entre los Estados Unidos y Japón se apresta la totalidad de la diplomacia de todos los pueblos y el negro lo espera ya con plena conciencia!

Por la China la lucha se libra, como ha sido expuesto, como área de concentración y para guardarse las espaldas. Esta nueva guerra mundial será inevitable si no se plasman Estados en base al mito racial. Que Norteamérica debe apartar a los amarillos del floreciente Oeste, un venidero sitio de cultura de la raza nórdica, es una necesidad vital que está por encima de todos los otros “derechos” sobre el papel. Pero esta necesidad exige el reconocimiento también del derecho vital racial del pueblo de cultura japonés. De ello resulta para un venidero Estado racial norteamericano que renuncie a su derecho de posesión sobre sus colonias asiático-orientales, para asentar allí a los japoneses de California. Esto suena como monstruoso, pues la base naval norteamericana en las Filipinas es considerada como protección del comercio norteamericano en el Asia Oriental y simultáneamente como puerta de salida contra el Japón en caso de una guerra. Esto, por cierto, es necesario desde el punto de vista del imperialismo económico de hoy, pero no es ya de necesidad vital cuando Norteamérica haya expelido sus componentes raciales extraños y comience a instalarse conscientemente en su enorme espacio vital entre el Atlántico y el Pacífico. La era de la ilimitada expansión ha terminado con una Guerra Mundial y con el Dominio Mundial del Dinero; hoy comienza la era de la reunión interior (concentración), que traerá un sistema de Estados racial y orgánicamente articulado. Captar conscientemente este pensamiento y trabajar por su realización, a ello están convocados hoy todos los filósofos, historiadores y hombres de Estado de todos los pueblos. La idea de pueblo es hoy falsificada por la Bolsa internacional al ser atizada la lucha entre los Estados y reprimida toda medida, y hasta todo pensamiento, que aquí puede actuar facilitando acuerdos.

También la totalidad del actual “pacifismo” prueba ser, observado desde este punto de vista, un movimiento completamente mendaz. Es que se funda en el reconocimiento de la democracia, es decir, prácticamente en el dominio del dinero. Sus esteriles esfuerzos en torno al “desarme mundial” no es nada más que un fraude para desviar la atención de los pueblos de la real causa de los bubones purulentos en su cuerpo. No es con el desarme de los ejércitos, de las flotas con lo que debe inciarse una “pacificación mundial”, sino con el total aniquilamiento de la democracia sin honra, de la idea estatal a-racial del siglo 19, del vaciamiento económico mundial a través de la Finanza, que hoy traerá, en nombre de los pueblos, el hundimiento de todos los Estados, si la religión de la sangre no es vivida, reconocida y realizada en la vida. Una Norteamérica limpia de negros, amarillos y judíos, criada deliberadamente con miras a lo nórdico-europeo, es mil veces más fuerte que una disgregada por esta sangre extraña, aun cuando posea las más grandes colonias y puntos de apoyo para la Flota. La política mundial de Inglaterra fue posible no sólo gracias a su situación insular, sino que debe ser remitida al hecho de que los sajones y los normandos crearon un pueblo unitario, que el centro era racialmente limpio. Hoy, cuando en Londres los judíos influencian la política desde la City y al mismo tiempo suministran los “dirigentes proletarios”, la política británica ya ha perdido su continuidad. Si la casa de Inglaterra no es limpiada, si Inglaterra precavidamente no se desprende de algunas posiciones demasiado avanzadas sobre el globo terrestre, no escapará a una catástrofe. Y con ello se alza nuevamente el problema chino.

6.

Un hombre de Estado que tenga en vista solamente intereses nórdico-europeos y nórdico-norteamericanos apoyará un grito de combate que hoy está dirigido contra los Estados europeos y norteamericanos: ¡Asia Oriental a los asiáticos orientales! Japón y China deben ser juzgados en forma distinta que la India, el África, etc.; deben recibir la posibilidad de por lo menos asegurar la vida de sus pueblos. Para ello es necesario que se encuentre a su disposición todo el espacio vital desde Manchuria hasta Indochina y Malaca junto con las islas adyacentes. Prohibir a los amarillos la inmigración a Norteamérica y a Australia pero querer colonizar y dominar respectivamente al mismo tiempo el Lejano Oriente, es una locura capitalista, que hoy comienza a vengarse en los alzamientos esporádicos de la China. Es posible que la técnica mal usada de los blancos hoy aun venza, es posible que el amarillo sea empujado hacia atrás, estrangulado. Entonces, empero, volverá necesariamente su cara hacia el otro lado y seguirá las huellas de Gengis Kan, Tamerlán y Atila. Lo que Lenin y Trotzki no habían sido capaces de lograr, llevar al último despliegue las fuerzas que duermen en el bolcheviquismo, eso entonces, gracias a la política mundial de la Europa cegada y de la Norteamérica cegada, llegará, sin embargo, a hacerse realidad.

Si entonces la Rusia hoy ya disgregada y por largo tiempo impotente podrá detener la marea de millones de amarillos que se avecina, es más que dudoso. Y las palabras de Bismarck de que alguna vez los amarillos darían de beber a sus camellos en el Rhin, se habría hecho realidad.

La salvación ante el hundimiento se halla, no obstante, en la conclusión completamente inversa de la que extrae, p. ej., Spengler. No se trata de aceptar como “el destino” a capitanes de la industria y a Césares dominando sobre masas carentes de personalidad, sino de reconocer que este “futuro” es ya hoy un semi-pasado, que en todas partes nacen poderes que sumidos en el hundimiento de lo viejo ya plasman una nueva imagen del mundo. Y estos poderes “tampoco son reversibles”, Estos poderes de nuestra alma y nuestra sangre también son “destino”, al igual que lo fueron el afán de descubrimiento del mundo en los siglos 15 y 16 y por la cultura de la humanidad y el Estado Mundial en los siglos 18 y 19.

Los Estados Unidos de Norteamérica, según opinión concordante de todos los viajeros, un magnífico país del futuro, tienen la gran misión, después de desprenderse de las raídas ideas de su fundación y del actual estamento de ricachones jactanciosos (es decir, la destrucción de la idea Nueva York), de proceder con fuerza joven a la imposición de la nueva idea del Estado racial, tal como algunos norteamericanos que ya han despertado lo presienten (Grant, Stoddard): el abandono del país y el reasentamiento de los negros y amarillos, la cesión de las posesiones asiático-orientales a Japón, las acciones que tiendan a la preparación de una colonizacion negra en el África Central, el abandono del país de los judíos con destino a una región donde la totalidad de este “pueblo” pueda hallar lugar, en concordancia con la futura política europea orientada en este sentido.

Las tentativas de los últimos decenios de dominar también el más extremo rincón del mundo mediante cañones, para mantener en “tranquilidad y orden” a los pueblos a explotar, no fue un signo de fuerza sino una comprobación de debilidad, de la misma manera como una policía desmedidamente grande en un Estado no permite concluir sobre la firme estructura del mismo, sino sobre su podredumbre. La objeción de que Europa y Norteamérica se deberían “asegurar”, p. ej., en el Asia Oriental para preservar su comercio en China, pero con ello también del derrumbe a cientos de miles y hasta millones de existencias en la propia casa, es caduca y sólo puede reclamar validez dentro del actual imperialismo económico ávido de explotación rapaz. Un país tan fuertemente poblado como China depende directamente de la exportación de sus productos y no son necesarios acorazados norteamericanos para cargar té y especias y descargar en cambio mercaderías europeas. China significa por muchos decenios más un mercado gigantesco para los productos que químicos y técnicos del Occidente, a fin de obtener la posibilidad de explotar las riquezas de su suelo. Los convenios comerciales los concertará China en su propio interés, para crear trabajo, ganancias y orden en su país, con todos los Estados, sin ser obligada a ello por traficantes de opio de Calcuta y Bombay. Pero, por cierto, sabrá defenderse cuando banqueros mundiales usureros quieren considerar a todos los pueblos de cultura como plantíos de empréstitos, buenos sólo para extraer de ellos por servidumbre interés sobre interés y para hacer disponer a un comisario de finanzas como amo sobre todo el país, tal como el dictado de Dawes lo había iniciado en forma cínica con Alemania. Y esto está bien así.

Los actuales endeudamientos estatales ya son considerados como un contrato de derecho privado. El quebrantamiento de más de un convenio tributario tendría, a pesar de la imposibilidad del cumplimiento, como consecuencia fácilmente para muchos pueblos los más graves conflictos con Estados mundiales, más exactamente con los banqueros que dirigen a estos Estados mundiales. La intervención a los así llamados Ferrocarriles Alemanes o al Reichsbank hasta 1933 hubiera traído consigo igualmente graves complicaciones político-exteriores. Así el Ferrocarril, el dinero, todo el Reich llevaban injustificadamente el nombre de “alemán”. Alemanes eran en ellos sólo los esclavos trabajadores, dominaban franceses, judíos, norteamericanos. Este estado de cosas era a la larga insostenible, y si al modificarse la situación política mundial ocurriera una descarga, de ello serían culpables única y exclusivainente los repersentantes de la democracia, ávidos de dinero. Ahora, después de Alemania, un Estado tras el otro cayó en las redes de aquel sistema político-mundial de bandidaje; al que nosotros debimos los dictados de tributos. Pero simultáneamente comienza también un despertar. Este alerta, especialmente en base al levantamiento alemán de 1933, conducirá necesariamente a soluciones que en lo esencial serán las mismas.

No un “sindicato privado internacional” (Rathenau), no trusts económico-mundiales, extendidos sobre todos los pueblos, como meta y “sentido de la historia mundial”, no una Liga de Naciones a-racial es lo que la renovación nórdico-alemana tiene para anunciar en materia europea y político-mundial, sino sistemas de Estados determinados racialmente que se encuentran entre sí en una simbiosis, que no han de sucumbir en infinito entremezclamiento de las figuras en un caos amorfo, tal como se presenta como consecuencia necesaria de la política mundial democrático-marxista imperante hasta ahora, pero también sistemas de Estados que, sobre la base de esta articulación orgánica, aseguren el dominio político de la raza blanca sobre el globo terráqueo.

Por esta razón el pensamiento de una política mundial fundada racialmente significa también, por lo que se refiere al Asia Oriental, la separación, la extracción de un Estado después del otro del sistema

financiero hoy omni-estatal y supra-estatal, que desde hace mucho es determinado en sus cuatro quintas partes judaicamente. A la Pan-Europa a-racial, a la caótica “jurisdicción mundial”, a la República Mundial francmasónica sin pueblos, se opone este nuevo pensamiento del ser nórdico como único peligroso, por ser orgánico. Todos los demás ya no valen. Y después de esta valoración político-mundial de las fuerzas en pugna resulta una vez más una confirmación del sistema estatal esbozado al comienzo, cuya fundación corresponde como única a los intereses de las culturas y poderes formadores de Estado nórdicos: un bloque alemán-escandinavo con el fin de la protección del Norte de Europa ante la ola comunista, evitando la formación de un peligro que se va condensando en el Este; una alianza de este bloque con Inglaterra, cuyo dominio en la India está igualmente asegurado sólo por impedir un asiatismo con poder político; a pesar de las grandes tensiones seguramente existentes, apoyo conjunto de una política racial blanca en Norteamérica, con la precondición del retiro de las exigencias nortearnericanas de tributos de Alemania e Ingalterra; una alianza militar bajo la conducción de Italia; en el Lejano Oriente un sistema estatal amarillo con preservación conjunta de intereses vitales blancos por Norteamérica y Europa. Hasta qué punto esta voluntad orgánica puede imponerse, lo demostrará el futuro.

Alemania misma alcanzará entonces, por fin, la posibilidad de procurar en Europa a sus 100 millones suficiente espacio vital, con lo cual la política conduce en retorno a la metafísica: también la libertad interior de creación de un pueblo está ligada a la independencia política, pero sólo esta independencia puede garantizar la duración, la fuerza de un concepto del honor nacional. Por eso el grito por el espacio propio, por el pan propio, es también la premisa para la imposición de valores anímicos, para la formación del carácter alemán. En esta gran lucha existencial por el honor, la libertad y el pan de una Nación tan creadora como Alemania, el pueblo alemán debe contar con aquella consideración que se ha facilitado sin más a naciones menos importantes. Debe quedar libre suelo para ser labrado por puños de labriegos germánicos. Con ello sólo está dada la posibilidad de un respiro para el pueblo alemán apretado en el espacio más reducido. Con ello, empero, también la fundación de una nueva época cultural del ser humano blanco.

VII. LA UNIDAD DE LA ESENCIA

1.

Un pueblo está perdido como pueblo, en realidad ha muerto como tal, cuando al tender una mirada de conjunto sobre su historia y al probar su voluntad de futuro no halla ya ninguna unidad. Cualesquiera hayan sido las formas en las cuales ha transcurrido el pasado: si una Nación llega a negar genuina y realmente sus alegorías del primer despertar, entonces ha negado con ello las raíces de su ser y devenir en forma general y se ha condenado a la esterilidad. Pues también la historia no es el desarrollo de la Nada a un Algo, tampoco de lo insignificante a lo Grande, tampoco la transformación de una esencia en otra completamente distinta, sino que el primer despertar racial-popular a través de héroes, dioses y poetas es ya un punto culminante para siempre. Esta gran realización suprema mítica ya no es "perfeccionada" en lo esencial, sino que solamente adopta otras formas. El valor insuflado a un dios o héroe es lo Eterno, tanto en lo bueno como en lo malo. Homero fue helenismo acrecentado al máximo y protegió a éste todavía en el hundimiento. Yahvé es el judaísmo instintivo, la creencia en él la fuerza también del más pequeño judío regateador de Polonia.

Esta unidad rige también para la historia alemana, para sus hombres, para sus valores, para el antiquísimo y nuevo mito, para las ideas sustentadoras de la nacionalidad (Volkstum) alemana.

Una de las formas de Odín ha muerto, es decir, Odín el superior de los muchos dioses como corporización de una generación aún entregada cándidamente al simbolismo de la naturaleza. Pero Odín, [129] como la eterna imagen reflejada de las fuerzas primigenias anímicas del ser humano nórdico, vive hoy como hace 5000 años. Él reúne en sí: honor y heroísmo, creación del canto, es decir, del arte, la protección del derecho y la eterna búsqueda de sabiduría. Odín llega a saber que por la culpa de los dioses, por el quebrantamiento del convenio con los constructores del Walhala, el linaje de los dioses debe perecer. Con este hundimiento ante la vista, ordena a Heimdall, sin embargo, llamar con su cuerno a los Ases al combate decisivo. Insatisfecho, buscando eternamente, recorre el Dios el universo para desentrañar el destino y la esencia del ser. Sacrifica un ojo para hacerse partícipe de la más profunda sabiduría. Como eterno caminante él es un símbolo del alma nórdica, eternamente buscadora y evolutiva, que no puede retirarse en autosuficiencia en Yahvé o su lugarteniente. La indomable voluntariedad, que al principio suena tan poderosa y rudamente a través de los países nórdicos en las canciones de combate dedicadas a Thor, muestra al comienzo mismo de su aparición también el lado interior, pugnante, buscador de sabiduría, metafísico, de Odín, el caminante. El mismo espíritu se manifiesta nuevamente en los libres y grandes Ostrogodos y en el piadoso Ulfilas; esto, no obstante, se muestra también —hasta concordando cronológicamente— en la caballería que va adquiriendo fuerza y en los grandes místicos nórdico-occidentales, con su más grande, el Maestro Eckehart. Y nuevamente comprobamos más tarde que, cuando en la Prusia federiciana volvió a tomar vida el alma que antaño dio a luz a Odín, en Hohenfriedberg y Leuthen, renació simultáneamente también en el alma del maestro de capilla de la Iglesia de Tomás [Johann Sebastian Bach. N. del T.] y en Goethe. Desde este punto de vista aparecerá como profundamente justificada la afirmación de que una saga heroica nórdica, una marcha prusiana, una composición de Bach, un sermón de Eckehart, un monólogo de Fausto son sólo diferentes exteriorizaciones de la misma alma, creaciones de la misma voluntad, fuerzas eternas que primero se reunían bajo el nombre de Odín y en los tiempos modernos adquirieron forma en Federico y Bismarck. Y en tanto estas fuerzas obran, en tanto y sólo en tanto obra y actúa aún sangre nórdica en unión mística con el alma nórdica, como pre-condición de toda creación genuinamente específica.

Vivos están sólo el mito y sus formas por el que los seres humanos están dispuestos a morir. Cuando los francos habían abandonado las florestas de su viejo terruño y sus cuerpos y almas quedaron sin raíces, se les fue extinguiendo poco a poco la fuerza para resistir a los habitantes más firmemente constituidos de la Galia. En vano Teodorico trató de convertir al rey de los francos, Clodoveo, al libre arrianismo, a fin de asegurar al menos las premisas nacionales frente a Roma; urgido por su mujer histérica, el conductor del tronco germánico militarmente más fuerte se pasó espiritualmente al campo romano. Por cierto, ni él ni los demás francos pensaron en abandonar su heroicidad, sólo que la colocaron junto al cristianismo, para luchar por éste y por su propia gloria y su propio poderío. Pero condicionado por el primer paso, el mito romano sofocó más tarde, empero, el antiguo pensamiento germánico de la sangre, de modo que él pudo hacerse cargo de la conducción. De ahí en adelante todas las guerras tuvieron lugar bajo el signo de la cruz. Y cuando esta cruz hubo vencido en todas partes, comenzó la lucha dentro del mundo "convertido" contra los herejes y los protestantes, que por su parte igualmente llevaron el signo de la cruz al campo de lucha.

---

[129] Hermann Wirth encuentra en el viejo mundo de los dioses también rasgos de una decadencia: influencias de una raza esquimal. Esto puede ser cierto, pero no toca a lo propiamente germánico.

Luego murió el mito de la cruz de martirio, lo que las actuales Iglesias se esfuerzan por ocultar de la misma manera que antaño los germanos la muerte de los viejos dioses. Pues por la cruz cristiana hoy ya no se puede llevar a la guerra a ningún ejército norte-europeo, ni siquiera a uno español o italiano. Ciertamente se muere hoy también por ideas, símbolos y banderas —y solamente por ideas—, pero ninguna de estas alegorías lleva el signo que antaño venció al “piadoso” Clodoveo. Y lo que a los vivos ya no los llena de una manera ardiente como para que estén dispuestos a dejar su vida por ello, está muerto, y ningún poder lo volverá ya a la vida. Para poder actuar hoy todavía por “la cruz”, las Iglesias están obligadas a ocultarse detrás de las ideas y símbolos de un mito que está despertando de nuevo. Pero esto son precisamente los signos de una fuerza para cuya destrucción se habían puesto en camino antaño “Bonifacio” y Wilibaldo, los signos de aquella sangre que antaño creó a Odín y Baldur, que antaño engendró al Maestro Eckehart, que finalmente comenzó a adquirir conciencia de sí misma cuando fue pronunciada la palabra Omni-Alemania (*Alldeutschland*), cuando también Goethe vio la misión de nuestro pueblo nuevamente en quebrar el Imperio romano y fundar un nuevo mundo.

2.

El pensador de la antigüedad helénica admitía que temprano o tarde la razón posibilitará, a pesar de todo, un conocimiento total del universo. Tarde, muy tarde ha quedado luego en claro que está en la esencia de lo humano no poder captar la así llamada “verdad absoluta”, tampoco el presupuesto sentido del acontecer terrenal. Aun cuando nos fuera anunciada la buscada “verdad absoluta”, no la podríamos ni captar ni comprender, porque de cualquier modo será a-espacíal, a-temporal y a-causal. A pesar de ello, la corriente del ansia por lo absoluto siempre aun atravesó las almas de los seres humanos. Al igual que la Antigüedad esperanzada, también todos los filósofos profesionales de la actualidad, con seriedad y por negocio, están a la búsqueda o a la caza de la así llamada una eterna verdad. Esta verdad la buscan por la vía puramente lógica, concluyendo paso a paso a partir de axiomas de la inteligencia. El último juicio se basa, por consiguiente, esencialmente sobre las primeras afirinaciones, no es por lo tanto nada más que un análisis lógico, análisis de una masa de pensamientos hasta las más finas abstracciones de las ideas de la razón. En este plano de la investigación —por parte de la razón— a la admitida una verdad se opone el aparentemente eterno error. De ahí la comprensible desesperación de Schopenhauer al reflexionar sobre la historia del mundo, de ahí la resignación de Herder mientras estuvo a la búsqueda de un “plan” absoluto, de ahí también el ilimitado esfuerzo de presentar una supuesta cristianización de todos los pueblos, una humanización de todas las razas, una humanidad unida, etc., como “metas eternas”. Ideas éstas que, de especie escolástica puramente abstracta, provinieron del deseo de sus creadores, pero también del campo de intereses de sus engendradores.

Esta orientación domina aún hoy todo nuestro filosofar, también aquellos pensadores que nos quieren transmitir una visión del mundo ligada al pueblo ven en esta verdad nacional perseguida sólo una parte de la “verdad eterna”, se mueven por consiguiente, por completo sobre el plano intelectual y racionalmente lógico de nuestro ser, como si éste fuera la única plataforma de la investigación humana. Pero hay además otras.

Si yo coloco una arveja junto al lado exterior del dedo índice, paso por encima el dedo medio y hago rodar entonces ligeramente la arveja, tengo la sensación de sostener dos arvejas. En éste y en mil otros casos la verdad se enfrenta a la apariencia, el juicio se refiere por lo tanto a la percepción. En el plano de la voluntad ética es la mentira la que se opone a la verdad. En todos estos casos el fino idioma alemán dispone de notables matices, que señalan una esfera siempre nueva del Yo; común a todas ellas es sólo que la única verdad lógica, perceptible, volitiva, siempre es una referencia de un juicio sobre algo fuera de él, por lo que Schopenhauer creyó en forma completamente general poder afirmar que la “verdad interior es una contradicción”.

Ahora bien: esto no es tal si fuera de las tres oposiciones aprehendernos además la idea de una verdad completamente distinta, que llamaré la verdad orgánica y de la que trata este libro.

El organismo de un ser viviente es estructura, es decir, él comprende en sí la adecuación a una finalidad (Zweckmässigkeit) de su construcción interior y exterior, la tendencia hacia un objetivo (Zielstrebigkeit) de sus fuerzas anímicas y espirituales. Estructura y adecuación a una finalidad son, por consiguiente, orgánicamente una y la misma cosa (H. St. Chamberlain), lo primero muestra al ser desde el lado de la percepción, lo otro desde el del conocimiento de la razón (Vernunfterkenntnis). Lo que ahora se trata de conocer y lo que constituye el núcleo de la nueva visión del mundo y del Estado del siglo 20, es que la verdad orgánica descansa en sí misma y puede ser percibida en la adecuación a una finalidad de la estructura viviente. Aquello que en el primer libro se enfrentaba como Ser existente (Dasein) y Ser así (Sosein), aparece de ese modo, profundizado y ampliado simultáneamente, como vara de medida general en todos los terrenos. Adecuación a una finalidad, significa construcción de un ser viviente, no-adecuación a una finalidad, su hundimiento; al mismo tiempo reside aquí el medio de ennoblecer la estructura o de

provocar una atrofia. Aprehendido aún más profundamente, tal impedimiento del desarrollo de la estructura significa un doble pecado: un pecado contra la naturaleza y un pecado contra las fuerzas y valores interiores que pugnan por elevarse. La verdad orgánica que descansa en sí misma abarca, por tanto, los planos lógicos, los perceptibles y los volitivos de una manera directamente tri-dimensional; la estructura y la adecuación a una finalidad son al respecto, las páutas valorativas tangibles no “de una parte de la parte de la verdad eterna”, sino son la verdad misma en cuanto ésta puede manifestarse de algún modo dentro de nuestras formas de percepción.

La parte lógica de esta verdad total, es decir, el manejo de las herramientas inteligencia y razón es expuesta por la crítica del conocimiento; la parte, perceptible de la verdad total se hace manifiesta en el arte, también en el relato de maravillas y en el mito religioso; la parte volitiva (en la más estrecha conexión con la perceptible) es simbolizada por la doctrina de la moral y las formas de religión. Todas ellas se encuentran — cuando son genuinas—al servicio de la verdad orgánica, es decir: al servicio de la nacionalidad ligada a la raza. De allí provienen, allí vuelven. Y su criterio decisivo lo encuentran todas en el hecho de si acrecientan la estructura y los valores interiores de esta nacionalidad racial (Rasse-Volkstum), la desarrollan más adecuadamente, le confieren mayor fuerza vital o no.

Con ello también el antiquísimo conflicto entre el saber y la fe, aunque no solucionado, ha sido, sin embargo, retrotraído a su fundamento orgánico, habiéndose posibilitado por este medio una nueva visión. La búsqueda de la “una, absoluta, eterna verdad” fue interpretada como puramente un asunto del saber, es decir, como una cosa dentro de lo técnicamente si bien no posible, no obstante, alcanzable por aproximación. Esto es completamente erróneo. El último posible “saber” de una raza está encerrado ya en su primer mito religioso. Y el reconocimiento de este hecho es la última real sabiduría del ser humano. Si Goethe dice en su modo milagroso que el saber nos impresiona como un algo siempre nuevo, que no ha existido antes, la sabiduría, en cambio, como un “recordar”, entonces con esto —visto desde otro lado— está expresado exactamente lo mismo. La contemplación del mundo llena de sabiduría, vivida por uno mismo y el auto-perfeccionamiento orgánico significan la vivencia de aquella corriente sanguínea que une a los antiguos poetas germánicos, a los grandes pensadores y artistas a los hombres de Estado y conductores de ejércitos alemanes. Constituye la más íntima sabiduría vital y la nueva vivencia mítica de antiquísimo contenido de verdad, si acercamos al Maestro Hildebrand junto al Maestro Eckehart y Federico el único; es el último posible límite de nuestra expansión anímica si el mito de Baldur y Sigfrido aparece como de idéntica especie con la naturaleza del soldado alemán de 1914 y si el mundo nuevarnente fundado de la Edda después del hundimiento de los viejos dioses, significa para nosotros también el renacimiento de la alemanidad del caos actual.

El ser humano más sabio es aquel cuya auto-realización personal se encuentra sobre la misma línea que la representación de la vida de los grandes de sangre germánica. El más grande de nuestra época será aquel que fundado en una nueva plasmación mítica de máximo poder también reúne a las almas de millones de envenenados y descaminados bajo esta vieja-nueva volición típica, poniendo con ello la piedra básica de aquello que aún nunca existió, pero que ha dado alas al anhelo de todos nuestros buscadores: un pueblo alemán y una genuina cultura popular alemana. Y todo esto es lo esencialmente nuevo que integra el mito de nuestro siglo, y que repentinamente se dispone a penetrar prodigando vida en la más pobre choza de labriegos, en la más humilde vivienda de trabajador; ya hasta en las aulas de nuestras universidades. Tan claramente como aquí esto aún no ha sido expresado en ninguna parte. El tiempo apremia si alguna vez se se han de poder extraer todas las consecuencias.

3.

Las consecuencias, sin embargo, son de la índole más grave. Pues si la sentencia de Goethe “Lo que es fecundo únicamente es verdadero”, señala la esencia de todo lo orgánico, entonces resulta una nueva vara de medir completamente inusual para la vida del presente. Es que al aceptar la verdad interior quedará entonces probado que también el error, víctima de la apariencia, y hasta el “pecado” pueden ser en la más alta medida verídicos, si vuelven fecundo al que yerra según la razón, según la percepción o la voluntad, acrecentando su fuerza creadora. En esto estriba, p. ej., el gran valor también de aquellas hipótesis de las ciencias naturales que más tarde demostraron ser materialmente erróneas: casi siempre han estimulado al espíritu investigador a nuevo reflexionar, han ayudado a descubrir nuevos hechos; en suma, han acrecentado la vida. Los errores de percepción nos condujeron al descubrimiento de la refracción de las radiaciones, etc. Y aquí la verdad orgánica tiende también de nuevo las manos a la mística del Maestro Eckehart: pues si éste asignó sólo un lugar de tercer rango al pecado y al arrepentimiento y sólo pregunta por el hecho del crecer-más-allá-de-ellos, esto demuestra que también él usaba para todo el acontecer la vara de medir de una verdad orgánica. Ahora bien: un irrazonable podría concluir de ello que, por consiguiente, también está extendida una carta blanca a la mentira. De ningún modo. La mentira está

relacionada con la falta de sentido del honor y de coraje, y aún cuando todo ser humano carga sobre sí un gran número de mentiras, ningún germano podrá considerar la mentira como “buena” en sí, precisamente porque contradice al más íntimo valor del carácter que solo nos hace fecundos. La mentira no es, por lo tanto, sólo un pecado volitivo, sino simultáneamente también orgánico. Ella es el peor enemigo de la raza nórdica; el que se entrega a ella desenfrenadamente, sucumbe interiormente y se aparta también por su voluntad exteriormente del entorno germánico. Buscará necesariamente trato con bastardos sin carácter y judíos. Aquí se evidencia un interesante contra-juego, que también puede observarse en todos los otros terrenos: si la mentira volitivo-orgánica es la muerte del ser humano nórdico, en cambio, significa el elemento vital del judaísmo. Expresado paradójicamente: la constante mentira es la verdad “orgánica” de la contra-raza judía. El hecho de que le es ajeno el verdadero contenido del concepto del honor, trae como consecuencia el fraude a menudo hasta ordenado por la ley religiosa, tal como esto ha sido asentado en el Talmud y en el Schulchan-Aruch de un modo sencillamente monumentral. “Grandes maestros en el mentir” los llamaba el brutal buscador de la verdad Schopenhauer. “Una Nación de mercaderes y defraudadores”, enfatizó Kant. Porque esto es así, el judío no puede llegar al dominio en un Estado que es sostenido por acrecentados conceptos del honor; pero, por exactamente la misma razón, también el alemán no podrá vivir realmente, no ha de ser fecundo dentro del sistema democrático. Pues este sistema está estructurado sobre el engaño de las masas y la explotación en grande y pequeña escala. O bien lo supera después de la ponzoñosa enfermedad, ideal y materialmente, o sucumbe irremisiblemente por el pecado contra su verdad orgánica.

Una visión de la vida puede —como ha sido esbozado— ser representada de múltiples maneras. Primeramente tiene lugar de un modo mitológico-místico. Entonces las leyes del mundo y los mandamientos del alma aprehendidos por clarividencia, se presentan como personalidades que poseen un eterno valor de interpretación mientras la raza que los creó aún vive. Por eso la vida y la muerte de Sigfrido tienen existencia eterna, por eso el ansia de expiación del Ocaso de los Dioses, como consecuencia necesaria reconocida de una infracción de un tratado —es decir, como expiación después de un delito contra la verdad orgánica interior—, es un rasgo eterno del sentido de responsabilidad germánico. El mismo contenido de verdad lo evidencian también los relatos de maravilla alemanes, que son intemporales y sólo esperan la llegada de almas maduras, despiertas, para florecer de nuevo. Ellos pueden ser refundidos en todo momento en otra forma de nuestra interpretación del mundo: en la abstracta. Esta no significa un desarrollo en el sentido de un progreso, sino sólo una efectivización, que siempre tantea las formas de una época, del contenido mítico ya dado en el modo de representación del tiempo respectivo. Por consiguiente, una visión del mundo recién será “verdadera” cuando cuento de maravilla, leyenda, mística, arte y filosofía pueden conmutarse recíprocamente y expresan lo mismo en forma diferente y tienen como premisa valores interiores de la misma especie.

Aquí deberían asociarse el culto religioso y los actos políticos públicos como mito representado por el ser humano mismo. Llegar a realizar esto alguna vez es la meta del ideal de cultura racial de nuestro tiempo. Antaño el crucifijo levantado en alto produjo el repentino cambio de magnetización de miles de seres humanos que miraban este símbolo. Consciente e inconscientemente se agregaron todos los factores asociativos —Jesucristo, el Sermón de la Montaña, el Gólgota, la resurrección de los creyentes— y soldaban juntos frecuentemente a millones para acciones al servicio del imperio de esta alegoría. También la actual época de la decadencia posee su símbolo: la bandera roja. A su vista despiertan también aquí en millones muchas asociaciones: fraternidad mundial de los desposeídos, estado proletario del futuro, etc. Todo el que levanta la bandera roja aparece como un guía hacia este reino.

Los viejos contra-símbolos han caído. También el negro-blanco-rojo que ondee delante en miles de batallas ha sido arriado. Los enemigos de la alemanidad supieron lo que hacían con ello. Pero que lo pudiesen hacer ha despojado a las banderas de honor de 1914 de su mito interior. Pero un nuevo símbolo ya ha sido alzado y lucha contra todos los demás: la svástica. Si este signo es desplegado, entonces es símbolo de un viejo-nuevo mito; los que lo contemplan piensan en honor nacional, en espacio vital, en libertad nacional y justicia social, en pureza de raza y fecundidad renovadora de la vida. Cada vez más lo rodea un aire de recuerdos de aquel tiempo cuando como signo de felicidad (Heilszeichen) fue delante de los migrantes y guerreros nórdicos a Italia y Grecia, cuando apareció hesitante aún en las Guerras por la Liberación, hasta que después de 1918 llegó a ser la alegoría de una nueva generación, que por fin quiere llegar a ser “una consigo misma”.

El símbolo de la verdad orgánica germánica es hoy ya indiscutiblemente la svástica negra.

4.

Como sub-corriente claramente detectable junto a la búsqueda de la “una absoluta verdad” se muestra no sólo hoy la interpretación completamente distinta del Yo y Tú, del Yo y Mundo, del Yo y Eternidad, la

mencionada interpretación orgánica. Leibniz aparece en tiempos más recientes como su anunciador lleno de presentimiento y, sin embargo, ya plenamente consciente. En contra del atomismo mecanicista, p. ej., de un Hobbes, quien afirmaba que de una ensambladura de piezas (que no son partes de una estructura) se origina una sociedad, un todo; en contra también de la doctrina absolutista de la existencia de leyes formales y esquemas abstracos "eternos", que el individuo llena, o tiene que llenar, Leibiz anuncia que este enlazamiento del individuo y de la generalidad se realiza en la personalidad individual, se perfecciona plasmándose de una manera vital, única en su especie. A un esquematismo matemático del ser inmutable, interpretado lógicamente, le fue arrancado el conocimiento del devenir de un ser que misteriosamente se va desarrollando: el valor de este devenir reside de acuerdo con ello precisamente en la conciencia del posible perfeccionamiento mediante la auto-realización. La solución del problema de la existencia planteado como un problema escolar, exigida por el atomismo, el mecanicismo, el individualismo y el universalismo, es negada y transformada en un acercamiento con tendencia hacia adelante, hacia sí mismo. Pero con ello es fundada una nueva moral: el alma no se busca reglas abstractas desde afuera, ella no se mueve tampoco hacia una meta exterior establecida, por consiguiente, lla en ningún caso "sale de sí misma", sino que "viene a sí misma".

Con ello, sin embargo, ya ha quedado señalada también una interpretación completamente distinta de la "verdad": que para nosotros la verdad no significa una exactitud o falsedad lógica, sino que se exige una respuesta orgánica a la pregunta: ¿fecundo o estéril, autónomo o sin libertad?

Y precisamente Herder, quien por una senda buscaba lo absoluto —"humanístico"—, precisamente él fue el que vivificó aun más profundamente el gran pensamiento de Leibniz y llegó a ser un maestro especialmente para nuestra época, como sólo muy pocos hasta entre los más grandes. En Leibniz el alma y el universo aun se enfrentaban como dos esencialidades completamente separadas, la mónada "carente de ventanas" podía ser puesta en relaciones con la otra sólo a través de la suposición que también en ésta se produce el mismo proceso de purificación autónomo de la auto-realización, es decir, que la mónada se "refleja". Ahora bien: Herder pone la conciencia comunitaria como vivencia que da plenitud de vida entre ambos. A la vida le es atribuída —haciendo caso omiso de todas las leyes de la razón— un valor propio. Así como el ser humano y el pueblo se presentan peculiares y pletóricos de sangre, así corporizan también un valor propio, esto es, un fenómeno de naturaleza también ética, que no se hunde en la corriente de un presunto "progreso", sino que se afirma —y con razón— como figura. Esta manifestación orgánica está condicionada interiormente por valores, pero también caracterizada por barreras —si puede usarse esta expresión—, hay que aceptarla o negarla como un todo: la coerción de una abstracción aniquilaría la figura, con ello también la capacidad fructífera. Herder se burla conscientemente de los presuntamente "progresistas", que quieren medir la esencia del desarrollo humano con su esclarecida "balanza para bebés" y pronuncia a continuación unas palabras que pertenecen íntimamente a nuestro tiempo como nuestro mensaje feliz: "*Cada Nación tiene en sí su centro de bienaventuranza, como cada esfera su centro de gravedad*" [130] Por este "centro" misterioso pugnaron luego las generaciones siguientes; los románticos designaron ya en forma general el *espíritu popula*r (*Volksgeist*) como lo esencial de nuestra vida; Schleiermacher enseñaba que "todo ser humano debe representar a la humanidad a su *propia manera*, para que en la plenitud del infinito llegue a ser realidad todo lo que puede surgir de su seno"; Nietzsche exige más tarde con todo el apasionamiento que le es propio y por indignación frente a un estrecho esquematismo, la intensificación y elevación de la vida y buscaba "lo" verdadero en la personalidad individual: sólo aquello que crea vida tiene virtud, tiene un valor, y la vida dice: "No me sigas a mí, sino a tí". Ranke [131] declara en medio de exposiciones objetivas que si en Europa una vez más (después de Roma) un principio internacional tratara de llegar a dominar, entonces irrumpirá con violencia primigenia contra él, uno orgánico-nacional, y afirma enfáticamente en otro lugar [132] de modo casi paradójico: "Cada época depende directamente de Dios y *su valor* no *se funda* en absoluto en lo que ella produce, sino *en su existencia* misma, en su propio Ser".

Esta es la otra corriente —"más verdadera"— de la genuinamente orgánica búsqueda de la verdad, opuesta a la pugna escolástico-lógico-mecanicista por el "conocimiento absoluto". A partir de la vivencia del "centro de la bienaventuranza" el más pleno auto-desenvolvimiento, y esto quiere decir en el idioma de este libro: *a partir del mito vivido del alma racial nórdica servir con amor al honor nacional*.

¿Es el alma igual a Dios e inmortal? Ante esta pregunta el sólo lógico buscador de la verdad sopesará todos los argumentos de la razón en pro o en contra, y entonces o bien resignará o "comprobará" el sí o el no; el orgánico buscador de la verdad, en cambio, *afirmará y profesará* el sí o el no. La creencia en la singularidad de la personalidad, de la mónada, en su igualdad con Dios e indestructibilidad, es una característica sobresaliente de los pensadores nórdico-germánicos cristianos, pero también no cristianos.

---

[130] *Auch eine Philosophie der Geschichte der Menschheit*, [*También una filosofía de la historia de la humanidad*, N. del T.]

[131] *Geschichte del Päpste*. [*Historia de los Papas*, N. del T].

[132] *Ueber die Epochen der neueren Geschichte*, [*Acerca de las Epocas de la Historia moderna*, N. del T.], 1ª. disertación.

Esta creencia —aun cuando bajo diversas manifestaciones de épocas históricas— los ha hecho fecundos, pero también ha sostenido a los grandes artistas, héroes y hombres de Estado. Y esta fecundidad es el testimonio de una verdad, que nos es más valiosa que la aun posible conclusión por analogía a través de la tendencia a fines de los organismos. Resulta por lo tanto también en el campo ético-metafísico, algo que hemos reconocido en el terreno del arte: que la forma genuina acuñada propia de cada caso y su contenido no pueden en absoluto ser separados entre sí en la visión de conjunto dada, que con el abandono de una forma apropiada a nosotros en favor de una verdad presuntamente abstracta, eterna, absoluta, no solamente no nos acercamos más a esta “verdad”, sino que hasta repelemos la posibilidad de un acercamiento. Pero se muestra aquí también que el arte recién entonces podrá volver a vivificarse entre nosotros cuando nuestra existencia haya devenido vida auténtica. Nuestros filósofos de cátedra ven la “verdad absoluta” en la “unión de lo finito con lo infinito”, por lo que la “verdad popular” debe ser analizada en cuanto a si en este sentido representa un acercamiento a la “una verdad”; al respecto se olvida que nos falta en absoluto toda vara de medida para semejante juicio: pues para poder aquí juzgar realmente, cada uno de nosotros debería estar en plena posesión de la supuesta “única eterna verdad”. Aquí se trata, pues, de orientar su raciocinio a un centro completamente distinto al de un cálculo de probabilidades lógico-racional, precisamente hacia aquel “centro de bienaventuranza” que Herder enseñaba, que es el que decide que nosotros podemos llegar a ser “unos con nosotros mismos”, como el Maestro Eckehart lo anhelaba. Se impone desprenderse del predominio del esquematismo escolástico-humanístico-clacisista en favor de la visión del mundo orgánico-racial-nacional. Al respecto la crítica del conocimiento naturalmente no debe ser despreciada.

De esta inteligencia, que un resultado final de naturaleza formalista puramente conforme al entendimiento no es determinante de la vida, sino que representa o puede representar sólo un medio para aclarar, resulta, sin embargo, también una nueva relación con respecto a la religión de los arios. Los unos quieren volver a vivificar una religión extinguida, los otros rechazan esta empresa con referencia a su supuesta pobreza, o bien declaran que tenemos tan escaso conocimiento de ella que sobre esta base ya no se puede construir nada. Ambas partes están equivocadas, porque han formulado la pregunta erróneamente: no se trata del reconocimiento de formas de religión, sino del conocimiento de valores del alma y del carácter. Las figuras exteriores condicionadas por el tiempo han desaparecido con su particular sentimiento de la vida, el alma racial se apoderó de los viejos interrogantes por medio de nuevas formas, pero sus fuerzas de voluntad y valores del alma plasmadores siguieron siendo los mismos en su orientación y especificidad. Pero en ellos solos puede leerse la esencia y la historia del ser humano nórdico después de que el centro de bienaventuranza mismo ha vuelto a ser vivido como algo nuevo. Por eso el “alma noble”, la libertad interior y el honor son lo perdurable, que condiciona todo lo demás, mientras aun fluya sangre afín a través de los millones de la Europa nordica. La “erdad eterna” quiere decir, por lo tanto, veracidad en todas partes.

Aquí hemos llegado al final. Laónada de Leibniz se enfrentaba a la otra personalidad igualmente rica “carente de ventanas”; Herder y sus continuadores buscaron ya la intermediación popular; hoy agregamos: aquello que les daba parentesco, que los impulsaba a un desarrollo similar de la figura interior, era la comunidad de una sangre amalgamada con el alma, que constituía la sub-corriente, que todo lo unía, de un todo vital. Esta sangre que condiciona el parentesco de la personalidad es aun capaz de plasmar y criar algunas variedades, pero la mónada frente a una personalidad de sangre completamente extraña se vuelve nuevamente “carente de ventanas”, la soledad se volverá desamparo; no hay ningún puente de verdadera comprensión que conduzca de ella hacia un chino, y menos aún hacia la naturaleza de un bastardo, sirio y africano. Es decir, no es la mónada y la “humanidad” las que se enfrentan en interacción, sino la personalidad y la raza.

Mediante este conocimiento otra enfermedad de nuestros días, sin embargo, es llevada a la luz de la plena conciencia. Relatividad del universo se llama esta enfermedad. El individualismo ha sido reconocido como “relativo” al igual que el ilimitado universalismo. Ambos perseguían de nuevo de su búsqueda una totalidad lógicamente aprehendible y se han estrellado en esta tentativa. Aquí entra en su derecho la visión del mundo orgánico-nacional, tal como desde siempre se había abierto camino cuando el individualismo mecanicista y el universalismo esquemático quisieron poner cadenas al mundo. Los sistemáticos de la filosofía han pasado por alto, desprovistos de instinto, estos testimonios de la existencia nórdica, porque la esencia de este impulso volitivo no representa ningún sistema lógico sino que significa un fluir del alma. Hoy esta visión del mundo genuinamente orgánica exige, más que antes, en medio de la época atomística en derrumbe: su derecho, su derecho de señor: desde el centro del honor como valor supremo del mundo nórdico-occidental ella ha de vivir su punto central con bienaventuranza alada y configurar denodadamente de nuevo la vida.

5.

La doctrina individualista, según la cual el ser aislado existiría por sí, que mediante la ensambladura de los individuos se formarían los pueblos y al final “la humanidad”, ha sido eliminada hoy definitivamente de la consideración seria. Lo notable, y que, sin embargo, corrobora la afirmación expresada en el primer libro de que el universalismo es un hermano mellizo del individualismo, se muestra en que este universalismo padece la misma enfermedad que su aparente adversario. Ambos son intelectualistas, es decir, extraños a la naturaleza. La escuela universalista (O. Spann) ha refutado exitosamente el estúpido y materialista individualismo y cae en el mismo error del cual nació éste. En forma puramente abstracta se erige una escala de lo espiritual, esquemáticamente se comienza una nueva construcción de la imagen del mundo, para levantar, sobre la base del viejo convencimiento platónico de que el género viene antes que la especie, la siguiente construcción espiritual escalonada de la comunidad humana histórica: humanidad - círculo cultural - círculo de pueblos - nacionalidad - comunidad troncal - circulo del terruño miembro del pueblo. En lo que se recalca expresamente que la humanidad existe antes del círculo cultural, éste antes del círculo de pueblos, etc. Esta escala de grados y de valores aun hoy algo sospechosa, se intenta hacer atractiva declarando que de la primacía espiritual no se sigue aún una uniforme plenitud de despliegue. Esta se muestra, dicen, con mayor riqueza en la nacionalidad, mientras el círculo cultural y la humanidad aparecen más pálidos, menos tangibles. Ya aquí se evidencia la gran fisura en el modo de contemplación universalista, que sigue sosteniendo el orden de la escala de rangos puramente intelectualista y practica absolutamente una neo-escolástica, pero al mismo tiempo quisiera incorporarse como miembro accesorio el modo de contemplación biológico que está creciendo, mediante amables cumplidos. Y esto a pesar de que con toda la claridad deseable se constata: “La Iglesia supranacional está antes que la Iglesia nacional”, y después de una exposición de que la religión viene antes que el Estado: “De ello se deduce que, ciertamente, el Estado como suprema institución domina sobre la institución especial Iglesia”, pero que halla su prioridad espiritual de la misma manera en la religión como la Iglesia misma, a saber: dentro de la religión organizada y formada por la Iglesia, pues otra no existe”. [133]

Con ello la escuela universalista revela que lleva su nombre no por razones puramente técnico-filosóficas, sino por convicciones teocráticas. Pero con ello se descubre también qué se ha de entender en realidad bajo el concepto de “plenitud de despliegue” (“Ausgliederungsfülle”): en último termino, por cierto, el derramamiento del contenido encerrado en la “humanidad” o en la “religión formada”, pues ¿de dónde provendría si no este “despliegue” si la nacionalidad es una magnitud de tercer orden, sin antepasados orgánicos?

Si Oswald Spengler quiso construir la historia de las estructuras (Gestaltengeschichte) sobre la base de curiosos “círculos culturales” que van bajando del cielo abstracto como primeras realidades dadas, entonces Othmar Spann, como portavoz moderno de la Edad Media escolástica, aún los aguó con la postura aparentemente superior del pensador organizando “desde arriba”. Ahora bien: aquí nuestro modo de contemplación —aun cuando totalmente dentro del esquema racional de que el género está antes que la especie— se muestra como uno, creciendo desde abajo en antagonismo orgánico con estos métodos puramente intelectualistas. Sentamos la siguiente clasificación biológica: lº alma racial, 2º nacionalidad, 3º personalidad, 4º círculo cultural, y al respecto no pensamos en una escala de grados desde arriba hacia abajo, sino en un movimiento circular pulsante. El alma racial no es asible con las manos y, sin embargo, está representada en la nacionalidad ligada a la sangre, coronada y conglomerada alegóricamente en las grandes personalidades que, actuando creadoramente, engendran un círculo cultural, que a su vez es sostenido por la raza y el alma racial. Esta totalidad no es solamente “espíritu”, sino espíritu y voluntad, es decir, una totalidad vital. La “plenitud de despliegue” de la nacionalidad es remitida, por consiguiente, orgánicamente con ello a sus fundamentos primigenios sanguíneo-anímicos, no a círculos culturales insustanciales y combinaciones exangües de la humanidad, de los cuales no se desprende por qué razón puede desplegarse partiendo de ellas la rica cultura nacional que forzosamente es reconocida.

Con este conocimiento la filosofía orgánica de nuestro tiempo se sustrae a la tiranía de los esquemas de la inteligencia, de aquella fabricación de vainas espirituales puramente esquemáticas, dentro de las cuales se creyó poder encapsular nuevamente el alma de las razas y de los pueblos, con la intención subconsciente o consciente de pasársela, como medio, a alguna “última totalidad”. Si Spann en oposición a la antigua sabiduría griega sostiene que Dios es la medida de todas las cosas, pero que esta religión sólo la encuentra en la Iglesia (católica), dado que no existe “ninguna otra”, entonces esta concepción se revela como la afirmación de que el sacerdote es la medida de todas las cosas. Frente a ello la visión del mundo renacida de nuestro tiempo: el alma popular ligada a la raza es la medida de todos nuestros pensamientos, anhelo volitivo y acciones, la última medida para nuestros valores. Con esto cae de una vez por todas tanto el individualismo materialista a-racial como el universalismo extraño a la naturaleza en todas sus variantes,

---

[133] O. Spann: *Gesellschaftsphilosophie*, [*Filosofía de la sociedad*, N. del T.], Munich, 1928, p. 103, 107, 109, etc.

como teocracia romana o humanidad francmasónica, pero también toda la estética “general” de los últimos dos siglos. Ha sido sacado todo el montón intelectualista exangüe de sistemas puramente esquemáticos, que nos habían sido calzados como botas españolas o nos han de ser colocados nuevamente. Una transformación única de nuestra postura anímica, pero que es decisiva para todo, se ha producido, y como insignificante aparece aquello por lo cual han lidiado encarnizadamente generaciones enteras, y un nuevo centro de nuestra existencia, resplandeciente, magnífico, pletórico de vida, se ha hecho operante prodigando bienaventuranza.

6.

Este mito nuevo y, sin embargo, antiguo de la sangre, cuyas numerosas adulteraciones estamos viviendo, también estaba amenazado a espaldas de cada una de las Naciones, cuando comenzaron a actuar en todas partes fuerzas oscuras, satánicas, detrás de los ejércitos vencedores de 1914, cuando volvió a comenzar una época en que el *Lobo Fenris* [*Fenriswolf*: en la saga nórdica un demonio del mar que en el Ocaso de los Dioses, engulle a Odín y es muerto a su vez; hasta este fin del mundo estuvo encadenado. N. del T.] rompió sus cadenas, *Hel* [La diosa nórdica de las Religiones Infernales, el reino oscuro y frío en el extremo Norte, Nebelheim N. del T.] con el olor de la putrefacción pasó por el mundo, y la *Serpiente de Midgard* [*Midgard*: para los antiguos germanos el mundo de los hombres de la *Midgardschlange*: personificación de los océanos. N. del T.] azotaba los mares; pero todos los millones y más millones sólo pudieron ser hechos dispuestos para el sacrificio de la vida tras una consigna. Esta consigna se llamaba: el honor del pueblo y su libertad. El incendio de los mundos llegó a su fin, indecibles sacrificios habían sido exigidos y hechos por todos, pero se mostró entonces que las potencias demoníacas habían vencido a las divinas a espaldas de los ejércitos. Más desenfrenadamente que nunca corrían con furia desencadenadas por el mundo, provocaban nuevo desasosiego, nuevos incendios, nueva destrucción. Pero al mismo tiempo en las almas acongojadas de los deudos de los guerreros muertos, aquel mito de la sangre por el que los héroes murieron es renovado, profundizado, captado y vivido hasta en las últimas ramificaciones. Esta voz interior exige hoy que el mito de la sangre y el mito del alma, raza y Yo, pueblo y personalidad, sangre y honor debe él solo, completamente solo y sin compromisos atravesar, sostener y determinar toda la vida. Él exige para el pueblo alemán que los dos millones de héroes muertos no hayan caído en vano, él exige una revolución mundial y no tolera ya otros valores supremos al lado suyo. Alrededor del centro del alma del pueblo y de la raza deben unirse las personalidades, alrededor de aquel misterioso centro que desde siempre fecundó el ritmo del ser y devenir alemán, cuando Alemania se volvía hacia él. Es aquella nobleza, aquella libertad del alma mística consciente del honor, que en una ancha corriente nunca aún vista más allá de las fronteras de Alemania, se ofreció para el sacrificio y no exigió “lugartenencia” alguna. El alma individual murió por la libertad y el honor de su propia elevación, por su nacionaliadd. Este sacrificio puede él sólo determinar el futuro ritmo vital del pueblo alemán, criar el nuevo tipo del alemán. En disciplina dura y consciente a través de aquellos que lo habían enseñado y vivido. Este viejo-nuevo mito impele y enriquece ya a millones de almas humanas. Él dice hoy con mil lenguas que no nos hemos “realizado plenamente alrededor de 1800”, sino que con más alta conciencia y una voluntad que fluye a torrentes, por primera vez nosotros queremos llegar a ser como pueblo entero, nosotros mismos: “uno consigo mismo”, tal como el Maestro Eckehart lo perseguía. El mito es para cientos de miles de almas no algo que con erudita presunción se registra como curiosidad en catálogos, sino el nuevo despertar del centro anímico plasmador de células. El “Sin embargo, quiero” del Fausto después de recorrer todos los campos de la ciencia es la confesión del tiempo nuevo, que quiere un nuevo futuro, y esta voluntad, esto es nuestro destino. Pero esta voluntad no “reconoce” sólo la esencia de viejas y nuevas culturas, para luego retirarse, sino que esta voluntad rechaza, como represivos, en consciente sentimiento del propio valor, los valores máximos de los círculos culturales que se superponen a nosotros. Que nuestros investigadores se quedan en la historia de las estructuras sin poder estructurar ellos mismos, muestra sólo que su voluntad de estructuración está quebrada. Pero nada los autoriza a presentar su esterilidad como destino del todo. El nuevo mito y la nueva fuerza formadora de tipos que hoy pugnan por expresarse entre nosotros, no pueden en absoluto ser “refutados”. Ellos se abrirán camino y crearán hechos.

El mito racial es tan heroico como las figuras de la generación de hace 2.000 años. Los dos millones de alemanes que en todo el mundo murieron por la idea “Alemania”, revelaron repentinamente que podían desembarazarse de todo el siglo 19, que en los corazones del más sencillo labriego y del más llano trabajador, la vieja fuerza creadora de mitos del alma racial nórdica estaba tan viva como en los germanos, cuando antaño atravesaron los Alpes. En la vida diaria se pasa por alto con demasiada frecuencia, cuán enorme fuerza del alma toma vida en el ser humano cuando en una desgarrada bandera de regimiento se ve a sí mismo, en todos los hechos multiseculares del regimiento, un pedazo de sí mismo, obras de sus antepasados. El marinero que, parado sobre la quilla de la “Nürnberg”, ante los ojos del enemigo, con la bandera de guerra alemana ondeante en la mano se hundió en las aguas, el oficial sin nombre de la

"Magdeburg", que guardó en su uniforme la cifra secreta y se ahogó con ella, éstos son símbolos, mitos, tipos, que en el caos actual aún no han sido reconocidos. Que apreciemos debidamente el gótico, el barroco, el romanticismo, al fin de cuentas es indistinto, importante no es esta forma de exteriorización de la sangre nórdica, sino que esta sangre todavía existe, que la antigua voluntad de la sangre aun vive. El ejército popular alemán gris-campaña fue la prueba de la disposición para el sacrificio plasmadora de mitos. El actual movimiento de renovación es, sin embargo, el signo de que incontados aun comienzan a comprender qué son los dos millones de héroes muertos: los mártires de un nuevo mito de la vida, de una nueva religión sencillamente.

En el lugar del uniforme de gala se ha puesto la vestimenta de honor gris-campaña, el serio casco de acero. Los horribles crucifijos de la época del barroco y del rococó que en todas las esquinas de las calles muestran sus miembros distorsionados, también son desplazados poco a poco por acerbos monumentos a guerreros. En ellos están esculpidos los nombres de aquellos hombres que como símbolos del eterno mito de la sangre y de la voluntad, murieron por el valor supremo de nuestro pueblo: por el honor del nombre alemán.

Esta fuerza, que se sacrificó en 1914-1918, ella quiere ahora estructurar. Ella lucha contra todos los poderes que no la quieren reconocer como el primero y más alto valor. Ella está y ya no puede ser declarada inexistente y ella ya señala caminos que hasta sus actuales adversarios alemanes descaminados habrán de seguir alguna vez.

El Dios a quien nosotros veneramos no sería si nuestra alma y nuestra sangre no fueran, así rezaría la confesión de un Maestro Eckehart para nuestra época. Por eso es asunto de nuestra religión, de nuestro derecho, de nuestro Estado, todo lo que protege, fortalece, purifica, impone el honor y la libertad de esta alma y de esta sangre. Por eso son lugares sagrados todos aquellos en los que héroes alemanes murieron por estos pensamientos; sagrados son aquellos lugares donde piedras conmemorativas y monumentos los recuerdan, y días sagrados aquellos en los que antaño combatieron más apasionadamente por ello. Y la hora sagrada del alemán sobrevendrá entonces cuando el símbolo del despertar, la bandera con el signo de la vida ascendente, haya llegado a ser la única confesión imperante en el Reich.

ÍNDICE DE MATERIAS

Introducción.. 6

LIBRO PRIMERO: LA LUCHA DE LOS VALORES

I. Raza y alma racial.. 12

1. Una nueva Historia Mundial. - Humanismo universal y raza. - Documentos de cultura de la remota antigüedad. – La legendaria Atlántida. - La expedición de los “atlántidos” a través de África del Norte. - Huellas nódico-atlánticas en Egipto; los amoritas. - La ola ario-india. - Descomposición ritual; renovación religiosa bélica. - La doctrina Atman-Brahman. - El monismo indio y la desintegración de la India. - Ahura Mazda y Angromayniu. - El dualismo pérsico.. "
2. La Hélade nórdica. - La época homérica religiosa. - Apolo como símbolo griego. - Interpretación clásica y romántica de Grecia. - Jakob Burckhardt y Johann Jakob Bachofen. - Matriarcado y patriarcado como testimonios raciales. Religión quetónica pelásguica-pro-asiática. - Combate del principio de la luz en Homero y Esquilo. - Dionisio como testimonio de la mezcla de razas. - La instauración del matrimonio y el hetairismo. - El Pitágoras pelásguico y el colectivismo sexual. - Dos planos de la evolución en la Hélade. El hoplita en vías de extinción. - Ultirnos conceptos en Isócrates y Platón.................................... 17
3. La vieja latinidad nórdico-republicana. - Los linajes de la nobleza; Cartago, Jerusalén. - Patricios y plebeyos. – La época imperial adoptiva. - La bastardización de Caracalla. - la nueva valoración de la historia romana y la doctrina del “círculo cultural”. - La civilización etrusca enemiga de Roma. - Hetairismo y gobiemo de los sacerdotes (*Priesterherrschaft*) en Etruria. - Culto mágico de sacrificios, infamación del mito solar. - Los descubrimientos de Grünwedel. -El arúspice etrusco, la “gran Madre”, la creencia desvariada en demonios y brujas y el Infierno de Dante como concreción etrusca. - Racionalismo y arte de magia. El Cristianismo y Pablo. - La Italia germánica del norte............................. 24
4. Los germanos como creadores de los Estados de Occidente. - Las ideas constructivas de H. St. Chamberlain. Idea nacional y caos de pueblos. - Raza nórdica y otras en Europa. – Universalismo romano y autolegitimidad (*Eigengesetzlichkeit*) europea. – La herejía como testimonio del carácter. – La actual y la pasada Francia. - Los albigenses y waldenses; ¡libertad de enseñanza! Persecución de los Waldenses en los siglos 14, 15 y 16. - Los hugonotes como portadores de la voluntad germánica. - Mártires y guerreros; Coligny, Montmorency, Condé, Cambio de carácter del francés. - La Rusia tartarizada. - La línea del destino de Francia.. 33
5. Generosidad germánica. - Democracia actual. - Simpatías en Alemania por el espíritu francés actual. -Circunstancias temporales y valores permanentes. -El taboritismo (*Taboritentum*) como contra-protestantismo. - El envenenamiento racial checo: Hassenstein, Palacky, hugonotes, polacos, checos. - La Alemania rodeada por las olas del caos. - La antigua formación nórdica de Rusia. La sangre mongólica como señora. - Las distintas personalidades del pueblo de raza nórdica...................... 40
6. Crítica del conocimiento y valoración. - Un valor máximo como signo de la cultura. - La vida de una raza como plasmación de una síntesis mística. - No conocimiento (*Erkenntnis*) sino testimonio (*Bekenntnis*). - Tres sistemas en pugna. ¿Lucha exterior o nueva construcción interna? - Ciencia sin premisas y ciencia con premisas. - La ciencia como una creación de la sangre. - Legitimidad interior y demonismo; doctrinas jesuíticas. - La actual ciencia cabalística de las finanzas, una hechicería judía.......................... 44
7. Percepciones, entendimiento, experiencia, ideas racionales. - La polaridad de todos los fenómenos. - Esencia dinámica y valoración estática. - La adoración de la materia en los judíos; Yahvé. - Roma y la naturaleza escindida del protestantismo. - La creación religiosa persa y el cristianismo. - El divorcio metódico de dos mundos, realidad primigenia de la naturaleza nórdica. - La interpretación de la “realidad” en la India y la Germania. - La magia del Asia anterior en el cristianismo; Nicea....................... 47
8. La curva del mito solar y de la filosofía nórdica. - Racionalismo y neovitalismo. - Conciencia y existencia vegetativa. - El “estado primigenio” vital, una ficción moderna. - Mito solar e imperio de las leyes naturales. Pesimismo cultural, “seguridad mundial” y problemática natural. - La ley más profunda de la cultura genuina. - La grieta posibilitadora de cultura entre lo vegetativo y lo consciente; Palagyi. - Proximidad a la naturaleza de los germanos, y método de conocimiento. - Mejoramiento de la especie al servicio de valores inherentes a la sangre... 50

II. Amor y Honor.. 55

1. Formación de los pueblos mediante un ideal predominante. - El concepto del honor en la India; hinduísmo, Mahabaratam, proverbios indios. - El ideal griego - Alejandro el Grande y los persas. - El honor como idea central del Occidente nórdico. - El vikingo. - Fichte sobre la cultura de la mentalidad ética (*Gesinnungskultur*). – Descomposición de los valores mediante ideas humanitarias. - La opinión popular acerca de los valores máximos.. "

2. La penetración de la idea del amor en el mundo germánico. - La nobleza de la fe. - Apelación a la magnanimidad germánica. - La conducción de la Iglesia sin la idea del amor. - El rebaño y el pastor. - Compromisos contraídos hasta el presente con Roma. - La exclusión de Cristo en el sistema romano. - El mito de la lugartenencia de Dios. La liga masculina sacerdotal. - Programática romana moderna; Adán. - Deificación de los sacerdotes. - El sacramento como materialismo mágico. - Transformación de los viejos dioses germánicos y falsificación de las antiguas costumbres germánicas; S. Martín, S. Osvaldo, el cáliz de los paganos. - 9 millones de herejes muertos en el camino del amor. - Iglesia mundial y Estado mundial........ 58
3. La caridad. - La compasión eclesiástica. - El dogma coercitivo de la indulgencia y su fundamento mercantilista. - La intercesión eclesiástica como acto mágico. - El Papa como tipo del médico-hechicero (*Medizinmann*). - El desplazamiento de la responsabilidad; el más allá incontrolable. - El Jesuitismo: la consecuencia del sistema romano. - Ignacio y la deshonrosa "obediencia de cadáver"; el 26 de marzo de 1553. – Jesuitismo y prusianismo como tipos inconciliables. - Rebelión inútil de Döllinger, Schulte, Strassmeyer. El concilio vaticano. - La esencia de Roma. - La hazaña de Lutero: salvación ante el lamaísmo........ 63
4. El Kaiser y el Papa, la encarnación de dos valores. "Por la gracia de Dios". - Caballerosidad germánica antigua, Edda, Beowulf, Heliand. - Pedro y Hagen. El estamento de los caballeros. - Esfuerzos romanos para subyugar la caballería; Gregorio VII........ 68
5. El Papa como apóstol. - El caos papal en los siglos 9º, 10º y 11º; Esteban VI, Sergio III, Bonifacio VI Benedicto XI, Gregorio VI. - Los Emperadores alemanes como salvadores del papado y como protectores de la instrucción y de la moral. - Otón I y la Iglesia nacional germánica; Otón III. - Los cluniacenses como medio auxilar internacional de la Iglesia. - La "durabilidad" de Roma; Confucio, Lao-Tse........ 70
6. La liberación de los burgueses del siglo 16. - La Hansa. - Brandenburgo-Prusia como sistema de disciplina. - El oficial federiciano. - La humanidad francmasónica como contra-Iglesia de Roma. - Humanidad, democracia, guerras de liberación, Reich bismarckiano. - El movimiento obrero como protesta ética. - El comunismo internacional. - Marx como capitalista. - El sacrificio en el sistema marxista desempeña el mismo rol que el amor en el romano. - Desde el honor clasista al honor nacional........ 72
7. La tercera forma del amor. - El ansia de sufrimiento rusa. - El ateo carente de personalidad ruso. - El psicologismo como enfermedad del alma. - Tipos dostoiewskianos. - Pesimismo de Tschaadajew. - El Evangelio ruso de la "humanidad integral". - El Eros, el amor eclesiástico y la desesperación dostoiewskiana. La desintegración como redención del hombre ruso........ 76
8. El auto-destronamiento de las Iglesias. - La muerte del viejo nacionalismo. La muerte del marxismo. - El renacimiento actual........ 78

III. Mística y Acción........ 80

1. La mística como la más fina ramificación del concepto del honor. - La libertad y la despreocupación del alma también frente a Dios. - El pecado del protestantismo. - Las comunidades de culto germánicas; el Wotan muerto. La mística como renacimiento germánico. La lenta maduración de una idea religiosa; Jesús, Confucio, Eckehart........ "
2. La "obra interior" de Eckehart. - La "luz increada del alma". - La "nobleza del alma". - "Más vasto que el cielo". Idealidad de tiempo y espacio. - La muerte no es la "paga del pecado". - Yo como mi propia primera causa. - La futilidad de las buenas obras. - El rechazo al "representante de Dios". - El ser humano, señor de todas sus obras. "Todo lo finito solamente un medio". - Eckehart, el dinámico. - "El ser humano debe ser libre"........ 81
3. La nueva arquitectónica de almas. - El "alma noble" por encima del amor, la humildad, la misericordia y la gracia. El distanciamiento valorado más alto que el amor - "Estar acorde consigo mismo". - "Libre de aditamento extraño". Cambio de interpretación y rechazo de la doctrina religiosa de la Iglesia. - Rechazo del pecado y el remordimiento........ 85
4. Eckehart como precursor de Kant. - La voluntad "que es capaz de todas las cosas". "—Dios no coacciona la voluntad". "—El que tiene más voluntad también tiene más amor". - La ironización de la doctrina eclesiástica del amor. - La razón, la memoria – Religión sin causalidad. - El ritmo de descanso en Dios" y movimiento de la voluntad como sabiduría de Eckehart. - El "honor de la victoria"........ 87
5. Crítica del conocimiento- (*Erkenntniskritik*) romana. – Tres tipos de concepciones del mundo: inmanencia, transcendencia, trascendentalidad. El Creador judeo-romano y su criatura. La analogia entis. - El pensamiento ario de la identidad con Dios del alma. - La apropiación romana de la doctrina platónica del ser y del devenir. - El "desasosiego ante Dios". - El "sosiego en Dios". El ser y el ser-así (*Dasein und Sosein*)........ 89

6. La acción revolucionaria de Eckehart. Los begardos y el “hermano Eckehart”. - El acosamiento de la Inquisición. La muerte de Eckehart. - La falsificación de su “retractación”. - El “descaro” del idioma nacional. - Eckehart como formador de la lengua alemana. “-Lo más noble es la sangre”.......................... 92
7. Eckehart y Goethe. - Pensamiento y acción. - Profesión de fe de Beethoven. - Superación luciférica del mundo.. 94
8. Lao-Tsé. - El judaísmo y la acción. - La acción como símbolo. - La fuga india ante la acción. - La historia como evolución de las almas. - La exuberancia.. 96

LIBRO SEGUNDO: LA ESENCIA DEL ARTE GERMÁNICO

I. El ideal racial de belleza.. 100

1. La estética “general”. - Las valoraciones estéticas condicionadas racialmente. El héroe griego como ser humano nórdico. – Sileno como figura racial extraña. El bastardo del helenismo - El ideal de belleza nórdico de Homero. - Sócrates como no-griego. - La aniquilación de lo bello por lo bueno........................ "
2. “El” ser humano de la estética clásica. - Graduación helénica y occidental del ideal de belleza nórdico. - El hombre nórdico en las artes plásticas Occidente. - El siglo 19 sin imagen de la belleza. - Impotencia impresionista, “clásica” y expresionista. - El criterio de la complacencia estética y los límites de su validez.. 104
3. El contenido como problema formal. - “ Estados estáticos y desarrollo dinámico. - Una profesión de fe de Schiller. La Epopeya de los Nibelungos como símbolo del alma nórdico-occidental. - Helena como motivo causal estético. La forma artística de Homero. - Sigfrido, Krimhild, Rüdiger.................................. 109
4. La voluntad estética. - Profesión de fe de Wagner y de Balzac. - La pugna entre el valor estético humanista y el nórdico-occidental.. 113

II. Voluntad e instinto (*Trieb*).. 116

1. El punto de partida de Schopenhauer. - Objeto-sujeto, correlaciones insolubles. – Las fallas del materialismo y del idealismo dogmáticos. - El mundo como representación. - La irrupción de la cosmovisión (*Weltanschauung*) crítica. Voluntad y acto dinámico. - La voluntad como principio natural. - La reintroducción del concepto de causalidad negado. - El descartamiento de la “voluntad” mediante la razón. - La nada.. "
2. La duplicidad del concepto de la voluntad de Schopenhauer. - La voluntad ciega conforme al fin. - Voluntad, instinto (*Trieb*) y poder de atracción: diferencias no cuantitativas sino cualitativas. - La esencia volitiva bipartita del ser humano. - La negación del instinto (Trieb) por la voluntad.................................. 118
3. Schopenhauer: el hombre y su doctrina. - La profesión nórdica por la personalidad en Schopenhauer...... 121
4. Las cinco áreas de la voluntad formadora.. 122

III. Estilo de la personalidad y de la objetividad.. 124

1. Las artes del espacio y del tiempo. - La duplicidad de la creación artística. Apolínea y dionisíaca. - Ingenua y sentimental. - Idealista y realista. - Típica e individualista. - Métodos y leyes esenciales. - Personalidad y legitimidad objetiva.. "
2. Arquitectura griega y gótica. El templo helénico como plástica y estructura exterior. - Las funciones espaciales. La orientación unímica del gótico. - La estructura interior gótica como superación del espacio. La relación de la catedral gótica con su entorno.. 126
3. El fundamento religioso del arte. - El judaísmo desalmado.- El subjetivismo del Islam. - El arabesco........ 129
4. Lo individual. - Rubens, Bernini, Hals. - La esencia del barroco. - El ecléctico siglo 19. - El sentimiento del estilo en nuestro tiempo; la arquitectura venidera.. 132
5. La personalidad como profesión de fe del Occidente. - Individualismo y universalismo. - Sentimiento de lo infinito y personalidad. - Tristán y Hans Sachs. La metempsicosis india y Cristo. - La autorrealización. - La creencia en la inmortalidad y la doctrina del karma. - La doctrina de la predestinación y el concepto del sino; Spengler.. 138

IV. La voluntad estética.. 145

1. Lo infinito, la tensión anímica. - Volatilización del alma y actividad interior. - El arte como manifestación más general de la voluntad de forma. - Las mitologías. - “El hijo pródigo” como producto de la voluntad. - La obra de Dostoiewski; interpretación errónea de Volkelt. - No “libertad estética”, sino impulso interior. - El príncipe Myschkin y Thomas Buddenbrook.. "
2. Caracteres repelentes como objetos estéticos. - Shylock y Rüdiger. - El problema de los valores adoptivos. - La Crucifixión de Matthias Grünewald.. 147
3. La “estética clásica”. - Sensualismo y psicología del arte; Müller- Freienfels y Groos. - La estetica intuitiva; Lipps. - La teoría musical de Schopenahuer como negación de su sistema. - “Contemplación estética” como despertar de una voluntad de forma.. 148

4. Kant y lo sublime. - La "armonía de las fuerzas anímicas" como dogma kantiano. - No la reacción sino la creación propia como causa de la vivencia. Confesiones de Berlioz, Nietzsche, Beethoven. - El drama musical de Wagner. El Un-Arte. - Las tres artes. - Drama musical y desencadenamiento motor; Egmont y Brunilda. - La obra de Wagner como expresión de lo más esencial del arte nórdico-occidental.............. 149
5. Lo íntimo y lo afectivo. - Keller, Mörike, Raabe. - La tranquilidad de Grecia y la calma "occidental". - Bleack House. "La más íntima". - "Jürg Jenatsch". Hermann Löns; *Der Werwolf*. - Knut Hansum. – El anhelo; E. Kolbenheyer y su Paracelsus.. 155
6. El arte como superación del mundo. - El traslado del centro de gravedad desde la voluntad religiosa a la estética. Wagner, Balzac. - Los "poetas de los trabajadores" y su traición al movimiento social. – Gerhart Hauptmann. - La Internacional del mestizaje. - El tipo de belleza del guerrero del frente. - Un nuevo sentimiento vital. - El venidero poeta de la Guerra Mundial... 157

LIBRO TERCERO: EL REICH VENIDERO

I. Mito y tipo... 161

1. Soñadores como hombres de realidades. - El sueño de Ícaro; Wieland. - El sueño del paraíso. - El sueño del poder mundial del judaísmo. - El sueño de Paul de Lagarde.. "
2. El mito judío. - Los fariseos y la negación activa del mundo. - El parasitismo de la contra-raza. - El tipo desde José hasta Rathenau. - El sionismo. - La capa horizontal de la vida. - La teoría ortodoxa de la "nación"... 163
3. Medios disciplinarios romanos. Doctrinas opuestas en la misma Orden. Pío IX sobre Bismarck y la destrucción de Alemania. - Voces "alemanas" sobre el derrumbe de Alemania. - La "Germania". - El "Federalismo" de Konstantin Frantz. – La "justicia vengadora" por la defección". - "Los lazos eclesiásticos son más sagrados que los del pueblo". - La "mayor herejía". - La misión de nuestra época.. 165

II. El Estado y los sexos.. 171

1. Polaridad masculina y femenina. – Colectivismo sexual como consecuencia de la negación de la ley de los polos. Símbolos de la decadencia. - La "carencia de capacidad" de la mujer. – Reseña histórica......... "
2. El Estado no se originó en la familia. - La asociación con fines guerreros como célula originaria del Estado. Egipto y su tipo. - El mandarín. - Las antiguas sociedades masculinas indias de los chatrias y de los brahmanes. Hélade; los efebos. - El pater familias de Roma. - La liga sacerdotal romana. - La caballería germánica. - El tipo del soldado alemán. - Otras sociedades masculinas................................. 172
3. La Revolución francesa y la emancipación de la mujer. - La situación social en el siglo 19. - La asociación para el derecho al voto de la mujer. - La emancipación política de la mujer como fenómeno de decadencia. - Contra el "militarismo". - Carencia de fuerza formadora de tipos en la mujer.................. 175
4. La mujer y la ciencia. - La "ciencia" de las emancipadas. - Gobierno de la mujer y "Estado femenino". – Derechos de las mujeres bajo Luis XVI. - América. - La "doble moral" del Estado masculino.................... 176
5. El pensamiento individualista. - La negación de la idea del deber. - Libertad sexual. - Las metrópolis como escalón previo al "Estado femenino". – La culpa del hombre... 178
6. El hombre arquitectónico y la mujer lírica. - La diosa Freya. - La misión de la mujer: pureza de la raza y conservación de la raza. –Emancipación de la mújer de la emancipación femenina. - No nivelación sino delimitación orgánica.. 180
7. El Reich venidero: la creación de una liga de hombres. - El pensamiento intolerante del nuevo mito. – Goethe, Jesús, Ignacio, Bismarck y Moltke. - Voluntad y formación de tipos. - Formas venideras. – El nuevo mito. 182

III. Pueblo y Estado 185

1. Imperio, reino e idea del Estado. Roma y el Centro. - El Estado como forma vacía. - El funcionario público. La subversión de 1918. - El Estado como medio para la autoconservación. - Los legitimistas monárquicos y marxistas.. "
2. Autoridad y tipo. - La anarquía de la libertad. - La libertad es posible sólo dentro del tipo. - La personalidad se identifica con el tipo. - Friedrich Nietzsche.. 186
3. Libertad e individualismo económico. - Tierra de labranza y de honor.. 188
4. Social y socialista. - Nacionalismo y socialismo. - Dinasticismo y democracia. - El socialismo del barón vom Stein. – El pueblo y la raza son superiores a las formas estatales. - El juramento sobre la nacionalidad (*Volkstum*). Un "pueblo de hermanos". - El crimen de los viejos partidos políticos. - El aparato estatal imperfecto. - Una Orden Alemana. - Las elecciones cuantitativas de la democracia. - Abolición del derecho al voto secreto. - La quimera parlamentaria de la mayoría. - La abolición de la libertad de residencia como premisa más importante para la salvación. - La facilidad de las comunicaciones como posibilidad de destrucción de la ciudad mundial. – Imperio, república, reino........... "

IV. El derecho nórdico-alemán.. 199

1. La adulteración de la idea alemana del derecho. - Autodefensa y protección del honor. - El “derecho” a la traición a la patria. - La dádiva como política social del liberalismo. - La preservación de los intereses de los intermediarios rapaces. El escarnecimiento impune del pueblo alemán. - Un nueva ley................. "
2. Los antiguos conceptos germánicos del honor como ideas de derecho. - El Sachsenspiegel. - La penetración del derecho romano. – Denegatoria de Hutten. Las guerras de campesinos como rebeldía justificada; Lutero. - El estamento de los caballeros como “sindicato”. -El *corpus iuris canonici*. - El derecho de los lombardos, el derecho sajón, derecho de Lübeck.. 200
3. Derecho y política. - Derecho y delito como problema racial. - Justicia formalista. - La economía sin honor carece de la idea de justicia. – Protección de la raza como supremo dogma jurídico. - La índole del castigo por delitos deshonrosos.. 201
4. Naturaleza del trabajo y de la propiedad. - Razonamiento esquemático y ligado a la sangre. - La propiedad como trabajo acumulado. - Huelga y *Aussperrung*. - Límites y valor eterno del concepto de propiedad. - El envenenamiento marxista de esta idea.. 205
5. El dominio del dinero. - La economía como “destino”. - Destierro y proscripción. - La fundamentación de una nueva nobleza. - El hijo natural. – El nuevo mito como premisa de un nuevo derecho económico. - La idea jurídica y la legitimidad natural material. - Hundimiento y renacimiento.. 208

V. Iglesia nacional y escuela alemanas.. 212

1. Los dogmas coaccionadores como tradición judía. - Pueblo, Estado, Iglesia. Superación del Antiguo Testamento. - El Quinto Evangelio. - La esencia de Cristo. - El Evangelio de Marco. - Fraude piadoso..... "
2. El amor como siervo del honor nacional. - La incitación popular por el juramento sacerdotal. - La forma exterior de una Iglesia nacional alemana. - El movimiento católico antiguo; Bismarck. - El protestantismo en peligro. - Las comunidades de culto germánicas. El sueño germánico desde Odin hasta Lutero. -Del mito de la nacionalidad surge la forma de las Iglesias Alemanas... 214
3. Modificación de los ritos eclesiásticos. - Crucifixión y heroicidad. - La vieja imagen de Cristo. - Los monumentos a los guerreros como lugares de peregrinaje del futuro. - Los héroes de la Guerra Mundial como mártires de una nueva fe. El maestro Eckehart y el soldado alemán bajo el casco de acero............ 217
4. La transformación de la idea del amor. - La crianza de la nobleza del alma. La esencia de la lealtad genuina. - La religión de Jesús; Herder.. 219
5. La educación como formación del carácter. - Los diferentes tipos de escuela. - Libre investigación y libertad de enseñanza, - La historia como valoración; confesiones jesuíticas. - Hundimiento del “esclarecimiento” liberal.. 220
6. La valoración antitética del genio. – Kant y Goethe a la luz de la “ciencia” jesuítica. - Proscripción del sentimiento nacional hasta la actualidad. - La lengua materna y el régimen de estudios jesuítico. - ¡Decisión intransigente!.. 222

VI. Un nuevo sistema de Estados.. 225

1. Política interior y exterior. - El camino hacia el Este; Heinrich el I.-Polacos y checos. - La decadencia racial de Francia. - El pueblo de 100 millones. - El ejército de guerra de color. - El actual tipo alpino; Lapouge. - Pan-Europa como Galo-Judea. - El “sentido” de la historia. - La Europa Central alemana. - El esquematismo en la política exterior como peligro para el pensar orgánico... "
2. Asia oriental, un centro de la política mundial. - La movilización de las razas de color por la Entente. - Las sublevaciones en colonias inglesas y holandesas. La mano de Moscú en Asia. - Cantón. - Estática confuciana de la vida.. 227
3. La intervención de Europa en China en el siglo 19. - El cercamiento del Japón. - La guerra del opio. - Inglaterra y el judaísmo. - La revolución democrática china; Sun-Yat-Sen.. 230
4. El británico no es un mercachifle; Germains. – La India antigua y moderna. Gandhi, Tagore, Vasvani. – El nacionalismo indio, un reflejo de Europa. - El británico como elemento aglutinante de la población india. - El movimiento de lucha moslemítico. – Suez, Gibraltar.. 232
5. El despertar negro. Etiopía, Markus Garvey. África del Sur. - Los EE.UU. como exigencia nórdica.- Solución del problema amarillo, negro y judío. - No ampliación sino concentración. - Renuncia a las Filipinas.. 235
6. China para los chinos. - El sistema estatal nórdico: divorcio orgánico de las razas.................................. 236

VII. La unidad de la esencia 239

1. Unidad de pasado, presente y futuro. - Odín como figura perecedera y símbolo eterno. - Su renacimiento en Ulfilas, Eckehart, Bach. - La fuerza para morir. – Los francos en la Galia. - Omni-Alemania.. "
2. La “verdad absoluta”, la antigüedad y el pensamiento germánico. “-Verdad parcial” nacional (*völkisch*). -Apariencia, mentira, error, pecado. - El “saber” de una raza.. 240
3. “Lo fecundo sólo es verdadero”. - El valor de la hipótesis. - La mentira como enfermedad del germano y como elemento vital del judío. – Unidad de mito, relato de maravilla, leyenda y filosofía........................... 241

4. Leibniz como anunciador de la verdad orgánica. - Herder, el “humanista” y proclamador del alma alemana; el valor intrínseco de la nacionalidad. - Nietzsche, Ranke. - Afirmar y profesar. - El centro de la bienaventuranza.......... 242
5. La neo-escolástica de la escuela universalista. - Humanidad, círculo cultural, nacionalidad (*Volkstum*). - La misteriosa “plenitud de difusión” (*Ausgliederungsfülle*). - Alma racial, nacionalidad, personalidad, círculo cultural. -Contra la tiranía de los esquemas racionales.......... 245
6. La pugna de 1914. - El naciente mito de la sangre. - La revolución mundial racial. - La idea “Alemania”. - La Bandera. - La estructuración del futuro.......... 246